TESS DE D'URBERVILLE

THOMAS HARDY



Cuando el párroco de los Durberfield descubre por azar el origen noble de su linaje, la joven Tess es enviada a reclamar su parentesco ante los nuevos D'Urberville, que compraron el título años atrás. Allí conocerá a su primo, el disoluto Alec, quien casi al instante se sentirá atraído por la mezcla de inocencia y brutal sensualidad de los dieciséis años de Tess. Decidido a seducirla, no tardará en vencer su resistencia para escarnio y vergüenza de la muchacha, que será repudiada por todos.

Lejos de sus parientes, Tess se refugiará en los brazos de Ángel, un hombre bueno, su gran amor. Sin embargo, teme lo que pueda ocurrir cuando le descubra su oscuro pasado… Considerada la mejor novela de Thomas Hardy, *Tess* ha sido traducida a numerosos idiomas y adaptada para la ópera, el teatro y la televisión. En 1979, Roman Polanski la llevó al cine, siguiendo la sugerencia que le hiciera su mujer, Sharon Tate, poco antes de su trágico final. En todas sus versiones, *Tess* ha cosechado idéntico éxito consagrándose así como un clásico imprescindible de la literatura universal.



Thomas Hardy

Tess de D’Urberville

Una mujer pura

ePub r1.1

Hechadelluvia 28.02.14

Título original: *Tess of the d'Urbervilles*
Thomas Hardy, 1891.
Traducción: M. Ortega y Gasset

Editor digital: Hechadelluvia
ePub base r1.0

PRESENTACIÓN.

Thomas Hardy (1840-1928) era hijo de un constructor y le resultó natural seguir la carrera de arquitecto y dedicarse, de joven, a la restauración de iglesias en su Dorset natal. Ambos datos —la arquitectura y la tierra— tienen relación con las novelas de Hardy. Su familia estaba muy arraigada en la provincia costera del Canal de la Mancha, provincia sobre todo agrícola pero también arenosa y arcillosa y dotada de algunos de los monumentos prehistóricos más notables de Inglaterra. Provincia romana y más tarde reino sajón, Hardy los convirtió en un mítico Wessex, escenario de sus novelas con los mismos títulos memorables que Faulkner le atribuyó a Yoknapatawpha o García Márquez a Macondo.

La desolación nativa de la región permitió a Hardy crear un ámbito natural asociado estrechamente a sus ideas dramáticas acerca del destino humano. Después de un primer período tentativo guiado por los consejos de George Meredith y opacado por la perfección misma de George Eliot y su *Middlemarch*, Hardy encontró tema, voz y estilo a partir de *El regreso del nativo* (1878) y *El alcalde de Casterbridge* (1886), culminando con *Tess de los d'Urberville* (1891) y la novela final, *Jude el Oscuro* (1895).

El espacio natural escogido por Hardy, su Wessex, es un escenario tenso, contradictorio, sin asomo de paz bucólica, que bien le sirve para contar en él las trágicas historias del regreso a la tierra nativa de Clym Yeobright, el portador de modernidad derrotado por las antiguas fatalidades paganas y nocturnas de la romántica heroína Bustacia, tan infiel a Clym como fiel a una tierra «oscura, obsoleta, rebasada»: el páramo de Egdon (*El regreso del nativo*).

Hardy puede ver la tierra, también, con el amor lírico de un Haldor Laxness o un D. H Lawrence. Pero pronto nos damos cuenta de que la belleza natural en Hardy es un engañoso velo que apenas esconde, en su contradicción misma, las de las fatalidades humanas. Hermosa como puede ser, la naturaleza es también cruel e indiferente. Su fuerza va sumándose, de manera insinuante y literariamente sutil y fuerte a la vez, al rosario de poderes que de la naturaleza arrancan en Hardy. Naturaleza es azar, es voluntad, es deseo y es necesidad.

El misterio de la tierra encubre el misterio de la tragedia humana sobre la tierra. Y la tragedia en Hardy impone su fuerza novelística a partir de dramas morales, conflictos de voluntades y pasiones incontenibles. Henchard, acaso el personaje más acabado de Hardy, es a la vez juguete del azar y arquitecto de un destino fatal. En su ascenso y en su caída se dan cita todos los temas de la obra de Hardy. La tierra como silencioso enigma. El pueblo como coro de la fatalidad que advierte al personaje: No vas a caer. Ya caíste y aún no lo sabes. Son éstos una naturaleza y un pueblo que reclama víctimas pero no crea héroes (*El alcalde de Casterbridge*).

Es a la vez fácil y difícil clasificar a Hardy a partir de ideologías a la moda en su tiempo. Si es un naturalista, difiere de Zola en que Hardy no escribe denuncias y se permite una piedad desprovista de compasión sentimental. Se ha dicho que escribió las tragedias del hombre de Darwin en el universo de Newton y en las cocinas de Dickens. Se ha criticado la arbitrariedad de sus argumentos.

Pero Hardy justifica la arbitrariedad (el melodrama, las coincidencias, los golpes de teatro) como parte de una visión trágica en la que es el azar la fuerza determinante del destino.

David Cecil, el famoso crítico de la «novela victoriana», dijo que sin cristianismo sólo hay pesimismo. Hardy le dio la razón. La vida sin fe es un drama. Y la vida sin moral es irrelevante. Hay naturaleza, tanto objetiva como humana, excluyendo la libertad e instalándonos, para completar el círculo, en el reino de la fatalidad.

¿Qué valores hay, entonces, en este cruel universo de la fatalidad? Las novelas de Hardy poseen una fuerza trágica porque sus personajes no están, a priori, destinados a la desventura que les espera. Claro está. El alcalde Henchard, un poco como Jean Valjean en *Los miserables*, ha logrado superar un crimen inicial para renunciar al mal, construyendo una vida rica y merecedora. Jude el oscuro no es un mediocre, ambiciona estudiar y sobresalir en un medio que se lo recrimina y le insta a quedarse donde está. Y Tess debe luchar entre la sospecha de su origen aristocrático y la realidad de su baja posición social.

Mitad aristócrata, mitad campesina, Tess es a la vez víctima de la naturaleza dura e inexpugnable y de la convención social de idénticos atributos. La posibilidad de ser feliz la encarna para ella Ángel, pero este héroe titubeante sólo acrecienta las debilidades de Tess. Si ella está dividida entre el ansia aristocrática y la realidad rural, él no sabe optar entre la convención social y la emancipación personal. La naturaleza es terrible y fatal. Pero es lo que Ángel encarna: la inteligencia a medias, la mente sin luces. No será él, el amor ideal de Tess, quien la redima de su fatalidad casi animal: una mujer seducida y violada, capturada como una bestia pero con la conciencia de ser algo más, un ser humano, una mujer sujeta a la fatalidad y al azar.

Asesina de su perseguidor, Tess es capturada como un animal pero se resigna con grandeza trágica. «¡Estoy lista!», dice patéticamente cuando la justicia la captura después de una noche final de libertad y amor.

> *—... ¿Han venido por mí?*
> *—Sí, amor mío —respondió él—. Ya están aquí.*
> *—No podía ser de otro modo —contestó ella—. Ángel, después de todo, me alegro. Sí, estoy muy contenta... Esta felicidad no podía durar mucho..., ya ha durado demasiado... He gozado bastante, ya no quiero vivir más, no sea que vayas a despreciarme... ¡Estoy lista!*

En esta resignación trágica, en esta renuncia fatal, reside el terrible poder de las novelas de Hardy. Su ofensa a la moral victoriana fue como una cachetada a una digna señora en pleno concierto en La edad de oro de Luis Buñuel, quien soñaba con llevar a la pantalla tanto *Tess* como *Jude*. Las convenciones violadas por Hardy eran ni más ni menos las de la hipocresía más rancia. Larvada en Tess —¿cómo se puede sentir compasión hacia una madre soltera y asesina convicta?—, la explosión de rabia contra Hardy se volvió intolerable cuando publicó *Jude*. Intolerable: un hombre y una mujer abandonan a sus cónyuges. Viven juntos. Tienen hijos. No pueden mantenerlos. El niño melancólico —El Pequeño Padre Tiempo— mata a sus hermanos y se suicida para que sus padres no tengan que

alimentar tantas bocas.

Más que el rechazo, la intolerancia brutal contra Jude el oscuro culminó cuando el obispo de Wakefield procede a quemar el libro y prohibir su circulación. No era tolerable que Tess, hecha para la felicidad, terminara en la desgracia. No era tolerable que Jude sólo sea infeliz, no malo. Thomas Hardy, herido y asqueado por el rechazo intolerante, no escribió novelas después de 1895. Pero dejó una lección que es casi la inscripción sobre una lápida: «Al novelista le corresponde mostrar la miseria de lo grandioso y la grandeza de la miseria».

C. F.

PRÓLOGO.
UNA VOZ ENTRE LA GENTE

POR CONSTANTINO BÉRTOLO.

Lentamente, aunque acaso a más velocidad de lo que muchos quisiéramos, nos vamos adentrando en un nuevo siglo y el siglo XX empieza, también lentamente, a envejecer. Sin embargo la escala de valores literarios que de ese siglo heredamos, por mucho que vivamos todavía en plena posmodernidad, sigue delimitando la cartografía de nuestras lecturas, señalando los hitos —Joyce, Faulkner, Musil, Kafka, Proust—, las cordilleras —el surrealismo, el expresionismo, la generación perdida, le *nouveau román*, el *boom* latinoamericano—, y los acantilados y barrancos con los correspondientes avisos de «peligro de muerte literaria» bien señalizados: novela social, novela comprometida, costumbrismo. Flotando sobre el mapa y sin mucha necesidad de explicitarse continúa oyéndose a modo de ruido de fondo un anatema para aviso de navegantes y cartógrafos en ciernes, que atañe a la novela decimonónica: vía muerta. Rara condena unánime con la que la narrativa del XX ejercía su venganza edípica al tiempo que erigía sobre su cadáver sus señas de modernidad. Nada pues de narradores omniscientes, de personajes construidos con cimientos y tejados, de tramas asentadas en un despliegue excesivo de tiempo o espacio. Nada de conflictos morales, poca descripción de entornos concretos, apenas retratos físicos, acciones poco relevantes y mucha conciencia interior. Tal podría ser el resumen y el programa, a la contra, de la novela decimonónica, que el siglo XX estableció, llevado por su necesaria y personal dinámica, visión y tensiones, para su propio proyecto narrativo, relegando a aquélla a esas inquietantes tierras de destierro delimitadas por el paternalismo y la condena. Y en esas tierras al parecer se convino en dar alojamiento, acomodo y sepultura literaria a Thomas Hardy. El muerto sin embargo no ha dejado de removerse en su tumba.

Cierto que ya Thomas Hardy y su obra generaron malestar e incomodidad entre sus contemporáneos. Raymond Williams, en sus brillantes trabajos de análisis e interpretación sobre la novela inglesa[1], considera con especial agudeza que es precisamente en los años en que Hardy escribe su «corpus narrativo», es decir, entre 1870 y 1895, cuando la narrativa en lengua inglesa se verá atravesada por una crisis que va a representar en último término el nacimiento de la narrativa de la modernidad, lo que supone tanto como decir que es en esos años cuando realmente se gesta y nace la novela del siglo XX. Nacimiento que tiene su paradigma en el nombre y la obra de Henry James, quien, como Hardy, da a conocer en esos mismos años lo mejor de su obra narrativa. Años en los que también, y los mencionamos para abrir el abanico del paradigma, escriben sus obras de mayor relieve autores tan distintos como H. G. Wells y Joseph Conrad.

Tal crisis (de crecimiento y transformación) de la narrativa inglesa —extrapolable sin demasiadas distorsiones a la generalidad de la narrativa occidental— afecta tanto al sujeto como al

objeto narrativo. En lo relativo al sujeto, por cuanto la idea de un narrador omnisciente entra en cuestión, y se abre camino la exigencia literaria y moral de que el narrador ha de renunciar a su omnipotencia para ceñirse a la humildad, más «natural», de limitarse a encarnar un punto de vista restringido que le hará ganar en intensidad, coherencia y credibilidad lo que se pueda perder en amplitud y totalidad.

Por lo que atañe al objeto, la narrativa moderna acepta renunciar a la comprensión, «la cognoscibilidad» en palabras de Williams, de un mundo que se ha vuelto demasiado complejo, para centrar su foco de atención en las conciencias en cuanto que sería en ellas donde la realidad «vive» y se torna narrativamente abarcable. Detrás de este giro narrativo hay, claro está, el telón de fondo de toda la serie de transformaciones sociales, económicas y culturales sobre las que nace lo que se ha venido llamando la modernidad.

Es Henry James precisamente quien avanza en ese camino narrativo que acabará por situar la conciencia o las conciencias en el centro de la novela moderna; y si desde esa nueva óptica la obra de H. G. Wells, George Meredith, Elisabeth Gaskell o, incluso, George Eliot se queda claramente *out*, la narrativa de Hardy, aun aceptando su personalidad y fuerza, se verá contemplada con la condescendencia propia de aquello que «es actual pero ya pertenece al pasado». Nada de extraño por tanto que el propio James comentando el éxito de *Tess de los d'Urberville* le perdone la vida y declare que «el bueno de Thomas Hardy» ha escrito una obra llena de fallos y falsedades aunque «con un encanto especial». Todavía hoy permanece en las entretelas del canon literario la lectura de que de igual modo que James es el primer novelista del siglo XX, Hardy es el último gran autor de la novela inglesa decimonónica. Simple y malicioso piropo del que Hardy sigue siendo víctima. Con todo, y ya la mención de James a «su encanto especial» es prueba de ello, tanto sus contemporáneos como la crítica del siglo XX percibía la dificultad de despachar su obra bajo una etiqueta definitiva y la necesidad de volver a interpretar una y otra vez las claves de una obra novelística que generación tras generación ha despertado y despierta el interés y la admiración de lectores y estudiosos.

Si hacemos un balance de los principales adjetivos que se han aplicado al conjunto de sus novelas y narraciones nos encontraremos con términos tan llamativos y a veces tan contradictorios como: realista, costumbrista, folklorista, melodrama, filosófico, novela social, novela de ideas, trágico, folletinesco, inverosímil, desordenado, pesimista, fatalista, inmoral, escandaloso, tradicional. Y todos ellos dedicados a una obra narrativa no demasiado extensa.

Thomas Hardy nace en Upper Bockhampton, condado de Dorset en el suroeste de Inglaterra, en 1840 y muere en Dorchester, capital de su condado natal, en 1928. Su padre era un constructor y maestro albañil y la familia disfrutaba de una posición social relativamente acomodada, ubicada en la clase media baja de una sociedad eminentemente rural, en la que el peso de los grandes terratenientes era el eje sobre el que crecía una amplia población de pequeños arrendatarios, colonos, aparceros y trabajadores agrícolas, en unos tiempos en los que las innovaciones industriales, desde el ferrocarril a las máquinas trilladoras, llevaban ya décadas transformando el paisaje físico y humano tradicional. Hardy recibió una educación básica rigurosa que le llevó a conocer en profundidad a los autores de la Antigüedad clásica, si bien no llegó a ingresar en la universidad. A los dieciséis años entra a trabajar como ayudante de un arquitecto restaurador, tarea

en la que terminó profesionalizándose y a la que se dedicó con vocación y maestría hasta que el éxito de sus novelas le permitió consagrarse por completo a la escritura. Su entrada en la vida literaria nace con la publicación en revistas dispersas de sus primeros poemas, siendo la poesía una de las constantes de su vocación de escritor a la que debe su alta reputación como poeta.

Sus primeras novelas aparecen por entregas: *Desperate Remedies* (1871), *Under the Greenwood Tree* (1872) y son recibidas en el mundo literario británico con discreta atención hasta que la publicación, también por entregas, en 1874, de *Lejos del mundanal ruido*, lo convierte en un autor de éxito. Es en esta novela donde inaugura un escenario humano y geográfico, Wessex, un paralelo narrativo de su condado natal, en el que va a situar sus grandes y más logradas novelas: *El alcalde de Casterbridge* (1886), *Tess de los d'Urberville* (1891) y *Jude el Oscuro* (1895). En 1895, en pleno éxito como novelista, toma una decisión radical: abandona la escritura de novelas y decide consagrar su tiempo al género lírico. En 1898 aparece su primer libro de poemas, *Wessex Poems*, dando a conocer un talento poético original y antirromántico que confirmará con sus obras poéticas siguientes, logrando en vida su mayor reconocimiento al publicar entre 1904 y 1908 la trilogía *The Dynasts*.

Así como el Hardy narrador ha sufrido en su consideración literaria malentendidos y vaivenes diversos, hasta que muy recientemente parece haberse asentado en el campo académico y crítico como uno de los grandes narradores de la novela inglesa de todos los tiempos, su obra lírica, si bien en un primer momento no logró un alto reconocimiento, sería reivindicada, analizada y comentada con respeto y admiración por autores como W. H. Auden, Philip Larkin y Stephen Spender, hasta situarla con especial relieve dentro del canon dominante. Como señala Sam Abrams, prologuista de una reciente antología en castellano de sus poemas[2]: «Hardy no sólo inaugura la modernidad poética en Inglaterra, sino que es el autor más representativo de esta modernidad y el autor de más calidad literaria».

Sin duda la poesía en lengua inglesa debe estar agradecida a aquella decisión radical de Thomas Hardy que le llevó al abandono de su dedicación a la escritura y publicación de novelas. Las razones que pudiera haber detrás de semejante decisión permanecen poco claras. Lo que sí parece claro, y el lector que lea con detenimiento los prólogos a las diferentes ediciones de *Tess* que acompañan a esta edición podrá sacar algunas conclusiones al respecto, es que en el abandono de la actividad narrativa influyó la atmósfera de incomprensión moral, cuando no de intolerancia, que el autor detectó y sufrió tanto con la publicación de *Tess* como, y de manera más acendrada, al editarse la que sería su última novela, *Jude el Oscuro*. La crítica de su tiempo, si bien no dejaba de reconocer «la fuerza» narrativa de sus obras y le concedía maestría en el planteamiento de tramas y personajes, no dejaba de señalar «la incorrección moral» de sus argumentos, la perturbación que ofrecían sus ideas y la inconveniencia de una visión del mundo en el que poco o nulo lugar se dejaba al optimismo superficial de una burguesía británica ilustrada y todavía imbuida de autosatisfacción imperial.

Sabemos hoy que el subtítulo, «Una mujer pura», a pesar de que el propio Hardy advierte que fue introducido en el último momento, no fue una decisión arbitraria. Algo de provocación, de reto y de orgullo en el más noble sentido del término, hay en la osadía que tal subtítulo supone, y comprobamos claramente que aun cuando el autor advierte que «mejor no escribirlo», lo mantuvo

tozudamente en todas las reediciones. Para un lector de hoy es difícil imaginarse el grado de provocación que tal rótulo pudo suponer para una sociedad como la victoriana que había hecho de la hipocresía, y de la hipocresía sexual muy especialmente, bandera y seña de identidad. El tema de la doncella seducida y abandonada no era una novedad radical en la novela inglesa. *Ruth* de Elisabeth Gaskell y *Adam Bede* de George Eliot son novelas que habían planteado un motivo argumental semejante. Lo novedoso en *Tess de los d'Urberville* es el especial empeño, presente a lo largo de toda la obra, en mostrar la inocencia vital del personaje tanto antes como después de «la caída», sin dejar en ningún momento que las desventuras o el trágico final de la protagonista permitiesen una lectura asociable al castigo de «la culpa». En ese canto a la pureza «a pesar de» reside la piedra de escándalo que la novela ofrecía a los lectores.

Pero si la palabra *pureza*, aplicada a un personaje «manchado socialmente» como *Tess*, desasosegaba a las almas filisteas de las lectoras y los lectores, en el lenguaje de Hardy las buenas almas literarias también encontraban inconveniencias y asperezas. Acostumbrados a leer la imagen de la Inglaterra rural en un tipo de novela nostálgica, pastoral y paternalistamente aristocrática, los críticos de Hardy levantaban con gesto de censura su oído cuando la prosa de aquellas novelas que parecían encuadrarse, aunque fuera de manera abrupta, en la novela regional, alteraba su expectativa lingüística, el registro idiomático predecible para su código narrativo. Los campesinos, se censuraba, no hablaban como campesinos. El narrador utilizaba en ocasiones unos tonos lingüísticos cercanos al lenguaje de las ciencias, otras parecía reproducir el mal gusto del habla rural, estropeando así la mirada, es decir, la prosa, elegante de quien mira y narra desde la educación distante y literaria que ha de compartir con sus lectores.

Fue precisamente Raymond Williams quien mejor explicó esas características del «sonido» Hardy que perturbaban —y siguen en parte perturbando— al tradicional oído literario inglés. Señala este crítico que «al convertirse en arquitecto y entablar amistad con la familia de un vicario (el tipo de familia de la que provino su esposa), Hardy se desplazó a un punto diferente en la estructura social, con conexiones con la clase de los sectores cultivados, aunque no con la de los propietarios. No obstante haber ascendido, continuaba, a través de su familia, manteniendo sus vinculaciones con el cuerpo en movimiento de los pequeños empresarios, comerciantes, artesanos y granjeros que no se distinguían del todo de los meros trabajadores. Dentro de la escritura literaria su posición es similar. No es propietario ni administrador, comerciante o trabajador, sino observador y cronista, alguien que no se siente demasiado seguro de sus relaciones reales de clase. Esto se agrava por el hecho de que Hardy no escribía para esos sectores, sino sobre ellos, ante un público metropolitano y sin vinculación con ese mundo… Considero debilidades lo que en general se han considerado sus puntos fuertes: la forma narrativa de la balada o la prolongada imitación literaria de giros tradicionales de habla. Se trata de esas cosas para las que sus lectores estaban preparados: una «tradición», más que de seres humanos. Estos procedimientos no podían, en cualquier caso, ser útiles para sus obras mayores, en las que precisamente debía plasmarse la ruptura y no la continuidad. Sería sencillo vincular los problemas de estilo de Hardy con los dos lenguajes de su personaje, Tess: por un lado, el conscientemente educado; por el otro, el inconscientemente tradicional. Pero esta comparación, aunque sugerente, no es adecuada. La verdad es que ningún lenguaje podía servir para transmitir la

experiencia de Hardy: ninguno había alcanzado el grado suficiente de articulación; el lenguaje educado era bajo en intensidad y limitado en cuerda humana; el tradicional, defectuoso por ignorancia y complaciente en el hábito. En Hardy están presentes las huellas de su sujeción a los dos, aunque el cuerpo central de su literatura de madurez constituye un experimento más difícil y complicado… En sí mismo, el estilo maduro de Hardy es cultivado y carece de la menor ambigüedad en ese sentido. En él, la extensión del vocabulario y la complicación de la construcción son elementos necesarios para alcanzar la intensidad y precisión de observación que constituyen la posición y atributos esenciales de Hardy… «la voz del observador educado pero todavía en profunda ligazón con el mundo que mira».

Nos hemos permitido tan extensa cita porque sin duda es Williams quien mejor ve de dónde provienen las dificultades de los lectores contemporáneos de Hardy para «oír» lo novedoso y arriesgado de su trabajo. Acostumbrados al encuentro con «lo bonito», con lo pastoral o lo bucólico, no acababan de situar ese sonido en el que el respeto hacia el mundo rural impedía tanto el lenguaje paternalista como el demagógico o ternurista. Para los lectores de esta edición resulta difícil, a pesar del excelente trabajo de traducción, apreciar en toda su extensión la modernidad e inteligencia con que lingüísticamente Hardy parece haber solucionado una de las mayores dificultades de la narrativa moderna: conjugar el rigor en la precisión con la necesaria calidez afectiva, aunque no dejarán de advertir la extraña osadía con la que se mezclan en el texto la frases más aparentemente denotativas con momentos de alto estilo poético.

Tess de los d'Urberville es, en compañía de *El alcalde de Casterbridge* y *Jude el Oscuro*, una de las obras pertenecientes a ese momento de madurez del que hablaba Williams, y, sin duda, encarna de manera totalmente representativa el mundo narrativo de Hardy. Como ellas, transcurre en Wessex, metáfora territorial del espacio inglés; pero el escenario no debe equivocarnos: no estamos ante una novela «campestre» ni mucho menos una novela sobre «campesinos». Estamos ante una novela que transcurre en el campo pero, en primer lugar, es un campo ya atravesado por las profundas transformaciones que el desarrollo económico y técnico de la imperial Inglaterra del siglo XIX han convertido en un espacio social complejo, fragmentado y lleno de tensiones y, en segundo lugar, los conflictos que la novela va a argumentar aunque sólidamente incrustados en esa realidad social van a ir mucho más allá de ella para situarnos en el terreno propio de la novela: la comprensión de una experiencia humana, muy especialmente centrada, en este caso, en la figura que le da nombre: *Tess de los d'Urberville*.

No deja de ser curioso que el verdadero apellido de Tess no sea d'Urberville sino Durbeyfield, una degeneración fonética del anterior, y que sea este hecho tan aparentemente anecdótico: el conocimiento, por azar, de que este apellido proviene de aquél, el desencadenante primero de la acción narrativa. En efecto, y para su desgracia y desgracia de su hija, John Durbeyfield, el padre de Tess, conoce un buen día que su línea genealógica se remonta hasta los d'Urberville, una de las grandes familias normandas que constituyeron y fundaron los linajes más altos de la nobleza inglesa. Este dato va a funcionar como un pérfido seísmo en el entorno familiar del pequeño comerciante aldeano al incorporar a su presente y, sobre todo, a sus expectativas de futuro, la fantasía, el sueño y el deseo de «ser otro». Un otro mejor, y mejor en el sentido más material del término: vivir mejor.

Una noticia del pasado que altera las perspectivas del futuro. Un conocimiento que actuará como una tentación. Una manzana, como la de Eva y la serpiente, envenenada, y que, como ella, supondrá la pérdida del paraíso.

Pero la primera ironía narrativa con que Hardy va a construir su argumento consistirá precisamente en el retrato nada paradisíaco de ese «paraíso» en el que encontramos por primera vez a la protagonista: familia malthusiana, en la frontera de la miseria, penalidades, incultura y superstición. Allí la tentación encuentra tierra apropiada: la madre ha descubierto que no lejos de su aldea viven en una rica mansión una familia d'Urberville y sueña y planifica que Tess pueda ser recogida por sus ricos parientes y llegar así a casarse con «un novio de sangre azul». Tess, que es ya una hija de los nuevos tiempos, es decir, de la extensión del sistema de enseñanza y cuya educación la ha alejado del mundo de ignorancia y fantasías en que viven sus padres —«Entre la madre con sus supersticiones, su primitiva instrucción, su dialecto y sus baladas aprendidas de oído, y la hija con sus enseñanzas de plan nacional y conocimiento grado medio bajo un código infinitamente revisado, mediaba un abismo de doscientos años, según el común entender. Cuando estaban juntas, se yuxtaponían la época jacobina y la victoriana»—, desconfía de esa proposición materna que sin embargo el azar (la muerte accidental del caballo sobre el que descansa la pequeña actividad comercial del padre) le obligara a aceptar, saliendo de este modo de su entorno para buscar trabajo en casa de sus «parientes» d'Urberville, que —y aquí la ironía de Hardy da otra nueva vuelta de tuerca— son en realidad meros comerciantes urbanos enriquecidos que por esnobismo usurpan el rimbombante apellido. A pesar de sus recelos y prudencias la protagonista acabará siendo seducida y embarazada por su indolente «primo», Alec d'Urberville, hecho que, tengamos en cuenta el contexto de la época, marcará indeleblemente, a modo de pecado original, su destino al destruir «biológicamente» el principal cuando no único «capital» femenino: la pureza. Años y páginas más adelante (Sexta fase. El penitente), el propio seductor parece confirmar esta vía de interpretación: «Tú eres Eva y yo ese Otro que viene a tentarla bajo el disfraz de un animal inferior». Yo solía complacerme cuando era teólogo en ese pasaje de Milton que dice:

—Emperatriz, el camino te aguarda, que no es largo, más allá de los mirtos…
…Si aceptas,
pronto te llevaré allá.
—Guíame entonces —respondió Eva».

Pero aunque a lo largo de toda la obra se respira un indudable fondo religioso con el que el narrador y la novela como totalidad dialogan profusa y profundamente, y aunque el tema de la culpa y el castigo cruza el desarrollo narrativo como un veta de agua subterránea que de cuando en cuando aflora con fuerza a la superficie argumental, las intenciones de la novela no se detienen en ese plano del significado. La historia de Tess, la muerte de su hijo, su nuevo abandono del hogar familiar en busca de un horizonte, ahora basado en el esfuerzo y en el trabajo y no en la magia de un apellido (aunque Tess no se muestre totalmente inmune a ese «orgullo»), su estancia en la granja lechera que ha sabido insertarse en las nuevas formas de producción capitalista —«Mañana se la beberán en el

desayuno los londinenses, ¿verdad? […] Gentes que no saben nada de nosotros ni de dónde viene la leche, que ni siquiera llegarán a enterarse de que hemos atravesado el bosque de noche y lloviendo para que no les falte»—, su encuentro con Ángel Clare, hijo de un vicario de renombre, proveniente de una clase social superior a la de ella, la posibilidad que ese amor le ofrece de escapar al destino al que su «falta» parecía condenarla, sus dudas sobre la necesidad o no de confesarle su «pasado», su posterior matrimonio, la separación y ruptura de aquella posibilidad que la confesión destruye ante los escrúpulos del marido educado pero víctima a su vez de sus prejuicios sociales, toda la fatal encadenación de estos hechos en la que el azar ha dejado sentir también su presencia, acabarán por poner delante de la protagonista y delante de los lectores la dura realidad: la imposibilidad de que aquéllos que sólo poseen como capital su capacidad de trabajo lleguen a ser dueños de su destino.

Que Tess, agotadas sus esperanzas de recibir la comprensión, la compasión y el perdón del hombre a quien ama, al que está ligada en matrimonio y en quien confía como guía y compañero, vuelva a los brazos de su primer seductor, quien a su vez y agitado por repentinas crisis de fe se ofrecerá como remedio para los males, si no afectivos al menos materiales, de la que fue su víctima, sólo puede ser entendido, es decir, compartido luego que la novela nos haya acercado a las fatigas de una Tess que sufrirá en carne propia —y espíritu, aun atendiendo por tal la mera aspiración a llevar una vida mejor—, las fatigas obligadas de una trabajadora agrícola siempre al borde de la simple subsistencia, en medio de un paisaje que más allá de su caracterización plástica o estética no deja de ser ese espacio indiferente en donde las leyes de la producción marcadas por el capital dejan sentir su lógica: «Aquella tarde volvió a llover y Marian dijo que no tenían obligación de trabajar, pero como si no trabajaban no cobraban, siguieron trabajando. Tan alto estaba aquel trozo de campo que la lluvia no les caía verdaderamente en sentido vertical, sino que corría horizontalmente, impelida por el viento gemebundo, azotándolas como con astillas de vidrio hasta calarlas por completo. Hasta entonces no había sabido Tess lo que era calarse, pues lo que se llama mojarse en términos corrientes era muy poca cosa, mientras que trabajar casi sin moverse en el campo y sentirse empapar en lluvia primero las piernas y los hombros, luego las caderas y la cabeza, y por último la espalda, la frente y los costados hasta que falta la luz, exige un grado especial de estoicismo y puede decirse que de valor». Un párrafo que sintetiza magistralmente lo que más arriba se comentó del estilo del autor: precisión descriptiva, empatía solidaria.

Que el marido vuelva con el perdón y la compasión por delante cuando Tess se ha entregado nueva e irremediablemente a d'Urberville y que esa broma del destino la lleve al asesinato y finalmente al cadalso, ha sido achacado por muchos estudiosos a un gusto excesivo de Hardy por el azar y la improbabilidad como elementos narrativos y por un especial regusto por la fatalidad. Tales interpretaciones nos parecen un error sorprendente. Valiera para rebatirlo la propia y esclarecedora frase que el narrador nos ofrece en la novela: «La gente de la clase social de Tess no se cansa, allá en sus profundas moradas, de proclamarse fatalista, saliendo a todo con aquello de «Tenía que ser así», y «esto es lo más triste», o valiera ese final, Ángel y Liza-Lu, la hermana de Tess que a él ha encomendado, emprendiendo un nuevo horizonte, una nueva vida que acaso pueda ser, esta vez sí, una vida razonable».

Deja el final de la lectura indudablemente una huella de tristeza en el lector, pero si, como señala

Sam Abrams hablando de su poesía, en Hardy «el sufrimiento humano en todas sus dimensiones, no nos llega en términos de vanidad porque el poeta tiene sensibilidad suficiente para percibir el sufrimiento humano, sino en términos de auténtica compasión y empatía, de sinceridad e integridad emotiva», bien podría decirse que la tristeza de ánimo que de esta lectura nos resta no es, en cualquier caso, una tristeza «narcisista», encaminada al mero regusto en nuestras sensibilidades «nobles» y caritativas. Para Hardy el hombre o la mujer no son criaturas que se hagan (o se deshagan) a sí mismas. Ese falso orgullo, esa falsa soberbia, no caben en su lúcida mirada comprensiva. Sabe que el azar y la necesidad no siempre —y casi nunca en condiciones de partida precarias— permiten que cada mujer u hombre escriban con letra propia sus vidas. Sabe que el azar existe pero que sus consecuencias poco tienen de azarosas, que la felicidad o desgracia que de ese azar se desprendan estarán en estrecha relación con las condiciones materiales del terreno que esa semilla encuentre en su caída.

Hace años, y a modo de slogan y programa de vida, se puso de moda una frase de Jean-Paul Sartre acuñada en su etapa existencialista: «Una cosa es lo que los demás hacen con nosotros, y otra cosa es lo que nosotros hacemos con lo que han hecho con nosotros». El autor de *Tess de los d'Urberville* no parece compartir tan ingenua y voluntarista muestra de la soberbia individualista. Basta la lectura de esta novela aguda, cálida y exacta, para echar por tierra tan complaciente optimismo. Su optimismo es otro. Viene de una sabiduría más «entrelagente». Al fin y al cabo eso es un gran novelista: una voz entre la gente, Thomas Hardy.

NOTA A LA PRIMERA EDICIÓN.

¡Pobre nombre herido! Mi pecho,
como un lecho, te alojará.
WILLIAM SHAKESPEARE[3].

La mayor parte de esta narración apareció —con ligeras diferencias— en la revista *Graphic*; otros capítulos, especialmente dirigidos a lectores adultos, en la *Fortnightly Review* y en el *National Observer*, como esbozos episódicos. Doy las gracias a los directores y propietarios de esas publicaciones por permitirme ahora reunir juntos el tronco y los miembros de la novela e imprimirla completa, tal como originalmente se escribió hace dos años.

Sólo añadiré que la narración se presenta con toda sinceridad de propósito como intento de dar forma artística a una secuencia verdadera de cosas; y respecto a las opiniones y sentimientos del libro, rogaría a todo lector demasiado refinado que no pueda soportar oír lo que ahora todo el mundo piensa y siente, que recuerde una frase muy usada de san Jerónimo: «Si la verdad ofende, es mejor que ofenda pero que no se oculte la verdad».

T. H.
Noviembre de 1891.

PREFACIOS A LAS EDICIONES QUINTA Y SIGUIENTES

Como en esta novela la gran campaña de la heroína empieza después de un suceso en su experiencia generalmente considerado como fatal para su papel de protagonista, o al menos como la virtual terminación de sus intentos y esperanzas, había de ser muy contrario a las convenciones reconocidas que el público diera la bienvenida al libro, y estuviera de acuerdo conmigo en afirmar que había algo más que decir en la ficción de lo que se ha dicho sobre el lado de sombra de una catástrofe bien conocida. Pero el espíritu de respuesta con que los lectores de Inglaterra y América han recibido *Tess de los d'Urberville* parecería probar que el plan de trazar un relato sobre las líneas de la opinión tácita en vez de hacerlo cuadrar con las fórmulas meramente vocales de la sociedad, no está equivocado por completo, aun cuando se ejemplifique con un logro tan desigual y parcial como el presente. Por esa buena respuesta, no puedo menos de expresar mi agradecimiento, y lo que lamento es que, en un mundo donde tan a menudo uno siente en vano hambre de amistad, donde incluso el no ser malentendido deliberadamente se percibe como bondad, nunca conoceré en persona a esos lectores tan apreciativos, hombres y mujeres, ni estrecharé sus manos.

Incluyo entre ellos a los críticos —con mucho, la mayoría— que han dado la bienvenida tan generosamente al relato. Sus palabras muestran que, como los demás, han reparado sobradamente mis defectos de narración con su propia intuición imaginativa.

Sin embargo, aunque la novela no pretendía ser ni didáctica ni agresiva, sino en las partes escénicas simplemente representativa, y en las partes contemplativas cargada más frecuentemente de impresiones que de convicciones, ha habido quienes han objetado tanto el contenido como el modo de presentarlo.

Los más austeros de éstos mantienen por su conciencia una diferencia de opinión respecto, entre otras cosas, a los temas apropiados para el arte, y revelan su incapacidad para asociar la idea del adjetivo del subtítulo con otra cosa que no sea el significado artificial y derivativo que se le ha aplicado por las ordenanzas de la civilización. Ignoran el significado de esa palabra en la naturaleza, junto con todas las pretensiones estéticas que se hacen sobre ella, para no mencionar la interpretación espiritual que permite el lado más hermoso de su propio cristianismo. Otros disienten por motivos que, intrínsecamente, no son más que una aserción de que la novela encarna el modo de ver la vida dominante a finales del siglo XIX y no el de una anterior generación más sencilla —una aserción que yo sólo puedo tener esperanzas de que esté bien fundada—. Permítaseme repetir que una novela es una impresión, no una discusión, y ahí debe quedar el asunto, tal como nos recuerda un pasaje que aparece en las cartas de Schiller a Goethe sobre los jueces de esa índole: «Son los que sólo buscan sus propias ideas en una representación, y premian más lo que debería ser que *lo* que es. La causa de la discusión, pues, reside en los primerísimos principios, y sería absolutamente imposible llegar a un entendimiento con ellos». Y luego: «Tan pronto como observo que alguien, al juzgar representaciones poéticas, considera algo como más importante que la Verdad y la Necesidad interiores, he terminado con él»[4].

En las palabras introductorias a la primera edición sugerí la posible existencia de personas delicadas que no serían capaces de soportar alguna u otra cosa en estas páginas. Personas así han aparecido entre los susodichos objetores. En un caso, uno se sentía trastornado porque no le fuera posible leer el libro entero tres veces, debido a que yo no había hecho ese esfuerzo (Carta de I de marzo de 179) crítico que es «lo único que puede probar la salvación de tal persona». Otro objetaba que en una historia respetable aparecieran objetos tan vulgares como el tenedor del diablo, un trinchante de una pensión y una sombrilla adquirida vergonzosamente. En otro caso, hubo un caballero que se volvió cristiano durante media hora para expresar su aflicción por que se hubiera usado una expresión irrespetuosa sobre los inmortales, aunque su propia gentileza innata le obligó a excusar al autor con palabras de lástima que uno no puede agradecer bastante: «No hace sino darnos de lo mejor suyo».

Puedo asegurar a ese gran crítico que clamar ilógicamente contra los dioses, singular o plurales, no es un pecado tan original mío como parece imaginar[5]. Es verdad que puede tener alguna originalidad local; aunque, si Shakespeare fuera una autoridad en historia, lo que quizá no es, yo podría mostrar que ese pecado se introdujo en Wessex tan antiguamente como la heptarquía. Dice en *El rey Lear* Gloucester —equivalente a Ina, rey de ese país:

Como moscas para niños traviesos somos para los dioses:
nos matan para su diversión[6].

Los restantes dos o tres manipuladores de *Tess* eran de esa especie predeterminada a la que la mayoría de los escritores y lectores olvidarían de buena gana; profesados boxeadores literarios, que se revisten de sus convicciones para la ocasión: modernos «Martillos de Herejes». Desanimadores jurados, siempre vigilantes para evitar que el medio éxito tentativo se convierta después en éxito completo: que pervierten los significados sencillos y se hacen personales bajo apariencia de practicar el gran método histórico. Sin embargo, quizá tengan causas que propugnar, privilegios que defender, tradiciones que conservar en marcha; cosas que a lo mejor ha pasado por alto un mero narrador de historias, el cual anota cómo le impresionan las cosas del mundo, sin ninguna intención ulterior, y por pura inadvertencia puede haber chocado con aquellos valores aun con el ánimo menos agresivo. Quizá alguna percepción pasajera, fruto de una hora en sueños, si se actuara generalmente a partir de ella, causaría a tal objetor considerables incomodidades en cuanto a posición, intereses, familia, criados, buey, asno y mujer del vecino[7]. Por tanto, ese hombre oculta valientemente su personalidad tras los cierres de un editor, y grita: «¡Vergüenza!». El mundo está tan densamente poblado que cualquier cambio de posturas, incluso el arranque mejor intencionado, pone de mal humor a alguien[8]. Tales cambios a menudo empiezan en sentimiento, y tal sentimiento a veces empieza en una novela.

Julio de 1892.

Las precedentes observaciones se escribieron en los comienzos de la carrera de esta historia, cuando una animada crítica, pública y privada, de sus aspectos estaba aún fresca para los sentimientos. Se permite que permanezcan estas páginas, por lo que puedan valer, como algo dicho una vez, pero probablemente no se habrían escrito ahora. Aun en el breve tiempo que ha pasado desde que se publicó el libro por primera vez, algunos de los críticos que provocaron mi respuesta han «descendido al silencio»[9], como para recordarnos la infinita falta de importancia de sus palabras y de las mías.

Enero de 1895.

La presente edición de esta novela contiene unas pocas páginas que no habían aparecido nunca en ediciones anteriores. Al reunir los episodios desprendidos, según se dicen en el prefacio de 1891, se pasaron por alto, aunque estaban en el manuscrito original. Están en el capítulo X[10].

Respecto al subtítulo, a que se aludió antes, puedo añadir que se agregó en el último momento, después de leer las pruebas finales, como la estimación que dejaría en un ánimo sencillo el carácter de la heroína —una estimación que no era probable que nadie discutiera—. Se discutió más que ninguna otra cosa del libro. «Melius fuerat non scribere.»[11] Pero ahí queda.

La novela se publicó completa por primera vez, en tres volúmenes, en noviembre de 1891.

Marzo de 1912.

Primera fase

LA DONCELLA.

I

Cierto anochecer de fines de mayo, un hombre de edad mediana que venía de Shaston caminaba con rumbo a su casa situada en el pueblo de Marlott, en el vecino valle de Blackmore o Blackmoor. Tenía el hombre unas piernas bastante flacas y con propensión a torcerse, al echar el paso, un poco hacia la izquierda. De cuando en cuando inclinaba vivamente la cabeza, como si se afirmara en alguna opinión, aunque no iba pensando en nada. Colgaba de su brazo una cesta vacía, de las que se emplean para llevar huevos, y se cubría la cabeza con un sombrero con un punto muy desgastado en el borde, donde al quitárselo rozaba con el pulgar. A mitad de su trayecto hubo de encontrarse con un cura viejo que iba caballero en una yegua gris, tarareando una de esas tonadillas que sirven para aliviar el tedio del camino.

—Buenas noches tenga usted —dijo el hombre de la cesta.

—Buenas se las dé Dios, sir John —le respondió el cura.

El viandante siguió su camino, pero luego que hubo andado unos pasos, se volvió y dijo:

—Oiga usted, señor, y usted dispense, pero el último día de mercado nos encontramos también en este mismo sitio y a esta misma hora, y recuerdo que yo le dije a usted: «Buenas noches», y que usted me contestó: «Dios se las dé a usted muy buenas, sir John», lo mismito que ahora.

—Es verdad —repuso el párroco.

—Y lo mismo nos pasó la otra vez anterior…, hará cosa de un mes.

—Sí; puede que tenga usted razón.

—Bueno, y ¿quiere usted decirme a qué viene eso de llamarme a mí siempre sir John, cuando yo no soy más que John Durbeyfield «el marchante» y gracias?

El cura espoleó su montura hasta acercarla unos pasos al campesino.

—¡Cosas que se le ocurren a uno! —exclamó, y tras vacilar unos instantes, añadió, cambiando de tono—: El haberte llamado de ese modo obedece a un descubrimiento que hice recientemente mientras andaba a la caza de linajes para la nueva historia del condado. Yo soy el padre Tringham, el anticuario del callejón de Stagfoot. Bueno, pues ¿no sabe usted, señor Durbeyfield, que es usted el representante directo de la antigua y caballeresca familia de los d'Urberville, que descienden del señor Pagan d'Urberville, el famoso caballero que vino de Normandía con Guillermo el Conquistador, según consta en el Rollo de la Battle Abbey[12]?

—¡Pues es la primera vez que lo oigo, sir!

—Tenlo por seguro, hombre. Y si no, a ver: levanta un poco la barbilla para que pueda yo apreciar mejor el perfil de tu cara. Sí; la misma nariz y la misma barbilla… un poco caídos, de los d'Urberville. Tu ascendiente fue uno de los doce caballeros que acompañaron a lord de Estremavilla de Normandía en la conquista de Glamorganshire. Ramas de su familia poseyeron feudos en esta parte de Inglaterra; sus nombres figuran en los censos del tiempo del rey Esteban[13]. En la época del rey Juan vivió uno de ellos, hombre riquísimo, que cedió unas tierras a los Caballeros Hospitalarios. Y en tiempos de Eduardo II, uno de tus antepasados, de nombre Brian, fue llamado a Westminster

para formar parte del Gran Consejo. En los días de Oliver Cromwell vinisteis algo a menos, pero no gran cosa, pues en el reinado de Carlos II fuisteis agraciados con el título de Caballeros de la Regia Encina por vuestra lealtad. Ya lo ves, en tu familia ha habido muchas generaciones de sir Johns, y de ser hereditaria la Caballería como lo es el título de baronet, según ocurría de hecho antiguamente, que se transmitía de padres a hijos, tú serías ahora sir John.

—¿De veras?

—En resumen —concluyó el cura dándose un fustazo en la pierna con ademán de convencido—, que apenas habrá en toda Inglaterra otra familia de tan noble y rancio abolengo como la tuya…

—Pero ¿estoy despierto o soñando? —exclamó Durbeyfield—. ¡Y yo que llevo tantos años dando tumbos por los caminos de acá para allá como si fuera el más pobretón de la parroquia!… Y diga usted, señor pastor, ¿hace mucho que puso usted en claro todo eso?

El pastor le explicó que, según sus noticias, el linaje de los Durbeyfield había ido insensiblemente cayendo en olvido, sin que apenas se tuviese ya de él noticia. Él había dado comienzo a sus investigaciones el año anterior, allá por la primavera, en que, con motivo de hallarse investigando la historia de la familia de los d'Urberville, hubo de tropezarse con el nombre de Durbeyfield en su carro, y picada su curiosidad, se puso a hacer averiguaciones acerca del abuelo y el padre de John, hasta no quedarle por fin duda alguna sobre este punto.

—A lo primero pensé no molestarte con estos datos tan inútiles —dijo—, sólo que a veces los impulsos son más poderosos que nuestras determinaciones. Y hube de decirme que acaso tú supieras algo sobre el particular y quisieras decírmelo.

—¡Bueno! Sí, es verdad que yo he oído decir más de una vez que mi familia había estado en mejor posición antes de venir a afincarse en Blackmoor. Sólo que nunca hice de ello mucha cuenta, pensando que todo se reduciría a que antes habíamos tenido dos caballos, en vez de uno que tenemos ahora. Cierto que todavía anda por casa una cuchara de plata vieja y un sello antiguo, grabado; pero de eso a pensar que entre esos nobles d'Urberville y yo mediara el menor parentesco… Aunque también oí decir alguna vez que mi bisabuelo tenía sus secretos y que nunca quería contar nada tocante al origen de nuestra familia. Y dígame usted, señor pastor, ¿se puede saber dónde tenemos nuestro centro? ¿Dónde vivimos los d'Urberville?

—No vivís en ninguna parte, hijo. Os habéis extinguido…, es decir, como familia del condado.

—¡Qué lástima!

—Pues así es… Es decir, os habéis extinguido en la línea masculina, que a eso es a lo que llaman extinguirse las falaces crónicas de familia… Descender, venir a menos…

—¿Y dónde yacen nuestros muertos?

—En Kingsbere-sub-Greenhill descansan hileras y más hileras de ascendientes tuyos, en nichos, bajo doseles de mármol de Purbeck.

—Pero ¿dónde están los palacios y fincas de nuestra familia?

—No os queda ya ninguno.

—¡Cómo! ¿Ni tierras?

—Nada, hijo mío; y eso que antaño los tuvisteis en abundancia. Porque tu familia tenía numerosas ramas. En este condado poseíais una casa en Kingsbere, otra en Sherton, otra en Millpond, otra en

Lullstead y otra en Wellbridge.

—¿Y no podremos volver a entrar en posesión de lo nuestro?

—¡Oh!… ¡Vaya usted a saber!

—Pero ¿usted qué me aconseja que haga, visto todo eso? —preguntó Durbeyfield después de una pausa.

—¡Yo! Nada, como no sea que medites pensando en «cómo caen los poderosos»[14]. Todo lo que te he contado no pasa de ser un episodio de cierto interés para el historiador y genealogista local. Entre los aldeanos de esta comarca hay varias familias casi de la misma distinción. ¡Conque buenas noches!

—¡Espere usted, señor pastor! Tenga la bondad de venir a tomarse un cuarto de cerveza conmigo para celebrar ese descubrimiento… ¡Si viera usted qué cerveza tan buena tienen en La Gota Pura!… Aunque, claro, no tan buena como la de Rolliver…

—Hombre, te lo agradezco, pero esta vez no puede ser. Ya hemos hablado y tú ya has bebido bastante por hoy…

Y terminando así, prosiguió el cura su camino, no sin que le asaltaran ciertas dudas sobre si habría obrado cuerdamente al comunicar a Durbeyfield aquella curiosa muestra de tradiciones. Cuando se fue, Durbeyfield dio unos cuantos pasos, profundamente abstraído, y al cabo se dejó caer en la herbosa cuneta del camino sentándose al lado de su cesta. A los pocos minutos vio venir a lo lejos a un muchacho que llevaba su misma dirección. Al divisarle alzó la mano, y el mozo apretó el paso y se le acercó.

—Mira, muchacho, coge esta cesta, que vas a hacerme un recado.

El chico, fino como un huso, frunció el entrecejo.

—Oiga, John Durbeyfield, ¿se puede saber quién es usted para que me tome por recadero suyo y me llame «muchacho»? ¿No sabe usted mi nombre? Seguro que lo sabe tan bien como yo el suyo.

—¡El mío! ¡Ése es el secreto; ése es el secreto! Ahora, anda y obedéceme… Aunque, después de todo, no tengo por qué ocultarte que el secreto se reduce a que yo vengo de raza noble… Acabo de enterarme esta misma tarde…

Y en tanto formulaba la declaración, Durbeyfield, que estaba sentado, se tendió cómodamente a lo largo de la cuneta, entre las margaritas.

El muchacho, de pie ante Durbeyfield, le contemplaba de arriba abajo.

—Sir John d'Urberville… Ése soy yo —prosiguió el lugareño—. Es decir, ése sería yo si los caballeros fuesen como los baronets… Está escrito en la historia todo lo mío. ¿No has oído hablar nunca, muchacho, de un sitio que llaman Kingsbere-sub-Greenhill?

—Sí, estuve allá en la feria de Greenhill.

—Bien, pues bajo la iglesia de esa ciudad están…

—No es ciudad, el sitio que digo, sino un sitio pequeño, como tuerto y cerrando el ojo.

—Bueno, no te fijes en el sitio y atiende a lo que te digo. Bajo la iglesia de esa parroquia yacen mis antepasados a centenares… con sus cotas de malla y pedrería, metidos en grandes féretros de plomo, que pesan la mar de toneladas. No hay nadie en todo el condado de South-Wessex que tenga en su familia unos esqueletos más nobles e ilustres que los míos…

—¿De veras?

—Ahora coge esta cesta y vete con ella a Marlott a la posada de La Gota Pura y di que me manden enseguidita un caballo y un coche para que me lleven a casa. Y que pongan en el fondo del coche una botella de ron y me lo apunten en la cuenta. Luego llevas la cesta a mi casa y se la das a mi mujer y le dices que se deje de lavar ropa porque no le hará falta y que espere, que allá voy, que tengo que darle noticias.

Como el muchacho permaneciese en actitud perpleja, se llevó Durbeyfield la mano al bolsillo y sacando uno de los crónicamente pocos chelines que poseía:

—Toma, para ti.

Esto hizo que el muchacho apreciara de modo muy distinto la situación.

—Bueno, sir John. Muchas gracias, sir John. ¿Quiere usted algo más, sir John?

—Sí, hombre; di en casa que quiero que me pongan para cenar… cordero frito, si lo encuentran; y si no, morcilla…, y si tampoco dan con ella…, embuchado…

—Está muy bien, sir John.

Cogió el muchacho la cesta, y al emprender la caminata se oyeron las notas de una banda de música por la parte del pueblo.

—¡Qué es eso! —exclamó Durbeyfield—. ¿Será por mí?

—Son las mujeres en su grupo de paseo, sir John. Y entre ellas está su hija.

—¡Ah, sí, es verdad! Se me había olvidado pensando en cosas grandes. Bueno, pues ve allá a Marlott; encarga el coche, que puede que me dé una vueltecita para ver el grupo.

Partió el muchacho, y quedó Durbeyfield esperando el coche, tumbado sobre la hierba y entre las margaritas, al sol del atardecer. Transcurrió largo rato sin que pasara un alma, y las débiles notas de la banda eran los únicos sonidos humanos que se dejaban oír en el ámbito de las montañas azules.

II

El pueblo de Marlott está en medio de las ondulaciones del noreste del hermoso valle de Blakemore o Blackmoor, según dijimos antes, región apartada y recogida, no hollada aún en su mayor parte por turistas ni pintores paisajistas, a pesar de encontrarse a unas cuatro horas de Londres.

Como mejor se ve el valle es contemplándolo desde lo alto de las montañas que lo circundan, salvo en la temporada seca del verano. Una excursión sin guía por sus vericuetos puede resultar desagradable cuando hace mal tiempo.

Esta feraz y escondida campiña, donde las tierras no toman nunca tonos pardos ni son nunca secas las primaveras, la cierra al sur el prominente acantilado calizo que comprende las alturas de Hambledon Hill, Bulbarrow, Nettle-combe-Tout, Dogbury, High Stoy y Bubb Down. El viajero procedente de la costa que, después de caminar penosamente hacia el norte una treintena de kilómetros, por dunas calcáreas y tierras de cereales, alcanza de pronto el filo de uno de aquellos escarpados, se sorprende y se deleita al contemplar, tendida a sus pies cual un mapa, una comarca absolutamente distinta de las que acaba de cruzar. A sus espaldas se abren los montes, brilla el sol sobre campos tan amplios que el panorama adquiere un carácter de infinitud; son blancos los caminos, bajos y encharcados los setos e incolora la atmósfera. Aquí, en cambio, en el valle, parece ajustado todo a una escala más pequeña y delicada; son meras parcelas, tan reducidas que, desde lo alto, los árboles de los linderos semejan una red de hilos verde oscuro, tendida sobre el verde más pálido de la hierba.

La atmósfera es aquí abajo lánguida y tan cargada de azul celeste que lo que llaman los pintores distancia media participa también de ese tono de color, mientras que el horizonte lejano se tiñe del más profundo color índigo. Las tierras de labranza son pocas y reducidas, y con ligeras excepciones, la perspectiva consiste en una amplia y rica masa de verdor y arbolado, tapizando colinas minúsculas y leves alturas en el ámbito de otras mayores. Así es el valle de Blackmoor.

El interés histórico del distrito no le va en zaga al topográfico. Fue conocido en tiempos remotos el valle con el nombre de bosque del Ciervo Blanco, por una curiosa leyenda del reinado de Enrique III, según la cual, cierto Thomas de la Lynd había sido castigado con crecida multa por haber dado muerte a un hermoso ciervo blanco que el rey había perseguido y perdonado. Por aquel tiempo, y casi puede decirse que hasta no hace mucho, estaba la región muy poblada de árboles. Todavía hoy se hallan vestigios de su primitiva condición en los añosos encinares y los irregulares setos de madera que aún subsisten en sus vertientes, y en los árboles de hueco tronco que dan sombra a muchos de sus prados.

Los bosques han desaparecido, mas todavía conservan sus habitantes algunas de las antiguas costumbres de sus sombras, aunque muchas de ellas desfiguradas ya o transformadas. La danza de mayo, por ejemplo, afectaba aquella tarde la forma del grupo de jolgorio o de paseo, como le llamaban.

Era un acontecimiento interesante para la gente joven de Marlott, aunque los propios actores de

la ceremonia no llegaban a percibir todo su atractivo. Lo menos singular de ella era aquella costumbre de celebrar la llegada de mayo con paseos en procesión y bailes, resaltando más el hecho de componerse la banda de celebrantes de sólo mujeres. En los grupos masculinos, aunque iban también disminuyendo, eran las tales fiestas menos raras; pero la natural timidez del sexo débil, así como la actitud sarcástica de los parientes varones, les habían quitado a los pocos grupos femeninos que quedaban el entusiasmo por seguir la costumbre. El de Marlott puede decirse que sólo vivía por mantener las «Cerealia» locales[15]. Llevaba existiendo centenares de años, si no como grupo benéfico, sí como una especie de hermandad votiva, y así continuaba la tradición.

Todas las mujeres de la banda vestían trajes blancos —alegre reminiscencia del tiempo del viejo estilo cuando las palabras *alegría y mayo* eran sinónimos, antes de que la preocupación por el futuro hubiera reducido las emociones a un monótono término medio. Consistía la primera manifestación en una marcha procesional de dos en dos en torno a la parroquia. Lo ideal y lo real chocaban ligeramente cuando el sol iluminaba sus figuras sobre el fondo de los verdes vallados y de las fachadas de casas tapizadas de follaje; pues, aunque todas vestían de blanco, no había dos blancos iguales; las vestiduras de algunas frisaban en el blanco nítido, mostraban las de otras una palidez azulina, y algunas, las de las señoras de edad más avanzada (que posiblemente llevaban varios años dobladas), ostentaban un matiz cadavérico, tirando a un estilo georgiano[16].

Además de la distinción de la túnica blanca, mozas y mujeres hechas llevaban en la diestra una varita de sauce, mondada, y en la mano izquierda un ramo de flores blancas. La preparación de la primera y selección de las segundas quedaba encomendada a cada una.

Iban en la procesión algunas pocas mujeres de edad mediana, y hasta entradas en años, con cabellos de plata y arrugados semblantes, estropeados por el tiempo y las dificultades, que resaltaban de modo casi grotesco y verdaderamente patético en esa animada situación. En una perspectiva verdadera, quizá, había más que decir y que ver en cada una de esas experimentadas mujeres, a quien los años acercaban a tener que decir «No tengo placer en ellos»[17], que en sus compañeras juveniles. Pero pasemos de éstas de más edad a favor de aquellas bajo cuyo corpiño latía la vida, animada y cálida.

Las jóvenes estaban en mayoría, y sus cabecitas de abundantes cabelleras reflejaban al sol de la tarde los tonos todos del oro, el negro y el castaño. Unas tenían bellos ojos; otras, bonita nariz, boca y cuerpo preciosos; pocas, si no ninguna, reunían todos los encantos. Muchas dejaban entender su confusión ante el público que las contemplaba, en la dificultad de acomodar los labios, en la incapacidad de equilibrar la cabeza y en evitar el exceso de conciencia de sí mismas, mostrando que eran verdaderas chicas de campo, desacostumbradas a muchos ojos.

Y así como a todas las calentaba por fuera el sol, todas tenían también un ensueño, un afecto, un capricho, o, por lo menos, alguna esperanza remota y distante que, aunque quizá extinguiéndose en nada, les llenaba de sol por dentro el alma. Y ésa era la razón de que pareciesen muy animadas y, muchas de ellas, muy contentas.

Dieron la vuelta a la posada de La Gota Pura y rodeaban ya el camino alto para cruzar los prados, cuando una dijo:

—Pero ¡bendito sea el Señor!, ¿qué veo? Oye, Tess Durbeyfield, ¿no es tu padre el que viene en

aquel coche?

Al oír esta exclamación volvió la cabeza una linda moza, quizá no más que las otras, sino que su grácil boca de peonía y sus grandes ojos inocentes añadían elocuencia y brillo a sus colores y su forma. Llevaba prendida en el pelo una cinta roja, siendo la única de ese grupo de blanco que podía ufanarse de lucir tan llamativo adorno. Al mirar en torno la muchacha, vio venir a su padre en un coche perteneciente a La Gota Pura, guiado por una mujerona de castaña y rizada cabellera, con las mangas de la blusa subidas hasta el codo. Era la animosa criada del establecimiento, que hacía de todo, incluso de lacayo y cochero a veces. Durbeyfield, muy repantigado y entornados los ojos a lo gran señor, se alisaba el pelo, cantando en lento recitativo:

—Tengo una gran sepultura de familia en Kingsbere… y nobles antepasados que duermen en féretros de plomo.

Sonrieron las chicas del grupo, menos Tess, cuyo rostro se llenó de rubor al ver a su padre ridiculizado así.

—Eso será que está cansado —se apresuró a decir— y habrá querido que lo lleven a casa, porque nuestro caballo tiene que descansar hoy.

—¡Qué simple eres, Tess! —le dijeron sus compañeras—. Lo que le pasa es que ha empinado el codo. ¡Ja, ja!

—¡Mucho cuidado, eh! Porque si pensáis divertiros a costa suya, ahora mismo me voy —exclamó Tess, y el rubor de sus mejillas se le difundió por todo el semblante hasta el cuello. Luego se le humedecieron los ojos y bajó la mirada al suelo. Callaron las otras, al comprender que la habían hecho sufrir, y se restableció el orden. El orgullo le impidió a Tess volver la cara para ver si su padre tenía algo que decirle, y continuó su marcha con las otras hasta el cercado donde iban a bailar en la hierba. No bien hubieron llegado a aquel sitio, recobró la joven su serenidad, dio a su vecina un golpecito con la varita y siguió su charla, como de costumbre.

Tess Durbeyfield era en aquel instante de su vida un mero recipiente de emoción, intacto por la experiencia. A pesar de la escuela del pueblo, dominaba en su habla el dialecto característico de aquella región, que tiende a terminar con la sílaba *ur*, si bien resulta tan armonioso como cualquier otro lenguaje. La encarnada boca, fruncida hacia arriba por la costumbre de pronunciar esa sílaba, apenas había adquirido todavía su forma definitiva, y el labio inferior empujaba un poco hacia arriba al otro, al cerrarse ambos después de una palabra.

Aún mostraban su cara y aspecto rasgos de su niñez. Al caminar hoy, a pesar de su exuberante belleza de mujer, podían verse los doce años en sus mejillas, los nueve chispeando en sus ojos, y a veces hasta los cinco revoloteando sobre las curvas de su boca.

Pocos, sin embargo, lo sabían, y pocos lo tenían en cuenta. Algunos forasteros que al pasar la miraban casualmente se sentían al punto fascinados por su lozanía, y se quedaban con deseos de volver a verla, aunque para la mayoría de las gentes no pasaba de ser una linda y pintoresca aldeana.

La carroza triunfal de Durbeyfield se perdió a lo lejos con su palafrén femenino, y habiendo entrado la banda en el terreno destinado a ello, dio comienzo el baile. A lo primero, como no había mozos en la concurrencia, bailaron unas con otras las muchachas, pero llegada la hora en que acaba el trabajo, empezaron a acudir a la danza en busca de pareja algunos jóvenes del lugar, amén de unos

cuantos ociosos y transeúntes, pareciendo dispuestos a negociar una pareja.

Entre los circunstantes había tres muchachos de clase superior; llevaban los tres sendas mochilas, sujetas con correas a la espalda, y gruesos garrotes en las manos. Su parecido y sus edades, correlativas, delataban lo que realmente eran, es decir, hermanos. Llevaba el mayor corbata blanca, chaleco cerrado y el sombrero de finas alas que usan los ministros del culto; el segundo parecía un estudiante corriente todavía sin graduar. En cuanto al tercero y más joven, apenas bastaba a caracterizarle su aspecto, mostrando en sus ojos y en su modo de vestir un abandono y desgaire como de quien aún no ha encontrado su vocación. Parecía un estudiante en probaturas sin mucho empeño y de él se podía predecir cualquier cosa.

Los tres hermanos dijeron a conocidos casuales que pasaban sus vacaciones de Pascua de excursión por el valle de Blackmoor, con rumbo al suroeste desde Shaston. Se recostaron en la puerta del baile junto a la carretera, y trataron de indagar qué significaba el baile y los trajes blancos de las muchachas. Los dos mayores, una vez satisfecha su curiosidad, se dispusieron a reanudar su camino; pero el espectáculo de aquellas mozas bailando sin pareja del sexo contrario llamó vivamente la atención del tercero y le movió a acercarse. Se quitó la mochila, la dejó con el bastón sobre la cerca y abrió el portón.

—¿Adónde vas, Ángel? —preguntó el mayor.

—Pues a dar unas vueltas con estas muchachas. Venid también vosotros…; unos minutos nada más, y enseguida nos vamos.

—¡No, no, tonterías! —dijo el primero—. ¡Bailar así en público con unas lugareñas!… ¡Supón que alguien nos viera!

—Vámonos, que nos va a coger la noche camino de Stourcastle y no tenemos sitio más cercano donde pernoctar. Además, recuerda que tenemos que leer otro capítulo del *Contraataque al agnosticismo* antes de volver[18]; para eso me he tomado la molestia de traer el libro.

—Bueno, dentro de cinco minutos os alcanzaré. Te doy mi palabra de honor, Félix.

Le dejaron a regañadientes los dos mayores y siguieron camino adelante, llevándose la mochila de su hermano para que les alcanzara mejor. El pequeño entró en el cercado.

—Es una lástima que bailen ustedes solas —dijo galantemente a las dos o tres muchachas que tenía más cerca, no bien se hizo una pausa en el baile—. ¿Dónde están vuestras parejas, chicas?

—Es que los mozos no han terminado todavía el trabajo —respondió una de las más decididas—, pero no tardarán en venir. Ahora que, mientras tanto, si usted quiere bailar con nosotras…

—Ya lo creo que quiero… ¡Sino que yo solo para tantas!…

—Más vale uno que ninguno. Es muy triste encararse y patear con una de su propio género. De manera que… ¡escoja usted!

—¡Mujer, no seas tan descarada! —dijo una más tímida.

Invitado el joven de esa suerte, echó una mirada al grupo, intentando en vano distinguir entre tantas muchachas, y todas nuevas para él, por lo que hubo de elegir casi a la primera que se le vino a la mano, y que no fue, por cierto, con gran desencanto por su parte, la que con tanto desparpajo le hablara. Tampoco fue Tess Durbeyfield, pues ni su linaje, ni los esqueletos de sus antepasados, ni los vestigios monumentales de los d’Urberville quisieron ayudar a Tess en aquel trance de su vida para

proporcionarle una pareja de baile superior al común de los lugareños. Dicho sea esto por la sangre normanda no ayudada por el lucro Victoriano.

Cualquiera que fuere el nombre de la moza que hubo de eclipsarla no ha llegado a noticia nuestra, aunque sí nos consta que todas las demás le envidiaron la suerte de ser la primera en disfrutar aquella tarde de una pareja masculina. Y tal fue la fuerza del ejemplo que los mozos del lugar, que no se habían dado prisa en acudir al baile mientras no hubo intrusos, llegaron rápidamente ahora, de suerte que a poco ya todas tuvieron pareja, y hasta la más fea del grupo se vio relevada en su papel de hacer veces de hombre.

Sonó en esto el reloj de la iglesia, y el estudiante dijo de repente que tenía que partir para reunirse con sus hermanos. Al salir del baile posó su mirada un momento en Tess Durbeyfield, cuyos grandes ojazos en aquel instante, para decir la verdad, tenían el más suave aire de reproche por no haberse dignado bailar con ella. Él también lamentó no haberla observado, por su timidez, y pensando en eso se marchó del prado.

Como se había retrasado mucho, echó a correr camino abajo, cruzó la hondonada y remontó la inmediata colina. Allí, sin haber alcanzado a sus hermanos, se detuvo a respirar y volvió atrás la vista. Vio a lo lejos las blancas figuras de las muchachas en el verde cercado, girando en torbellino, como cuando él se hallaba entre ellas. Y pensó que todas se habrían olvidado ya de él por completo.

Todas sí, excepto quizá una. Separada del corro estaba una blanca silueta junto al vallado. Por el lugar en que se hallaba, él reconoció en ella aquella linda moza con quien no había bailado. Y aunque se trataba de una nadería, se sintió responsable de haberla herido en su amor propio con su descuido y lo lamentó profundamente, así como el ignorar hasta su nombre. Sentía que se había conducido como un necio con una muchacha tan expresiva, tan modesta, tan suave, tan delicada con aquella ligera túnica blanca.

Pero como el daño era ya irreparable se volvió el joven y emprendió rápida marcha. Y poco a poco se le fue borrando de la mente aquella impresión.

III

Tampoco Tess Durbeyfield olvidó tan fácilmente el mudo incidente. Y con ser muchas las parejas que se le ofrecían, no tuvo ánimos para bailar largo rato, permaneciendo ensimismada y melancólica hasta perderse de vista en la colina el forastero, no reparando siquiera en los mozos que la requerían y que tan distintos eran en traza y modales al joven que acababa de desaparecer. Hasta que los rayos del sol absorbieron la figura del joven que se alejaba ascendiendo la colina, no se liberó Tess de su tristeza ni dio respuesta afirmativa al mozo que la instaba a participar en el baile. Luego se estuvo con sus compañeras hasta que se hizo noche, llegando a tomar parte otra vez con cierto interés en la danza; que, sencilla todavía de corazón, gustaba del baile por el baile mismo, sin adivinar, al ver «los suaves tormentos, amargas dulzuras, gratos dolores y gustosa tristeza» de las otras muchachas, ya cortejadas y conquistadas, de lo que ella era capaz en ese terreno. Las peleas y trifulcas que armaban los mozos disputándosela para bailar la divertían… y nada más; y cuando se ponían muy tercos, les volvía la espalda.

De buena gana se hubiera estado allí más tiempo; pero de pronto hubo de recordar el incidente de la rara aparición y extraño aspecto de su padre, e inquieta, pensando qué habría sido de él, se separó preocupada de los danzantes y se encaminó al extremo del pueblo, donde estaba la casa de sus padres.

Unos pasos antes de llegar oyó otros sonidos muy distintos de los del baile y que le eran muy conocidos…

Era una serie de rítmicos traqueteos que venían del interior de la casa, delatando el violento balanceo de una cuna sobre el suelo de piedra, a cuyo compás iba el canto de una voz femenina que entonaba con mucho vigor una tonadilla titulada *La vaca pía*:

La vi tendida en el verde, a lo lejos.
Ven, amor, y te diré dónde.

A un mismo tiempo paraban por un momento el mecido de la cuna y la canción, y una exclamación del tono más agudo sustituía a la melodía.

—¡Dios te bendiga esos ojos tan hermosos, y esos carrillos de cera, y esa boquita tan graciosa, y esos muslines de manteca, y todo tu resalado cuerpecito!

Luego se reanudaban el canto y el mecido y la mujer volvía a entonar como antes la canción de *La vaca pía*.

Así estaban las cosas cuando abrió Tess la puerta y se quedó parada en el umbral contemplando la escena con expresión de amargura inefable. Qué diferencia había entre aquella alegría del campo que acababa de dejar —trajes blancos, ramos de flores, varitas de sauce, giros de danzas sobre el verde, el destello de dulce simpatía por el forastero— y la melancolía de aquel espectáculo

débilmente alumbrado por una sola vela. Aparte del desgarrón del contraste, heló a la joven un escalofrío de íntimo reproche por no haber vuelto más pronto a ayudar a su madre en aquellos quehaceres domésticos en vez de estarse tan entretenida fuera de casa.

Ahí seguía su madre, cual Tess la dejara, entre el grupo de niños, inclinada sobre la artesa del lavado, tarea que, según costumbre, aplazara hasta el final de la semana. De aquella artesa había salido el día anterior —y Tess lo recordó con una punzada de remordimiento— el vestido blanco que llevaba puesto, un poco teñido ahora de verde en los bajos por el roce con la hierba húmeda, aquel vestido que su madre se había afanado en lavar y planchar esmeradamente con sus propias manos.

Como de costumbre, la señora Durbeyfield, apoyando un solo pie junto a la artesa, ocupaba el otro en la tarea de mecer al pequeño. Las ballestas de la cuna estaban ya tan gastadas por el mucho uso, que casi habían perdido la curva, de suerte que cada balanceo era más bien una sacudida, que zarandeaba al niño de un extremo a otro como lanzadera de telar, cuando la señora Durbeyfield, enardecida por su canto, pisaba la ballesta con todos los bríos que le restaban tras laborar junto a la tina todo el día.

Tris, tras, tris, tras, gemía la cuna; se alargaba la llama de la vela y empezaba a temblequear; el agua goteaba por los codos de la matrona, y la canción seguía galopando hacia el fin de la estrofa, cuando la señora de Durbeyfield saludó con los ojos a su hija. Aun cargada de joven familia, Joan Durbeyfield amaba con pasión el canto. No llegaba al valle de Blackmoor canción alguna procedente del lejano mundo exterior que en una semana no la aprendiese la madre de Tess.

Aún fulguraba levemente en las facciones de la mujer algo de la frescura y el encanto de su juventud, adivinándose fácilmente que la belleza de que podía ufanarse Tess se la debía a su madre, no siendo, por tanto, de origen ni histórico ni caballeresco.

—Deje usted, madre, yo meceré al niño —le dijo Tess a su madre dulcemente—; si no quiere usted mejor que me ponga el vestido viejo y la ayude a aclarar. Yo creí que ya habría acabado hace mucho.

No llevaba a mal la madre de Tess que ésta dejara tanto tiempo a su cargo las faenas domésticas, y rara vez la reconvenía por ello, pues no solía echarla mucho de menos, a causa del procedimiento que instintivamente seguía para alivio de sus quehaceres y que consistía en irlos aplazando. Pero aquella noche parecía aún más contenta que de costumbre, mostrando en la mirada una distracción, una preocupación, una exaltación que la muchacha no podía entender.

—Celebro que hayas venido —le dijo su madre, luego que acabó de modular la última nota—, porque tengo que ir a buscar a tu padre, pero hay algo más: antes quiero contarte lo que ha sucedido. Te vas a asombrar cuando lo sepas.

La señora de Durbeyfield solía expresarse en dialecto; su hija, que había aprobado el sexto grado en la escuela nacional con una maestra educada en Londres[19], hablaba dos lenguas, el dialecto en su casa, más o menos, y el inglés fuera de ella y cuando trataba con personas de importancia.

—¿Desde que estoy fuera? —preguntó Tess.

—¡Sí!

—¿Tiene algo que ver con eso el que padre se paseara esta tarde en coche? Hubiera querido que me tragase la tierra del bochorno que he pasado.

—¡Ya lo creo que tiene que ver! ¡Cómo que ahora resulta que venimos de una de las familias más nobles del condado (de antes del tiempo de Oliver Grumble)[20], con monumentos y nichos y escudos, y Dios sabe cuántas cosas más! ¡Con decirte que en tiempos de san Carlos fuimos caballeros de la Encina Real y que nuestro verdadero apellido es d'Urberville!… ¿No se te alegra el alma, hija mía? Por eso ha venido tu padre en coche, y no porque haya bebido, como la gente se imaginó.

—¡Cuánto me alegro de que así sea! ¿Nos servirá para algo, madre?

—¡Cómo no! Se piensa que cosas grandes pueden venir de eso. No hay duda de que un montón de gente de nuestro rango vendrá en coche en cuanto se sepa. Tu padre se enteró al venir de Shaston, y me lo ha contado todo de pe a pa.

—¿Y dónde está ahora padre? —preguntó Tess.

Su madre, a modo de respuesta, dijo algo que no venía a cuento.

—A primera hora de la tarde fue a Shaston a ver al médico. Según parece, tiene algo más que debilidad, pues el médico le ha dicho que tiene una cosa —no sabía cuál— hinchada cerca del corazón. Una cosa así —y al decir esto Joan Durbeyfield hizo una curva con el desollado pulgar y el índice formando una *ce*, señalando con el otro índice la curva—. «Por ahora», le ha dicho el médico a tu padre, «tiene usted el corazón cerrado por este lado; pero el otro todavía está abierto. En cuanto se cierre así —y la señora Durbeyfield juntó sus dedos hasta formar un círculo completo— ya puede usted despedirse de este mundo, Durbeyfield… Ahora bien, lo mismo puede ocurrir dentro de diez años que de diez meses o diez días».

Tess miró alarmada a su madre. ¿Cómo era posible que su padre se fuera tan pronto al otro mundo, cuando acababan de lloverle del cielo tan inesperadas grandezas?

—¿Pero dónde está padre? —preguntó de nuevo.

Su madre le dirigió una suplicante mirada.

—No vayas a enfadarte —le dijo—. El pobre está tan trastornado con las noticias que le dio el pastor, que hará cosa de media hora se fue a casa de Rolliver. Tiene que hacer acopio de fuerzas para el viaje que esta madrugada ha de emprender con esa carga de panales que tiene que entregar para mañana sin falta, tenga o no esa familia.

—¡Acopio de fuerzas! —exclamó Tess con ímpetu, mientras las lágrimas anegaban sus ojos—. ¡Oh Dios mío, en una taberna! ¡Y usted, madre, tan conforme!

Su protesta pareció difundirse por la estancia toda, comunicando un aire acobardado al moblaje, a la luz, a los niños que por allí andaban jugando, e incluso al rostro de su madre.

—No —dijo ésta conmovida—, no estoy conforme. Precisamente te estaba esperando para que tuvieras cuidado de la casa mientras yo iba a buscarle.

—Iré yo.

—No, no, Tess. Ya sabes que si tú fueras sería inútil.

No insistió Tess, comprendiendo el sentido de la objeción maternal. Ya colgaba de una silla el abrigo de la señora Durbeyfield, que ésta había puesto allí para tenerlo más a la mano.

—Guarda entretanto el *Libro de la fortuna* —añadió Joan, secándose aprisa las manos y poniéndose el abrigo.

El *Libro de la fortuna* era un grueso y viejo volumen que había en una mesa allí cerca, y que tan

desgastado estaba por el uso que ya tenía comidas las márgenes. Lo cogió Tess, y su madre salió.

Aquel ir a la caza de su marido en la taberna era uno de los goces que le quedaban a la señora de Durbeyfield en medio de las suciedades y confusiones que le ocasionaba la crianza de sus hijos. Descubrirle en Rolliver, sentarse a su lado una o dos horas y olvidar todo pensamiento y cuidado por los hijos, la hacía feliz. Una suerte de halo luminoso, de resplandor de ocaso abrillantaba su vida entonces. Sus trabajos y molestias, todas sus desabridas realidades cobraban una como impalpabilidad metafísica, pasando a ser meros fenómenos mentales para una serena contemplación, dejando de ser opresiones torturadoras del cuerpo y el alma. Los pequeños, cuando no los veía inmediatamente, le parecían a la pobre mujer pertenencias gratas y deseables; los incidentes de la vida cotidiana, mirados desde allí, no carecían de atractivo y aliciente. Sentía Joan algo de lo que había sentido los años de su noviazgo, cuando solían sentarse en aquel mismo lugar, y ella cerraba los ojos a los defectos de su carácter y sólo le veía en su aspecto ideal de enamorado.

Tess, sola en la casa con los pequeños, fue primero a guardar el libro en el pajar, metiéndolo en el bálago de la cubierta. Obedeciendo a curiosa superstición, se empeñaba la madre en que el mugriento volumen no pasase las noches en la casa, siendo preciso ir por él al pajar cuando había que consultarlo. Entre la madre con sus supersticiones, su primitiva instrucción, su dialecto y sus baladas aprendidas de oído, y la hija con sus enseñanzas de plan nacional y conocimiento grado medio bajo un código infinitamente revisado[21], mediaba un abismo de doscientos años, según el común entender. Cuando estaban juntas, se yuxtaponían la época jacobina y la victoriana.

Al volver por el huerto, pensaba Tess qué sería lo que su madre habría tenido que consultar en el libro aquel día, suponiendo, naturalmente, que tendría relación con el descubrimiento inesperado de su rancio abolengo. No podía adivinar que el objeto de la consulta había sido ella misma. Pero la joven, dando enseguida de mano a ese pensamiento, se puso a recoger y remojar, para plancharla luego, la ropa blanca que se había secado durante el día, ayudada en esta labor por su hermanito Abraham, de nueve años, y su hermana Eliza-Louisa-Liza-Lu, —como la llamaban todos—, de doce y medio. Los más pequeños estaban ya en la cama. Tess le llevaba más de cuatro años al que le seguía, pues entre los dos había habido otros tantos que murieron casi recién nacidos; y la diferencia de edades le daba a la joven aire de madrecita suplente con respecto a sus hermanos. Después de Abraham habían venido al mundo dos niñas, Hope y Modesty. Luego seguía uno de tres años, y, por fin, el más pequeño, que acababa de cumplir su primer año.

Toda aquella gente menuda eran los pasajeros de la nave Durbeyfield, y sus placeres, necesidades, salud y hasta su vida pendían, naturalmente, de los dos adultos del hogar. Si las cabezas de la casa Durbeyfield optaban por navegar hacia dificultades, desastres, hambre, enfermedad, degradación y muerte, ahí estaba esa media docena de pequeños cautivos en la bodega, obligados a navegar con ellos; seis criaturas inermes a quienes nadie había preguntado si deseaban vivir de algún modo, y menos en tan duras condiciones como implicaba ser de la desamparada casa de Durbeyfield. Hay quien se pregunta cómo puede hablar del «Sagrado designio de la naturaleza» ese poeta cuya filosofía se juzga hoy tan profunda y veraz como puro y airoso es, en verdad, su verso[22].

Pasaba el tiempo y ni el padre ni la madre aparecían. Tess se asomó a la puerta y mentalmente recorrió las callejuelas de Marlott. El pueblo estaba ya cerrando los ojos. Desaparecían de todas

partes las luces. Tess se imaginaba en el interior de las casas a los que extendían la mano con el apagador.

Que su madre hubiera ido a buscar al padre significaba simplemente mandar a otro. Y Tess pensó que un hombre de salud tan quebrantada, que en las primeras horas de la madrugada tenía que salir de viaje, no debía estarse hasta tan tarde en la taberna, festejando su rancio abolengo.

—Abraham —dijo al hermanito—, ponte el sombrero, no te dará miedo, ¿verdad?…, y llégate a la taberna de Rolliver a ver qué ha sido de padre y de madre.

Saltó el niño prontamente de su asiento, abrió la puerta y se perdió en la sombra. Pero transcurrió otra media hora, y ni el padre, ni la madre, ni el niño volvían. Abraham, como sus padres, parecía haber sido víctima también del encanto de la taberna.

—Tendré que ir yo —dijo Tess.

Y después de acostar a Liza-Lu y dejarlos encerrados a todos, emprendió su camino por la oscura y tortuosa callejuela, nada hecha para avanzar deprisa, pues databa de un tiempo en que un centímetro de tierra no tenía valor y los horarios de una sola manecilla bastaban para dividir el día.

IV

La taberna de Rolliver, única cervecería que había por aquella parte del destartalado villorrio, sólo podía ufanarse de tener licencia para despachar para llevar a casa, y, como nadie podía legalmente beber allí dentro, el espacio público de que disponía para los parroquianos se reducía a una tabla de quince centímetros de ancho por dos metros de largo, unida por alambres a la estacada de un raquítico jardín, formando una ménsula. Allí ponían sus copas los sedientos forasteros cuando se detenían en el camino, arrojando los restos al suelo, a usanza polinesia, y echando siempre de menos un asiento para descansar en el interior.

Ése era el deseo de los forasteros. Pero había también parroquianos de la localidad que sentían el mismo antojo, y ya se sabe que querer es poder.

En un amplio dormitorio del piso alto, cuya ventana cubría una espesa cortina hecha con un gran chai de lana ya inservible de la señora de Rolliver, se hallaban reunidas aquella noche cerca de una docena de personas que allí habían ido en busca de la ración de felicidad que despachaba la taberna. Todos eran vecinos de aquel barrio de Marlott y clientela fiel de aquel local. La Gota Pura, a fuer de taberna plenamente autorizada, era el establecimiento más abastecido y cómodo, pero a causa de la distancia no iban allá los moradores de este barrio; aparte de que había otra razón más poderosa para ellos, y era que, según las opiniones más autorizadas, era mejor beber con Rolliver en el rincón de lo alto de su casa que con otro propietario en una casa amplia[23].

Un menguado lecho de cuatro postes que había en la habitación brindaba asiento a varias personas que se acomodaban en sus tres costados; otros dos hombres se habían encaramado en una cómoda, otro descansaba en el tallado arcón de roble, dos en el lavabo, otro en un taburete, y todos parecían muy contentos y cómodos. Estaban a aquella hora en tal estado de interior bienestar que el alma se les salía por los poros, difundiendo sus personalidades por el aposento. En aquel instante, la habitación y su moblaje asumían mayor lujo y dignidad; el chai que colgaba de la ventana se convertía en un rico tapiz; los tiradores de los cajones de la cómoda brillaban como ascuas de oro, y los tallados postes de la cama parecían alardear de cierto parentesco con los magníficos pilares del templo de Salomón.

La señora Durbeyfield, que había hecho el trayecto aprisa después de separarse de Tess, entró por la puerta principal, atravesó el cuarto de abajo que estaba a oscuras y abrió la puerta de la escalera, como quien conoce a fondo los secretos de los cerrojos. La escalera tuvo que subirla más despacio, a causa de la oscuridad, y al llegar al último peldaño, las miradas todas convergieron en su rostro, bañado por la claridad del interior.

—… Y como se trata de unos amigos particulares, los invité a que vinieran a tomar un vasito —exclamó, al oír las pisadas, la tabernera, con el tonillo de un niño que recita su catecismo—. ¡Ah!… ¡Pero es usted, señora Durbeyfield!… ¡Señor, qué susto me he llevado! Pensé que sería algún soplón del gobierno.

El resto de los contertulios saludó a la señora de Durbeyfield con exclamaciones y ademanes de

alborozo. La pobre mujer se fue derecha a donde estaba su marido, el cual en aquel instante hablaba por lo bajo para sí mismo, y decía inconscientemente:

—¡Aquí donde usted me ve, valgo tanto como el primero! Tengo un gran panteón de familia en Kingsbere-sub-Greenhill, y mejores esqueletos que nadie en Wessex.

—A propósito de eso tengo que decirte una cosa que se me ha metido en la cabeza…, una idea magnífica —le susurró al oído su mujer—, pero ¡John!… ¿No me ves que estoy aquí, hombre?

Y hacía por llamarle la atención, mientras él, mirándola como por el cristal de una ventana, proseguía su recitado.

—¡Chist! ¡No cante tan recio, buen hombre! —exclamó a esto la tabernera—. No vaya a pasar algún policía y nos retiren la licencia.

—¿Le ha dicho a usted ya mi marido lo que nos sucede? —preguntó la señora Durbeyfield.

—Sí… ¿Y cree usted que eso les pueda valer dinero?

—Ahí está el busilis —dijo discretamente la señora Durbeyfield—. Siempre gusta tener coche, aunque no pueda una disfrutar de él. —Y dejando su voz pública y hablando con su marido—: Desde que viniste a casa con la noticia no he parado de pensar en que cerca de Trantridge, en el lindero mismo del Chase, vive una señora muy rica que se llama d'Urberville.

—¿Sí?… ¿Qué dices, mujer? —exclamó sir John.

La mujer repitió lo mismo que ya le dijera, y añadió:

—Esa señora tiene que ser parienta nuestra. Y pienso que le mandásemos a Tess para reclamar el parentesco.

—… Pues que hay una señora muy rica de mi mismo apellido, ahora que lo dices… —exclamó Durbeyfield—. El pastor Tringham no pensó en eso. Ahora, que esa señora no es nadie, en resumidas cuentas, comparada con nosotros… Será de una rama joven de la misma familia, de los tiempos del rey Guillermo.

En tanto ventilaban esta cuestión, ninguno de ambos cónyuges advirtió, de tan preocupados como estaban, que Abraham se había escurrido en la habitación y aguardaba ocasión para recordarles que ya era hora de volver al hogar.

—Es muy rica y sin duda se fijará en nuestra chica —siguió diciendo la señora Durbeyfield—. Lo cual estaría de perlas. No sé por qué no han de tratarse las dos ramas de la familia.

—¡Claro! —saltó Abraham con vehemencia desde debajo de la cama—. ¡Y cuando se haya llevado a Tess a vivir con ella iré yo a verla y montaremos los dos en su coche y vestiremos de negro!

—¿Pero cómo has venido, chico?… ¿Y por qué dices tales sandeces?… ¡Anda, sal pronto de ahí y vete a jugar a la escalera hasta que estemos listos padre y yo!… Bueno, nuestra Tess debe ir a hacer una visita a esa señora de nuestra familia. Seguramente tomará cariño a la chica, y, o mucho me engaño, es probable que eso lleve a que se case con un caballero noble. En resumen, lo sé.

—¿Cómo?

—Consulté el sino de la chica en el Libro de la fortuna y eso mismo fue lo que me salió… ¡Como que había que ver lo guapa que estaba hoy!… Tan suave tiene la tez como una duquesa.

—¿Y qué dice la chica a eso de ir allá?

—Todavía no le he dicho nada, y no sabe que esa señorona sea parienta nuestra. Pero ¡eso le puede valer un buen casamiento!

—Tess es muy particular.

—Sí, pero en el fondo es muy tratable. Déjamela a mí.

Aunque esta conversación era privada, no dejaron los presentes de coger algunos cabos sueltos de la misma; los bastantes para colegir que los Durbeyfield tenían parientes más empingorotados que el común de los mortales y que Tess, su linda hija mayor, tenía por delante una perspectiva brillantísima.

—Tess es muy linda —observó por lo bajo uno de los contertulios de más edad—. Esta tarde lo pensaba al verla dar con las demás la vuelta a la parroquia; sólo que Joan Durbeyfield debe andarse con tiento si no quiere que se la echen a perder.

Esto último era una frase local que tenía un significado peculiar, y nadie replicó[24].

La conversación se hizo general, y no había pasado mucho rato cuando se oyeron pasos en el cuarto de abajo.

—… Y como se trata de unos amigos particulares, los invité a que vinieran a beber un vasito —saltó la tabernera, repitiendo la consabida fórmula para engañar a los intrusos; aunque poco después hizo punto final, por haber reconocido a Tess.

Incluso a Joan le pareció la mirada de su hija triste y como impropia de aquel ambiente saturado de los vapores del alcohol, que se cernían formando una atmósfera adecuada para la vejez arrugada; y bastó no más que una insinuación de reproche en los brillantes ojos de Tess para que sus padres se levantaran enseguida, apurasen de un trago su cerveza y bajaran la escalera, seguidos prudentemente por la señora de Rolliver.

—¡Por Dios, no armen ustedes ruido! ¡No sea que me retiren la licencia y me llamen a juicio, y qué sé yo! ¡Muy buenas noches!

Se encaminaron juntos a casa; sir John iba entre la mujer y la hija, cada una de las cuales lo llevaba cogido de un brazo. No había bebido gran cosa, dicho sea en honor a la verdad… Ni la cuarta parte de lo que un buen bebedor podía trasegar el domingo sin que se lo notaran por la tarde en la iglesia, en sus movimientos y genuflexiones; sólo que sir John era débil de naturaleza y eso hacía montañas de sus pecadillos de esa clase. Al salir al aire fresco era tan poco dueño de sus piernas, que lo mismo hubiera podido empujar a sus acompañantes hacia Londres que en dirección a Bath, efecto cómico harto frecuente en los regresos nocturnos de las familias a sus casas, y como muchos efectos cómicos, no del todo cómico en el fondo. Las dos mujeres disimulaban heroicamente aquellas marchas y contramarchas, tanto ante Durbeyfield, como ante Abraham y ante ellas mismas; y de esa suerte se iban acercando poco a poco a la casa, en tanto el cabeza de familia volvió súbitamente a su tema primero, cual si quisiera animarse el alma a la vista de lo mezquino de su actual morada.

—¡Tengo un panteón de familia en Kingsbere!

—¡Calla! ¡No seas tonto, John! —le dijo su esposa—. Que no es tu familia la única que contaba antiguamente. Mira a los Anktells, y a los Horseys, y a los Tringham mismos, sin ir más lejos…, echados a perder lo mismo que tú, aunque al fin y al cabo seas tú verdaderamente más que ellos…

Yo, gracias a Dios, nunca he sido de ninguna familia y no tengo que avergonzarme por ese lado.

—¡Vete a saber si es como dices! Para mí que tu familia dio de sí hasta reyes y reinas, y luego vino todavía más a menos que la mía…

Al llegar a este punto cambió Tess la conversación para decir lo que, a su juicio, era más importante que no la supuesta nobleza de su linaje.

—Me estoy temiendo que padre no pueda salir mañana temprano con las colmenas.

—De aquí a un par de horas estoy como si nada —respondió Durbeyfield.

Dieron las once y aún no se había acostado la familia; y eso que a las dos de la madrugada tenía que salir sir John con las colmenas, si era que pensaba entregárselas a los comerciantes de Casterbridge antes de empezar el mercado del sábado; que había de hacer el trayecto por malos caminos, recorriendo de cuarenta a cincuenta kilómetros, y con un carro y un caballo de lo más lento. A la una y media la señora Durbeyfield entró en la gran alcoba en que dormían Tess y sus hermanos.

—Está el pobre que no puede levantarse —le dijo a su hija mayor, que abrió sus grandes ojos no bien oyó a su madre poner la mano en la puerta. Tess se incorporó sin atinar al pronto, del sueño que tenía, con el sentido de las palabras de la madre.

—Pero es preciso que vaya alguien —replicó luego—. Ya es tarde para las colmenas; pronto terminará el enjambrar de este año… Y si no las llevamos hasta el mercado, la semana que viene bajarán mucho y nos tendremos que quedar con ellas…

La señora Durbeyfield pareció comprender la verdad de lo que decía su hija, y exclamó de pronto:

—¿No podría ir allá algún muchacho? ¿Alguno de los que bailaron contigo ayer tarde?

—¡Oh, por nada del mundo! —declaró Tess con orgullo—. ¡Para que se enterasen luego de todo! … ¡Qué vergüenza! Mejor iría yo, con tal que Abraham quisiera acompañarme.

Consintió al cabo la madre en este arreglo. Y en el acto despertó al chico del profundo sueño en que yacía, en un rincón de la alcoba, y le obligó a embutirse en sus ropas, cuando todavía estaba mentalmente en el otro mundo.

A todo esto se había vestido Tess, y ambos, encendiendo un farolillo, se dirigieron a la cuadra. Estaba ya cargado el raquítico carro, y sólo tuvo la muchacha que enganchar al caballo Príncipe, poco menos raquítico que el vehículo.

Esparcía asombrado el animal la mirada a su alrededor, posándola sucesivamente en la noche, en el farol y en aquellas dos figuras humanas, como si le costara trabajo creer que a semejante hora, cuando todo el mundo dormía a pierna suelta, hubieran de obligarle a él a ponerse en camino y trabajar. Metió Tess unos cuantos cabos de vela en el farol, colgó éste de un varal, y secundada por su hermano sacó al caballo, guiándolo camino adelante y marchando ellos a su lado, sobre todo en las subidas, a fin de no recargar de peso a un animal de tan escasos bríos. Para entonarse en la medida de sus recursos, anticiparon la mañana, que aún estaba bastante lejos, con el farol, pan con manteca, y su conversación. Abraham, despierto ya del todo (pues hasta allí se había movido maquinalmente), se puso a hablar, haciéndole notar a su hermana las extrañas formas que tomaban los

diversos bultos negros resaltando sobre el fondo del cielo; tal árbol semejaba un tigre furioso saliendo de su cubil, tal otro parecía la cabeza de un gigantón.

Luego que hubieron dejado atrás la aldea de Stourcastle, callada y somnolienta bajo sus espesas techumbres de bálago, empezaron a atravesar terrenos más altos. A su izquierda se alzaba, más elevada todavía, la colina de Bulbarrow o Bealbarrow, que puede que sea la más alta de todo Wessex del Sur y que se erguía, soberbia, hacia el cielo, ceñida por sus murallas de adobe[25].

Desde allí seguía el camino en horizontal por algún trecho. Ambos hermanos se subieron a la delantera del carro y Abraham puso una cara cavilosa.

—¡Tess! —exclamó de pronto, como a guisa de preámbulo.

—¿Qué, Abraham?

—¿Te alegra a ti eso de que ahora resulte que somos nobles?

—A mí no me da frío ni calor.

—Pero ¿no te alegra pensar que puedas casarte con un señorito?

—¡Cómo! —exclamó Tess, alzando la cara.

—Claro, mujer. Porque nuestra parienta importante te buscará un novio rico como ellos.

—¿Nuestra parienta importante? Pero ¿qué dices, hombre? ¡Si no tenemos tal parienta! ¿Quién te ha contado eso?

—Se lo oí decir a ellos cuando fui a la taberna a buscar a padre. Tenemos una parienta muy rica en Trantridge, y decía madre que si tú fueras a verla y le dieras a conocer el parentesco de seguro que hacía por casarte con un caballero.

Quedó pasmada la muchacha y se embebeció en caviloso silencio. Abraham seguía charlando, más por el gusto de hablar que para que le atendieran, por lo que no reparó en el ensimismamiento de su hermana. Se recostó contra las colmenas, y levantando al cielo la cara, hizo algunas observaciones a propósito de las estrellas, cuyas frías pulsaciones palpitaban en las negras oquedades de allá arriba, llenas de serena indiferencia respecto a aquellas dos briznas de humanidad. Luego preguntó a su hermana a qué distancia de la Tierra parpadeaban aquellas chispas, y si detrás de ellos estaba Dios. Pero de cuando en cuando volvía a recaer su infantil parloteo en aquello que le traía más preocupada la imaginación que las maravillas todas del universo. Si Tess se casaba con un caballero y era rica, tendría dinero bastante para comprarle un anteojo de larga vista, con el cual podría ver las estrellas tan cerca como si estuvieran en Nettlecomb-Tout.

Aquella recaída en el tema que traía a maltraer a toda la familia acabó por enojar un poco a Tess.

—¡Déjate de eso ahora! —exclamó.

—¿Dijiste que las estrellas eran mundos, Tess?

—Sí, hombre.

—¿Lo mismo que el nuestro?

—No sé, aunque creo que sí. Algunas veces parecen las manzanas de nuestro huerto. Casi todas sanas y en sazón. Aunque hay alguna que otra picada.

—Y el mundo en que vivimos nosotros, ¿está sano o picado?

—Picado, Abraham.

—Pues es una lástima que habiendo tantos no nos haya tocado en suerte otro mejor.

—Sí que lo es, tienes razón.

—¿Es cierto que es así, Tess? —exclamó Abraham mirando a su hermana, muy preocupado con lo que ésta acababa de decirle—. Y si nos hubiera tocado otro sano, ¿qué habría ocurrido, Tess?

—Pues que padre no tosería ni andaría a rastras como anda, ni hubiera bebido tanto como para no poder hacer este viaje. Y madre no tendría tampoco que estar siempre lavando, que no acaba nunca.

—¿Y entonces tú hubieras sido una señora rica sin necesidad de casarte con nadie?

—Mira, Abraham…, no hablemos más de eso…

Entregado a sus reflexiones, no tardó el niño en dormirse. No estaba Tess muy ducha en punto a conducir un caballo, pero pensó que podía encargarse de ello en aquella ocasión y dejar que el pobre Abraham durmiera. Le formó una suerte de nido entre las colmenas, de forma que no pudiera caerse, y cogió ella las riendas.

No había que estar muy sobreaviso con *Príncipe*, que estaba harto débil el pobre para permitirse travesuras de ninguna clase. Sin la distracción de la charla fraternal, Tess, apoyada en las ringleras de colmenas, se entregó a meditaciones todavía más profundas. La muda procesión de árboles y setos que ante sus ojos desfilaba le sugería escenas fantásticas sin relación alguna con la realidad, y la menor ráfaga de viento se le antojaba el suspiro de una inmensa alma triste, que abarcaba al universo todo en el espacio y a la historia en el tiempo.

Reflexionando entonces sobre la urdimbre de acontecimientos de su propia vida, le parecía ver claramente lo vano del orgullo de su padre e imaginaba a aquel noble pretendiente, que su madre le deparaba en su imaginación, como un grotesco personaje que se riese de su pobreza y su velada prosapia caballeresca. Se le hacía todo cada vez más raro y estrafalario, y perdía la noción del tiempo. Al cabo de un rato la zarandeó en su asiento una violenta sacudida, y Tess despertó del sueño que también a ella la había vencido.

Habían recorrido mucho trecho desde que la joven perdiera la noción de la realidad, y se había detenido el carro. De su parte delantera salió un gemido lastimero, cual nunca lo oyera en su vida la joven, seguido de esta exclamación: «¿Quién va?».

Se había apagado el farolillo que colgaba del carro, pero en su lugar brillaba otro de más vivo fulgor ante los ojos de Tess. Sin duda había ocurrido algo grave, pues los arreos de la bestia se habían enredado en un objeto que obstruía el camino.

Echó pie a tierra Tess, consternada, y vino en descubrimiento de la sensible realidad. Aquel gemido lastimero lo había lanzado el pobre *Príncipe*. El correo de la mañana, que con raudo y silencioso rodar cruzaba como de costumbre por aquellos caminos, le había dado una formidable embestida al lento carrito sin luz de Tess. La aguda lanza del coche había penetrado como una espada en el pecho del desdichado *Príncipe*, y de la herida salía un chorro de sangre que con sibilante gorgoteo rebotaba sobre la tierra.

Desesperada Tess, se acercó al caballo y posó su mano en el orificio de la herida, sin obtener más resultado sino que los rojos goterones de sangre le salpicasen todo el cuerpo. Luego se quedó mirando al pobre caballo, presa de doloroso estupor. *Príncipe*, que se había sostenido en pie hasta agotársele del todo la fuerza, se desplomó de pronto en tierra en un montón.

En aquel momento se acercó el conductor del correo a la muchacha y procedió a arrastrar y

desenganchar la caliente mole de *Príncipe*. El pobre animal era ya cadáver y, en vista de ello, el conductor fue a atender al suyo, que estaba ileso.

—No iba usted por su lado —le dijo a Tess—, yo tengo que llevar ahora a su destino las valijas del correo. De modo que lo mejor es que se quede usted aquí con su carga. En cuanto pueda mandaré a alguien que le ayude. Está ya amaneciendo, y no tiene nada que temer.

Volvió a montar el conductor en el coche y prosiguió su camino, mientras Tess se quedaba esperando. Palideció el horizonte, se removieron los pajarillos en los setos, saltaron de los nidos y rompieron a cantar; dejó ver el camino su blanco tono de color, y más blanca que él dejó ver Tess su cara. El enorme charco de sangre que delante tenía mostraba ya las irisaciones de la coagulación, y al levantarse el sol se reflejaron en él mil destellos prismáticos. *Príncipe* yacía inmóvil y rígido en el suelo con los ojos dilatados. El desgarrón de su pecho no parecía lo bastante amplio como para dejar paso a la vida que hasta entonces le animara.

—¡Yo soy la culpable…, la culpable de todo! —exclamó la joven, contemplando aquel espectáculo—. No, no merezco perdón. ¿De qué vamos a vivir ahora? Abraham, Abraham. —Y zarandeó al niño que había seguido durmiendo a pierna suelta durante el desastre—. ¡No podemos seguir con la carga!… ¡El pobre *Príncipe* está muerto!

Al percatarse el niño de la realidad, se le marcaron en el rostro anacrónicamente las arrugas de los cincuenta años.

—¡Dios mío! ¡Y pensar que ayer mismo estaba yo bailando y riendo tan contenta y ajena a lo que me esperaba! —continuó Tess recriminándose—. ¡Qué atolondrada, qué loca soy!

—Todo esto nos ocurre por haber nacido en un astro picado y no en uno sano, ¿verdad, Tess? —murmuró lloroso Abraham.

Aguardaron en silencio un rato que les pareció interminable. Hasta que por fin un rumor cada vez más próximo vino a probarles que el correo había cumplido su palabra. Un colono de Stourcastle llegaba en su ayuda en un fuerte jaco. Engancharon éste al carro de las colmenas, en sustitución de *Príncipe*, y continuó la carga su camino, en dirección a Casterbridge.

Al anochecer de aquel mismo día volvió a pasar el carro, ya vacío, por el lugar del accidente. *Príncipe* yacía en la cuneta desde por la mañana, pero todavía, aunque medio borrado por el paso de los vehículos, se veían vestigios del charco de sangre en mitad del camino. Cargaron en el carro que antaño condujera él su pobre carroña, y al aire los cascos y brillantes sus herraduras al sol poniente, desanduvo el animal los catorce o quince kilómetros que había de allí a Marlott.

Tess había vuelto más temprano. No sabía la pobre cómo darles a sus padres la mala noticia. Y en su interior se alegró no poco al inferir por sus caras que ya estaban enterados de lo ocurrido, aunque no por ello dejaba de ser merecedora del reproche que siguió echándose encima.

Pero por lo mismo que era tan precaria la situación de aquel hogar, resultaba menos grave el infortunio que si se hubiera tratado de una familia próspera, a pesar de que en el caso presente significaba la ruina y en el otro no hubiera pasado de ser un mero contratiempo. No mostraban en sus caras los padres de Tess la encendida cólera que otros más codiciosos hubieran dejado ver. Nadie reconvino a Tess, sino ella misma.

Al saber que el curtidor sólo ofrecía unos miserables chelines por los despojos de Príncipe, por

ser tan viejo, se creció Durbeyfield.

—No —dijo estoicamente—; no quiero vender los restos de mi pobre *Príncipe*. Cuando los d'Urberville éramos unos caballeros no vendíamos nuestros caballos para que sirvieran de alimento a los gatos. ¡Que se guarde ese roñoso sus chelines! Nos sirvió bien en vida y no quiero separarme ahora de él.

Al día siguiente trabajó de firme para cavarle en el corral a *Príncipe* una fosa, poniendo en ello más ahínco que durante muchos meses juntos en ganar el pan para su familia. Luego que estuvo abierto el hoyo, entre él y su mujer le pasaron por el cuerpo una cuerda al pobre caballo y le arrastraron al corral, seguidos de los niños en fúnebre cortejo. Abraham y Liza-Lu sollozaban; Hope y Modesty desahogaban su dolor en ruidosos lamentos que repetía el eco en las paredes; y luego que ya quedó enterrado *Príncipe*, rodearon todos la tumba. Se les había acabado el que ganaba el pan, ¿qué iba a pasar ahora?

—¿Habrá ido al cielo? —preguntó Abraham, sollozando.

Luego procedió Durbeyfield a echar en la fosa paletadas de tierra, volviendo los niños a llorar. Lloraban todos menos Tess, que tenía el rostro enjuto y pálido, cual si se juzgase a sí misma como a una asesina.

V

El negocio de compra y venta en que sir John se ocupaba y que dependía principalmente del caballo, se vio desorganizado de allí en adelante. Empezaron a asomar a lo lejos las dificultades y los apuros, precursores de la miseria. En opinión de las gentes, Durbeyfield era un haragán, pues solía trabajar de firme de cuando en cuando, pero no las horas necesarias, y poco acostumbrado a la actividad regular del jornalero, no era muy asiduo cuando ambas cosas coincidían.

A todo esto Tess, como autora de aquel desastre, se preguntaba en silencio qué podría hacer para repararlo. Y en esta coyuntura fue cuando su madre le comunicó su proyecto.

—Tenemos que tomar lo bueno y lo malo, Tess —dijo—. A mí me parece que en ningún otro momento nos hubiera venido mejor el enterarnos de tu sangre noble. Es menester que recurras a las personas de tu sangre. ¿Sabes que ahí, muy cerca del Chase, vive una señora muy rica, la señora d'Urberville, que tiene que ser parienta nuestra? Debes ir a visitarla para reclamar el parentesco y pedirle que nos ayude a salir de este atranco.

—No querría hacerlo —dijo Tess—. Si existe tal señora, ya sería bastante que nos dispensase buena acogida, sin esperar que nos prestase ayuda.

—Tú podrías conseguirlo todo de ella, hija mía. Además, que quién sabe todo lo bueno que de ahí puede venirnos. He oído lo que he oído, cariño.

La agobiadora sensación del daño que había hecho fue causa de que Tess accediese con más facilidad que en cualquier otra circunstancia a los deseos de su madre, aun no pudiendo comprender por qué aquélla se las prometía tan felices de una gestión de tan dudoso resultado, a juicio suyo. Quizá su madre hubiera hecho indagaciones y venido en conocimiento de que la tal señora d'Urberville era una dama caritativa y de raras virtudes.

A pesar de todo, el orgullo de Tess hacía que ésta no llevase del todo bien el tener que desempeñar con aquella dama el papel de parienta pobre.

—Más me gustaría ponerme a trabajar —murmuró.

—Durbeyfield, tú dirás lo que se ha de hacer —dijo la señora a su marido, sentado al fondo—. Si te parece que la chica debe ir, irá.

—No me acaba de parecer bien que mis hijos vayan a hacerle acatamiento a unos parientes desconocidos —murmuró él—. Yo soy el cabeza de la rama más noble de la familia, y es preciso que esté a la altura de eso.

Las razones alegadas por el padre le parecieron a la muchacha más flojas que las suyas.

—Bueno, madre, puesto que fui yo quien mató al caballo —dijo con dolorido acento—, creo que estoy obligada a hacer algo. No tengo inconveniente en ir a ver a esa señora, pero habéis de dejar a mi arbitrio lo de pedirle que nos ayude, y no penséis que me vaya a buscar novio…, que eso es un desatino.

—Muy bien hablado, Tess —observó el padre sentencioso.

—Pero ¿quién ha dicho que yo pensara tal cosa? —exclamó Joan.

—Me parece que se hace usted esa ilusión, madre. A pesar de todo, iré.

Al día siguiente se levantó la joven muy temprano, encaminándose a la abrupta ciudad, donde tomó un coche que dos veces a la semana hacía el recorrido de Shaston a Chaseborough, pasando cerca de Trantridge, la parroquia en que la imprecisa y misteriosa señora d'Urberville tenía su residencia.

El itinerario seguido por Tess Durbeyfield aquella memorable mañana se extendía por entre las ondulaciones al noreste del valle donde naciera y se criara. El valle de Blackmoor era para ella el mundo entero y sus habitantes los únicos del planeta. Desde las puertas y portillos rústicos de Marlott había contemplado ella el valle en toda su extensión en los días infantiles, henchidos de interrogaciones, y lo que en aquel entonces era para ella un misterio, seguía siéndolo aún en la actualidad. Diariamente había visto desde la ventana de su cuarto aquellas torres, aldeas y borrosas casas blancas, y por encima de todo, la ciudad de Shaston majestuosamente posada en su altura, con sus ventanas brillando como lámparas al sol de la tarde. Apenas si había estado allí alguna vez, pues sólo conocía por visión directa una breve porción del valle y sus cercanías. Menos aún conocía la joven lo de fuera del valle. Los contornos todos de los montes circundantes tenían para ella una existencia tan personal como las caras de sus parientes; mas respecto a lo que caía fuera del alcance de su juicio se atenía a lo que le enseñaran en la escuela de la aldea, donde al dejarla, hacía un año o dos, ocupaba un puesto distinguido.

Por aquellos días de su infancia había tenido muchas amigas de su edad y, sobre todo, con dos de ellas había intimado tanto, que solía vérselas a las tres juntas por el pueblo, yendo Tess siempre entre las otras dos, con un delantal rosa, estampado con fino dibujo, sobre una falda de lana que había perdido su color original por el de algún terciario indistinguible. Cubrían sus largas piernas unas medias tirantes y llenas de agujeros en las rodillas, debido a que tenía por costumbre arrodillarse en caminos y riberas en busca de tesoros minerales y vegetales. Su pelo, entonces color de tierra, pendía a la sazón a ambos lados de su cara como ganchos de colgar calderos. Los brazos de sus amigas se apoyaban en su cintura y los brazos de ella en sus hombros.

Luego que fue mayorcita y empezó a percatarse de las cosas, concibió ideas malthusianas contra su madre[26], por haberle dado tantos hermanitos, con lo que costaba sacarlos adelante. Tenía ésta las luces de un chiquillo feliz; era como un niño más, y no el más despabilado y listo por cierto, de esa amplia familia que todo lo esperaba de la providencia.

Tess, sin embargo, se sintió animada de humanos y benévolos sentimientos para con sus hermanitos, a los que solía atender en todo lo posible no bien volvía de la escuela, ayudándoles a segar el heno o a hacer la recolección en las granjas vecinas, y principalmente encargándose del ordeño y la elaboración de la manteca, que aprendiera allá por los tiempos en que su padre tenía vacas. Y como era ágil de dedos y mañosa, descollaba en esta labor.

Cada día parecían caerle sobre los tiernos hombros más cargas familiares; todos en aquella ocasión habían considerado como la cosa más natural del mundo que fuera Tess la llamada a ser la embajadora de los Durbeyfield en la mansión de los d'Urberville. Aunque fuerza es reconocer que al hacerlo así aquéllos no podían elegir representación más honrosa.

Se apeó Tess del coche en el cruce de Trantridge, y subió a pie la cuesta que allí arranca en

dirección al distrito del Chase en cuyos linderos, según le habían dicho, se hallaba Los Escarpes, residencia de la señora d'Urberville. No era la tal residencia, según resultó, una mansión señorial en la corriente acepción de la palabra, con tierras, pastos y un granjero gruñón de la que el propietario tenía que sacar una renta para él y su familia, por las buenas o por las malas. Era mucho más que todo eso: una casa de campo, edificada pura y simplemente para solaz y recreo, sin un solo acre de molesta tierra de labrantío, fuera de lo que requerían los menesteres de la casa, y una reducida granja allí establecida por el propietario y de la que cuidaba un capataz.

Lo primero que se ofreció a los ojos de Tess fue un edificio de ladrillo rojo, todo cubierto de hiedra hasta los aleros. Al pronto pensó la joven que aquélla era la casa, hasta que, habiendo traspuesto un arco lateral con cierto titubeo y subido por un sendero hasta doblar un recodo, se encontró delante de la vivienda principal. Era ésta de construcción reciente —casi nueva— y del mismo color rojo de la otra, que tan vivo contraste formaba con el verde y perenne follaje de los muros. Tras la esquina de la casa —que se alzaba como una floración de geranios entre los más matizados colores circundantes— se extendía la perspectiva azul del Chase, verdaderamente venerable zona de espesura, uno de los pocos bosques de Inglaterra que todavía se conservaban en su estado primitivo, donde el druídico muérdago perduraba aún en los robles añosos, y los enormes tejos, no plantados por la mano del hombre, crecían lo mismo que antaño, cuando sus ramas servían para construir arcos; pero toda aquella porción de antigua floresta, aunque visible desde Los Escarpes, se hallaba fuera de los límites inmediatos de la propiedad.

Todo en esta cómoda propiedad estaba reluciente, próspero y en orden; hectáreas de invernaderos se extendían por los declives hasta las arboledas de las cañadas. Todo era como dinero, como las monedas nuevecitas, recién salidas del troquel. Las cuadras, de instalación moderna hasta en sus menores detalles y parcialmente disimuladas tras pinos austríacos y robles de hoja perenne, parecían enteramente capillitas[27]. En mitad del extenso prado se levantaba un pabellón artísticamente adornado, cuya puerta se abría hacia ella.

La sencilla Tess Durbeyfield contemplaba en actitud un poco alarmada todo aquello desde el borde de la enarenada avenida. Sus pies la habían llevado hasta allí antes de que hubiera podido percatarse del lugar en que se encontraba; y ahora resultaba que nada respondía a lo que había esperado.

—¡Yo creí que veníamos de una familia muy antigua —pensó desalentada—; pero todo esto es nuevo y flamante!

Y lamentó haber accedido tan pronto a las instancias de su madre de «reclamar parentesco» y no haber intentado mejor hallar trabajo más cerca de su casa.

Los d'Urberville o Stoke d'Urberville —como en un principio se llamaron—, que eran los dueños de todo aquello, resultaban una familia algo extraña en aquella arcaica porción del país. El pastor Tringham había dicho la pura verdad al afirmar que nuestro simplón John Durbeyfield era el único representante genuino y directo de los antiguos d'Urberville en la comarca y sus alrededores. Y aun podía haber añadido lo que sabía de buena tinta, o sea que los Stoke d'Urberville no eran más

d'Urberville del verdadero árbol que él mismo. Sin embargo, ha de reconocerse que esta familia constituía un magnífico tronco para reinjertarle un nombre del que, por desgracia, estaba tan necesitado de esa renovación.

Cuando el anciano míster Simón Stoke, recién fallecido, hubo hecho un capitalito honradamente en el comercio —hay quien dice que prestando dinero a rédito— en el norte, resolvió establecerse en un condado del sur de Inglaterra, lo más distante posible del que fuera teatro de sus negocios; y al hacerlo así, sintió la necesidad de adoptar un nombre que no le recordase a nadie el listo mercader de su pasado y al mismo tiempo fuese menos vulgar que el que le correspondiera al nacer. Después de examinar en el Museo Británico por espacio de una hora larga las páginas de los libros en que constan las familias extinguidas, mortecinas, oscurecidas y arruinadas oriundas del rincón de Inglaterra en que pensaba afincarse, sacó la convicción de que no había ninguno que sonase tan bien al oído y tan buen papel hiciese como el de d'Urberville, así que decidió apropiárselo para sí y para sus herederos. No extremó, sin embargo, el hombre la extravagancia, y, al fabricarse un árbol genealógico sobre la nueva base, se condujo con mucha prudencia tocante a reseñar los matrimonios y entronques aristocráticos, cuidando de no insertar allí ni un solo título que no fuera estrictamente moderado.

De esa labor de imaginación se hallaban en ayunas, como es natural, la pobre Tess y sus padres, por desgracia para ellos; más aún, ignoraban la posibilidad de tales anexiones de apellidos, suponiendo que si el ser poderoso era un don de la suerte, el apellido se heredaba con la sangre, como cosa dada por la naturaleza[28].

Tess permanecía inmóvil y perpleja, como el bañista que a punto de tirarse de cabeza al agua duda entre hacerlo así o retirarse, cuando por la oscura puerta triangular del pabellón salió cierta persona. Era un joven alto, que venía fumando. Tenía la cara muy morena, gruesos los labios, de corte no muy feliz, aunque sí rojos y suaves, y dándoles sombra, un cuidado bigote negro de rizadas guías, aún no aparentando más de veintitrés o veinticuatro años. Su rostro, a pesar del toque de rudeza que tenían sus facciones, estaba animado por un encanto especial que destellaba en sus ojos atrevidos y móviles.

—Buenos días, preciosidad, ¿qué se le ofrece a usted? —dijo adelantándose y reparando en la confusión de la joven—. No se preocupe por mí. Soy el señor d'Urberville. ¿Ha venido usted a verme a mí o a mi madre?

Aquella personificación del nombre d'Urberville contrastó más rudamente con las presunciones de Tess que la casa misma. Se había forjado la joven la imagen del rostro de un anciano, lleno de noble dignidad, la sublimación de todos los d'Urberville, surcado por los recuerdos materializados en líneas jeroglíficas, representativas de la historia de su familia y de Inglaterra. Pero dominó su impresión, recordando el objeto de su visita ya que no podía eludirlo, y contestó:

—Venía a ver a su madre, señor.

—Temo que no pueda usted verla… Está inválida —replicó el actual representante de la casa espuria, porque se ha de advertir que el que hablaba era Alec, único hijo del difunto mercader enriquecido—. ¿No podría decirme usted a mí lo que deseaba? ¿Qué asunto la traía a usted?

—No se trata de ningún asunto, señor…, sino de… de…, ¡casi no me atrevo a decirlo!

—¿Visita de cortesía, entonces?

—Tampoco… Mire usted…, es el caso que si se lo digo quizá le parezca…

Estaba Tess tan convencida de lo ridículo del cometido que allá la llevaba, que a pesar del temor que le inspiraba el joven y el malestar que por encontrarse allí experimentaba, asomó a sus rosados labios una sonrisa que hubo de ejercer poderoso hechizo sobre Alexander.

—Es tan tonta la cosa —dijo tartamudeando—, que no me atrevo a decírsela a usted.

—No le importe; a mí me gusta mucho todo lo tonto, cuanto se sale de lo vulgar. Así que haga usted un esfuerzo y hable.

—Mi madre me mandó venir —declaró Tess—, aunque, si he de decir la verdad, también yo había pensado en ello. Sólo que no creí que la cosa fuera como es. Venía, señor, a participarles a ustedes que somos de la misma familia.

—¡Ah! ¡Unos parientes pobres!

—Sí, señor.

—¿Stokes?

—No, d'Urbervilles.

—Sí, eso es, d'Urbervilles quise decir.

—Nuestro apellido se ha ido desfigurando hasta parar en Durbeyfield, pero podemos probar que somos d'Urberville. Los estudiosos de cosas antiguas sostienen que lo somos… y tenemos en casa un sello antiguo, grabado, con un león rampante encima de un escudo y encima de él un castillo. Y tenemos también una antigua cuchara de plata, como un pequeño cucharón, redonda y con la misma marca del castillo. Aunque está tan gastada, que mi madre la usa para remover el potaje de guisantes.

—Un castillo de argén es efectivamente mi divisa —dijo el joven con mucha suavidad—. Y por armas tengo un león rampante.

—Y me dijo mi madre que debíamos darnos a conocer a ustedes… Porque ha de saber usted que hemos perdido el caballo en un mal accidente y somos la rama más antigua de la familia.

—Su madre ha obrado con mucha delicadeza al acordarse de nosotros. Y yo, por mi parte, no siento que haya usted venido. —Alec miraba a la joven, en tanto hablaba, de un modo que fue causa de que aquélla se ruborizase un poquitín—. De modo, jovencita, ¿que venía usted a hacernos una visita de respeto como parientes?

—Eso es… —balbució Tess, sintiendo de nuevo cierta cortedad—, según parece.

—Bien. Pues lo celebro mucho. Y dígame, ¿dónde viven ustedes? ¿En qué se ocupan?

Le dio Tess algunos pormenores, y respondiendo a ulteriores preguntas, le explicó que tenía idea de volverse en el mismo coche en que viniera.

—Ha de tardar mucho en volver a pasar por el cruce de Trantridge. ¿No le parece a usted, primita, que podíamos dar un paseo para matar el tiempo?

Tess deseaba abreviar la visita todo lo posible, pero el joven porfió de tal modo, que al fin consintió en complacerle. La condujo él por la parte de la pradera, los arriates de flores y los invernaderos; luego la llevó al huerto preguntándole allí si le gustaban las fresas.

—Sí —dijo Tess—, cuando sazonan.

—Aquí ya han sazonado —respondió el joven.

Se puso a cortar ejemplares del sabroso fruto, que ofreció luego a Tess, y eligiendo entre todos uno, hermosísimo y raro, de la variedad *reina británica*, se irguió, y cogiéndolo del pedúnculo, se lo puso en la boca a la muchacha.

—¡No! ¡No! —se apresuró a decir aquélla, interponiendo su mano entre sus labios y la de su primo—. Prefiero cogerla yo misma.

—¡Qué tontería! —insistió él.

Y con leve desfallecimiento, abrió Tess los labios y tomó en ellos el fruto.

Se entretuvieron largo rato, dando vueltas sin rumbo fijo y comiendo Tess, medio halagada, medio recelosa, lo que d'Urberville le ofrecía. Cuando ya se negó la joven a comer más fresas, fue él y le llenó un cestillo; luego, al pasar por los planteles de rosas, cortó algunos capullos y se los brindó a Tess para que se los prendiera en el pecho. Obedeció la joven como en sueños, y cuando ya no pudo prenderse más, le puso él varios en su sombrero y le colmó la cesta con otros, procediendo en todo con galante prodigalidad. Hasta que, por último, consultando su reloj, dijo el muchacho:

—Ea, ya es hora de que tome usted algo de comer, que de aquí a que pase el coche de Shaston hay tiempo de sobra. Venga usted conmigo y veré qué puedo encontrar.

Stoke d'Urberville la hizo volver al prado y entrar en el pabellón, donde la dejó sola, volviendo a poco con una cesta en la que llevaba un almuerzo que él mismo se encargó de servir. Saltaba a la vista que no quería el joven que le estorbase la servidumbre en aquel delicioso *tête-á-tête*.

—¿Le molesta que fume? —preguntó.

—Nada de eso, señor.

Contemplaba el joven el gracioso e inconsciente masticar de Tess por entre los celajes de humo que llenaban el pabellón, y Tess Durbeyfield no adivinó, al mirar inocentemente las rosas que adornaban su pecho, que allí, tras la soporífera neblina azul, estaba en germen el trágico infortunio de su drama, lo que había de ser el rayo rojo sangre en el espectro de su juvenil existencia. Tenía la joven en aquel instante una cualidad que resultaba desventajosa, y hacía que los ojos d'Urberville se clavasen en ella. Era una exuberancia, una plenitud vital que le daba apariencia de ser más mujer de lo que en realidad era. Había heredado la joven de su madre el aspecto maternal, sin la condición que trae éste consigo. Aquello no había dejado de preocuparle alguna vez a Tess, hasta que sus amigas hubieron de decirle que con el tiempo se le quitaría.

No tardó en dar fin al almuerzo.

—Ahora me voy a casa —dijo, poniéndose en pie.

—¿Cómo se llama? —le preguntó él al tiempo que la acompañaba por el camino, hasta que perdieron de vista la casa.

—Me llamo Tess Durbeyfield y soy de Marlott.

—¿Y dice usted que a su familia se le ha muerto el caballo?

—Sí, señor. Yo misma fui quien lo mató —respondió Tess, llenándosele de lágrimas los ojos al referir los pormenores de la muerte de Príncipe—. ¡Y no sé qué hacer para compensar de ello a mi padre!

—Ya veré si puedo ayudarles a salir del aprieto —le respondió el joven—. Mi madre procurará buscarle a usted acomodo. Pero, Tess, no piense usted más en ese desatino de Urberville,

Durbeyfield y nada más; ya lo sabe usted. ¡Son dos nombres completamente distintos!

—No deseo otra cosa, señor —respondió Tess con cierta dignidad.

Por un momento, sólo por un momento, cuando estaban en el recodo del camino, entre los altos rododendros y las coníferas, antes de que la casa se hiciera visible, inclinó el joven su rostro hacia ella, como si…, pero no… Lo pensó mejor y la dejó partir.

Así empezó la cosa. Si hubiera comprendido Tess el significado de aquella entrevista, pudiera haber preguntado por qué había merecido la condena de que fuese aquel hombre malo quien aquel día la viera y deseara y no otro, el bueno y anhelado por todos los conceptos…, al menos en el grado de bondad que la humanidad puede dar de sí; mientras que en aquél que más se acercaba a esta descripción, no había sido más que una impresión fugaz y pasajera.

En la imperfecta ordenación del bien juzgado plan de las cosas del mundo, rara vez surge la criatura invocada; rara vez el hombre digno de ser amado coincide con la hora de amar. Raramente dice la naturaleza «¡Mira!» al pobre ser humano en el instante en que hacerlo así puede conducirle a la felicidad; y pocas veces responde «Aquí» al grito de «¿Dónde?», hasta que ese juego del escondite degenera en un pasatiempo pesado y tedioso. Cabe preguntarse si cuando el progreso humano haya alcanzado la cúspide resultarán corregidos estos anacronismos mediante una intuición más sutil y un más perfecto manejo del mecanismo social que el que ahora nos zarandea y gobierna; pero tal perfección no puede augurarse ni concebirse como posible. Baste decir que en el presente caso, como en otros muchos, no eran las dos mitades de un todo perfecto las que se miraron mutuamente en el instante preciso; baste decir que una de la dos mitades, aislada, vagaba suelta por la tierra, esperando inconscientemente hasta que fuera tarde. De estos malhadados aplazamientos se siguen ansiedades, decepciones, violentos contrastes, catástrofes y extraños destinos.

Cuando volvió d’Urberville al cenador, se sentó a horcajadas en una silla y se puso a recapacitar sobre lo ocurrido, con cara placentera. Luego rompió en sonora carcajada.

—¡Es curioso! ¡Qué cosa más graciosa! ¡Ja, ja, ja! ¡Y qué bocado más sabroso de muchacha!

VI

Bajó Tess la cuesta hasta el cruce de Trantridge, y sin fijar la atención en nada, esperó a ocupar su asiento en el coche que regresaba de Chaseborough a Shaston. No se enteró siquiera de lo que los otros viajeros le dijeron al entrar, y al arrancar de nuevo el vehículo continuó la joven con la mirada vuelta hacia dentro y no hacia el exterior.

Uno de sus compañeros de viaje se dirigió a ella más concretamente que ninguno de los que antes le hablaran:

—¡Qué capullos más lindos! ¡Y qué raro unas rosas como éstas a primeros de junio!

Entonces fue cuando cayó Tess en la cuenta del espectáculo que presentaba a los asombrados ojos de los circunstantes; rosas en el pecho y en el sombrero, y rosas y fresas en el colmado cestillo. Se ruborizó y muy azorada dijo que aquellas flores eran un regalo. Cuando dejaron de mirarla los pasajeros, se quitó con mucho disimulo las más llamativas del sombrero y las metió en el cestillo, cubriéndolas con un pañuelo. Luego volvió a sumirse en cavilaciones, y al mirar cierta vez hacia abajo hubo de pincharle en la barbilla la espina de una rosa que todavía le quedaba en el pecho. Como todos los aldeanos del valle de Blackmoor, creía Tess en supersticiones y agüeros, por lo que hubo de pensar que aquello era un mal presagio —el primero en que reparara aquel día.

El coche sólo llegaba a Shaston, siendo menester recorrer luego a pie varios kilómetros, cuesta abajo, hasta el valle de Marlott. Le había aconsejado su madre que se quedase allí a dormir en casa de una aldeana que conocían, si se sentía cansada para continuar el camino; y así lo hizo Tess, por lo cual no llegó a su casa hasta el día siguiente por la tarde.

Al entrar advirtió al punto, por el aspecto gozoso y radiante de su madre, que había ocurrido algo bueno en su ausencia.

—¡Ya lo sé todo, hija mía! ¿No te dije yo que esto saldría bien? Pues así ha sido.

—¿Pero qué dice usted, madre? ¿A qué se refiere usted? —preguntó Tess cansadamente.

Por toda contestación le dijo la madre con cierta picardía:

—¿De modo que te los has metido enseguida a todos en el bolsillo?

—¿Cómo lo sabe, madre?

—Pues que he tenido una carta.

Entonces recordó Tess que había habido tiempo para eso.

—Dicen…, la señora d'Urberville nos dice que quiere que tú te encargues de cuidar un pequeño gallinero en el que tiene puestos los cinco sentidos… Pero esto no es más que una manera hábil de llevarte consigo, sin hacerte concebir demasiadas esperanzas… Lo que quiere decir en el fondo es que está dispuesta a encargarse de ti como parienta…

—¡Pero si yo no he llegado a hablar con ella!

—Pero hablarías con alguien, ¿no es eso?

—Sí, madre; vi a su hijo.

—Y te trataría como a persona de la familia, ¿no?

—Sí, madre. Me llamó prima.

—¿No te lo decía yo? Oye, John… La ha llamado prima… —gritó Joan, dirigiéndose a su esposo—. Claro, él le habló después de ti a su madre y ésta te manda llamar.

—Lo que yo no sé es si sabré cuidar gallinas —dijo con voz de duda Tess.

—Pues si no entiendes tú de eso, no sé quién va a entender. Tú has nacido y te has criado en ese trajín. Y el que echa los dientes en algún menester siempre entiende de él más que cualquier novato. Además, que sólo se trata de darte alguna ocupación para que no se te suba a la cabeza el parentesco…

—Pues con todo eso no creo que deba ir —dijo Tess pensativa—. ¿Quién escribe la carta? ¿Me la deja usted ver, madre?

—La escribe la señora d'Urberville. Mira, muchacha.

La carta estaba escrita en tercera persona y se reducía a decirle muy lacónicamente a la señora Durbeyfield que los servicios de su hija podían serle útiles a la señora d'Urberville en el cuidado de la volatería, y que si aceptaba tendría un buen alojamiento en la casa, amén de un generoso salario si cumplía a satisfacción.

—¡Ah!… ¡Eso es todo! —exclamó Tess.

—¡Mujer, supongo que no esperarías que te echara los brazos al cuello y te besara y te lo dijera todo de una vez!…

Tess se puso a mirar por la ventana.

—Si le he de decir a usted la verdad, preferiría quedarme aquí con padre y con usted —declaró.

—¡Cómo, hija mía! ¿Por qué?

—No lo sé, madre; le juro a usted que no lo sé, pero es así.

Una semana después de esta conversación con su madre volvía Tess a su casa, desanimada, rendida de buscar inútilmente trabajo por aquellos alrededores. El plan de la joven consistía en reunir durante el verano dinero bastante para comprarle a su padre otro caballo. Pero no había traspuesto los umbrales cuando uno de los chicos fue hacia ella, muy contento, dando saltos y brincos. Y en medio de su alborozo exclamaba:

—¡Tess! ¡Tess! ¡Que ha estado hoy aquí el caballero!

Se apresuró su madre a explicar a la muchacha, rebosando alegría por todo el cuerpo, que el hijo de la señora d'Urberville, habiendo tomado por casualidad la dirección de Marlott, en el curso de un paseo a caballo, había estado allí a verlos. Después de saludarlos a todos muy afablemente, acabó preguntándoles, por orden de su madre, si al fin iba a ir Tess a encargarse del gallinero de la señora, porque el criado que hasta allí atendiera aquel menester había resultado un tunante.

—Dice el señor d'Urberville que si eres lo que pareces has de cumplir muy bien tu cometido, y que él está seguro de que eres una buena muchacha…; en suma, que se interesa muchísimo por ti… y parece desear tu bien…

A Tess la halagó por el momento ver que le había merecido al joven tan buena opinión, siendo así que ella se estimaba verdaderamente en muy poco.

—Le agradezco mucho que piense eso de mí —murmuró—, y si supiera a punto fijo qué sería el vivir allí, no tendría inconveniente en aceptar esa colocación.

—¡Es un guapo mozo!

—¡No me lo parece! —dijo Tess con frialdad.

—Sí —saltó, entusiasmado, Abraham, desde el poyo de la ventana—. Sí, es verdad, que yo lo vi. ¡Y cómo le brillaba cuando se atusaba los bigotes! Madre, ¿por qué nuestro pariente rico se atusa así los bigotes?

—¡Demonio de chico y en lo que se fija! —exclamó la señora Durbeyfield haciendo un paréntesis de admiración.

—Ya lo pensaré —dijo Tess, saliendo de la habitación.

—¡Hay que ver! Ha conquistado a nuestra rama más joven en un santiamén —continuó Joan encarándose con su marido—, y muy tonta será si no lo aprovecha.

—No me hace mucha gracia eso de que mis hijos salgan de casa —dijo el marido—. Yo soy el cabeza de familia, y son los demás los que tienen que venir a mí.

—Pero déjala ir, Jacky —le persuadió su necia compañera—. A él le ha impresionado… Eso salta a la vista… ¡La llama prima! Es lo más probable que se case con ella y la haga toda una señora; y ya verás como llega a ser lo que fueron sus antepasados.

John Durbeyfield tenía más presunción que energía y salud, y aquella hipótesis era muy de su agrado.

—Sí, puede que ésa sea la intención del joven señor d'Urberville —reconoció—. Es más que probable que aspire a mejorar su sangre, entroncando con la rama más antigua de la familia. ¡La picara Tess! ¡Así que en esto ha parado su visita!

A todo esto paseaba Tess, meditabunda, por entre las grosellas del jardín y sobre la tumba de *Príncipe*, cuando se llegó a ella otra vez su madre para volver a la carga.

—¿Y qué, hija mía? ¿Has pensado ya lo que vas a hacer? —preguntó.

—Querría haber visto a la señora d'Urberville —dijo Tess.

—Creo que podrías arreglarlo; ya tendrás ocasión de verla cuando estés en la casa.

El padre dejó oír una tosecilla en su asiento.

—¡No sé qué decirle a usted! —contestó, inquieta, la muchacha—. Lo mejor será lo que decidan ustedes. Yo maté al caballo viejo, y sé que tengo que hacer algo para comprar otro nuevo. Sólo que… sólo que no me gusta que el señor d'Urberville esté allí.

Los chicos, que veían el hecho de que Tess se fuera a vivir con sus parientes ricos (según imaginaban ellos a la otra familia) como una suerte de compensación a la muerte del caballo, rompieron a lloriquear al ver la resistencia de Tess y se pusieron a mimarla y a recriminarla a un mismo tiempo por sus titubeos.

—¡Tess no quiere ir!… ¡No quiere ser señora!… ¡Dice que no quiere! —gemían haciendo pucheros—. ¡Así que no tendremos otro bonito caballo nuevo ni montones de dinero tampoco para comprar cosas en la feria! ¡Tess no quiere que la veamos guapa con buenos trajes! La madre les hacía eco a los chicos. Hasta hizo pesar en su argumentación la carga que para ella suponían los quehaceres domésticos, que hacía parecer peores al alargarlos indefinidamente. El padre era el único que guardaba una actitud neutral.

Tess, al cabo, dijo:

—Bueno, pues iré.

Su madre no pudo reprimir su conciencia de la visión nupcial conjurada por el consentimiento de la muchacha.

—¡Muy bien, hija mía! ¡Para una chica tan guapa, es una buena ocasión!

Tess sonrió de mala gana.

—Espero que sea una ocasión de ganar dinero. No hay otra clase de ocasión. Mejor no digas nada de esas tonterías por la parroquia.

La señora Durbeyfield no se comprometió a nada. No estaba segura de poder reprimir su orgullo, ni de abstenerse de hablar por los codos, después de lo que le oyera decir al visitante.

Todo quedó convenido, y la muchacha escribió, mostrándose dispuesta a marchar allá en cuanto se lo dijeran. No se hizo esperar la contestación. La señora d'Urberville celebraba mucho la buena disposición de la muchacha, y anunciaba que de allí a dos días enviaría un carricoche para recogerla, juntamente con su equipaje, a lo alto del valle.

La letra de la señora d'Urberville tenía trazos más bien masculinos.

—¿Un carro? —murmuró Joan Durbeyfield con desconfianza—. Para su parentela debía mandar un carruaje.

Una vez adoptada su determinación, se sintió Tess menos inquieta, pues tenía más seguridad de poderle comprar a su padre otro caballo con el dinero ganado en una ocupación honrosa. Hasta allí había más de una vez soñado con ser maestra de escuela; pero ¡qué iba a hacerle, si el cielo disponía otra cosa! Siendo como era de mucho más seso que su madre, ni por un momento pensó seriamente en la esperanza de casamiento. La aturdida señora Durbeyfield había estado viendo buenas proposiciones para su hija casi desde el año en que ésta naciera.

VII

La mañana señalada para el viaje Tess se despertó antes de que fuera de día, en ese instante marginal de la sombra cuando aún calla la arboleda, excepto el ave profética que canta con voz clara su convicción de que al menos sabe la hora exacta del día, mientras las demás persisten en su silencio, cual si estuvieran igualmente convencidas de que la otra se equivoca. La joven se quedó en el piso alto arreglándose hasta la hora del desayuno en que bajó vestida como de ordinario, pues sus galas de los domingos las había metido muy dobladas en su baúl.

—¿Pero, hija, por qué no te has puesto otro traje mejor, ya que vas a ir a ver a tus parientes? —le preguntó asombrada su madre.

—¡Pero, madre, si allí voy a trabajar!

—Dices bien, después de todo… —declaró su madre, y añadió en tono confidencial—: A lo primero quizá hubiera parecido algo presuntuoso… Aunque creo, a pesar de todo, que deberías ponerte lo mejor que tienes.

—Bueno, cuando usted lo dice tendrá razón —replicó Tess con tranquilo abandono.

Y para complacer a su madre se puso Tess en manos de Joan, diciéndole sencillamente:

—¡Madre, haga usted lo que quiera conmigo!

La señora Durbeyfield no cabía en sí de gozo ante tanta docilidad. Sacó primero una gran jofaina y le lavó el pelo tan concienzudamente, que una vez seco y peinado parecía más abundoso que nunca. Luego se lo recogió con una cinta más ancha que de costumbre. Después vistió a la mucha cha con el traje blanco que lucía en las procesiones de su banda, y que con su vaporosidad, unida a lo hueco del peinado, daba a su figura una amplitud que podía hacer pensar que era ya una mujer, cuando no era mucho más que una niña.

—Madre, ahora reparo en que tengo un agujero en la media, en el talón —dijo Tess.

—¡Déjate de eso, mujer, que no se nota!… Cuando yo tenía tu edad, mientras tuviera un sombrero bonito, lo demás al demonio.

Y la madre, muy ufana, se apartó unos pasos para admirar su obra, como hace el pintor con el cuadro colocado en su caballete.

—¡Hay que ver lo linda que estás, muchacha! ¡Mucho más que el otro día! —exclamó Joan Durbeyfield.

Como el espejo sólo alcanzaba a reflejar una porción de la figura de Tess, colgó la señora Durbeyfield un capote negro por detrás de la ventana para convertir en reflectores las vidrieras, como hacen las aldeanas. Y luego bajó a hablar con su marido, que estaba sentado abajo.

—Nada, Durbeyfield —le dijo como fuera de sí, de puro alegre—, que si no se enamora de la chica es que no tiene corazón. Sin embargo, no vayas a decirle nada a Tess de lo que le ha gustado a él ni de la oportunidad que tiene. Es tan particular, que podría tomarle antipatía y hasta arrepentirse a última hora y decir que no iba… ¡Como la cosa salga bien, vaya si voy a darle las gracias al párroco de Stagfoot por habernos dado esa noticia!… ¡Qué buen hombre es!

Pero a pesar de todo esto, según se iba acercando la hora de la partida, pasado el alborozo que le produjera el ver tan emperejilada a su hija, un triste presentimiento se apoderó del ánimo de Joan, moviéndola a acompañar un trecho a la chica hasta aquel punto en que la cuesta que parte del valle comienza a ascender hacia el mundo exterior. En lo alto encontraría Tess el carro enviado por los Stoke-d'Urberville; el equipaje había ido allá por adelantado, conducido en una carretilla por un chico.

Al ver a su madre ponerse el sombrero, se empeñaron los pequeños en acompañarla.

—¡Yo quiero ir también con Tess, ahora que se va a casar con el caballero primo nuestro y va a vestir de tiros largos!

—No —exclamó Tess sonrojándose y volviéndose de pronto—. ¡No digáis más desatinos! ¿Pero cómo les ha podido usted meter tal cosa en la cabeza, madre?

—No, mirad, niños, a lo que va Tess es a servir en casa de esos parientes ricos y a reunir dinero para comprar otro caballo —dijo la señora Durbeyfield para poner paz.

—¡Adiós, padre! —dijo Tess con un nudo en la garganta.

—¡Adiós, hija mía! —dijo sir John, levantando la cabeza que tenía caída sobre el pecho, e interrumpiendo su sueñecillo, causado aquella mañana por algún exceso, en honor a las circunstancias—. Espero que mi joven pariente encontrará de su agrado este hermoso ejemplar de su propia sangre. Y a propósito, Tess, puedes decirles que, habiendo venido muy a menos de nuestra antigua grandeza, les vendo, si quieren, el título… Sí, y a un precio bastante puesto en razón.

—¡No por menos de mil libras! —exclamó lady Durbeyfield.

—Eso es…, por mil libras se lo doy. Bueno, podría dárselo por menos… Porque, después de todo, mejor puede él lucirlo que no un pobre como yo… Mira, Tess, puedes decirles que hasta por cien libras se lo vendo… Y para no andar con regateos, por cincuenta…; menos todavía, por veinte. ¡Por veinte libras!… Ahora, que de ahí no paso. ¡Qué caramba! La honra de la familia es la honra de la familia y no lo doy ni por un penique menos.

Tenía Tess harto llenos de lágrimas los ojos y harto ahogada la voz para que pudiera expresar los sentimientos que la embargaban. Así que volvió de pronto la espalda y partió.

De esta suerte se pusieron en camino las hijas y la madre, llevando Tess de cada mano a una de sus hermanitas. Éstas la miraban embobadas de cuando en cuando, como a persona de quien se esperan grandes cosas; detrás iba la madre con el niño más pequeño, formando todos en conjunto un cuadro de honrada belleza, que a sus costados tenía la blanca inocencia y a su zaga la necia vanidad. El grupo se adelantó hasta el principio de la cuesta, en cuya cima había de tomar la muchacha el carro procedente de Trantridge, pues era el límite que se había fijado para ahorrarle al caballo la fatiga de la última subida. A lo lejos, tras la primera línea de colinas, se veían las casitas de Shaston en escarpado panorama rompiendo la línea de la sierra. En el empinado camino que serpenteaba en declive no se veía a nadie, sino al muchacho que habían enviado por delante, sentado en las varas de la carretilla que contenía todo el haber terrenal de Tess.

—Esperemos aquí un poco, que no tardará en venir el carro —dijo la señora Durbeyfield—, ¡sí, ya viene por allí, a lo lejos!

Y en efecto, de pronto apareció el vehículo por detrás del último repecho y se detuvo junto al

muchacho de la carretilla. Con esto, la madre y los niños decidieron no proseguir, y, despidiéndose aprisa, Tess procedió a coronar la cuesta.

Contemplaron cómo se acercaba al carro, en que ya habían acomodado el equipaje, la blanca figura de la muchacha. Pero momentos antes otro coche surgió de entre unos matorrales de la cumbre, fue dando un rodeo hasta colocarse delante del carro del equipaje, y se detuvo junto a Tess, que hubo de mirarle grandemente sorprendida.

Su madre observó por primera vez que el segundo vehículo no era un humilde carricoche como el otro, sino un tílburi flamante, primorosamente barnizado y equipado. Lo conducía un joven de unos veintitrés o veinticuatro años, con un cigarro entre los dientes, una gorrita muy elegante, chaqueta castaña, pantalones de montar del mismo color, corbata blanca, cuello alto y guantes pardos, de los de guiar; en una palabra, el apuesto jinete que visitara una o dos semanas antes a Joan para saber la determinación de Tess.

La señora Durbeyfield juntó las manos con admiración infantil. ¿Podía ella engañarse sobre el significado de aquello?

—¿Es ése el caballero pariente que va a hacer de Tess una señorona? —preguntó el más pequeño de los niños.

A todo esto podía verse la vaporosa figura de Tess, detenida al lado del carruaje cuyo ocupante le hablaba. Su aparente indecisión era más que eso, pues era desconfianza. Ella hubiera preferido el humilde carro. Se apeó el joven y pareció instarla a que subiera. Ella volvió la cabeza al grupo de los suyos. Algo parecía apremiarla para que tomase una determinación; quizá el recuerdo de haber sido causa de la muerte de *Príncipe*. Y de pronto subió al coche. Hizo el joven lo mismo, montando a su lado, y enseguida fustigó al caballo. En un santiamén dieron alcance al carro del equipaje y se perdieron de vista, tras la cresta de la colina.

Fuera Tess del alcance de la vista, ya el drama perdía todo interés. Los niños tenían los ojos llenos de lágrimas. El más pequeño exclamó:

—¡Ojalá no se hubiera ido Tess a ser una señora!

Y haciendo un puchero, rompió a llorar.

El nuevo punto de vista fue contagioso, y uno tras otro todos sus hermanitos se echaron a llorar también a lágrima viva.

También había lágrimas en los ojos de Joan cuando emprendió el regreso a casa. Pero antes de llegar a la aldea ya había puesto pasivamente su confianza en el destino. Sin embargo, aquella noche suspiró en la cama, de suerte que su marido hubo de preguntarle qué tenía.

—No lo sé —dijo—. Estaba pensando que tal vez hubiera sido mejor no dejar ir a Tess.

—¿Y por qué no lo pensaste antes?

—Bueno, es una oportunidad para la chica… Aunque de todos modos, si hubiera de hacerlo otra vez no lo haría hasta no convencerme de que el caballero tiene buen corazón y está decidido a reconocerla como de su familia…

—Sí, tal vez debieras haber hecho eso —respondió sir John. Joan Durbeyfield siempre encontraba consuelo a sus cuitas.

—Bueno —dijo—, como la chica es de la rama legítima, sabrá abrirse camino allí a poco que

sepa jugar bien sus triunfos. Si él no se casa con ella antes, se *casará* después. Porque el más corto de vista podría ver que está que bebe los vientos por la muchacha.

—¿A qué triunfos te refieres? ¿A su sangre de los d'Urberville?

—¡No, hombre! Sus triunfos los tiene en la cara. Como yo de joven.

VIII

Después de acomodarse junto a la muchacha, Alec d'Urberville hizo que se adelantara el coche muy aprisa por la cresta del primer cerro, colmando de amabilidades a Tess, hasta que dejaron atrás al carro con el equipaje. En torno a ambos jóvenes se extendía en suave declive un panorama interminable; a sus espaldas, el verde valle, cuna de Tess; por delante, una campiña gris, de la que ella sólo conocía lo que viera en su primera y fugaz visita a Trantridge. De esta suerte llegaron a la cima de una cuesta por la cual descendía luego el camino en línea recta por espacio de casi dos kilómetros.

Desde el percance que le ocurriera con el caballo de su padre, Tess, no obstante ser animosa de suyo, se había vuelto sumamente tímida en punto a ruedas de vehículos, y el menor vaivén la sobresaltaba. De suerte que hubo de sentirse inquieta al observar cierto descuido en el modo de guiar el coche que tenía su conductor.

—¿Bajará usted despacito, verdad, señor? —le preguntó con afectada indiferencia.

D'Urberville se volvió a mirarla, mordisqueó su cigarro con la punta de sus finos y blancos incisivos y luego permitió que sus labios sonrieran despacio por sí mismos.

—Pero, Tess —contestó después de una bocanada o dos más de humo—, ¿es posible que una niña tan valiente y decidida como usted pregunte eso? Yo siempre bajo esta cuesta a galope tendido. Es lo mejor para levantar el ánimo.

—Pero ¿quizá ahora no necesita hacerlo?

—¡Ah! —exclamó él moviendo la cabeza—. Ahora no voy yo solo. Y hay que andar con cuidado con *Tib*, que tiene un genio muy raro.

—¿Quién es *Tib*?

—¿Quién ha de ser? La yegua. ¡Como que hace un poco se volvió a mirarme con un gesto muy raro! ¿No lo notó usted?

—Haga el favor de no asustarme —exclamó Tess rígidamente.

—¡Pero si no hay motivo de susto! Precisamente a quien más obedece el animal es a mí… Digo, si es que obedece a alguien… Pero, en fin, si a alguien obedece es a mí…

—¿Y por qué tiene usted una yegua tan díscola?

—Pues porque, por lo visto, era mi destino. *Tib*, antes de comprarla yo, mató a un chico, y luego por poco me mata también a mí. Aunque luego, créame, por poco la mato yo a ella… Sólo que todavía le quedan resabios, y muchas veces no las tengo todas conmigo…

Empezaban a bajar la cuesta en aquel momento, y era evidente que la yegua, por su voluntad o la de él, apenas necesito que la hostigasen lo más mínimo para llevar a cabo la descabellada empresa que de ella se esperaba.

Corría el animal cuesta abajo, disparado, con las ruedas zumbando, zarandeando al coche de un lado para otro, con el eje un poco oblicuo en relación a la línea de avance. La figura de la yegua se alzaba y descendía ante ellos en una ondulación continua. A veces quedaba una de las ruedas,

aparentemente, en el aire por un trecho de muchos metros; otras, una piedra salía dando vueltas sobre el seto, y de sus herraduras brotaban chispas más claras que la luz del día. Aquel recto camino parecía dilatarse con el rápido avance y ambas laderas iban separándose al paso del vehículo como hendidas por un estilete, haciendo el efecto de rozarles los costados a los viajeros.

El viento calaba la blanca muselina del traje de Tess, entrándole hasta la misma piel, al par que le alborotaba los recién lavados cabellos. Estaba resuelta la joven a no dar indicio de temor alguno, pero hubo de cogerse al brazo con que d'Urberville llevaba las riendas.

—¡No me toque el brazo! —exclamó aquél—. ¡Mire que volcamos! Cójame de la cintura.

Lo hizo así la muchacha y llegaron felizmente al final de la cuesta.

—¡Gracias a Dios que estamos a salvo, a pesar de su locura! —dijo Tess con el rostro encendido.

—¡Tess, debería avergonzarse! ¡Vaya genio! —repuso d'Urberville.

—¡No he dicho más que la verdad!

—Pero, criatura, no se suelte usted de mí con esa prisa, ahora que pasó el peligro.

No había reparado Tess en lo que hacía, si él era hombre o mujer, palo o piedra, al agarrarse involuntariamente a él. Recobrada su reserva, no replicó palabra.

Así llegaron a la cumbre de otra pendiente.

—¡Ea, vamos con ésta otra vez! —dijo d'Urberville.

—No, no —saltó Tess—. Tenga usted más prudencia esta vez.

—Pero es que no hay más remedio que bajar después de haber subido a uno de los puntos más altos del condado —replicó el joven.

Y aflojando las riendas, se lanzó de nuevo cuesta abajo. En tanto que se tambaleaban con el traqueteo del coche, se volvía d'Urberville a mirar a la muchacha y una de las veces le dijo con una sonrisa:

—¡Vamos, agárrese de nuevo a mi cintura como antes, preciosa!

—¡Eso nunca! —repuso Tess muy resuelta, sujetándose al coche como Dios le dio a entender, pero sin tocarle a él.

—Déjeme que le dé un beso en esos labios de fresa, Tess, o en esa mejilla arrebolada, y paro… Le doy palabra de que paro.

Altamente sorprendida Tess, se replegó en su asiento. El joven entonces hostigó más a la yegua, arreciando los vaivenes del coche.

—¿Sólo a cambio de eso pararía usted? —gritó al cabo, desesperada, mirándole con fieros ojos. Todo aquello parecía lamentable consecuencia del esmero que su madre pusiera en ataviarla y embellecerla.

—Sólo a cambio de eso, querida Tess —insistió él.

—No sé… —exclamó la joven—. Bueno, ¡después de todo! —añadió desconsolada.

Tiró él de las riendas y cuando, ya en marcha lenta, se disponía a imprimir en la mejilla de la joven la ansiada caricia, habiendo ésta depuesto, al parecer, su rubor, se apartó a un lado Tess. D'Urberville, que tenía los brazos ocupados con las riendas, no pudo evitar la maniobra.

—Maldita sea, vamos a rompernos la crisma —juró el joven, encendido en el fuego de su

caprichosa pasión—. ¿Le parece a usted bien, Tess, joven bruja, faltar de ese modo a su palabra?

—Bueno —respondió Tess—, ya que se empeña usted, me estaré quieta… Pero pensaba que trataría usted con más consideración a una parienta y la protegería.

—Al diablo el parentesco. ¡Vaya con lo que me sale ahora! —exclamó el joven.

—¡Es que yo no quiero que nadie me bese, señor! —imploró ella a tiempo que resbalaba por su cara una gruesa lágrima y le temblaban las comisuras de los labios con los esfuerzos que hacía para reprimir el llanto—. ¡Si llego a saber esto, no vengo!

Pero el joven se mostró inexorable, y la pobre Tess, inmóvil en su asiento, hubo de avenirse a recibir el beso de dominio. No bien hubo sucedido así, sacó el pañuelo, roja de vergüenza, y se limpió la parte de la mejilla donde d'Urberville había puesto sus labios. Aquél contuvo su indignación por el desaire, comprendiendo que la muchacha lo había hecho inconscientemente.

—¡Muy delicada es usted para ser aldeana! —dijo el joven.

No replicó Tess a aquella observación, cuyo sentido no llegó a comprender del todo, por no haber notado el desaire que le hizo al limpiarse la mejilla. La joven había efectivamente borrado el beso, en la medida en que tal cosa era físicamente posible. Presintiendo confusamente que él estaba resentido, Tess miraba ahora fijamente hacia delante. Atravesó el coche al trote por Melbury y Wíngreen; y Tess, consternada, vio que todavía faltaba por bajar otra cuesta.

—¡Eso que ha hecho usted le va a pesar! —prosiguió el joven sin deponer el tono ofendido y blandiendo la fusta otra vez—. A menos que consienta en que le dé otro beso, pero sin pañuelo, ¿eh?

Tess suspiró.

—Bueno. ¡Oh… deje que recoja mi sombrero!

Se le había volado el sombrero al camino por efecto de la gran velocidad a que iba el coche, no obstante estar todavía en la subida. Paró d'Urberville y dijo que él bajaría a recogerlo, pero ya Tess se había apeado por el lado opuesto.

Desanduvo un trecho de camino y recogió la prenda.

—Créame usted que me parece todavía más bonita sin sombrero, si es posible —dijo d'Urberville mirando a Tess desde el otro lado del vehículo—. Pero, ande, ¡suba otra vez! ¿Qué le pasa ahora?

Tess tenía ya puesto y atado el sombrero; pero no se movía de su sitio.

—No, señor —dijo, mostrando el rojo y el marfil de su boca y desafiándole arrogante con sus encendidos ojos—. No volveré, si puedo evitarlo.

—¡Cómo! Pero ¿es que no va a subir al coche conmigo?

—No, prefiero ir andando.

—Mire usted que faltan todavía ocho o nueve kilómetros para llegar a Trantridge.

—Aunque fueran veinte. Además, el carro viene detrás de nosotros.

—¡Vaya, vaya con la niña y qué lista es! Dígame ¿dejó a propósito que se le volara el sombrero? ¡Juraría que sí!

La estrategia de silencio de la joven le confirmó en sus sospechas.

D'Urberville prorrumpió en denuestos y maldiciones, insultándola con todos los adjetivos posibles por haberle chasqueado de aquel modo. Haciendo dar a la yegua una media vuelta rápida,

pretendió acorralar a la joven entre el coche y la cuneta; sólo que no pudo hacerlo por miedo a lastimarla.

—¡No sé cómo no le da a usted vergüenza emplear semejantes palabrotas! —exclamó con entereza la joven, desde lo alto del seto al que había trepado—. ¡Es usted odioso! Le aborrezco, sí, y no sigo más con usted. Me vuelvo con mi madre.

Al ver d'Urberville la indignación de la joven se disipó la suya, y se echó a reír con todas sus ganas.

—¡Caramba! ¿Sabe usted que así me gusta todavía más? ¡Ea, hagamos las paces! —dijo—. ¡Le juro no hacer nada contra su voluntad! ¡Mi vida por ello!

Ni aun así pudo convencer a Tess para que subiera. Aunque sí consiguió que la joven se aviniera a acompañar a pie el paso del vehículo, que ahora marchaba despacito, continuando de esta suerte el camino con dirección a Trantridge. De cuando en cuando mostraba d'Urberville gran contrariedad al pensar que le había dado pie a la joven con su inconveniente proceder para que recurriera a aquella estratagema. De haberse portado de otro modo, no desconfiaría de él la joven, como ahora desconfiaba. Tess, en tanto, avanzaba despacio, como preguntándose si sería más prudente volver a casa. Sólo que, habiendo transigido ya con el joven, le parecía que no debía volverse atrás de su palabra de no ser por razones más serias. ¿Cómo iba a presentarse ante sus padres, hacer que le devolvieran su baúl y descomponer todo aquel tan acariciado proyecto de rehabilitación familiar por estos motivos sentimentales?

Pocos minutos después divisaban las chimeneas de Los Escarpes. En un pintoresco recodo, a la derecha, estaban el gallinero y la casita que le destinaban a Tess.

IX

La comunidad volátil de cuyo cuidado se había encargado a Tess, teniendo que hacer veces de nodriza, médico y mantenedora, estaba instalada en una casita vieja con techo de bálago, sita en un recinto que había sido jardín, pero que ya no era a la sazón sino un cuadrilátero pisoteado de arena. La hiedra había invadido la casa, y la chimenea, abultada por el follaje de esa planta parasitaria, tomaba las proporciones y apariencia de una torre ruinosa. Las habitaciones de la planta baja estaban enteramente dedicadas a las aves, que paseaban por ellas con ínfulas de propietarias, cual si la vivienda en cuestión la hubieran construido ellas y no ciertos polvorientos colonos que ahora yacían al este y al oeste en el camposanto[29]. Los descendientes de aquellos fenecidos colonos consideraron casi como una injuria a su familia que la casa para ellos tan querida, que tanto dinero había costado a sus antepasados y que había pertenecido a la familia durante generaciones hasta que los d'Urberville se afincaran allí, hubiera descendido a la categoría de gallinero por la decisión de la señora Stoke-d'Urberville tan pronto como la propiedad fue legalmente suya.

«En tiempos de nuestro abuelo», decían, «allí vivían cristianos».

En aquellas habitaciones donde antaño sonaran lo lloros de docenas de niños requiriendo el pecho de su madre, resonaba ahora el piar de recién nacidos polluelos. Enloquecidas gallinas en jaulas ocupaban el lugar en otro tiempo destinado a las sillas que brindaban asiento a pacíficos agricultores. La chimenea, ardiente hogar antaño, se veía llena de colmenas invertidas donde ponían sus huevos las gallinas, mientras que fuera, los macizos que los sucesivos moradores modelaran cuidadosamente con sus palas, servían de revolcadero a los gallos.

El jardín en que estaba enclavada la casita lo circundaba una tapia y sólo se entraba a él por una puerta.

A la mañana siguiente de su llegada a la casa, llevaba ya Tess cerca de una hora disponiendo y arreglando el gallinero conforme a los sanos principios que le inculcara su padre, que había sido recovero de profesión, cuando se abrió la puerta y entró una criada con delantal y gorro blancos. Venía de la casa grande.

—La señora d'Urberville quiere las gallinas como de costumbre —dijo. Pero al ver que Tess no la comprendía bien, añadió—: La señora es vieja y ciega.

—¡Ciega! —repitió Tess.

Pero casi antes de que pudieran cobrar cuerpo en su ánimo los recelos que aquella noticia le hizo concebir, cogió al vuelo las dos más hermosas *hamburghs* que había en el gallinero y siguió a la criada, que también había cogido otras dos, hasta la casa grande, que, aunque muy adornada e imponente, mostraba por doquiera claros indicios de que vivía en ella alguien muy aficionado a las aves, pues flotaban plumas por delante de la fachada y había jaulones sobre el césped.

En un gabinete de la planta baja, hundida en un butacón, de espaldas a la luz, estaba la dueña de la finca, una señora de pelo blanco de unos sesenta años de edad o quizá menos, que llevaba una gran cofia en la cabeza. Tenía la movilidad fisionómica de aquéllos que han perdido la vista poco a poco,

defendiéndola denodadamente y dejándola escapar a pesar suyo, y cuyo animado rostro contrasta con la inmovilidad del de aquellos otros que la perdieron mucho tiempo atrás o son ciegos de nacimiento.

Tess se acercó a la señora con sus alados huéspedes, uno en cada brazo.

—¡Ah! ¿Es usted la joven que va a cuidar en adelante de mis gallinas? —dijo la señora d'Urberville al sentir unas pisadas nuevas—. Espero que las *tratará* muy bien. Mi mayordomo me ha dicho que usted es la persona más a propósito para ello. Bueno. ¡Vamos a ver las que me trae! ¡Vengan acá! ¡Ah! Ésta es *Strut*. Pero hoy no parece muy contenta, ¿verdad? Estará asustada de sentir una mano nueva. Y lo mismo *Phena*… Sí, tienen miedo, pobrecitas. Pero ya se acostumbrarán a usted.

Mientras hablaba la señora, Tess y la otra criada, obedeciendo a sus gestos, le habían colocado las gallinas en su falda, y la señora las palpaba de la cabeza a la cola, examinándoles pico, cresta, alas y patas. El tacto le permitía reconocerlas en un momento y notar hasta una pluma que tuviesen estropeada o erizada. Les palpaba los buches y adivinaba lo que habían comido, y si había sido mucho o poco, y su rostro expresaba con viva mímica sus críticas mentales.

Las muchachas no tardaron en devolver las aves al gallinero, reapareciendo luego con otras dos parejas, y así varias veces, hasta que la señora hubo pasado revista a todo el gallinero —*hamburghs, bantams, conchinchinas, brahmas, dorkings* y demás especies entonces de moda—, rara vez equivocándose en sus clasificaciones.

Le pareció a Tess aquello una confirmación de que la señora d'Urberville hacía de obispo, ella y la otra criada eran los curas encargados de presentar a los niños, y éstos las aves. Al terminar la ceremonia le preguntó bruscamente la señora d'Urberville a Tess, frunciendo y contorsionando el rostro en múltiples ondulaciones:

—¿Sabe usted silbar?

—¿Silbar, señora?

—Sí, silbar melodías.

Tess sabía silbar como casi todas las mozas aldeanas, aunque no gustaba de hacerlo delante de personas distinguidas. Pero confesó paladinamente que silbaba.

—Bueno, pues entonces tendrá usted que practicarlo todos los días un poco. Yo tenía antes un chico que lo hacía muy bien, pero se ha ido. Quiero que les silbe usted a mis pinzones. Como no puedo verlos, me gusta oírlos cantar, y así, de esa manera, les enseñamos tonadas. Elizabeth, dile dónde están las jaulas. Empezará usted a hacer eso mañana mismo, porque si no, se van a atrasar mucho en el canto. Hace unos días que nadie los atiende.

—¡El señor d'Urberville les silbó esta mañana, señora! —exclamó Elizabeth.

—¡Él! ¡Bah! —La señora contrajo el rostro en surcos de repugnancia y ya no volvió a despegar los labios.

Así terminó la recepción de Tess por parte de su supuesta parienta, volviendo las gallinas a su morada. No fue grande la sorpresa que las maneras de la señora d'Urberville le produjeron a la joven, porque no se esperaba mucho más, después de haber visto las dimensiones de la casa que le destinaba. Pero estuvo muy lejos de darse cuenta de que la anciana no tenía la menor noticia del supuesto parentesco. Dedujo que no se llevaban muy bien madre e hijo, aunque en esto también se

equivocaba, pues la señora d'Urberville quería a su hijo a pesar de todos los pesares, sintiendo por él una amarga ternura.

A pesar de lo mal que había empezado el día anterior, instalada ya allí Tess, se entregó a la novedad de su nueva posición, probando con curiosidad sus aptitudes para la inesperada tarea que le habían encomendado, y preguntándose si saldría bien de su cometido. Tan pronto se vio sola en el cercado jardín, se sentó en un jaulón y con toda seriedad se aprestó a hacer por recordar su antiguo y abandonado arte de silbar, encontrándose con que, por efecto del abandono, había olvidado aquella habilidad suya, hasta el punto de que al emitir el aire por entre sus labios sólo producía un ruido sordo, sin poder modular una nota clara.

Continuó la joven soplando y soplando inútilmente, en tanto se preguntaba cómo habría podido olvidar aquel arte en ella innato, cuando de pronto notó cierto temblor que agitaba el follaje de la hiedra que revestía las tapias del jardín y las paredes del gallinero. Miró hacia allí Tess y pudo ver una figura que saltaba de entre la hojarasca al despejado césped. Era Alec d'Urberville, a quien la joven no había visto desde el día de su llegada a la casa, en que él la condujo a su alojamiento.

—¡A fe mía —exclamó el joven—, que ni la naturaleza ni el arte han visto nunca hermosura comparable a la suya, *prima* Tess! —Lo de«prima» lo dijo con un ligero retintín de burla—. He estado mirándola a usted por encima de la tapia, sentada ahí como la *Impaciencia* en un monumento[30], frunciendo esa boquita roja para silbar, sopla que te sopla y renegando bajito sin poder sacar una nota en claro. ¡Vamos, no me niegue usted que está enfadada por no poder hacerlo!

—Enfadada quizá lo esté, pero no he renegado.

—¡Ah, ya sé por qué se tomaba usted tanto trabajo!… ¡Esos pinzones! Mi madre quiere que usted continúe su educación musical. ¡Qué egoísmo el suyo! ¡Como si el cuidar de esos condenados gallos y gallinas no fuese ya bastante trabajo para una muchacha! Yo que usted le hubiera dicho rotundamente que no.

—Pero ella quiere que yo me encargue a todo trance de eso y que empiece mañana mismo, por la mañana.

—¿Sí? Pues entonces le daré un par de lecciones.

—¡No, usted no! —exclamó Tess retirándose hacia la puerta.

—¡Pero qué tontería! Si no voy ni a tocarla. Mire, yo me pongo a este lado de la tela metálica y usted al otro; de esa forma creo que estará segura. Ahora fíjese bien; pone usted los labios demasiado rígidos. Vamos a ver…, así, muy bien.

Y uniendo la acción a la palabra, silbó un verso de «Quita, quita allá esos labios[31]». Pero la alusión quedó perdida para Tess.

—Ahora usted —dijo d'Urberville.

Intentó la joven mostrarse reservada, asumiendo su rostro una escultórica severidad. Pero él persistió en su demanda y Tess, al fin, por deshacerse de él, puso los labios como él decía, con el fin de producir una nota clara, pero luego se echó a reír, desalentada, ruborizándose enseguida por haberse reído.

Él la animó diciéndole:

—Pruebe usted otra vez.

Tess puso una cara muy seria, dolorosamente seria, y probó… Por fin e inesperadamente lanzó un sonido claro. El placer momentáneo del éxito la llenó de alegría, se le dilataron los ojos y no pudo reprimir una sonrisa.

—¡Ea, magnífico! ¡Ahora la he iniciado! Seguirá muy bien. Le di palabra de no acercarme a usted, y a pesar de una tentación como nunca ha asaltado a un hombre mortal, he resistido… Tess, dígame, ¿no le parece a usted que mi madre es una pobre vieja un poco rara?

—Hasta ahora apenas la conozco, señor.

—Ya la irá usted encontrando así. No hay más que fijarse en esta manía suya de que les enseñe usted a silbar a los pinzones. Conmigo está ahora un poco disgustada, pero usted puede granjearse sus simpatías, cuidando bien de sus bichos. Y ahora, adiós, Tess. Si encuentra usted alguna dificultad y necesita ayuda, no recurra usted al mayordomo, sino a mí.

Fue en la economía de ese régimen donde Tess Durbeyfield se propuso ocupar un lugar. Sus experiencias de los primeros días no fueron más que anticipo de las que siguieron después. Cierta familiaridad con la presencia de Alec d'Urberville, que el joven cultivaba hábilmente empleando un lenguaje jocoso y llamándola un poco en broma «prima» cuando no había nadie delante, disipó en la joven parte de su miedo, pero no llegó a engendrar en ella otro sentimiento de índole más tierna. Pero era más flexible en manos de él de lo que habría sido en otra compañía, debido a que ella dependía inevitablemente de la madre de él, y, por la relativa incapacidad de la señora, de él mismo.

Luego que hubo recobrado su habilidad para silbar, encontró menos molesta la tarea de silbarles a los pinzones en la habitación de la señora d'Urberville. Tenía la joven un extenso repertorio de tonadas y canciones que su madre le enseñara cuando niña y que resultaban apropiadas para educar a los canoros pajarillos. Y mucho más que practicar en el jardín le gustaba a Tess ponerse a silbar por las mañanas frente a las jaulas. Sin el freno que suponía la presencia del joven, aflautaba la boca, pegaba los labios a los barrotes y silbaba con gracioso desenfado al atento auditorio.

Dormía la señora d'Urberville en un gran lecho con cuatro postes y pesadas cortinas de damasco, y en su misma habitación tenía alojados a los pinzones, que a ciertas horas volaban por ella libremente, no sin dejar salpicados de diminutas motas blancas los muebles y tapices. Una vez que se hallaba Tess junto a la ventana donde estaban colgadas las jaulas dándoles a los pájaros su habitual lección, creyó oír un ruidillo por detrás del lecho. No estaba presente a la sazón la anciana, y la joven, dando media vuelta, creyó distinguir las puntas de un par de botas asomando por debajo del fleco de las cortinas, lo cual la azoró de tal modo que el oyente, si lo había, debió conocer su turbación en su manera de silbar. Desde aquel día ya todas las mañanas registró Tess las cortinas, aunque nunca halló a nadie detrás de ellas. Alec d'Urberville, sin duda, lo había pensado mejor decidiendo no volver a asustarla con semejantes emboscadas.

X

Cada aldea tiene su idiosincrasia, su temple especial y a menudo hasta su código de moral propio. La índole casquivana de algunas de las jóvenes de Trantridge y sus contornos era notoria y tal vez sintomática del espíritu selecto que gobernaba Los Escarpes. Otro defecto aún más inveterado tenía también el lugar, y era que en él se bebía de firme. La conversación corriente en las granjas de los alrededores solía versar sobre la inutilidad del ahorro; y aquellos matemáticos de blusón, apoyados en sus estevas o azadones, se enredaban en cálculos complicadísimos para demostrar que la beneficencia parroquial constituía para la vejez del hombre una ayuda más completa que la que pudiera representar el ahorrar de sus jornales toda una vida. El mayor placer de aquellos filósofos se cifraba en ir todos los sábados por la noche, luego que daban de mano al trabajo, a Chaseborough, ciudad mercantil ya en decadencia, situada a cuatro o cinco kilómetros de distancia, de donde volvían en las primeras horas de la mañana siguiente para pasarse el domingo durmiendo los efectos dispépticos de las peregrinas pócimas que con nombre de cerveza les servían los monopolizadores de las en otro tiempo ventas independientes.

Tardó Tess mucho tiempo en unirse a aquellas peregrinaciones semanales. Pero al cabo, cediendo a las instancias de respetables matronas no mucho mayores que ella, aunque ya casadas —porque ganando allí los gañanes el mismo jornal a los veintiuno que a los cuarenta años, se casaban jóvenes—, consintió al fin en ir. En su primera excursión se divirtió la joven más de lo que esperaba, contagiada de la alegría de los demás, que formaba tan vivo contraste con la monótona tarea que diariamente realizaba en el gallinero. Por lo que la repitió una y otra vez. Como la joven era interesante y agraciada, hallándose además en el momentáneo umbral de la feminidad, su paso por las calles de Chaseborough atraía algunas furtivas miradas varoniles, por lo cual, aunque iba sola algunas veces al pueblo, buscaba siempre al anochecer la compañía de sus amigas para volver a casa más segura.

Así transcurrieron un mes o dos, hasta que llegó un sábado de septiembre, en el que coincidían una feria y un mercado. Con este doble motivo, los peregrinos de Trantridge se las prometían doblemente felices en las tabernas. Tess estuvo muy atareada todo aquel día, llegando al pueblo mucho después que sus compañeras. Era una hermosa tarde de septiembre, a esa hora del crepúsculo en que las amarillentas luces luchan con las sombras azules en líneas finas como cabellos y la atmósfera misma forma perspectivas sin necesidad de objetos más sólidos, si se exceptúan las miríadas de alados insectos que en ella danzan. Por entre esta bruma del atardecer hizo Tess el camino.

Cuando llegó la joven al pueblo ya era de noche, y sólo entonces advirtió la coincidencia del mercado con la feria. No tardó en hacer sus compras, y luego, como de costumbre, procedió a buscar a sus amistades de Trantridge. No las encontró al principio, enterándose luego de que casi todos ellos habían ido a un baile particular que se celebraba en casa de un tratante en forraje que tenía relaciones mercantiles con Los Escarpes. Vivía el tal en un barrio apartado del pueblo, y al dirigirse

a dicho punto la joven, se dio de manos a boca con Alec d'Urberville, que estaba parado en una esquina.

—¿Cómo es eso, preciosa? ¡Usted por aquí tan tarde! —exclamó.

Ella le contestó que iba en busca de compañía para volver a casa.

—Bueno, pues hasta luego —respondió el joven, por encima del hombro de ella, mientras Tess se dirigía a la callejuela inmediata.

Al llegar cerca del lugar del baile pudo ya oír ella las notas de un violín, notando con extrañeza que no se oía el menor ruido de danza, cosa excepcional en tales holgorios en que, por lo general, ahoga el pateo a la música. Se hallaba abierta la puerta de entrada, dejando ver el fondo de la casa y el jardín, en cuanto lo consentían las sombras de la noche. Llamó Tess, y como no acudiera nadie a su llamada, atravesó la casa y siguió adelante hasta el pabellón trasero donde sonaba el violín.

Era aquél un cuerpo de edificio sin ventanas, construido para almacén, y desde la puerta abierta se veía cernerse en la oscuridad una neblina de vislumbres amarillentas que al pronto le pareció a Tess una humareda luminosa. Pero al acercarse más comprobó que era una nube de polvo iluminada por las velas que ardían en el interior y cuyos destellos penetrando en la bruma de afuera, proyectaban el contorno de la entrada sobre la sombra del jardín.

Miró atentamente Tess y vio allá dentro unas figuras borrosas que corrían de un lado para otro, según las mutaciones de la danza, proviniendo el silencio de las pisadas de llevar los bailarines un calzado suplementario, formado por el residuo polvoriento de la paja y demás forraje que allí se guardaba y que, agitado por los inquietos pies, producía aquella neblina que envolvía la escena. En aquel ambiente de rancios despojos de turba y heno, mezclados con la transpiración y el calor de los bailarines, que formaban una especie de polen humano-vegetal, los violines con sordina producían notas débiles que formaban raro contraste con el rudo ahínco con que los pies marcaban el compás. Tosían con frecuencia los que bailaban, y reían al toser. De las locas parejas apenas podía distinguirse, debido a la vaguedad del ambiente que las convertía en grupos de sátiros abrazando ninfas, más que un revoltillo de Panes arrebatando a muchedumbre de Siringas; Lotis, tratando de eludir a Príapo, y fracasando siempre[32].

De cuando en cuando salían las parejas a la puerta a tomar el aire, y allí, fuera ya de la niebla que las envolvía, se convertían de nuevo los semidioses en toscos aldeanos. ¡Era inconcebible cómo Trantridge llegaba en menos de tres horas a metamorfosearse hasta tal extremo de locura!

Algunos Silenos de la partida estaban sentados en bancos y en costales de heno arrimados a la pared[33]; uno de ellos reconoció a Tess.

—Las mozas piensan que no está bien que las vean bailar en La Flor de Lis —le explicó—, no les gusta que se entere la gente de quiénes son sus galanes. Además, que esa casa suelen cerrarla en cuanto alguno se pone a medios pelos. Por eso lo que hacemos es venir aquí y mandar allá por la bebida.

—¿Pero no hay nadie que vuelva a casa? —preguntó Tess con cierta inquietud.

—Sí, ahora dentro de un rato. Ya no queda más que el último número.

Esperó Tess. Tocaba a su fin el baile, y algunos se disponían a partir. Pero otros querían que continuara la danza, y lograron imponerse. Tess pensó que aquél sería ya el último baile, pero

después vino otro. Se sentía inquieta y a disgusto la muchacha, pero pensaba que ya que había aguardado lo más, debía aguardar lo menos; los caminos en época de ferias estaban infestados de mala gente, animada tal vez de intenciones perversas, y aunque Tess no temía los peligros probables, recelaba de los desconocidos. Si hubiera estado más cerca de Marlott no hubiera sentido miedo alguno.

—No se ponga nerviosa —le dijo entre accesos de tos un joven de cara sudorosa que tenía el sombrero de paja calado por detrás y el ala rodeándole la cabeza como el nimbo de un santo—. ¿Qué prisa tiene usted? Mañana es domingo, a Dios gracias, y podemos dormir hasta la hora de ir a la iglesia. ¿Qué, no quiere usted dar unas vueltas conmigo?

No era Tess enemiga del baile, mas no quería bailar allí. Aumentó todavía más la animación. Los violinistas, tras la luminosa columna de nube, cambiaban el aire de cuando en cuando, pisando las cuerdas por el otro lado del puente o por el asta del arco. Mas era inútil; los bailarines continuaban saltando como locos.

Por lo general, las parejas, cuando se avenían bien desde el principio, no se renovaban ya en toda la tarde. Tales cambios sólo indicaban que los danzantes no habían encontrado en el primer momento la pareja de su gusto. A aquella hora ya todos se habían arreglado a su placer, y era entonces cuando empezaban el arrobo y el éxtasis, en los que la emoción era la materia del universo, y la materia quedaba reducida a una intrusión adventicia que impedía dar vueltas donde se quería dar vueltas.

De pronto se oyó un porrazo sordo en el suelo. Era que se había caído una pareja y yacía en el suelo en informe montón. La pareja siguiente, incapaz de detenerse, fue a tropezar con el obstáculo. Una nube de polvo, dentro de la que ya llenaba la estancia, se levantó en torno de los caídos, en cuyo confuso centro se veía un revoltillo de brazos y piernas.

—Ya te ajustaré yo las cuentas, hombre, cuando llegues a casa —se oyó decir a una voz femenina que salía del montón humano, la voz de la desventurada pareja del galán cuya torpeza causara la catástrofe. Se trataba de su esposa; eran recién casados, y éstos, en Trantridge, solían ir al baile mientras duraba el afecto entre parejas casadas; y, en efecto, no era raro en sus vidas posteriores evitar dejar aparte a la gente soltera entre la cual hubiera un cálido entendimiento.

En aquel momento oyó Tess a sus espaldas una ruidosa carcajada que procedía de las sombras del jardín y que vino a sumarse a la barahúnda de allá dentro. Miró a su alrededor y vio la lumbre de un cigarro. Alec d'Urberville estaba allí, solo. Llamó a la muchacha y ésta se le acercó, aunque de mala gana.

—¿Pero qué hace usted todavía aquí, belleza?

Estaba tan rendida, después de aquel día interminable y de todo lo que había andado, que le confesó su preocupación. Y le dijo que desde que le había visto la primera vez no había hecho otra cosa que buscar compañía para el regreso a casa, porque no se atrevía a hacer el trayecto sola de noche.

—Pero no parece que tengan ganas de irse y yo no quiero esperar más.

—Hace usted muy bien. Yo no he traído más que mi caballo Pero venga conmigo a La Flor de Lis y allí alquilaremos un cochecillo para que nos lleve.

A pesar de sentirse halagada con aquello, no había depuesto Tess la desconfianza que el joven le

inspiraba, y con todo y ser ya muy tarde, prefería regresar andando con sus compañeras. Así pues, le contestó que se lo agradecía mucho, pero que no quería molestarle.

—Les dije que los esperaría y ahora me esperarán ellos a mí.

—Bueno, señorita Independencia… Lo que usted quiera… Entonces no tengo prisa… Pero ¿qué escándalo es ese que están armando ahí?

Aunque no había penetrado el joven en la zona de luz no habían dejado los mozos de notar su presencia, que les hizo pensar en que ya era tiempo de emprender el regreso. No bien encendió el señor d'Urberville otro cigarro y se marchó, empezaron los mozos y mozas de Trantridge a congregarse, buscándose los de las mismas fincas, para emprender el regreso juntos. Procedieron a recoger sus cestas y paquetes, y media hora después, al dar el reloj las once y cuarto, ya subían todos la cuesta que había de llevarles a sus hogares.

Tenían que recorrer cinco kilómetros por un terreno reseco y blanco, de una blancura que el resplandor de la luna acrecentaba.

Pronto advirtió Tess, a tiempo que caminaba, ora con éste, ora con aquel grupo, que el aire fresco de la noche les hacía tambalearse y hacer eses a los mozos que habían empinado el codo con exceso. Algunas de las más descuidadas mujeres denotaban también cierta vacilación en el paso. Una de estas últimas era una morenaza llamada Car Darch, a la que habían puesto el mote de Sota de Espadas, y la cual había sido hasta hacía poco la favorita de d'Urberville. Otra era Nancy, su hermana, apodada la Sota de Diamantes, y otra, la joven recién casada que había dado ya más de un tropezón. Si a la vista lúcida de cualquier mortal aparecían aquellas hembras como seres terrenales y toscos, no se lo creían así ellas. Seguían su camino con la impresión de bogar por un medio maravilloso, y, poseídas de raras imaginaciones, se figuraban componer un todo armonioso con la naturaleza circundante, formando con ella un organismo cuyas partes se interpenetraban armoniosa y alegremente. Se juzgaban tan sublimes como la luna y los luceros que resplandecían sobre sus cabezas, figurándose que aquélla y éstos ardían en sus mismos fuegos.

Pero había tenido la pobre Tess tanto que sufrir en su casa por culpa de la bebida, que la vista de aquella situación empezó a amargarle el placer que de otra suerte le hubiera producido aquel paseo a la luz de la luna, si bien por las razones que hemos apuntado continuó con ellas.

Mientras caminaron por la carretera abierta lo hicieron en ordenados grupos, pero ahora su ruta era a través del portón de un campo, y como los que iban delante encontrasen alguna dificultad para abrir aquél, se agolparon todos a la entrada.

Una de las que iban delante era Car, la Sota de Espadas, la cual llevaba un cesto de mimbre con las compras que había hecho su madre, además de sus trapos y otras adquisiciones para la semana. Como el tal cesto era voluminoso y pesado, se lo había echado Car a la cabeza, de suerte que el incómodo armatoste se mantenía en peligroso equilibrio, mientras que la moza seguía su camino con los brazos en jarras.

—¡Calla! Car, ¿qué es eso que te baja por la espalda? —le dijo de pronto una de las que iban con ella.

Convergieron en Car todas las miradas. El traje que llevaba puesto era de fino algodón rameado y desde el cogote hasta más abajo de la cintura le colgaba algo así como un cordel, que semejaba la coleta de un chino.

—Eso es que se le ha soltado el pelo —dijo otra.

Pero no, no era eso, sino que un chorro negro de no se sabía qué le escurría del cesto, y brillaba cual viscoso ofidio al fulgor de la luna.

—Eso es melaza —dijo una matrona observadora.

Y lo era en efecto. La pobre abuela de Car sentía debilidad por ese dulce manjar. Tenía colmenas que le daban cuanta miel pudiera desear, pero a ella lo que le gustaba era la melaza, y Car había querido darle una sorpresa llevándosela. La muchacha se apresuró a descargar el cesto, comprobando que el frasco de la melaza se le había roto. Hubo entonces una carcajada general, provocada por el curioso aspecto que ofrecía la espalda de Car, que irritó a la reina morena haciéndola quitarse esa fealdad por el medio más rápido, e independientemente de la voluntad de los burlones. Tirándose furiosa en el suelo de la finca que iban a cruzar y restregando desesperadamente la espalda contra la hierba, comenzó a limpiarse el traje como pudo, arrastrándose por el césped con los codos.

Arreciaron todavía más las risas; unos se colgaban del portón, otros se subían a la cerca y los demás contemplaban el espectáculo, apoyados en sus garrotes, en la debilidad producida por sus convulsiones ante el espectáculo de Car. Nuestra heroína, que hasta entonces conservara su seriedad, se unió al fin a los demás.

Fue aquello una lástima por muchos conceptos. No bien oyó la reina morena las finas notas de la risa de Tess, que por su sobriedad resaltaba entre las demás, cuando un latente sentimiento de rivalidad se encendió en ella hasta adquirir proporciones de locura. Se puso en pie de un salto y fue a plantarse delante del blanco de sus odios.

—¿Cómo tienes valor para reírte, so desvergonzada? —gritó.

—No he podido contenerme… Como todos se reían… —se disculpó Tess, sin poder aguantar la risa todavía.

—Pero ¿es que tú te crees que eres más que nadie por ser ahora su favorita? Pues aguarde usted un poco, señorita, aguarde usted un poco… Que con dos como tú no tengo yo más que para hacer boca… Anda, valiente. Ven acá, que aquí me tienes.

Y con el consiguiente horror por parte de Tess, la reina morena procedió a desabrocharse el corpiño —lo que no le venía mal, dado el estado en que se encontraba la prenda— hasta dejar al desnudo el cuello, los hombros y los brazos, a la luz de la luna, bajo la cual se mostraban luminosos y bellos, como una creación de Praxíteles[34], dotada de todas las irreprochables exuberancias de una garrida aldeana. Y apretando luego los puños, se dispuso al ataque.

—Desde luego, no voy a pelear —exclamó Tess majestuosamente—. ¡Si llego a darme cuenta antes no me hubiera rebajado viniendo en compañía de semejante hatajo de rameras!

El excesivo alcance de aquel apostrofe le valió a Tess un torrente de vituperios de otras mozas, especialmente de la Sota de Diamantes, que habiendo mantenido con d’Urberville las mismas relaciones que Car, aunque no se habían hecho públicas, se unió a aquélla contra el enemigo común.

Y aun les hicieron eco otras mozas, que no lo hubieran hecho de no haber bebido en demasía aquella dichosa tarde. Al ver que se levantaban contra Tess tantas enemigas, maridos y novios procuraron poner paz, pero sólo lograron atizar más todavía la guerra.

Tess estaba indignada y llena de vergüenza. Ya no le importaba nada la soledad del camino ni lo *avanzado* de la hora; su único anhelo era alejarse de aquella gente lo más pronto posible. Harto sabía Tess que las mejores de esas mozas habían de arrepentirse al otro día de su conducta. Ya estaban todos dentro de la cerca, y Tess se volvía hacia la linde para escapar sola, cuando surgió calladamente un jinete por la esquina del seto que ocultaba el camino y Alec d'Urberville se plantó ante ellos.

—¿Pero qué escándalo estáis armando, ganapanes?

Nadie acertaba a darle respuesta cumplida, que, además, no era necesaria. Porque el joven, habiéndose acercado furtivamente hasta allí, había tenido ocasión de enterarse de todo.

Tess permanecía apartada, junto a la cerca. Alec se inclinó hacia ella y le susurró:

—Salta a las ancas de mi caballo y en un santiamén estaremos lejos de estas gatas rabiosas.

A punto estuvo la joven de desmayarse al comprender con toda claridad el significado de aquel crítico instante. En cualquier otro momento de su vida hubiera rechazado la ayuda y compañía que se le brindaba, y ni el temor a la soledad del camino le hubiera hecho fuerza para proceder de otra suerte. Pero viniendo aquella invitación en un instante en que con sólo aceptarla podían convertirse el miedo y la indignación que aquellas enemigas le infundían en un triunfo completo, dio la joven un salto, se encaramó a la cerca, apoyó la punta del pie en el pie de él, y montó en la silla detrás de Alec. Ya iban los dos a todo correr por la gris lejanía cuando los alborotadores se percataron de lo ocurrido.

La Sota de Espadas se olvidó de la mancha de su corpiño, y junto a la Sota de Diamantes y la moza recién casada se quedó mirando con la boca abierta en la dirección por donde se oía, cada vez más débil, el galopar del caballo, cuyo sonido se apagó por fin en la distancia.

—¿Qué es lo que miran ustedes? —les preguntó uno que no había observado el incidente.

—¡Ja, ja, ja! —rió la negra Car.

—¡Ji, ji, ji! —exclamó la recién casada dada al trago, apoyándose en el brazo de su tierno esposo.

—¡Ju, ju, ju! —hizo la madre de la morena Car, acariciándose los bigotes y diciendo lacónicamente—: ¡De la sartén al fuego!

Luego, aquellos hijos del aire libre, a los que ni el exceso de alcohol podía hacer daño mucho tiempo, se reintegraron al camino, y al andar se movió con ellos, en torno a la sombra de sus cabezas, un círculo de opalescente claridad formado por los rayos de luz de la luna, al reflejarse en el chispeante manto de rocío. Ninguno alcanzaba a ver otra cosa que el halo de luz que le circundaba, y que jamás se le apartaba de la cabeza por mucho que la moviera, persiguiéndola y embelleciéndola con insistencia, de suerte que los irregulares movimientos de mozos y mozas parecían formar parte de aquel resplandor; hasta que los vahos de su aliento semejaron ser un componente de la bruma nocturna, y el espíritu del paisaje, la luz y la naturaleza parecieron armonizar íntimamente con los vapores del vino.

XI

Los dos fugitivos cabalgaron algún trecho sin decir palabra. Tess iba apretada contra el joven y saboreando su triunfo, por más que la atormentasen otra clase de dudas. Había observado que no era aquél el fogoso caballo que otras veces montara d'Urberville, y sobre este particular estaba tranquila, no obstante resultarle bastante inseguro su asiento, a pesar de la fuerza con que iba cogida a su compañero. Le suplicó a Alec que pusiese al paso a la bestia, complaciéndola aquél.

—¿Nos ha salido redondo, verdad, Tess? —preguntó d'Urberville al poco.

—Sí —dijo ella—. Bien puedo agradecérselo.

—¿Y me lo agradece usted?

La joven no le contestó.

—Tess, ¿por qué le hacen tan poca gracia mis besos?

—Pues… porque no le quiero a usted.

—¿Está usted segura de ello?

—¡A veces hasta me da coraje!

—¡Ah! Ya me lo temía yo.

Alec se abstuvo de combatir aquella objeción de la joven. Sabía que cualquier cosa es preferible a la frialdad.

—Pero ¿por qué no me lo dijo usted nunca?

—Harto lo sabe usted. Porque no tengo aquí quien salga en mi defensa.

—Pero ¿tantas veces la he ofendido a usted?

—Algunas.

—¿Cuántas?

—Tan bien como yo lo sabe usted. Demasiadas veces han sido.

—¿Siempre que he intentado algo?

Guardó silencio Tess y el caballo siguió al paso un buen trecho, hasta que una vaga neblina luminosa que toda la tarde estuvo cernida en el ambiente se difundió finalmente por todo el espacio envolviendo a ambos jóvenes. Parecía tener en suspensión la claridad de la luna, haciendo que resultase más penetrante que en el aire despejado. Y por esta causa, o por hallarse ensimismada o ir medio dormida, no reparó Tess en que ya hacía mucho tiempo que dejaran atrás el punto en que el camino de Trantridge empalma con la carretera, ni en que su acompañante había tomado otra dirección.

Estaba cansadísima. Llevaba una semana levantándose a las cinco de la mañana y apenas si se había sentado en todos esos días. Además, por si era poco, aquella tarde había andado un trecho de cinco kilómetros hasta Chaseborough y había esperado a sus vecinos tres horas, sin comer ni beber, por no permitírselo su impaciencia; había luego recorrido a pie dos kilómetros de regreso a la casa y sufrido la excitación consiguiente a la gresca en que se viera enzarzada. Y era a la sazón ya la una de la madrugada. Sólo una vez, sin embargo, se dejó vencer por el sueño. Y en aquel instante de

ausencia mental apoyó suavemente la cabeza en la espalda de su jinete.

Detuvo d'Urberville el caballo, soltó los estribos, se volvió y rodeó con sus brazos la cintura de la muchacha para sostenerla.

Pero fue esto suficiente para que ella se aprestara a la defensiva, y con uno de aquellos impulsos de represalia que la caracterizaban, apartó a d'Urberville de un empujón. A punto estuvo el jinete de perder el equilibrio por la inestable posición en que se encontraba, y si no rodó por tierra fue gracias al caballo que, aunque fuerte, era por fortuna el más pacífico de cuantos montaba.

—¡Eso es diabólicamente ingrato! —dijo el joven—. Yo no tenía más intención que sostenerla a usted para que no resbalara.

Recapacitó ella con desconfianza, y pensando que después de todo podía ser verdad, se amansó y dijo humildemente:

—Usted perdone, señor.

—La perdonaré, pero a condición de que en adelante tenga más confianza en mí. Pero ¡Señor mío! —exclamó el joven—, ¿qué soy yo para que me haga esos ascos una chiquilla como usted? Tres meses mortales lleva usted jugando con mis sentimientos, rehuyéndome y desairándome, y ¡vaya, que no lo puedo sufrir!

—Mañana mismo me vuelvo a mi casa, señor.

—¡No, qué ha de irse usted! ¿Quiere usted, se lo suplico una vez más, darme la prueba de confianza de dejarse sujetar por mi brazo? Vamos, ahora, aquí entre nosotros, usted sabe que yo la quiero y la tengo por la muchacha más bonita del mundo, como en realidad lo es. ¿No podría tratarla como enamorado?

Dejó ella escapar un rápido y breve murmullo de protesta, revolviéndose inquieta en su asiento; miró hacia delante y murmuró:

—No lo sé…, yo sí quisiera…, pero ¿cómo voy a decir sí ni no, cuando…?

Zanjó el joven la cuestión ciñéndole con el brazo la cintura, según deseaba, sin que Tess se resistiese ya. Continuaron así al paso, hasta que la joven hubo de advertir que llevaban ya mucho tiempo cabalgando de esa suerte —mucho más tiempo del que habitualmente se invertía en ir a Chaseborough, aun al paso lento que ellos llevaban—. Notó también la joven que no iban por el camino real, sino a campo traviesa.

—Pero ¿qué es esto? ¿Dónde estamos? —exclamó.

—Pasando junto a un bosque.

—¿Un bosque? ¿Qué bosque? Seguro que nos hemos salido del camino.

—Estamos cerca del Chase… El bosque más viejo de Inglaterra. Hace una noche hermosísima, y no sé por qué no hemos de prolongar un poco nuestro paseo.

—¡Qué traidor es usted! —murmuró Tess, entre enojada y desfallecida, y zafándose de su brazo, a fuerza de abrir sus dedos de uno en uno, aun a riesgo de caerse de la montura—. ¿Ése es el pago que me da por haber puesto en usted tanta confianza y haberle complacido en lo que deseaba, por creer que le ofendí con aquel empujón? Haga usted el favor de dejarme bajar y continuar a pie.

—¡Si no podría usted volver a pie ni aunque estuviera despejada la atmósfera, muchacha! Estamos a muchos kilómetros de Trantridge, y con la niebla que hace se llevaría usted largas horas

dando vueltas y sin salir de entre estos árboles.

—No me importa —replicó ella, suplicante—. Déjeme bajar, por favor. No me importa dónde esté. Déjeme bajar, se lo ruego.

—Bueno, la dejaré…, pero con una condición. Después de haberla traído hasta este lugar perdido no tengo más remedio que devolverla a usted a casa, sana y salva, quiera usted o no. No es posible que usted se vuelva sola a Trantridge, porque si he de decirle la verdad, hija mía, con esta niebla que todo lo desfigura ni yo mismo sé dónde estamos. Pero si me promete aguardar con el caballo mientras yo me meto por la espesura hasta dar con un camino o una casa y enterarme a punto fijo de dónde nos encontramos, la dejo a usted aquí. A mi vuelta le daré a usted todas las indicaciones necesarias, y entonces podrá usted volverse, si no ha cambiado de opinión, a pie o a caballo.

Aceptó la joven esas condiciones y se apeó del caballo, aunque no sin que él le robara un beso. Alec se apeó también por el otro lado.

—Yo me quedo cuidando del caballo, ¿verdad? —preguntó Tess.

—No, no es necesario —replicó Alec, dándole unas palmaditas cariñosas al cansado animal.

Metió a éste por la maleza, lo ató a un tronco y formó para Tess una suerte de lecho o nido en un blando montón de seca hojarasca.

—Ea, siéntese usted aquí —dijo el joven—. Estas hojas no se han calado todavía. Conque de cuando en cuando le eche al caballo una miradita, basta. —Se apartó de ella unos pasos, pero luego volvió diciendo—: Por cierto, Tess, que desde hoy tiene ya su padre otro jaco. Se lo ha dado cierta persona.

—¡Cierta persona! ¿Quién? ¿Usted, acaso?

D’Urberville movió la cabeza con ademán equívoco.

—¡Oh, qué bueno es usted! —exclamó la joven con una penosa sensación de cortedad por tener que expresarle su gratitud en aquel momento.

—Y también les han llevado a los niños unos juguetes.

—No sabía que les hubiera enviado usted nada —exclamó la joven conmovida—. Casi hubiera preferido que no… Sí, siento que lo haya hecho usted.

—¿Y por qué, hija mía?

—Pues… ¡porque eso me cohíbe!

—Tess, ¿pero es que todavía no siente usted cariño hacia mí? —Siento gratitud —declaró ella de mala gana—. Pero temo que no…

La idea repentina de que aquellas atenciones para con su familia fueran debidas a la pasión que ella inspiraba al joven la abatió a tal extremo que, derramando primero una lenta lágrima, rompió finalmente a llorar con todo desconsuelo.

—Pero, muchacha, no llore. Siéntese aquí y espere a que vuelva.

Lo hizo así la joven en el montón de hojarasca. Alec notó que temblaba y le preguntó:

—¿Tiene usted frío?

—No mucho…, un poco…

La tocó él con los dedos.

—Va usted muy ligera de ropa con este traje de muselina. ¿Cómo va así, muchacha?

—Porque éste es el mejor vestido que tengo de verano. Hacía mucho calor cuando salí de casa y no podía figurarme que hubiera de volver a caballo ni de noche.

—Las noches de septiembre son muy frías. ¡Vamos a ver, Tess! —Se quitó el gabancillo de entretiempo que llevaba puesto y arropó con él cariñosamente a la muchacha—. Así, ya verá usted cómo entra en calor… Bueno, preciosa, aquí se queda usted. Yo vuelvo enseguida. Y rápidamente se metió por entre las redes de vapor que formaba ya la niebla entre los árboles. Tess pudo oír el chasquido de las ramas que él apartaba al subir por la inmediata ladera, hasta que sus movimientos no produjeron ya más ruido que el salto de un pájaro, extinguiéndose al cabo por completo. Al ocultarse la luna disminuyó la pálida claridad de la noche, y Tess se hizo invisible, recostándose con cavilosa somnolencia en su montón de hojarasca.

Alec, entretanto, se había abierto paso por la ladera con objeto de cerciorarse, efectivamente, acerca del punto exacto del Chase en que se encontraban. Había estado cabalgando a la ventura por espacio de más de una hora, dando toda suerte de rodeos con el fin de prolongar el paseo en compañía de la muchacha, concediendo más atención a la persona de Tess, bañada por la luna, que a las demás cosas exteriores. Como el fatigado animal necesitaba descanso, no se dio gran prisa en buscar los hitos del terreno. Encaramándose a la cima de un montecillo divisó el pretil de una carretera, cuyos contornos reconoció al punto, logrando así salir de dudas acerca del lugar en que se hallaban. Con esto volvió d'Urberville al bosque, pero la luna se había escondido a la sazón, y por esa circunstancia, y a causa también de la niebla, estaba la sierra del Chase envuelta en densas sombras, no obstante venirse ya encima la mañana. No tuvo más remedio el joven que extender los brazos para abrirse camino por entre el ramaje, pero a poco hubo de reconocer que no le era posible distinguir el lugar donde dejara a Tess. Dando vueltas arriba y abajo, a diestro y siniestro, oyó al cabo el ruido del caballo, y de pronto tropezó con la manga de su gabán.

—¡Tess! —exclamó d'Urberville.

No obtuvo respuesta. Era tan grande la oscuridad que apenas si pudo ver otra cosa que una pálida nebulosidad a sus pies, la blanca figura envuelta en muselina que dejara sobre las hojas secas. Todo lo demás eran negruras. Se inclinó d'Urberville y oyó una respiración regular y acompasada. Se arrodilló e inclinó más su cabeza, hasta que el aliento de la moza le dio en la cara apresurándose entonces a poner su mejilla en contacto con la de Tess. Ésta dormía profundamente y en sus pestañas brillaban lágrimas.

Reinaban en torno oscuridad y silencio. Sobre ellos se alzaban los antiguos tejos y robles del Chase, en cuyas copas descansaban dulcemente los pájaros en su último sueño. En derredor saltaban asustados conejos y liebres. Pero —dirá alguno—, ¿dónde estaba el ángel custodio de Tess? ¿Dónde la providencia de su inocente fe? Tal vez, como aquel otro dios de que hablaba irónicamente Elias el Tisbita[35], estaría charlando, o haciendo alguna cosa, o de viaje, o durmiendo y no lo podían despertar.

¿Cómo era que sobre tan bello tejido femenino, sutil como la gasa y tan blanco como la misma nieve, iba a trazarse una forma tan tosca como la que estaba destinado a recibir? ¿Por qué ha de ser tan frecuente que corresponda así lo más grosero a lo más delicado, el hombre malo a la mujer

buena, y al hombre bueno la hembra mala? Muchos miles de años de análisis filosófico han fracasado en el intento de explicar nuestro sentido del orden. Podría, ciertamente, admitirse que en el fondo del presente desastre se vislumbrara la posibilidad de una compensación. Es casi seguro también que alguno de los antepasados de Tess d'Urberville al volver medio chispa de una juerga hubiera tratado del mismo modo, y quizá con menos delicadeza todavía, a las mocitas aldeanas de su tiempo. Mas hágase cuenta que si a los dioses puede parecerle sana moral esa de hacer recaer sobre los hijos los pecados de los padres[36], la mezquina naturaleza humana no admite ese principio, que, por lo tanto, no resuelve la cuestión.

La gente de la clase social de Tess no se cansa, allá en sus profundas moradas, de proclamarse fatalista, saliendo a todo con aquello de «Tenía que ser así», y esto es lo más triste. Un abismo social insondable iba a abrirse entre la personalidad ulterior de nuestra heroína y aquella otra anterior con que traspuso la puerta del hogar paterno para ir a probar fortuna en la granja avícola de Trantridge.

Segunda fase

YA NO DONCELLA.

XII

Pesada era la cesta y voluminoso el paquete, pero ella lo llevaba como persona que no encontraba especial carga en los materiales. De cuando en cuando se paraba a descansar maquinalmente junto a una puerta o en un guardacantón, pero enseguida, acomodándose mejor su bagaje en el brazo, seguía resuelta su camino.

Era una mañana de domingo de fines de octubre, unos cuatro meses después de la llegada a Trantridge de Tess Durbeyfield y algunas semanas después de la famosa cabalgada nocturna por el Chase. Había amanecido no hacía mucho, y la amarillenta luz en el horizonte detrás de ella iluminaba la sierra que se ofrecía a los ojos de Tess —la barrera del valle que tanto tiempo hacía no viera—, la vertiente que había de remontar para volver a su pueblo. Era suave la pendiente por aquel lado y el terreno y el panorama diferían bastante de los del valle de Blakemore. Hasta en su carácter y acento se diferenciaban ambas comarcas, no obstante hallarse unidas por ferrocarril, de suerte que, aunque sólo distaba su pueblo natal treinta kilómetros de Trantridge, le parecía ya a Tess un lugar remoto. Aquellos lugareños allí encerrados comerciaban por el norte y el oeste, viajaban, se echaban novias y se casaban, pensaban y discurrían por entre ambos puntos cardinales, mientras que los del otro lado de la barrera encauzaban principalmente su atención y sus energías hacia el este y el sur.

Por aquella misma cuesta la había conducido el joven d'Urberville, tan desatinadamente, aquel famoso día de junio. Tess la subió sin detenerse, y al llegar a su cumbre contempló el verde mundo familiar de la otra vertiente que a la sazón cubría la niebla. Siempre parecía hermoso mirado desde allí, pero aquel día se le antojaba todavía más bello a Tess, por haber comprendido, desde que por última vez lo recorriera, que entre los dulces pajarillos anda silbando también la serpiente[37], cambiando radicalmente con ello su manera de ver la vida. Era en verdad ahora Tess otra muchacha distinta de la que saliera de su casa, pues al presente la agobiaban sus pensamientos al volverse a mirar atrás. Era superior a sus fuerzas el mirar adelante, hacia el valle.

Por la cuesta interminable y por el blanco sendero que acababa de escalar vio pasar la joven un coche de dos ruedas, al lado del cual iba andando un hombre, que alzó la mano llamándole la atención.

Obedeció Tess a la señal que le hacían de que esperase, con irreflexiva docilidad, y a los pocos minutos se detenía el coche junto a ella.

—¿Cómo te has escapado de este modo? —dijo d'Urberville jadeante y con aire de reproche—. ¡Y en la mañana de un domingo, cuando todos estaban acostados! Por casualidad lo descubrí y salí a darte alcance como alma que lleva el diablo. No tienes más que ver cómo traigo el caballo. Pero ¿por qué te has ido así? No tenías que andar con ese secreto, ni darte esta caminata a pie, cargada con estos bultos tan pesados. Yo te he seguido como un loco, sólo por llevarte en coche lo que queda de camino, si es que te niegas a volver.

—No volveré —dijo la joven.

—Ya me lo imaginaba yo… Pero bueno, entonces pon ahí los paquetes y yo te ayudaré a subir.

Sin escuchar, al parecer, lo que le decían, colocó Tess cesta y paquetes en el tílburi, montando luego ella, seguida del joven. Ya no le temía a éste Tess y en la causa de su confianza estaba el origen de su pesadumbre.

D'Urberville encendió maquinalmente un cigarro por hacer algo, y empezó a hablar a la muchacha palabras sueltas sobre las cosas corrientes junto al camino, sin el menor matiz de emoción. Ya no tenía aquel empeño por besarla que sintiera cuando a principios del verano la condujo por el mismo camino en dirección opuesta. Pero la joven no se había olvidado de aquellas luchas, y permanecía sentada como un maniquí, contestando con monosílabos a sus palabras. Después de recorrer unos kilómetros, dieron vista al bosquecillo tras el cual se ocultaba el pueblo de Marlott. Entonces y sólo entonces fue cuando el rostro impasible de Tess demostró cierta emoción, resbalando por él unas lágrimas.

—¿Por qué lloras? —le preguntó él fríamente.

—Por pensar que ahí fue donde nací —murmuró Tess.

—¡Claro! Todos tenemos que nacer en alguna parte.

—Ojalá yo no hubiera nacido…, ni ahí ni en parte alguna.

—¡Bah! Si no querías venir a Trantridge, ¿por qué viniste?

Ella no replicó.

—No fue porque me quisieras, eso puedo jurarlo.

—Es verdad. Si hubiera ido allí por amor a usted, si alguna vez le hubiera querido de verdad, no me tendría a mí misma este odio y horror que me tengo por mi debilidad… Lo único que ha pasado aquí es que usted supo deslumbrarme.

Él se encogió de hombros y ella siguió diciendo:

—No comprendí lo que usted se proponía hasta que ya era tarde.

—Eso es lo que decís todas.

—¡Pero es posible que sea usted así! —exclamó la joven mirándole con centelleantes ojos, en el súbito despertar de las latentes energías de su espíritu (que con el tiempo tendría ocasión de apreciar más ampliamente d'Urberville)—. ¡Merecía usted que lo arrojara del coche ahora mismo! ¿Cómo no se le ha ocurrido a usted nunca que lo que dicen todas las mujeres alguna pueda sentirlo?

—Dispensa —dijo el joven riendo—. Siento haberte ofendido. Hice mal. Lo confieso. —Y en tono de ligera amargura añadió—: Aunque no es para que me lo estés siempre echando en cara. Yo estoy dispuesto a pagar hasta el último penique. Ya sabes que no necesitas para nada volver a trabajar en los campos ni en las vaquerías. Que puedes vestir como la primera, en vez de hacerlo con ese desaliño, como si no pudieras lucir más galas que las que te compras a costa de tu trabajo.

Tess frunció los labios, aunque por lo general su carácter impulsivo y franco no se avenía bien con el desprecio.

—Le he dicho ya a usted y se lo repito que puede guardarse su dinero…, no quiero nada de usted. Si aceptara sus ofrecimientos, me convertiría en su esclava y no quiero que así sea.

—Al ver los humos que gastas, cualquiera diría que eres una princesa, además de una d'Urberville auténtica… ¡Ja, ja! ¿Qué más puedo decirte, Tess? Convengo en que soy malo…, perverso. Malo nací, malo he vivido hasta ahora y lo más probable es que malo sea hasta la muerte.

Mas por mi alma condenada que no he de volver a ser malo contigo, Tess. Y si algo sucediera…, ya me entiendes…, y que por ello te vieras en apuro, en algún aprieto, me pones unas letras enseguida, que a vuelta de correo tendrás lo que necesites. Yo no puedo ahora quedarme en Trantridge, porque tengo que ir a Londres, donde pienso pasar una temporada…; no puedo aguantar a la vieja. Pero todas las cartas me las mandarán allí.

Ella dijo que no quería que la llevara más adelante, y al llegar a la alameda se detuvieron. Se apeó d'Urberville y bajó a la muchacha, cogiéndola en sus brazos, después de lo cual depositó junto a ella sus efectos en el suelo. Tess le hizo un ligero saludo, posando un momento la mirada en su rostro, y luego se volvió a recoger sus paquetes para emprender la marcha.

Se apartó Alec el cigarro de la boca, se inclinó hacia ella, y dijo:

—No está bien que te vayas así, querida. ¡Ven!

—Como usted quiera —respondió con indiferencia la muchacha—. ¡Mire cómo me ha esclavizado!

Diciendo así dio media vuelta en redondo, levantó la cara hacia él y permaneció como una estatua de mármol, mientras que el joven estampaba en su mejilla un beso, entre indiferente y ardoroso, cual si todavía le durase el sentimiento. Tess en tanto tenía puesta la vista en los árboles más lejanos, como si no tuviera conciencia de lo que el joven hacía.

—Ahora, en el otro carrillo, por nuestra antigua amistad.

Volvió ella la cara con el mismo ademán impasible que si cediese a las instancias de un pintor o una peinadora, y d'Urberville la besó en aquellas mejillas, húmedas y heladas como la piel de las setas del bosque.

—No me devuelves el beso, mujer. ¡Parece mentira! ¿No vas a quererme nunca?

—Ya se lo he dicho muchas veces y es la verdad. Nunca le quise, ni creo que pueda quererle en la vida —añadió tristemente—. Quizá me conviniera más mentir, pero, aunque poco, todavía me queda honor bastante para no decir una mentira. Si le quisiera, nunca mejor ocasión que ésta para confesárselo. Pero no le quiero.

Lanzó él un suspiro esforzado, como si la escena aquélla le conmoviera, le causara remordimientos o repugnara a su nobleza.

—No viene a cuento esa tristeza, Tess —dijo—, y no tengo por qué halagarte ahora, pero sí te digo sencillamente que no tienes motivos para estar triste. Por tu hermosura no tienes que envidiarle nada a ninguna de estos contornos, ni rica ni pobre; te lo digo como hombre práctico y con la mejor intención. Si no eres tonta, harás por que la gente lo note, más de lo que lo haces ahora, antes que se te acabe el buen ver… Pero todavía estás a tiempo, Tess. ¿No quieres volverte conmigo? Te juro que me aflige dejarte así.

—Jamás, jamás… Formé este propósito en cuanto vi… lo que debía haber visto antes. No volveré con usted.

—Bueno, pues entonces adiós, prima de cuatro meses… Adiós.

Saltó ágilmente al tílburi, cogió las riendas y desapareció por entre los altos espinos de los setos.

No le siguió Tess con la vista, y muy despacio continuó por el tortuoso sendero. Era temprano aún, y aunque ya remontaba los montes la mitad inferior del sol, sus rayos, fríos y rastreros, decían

más a la vista que al tacto. No se veía por allí alma viva. El triste octubre y Tess, más triste todavía, parecían ser las únicas vidas que hubiera en el camino.

Oyó, sin embargo, a poco la joven pasos de hombre que se acercaban. Y antes que ella pudiera percibirlo, ya estaba el hombre a su lado, dándole los buenos días. Parecía un artesano, y en la mano llevaba un bote de estaño con pintura roja. Le preguntó con cierta indiferencia si quería que le llevase el cesto; accedió Tess, y ambos siguieron andando uno al lado del otro.

—Muy temprano es para andar ya por el mundo en la mañana de un domingo —dijo el hombre.

—Sí —asintió Tess.

—Cuando todos están todavía descansando del trajín de la semana.

Hizo Tess otro gesto de asentimiento.

—Aunque, después de todo, yo trabajo el domingo más que en toda la semana.

—¿Sí?

—Sí, porque durante la semana trabajo para gloria del hombre y el domingo para gloria de Dios. Y este trabajo es más de verdad que el otro, ¿no cree? Ahora tengo algo que hacer en ese portón —y al decir esto señalaba a un lado del camino, donde arrancaba un pastizal—, si quiere usted aguardarme un momento, no tardo.

Como le había cogido la cesta, no tuvo Tess más remedio que aguardarle, y se puso a observar lo que hacía. Dejó el hombre la cesta y el bote en el suelo, y revolviendo la pintura con la brocha procedió a pintar unas letras muy gordas y rasgueadas en el tablero central de los tres que formaban el portón, marcando una coma después de cada palabra, como para que el lector se detuviera después de cada una y le llegasen más al corazón.

TU, CONDENACIÓN, NO, DUERME
2 Pedro 2:3.

Aquellas alarmantes palabras pintadas con bermellón resaltaban enérgicas sobre el suave panorama. Entre los pálidos tonos de la maleza, el azul del horizonte y el liquen que revestía el portón, parecían dar gritos que repercutiesen en los aires. Tal vez alguien hubiera exclamado: «¡Pobre teología!», ante aquella deformación, última fase de un credo que en otro tiempo fue útil a la humanidad. Pero a Tess aquellas palabras le hicieron el efecto de una terrible acusación. Se hubiera dicho que aquel hombre, con serle desconocido, estaba al tanto de su historia.

Después de trazar aquella máxima cargó otra vez el hombre con la cesta y los dos siguieron camino adelante.

—¿Cree usted en lo que pinta? —le preguntó la joven con voz queda.

—¿Que si creo en ese texto? Tanto como en mi existencia.

—Pero —dijo ella trémula—, ¿y si uno no busca el pecado?

Movió el hombre la cabeza con ademán de perplejidad.

—No puedo entrar en distingos en esa cuestión que quema —replicó indiferente—, yo me limito a pintar esas frases por todas partes, como llevo haciendo este verano con las paredes, puertas y portones de toda esta comarca. ¡Allá los que las lean, que se las apliquen como puedan!

—Pero son horribles —dijo Tess—. ¡Espantosas! ¡Mortales!

—Así deben ser —replicó él indiferente—, pero todavía las tengo más fuertes que éstas…, las guardo para los barrios bajos y los puertos. Le harían a usted temblar. Ésta es una frase buena para los pueblos y los campos… Pero aguarde usted, que allá, en ese troje vacío, queda un buen trozo de pared y voy a poner una muy buena para las muchachas peligrosas como usted… ¿Quiere aguardarme un momento?

—No —respondió Tess, y cogiendo su cesto continuó sola su camino. Pero a los pocos pasos se volvió a mirar la vieja pared grisácea que comenzaba a proclamar una frase terrible, semejante a la primera, con trazos extraños y singulares, cual si le contrariase aquel cometido que cumplía por vez primera. Con súbito rubor leyó Tess y adivinó el resto, que aún no había acabado el hombre de pintar:

NO COMETERÁS…

Reparó el hombre en la atención de la muchacha, detuvo la brocha y le dijo alzando la voz:

—Si quiere usted oír cosas que han de edificarla sobre este tema, vaya a oír el sermón que predica hoy en su parroquia el pastor Clare de Emminster. Yo no soy ahora de su doctrina, pero es buena persona y lo explicará tan bien como cualquier párroco. Él fue quien empezó el trabajo en mí.

Pero Tess no contestó y siguió su camino, con el corazón palpitante y los ojos clavados en el suelo.

—¡Bah!, yo no creo que Dios haya dicho esas cosas —murmuró despectivamente, cuando se le hubo pasado el rubor.

En aquel momento vio la joven salir de repente de la chimenea de su casa una vedija de humo, y sintió en el corazón una dolorosa punzada. Pero aún fue más vivo su dolor al ver el interior de la vivienda cuando llegó. Su madre, que acababa de bajar del piso alto, se volvió desde el fogón a recibirla, pues estaba encendiendo unas astillas de encina bajo el puchero del almuerzo. Los chicos estaban todavía arriba, lo mismo que su padre, que, por ser domingo, se permitía media hora más de descanso.

—¡Hija mía! ¡Mi querida Tess! —exclamó sorprendida su madre, abalanzándose a ella y besándola—. ¿Cómo estás? No te he oído entrar. ¿Es que vienes ya para casarte?

—No, madre, no hay tal cosa.

—Entonces ¿a pasar las vacaciones?

—Sí…, eso es…, unas vacaciones muy largas —dijo Tess.

—Pero ¿es que no se decide tu primo a hacer lo debido?

—Madre, ni es mi primo, ni va a casarse conmigo.

Su madre la miró atentamente.

—Hija mía, ¿quieres explicármelo todo?

Tess se acercó a su madre, juntó a la de ella su cara y se lo contó todo.

—¡Y a pesar de eso no has conseguido que se case contigo! —exclamó su madre—. ¡Cualquier

mujer lo hubiera logrado, después de eso!

—Cualquier mujer menos yo.

—Lo único que faltaba ahora sería que la cosa tuviera consecuencias —continuó Joan Durbeyfield pronta a llorar de indignación—. ¡Después de todo lo que aquí hemos hablado de vosotros, quién iba a esperar que la cosa acabara así! ¿Cómo no pensaste un poco más en tu familia, en vez de mirar por ti sola? Ya ves que yo estoy hecha una esclava, y que tu padre cada día sirve para menos, con el corazón atascado como una tubería. ¡Con las esperanzas que había yo puesto en ti! ¡Y pensar en la buena pareja que hacíais cuando os vi salir juntos de aquí hace cuatro meses! Mira lo que nos ha dado; todo, como creíamos, porque éramos parientes suyos. Pero aunque no lo fuera, tenía que haberlo hecho por cariño a ti. ¡Y, sin embargo, no has conseguido que se case contigo!

¡Lograr que Alec d'Urberville se casara con ella! ¡Casarse él *con ella*! Nunca jamás le había hablado él de eso. Y aunque le hubiera hablado, ¿qué? Ni aun entonces podía decir la joven si hubiera aceptado, movida de un instinto de salvación social. Pero su pobre madre ignoraba en absoluto el estado de sus actuales sentimientos con respecto a aquel hombre. Quizá fueran insólitos, inexplicables en las presentes circunstancias; pero así era, y por ello se detestaba la joven. Nunca lo había querido, y ahora menos. Le había tenido miedo y sucumbido a las diestras estratagemas con que él abusó de su desamparo; aturdida un momento por sus amorosos extremos, se le había rendido, pero luego, llena de desprecio y odio, huyó de su lado. Esto era todo. Ni siquiera le aborrecía por completo; era polvo y ceniza para ella[38], y ni por reparar el honor de su nombre deseaba casarse con él.

—Debiste andar con más tiento si no pensabas obligarle a casarse contigo.

—¡Ay, madre, madre! —exclamó la muchacha, acongojada, volviéndose ansiosamente hacia su madre, cual si estuviera a punto de partírsele el corazón—. ¿Qué iba a saber yo de estas cosas? Era sólo una niña cuando salí de esta casa hace cuatro meses. ¿Por qué no me dijiste que se corría peligro entre los hombres? ¿Por qué no me previniste? Algunas señoras saben defenderse porque leen novelas que les hablan de estas cosas, pero yo nunca tuve ocasión de aprender de ese modo y tú no me lo enseñaste.

La madre estaba anonadada.

—Yo pensé que si te prevenía de la afición que demostraba y lo que de ella podía resultar tendrías vergüenza de él y dejarías pasar la ocasión —murmuró enjugándose los ojos con el delantal—, pero, en fin, hay que tomar las cosas según vienen. Después de todo, peor hubiera podido salir la cosa. ¡Sea lo que Dios quiera!

XIII

El regreso de Tess Durbeyfield desde la mansión de sus falsos parientes se rumoreó por ahí, si eso no es mucho decir para un espacio de un kilómetro cuadrado. Aquella misma tarde estuvieron a visitarla unas chicas de Marlott, compañeras de colegio y amigas suyas, las cuales iban almidonadas y planchadas como requería la visita a quien como Tess —según ellas se figuraban— había hecho su suerte, y se sentaron en corro en la estancia mirando a la joven con gran curiosidad. Porque la circunstancia de que aquel presunto primo en trigésimo primer grado, d'Urberville, todo un caballero y de otra localidad, se hubiese prendado de Tess, con la fama que tenía de mujeriego y de ladrón de corazones, empezaba a divulgarse más allá de los límites de Trantridge, ciñendo a la joven de un prestigio mucho mayor, por los peligros que entrañaba, que si se hubiera tratado de algo sin riesgo.

Era tan profundo el interés que mostraban las muchachas, que las más murmuraban a espaldas de Tess:

—¡Qué guapa es! ¡Y cómo le sienta esa blusa! Debe de haberle costado un dineral. ¡Es regalo de *él*!

Tess, que se hallaba muy ocupada bajando el juego de té del aparador del rincón, no oyó esos comentarios, que, de haberlos oído, pronto les hubiera cortado los vuelos a las murmuradoras. Mas los oyó su madre, y en su ingenua vanidad, y puesto que no era posible contar con un matrimonio deslumbrante, se avino a sacar partido de la sensación de un coqueteo deslumbrante. En el fondo, se sentía halagada, aunque fuera tan menguado y falaz el limitado y efímero triunfo que dejaba malparada la reputación de su hija. Después de todo, aún podía terminar la cosa en casorio, y en la efusión de su gratitud por la admiración que mostraban las muchachas, las invitó a tomar el té.

La charla, las carcajadas, las risueñas indirectas, y sobre todo los rubores y pujos de envidia de sus amigas, reanimaron también el espíritu de Tess; y a medida que avanzaba la tarde se contagió de su entusiasmo, hasta el punto de ponerse casi contenta. Desapareció de su rostro la severidad marmórea, recobró algo de su antigua vivacidad saltarina y asomaron a su cara los colores de su lozana hermosura.

De cuando en cuando, olvidando sus preocupaciones, contestaba a las preguntas de sus amigas con un aire de superioridad que parecía revelar que sus hazañas en las galantes lides eran dignas de envidia. Pero lejos de estar, según la frase de Robert South[39], «enamorada de su propia ruina», sus ilusiones de aquella tarde fueron fugaces como un relámpago; volvió la serena razón a mofarse de su flaqueza y no tardó en desvanecerse el espectro de su momentánea vanagloria.

Después vino el desencanto del despertar al día siguiente, que ya no era domingo, sino lunes y ya sin la mejor ropa; se habían ido las risueñas visitantes, y Tess despertó sola en su antiguo lecho, y oyó allí junto a ella la respiración de los inocentes hermanitos. En vez de la impresión bulliciosa de su regreso y el interés que inspirara el primer día, vio la joven delante de sí un largo y áspero camino que tendría que recorrer ella sola, sin ayuda de nadie, y con pocas simpatías de parte de los demás. Su depresión de ánimo fue terrible; de buena gana se hubiera escondido en una tumba.

Pasadas unas semanas, se reanimó Tess lo bastante para poder mostrarse en público, como no podía ser menos para ir a la iglesia un domingo por la mañana. Le gustaban a la joven los cantos, mejores o peores, y los salmos, y tomar parte en el *Himno de la mañana*. Aquel gusto innato por la música, que heredara de su madre, era causa de que cualquier musiquilla le hiciera tal impresión que a veces parecía que iba a salírsele el corazón del pecho.

Con objeto de eludir la curiosidad pública por razones íntimas y rehuir los galanteos de los mozos se sentó, antes de que tocaran las campanas, en un banco al final de la nave, bajo el coro, adonde sólo iban a sentarse los viejos, teniendo cerca las andas funerarias que allí dentro se guardaban con los demás fúnebres artefactos.

Iban entrando los feligreses de dos en dos y de tres en tres, y colocándose en fila delante de Tess permanecían tres cuartos de minuto con la cabeza baja como si rezaran, aunque no había tal cosa, hasta que por fin se sentaban y esparcían la vista alrededor. Al empezar los cánticos notó la joven con satisfacción que habían elegido uno de los que más le gustaban. Era el antiguo cántico *Langdon*[40], aunque no sabía ella cómo se llamase, a pesar de que le hubiera gustado muchísimo saberlo. Reflexionó la joven, aunque sin formular bien su pensamiento, en lo raro y divino del poder de un compositor que desde el sepulcro podía despertar emociones eternas, que él sintiera por primera vez, en una muchacha como ella, que jamás había oído su nombre ni siquiera lo más mínimo acerca de su persona.

Los que habían vuelto la cabeza al principio la volvieron de nuevo al avanzar el servicio, y al advertir la presencia de Tess se pusieron a cuchichear entre sí. Sabía la joven lo que querían decir tales murmullos y sintió amargo pesar, comprendiendo que no podría en adelante ir más a la iglesia.

El dormitorio que compartía con algunos de sus hermanitos fue desde entonces su lugar de refugio definitivo. Allí, bajo los pocos metros cuadrados de bálago, contemplaba la joven los vientos, las nieves y lluvias, los espléndidos ocasos y los sucesivos plenilunios. Fue tal su retraimiento que todos concluyeron por creer que se había ido del pueblo.

Únicamente después de anochecido hacía Tess algún ejercicio, sintiéndose entonces menos sola en las arboledas solitarias. Conocía perfectamente ese momento de la tarde en que la luz y la sombra se contraponen de tal suerte en tan absoluto equilibrio que, neutralizándose mutuamente la extinción del día y el paréntesis vital de la noche, queda la mente en la más libre holgura. Es entonces cuando el dolor que supone la vida se adelgaza hasta el mínimo de sus dimensiones. No temía Tess a las sombras; su único anhelo consistía en verse lejos de la humanidad, o, por mejor decir, de ese frío conglomerado que se llama mundo, y que, tan terrible en conjunto, resulta tan insignificante y mezquino si se le descompone en sus unidades.

Su dulce vagar por aquellas cañadas y montes solitarios estaba a tono con el ambiente que la rodeaba. Su grácil y delicada figura constituía parte integrante del escenario. A veces, su caprichosa fantasía acentuaba los fenómenos físicos que la circundaban, hasta el punto de imaginarse que eran episodios de su misma historia. Y no era que lo creyera, sino que lo eran con toda realidad, pues este mundo es sólo un fenómeno psicológico y lo que eso parecía, lo era. Las brisas y ventoleras de la medianoche, gimiendo por entre las apretadas yemas y la corteza de las ramas invernales, eran voces de amargo reproche. Un día de lluvia era la expresión de un dolor sin consuelo ante su debilidad en

el alma de algún vago ser ético al que ella no podía clasificar resueltamente como al Dios de su niñez, sin que pudiera explicarse tampoco quién sino Él pudiera ser.

Pero esta idea que se hacía de sí misma, basada en jirones de convencionalismo social que poblaban su fantasía de espectros y voces hostiles, era una lamentable y errónea creación de la imaginación de Tess, una nube de fantasmas morales que sin razón alguna le aterraba. Los demás eran los que estaban fuera de la armonía del mundo real y no ella. Cuando caminaba la joven por entre los dormidos pajarillos de los setos, o veía saltar a los conejos en el claro de luna, o se paraba a mirar el nido de un faisán, se consideraba la intrusa como una figura de culpa en los dominios de la inocencia. Pero con ello establecía distingos donde no los había. Sintiéndose en oposición con la naturaleza, estaba en realidad de completo acuerdo con ella. Se había visto obligada a infringir una ley social aceptada, pero que ni siquiera era conocida en aquel ambiente en que ella se figuraba constituir tal anomalía.

XIV

Era un brumoso amanecer de agosto. Los más densos vapores nocturnos, atacados por cálidos destellos de sol, se separaban y se recogían en vedijas sueltas por hondonadas y umbrías, en espera de quedar en nada al secarse.

El sol, por efecto de la niebla, tomaba una extraña apariencia sensible y personal, que estaba pidiendo al pronombre masculino para su denominación adecuada. El aspecto que en aquel instante mostraba, junto con la total ausencia de formas humanas en el paisaje, explicaba las heliolatrías de la antigüedad. Podía hasta concederse que nunca había existido en el mundo religión más sensata. El supremo luminar era un ser divino de dorados cabellos, resplandeciente y de dulce mirada, que contemplaba en la plena flor de su juventud una tierra que le *atraía* con el más vivo interés.

Un poco más tarde penetró ya su luz por las rendijas de los postigos de las casas, proyectando unas franjas como asadores al rojo encima de las alacenas, cómodas y demás enseres del menaje interior y despertando a los cosechadores que aún no estaban de pie.

Pero de todas las cosas enrojecidas a la llama del sol, aquella mañana fueron las más brillantes dos brazos de pintada madera que se alzaban en la linde de un amarillento trigal, inmediato al pueblo de Marlott. Aquellos dos brazos, junto con otros dos que quedaban más abajo, formaban la cruz de Malta giratoria de una segadora que habían llevado al predio la tarde anterior, a fin de que estuviese lista para trabajar aquel día. La pintura que los impregnaba, intensificada por la luz del sol, les daba la apariencia de hallarse sumergidos en fuego líquido.

El campo ya estaba «abierto», es decir, ya habían segado una faja de pocos centímetros de ancho en el trigo, en torno a todo el campo, a fin de que pudieran entrar por allí los caballos y la máquina.

Dos grupos, de hombres y mozos el uno y de mujeres el otro, habían llegado por el camino a la hora en que las sombras de las puntas del seto oriental se proyectaban a mitad de la altura del seto de poniente, de forma que las cabezas de aquellas gentes gozaban ya del amanecer, mientras sus pies permanecían todavía en el crepúsculo. Todos traspusieron los dos postes de piedra que flanqueaban la entrada desde el predio inmediato.

En aquel instante se dejó oír un rumor parecido al que produce la langosta en la época del celo. Había empezado la máquina, y desde el portón se veía avanzar un tiro de tres caballos y la destartalada máquina susodicha, con un conductor montado en uno de los caballos y un mozo en el asiento del artefacto. El tren agrícola avanzó, siguiendo una de las lindes del campo, y los brazos de la segadora giraron en pausada revolución hasta que se perdieron de vista al doblar una subida. Transcurrido un minuto tornó a subir por la otra vertiente con el mismo andar acompasado; la refulgente estrella de bronce que campeaba en la frente del caballo delantero fue lo primero que se divisó en lontananza, dejándose ver luego los brillantes brazos y, por último, la máquina entera.

La estrecha zona de rastrojo que rodeaba el campo iba ensanchándose a cada vuelta y reduciéndose el área de la masa de espigas a medida que iba avanzando la mañana. Conejos, liebres, ratas, ratoncillos y demás alimañas se recogían en sus madrigueras, sin comprender lo precario de

sus refugios ni el tormento que les esperaba cuando, al avanzar el día, quedara reducido hasta una espantosa estrechez el terreno en que se guarecían, donde se mezclarían amigos y enemigos, hasta que los últimos kilómetros de enhiesto trigo cayesen bajo los dientes de la implacable segadora y todo bicho campestre hubiese de sucumbir a las pedradas y palos de los gañanes.

La segadora dejaba el trigo hacinado a sus espaldas en montoncillos, cada uno de los cuales representaba la cuantía de una gavilla, poniendo sobre ellos sus manos enseguida los activos agavilladores de retaguardia —mujeres en su mayoría, aunque también había algunos hombres con camisas de colorines y pantalones sujetos a la cintura por correas— que hacían innecesarios los dos botones de atrás, los cuales fulguraban y resplandecían al sol a cualquier movimiento de su dueño, como un par de ojos que éste llevara en la rabadilla.

Pero lo más interesante de aquella cuadrilla de agavilladores era el número de mujeres que de ella formaban parte, por el encanto que adquiere la mujer cuando se hace parte de la naturaleza exterior, dejando de ser un simple objeto secundario, recluido y sentado en el hogar. Un campesino resulta una personalidad en el campo, pero una campesina es parte integrante del mismo; se ha desprendido en cierto modo de su marco vulgar, absorbiendo la esencia de cuanto la circunda y asimilándose el ambiente en que se mueve.

Aquellas mujeres —o por mejor decir aquellas mozas, pues casi todas eran jóvenes— llevaban sombreros de algodón con anchas cortinas aleteantes para resguardarse del sol, y guantes para no herirse las manos con el rastrojo. Una de ellas llevaba una blusa color rosa pálido, otra una chaquetilla crema de mangas ceñidas, otra una falda tan roja como las aspas de la segadora, y otras, de más edad, ostentaban el pardo sobretodo, el más clásico y adecuado ropaje de la campesina, que ya las jóvenes iban abandonando. Aquella mañana se iban involuntariamente los ojos detrás de la moza de la blusa rosa, pues era la más esbelta y mejor formada de todas. Pero tenía el sombrero tan echado sobre las cejas que no se le veía la cara, mientras llevaba a cabo su tarea de agavilladora, por más que unos mechones de pelo castaño oscuro que por debajo del sombrero salían permitían formar idea de cómo tendría la tez. Tal vez fuera ésa una de las razones de que llamara tanto la atención, sin poner nada de su parte, a diferencia de las otras que no hacían más que volver la cara a todos lados.

Llevaba la joven a cabo su faena con la monotonía de un reloj. De la gavilla recién terminada sacaba un puñado de espigas, cuyos cabos igualaba golpeándolos con la palma de la mano. Encorvándose luego, avanzaba, cogía la mies con ambas manos, apretándola entre sus rodillas, y pasaba su enguantada mano izquierda por debajo del haz así formado hasta encontrarse con la derecha por la parte contraria, de suerte que abrazaba a la mies con abrazo de amante. Juntaba luego los extremos del cinto y se arrodillaba sobre la gavilla en tanto la ataba, sacudiéndose de cuando en cuando la falda para reparar los atrevimientos de la brisa. Por entre el borde del guantelete y la manga de la blusa se vislumbraba su brazo desnudo, y como la labor del día iba ya bastante adelantada, los pinchos del rastrojo habían escoriado su femenil tersura, que sangraba.

A veces la agavilladora se erguía para descansar o para atarse el suelto delantal o ponerse derecho el sombrero. Entonces era posible ver el óvalo facial de una hermosa joven, de negros y profundos ojazos y largas y pesadas trenzas, que parecían acariciar cuanto tocaban. Sus mejillas eran

más pálidas, sus dientes más regulares y sus rojos labios más finos de lo que es corriente en las mozas de pueblo.

Era Tess Durbeyfield o d'Urberville, un tanto cambiada, la misma y no la misma, que en la actual etapa de su existencia vivía allí como extraña, con todo y no serlo para ella aquella tierra. Tras larga reclusión se había decidido a trabajar fuera de casa en su pueblo natal, pues habiendo llegado la época más laboriosa del año, no podía hacer en su casa labor alguna que le valiera tanto como tomar parte en las faenas de la recolección.

Las otras mujeres se conducían poco más o menos como Tess, y el rebaño entero se congregaba, como los bailarines de un rigodón, al rematar cada gavilla, poniendo cada cual la suya junto a la anterior hasta formar lo que se llama una *punta* de diez o doce gavillas.

Se fueron luego a almorzar y volvieron más tarde, reanudando el trabajo. Al acercarse las once, cualquiera que hubiera observado a Tess hubiera podido notar que miraba ávidamente a lo alto del collado, aunque sin hacer pausa en su tarea. Al filo de las once asomaron por la cima del cerro las cabezas de un grupo de niños de entre seis y catorce años.

Se le arreboló el rostro ligeramente a Tess, mas tampoco hizo alto en su labor.

La mayorcita de los recién llegados, una niña que vestía un chai triangular cuyos picos daban en las mieses, llevaba en brazos un bulto, que a primera vista parecía una muñeca, pero que luego resultó ser un niño en mantillas. Otra de las niñas le llevaba a Tess de comer. Interrumpieron el trabajo los braceros, sacaron sus provisiones y se sentaron contra una de las puntas. Sacaron los hombres un cantarillo de barro y empezó a circular una taza.

Tess Durbeyfield había sido una de las últimas en suspender su tarea. Se sentó al extremo de la punta, con la cara vuelta para no ver a sus compañeras. Después de acomodarse, un hombre que llevaba a la cabeza un gorro de piel de conejo y prendido en el cinturón un pañuelo rojo, levantó el jarro de cerveza por encima de la punta, invitando a beber a Tess. Pero ésta no aceptó su ofrecimiento. Tan pronto como hubo dado cuenta del frugal almuerzo, llamó a su hermanita y le tomó el niño de los brazos, dejando que la pequeña se fuera a jugar con otros chicos que por allí había. Entonces, con ademán recatado, aunque decidido y valiente, al par que con cierto rubor, se desabrochó la blusa y se puso a amamantar al niño.

Los hombres que estaban cerca de ella volvieron a otra parte del campo, consideradamente, sus rostros, algunos empezaron a fumar, y uno de ellos, con loca ternura, zarandeó tristemente el jarro, del que ya no caía una gota. Las mujeres, todas menos Tess, rompieron a charlar animadamente, arreglándose de paso las desgreñadas cabezas.

Luego que el niño ya no quiso más, se lo sentó su madre en el regazo, y con la vista en lontananza, se puso a mecerlo, con triste indiferencia, rayana en amargura. De pronto, rompió a darle vehementes besos, muchos y muy apretados, que no parecía sino que no iba a acabar nunca, en tanto el niño lloraba por efecto de aquel trato violento, en que se aunaban amor y desdén.

—¡Quiere mucho al niño, aunque hace como que le odia, y dice que quisiera que la criatura y ella estuvieran en el cementerio! —observó la de la falda roja.

—Pues no tendrá que decirlo mucho —exclamó una de chaquetilla de ante—, porque no se concibe cómo esa criaturita, con lo esmirriada que está, pueda soportar ese trato.

—Después de todo, ya podía figurarse lo que le iba a ocurrir. Hay quien dice que el año pasado oyó ciertos suspiros muy tiernos al cruzar por el Chase cierta noche y le podía haber ido mal a cierta persona si hubiera aparecido alguien.

—Al fin y al cabo ha sido una lástima que le haya sucedido a ella el percance y no a otra. ¡Aunque siempre tiene que pasarles eso a las más guapas! Que las feas están tan seguras como iglesias…, ¿verdad, Jenny?

Y la que hablaba se dirigió a una del corro que tenía fama, y no injusta, de fea.

Era verdaderamente una lástima. Cualquiera que viese a Tess allí sentada, con su boca en flor y sus grandes y dulces ojos, tenía que pensarlo así aunque fuera un enemigo. Eran los ojos de Tess de color indefinido, no pudiendo decirse que fueran negros ni azules, ni garzos, ni violeta, sino que reunían todos estos afines y cien más, que podían advertirse con sólo mirarle a los iris —sombra sobre sombra, matiz sobre matiz— en torno a unas pupilas insondables. Hubiera resultado la joven un modelo de femenil belleza a no ser por cierto ligero carácter incauto que le venía de casta.

Después de muchos meses volvía aquella semana por vez primera al campo, movida de una resolución que a ella misma le sorprendiera. Tras haberse torturado el corazón con todos esos suplicios que la soledad imagina, la había iluminado el buen sentido, comprendiendo la joven que lo que debía hacer era volver al trabajo, y procurar conseguir de nuevo a cualquier precio la dulce independencia. El pasado quedaba ya lejos y cualesquiera que hubieran sido sus consecuencias, no tardaría en borrarlas el tiempo. De allí a unos pocos años sería como si nunca hubiera sucedido, y ella misma quedaría aplastada y olvidada. Entretanto los árboles seguían tan verdes como antes, cantaban los pájaros y el sol brillaba cono su eterno fulgor. El ambiente familiar no se había empañado con su pena ni se había afligido con sus cuitas.

Había tenido ocasión de ver la joven que aquello que tan hondamente la preocupara —lo que el mundo pudiera pensar de su estado— se basaba en una mera ilusión. Sólo a sus propios ojos era ella una existencia, una experiencia, una pasión y una estructura de sensaciones. Para el resto de los mortales no era más que una idea pasajera. Incluso para sus amigas no pasaba de serlo, aunque pensaran en ella con más frecuencia. Si la veían llorar noche y día, salían del paso diciendo: «¡Se hace desgraciada, la pobre!». Si, por el contrario, hacía por mostrarse alegre y desechar cavilaciones para gozarse en la luz del día, en las flores y en su niño, entonces el estribillo era éste: «¡Vamos, lo lleva bastante bien!». Además, ¿se hubiera considerado desgraciada en una isla desierta por lo que le había ocurrido? Seguro que no gran cosa. De haberla criado Dios de pronto en aquel estado de madre soltera, sin otra experiencia de la vida que la de ser madre de un niño sin nombre, ¿la hubiera acometido la desesperación? Seguro que no, sino que lo hubiera llevado con paciencia y hasta encontrado goces en ello. Su dolor se debía, en su mayor parte, a los prejuicios sociales y no a sus naturales sentimientos.

A despecho de todas sus preocupaciones, cierto instinto había inducido a Tess a cuidar de su vestir lo mismo que antes, e igualmente a salir a los campos, aprovechando la gran demanda que había de brazos para la recolección. Ésta era la causa de que se mostrase digna y mirase a la gente a la cara, hasta cuando tenía al niño en sus brazos.

En tanto, se levantaron los braceros, estiraron las piernas y apagaron las pipas. Luego volvieron

a uncir a la máquina escarlata los caballos, que ya habían descansado y tomado el pienso. Tess, terminada su comida, llamó a su hermanita y le entregó el niño, se arregló sus ropas, se *calzó* otra vez los guantes y volvió a agacharse para continuar su labor de agavilladora.

Durante el resto del día continuó la faena de la mañana, y Tess permaneció en el campo con los demás gañanes hasta que cerró la noche. Luego volvió a casa en uno de los carromatos, teniendo por compañera a la gran luna empañada, cuya faz recordaba el deslustrado nimbo de oro de algún carcomido santo toscano. Las compañeras de Tess entonaban canciones y se mostraban muy contentas de tenerla entre ellas de nuevo, por más que alguna vez intercalaran malignamente versos alusivos a su percance, que hablaban de una jovencita que fue al alegre verde bosque y volvió de él cambiada. Todo tiene en la vida su desquite y compensación, y si Tess era ahora un escarmiento para las demás, también resultaba la figura más interesante del pueblo, a juicio de muchos. La franca amistad que le dispensaban sus compañeras la animó a desechar su retraimiento, y contagiada de su buen humor, hasta casi recobró la alegría.

Pero ahora que ya sus congojas morales iban perteneciendo al pasado, hubo de inquietarla otra que no reconocía por causa ninguna ley social. Al llegar a su casa le dijeron que el niño se había puesto malo de pronto aquella tarde. Dado lo delicado de su constitución, el suceso era previsible, pero a Tess le produjo la noticia una gran conmoción.

Se olvidó de la ofensa que el niño había inferido a la sociedad con venir al mundo, cifrando ya el anhelo de su alma en prolongar aquella ofensa defendiendo la vida del niño. Mas no tardó en advertir que la hora de la emancipación iba a sonar para ese pequeño prisionero de la carne más pronto de lo que ella presintiera. Y al comprender esto le asaltó una preocupación que iba más allá de lo que correspondía a la pérdida del hijo.

El niño no estaba bautizado.

Tess había llegado a pensar de tal suerte, que aceptaba sin protestar la conclusión de que, si tenía que quemarse por lo que había hecho, se quemaría y todo estaba terminado. Como todas las muchachas del pueblo, estaba muy al tanto de las Sagradas Escrituras, y había estudiado atentamente las historias de Ahola y Aholida, entendiendo el simbolismo que encerraban[41]. Mas la misma cuestión, examinada con respecto al niño, tomaba un cariz muy diferente. Iba a morirse el hijo y no había salvación para él. Era casi hora de dormir, pero Tess echó a correr escaleras abajo y dijo que fuesen a llamar al pastor. En aquel momento su padre, que acababa de llegar de empinar el codo en Rolliver, traía soliviantado su orgullo nobiliario y enardecido su enojo por la mancha que Tess había echado en su blasón, y dijo que no estaba dispuesto a admitir en su casa a ningún clérigo que metiera la nariz en sus asuntos, que no convenía remover. Y cerrando con llave la puerta se la guardó en el bolsillo.

Se acostaron todos, y Tess, muy afligida, se retiró también a su cuarto. Se despertaba a cada momento, y a eso de media noche observó que el niño se agravaba. El pobrecito se extinguía suave, pero fatalmente.

Angustiada, Tess se revolvía sin cesar en el lecho. El reloj dio solemnemente la una, esa hora en que la fantasía arrolla a la razón y las posibilidades peores adquieren firme apariencia de rocas. Pensó Tess que su niño iba a ir a parar al peor rincón del infierno, doblemente réprobo, por no estar

bautizado y por ser hijo ilegítimo; vio ya al ceñudo diablo hurgándole con un tridente, parecido al que ellos usaban los días de hornada para atizar la lumbre, y añadió a tal cuadro los refinados y curiosos pormenores de suplicio que se les enseña a veces a las criaturas en este cristiano país. Esta siniestra imagen hizo en ella tal impresión en el silencio de la casa dormida, que la camisa se le empapaba de sudor y el lecho se le movía de tan fuerte como el corazón le palpitaba.

Se hizo todavía más afanosa la respiración del niño, y aumentó en igual medida la tensión mental de la madre. Inútil era que le prodigara sus besos a la criaturita, hasta que no pudo estarse más tiempo en la cama, y, levantándose, se puso a pasear febrilmente por la habitación.

—¡Dios mío, ten piedad, ten piedad de mi pobre hijo! —imploró—. ¡Descarga sobre mí toda tu cólera y con paciencia la soportaré, pero ten piedad de mi hijo!

Se reclinó en la cómoda, y largo rato estuvo murmurando incoherentes ruegos hasta que de pronto se irguió:

—¡Quizá pueda salvarse el niño! ¡Quizá sea lo mismo!

Expresó aquello con tanta vehemencia que se hubiera dicho que le brillaba el rostro en la triste penumbra que la envolvía.

Encendió una vela y fue a despertar a sus hermanitos pequeños. Apartando un poco el palanganero para poder colocarse detrás de él, echó un poco de agua con un jarro e hizo que se arrodillaran los niños, juntando las manos con los dedos muy derechos. En tanto que, mal despiertos todavía, espantados de ver lo que hacía su hermana y con ojos cada vez más abiertos, permanecían en aquella postura, ella cogió de la cama a la criatura —el niño de una niña—, un ser tan pequeñito, tan pequeñito que no parecía dotado de personalidad suficiente para que su progenitura pudiera ostentar con derecho el título de madre. Tess, hierática, con el niño en los brazos junto a la jofaina, con su hermana con el libro de oraciones abierto junto a ella, como lo tiene el sacristán de la iglesia ante el párroco, procedió a la ceremonia de bautizar al niño.

Tenía una figura imponente, y parecía más alta con su larga camisa de noche; un espeso ramal de negros cabellos trenzados le colgaba por la espalda hasta la cintura. La benigna media luz de la débil vela atenuaba en su figura y facciones los leves reparos que la luz del sol hubiera puesto patentes —las cicatrices de la mies en sus muñecas y la fatiga de sus ojos—, mientras que su altivo entusiasmo transfiguraba aquel rostro que había sido su perdición, prestándole un prestigio de inmaculada belleza y un aire de casi regia dignidad.

Los chicos, de rodillas a su alrededor, con los ojos cargados de sueño, inquietos y enrojecidos, presenciaban la escena, con un asombro que el sopor físico de aquella hora cohibía en sus manifestaciones.

El que más impresionado estaba dijo:

—¿Es que le vas a bautizar de veras, Tess?

La niña-madre replicó con severidad afirmativa.

—¿Y qué nombre le vas a poner?

No había pensado Tess en eso, pero acudió a su mente un nombre que le sugiriera una frase del libro del Génesis cuando se hallaba disponiendo el bautizo[42], y respondió:

—*Dolor*, yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Luego roció al niño

con el agua, y se hizo el silencio.

—¡Decid *amén*, niños!

Las finas voces murmuraron en respuesta obediente: «Amén».

Tess prosiguió:

—Recibimos a este niño, etc., etc., y lo marcamos con la señal de la cruz.

Sumergió su mano en la jofaina y con profundo fervor trazó una cruz sobre el niño con el índice, pronunciando luego las frases sacramentales, relativas a la lucha contra el mundo, el demonio y la carne, y el deber de comportarse toda la vida como leal soldado. Luego continuó, como era debido, con el Padrenuestro, secundada por los niños que repetían sus palabras, hasta que a lo último alzaban sus voces como el sacristán en el templo al decir «amén».

Luego Tess, con creciente confianza en la eficacia del sacramento, siguió leyendo con devoción profunda la oración de gracias, diciéndola osada y triunfalmente en el tono de diapasón con sordina que tomaba su voz siempre que ponía el corazón en sus palabras, con un acento que jamás olvidaba quien lo oyera. El éxtasis de la fe la elevó casi hasta la apoteosis, dando a su rostro una esplendorosa irradiación y poniendo unos toques de carmín en sus mejillas, en tanto la diminuta llama de la vela, reflejada en sus pupilas, brillaba como un diamante. Los niños la contemplaban cada vez con mayor reverencia, no volviendo a hacerle ninguna pregunta. No les parecía ya aquélla su Tess, sino una criatura grandiosa, altanera y temible, un divino personaje con el cual no tenían nada en común.

La lucha del pobre Dolor contra el mundo, el demonio y la carne estaba decretado que había de ser poco brillante y duradera, quizá para su bien, considerando sus orígenes. En el azul de la mañana, aquel frágil soldado y siervo exhaló su último suspiro, y al despertar los otros niños rompieron a llorar amargamente, rogándole a Tess que les trajera otro niño tan lindo como aquél.

La calma que mostrara Tess desde el momento del bautizo siguió en ella después de la pérdida de la criaturita. A la luz del día comprendió que sus terrores por el alma del niño habían sido algo desproporcionados; ahora, con fundamento o sin él, era lo cierto que no sentía ya inquietud alguna, reflexionando que si la providencia no ratificaba aquel acto de aproximación, poco suponía para ella o para su hijo un cielo perdido por aquella irregularidad.

Así se fue de este mundo Dolor el No-deseado, aquel pobrecito intruso, aquel don bastardo de la desvergonzada naturaleza que no respeta para nada las leyes sociales, pobre criatura para la que el tiempo eterno había sido cosa de unos días y que ignoraba hubieran existido jamás esas cosas que se llaman años y siglos; que no había conocido más universo que el ámbito de su humilde morada, ni más clima que el tiempo de una semana, y para el cual la tierna infancia había sido toda la vida y el instinto de mamar la suma del conocimiento humano.

Tess, que meditó luego largamente acerca de aquel bautizo, hubo de preguntarse si sería teológicamente suficiente para asegurarle al niño cristiana sepultura. Nadie podía resolverle esta duda, sino el pastor de la parroquia, que era nuevo, por cierto, no conociéndolo Tess. A primera hora de la noche fue ésta a verle a su casa, mas ya en la puerta le faltaron los ánimos para entrar, volviéndose de nuevo a su morada. Pero quiso la casualidad que se tropezase con él en el camino, y envalentonada ya entonces Tess por la oscuridad, se atrevió a hablarle:

—Quisiera preguntarle a usted una cosa.

Se mostró el pastor dispuesto a escucharla, y ella le contó el episodio del bautizo y enfermedad del niño.

—¿Podría usted decirme —añadió llena de afán— si el niño puede considerarse como bautizado por usted mismo?

Poseído del natural espíritu del profesional que se encuentra con que un cliente ha hecho torpemente lo que a él le incumbía, estuvo a punto el pastor de contestarle negativamente. Pero la dignidad de la muchacha y la extraña ternura de su voz hicieron que despertaran sus nobles impulsos, o, mejor dicho, los que en él quedaban después de diez años de afanarse por inculcar las creencias en el escepticismo dominante. El hombre y el eclesiástico riñeron batalla en su interior, triunfando al cabo el hombre.

—¡Sí, hija mía —dijo—, absolutamente lo mismo!

—Entonces ¿no tendrá usted inconveniente en enterrarlo en sagrado? —le preguntó Tess.

El pastor se vio acorralado. Enterado de la enfermedad del niño, había ido a la casa, cerrada ya la noche, para bautizarle, e ignorando que el no haberle dejado entrar había sido cosa del padre de Tess y no de la joven, no podía admitir la disculpa de la necesidad para la administración irregular del sacramento.

—¡Ah, eso es otra cosa! —dijo.

—¡Otra cosa!… ¿Y por qué? —preguntó Tess con cierta vehemencia.

—Yo me prestaría a hacerlo si sólo se tratara de usted y de mí. Pero hay ciertas razones… que me lo impiden.

—¡Hágalo por una vez!

—No, hija mía, no puedo.

—¡Se lo ruego! —Y Tess le cogió la mano.

El pastor la retiró, moviendo la cabeza.

—¡Pues entonces ya no quiero nada con usted! —exclamó ella—. ¡No volveré a poner los pies en su iglesia!

—No hable tan irreflexivamente.

—¿Será lo mismo si no le entierra usted en lugar sagrado? ¿Dará igual? Por Dios, no me hable como el santo al pecador, sino como un ser humano a otro ser humano. ¡Pobre de mí!

Difícil sería explicar —aunque lo disculpase—, para un hombre de facultades mediocres, cómo pudo conciliar el pastor su respuesta con las estrictas nociones que creía poseer acerca de estas materias. Algo conmovido, exclamó:

—¡Será lo mismo!

Aquella noche fue llevado el niño al cementerio en una caja de pino bajo el chai de una vieja y fue enterrado por el sacristán a la luz de una linterna, a cambio de un chelín y una pinta de cerveza, en aquel rincón del camposanto donde dejan crecer las ortigas y al cual arrojan a los niños sin bautizar, a los borrachos, a los suicidas y demás presuntos condenados. A pesar de lo siniestro de aquel paraje, hizo Tess, animosa, una crucecita con dos palos y un trozo de cuerda, y, adornándola con unas flores, la hincó a la cabecera de la tumba una tarde que pudo entrar sin que la vieran, poniendo además a los pies un ramo de flores en un tarro con agua para que se mantuviesen frescas.



¿Qué importa que en la parte de afuera del tarro se leyera esta inscripción: *Mermelada Keelwell*? Los ojos del afecto maternal, puestos en cosas más altas, no repararon en aquel detalle.

XV

«La experiencia», dice Roger Ascham[43], «nos sirve para encontrar un atajo después de un largo rodeo». No es raro que esta caminata nos deje ya rendidos para seguir andando, y entonces ¿qué utilidad tiene la experiencia? De esta índole incapacitadora era la de Tess Durbeyfield. Por fin se había enterado de lo que debía hacer, pero ahora, ¿quién aceptaría que lo hiciera?

Si antes de ponerse en relación con los d'Urberville se hubiera atenido inflexiblemente a las diversas máximas y consejos morales que conocía como todo el mundo, no se hubieran burlado de ella de aquel modo. Mas no estuvo en su mano —como no lo está en la de nadie— ver con toda claridad la verdad que tales áureas sentencias y máximas encerraban, cuando todavía era tiempo de utilizarlas. Como tantos otros, también Tess hubiera podido argüirle a Dios como san Agustín: «Nos has enseñado un camino mejor del que nos has permitido seguir»[44].

Todo aquel invierno permaneció en casa de sus padres, desplumando gallinas o cebando pavos y gansos, o haciéndoles vestidos a sus hermanitos de las prendas elegantes que d'Urberville le regalara y que ella no quiso ponerse por despecho. No quería pedirle ayuda, pero a menudo unía las dos manos en la nuca y se quedaba pensativa y ociosa mientras los demás creían que estaba trabajando con ahínco.

Recordaba filosóficamente las fechas conforme llegaban con el transcurso del año; la de la desastrosa noche de su perdición en Trantridge en el oscuro fondo del Chase; las fechas del nacimiento y muerte de su hijo; la de su propio nacimiento; y cada día de aquéllos que se habían distinguido por algún incidente en que ella participara. Una tarde, mientras contemplaba en el espejo su hermosura, la asaltó el pensamiento de que aún había otra fecha más importante que las demás: la de su muerte, cuando se hubieran desvanecido ya todos sus encantos; un día que se esconde, traicionero, entre los demás del año, que pasa anualmente sin armar ruido, pero que no es por ello menos fatal. ¿Cuándo llegaría aquel día nefasto? ¿Por qué no le asustaba a ella ese encuentro anual con tan terrible amigo? Se le ocurrió el mismo pensamiento que a Jeremy Taylor[45], de que en el futuro los que la hubieran conocido dirían: «Hoy es… tal día…; hoy hace tantos años que murió la pobre Tess Durbeyfield», sin que al pensar esto experimentara ningún sentimiento extraordinario. No conocía la joven el lugar que ocuparía en el calendario aquel día que estaba destinado a ser el último de su vida; ignoraba en qué mes, semana y año caería.

En brevísimo lapso de tiempo se había convertido Tess de niña sencilla en mujer compleja. Su rostro reflejaba a veces estados de meditación, y de cuando en cuando temblaba su voz con un acento trágico. Se le volvieron los ojos más grandes y expresivos. Se hizo lo que se llama una criatura hermosa, mostraba su aspecto sugestivo y seductor y su alma era la de una mujer que no ha perdido el temple moral ante el embate de los sucesos adversos. De no ser por los prejuicios de la sociedad, aquellos sucesos no habrían pasado de ser una educación liberal.

Había hecho vida tan retirada en los últimos tiempos que su desgracia, nunca conocida por todos, casi la habían olvidado por completo sus paisanos de Marlott. Pero Tess veía con sobrada claridad

que jamás podría vivir a gusto en un lugar que fue teatro del fracaso de su familia en su pretensión de hacer valer su parentesco, y, por medio de ella, crear una unión más íntima con los ricos d'Urberville. Hasta que al cabo de los años no se hubiera borrado, por lo menos de su espíritu, aquella sensación de fracaso, no podía estar allí tranquila. Sin embargo, Tess sentía latir en su interior las pulsaciones de una vida ardorosa todavía y henchida de esperanzas; aún podía ser feliz en algún rincón del mundo, donde no hubiese vestigio alguno de su triste pasado. Eludir el pasado y todo lo referente a él equivaldría a aniquilarlo, y para lograr tal cosa no había más que huir.

Lo de «perdido una vez, perdido para siempre», ¿era realmente verdadero de la castidad?, eso se preguntaba Tess a sí misma. Ella podía demostrar que no, siempre que lograse ocultar el pasado. No era posible que sólo a la virginidad le estuviera vedado ese poder de regeneración privativo de la naturaleza orgánica.

Esperó mucho tiempo la joven sin atinar con la oportunidad para salir nuevamente de su casa. Pero llegó al cabo una primavera excepcionalmente hermosa, en la que casi se percibía el latido de la germinación en las yemas y botones de los árboles; y aquella primavera exuberante la trastornó a ella como trastornaba a los animales mismos, inspirándole un ansia vivísima de remontar el vuelo. Hasta que al fin, a primeros de mayo recibió Tess carta de una antigua amiga de su madre, a quien se había dirigido hacía ya mucho tiempo —sin siquiera conocerla en persona—; carta en que le decía que en una lechería situada muchos kilómetros al sur necesitaban una moza entendida en el negocio, y que, si ella quería, el dueño estaba dispuesto a admitirla a su servicio durante los meses de verano.

No estaba tan lejos aquel lugar como ella hubiera deseado, pero ya resultaba bastante grande la distancia, atendido lo corto del radio en que se divulgara el escándalo de su desventura. Para las criaturas cuya vida se desenvuelve en esferas limitadas vienen a ser los kilómetros grados geográficos, las parroquias, condados, y los condados, provincias y reinos.

Sólo en un punto había tomado Tess una resolución firmísima: se había jurado a sí misma no hacerse más castillos en el aire con los d'Urberville en su nueva existencia. Sería la moza de la vaquería y nada más, y su madre, enterada de este propósito de su hija, advirtió tan claramente su entereza para llevarlo a cabo que no volvió a hacerle la menor alusión acerca de su caballeresca prosapia.

Pero es tal la flaqueza del ser humano, que uno de los pormenores que más le interesaban en la nueva residencia era la circunstancia de hallarse próxima a la comarca de sus antepasados —porque se ha de hacer cuenta que éstos no eran de Blakemore, aunque su madre lo fuera hasta los tuétanos—. La lechería de Talbothays, a cuyo servicio iba a entrar, no estaba lejos de algunos de los feudos de los d'Urberville, y se hallaba cerca, por lo tanto, de los panteones de los próceres de la familia. De suerte que podría ir ella a verlos y ponerse allí a pensar, no sólo que los d'Urberville habían caído, como Babilonia[46], sino también en que lo mismo que ellos podía desvanecerse, tan calladamente, la inocencia de una pobre descendiente suya. Se preguntaba, además, la joven si no le vendría acaso algo bueno por vivir en la tierra de sus mayores, y un chorro de optimismo brotó en su pecho como la savia que anima la rama. Era la juventud, no extinguida, que surgía de nuevo, después de haber


estado temporalmente cohibida, trayendo consigo la esperanza y el ansia invencible de íntimos goces.

Tercera fase

LA REHABILITACIÓN.

XVI

Una mañana de mayo, poblada de pájaros y cargada de aromas de tomillo, a los dos o tres años de su regreso de Trantridge —años de silenciosa regeneración— volvió Tess a dejar por segunda vez la casa de sus padres.

Tras arreglar su equipaje, que habían de expedirle más tarde, partió Tess en un birlocho de alquiler hacia la pequeña ciudad de Stourcastle, por donde tenía que pasar necesariamente en el curso de su viaje y que se hallaba en dirección opuesta a la de su primera aventura. Al salvar la cresta de la primera colina volvió con tristeza la cara, con objeto de dedicar una última mirada a Marlott y a la casa de sus padres, no obstante haber deseado con tales ansias salir de ella.

Pensaba Tess que aunque ella se fuera lejos, privándolos de su sonrisa, continuarían los suyos haciendo la misma vida que antes; a los pocos días ya volverían los niños a sus juegos, tan alegres como si nada hubiera pasado, sin echarla a ella de menos. Aquello de dejar a sus hermanitos pequeños era, a juicio de Tess, una ventaja, pues de haber seguido a su lado les hubiera perjudicado más con el ejemplo que edificado con sus consejos y amonestaciones.

Pasó sin detenerse Tess por Stourcastle, y siguió hasta el cruce de dos carreteras, donde tenía que esperar un carro para continuar hacia el suroeste, ya que el ferrocarril que rodeaba aquella región, todavía no la atravesaba.

Pero mientras Tess estaba esperando llegó un labrador con un carro de ballestas, que llevaba aproximadamente la misma dirección que la joven. Aunque le era desconocido aquel hombre, aceptó su invitación para sentarse junto a él, sin pararse a pensar en que el motivo de aquella deferencia no era otro que la hermosura de sus facciones. El labriego iba a Weatherbury y Tess podía acompañarle hasta dicho punto y hacer luego a pie el resto del camino, sin tener que tomar la diligencia que pasaba por Casterbridge.

No se detuvo en Weatherbury, después de aquella tan larga jornada, más que lo indispensable para hacer a mediodía una frugal comida en cierta casa que le recomendó el labriego. Luego siguió desde allí a pie, con la cesta en la mano, hasta la meseta del alto bosque que separa este distrito de las bajas praderas del otro valle, donde estaba la lechería, meta de su peregrinación.

Nunca había visitado Tess aquella parte del país, y sin embargo no se sintió extraña en él. No lejos y a su izquierda distinguió la joven en el panorama un manchón oscuro, que al preguntar ella, curiosa, le dijeron lo que se figuraba: que aquello eran los árboles que señalaban las cercanías de Kingsbere, en cuya iglesia parroquial yacían los huesos de sus antepasados, de sus inútiles antepasados.

Ya no le inspiraban admiración. Casi los odiaba por las consecuencias que el pensar en ellos le había traído. Lo único que conservaba de ellos era aquel sello y aquella cuchara que dijimos.

«¡Bah!», pensó Tess. «Después de todo, tanta sangre tengo de mi padre como de mi madre. Mi hermosura es heredera de ella, y nunca fue más que moza de lechería».

Su camino por aquellos barrancos y mesetas de Egdon resultó más penoso de lo que imaginara, y

eso que la distancia se reducía a unos cuantos kilómetros. Dos horas tardó, debido a las muchas revueltas y recodos, en llegar a una colina desde la que pudo contemplar el ansiado valle, el valle de las grandes vaquerías, donde se producían leche y manteca en gran escala, aunque no tan buenas como en su pueblo, la verde llanura que tan bien riega el río Var o Froom.

Era aquello esencialmente distinto del valle de las vaquerías pequeñas, el valle de Blackmoor, en que hasta ahora viviera exclusivamente, si se exceptúa su desastrosa residencia en Trantridge. Aquí todas las cosas tenían proporciones más grandes. Los setos y cercas comprendían veinte hectáreas en vez de cuatro, las fincas abarcaban más terreno y los rebaños formaban tribus por doquier, siendo así que en el otro valle no pasaban de familias. Aquellas miríadas de vacas que los ojos de Tess contemplaban de oriente a poniente excedían en mucho a cuantas ella viera juntas de una vez. El verde tapiz estaba tan profusamente sembrado de ellas como de aldeanos un lienzo de Van Alsloot o Sallaert[47]. El matiz rojo oscuro de las vacas de ese color absorbía la luz toda del atardecer, mientras que las manchas de las vacas blancas la devolvían a los ojos en rayos casi cegadores hasta la misma altura en que se encontraba Tess.

Al contemplar a vista de pájaro semejante perspectiva, no le pareció de belleza tan exuberante como aquella otra que tan a fondo conocía, aunque hubo de reconocer que era más vistosa y más llena de vida. Le faltaba la atmósfera intensamente azul del valle rival y sus fuertes y penetrantes aromas; el aire era allí claro, diáfano, etéreo. El río mismo que nutría la hierba y las vacas de aquellas famosas lecherías no corría como las aguas de los riachuelos de Blackmoor. Discurrían éstas lentas y silenciosas, y turbias con frecuencia, por fluir sobre lechos de fango, en que podía sumergirse y desaparecer de pronto el incauto vadeador. Las aguas del río Froom eran claras como el puro río de la vida que viera el Evangelista[48], raudas como la sombra de una nube, y corrían por entre vados guijarrosos que charloteaban al cielo todo el día. Allí crecía el lirio, aquí el botón de oro.

Ya de por sí el cambio de un aire pesado a otro más ligero, o la sensación de hallarse en un ambiente nuevo, donde no había miradas envidiosas que en ella se posasen, le levantaron extraordinariamente a Tess el ánimo. Sus esperanzas se mezclaron con el resplandor solar en una fotoesfera ideal que la circundaba de un nimbo, en tanto caminaba de cara a la tibia brisa del sur. Oía una grata voz en cada ráfaga y en cada nota del trinar de las aves parecía ocultarse un goce.

Había dado últimamente su rostro en cambiar de expresión, según sus diversos estados mentales, oscilando de continuo entre la belleza y la vulgaridad, según sus pensamientos fueran risueños o graves. Un día se mostraba animada y contenta, encendidas en colores las mejillas; otro, pálida y trágica. Cuando estaba sonrosada Tess, sentía menos que cuando estaba pálida; su más lucida belleza coincidía con su estado mental menos exaltado, y la mayor actividad de su espíritu con su menos perfecta hermosura. Pues bien, Tess ofrecía ahora al aire del sur su mejor cara, físicamente hablando.

La tendencia universal, automática, irresistible a encontrar dulces placeres en todas partes, esa tendencia que se enseñorea de toda vida, así de la más alta como de la más humilde, había hecho por fin presa en la joven. No contando más que veinte años, y no estando, por consiguiente, todavía en su plena madurez intelectual y afectiva, era imposible que suceso alguno hubiera dejado en ella una impresión que el tiempo no pudiera borrar.

De suerte que sus ánimos y esperanzas fueron subiendo de punto cada vez más, en tanto caminaba. Empezó a tararear algunas tonadillas, sólo que no le parecieron oportunas y no las terminó, pero recordando luego el salmo en que se posaran sus ojos muchas mañanas de domingo anteriores al día en que comiera del árbol de la sabiduría[49], acabó por cantar así: «¡Oh tú, sol, luna, estrellas, verdores de la tierra, aves del aire…, animales y ganados…, hijos de los hombres, bendecid al Señor; alabadle y glorificadle por siempre![50]».

De pronto se detuvo y murmuró:

—¡Pero quizá apenas conozco todavía al Señor!

Y era probablemente la verdad, que su semiconsciente rapsodia no pasaba de ser un desahogo fetichista sobre un fondo de monoteísmo; que las mujeres, que tienen por principal compañía las formas y las fuerzas de la naturaleza, conservan en sus almas más de la fantasía pagana de sus antepasados que de las sistemáticas impresiones que la religión inculcó más tarde a su raza. A pesar de ello, encontró Tess una expresión aproximada de sus sensaciones en el antiguo *Benedicite* que de niña aprendiera. La intensa alegría que le causara el insignificante acto inicial de abandonar la casa paterna para formarse una vida independiente se avenía muy bien con el temperamento de los Durbeyfield. Deseaba realmente Tess ir por el mundo con la cabeza elevada, mientras que a su padre no le importaba esto gran cosa; mas se parecía a él en que se contentaba con pequeños resultados inmediatos, no encogiéndosele el alma ante la idea del laborioso esfuerzo que había de desplegar para conseguir el modesto progreso social a que podía aspirar una familia tan duramente perseguida por el infortunio, cual era a la sazón la de los antaño poderosos d'Urberville.

Se podía decir que reunía Tess la energía del vigor no gastado de la familia de su madre a la natural energía de los pocos años, enardecidas ambas después del triste episodio que tan duramente la castigara. Por regla general, puede decirse que las mujeres soportan bien tales humillaciones, vuelven a cobrar ánimos y a mirar a su alrededor con interés y afán. Mientras hay vida hay esperanza. Esta convicción no es tan rara en la mujer burlada como algunos amables teorizantes pretenden.

Así pues, iba Tess Durbeyfield con el corazón animoso y henchido de ansias de vida al bajar la cuesta de Egdon, camino de la vaquería objeto de su peregrinaje.

Ahora veía del todo la notable diferencia existente entre los dos valles rivales. El secreto de Blackmoor se descubría mejor desde las alturas circundantes, mientras que para leer bien en el valle que ante ella se abría era menester bajar hasta su mismo fondo. Cuando Tess lo hubo hecho se encontró en una alfombrada llanura que se extendía de este a oeste hasta perderse de vista.

El río les había robado a las mesetas y colinas que lo encerraban los aluviones que formaban el llano; y ya caduco, exhausto y mortecino, serpenteaba entre aquellos despojos.

Sin saber bien qué dirección tomar, se detuvo Tess al filo de la hondonada, como una mosca que se posara en una mesa de billar de longitud indefinida. El único efecto que causó por de pronto su presencia en el plácido valle fue espantar a una garza solitaria, que después de bajar hasta la senda que ella siguiera, se la quedó mirando con el cuello erguido.

De pronto se dejó oír por todas partes una prolongada y repetida llamada:

—¡Uau!, ¡uau!, ¡uau!

De uno a otro cabo de la llanura se extendió el grito como por contagio, acompañado a veces del

ladrido de un perro. No era aquélla ninguna exclamación con que celebrase el valle el arribo de la hermosa Tess, sino la señal de costumbre para anunciar la hora del ordeño: las cuatro y media, hora en que los mozos de la granja encerraban las vacas.

El ganado rojizo y blanco que por allí andaba esperando flemáticamente la llamada se dirigió hacia los caseríos del fondo, con sus grandes y rebosantes ubres bailándoles entre las patas. Siguió Tess a retaguardia a los animales y entró detrás de ellos en el tinado. Largos cobertizos se extendían en torno del cercado, con las vertientes de sus techumbres tapizadas de verde y fresco musgo, y sostenidas por postes de madera lustrosos y pulidos por el roce de los lomos de infinitas vacas y terneras durante años y años. Entre los postes estaban colocadas en fila las lecheras, que ofrecían el aspecto de un círculo sobre dos troncos, por debajo de cuyo centro pendía una varilla que oscilaba como un péndulo, en tanto el sol, descendiendo por detrás de la paciente fila, proyectaba sus sombras en los muros. Así lo hacía todas las tardes, dibujando tan cuidadosamente hasta el menor contorno de aquellas toscas formas, cual si se tratara del perfil de alguna belleza cortesana sobre el muro de un palacio, copiándolas, en fin, con el mismo cuidado con que antaño copiara formas olímpicas en las marmóreas fachadas, o los perfiles de Alejandro, César y los faraones.

A las vacas menos dóciles las llevaban a los establos. A las otras las ordeñaban en el centro del patio, donde las de mejor comportamiento esperaban su turno, siendo todas ellas unas vacas magníficas y de mucha leche, como rara vez se veían fuera del valle y hasta dentro de él, cebadas con el pasto suculento que las regadas praderas ofrecían en aquella feraz época del año. Las que tenían pintas blancas en la piel reflejaban los deslumbrantes rayos del sol, y los pulidos agarraderos de latón de sus cuernos brillaban con algo de ostentación militar. Sus ubres, surcadas de anchas venas, colgaban pesadas como bolsas de arena, saliendo de ellas los pezones cual las patas de un caldero de gitano; y al avanzar, cuando les llegaba su turno, ya les rezumaba la leche, vertiendo gotas en el suelo.

XVII

A la llegada de las vacas acudieron mozos y mozas de la lechería, desde sus viviendas y la casa principal. Las muchachas llevaban almadreñas, no por razón del tiempo, sino para que no se les mojasen los zapatos en la humedad del tinado. Se sentaba cada una en un taburete de tres patas, con la cara ladeada, descansando su mejilla derecha contra la vaca, y en tanto realizaban su faena, miraban todas de reojo a Tess, que iba acercándose lentamente. Los hombres, con las alas de los sombreros gachas y mirando al suelo, no advirtieron su presencia.

Había entre ellos uno robusto y de mediana edad, que llevaba un mandil más blanco y fino que los otros y cuya chaqueta tenía un aspecto más presentable: era el amo de la vaquería a quien Tess buscaba, y cuyo doble carácter de lechero y fabricante de manteca durante seis días y de orondo burgués el séptimo en su banco de familia en la iglesia resaltaba tanto, que dio pie para que le hiciesen esta copla:

Durante la semana
es el lechero Dick,
pero los domingos
es Richard Crick.

Al ver que Tess permanecía indecisa, se dirigió hacia ella.

La mayoría de los lecheros se ponen intratables a la hora del ordeño, pero el señor Crick, muy satisfecho de ver que le llegaba una nueva ordeñadora, muy oportuna en aquellos días de tanto trajín, recibió a Tess muy amable, preguntándole por su madre y demás personas de su familia, todo pura etiqueta, ya que en realidad jamás había tenido noticia de que hubiera en el mundo una señora Durbeyfield, hasta que no le escribieron brevemente recomendándole a Tess.

—Sí, de muchacho anduve por esa parte del valle —dijo por decir algo—, aunque hace mucho tiempo que no he vuelto por allí. Pero una viejecita de noventa años que vivía aquí (la pobre se murió hace ya mucho tiempo) me dijo que había en Blackmoor una familia de su mismo apellido de usted, que pertenecía a un antiguo linaje ya extinguido… De todo esto la gente joven no sabía nada. Y yo mismo, maldito si me enteré bien de los charloteos de la vieja.

—No es nada —dijo Tess.

Luego recayó la conversación sobre un tema más práctico.

—¿Sabe usted ordeñar bien, jovencita? No quiero que mis vacas lleguen a secarse en esta época del año.

Le tranquilizó ella sobre el particular, mientras el señor Crick la examinaba de arriba abajo. Tess, por haber estado tanto tiempo metida en casa, tenía el cutis delicado y terso.

—¿Cree que podrá aguantarlo? Porque le advierto que esto es para gente dura, que aquí no podemos tener remilgos ni comodidades.

Afirmó Tess que a todo se avendría bien, y al amo le complació verla tan animosa.

—Bueno, supongo que tomará usted un plato de algo, o algo para picar, ¿verdad? ¿Que no tiene apetito todavía? Bueno, pues allá usted. Pero le aseguro que a mí me habría abierto el apetito la caminata.

—Empezaré ahora mismo a ordeñar para hacer mano —dijo Tess.

Bebió un poco de leche para reponerse de momento, con asombro al par que notorio menosprecio de parte del lechero Crick, al que jamás se le había ocurrido que la leche pudiera ser buena bebida.

—Si es usted capaz de tragar eso, allá usted —dijo con indiferencia, sosteniendo la colodra de la que bebía la joven—. Yo llevo muchos años sin probarla. No me hace pizca de gracia; me caería en el estómago como plomo. Puede usted probar su mano con ésta —prosiguió señalando a la vaca más cercana—, aunque no, que ésta es muy dura. Aquí las tenemos duras y suaves, como pasa con las personas; sin embargo, pronto lo averiguará por sí misma.

Cuando Tess, después de trocar su sombrero por la capucha y sentarse en el taburete al lado de la vaca, empezó a sentir manar la leche por entre sus dedos para caer en la colodra, le pareció a la joven que había echado los cimientos de un nuevo porvenir. Aquella convicción le infundió serenidad y le regularizó el pulso, pudiendo ya la joven esparcir la mirada a su alrededor.

Formaban los lecheros un pequeño batallón de mozos y mozas; los primeros se dedicaban a los animales duros de teta y las segundas a los más manejables. Era aquélla una gran lechería, pues casi llegaban a cien las vacas que Crick tenía bajo su gobierno. Seis u ocho las ordeñaba él mismo, salvo cuando tenía que salir de casa. Eran las vacas más duras de todas; y lo hacía así por temor a la negligencia de sus jornaleros, que podía ser causa de que no dieran los animales toda la leche que podían, no confiándoselas tampoco a las mozas por miedo a su falta de vigor en los dedos, pues esta deficiencia en el modo de ordeñar podía ser causa de que con el tiempo se secaran las vacas. No era el temor a la pérdida momentánea lo que convertía en una operación tan seria el hacer rendir el máximo a la vaca, sino el recelo de que al disminuir las exigencias disminuyese la producción y finalmente se extinguiera.

Una vez que Tess se hubo sentado junto a su vaca se hizo el silencio, de suerte que podía oírse con toda claridad el ruido que hacían los chorros de leche al caer en las numerosas colodras, no interrumpido sino por el mugido de alguna vaca que se quejaba o pedía que la dejasen en paz. No se advertían otros movimientos que el subir y bajar de las manos de los ordeñadores y el bambolearse de las colas de las vacas. Así que todos trabajaban en aquella amplia llanura de césped que se extendía por ambas laderas del valle —una hondonada compuesta de viejos paisajes ya olvidados y muy distintos, sin duda, al que ahora formaban.

—Me parece —dijo el granjero, levantándose de pronto de debajo de la vaca que acababa de ordeñar, tomando en una mano su trípode y en la otra la colodra, y dirigiéndose a la vaca más cercana— que las vacas no dan hoy la leche como de costumbre. Para mí, que como la bisoja siga echándose atrás así, al llegar el verano no va a valer la pena ordeñarla.

—Eso será porque ha venido una mano nueva —dijo Jonathan Kail—. Más de una vez he visto ocurrir así.

—Puede que sea por eso. No lo había notado.

—Yo he oído decir que cuando pasa eso se les sube la leche a los cuernos.

—En cuanto a eso último —replicó Crick con aire de duda, como si las condiciones anatómicas pudieran cortarle los vuelos a la superstición—, no sé qué decir; verdaderamente no lo sé. Pero como a las mochas se les va lo mismo la leche que a las cornudas, no paso a creerlo. Oiga usted, Jonathan, a ver qué me responde. ¿Por qué las mochas dan menos leche al año que las cornudas?

—¡Yo no lo sé! —replicó el mozo—. ¿Por qué, señor Crick?

—Pues porque son menos que las cornudas —dijo el lechero—, pero el caso es que estas condenadas dan hoy poca leche. Muchachas, a ver si me echáis unas coplitas y así se animan.

En las lecherías de aquella comarca se apelaba a ciertas canciones para animar a las vacas cuando daban poca leche, y los ordeñadores entonaban con fines puramente profesionales unas tonadillas que, efectivamente, al menos, según ellos, aumentaban el rendimiento de los animales. Después de haber cantado unas catorce o quince estrofas de una alegre canción, referente al miedo que cierto asesino tenía a acostarse a oscuras por ver en torno a sí llamaradas de azufre, dijo uno de los mozos:

—Lo malo es que no hay quien pueda cantar así agachado. Ya podía usted traer su arpa, señor, aunque un violín sería mejor.

Tess, que había prestado atención a las palabras, creyó que iban dirigidas al amo, pero se equivocaba. De debajo del vientre de una vaca castaña que estaba en el pesebre salió un «por qué» dicho por alguien en quien ella no había reparado.

—Lo mejor es un violín —dijo el lechero—, aunque me parece que en los toros hace más efecto la música que en las vacas, por lo menos tal he notado yo. Había en Mellstock un viejecito, que creo que se llamaba William Dewny[51], de una familia que comerciaba por allí, ¿se acuerda usted, Jonathan? Yo le conocía de vista. Bueno, pues nuestro hombre, al volver a su casa, en una hermosa noche de luna, de una boda en que había estado tocando el violín, tomó, por abreviar el camino, el atajo de Los Cuarenta Acres, una finca que hay por allí, donde estaba pastando un toro. Ver el toro a William y arrancarse hacia él con los cuernos bajos, todo fue uno; y aunque William corría que se las pelaba y no había bebido mucho de más (y eso que venía de una boda, y una boda de gente acomodada), comprendió que no podía llegar a tiempo a la cerca para saltarla y ponerse a salvo a tiempo. Y entonces, desesperado, se le ocurrió al pobre sacar el violín, como lo hizo, y sin dejar de correr empezó a tocar un aire de danza, volviéndose hacia el toro y reculando al mismo tiempo hacia la valla. El toro se amansó y se paró, mirándole fijamente, y el hombre siguió tocando y tocando, hasta que a la cara del toro asomó una especie de sonrisa. Pero no bien paró William de tocar, encaramándose a la cerca, ya dejó el toro de sonreírse y empezó a buscarle los pantalones con los cuernos. Y resultó que William no tuvo más remedio que ponerse a tocar otra vez el violín. Y eran las tres de la madrugada nada más, y el pobre sabía que en unas cuantas horas no había de pasar nadie por allí, y estaba tan cansado, que no sabía ya qué hacer. Dadas ya las cuatro, comprendió William que no iba a poder seguir tocando más y pensó: «¡Vaya, la última tocata como despedida para la eternidad! ¡Que como no me salve el cielo, estoy perdido!». Pero entonces hubo de acordarse que en Nochebuena, a medianoche, había visto arrodillarse al ganado[52]. No era entonces Nochebuena, pero a William se le ocurrió hacerle una jugarreta al toro. Se puso a tocar el himno de

Navidad, como cuando los villancicos, y de pronto vio que el toro, como ignorante, se arrodillaba, como si fuera Nochebuena. Y tan pronto como William lo vio así, tan devoto, se dio prisa en saltar la cerca, lo que hizo con toda felicidad, poniéndose a salvo. Decía William que había visto en su vida a más de una persona desconcertada y perpleja, pero no tanto como el toro aquel al ver que había hecho burla de sus sentimientos piadosos… Pues sí, tal como lo cuento se lo oí al pobre viejo, que repito se llamaba William Dewny. Y hasta podría deciros poco más o menos el sitio donde está enterrado ahora en el camposanto de Mellstock, precisamente entre el segundo tejo y la nave norte.

—¡Curiosa historia es ésa, y que nos vuelve a llevar a los tiempos medievales, en que la fe era una cosa viva!

Lanzó aquella observación, rara en una vaquería, la misma voz que antes saliera de detrás de la vaca castaña; mas como nadie comprendió su sentido, pasó inadvertida para todos, menos para el narrador, que interpretándolo como muestra de incredulidad respecto a su relato, exclamó:

—Le aseguro que es cierto. Yo conocí a William Dewny.

—Si no lo pongo en duda —repuso el individuo que hablaba por detrás de la vaca castaña.

El interlocutor del granjero despertó la curiosidad de Tess, que sólo le veía confusamente, por tener la cabeza materialmente metida en el vientre del animal. El tal individuo continuó en la misma postura el tiempo suficiente para ordeñar tres vacas, dejando oír de cuando en cuando exclamaciones para sí mismo, como si no pudiera seguir.

—Con suavidad, con suavidad —dijo el lechero—, más vale maña que fuerza.

—Eso estoy viendo —repuso el otro, levantándose y estirando los brazos—. Pero, en fin, ya creo que hemos acabado. ¡Vaya, y cómo me duelen los dedos!

Entonces pudo Tess contemplarlo de pies a cabeza. Llevaba la camisa corriente entre los mozos de lechería y polainas de cuero como las que se usan para ordeñar, y tenía las botas embarradas con el estiércol del tinado, pero a esto se reducía cuanto había en su persona de típico y local, adivinándose bajo aquella indumentaria un no sé qué que revelaba educación, reserva y nobleza, algo sutil y triste que le distinguía de cuanto le rodeaba.

Mas hubo otra cosa que apartó la atención de Tess de aquellos pormenores, y fue el descubrir que no le era desconocida su persona. Tantas vicisitudes había pasado la joven desde aquel tiempo que le costó trabajo recordar que aquel sujeto era el forastero de marras que había estado una ya lejana tarde en Marlott —el desconocido transeúnte que, llegado no se sabía de dónde, estuvo bailando con las otras mozas, sin reparar en ella, y siguió después su camino con sus compañeros.

Sintió Tess cierto desánimo bajo el cúmulo de recuerdos que con el de aquel episodio anterior a su infortunio le acudieron a la memoria, temiendo que aquel sujeto, al reconocerla, llegara por algún medio a descubrir su historia. Mas no tardó en recobrar sus ánimos al ver que el hombre no daba señales de conocerla. Reparó luego Tess en que, desde la tarde aquella hasta el momento actual, el rostro del joven había ganado en reflexiva serenidad y se había cubierto de bigote y barba; una barba de tono pajizo suave en las mejillas y que a medida que se alejaba de su raíz tomaba un matiz castaño. Por debajo del mandil llevaba una chaqueta negra de pana, pantalón de pana, polainas y blanca camisa almidonada. A no ser por el delantal, nadie hubiera podido adivinar qué fuese. Lo mismo podía tomársele por un propietario de carácter excéntrico que por un labriego acomodado. Y

que era novicio en las faenas de la lechería pudo notarlo Tess al momento, sin más que ver el rato que tardaba en ordeñar una vaca.

A todo esto, las mozas comentaban entre sí la hermosura de Tess, reconociéndola sin ambages, aunque con la secreta esperanza de que los hombres presentes no pensarían así, lo que, a decir verdad, no hubiera sido raro, pues no era la hermosura lo que primero llamaba la atención en la joven. Acabado el ordeño de la tarde pasaron al interior de la casa, donde la señora Crick, que se respetaba a sí misma demasiado para ponerse a ordeñar y gastaba un vestido de paño oscuro, sin dibujos, por llevarlo rameado las mozas en el verano, andaba disponiendo las tinas y demás enseres.

Sólo dos o tres chicas de la vaquería se quedaban allí a dormir, pues la mayoría se iba a hacerlo a sus casas, según le dijeron a Tess. Ésta no volvió a ver durante la cena al distinguido ordeñador que había comentado el cuento, pero no preguntó por él, dedicando el resto de la velada a arreglar su parte del dormitorio. Se trataba de una amplia habitación en el piso alto de la lechería, de unos nueve metros de largo; los catres de las otras tres mozas que dormían en la vaquería estaban en el mismo aposento. Eran las tales mozas muy lozanas, y todas, excepto una, le llevaban años a Tess. Ésta estaba tan cansada, que al poco de acostarse se quedó dormida.

Pero una de las muchachas que ocupaba la cama contigua no tenía sueño y se empeñó en contarle muchos pormenores de la casa. Los murmullos de la moza se mezclaban con las penumbras del cuarto y a Tess, que estaba adormilada, le parecían producidos por la misma oscuridad en que flotaban.

—El señor Ángel Clare, ése que está aprendiendo a ordeñar y que toca además el arpa, apenas habla con nosotras. Es hijo de un pastor y anda siempre harto entretenido con sus pensamientos para fijarse en chicas. Ha aprendido a criar ovejas en otro sitio, y ahora quiere controlar la lechería… Es lo que se dice todo un caballero. Hijo del reverendo Clare, de Emminster, que está a muchas leguas de aquí…

—¡Ah!, sí, le conozco de nombre —exclamó Tess, despabilándose—. ¿Un pastor muy bueno, verdad?

—Sí, el mejor de todo Wessex, según dicen. El último de la Iglesia Baja (dicen, pues todos los de por aquí son de lo que llaman Alta). Todos sus hijos, menos el señor Ángel, son también pastores.

No sintió Tess en aquel momento curiosidad bastante para preguntarle a su compañera por qué el señor Ángel no se había metido a pastor de almas como sus hermanos, y poco a poco fue quedándose dormida, mientras que las palabras de la otra moza llegaban a ella revueltas con el olor al queso almacenado en el inmediato desván y el acompasado goteo del suero de las prensas de la planta baja.

XVIII

Ángel Clare surge del pasado, no como una figura clara y precisa, sino como la impresión de una voz sugestiva, una mirada serena y fija, unos ojos soñadores y una movilidad bastante característica en su boca que, si diseñada con harta delicadeza y brevedad para ser de hombre, toma a veces inesperada firmeza al plegar los labios, acusando entonces todo menos irresolución. Sin embargo, algo nebuloso, preocupado y confuso en su aspecto y mirar, sugería la idea de que aquel joven no tenía plan alguno para el porvenir ni le interesaba éste gran cosa en su aspecto material. Pero desde chico decían todos que cuando aquel niño fuese hombre había de conseguir cuanto quisiera.

Era el hijo menor de un humilde pastor del otro confín del condado y había venido a Talbothays en calidad de aprendiz, para pasar allí seis meses, después de haber practicado en otras granjas de aquellos alrededores, con la mira de imponerse en todas las ramas de la economía rural, pues tenía el proyecto de emigrar a las colonias o encargarse de dirigir una granja local, según vinieran las cosas. Aquella determinación de ingresar en las filas de los agricultores y ganaderos fue cosa verdaderamente imprevista para él y para los demás. Su padre, viudo de su primera esposa, que le había dejado una hija, casó en segundas nupcias, en edad ya madura, teniendo con su nueva consorte tres hijos, de suerte que entre Ángel, que era el más pequeño, y su padre, el pastor, parecía faltar una generación. De todos los hijos del pastor, Ángel, como venido al mundo el último, era el único que no había hecho estudios en la universidad, aunque sólo él prometía haber hecho plena justicia a una educación académica.

Dos o tres años antes, cuando el baile de Marlott, cierto día que se encontraba el joven de vuelta de la escuela estudiando en su casa, llegó a manos del pastor un paquete dirigido al reverendo James Clare de parte del librero de la localidad. Abrió el pastor el paquete, leyó unas cuantas páginas del libro que contenía y al punto saltó de su asiento y se encaminó, con el volumen bajo el brazo, a la librería.

—¿Por qué me ha mandado usted esto a mi casa? —preguntó al librero, mostrándole el volumen.

—Porque lo encargaron, señor.

—No habré sido yo, ni ninguno de los míos, a Dios gracias.

Consultó el librero su cuaderno de pedidos.

—¡Es verdad! Llevaba equivocada la dirección —dijo—. Lo encargó el señor Ángel Clare, y debí mandárselo a él.

Se estremeció el pastor cual si le hubieran dado un golpe. Volvió a su casa pálido y abatido y llamó a Ángel a su despacho.

—Mira, hijo mío, este libro. Dime, ¿lo has encargado tú?

—Sí, señor —repuso Ángel sencillamente.

—¿Y para qué?

—Pues para leerlo.

—Pero ¿cómo pudo habérsete ocurrido leer esto?

—Pues porque… se trata de un sistema filosófico. No hay obra más moral que ésta, ni más religiosa, se puede decir.

—Sí…, como moral lo es, no lo niego. ¡Pero religiosa! ¡Y para ti, que vas a ser ministro del Señor!

—Mire usted, padre, ya que ha salido a relucir la cuestión —dijo Ángel con cara pensativa—, quisiera confesarle, de una vez para todas, que no me siento con ánimos para tomar las órdenes. Temo no poder hacerlo en conciencia. Amo a la Iglesia como se ama a una madre y siempre he de amarla así. No hay institución alguna cuya historia me inspire más honda admiración, pero no puedo honradamente ordenarme como ministro suyo, a semejanza de mis hermanos, mientras no se avenga a emancipar su mente de una insostenible teolatría redentora[53].

Jamás se le hubiera ocurrido al bueno del pastor que un hijo de su carne y sangre pudiera llegar a decirle aquello. Se quedó estupefacto, paralizado, anonadado. Y si Ángel no había de dedicarse a la Iglesia, ¿para qué mandarle a Cambridge? A aquel hombre de ideas cerradas le parecía que la universidad no podía ser otra cosa sino un paso para el sacerdocio. Era no solamente religioso, sino fervoroso creyente, y no en el sentido teológico que suelen dar a la palabra dentro y fuera de la Iglesia los profesionales, sino en el tradicional y ardoroso de la escuela evangélica. Era un hombre de esos que podían.

Opinar verdaderamente
que el Eterno y Divino
hace dieciocho siglos
con toda verdad[54]...

El padre de Ángel trató de argumentar, de persuadir, apelando incluso a la súplica.

—No, padre, no puedo suscribir el artículo cuarto de la confesión anglicana, y no digo nada de los otros, tomándolo en su sentido literal y gramatical, según está mandado, y, por lo tanto, no puedo ser pastor en el actual estado de cosas —contestó Ángel—. Mis instintos todos en materia de religión me orientan hacia la reconstrucción; recuerde usted su favorita Epístola a los Hebreos, en que se recomienda la demolición de las cosas que no están firmes para que sobrevivan las que pueden resistir[55].

Fue tal la cara que puso el padre de Ángel que a éste le causó gran pesar de verla.

—¿De qué servirían las economías de tu madre y mías para darte estudios en una universidad, si no condujeran al honor y gloria de Dios? —exclamó su padre.

—Pero, padre, ¿y no piensa usted que podrían utilizarse para honor y gloria del hombre?

De haber insistido Ángel con su padre es posible que hubiera ido, como sus hermanos, a Cambridge.

Pero la opinión del pastor de que los estudios en aquel centro sólo tenían razón de ser como preliminar para tomar las órdenes, era tradicional en la familia, y tan arraigada estaba tal idea en su mente, que el joven mismo hubo de pensar que no debía insistir más sobre este punto, pues lo

contrario hubiera sido tanto como traicionar a sus padres, los cuales se habían impuesto tantas privaciones para darles la carrera de pastor a sus tres hijos.

—Bueno, me pasaré sin Cambridge —acabó por decir Ángel—. Comprendo que no tengo derecho a ir allá en estas circunstancias.

No tardaron en manifestarse los efectos de aquel decisivo debate. Años y años consumió el joven en estudios incoherentes y en desordenadas empresas y meditaciones, empezando a concebir marcada indiferencia por las formas sociales y su observancia. Las distinciones materiales derivadas de la jerarquía y la riqueza le merecían creciente menosprecio. Hasta aquellas «buenas familias de toda la vida» —según expresión de una persona notable de la localidad— le dejaban frío, como no fuera que los miembros de las tales familias hiciesen algo respetable y digno. Por natural contraste a convicciones tan austeras, cuando el joven fue a Londres para conocer el mundo y abrazar una profesión o emprender allí algún negocio, estuvo a punto de caer en las garras de una mujer, de mucha más edad que él, aunque, por fortuna, pudo escapar a tiempo de sus redes, sin sacar gran detrimento de la experiencia.

Su innata afición a la soledad del campo le había infundido una aversión invencible y casi irracional a la vida en las ciudades modernas, vedándole los éxitos que hubiera podido obtener de haberse entregado a una actividad mundana, ante su imposibilidad de dedicarse a la espiritual. Pero como en algo había de ocuparse y ya había desperdiciado muchos años de considerable valer, Ángel, que tenía un amigo que empezaba una vida próspera en las colonias como agricultor, concibió la idea de imitarle. La agricultura, en las colonias, en América o en el país, en todas sus ramas, después de adquirir aptitudes para el negocio en un aprendizaje celoso y atento, era una ocupación que le habría de proporcionar sin duda la independencia, sin el sacrificio de lo que él estimaba por encima de todo: la libertad intelectual.

Ésa es la razón de que encontremos a Ángel Clare, a los veintiséis años, en Talbothays, aprendiendo ganadería y viviendo en casa del lechero por no haber por allí ninguna casa que pudiera hospedarle con holgura.

Tenía por aposento un inmenso desván que cogía el área entera de la lechería y al que sólo daba acceso una escalera que arrancaba de la quesería, desván que había estado cerrado mucho tiempo hasta que Ángel lo eligió como habitación. Disponía allí el joven de espacio sobrado, y con frecuencia se le oía pasear de un extremo al otro cuando los demás moradores de la casa se habían entregado ya al descanso. Dividía el aposento una cortina tras de la cual se hallaba la cama, quedando el resto dedicado a gabinete amueblado con bastante comodidad.

Al principio apenas salía el joven de su habitación, donde se pasaba el tiempo leyendo o tañendo un arpa vieja adquirida en una subasta, para si —pensaba Ángel— se veía apurado algún día, tener con qué ganarse la vida tocándola por las calles. Pero al cabo de algún tiempo decidió el joven dedicarse a leer, no en los libros, sino en la naturaleza humana, comiendo desde entonces abajo con el granjero y su mujer y con los mozos de ambos sexos que constituían grata concurrencia, pues aunque eran pocos los operarios que dormían en la casa, eran muchos los que se sentaban a la mesa. A medida que fue Clare acostumbrándose a aquella compañía, menos molesto se le fue haciendo su trato, encontrándole gusto a aquello de compartir su vida con los demás.

Hay que reconocer que, con gran sorpresa de su parte, halló un verdadero deleite en aquel trato con los mozos y mozas de la vaquería. El tipo de campesino que el joven se forjara allá en su fantasía —personificado en el lamentable maniquí conocido como Hodge[56]— desapareció al cabo de pocos días de residencia. Al intimar con él pudo convencerse de que carecía de dicha zafiedad. Cierto que a lo primero, cuando todavía estaba reciente en la memoria de Clare el recuerdo de la clase social con la que hasta entonces se tratara, de los amigos que acababa de dejar, le pareció un tanto rara la compañía de sus actuales camaradas. Se le antojaba poco digno sentarse a la mesa como uno de tantos. Encontró primitivas y faltas de carácter aquellas ideas, modas y costumbres. Pero según fueron pasando los días fue percatándose el joven de un aspecto nuevo, en que hasta entonces no había reparado. Sin ningún cambio sensible, la variedad había reemplazado a la monotonía. Los dueños de la vaquería, lo mismo que sus mozos, empezaron a revelársele con caracteres diferenciales, como en un proceso químico, según los fue conociendo más íntimamente. De suerte que hubo de venírsele a la memoria aquella sentencia de Pascal: «A mesure qu'on a plus d'esprit, on trouve qu'il y a plus d'hommes originaux. Les gens du commun ne trouvent pas de différence entre les hommes[57]». El tipo aquel del palurdo se borró de la mente de Clare. Y se integró en una muchedumbre de criaturas, de seres de mentalidad diversa y tan diferentes los unos a los otros, que más no podía ser; felices los unos, otros descontentadizos, otros apáticos, no pocos rayanos en lo genial, algunos necios de remate, otros licenciosos y otros austeros; pensativos los unos como Milton, semejantes los otros a Cromwells en potencia[58]; con opiniones particulares cada cual acerca de los otros, como las que él tenía acerca de sus amigos y conocidos; aplaudiéndose o censurándose mutuamente, y experimentando risa o pena al contemplar las flaquezas y vicios de sus semejantes; hombres, en fin, todos ellos que iban por su senda individual hacia el camino de la polvorienta muerte[59].

De pronto empezó Ángel a tomar gusto a la vida al aire libre y los goces que le procuraba, aparte de los conocimientos que le proporcionaba para la carrera que había determinado emprender. Al considerar la situación en que se encontraba, se emancipó como por arte de magia de la melancolía crónica que se va apoderando de las razas debilitadas con el declinar de la fe en una bienhechora providencia. Por primera vez, después de muchos años, podía leer con arreglo a sus aficiones, sin preocuparse de seguir un estudio sistemático, ya que los pocos libros que guardaban relación con la agricultura y la ganadería le ocupaban poquísimo tiempo.

Desterró de su mente antiguos prejuicios y descubrió nuevos aspectos en la vida y la humanidad. Aunque de un modo secundario, se familiarizó con fenómenos que antes sólo entreviera confusamente: las estaciones del año con sus distintas modalidades, la mañana y el crepúsculo, la noche y la luna, los vientos con sus respectivos caracteres, los árboles, aguas, brumas, sombras, silencios y voces de las cosas inanimadas.

Eran todavía las mañanas lo bastante frescas para que resultara agradable el calor de la lumbre en la amplia cocina en que desayunaban, y por iniciativa de la señora Crick, que consideraba a su huésped harto distinguido para que se sentara a su mesa, acostumbraba Ángel Clare a comer en el

rincón de la chimenea, donde le colocaban el servicio en una mesita plegable. La luz de la grande y ancha ventana partida del muro frontero llegaba refulgente hasta aquel rincón, y combinada con otra más débil de un frío matiz azulado que bajaba por la chimenea, le permitía al joven leer cómodamente siempre que quería. Entre Clare y la ventana estaba la mesa grande a la que se sentaban sus camaradas, cuyos perfiles, movidos por el continuo masticar, se proyectaban en el testero opuesto; y al otro lado estaba la puerta de la lechería por la cual podían verse las hileras de cangilones rectangulares, llenos hasta los bordes de la leche de la mañana. En último término alcanzaba la vista las revoluciones de la mantequera, pudiendo oírse también el oleaje interior, mientras que la fuerza motriz se hacía visible por la ventana en forma de un pobre jamelgo desmirriado que daba vueltas en círculo conducido por un muchachito.

Ya habían pasado varios días desde la llegada de Tess, y Clare, absorto siempre en la lectura de un libro, un periódico o una pieza de música recién llegada en el correo, no había reparado todavía en su presencia. Hablaba tan poco la muchacha y tanto sus compañeras, que no advirtió en el rumor musical la intervención de una nota nueva, pues se ha de tener en cuenta además que Ángel desdeñaba los pormenores de toda escena exterior, ateniéndose tan sólo al conjunto. Sin embargo, cierto día que había estado leyendo una pieza musical y oyendo mentalmente su armonía por un exceso de imaginación, se quedó un instante suspenso, dejando caer la partitura, que fue a parar al hogar. Miró Ángel los leños, cuya única llama bailoteaba en lo alto de una danza agónica, después de haber ayudado a la cocción de los manjares del almuerzo, y parecía seguir la cadencia que él oía en su interior; alzó la vista a los dos ganchos colgantes de la chimenea, empenachados de hollín que se hubiera dicho temblaban al compás de la misma melodía, y, por último, a la medio consumida olla que semejaba marcar el acompañamiento. Y combinándose el rumor de la conversación de la mesa con su fantasmagoría orquestal, hubo de pensar el joven: «¡Qué voz tan aflautada tiene una de esas chicas! ¡Debe de ser la nueva!».

Y Clare volvió la vista en su busca, sentada entre las demás.

Tess no le miraba en aquel momento. Y la verdad, su habitual silencio era causa de que casi se olvidase la presencia de Ángel.

—Yo no sé nada de fantasmas —estaba diciendo a la sazón Tess—, pero lo que sí sé es que nuestras almas pueden abandonar los cuerpos en vida.

Se volvió a ella el lechero con la boca llena y con ojos de curiosidad, teniendo en una mano el tenedor y en la otra el cuchillo (allí se almorzaba de firme) muy tiesos sobre la mesa, como postes para una horca.

—¿Pero cómo? ¿Es posible que sea así, muchacha? —exclamó.

—Ya lo creo. ¡Como que es muy fácil sentir cómo sale, el alma! —continuó Tess—. No hay más que tenderse por la noche en el campo y mirar fijamente a cualquier lucero, y si lo hace usted así un ratito notará que su alma está a cientos y cientos de miles de leguas de su cuerpo y le parecerá como si éste no le hiciera la menor falta.

Apartó el ganadero su insistente mirada de la cara de Tess y la fijó en la de su mujer.

—¡Qué cosa más rara, verdad, Christianner! ¡Y pensar las leguas que yo habré recorrido en estos últimos treinta años, de noche y con estrellas, cortejando a una mujer, traficando o buscando al

médico o al ama, sin haber sospechado siquiera que pudiera ocurrir tal cosa ni sentir que el alma se me saliera ni un centímetro del cuello de la camisa!

Concentrada en Tess la atención general, incluso la de Ángel, se ruborizó ella, y diciendo únicamente que todo había sido una ocurrencia, continuó su desayuno.

Siguió observándola Clare. No tardó Tess en dejar de comer, y percatándose de que Clare la estaba mirando, se puso a trazar figuras imaginarias con el índice sobre el mantel, con el aire cohibido de un animalillo doméstico que siente que le observan.

«¡Qué hija de la naturaleza tan virginal y lozana es esta lechera!», pensó Clare.

Y a renglón seguido empezó a notarle algo que le era familiar, algo que le retrotraía a un pasado alegre y libre de preocupaciones, anterior a aquél en que la necesidad de pensar y prever le había puesto gris su cielo, acabando el joven por convencerse de haberla visto ya en otra ocasión, aunque sin poder precisar dónde ni cuándo. Debía de haber sido un encuentro casual en alguna merienda campestre, pero Ángel no creyó oportuno devanarse los sesos por ponerlo en claro. Sólo que aquello fue bastante para que desde entonces prefiriese a Tess a todas las demás mozas cuando deseaba contemplar la feminidad cercana.

XIX

Por lo general se ordeñaban las vacas a medida que se iban presentando, sin simpatías ni preferencias. Pero algunas mostraban resuelta inclinación por ciertas y determinadas manos, llegando a veces al extremo de derribar de una coz nada ceremoniosa la colodra de la leche cuando no era su ordeñadora favorita la que se la presentaba.

Tenía mandado el lechero Crick que no se tuvieran en cuenta en modo alguno tales preferencias y parcialidades, combatiéndolas por medio del constante cambio, por temor a que de otra suerte pudiera encontrarse en un apuro algún día si se le iba del servicio algún mozo o moza. Pero el secreto designio de estas últimas era opuesto al criterio del amo, ya que teniendo cada una de ellas sus vacas predilectas podían llevar a cabo más fácilmente la tarea de vaciarles las ubres.

De igual modo que sus compañeros, no tardó en descubrir Tess cuáles eran las vacas que sentían preferencia por su manera de trabajar, y como tenía muy finos los dedos por la constante reclusión en que viviera los últimos tres años, de muy buena gana hubiera contrariado las miras del lechero sobre el particular. De las noventa y cinco vacas había especialmente ocho —*Gordilla, Capricho, Orgullosa, Neblina, La Vieja, Niña Bonita, Pulida y Escandalosa*— que, por más que dos o tres de ellas tenían las tetas duras como zanahorias, se le rendían a Tess con tal docilidad que la faena con ellas resultaba tan fácil como una simple caricia. Pero conociendo Tess el deseo del amo, procuraba lealmente atender a los animales conforme iban acudiendo al ordeño, exceptuando a las vacas más recias, con las cuales no podía habérselas.

Mas no tardó en advertir una curiosa coincidencia entre la llegada aparentemente casual de las vacas y sus propias preferencias sobre el particular, hasta que se percató, finalmente, de que el orden en que llegaban al establo no podía ser fortuito. El aprendiz de ganadero había puesto mano últimamente en la recogida de las vacas, y a la quinta o sexta vez, al tiempo que apoyaba la cabeza en la vaca le preguntó con ojos chispeantes de interrogadora curiosidad:

—Señor Clare, ¿ha sido usted quien ha ordenado las vacas, verdad?

Al decir esto se ruborizó Tess, y una leve sonrisa le frunció el labio superior, dejando entrever la blancura de sus dientes, aunque no afectando lo más mínimo a la severa inmovilidad del labio inferior.

—Sí —repuso el joven—, pero es igual. Siempre estará usted aquí para ordeñarlas.

—¿Lo cree usted? Yo así *lo espero*. Pero no lo sé.

Sintió después la joven gran enojo consigo misma, pensando que Ángel, ignorante de las graves razones que ella tenía para apetecer aquel retiro, podía darle un sentido equivocado a sus palabras. Había puesto tal ardor en ellas como si la presencia de él fuera de algún modo un factor en sus deseos. Y fue tal su preocupación que al oscurecer, una vez terminado el ordeño, se quedó paseando ella sola por el jardín, deplorando haberle dejado entrever a Clare que había notado la distinción de que la hacía objeto.

Era aquél un anochecer típico de junio. Estaba la atmósfera en tan delicado y comunicativo

equilibrio que los objetos inanimados parecían dotados de dos, tres y hasta cinco sentidos. No había solución de continuidad entre lo cercano y lo remoto, siendo fácil sentirse en contacto con cuanto abarcaba el horizonte. El silencio impresionaba a Tess, como si se hubiera tratado de una entidad positiva y no de la mera negación del ruido. Lo rompió un tañer de cuerdas.

Había oído Tess varias veces aquellas notas que salían del desván, sólo que, débiles y frenadas por su confinamiento, nunca la habían impresionado como ahora que, libres, puras, ágiles, como desnudas, vagaban por el aire inmóvil. En honor a la verdad hay que decir que ni el instrumento ni la ejecución valían gran cosa, pero todo es relativo en este mundo, y Tess escuchaba aquella música, fascinada como un pájaro, sin poder alejarse de aquel sitio. En vez de eso, lo que hizo fue acercarse al ejecutante, aunque sin salirse de detrás del seto, a fin de que el joven no advirtiese su presencia.

El trozo del jardín en que se hallaba Tess llevaba algunos años hecho un erial, y a la sazón estaba muy rozagante y lozano, lleno de jugosa hierba que con sólo tocarla exhalaba efluvios de polen; las altas cizañas florecientes despedían olores mareantes, plantas cuyos tonos, rojos amarillos y purpúreos formaban una policromía tan vistosa y abigarrada como la de las flores de cultivo. Se adelantó Tess como un gato por aquella frondosidad, enganchándose en ella las faldas, aplastando caracoles, manchándose las manos con los zumos rebosantes del follaje y llenándose los brazos desnudos de resinas que, si lucían sobre los troncos blancos como la nieve, dejaban en su piel unas manchas rojizas, y así llegó hasta casi el sitio en que se hallaba Clare, sin que éste pudiera oírla.

Tess había perdido toda noción de tiempo y espacio. La exaltación que describiera como producida voluntariamente por la contemplación de las estrellas le sobrevino en aquel momento sin poner ella nada de su parte; se cernía su alma sobre las delicadas notas de aquel arpa de segunda mano, y sus armonías la rozaban como brisas, poniendo lágrimas en sus ojos. El polen flotante parecía ser la concreción visible de aquellas notas, y la humedad el llanto de la sensibilidad del jardín. Aunque casi cerrada ya la noche, proseguía la emanación de las florecillas silvestres, cual si de intento permanecieran abiertas, y las ondas de color se fundían con las vibraciones sonoras.

La luz, que todavía brillaba, llegaba principalmente por un gran claro que se abría entre los celajes del poniente, haciendo el efecto de un trozo de día que se hubiese quedado rezagado por azar, cuando ya se cerraba la oscuridad en todo lo demás del horizonte. Puso remate el joven a su lastimera melodía, una pieza muy sencilla que no requería gran destreza de ejecución, y Tess se quedó esperando, en la creencia de que iría a empezar otra enseguida. Pero Ángel, cansado ya de tocar, había bajado al jardín, encontrándose ahora a espaldas de la joven. Ésta, con las mejillas arreboladas, se adelantaba furtivamente como si apenas se moviera.

Pero Ángel distinguió su ligera ropa estival y le dirigió la palabra, cuyo eco llegó hasta la joven, a pesar de hallarse a cierta distancia.

—¿Por qué huye usted de ese modo, Tess? —le preguntó Ángel—. ¿Es que tiene usted miedo?

—¡Oh, no, señor! No tengo miedo de las cosas de fuera, sobre todo ahora que es el buen tiempo y cae la flor del manzano y está todo tan verde.

—Pero tiene miedo a cosas de dentro, ¿eh?

—Sí, señor.

—¿A qué?

—Apenas si lo sé.

—¿A que se corte la leche?

—¡Oh, a eso no!

—Entonces ¿a la vida en general?

—A la vida, sí, señor.

—Yo también se lo tengo muy a menudo. Esto de vivir es muy serio, ¿no es verdad, Tess?

—Sí lo es, como usted dice.

—Ahora, que nunca pensé que una chica tan joven tuviese esas ideas. ¿Cómo es eso?

La joven calló perpleja.

—Vamos, Tess, dígamelo en confianza.

Pensando ella que Clare se refería a su modo de ver las cosas, replicó con timidez:

—Los árboles tienen ojos de curiosidad, ¿no es cierto?… Es decir, que parece como si los tuvieran. Y el río va diciendo: «¿Por qué me molestáis con vuestras miradas?». Y parece también que vemos en fila muchos días futuros, el primero de ellos más grande y claro y los otros cada vez más pequeños conforme se van alejando, y todos semejan muy fieros y crueles, y parece como que nos dicen: «¡Cuidado, que allá voy!». Pero usted, señor, puede endulzar esos sueños con su música y aun espantar esas terribles visiones.

Le causó gran extrañeza a Ángel encontrar una muchacha como aquélla que, siendo simplemente moza de una lechería, atesoraba tan raras condiciones, que debían de ser motivo de envidia para sus compañeras, forjándose tan melancólicos ensueños. Se expresaba la joven en un lenguaje ingenuo, aunque con ciertos giros que dejaban traslucir su educación de sexto grado, descubriendo modalidades sentimentales que casi podían ser calificadas con la frase de moda: el dolor del modernismo. Mas se mitigó su extrañeza recapacitando en que lo que ha dado en llamarse ideas avanzadas no son, en realidad, sino definiciones de última moda, formas de expresar mediante palabras terminadas en *logia* e *ismo* las sensaciones que hombres y mujeres vienen experimentando desde hace siglos.

Resultaba, sin embargo, raro que siendo tan joven conociese ya Tess tales sensaciones, y más que raro, conmovedor, interesante, patético. Sin adivinar la causa, no se daba cuenta Ángel de que esa experiencia reside más en la intensidad que en la duración. La cosecha mental era en Tess fruto de su pasado infortunio.

Por su parte, Tess no acertaba a explicarse cómo aquel joven, perteneciente a una familia de clérigos, dotado de buena educación y puesto a cubierto de las necesidades materiales, considerase una desventura vivir. Eso estaba bien para ella. Pero ¿cómo era posible que aquel hombre admirable y poético hubiera descendido al Valle de la Humillación y tenido sentimientos propios del hombre de Uz[60], como los que a ella la asaltaron dos o tres años antes: «Mi alma prefiere hundirse en la muerte a vivir. Odio la vida, y no quiero vivir eternamente»?

Cierto que él no vivía actualmente de acuerdo con su clase. Mas Tess sabía que aquello obedecía a que, como Pedro el Grande cuando trabajaba en los astilleros, deseaba estudiar prácticamente la vida[61]. No ordeñaba vacas porque tuviera que hacerlo, sino por vía de preparación para ser después granjero, agricultor y ganadero a lo grande. Aspiraba a ser un Abraham allá en América o

Australia y a gobernar como un monarca rebaños, manchados y listados[62], sus criados y criadas. A veces, sin embargo, le parecía de todo punto incomprensible que un hombre como aquél, verdaderamente culto, pensador aficionado a la música, hubiese escogido deliberadamente la profesión de granjero y no la de sacerdote, como su padre y sus hermanos.

De esta suerte, sin descifrar ninguno de los dos la clave de sus respectivos secretos, se sentían mutuamente desconcertados a cada revelación, y aguardaban a conocerse mejor, sin intentar ahondar en sus respectivos pasados.

Cada día, cada hora, le revelaba a Clare una nueva faceta de la personalidad de Tess y a ésta algún nuevo aspecto del carácter del joven. Tess se esforzaba por refrenarse, pero ni ella misma podía adivinar cuánta era su vital energía.

A lo primero miraba Tess a Clare como a una inteligencia más bien que como a un hombre. Se comparaba con él según ese criterio, y a cada nuevo descubrimiento de las dotes intelectuales del joven y de la distancia entre su propio modesto punto de vista mental y la inconmensurable, andina altura del punto de vista de él, se sentía empequeñecida y desalentada, perdiendo la esperanza de poder nunca igualársele.

Un día observó Clare este desaliento con ocasión de cierta referencia a la vida pastoril de la Grecia antigua. Estaba Tess cortando esas flores que se llaman *señores y señoras* en el ribazo en que se hallaban, y Ángel le preguntó:

—¿Por qué tiene usted esa cara tan afligida de pronto?

—¡Oh, no es nada, es sólo por mí! —dijo ella con ligera y triste sonrisa, en tanto deshojaba una de las llamadas *señoras*—. ¡Es que a veces pienso en lo que yo pudiera haber llegado a ser! Me parece como si se me hubiera malogrado la vida por falta de ocasiones. Cuando veo lo que usted sabe, y ha leído y visto y pensado, advierto qué poca cosa soy. Me parezco a la pobre reina de Saba de que habla la Biblia. ¡No hay espíritu en mí[63]!

—¡No se desanime usted de ese modo, Tess! —exclamó él, y añadió con entusiasmo—: ¡Vaya! Si usted quiere, yo tendría mucho gusto en poder enseñarle a usted algo de historia o de cualquier otra materia que despierte su interés…

—Otra *señora* —dijo ella enseñándole al joven la flor que acababa de deshojar.

—¿Cómo dice?

—Que siempre salen más señoras que señores.

—Déjese usted de *señoras* y *señores*, y dígame, ¿no le interesaría estudiar algo? ¿Historia, por ejemplo?

—A veces me parece que no quiero saber de eso más de lo que ya sé.

—¿Por qué?

—¿Para qué estudiar más, si sólo voy a poner en claro que soy una del montón, encontrarme en un libro viejo con alguna como yo, y tener que reconocer que yo no hago otra cosa sino desempeñar su papel? Todos esos estudios no me servirían más que para aumentar mi tristeza. Lo mejor es no acordarse de que somos como esos miles y miles de criaturas que nos han precedido y que han hecho

lo mismo que nosotros.

—En conclusión, ¿que no quiere usted aprender nada?

—Tal vez me interesara saber por qué… por qué sale el sol lo mismo para el bueno que para el malo —repuso Tess con voz algo temblorosa—, pero eso no me lo puede decir ningún libro[64].

—Tess, deseche esa amargura.

Hablaba el joven, en verdad, como cualquier otro lo hubiera hecho en su lugar, por considerar que tal era su deber; y sin embargo, esa misma pregunta se la había formulado él antes de ahora. Y al mirar la inocente boca y los frescos labios de Tess pensó que aquella hija de la tierra sólo de oídas podía expresarse así. Continuó la joven deshojando *señoras y señores*, hasta que Ángel, observando que las onduladas pestañas de Tess se inclinaban sobre su tierna mejilla, se marchó lentamente. Siguió ella en actitud meditabunda hasta acabar con las flores, y despertando luego de su ensueño arrojó lejos de sí impacientemente esa multitud de nobleza floral, como enojada por sus propias tonterías y sintiendo un súbito ardor en su corazón.

¡Qué necia debía de parecerle a Ángel! Y en un acceso de afán por parecerle bien al joven, acudió a su mente lo que se había propuesto olvidar, o sea su parentesco con los antiguos caballeros d’Urberville. No obstante lo vano de aquel atributo, desastroso para ella por muchos conceptos, acaso Ángel, como aficionado a la historia, llegara a respetarla bastante para dar al olvido su conducta infantil, cuando supiera que aquellas figuras de alabastro y mármol de Purbeck que había en la iglesia de Kingsbere representaban efectivamente a sus antepasados directos, y que no era ella una d’Urberville espuria, hecha de dinero y ambición como los de Trantridge, sino una d’Urberville auténtica, hasta los huesos.

Pero antes de aventurarse a hacer aquella revelación, sondeó indirectamente la cauta Tess al ganadero acerca del efecto que pudiera hacerle a Ángel, preguntándole si éste tenía en algo a las antiguas familias del condado venidas a menos.

—El señor Clare —le dijo enfáticamente el ganadero— es uno de los excéntricos más rebeldes que he conocido nunca. No hace caso de esas cosas, y si algo odia es eso que se llama la rancia nobleza. Dice que es lo opuesto a la razón, porque esa rancia nobleza hizo ya todo lo que tenía que hacer, y ya no cuentan para nada en el mundo. Así sucede con los Billett, y los Drenkhard, y los Grey, y los St. Quintin, y los Hardy, y los Gould, que poseían leguas y leguas de terreno por este valle abajo y que ahora se lo darían a usted poco menos que regalado. Ya ve usted aquí, nuestra pequeña Retty Priddle es de la familia de Paridelle, que poseía muchos terrenos cerca de King’s-Hintock que ahora pertenecen al conde de Wessex. Bueno, pues el señor Clare, al enterarse de eso, estuvo unos días habiéndole con mucho desdén a la pobre muchacha. «Nunca será usted», le dijo, «una buena moza de lechería. Su familia derrochó hace siglos en Palestina todas sus facultades y ahora tendrá que pasarse cientos de años sin servir para nada útil, sino cobrando fuerzas para hacer cosas nuevas». Y el otro día vino un joven a pedir trabajo y dijo que se llamaba Matt, y al preguntarle su apellido respondió que no sabía que lo tuviera, y al preguntarle nosotros que cómo era eso, contestó que porque él creía que su familia no había echado raíces en ninguna parte. «Magnífico», exclamó el señor Clare, dando un salto de alegría y estrechándole las manos. «¡Usted es el mozo que yo necesito! ¡Le espera un gran porvenir!». Y le dio media corona. Nada, que el señor Clare no traga a

las familias antiguas de rancio abolengo.

Después de oír aquella caricatura de las opiniones de Clare, celebró Tess no haberle dicho nada acerca de su familia en un momento de debilidad, aunque se tratara de una tan antigua que casi había dado la vuelta completa, llegando a ser otra distinta. Además, había allí mismo otra muchacha que podía rivalizar con ella sobre el particular. Así que Tess se guardó para ella lo de los panteones de los d'Urberville y lo de su dignidad caballeresca. ¡Quién sabe si lo que la hacía interesante a los ojos de Clare era su misma novedad y falta de tradición!

XX

Iba adelantando otra vez el buen tiempo con su plazo anual de flores, hojas, ruiseñores, pinzones y tordos y demás criaturas efímeras que sentaban sus reales donde otras las sentaran el año anterior, cuando ellas no pasaban todavía del estado de gérmenes y partículas inorgánicas[65]. Los rayos del sol abrían los capullos, desdoblándolos en pétalos e impelían tallo arriba la savia en calladas corrientes, difundiendo los aromas en hálitos y surtidores invisibles.

La casa de mozos y mozas del ganadero Crick disfrutaba de plácido y risueño bienestar. Quizá fuera su posición en la escala social la más venturosa de todas, pues hallándose por encima de la línea en que acaba la necesidad, se mantenía por debajo de aquella otra en que las *conveniencias* embotan el sentido natural, y las exigencias de la moda hacen que parezca poco lo que de otra suerte resultaría sobrado.

Así transcurrió la época de la germinación, en que la arborescencia parece ser el único intento que se pretende en el mundo exterior. Tess y Clare se estudiaban inconscientemente, vacilando al filo de la pasión, aunque aparentemente lejos de ella. De todos modos, convergían el uno y la otra, obedeciendo a una ley inevitable, como dos torrentes que van a desembocar al mismo valle.

Nunca había sido Tess tan feliz antes de ahora ni nunca quizá hubiera de serlo en lo sucesivo. Así en lo físico como en lo moral, se hallaba identificada con el ambiente. El retoño que arraigara en un terreno emponzoñado, medraba ahora trasplantado a un terreno más fértil. Además, tanto ella como Clare se mantenían en esa zona indecisa que separa a la simpatía del amor; aún no habían llegado a las grandes profundidades ni comenzado las reflexiones su balbuciente indagatoria: «¿Hasta dónde va a arrastrarme esta nueva corriente? ¿Qué representará esto en mi porvenir? ¿Qué relación habrá de guardar con el pasado?».

Tess no era todavía para Ángel Clare más que un simple fenómeno aislado, una aparición rosada y cálida, que apenas acababa de adquirir en su conciencia el atributo de la persistencia. Así que no tenía reparo en dejar que su mente pensara en ella, considerando la preocupación que la joven le inspiraba cual la actitud de un filósofo que estudia un nuevo e interesante ejemplar de la feminidad.

Se encontraban de continuo ambos jóvenes sin que pudieran evitarlo. Se encontraban diariamente en ese solemne intervalo del crepúsculo matutino, en la alborada rosada y violeta, porque la gente de la vaquería se levantaba temprano, muy temprano. El ordeño se hacía muy de mañana, y antes de eso el desnatado, que comenzaba poco después de las tres de la madrugada. Por lo general, algún mozo se encargaba de despertar a los demás, dejando preparado por la noche el reloj despertador para que lo sacara a él de su sueño; y siendo Tess la más nueva en la casa y constándoles a los otros que en oyendo el reloj ya no volvía a dormirse, como hacían otros, solían encargarla a ella de despertarlos a todos. No bien repiqueteaba el reloj las tres, salía Tess de su dormitorio y se dirigía a la puerta del cuarto del amo; luego subía y llamaba a Ángel con prolongado cuchicheo, y por último iba a despertar a sus compañeras. Cuando Tess estaba ya vestida, bajaba Clare las escaleras y salía al aire fresco. Las demás mozas y el lechero acostumbraban a descabezar un poco más el sueño y no daban

acuerdo de sus personas hasta un cuarto de hora después.

Los medios tonos grises del alba no son idénticos a los del anochecer, por más que su punto de sombra sea el mismo. En el crepúsculo matutino parece activa la luz y pasiva la sombra, mientras que en el vespertino es la sombra la que actúa viva y creciente y la luz la que se adormece y rinde.

Como solían ser Tess y Clare los que antes se levantaban en la vaquería —posiblemente no siempre por casualidad—, les parecía que eran las primeras criaturas que amanecían en el mundo. En aquellos primeros días de su estancia en la vaquería no desnataba Tess, sino que salía fuera, inmediatamente después de levantarse, cuando ya estaba él esperando. La acuosa luz espectral, mal integrada aún por sus irradiaciones elementales, que invadía la despejada pradera, les impresionaba con una sensación de soledad absoluta, como si fuesen Adán y Eva. En aquella etapa incipiente y confusa del día le parecía a Clare que subía de punto la dignidad moral y material de Tess, hasta convertirse la joven poco menos que en un poder reinante, lo que quizá fuera debido a saber Ángel que en aquella hora tan fuera de lo corriente apenas si había mujer alguna tan bien dotada en su persona que se paseara al aire libre por entre los confines de su horizonte; unas cuantas, a lo sumo, en toda Inglaterra. Las mujeres hermosas no suelen madrugar en las mañanitas de verano. Además Tess estaba junto a él, y las demás en ninguna parte.

La indecisa penumbra luminosa que ambos atravesaban en dirección al lugar en que estaban las vacas le hacía pensar con frecuencia a Ángel en la hora de la Resurrección. Lo que menos pensaba el joven, sin embargo, era que tuviese a su lado a la Magdalena[66]. Mientras que todo el paisaje estaba aún en sombras, la cara de su amiga, con el foco de sus ojos descollando sobre las brumas matinales, parecía tener una suerte de fosforescencia. El joven la miraba como a un ser fantástico, como si sólo fuera un espíritu desencarnado. En realidad, su rostro, sin ella proponérselo, había ido tomando el frío resplandor de la aurora, y la cara del mozo, sin advertirlo él, le sugería a Tess análoga impresión.

Era en esa hora, según ya dijimos, cuando más profunda impresión hacía Tess en el joven. No era ya la moza de la vaquería, sino una esencia visionaria de mujer, el sexo todo condensado en una forma representativa. La llamaba él Artemisa, Deméter[67] y demás nombres por el estilo por embromarla, pero a ella no le gustaban estos nombres por no saber lo que significaban.

—Llámeme usted Tess —decía la joven mirándole de reojo, y él la complacía.

A medida que iba avanzando el día las facciones de Tess se iban volviendo sencillamente femeninas; se humanizaban los rasgos de la diosa, traspasándose su gloria a los de un ser que la ambicionaba.

En aquellas horas ultrahumanas se acercaban al abrevadero. Llegaban las grullas con su atrevido y ruidoso aletear, que hacía pensar en puertas que se abriesen desde la umbría en que solían congregarse en un lado de la pradera, antes que nuestros jóvenes, pero algunas veces estaban ya allí y, lejos de irse, permanecían audaces sobre el agua mientras pasaba la pareja, moviendo las cabezas en un giro pausado e indiferente, como el de los muñecos de un reloj.

Entonces se veía la tenue bruma estival en capas superpuestas, algodonosas, planas, y al parecer finas como cristales, tendidas sobre el prado en leves y desgarrados jirones. Sobre la gris humedad de la hierba se veía dónde yacían las vacas durante la noche: islas verde oscuro de hierba seca del

tamaño de sus cuerpos en aquel mar de rocío. De cada isla arrancaba un rastro serpenteante, por el que la vaca, después de levantarse, se encaminara al lugar de los pastos, encontrándola Ángel y Tess al final de esa pista. El fuerte resoplido que daba el animal al verlos venir levantaba una nubécula más intensa dentro de aquella niebla que todo lo envolvía. Luego conducían entre los dos los animales al tinado o se sentaban a ordeñarlos allí mismo, según las circunstancias.

Otras veces se hacía más general la niebla de verano, presentando los prados a la vista el aspecto de un mar blanco, en el que descollaban los árboles cual peligrosos arrecifes. Por ese mar bogaban los pájaros, suspendidos de la radiante capa superior, se soleaban colgados de sus alas o se posaban en las cercas divisorias del prado, que brillaban a la sazón como si fueran de cristal. Infinitesimales diamantes líquidos colgaban también de las pestañas de Tess o cubrían sus cabellos a modo de aljófar. Cuando el día se hacía más fuerte y vulgar, se le secaban encima, y Tess perdía entonces el prestigio de su extraña belleza etérea; sus labios, dientes y ojos fulguraban heridos del sol, y volvían a convertirse la joven en la hermosa y sugestiva lecherita que tenía que sostener la competencia con las demás mujeres.

En tal momento oían los jóvenes la voz de Crick, que ya andaba regañando a las mozas que no dormían en la casa por llegar tarde, y echándole un rapapolvo a la vieja Deborah Fyander por no lavarse las manos.

—¡Por lo que más quieras, Deb, arrima las manos a la bomba! A fe mía que si los señores de Londres te conocieran y supieran lo sucia que eres, no habrían de andar con pocos remilgos para apechugar con la leche y la manteca que tú manipulas… ¡Demonio de mujer!

Proseguía por sus pasos contados el ordeño, y a punto ya de terminar, Tess y Clare, en común ya con los demás, oían el laborioso arrastre de la mesa que llevaba a cabo la señora Crick, y que era el prólogo invariable de todas las comidas, con el mismo horrible restregar acompañando el viaje de vuelta una vez que se despejaba la mesa.

XXI

Al terminar el desayuno se armó gran revuelo en la cocina. La mantequera daba vueltas como de costumbre, sólo que no cuajaba la manteca.

Siempre que sucedía así se paralizaba la vaquería. *Cloc-cloc* hacía la leche en el gran cilindro, pero no se oía el ruido que todos esperaban.

Crick y su mujer; las mozas Tess, Marian, Retty Priddle, Izz Huett; las casadas de otros distritos, Clare, Jonathan Kail, Deborah la vieja, todos, en suma, contemplaban desolados la máquina; y el chico que allá fuera cuidaba del caballo ponía unos ojos tamaños como lunas, mostrando comprender toda la gravedad de la situación. Hasta el melancólico jamelgo parecía mirar a la ventana a cada vuelta que daba, como interrogando.

—¡Años hace que no tenía que recurrir al hijo del saludador Trendle en Egdon[68], años hace! —suspiró amargamente el lechero—. Y no era nada para lo que fue su padre. Mil veces, por lo menos, he dicho que no creo en ellos. Pero aunque no crea, no voy a tener más remedio que ir a buscar a ése, si es que vive. ¡Como esto siga así no voy a tener más recurso que ir a buscarle!

Hasta Clare empezó a participar de los trágicos y desesperados sentimientos del lechero.

—El saludador Fall[69], de la parte de allá de Casterbridge, al que llamaban la O mayúscula, era un buen hombre, por los tiempos en que yo era mozo —dijo Jonathan Kail—. Pero el pobre ya está criando malvas.

—Mi abuelo solía consultar al saludador Mynterne, de Owlscombe, que era la mar de listo, según decía mi abuelo —continuó Crick—. ¡Pero ya se ha acabado esa casta de hombres!

La señora Crick hizo recaer la conversación sobre lo que importaba.

—Quizá sea que tenemos en casa enamorados —dijo con tono inquisitivo—. De joven oí decir que ésa era la causa de que ocurrieran estos percances. Ya te acordarás, Crick, de aquella muchacha que tuvimos hace años, y que también nos ocurrió lo mismo que ahora.

—Sí, sí…, recuerdo que nos ocurrió esto mismo, pero en aquella ocasión no andaba el amor en el ajo. Fueron los desperfectos que le hicieron a la mantequera. —Y volviéndose a Clare añadió—: Jack Dollop, un pájaro de cuenta que tuvimos aquí una vez, estuvo haciéndole la corte a una chica de Mellstock, y engañó a la pobre, lo mismo que a otras muchas. Sólo que aquella vez tuvo que habérselas con otra mujer que no era la misma muchacha. Un Jueves Santo, nada menos, estábamos aquí como ahora, aunque sin hacer manteca, cuando vimos entrar por esa puerta a la madre de la muchacha, con un paraguas de esos de armazón de latón que hay para romperle con él la crisma a cualquier mortal: «¿Dónde anda Jack Dollop, que tengo necesidad de hablarle unas palabras? Que salga, que tengo que ajustarle una cuenta». A todo esto la chica venía con la madre y había roto a llorar a moco tendido… «¡Cielos, estoy perdido!», dijo Jack al ver por la ventana a las dos mujeres. «Entre las dos me van a matar. ¿Dónde me escondo?… ¡Ah, sí!… No le digan dónde me he metido, ¿eh?». Y el muy ladino se metió en la mantequera por la trampilla y se encerró allí dentro, cuando ya la madre de la chica se colaba por la lechería como Pedro por su casa… «¿Dónde está ese canalla?

¿Dónde está?», gritaba la mujer. «¡Que voy a clavarle las uñas, que me lo traigan acá!». Y a todo esto busca que te busca por todas partes, sin dejar rincón ni rendija, y Jack con la manteca hasta el cuello, y la muchacha, o más bien la pobre mujer burlada, llorando a lágrima viva aquí en la puerta. No se me olvidará nunca. Sus lágrimas hubieran ablandado a un marmolillo… Mas no pudieron dar con el indino…

Hizo una pausa el ganadero y algunos comentarios su auditorio.

Los cuentos del ganadero Crick parecían terminar cuando no terminaban, de suerte que los que no los conocían era frecuente que prorrumpieran en prematuras exclamaciones finales, mientras que los otros sabían ya a qué atenerse.

El narrador siguió diciendo:

—Y vean ustedes. No sé cómo, pero fue el caso que la vieja adivinó que estaba metido dentro de la mantequera. Sin decir palabra cogió la manivela (entonces funcionaba a mano) y empezó a darle vueltas… Jack no pudo contenerse ya y prorrumpió en gritos de: «¡Por Dios, que pare la mantequera! ¡Dejadme salir! ¡Que me vais a hacer manteca!». El individuo era cobarde, como todos los de su calaña. «¡No he de parar hasta que no nos des una reparación por haberle quitado a mi niña su inocencia de soltera!», le contestó la vieja. «¡Pare usted la mantequera, so vieja bruja!», gritó él desde dentro. «¡Me llama vieja y bruja el muy embustero! Miren el muy falso», rezongó la vieja, «¡cuando hace cinco meses que debía estar ya llamándome suegra!», y siguió dándole vueltas a la mantequera y moliéndole los huesos a Jack. Nosotros no nos atrevíamos a intervenir en el asunto, hasta que al cabo prometió Jack casarse con la muchacha… Y entonces fue cuando paró la vieja…

Mientras los oyentes reían comentando la anécdota se produjo un rápido movimiento a sus espaldas, que llamó a todos la atención. Era Tess que, muy pálida, se dirigía a la puerta.

—¡Qué calor hace hoy! —dijo con voz casi imperceptible.

Hacía calor, en efecto, y a nadie se le ocurrió pensar que su retirada tuviera relación con el cuento del ganadero. Éste se adelantó para abrirle la puerta y le dijo con cariñosa zumba:

—Vaya, doncellita guapa —que así solía llamarla con ironía inconsciente—, la lecherita más linda que en mi casa tengo, no hay que sofocarse tanto al primer aliento del verano, porque estoy viendo que en cuanto se eche encima la canícula nos vamos a quedar sin usted. ¿Verdad, señor Clare?

—Es que me dio un vahído… y… no me estará mal tomar un poco el aire… —dijo maquinalmente Tess, y salió.

Por suerte para ella, la mantequera dejó en aquel momento de hacer el ligero ruido líquido que hasta allí hiciera, cambiándolo por otro francamente pastoso.

—¡Ya está! —exclamó la señora Crick, y al punto todos apartaron el pensamiento de Tess para atender a la novedad.

No tardó en recobrar la bella indispuesta su aspecto natural en lo exterior, aunque por dentro quedó trastornada y abatida para toda la tarde. Acabado el ordeño vespertino, no salió en compañía de los demás, sino que se fue ella sola a vagar sin rumbo. Estaba deshecha. Había caído en el más profundo desánimo al ver que el relato aquél del ganadero sólo había despertado en sus oyentes sentimientos de chacota y burla. Sólo ella parecía haber comprendido todo el dolor que encerraba, y

a buen seguro que nadie advirtió cuán de cerca le tocaba aquella historia. El sol de la tarde se le antojaba a Tess repulsivo y feo, como una gran herida inflamada en mitad del cielo. Sólo un gorrión sin compañía, lo mismo que ella, la saludó con cascado piar desde unas matas de la ribera en un tono plañidero, como de un antiguo amigo al que hubiera olvidado.

En aquellos largos días de junio las mozas de la lechería y la gente toda de la casa se acostaban al oscurecer o antes, porque la tarea de la mañana, que había de preceder al ordeño, era muy laboriosa y había que hacerla muy temprano en aquella época de producción copiosa. Tess solía irse con las demás mozas al dormitorio. Pero aquella noche se anticipó a sus compañeras, y al entrar éstas en la habitación ya estaba ella medio adormilada. Las vio desnudarse a la luz anaranjada del sol poniente, que abrillantaba sus formas, y volvió a adormecerse; mas de nuevo la despertaron las otras con sus voces obligándola a mirar otra vez hacia ellas.

Ninguna de sus tres compañeras de dormitorio se había metido aún en la cama. De pie, en camisa y descalzas, se agrupaban junto a la ventana, por donde entraban las últimas llamaradas del ocaso, caldeándoles rostros y gargantas, así como las paredes de la habitación. Miraban las tres muchachas con profundo interés a alguien en el jardín, juntando estrechamente sus caras; jovial y redonda la una, pálida, de cabos negros la otra, y rubia la tercera, con trenzas casi pelirrojas.

—¡No empujes, que lo puedes ver tan bien como yo! —dijo Retty, la pelirroja y más joven, sin quitar los ojos de la ventana.

—Desengáñate, Retty, que lo mismo vamos a sacar tú que yo de estar enamoradas de él —exclamó la risueña Marian, la mayor de las tres, maliciosamente—. ¡La cara que a él le gusta no es la tuya!

Retty Priddle siguió mirando al jardín como las demás.

—¡Ya está ahí otra vez! —exclamó Izz Huett, la pálida muchacha de negro y lustroso pelo y finísimos labios.

—No tienes que decir nada, Izz —contestó Retty—, que yo te he visto besar su sombra.

—¿Qué es lo que viste? —preguntó Marian.

—Pues verás. Estaba él junto al caño del suero dándole salida, y la sombra de su cara iba a dar en la pared a espalda suya. Y estaba allí Izz llenando un cántaro. Y fue ella y pegó su boca a la pared y le dio un beso a la sombra de la boca de él. Yo la vi, pero él no lo notó.

—¡Vaya con Izz Huett! —exclamó Marian.

A las mejillas de la aludida asomaron los colores.

—¿Y qué hay de malo en eso? —declaró con afectada frialdad—. Si es cierto que estoy enamorada de él, también lo estáis Retty y tú, Marian.

Ésta última no pudo ruborizarse por ser en ella achaque crónico el rubor. Lo que hizo fue protestar.

—¡Yo! —exclamó—. ¿Quién te ha contado ese cuento? Pero ¡chitón, que ya está ahí otra vez! ¡Qué ojazos y qué cara tan guapa toda ella tiene el señor Ángel!

—¡Ves, tú misma te declaras!

—¡Pero si es verdad! ¡Si todas estamos que bebemos los vientos por él! —dijo Marian con la desnuda franqueza de quien desafía a la opinión—. Es tonto que queramos engañarnos unas a otras,

aunque no se lo digamos a los demás. ¡Yo me casaba con él mañana mismo!

—¡Y yo también… y más pronto todavía! —murmuró Izz.

—¡Anda! ¡Y yo también! —suspiró Retty, la más tímida.

Tess, que las oía, estaba sofocada.

—Pero todas a un tiempo no podemos casarnos con él —observó Izz.

—Lo peor es que ninguna de las tres vamos a pescarlo —dijo la mayor—. ¡Ya viene otra vez por aquí!

Y las tres le enviaron un callado beso en la palma de la mano.

—¿Y por qué no ha de querernos a ninguna? —se apresuró a objetar Retty.

—Pues porque a él quien le gusta es Tess Durbeyfield —dijo Marian bajando la voz—. Lo he observado muy bien y no me cabe duda.

Se hizo un silencio.

—Pero ¿ella no se fija en él? —murmuró Retty.

—Bueno, eso me parece a mí también a veces.

—¡Qué tontas somos! —dijo impaciente Izz—. ¡Él no se ha de casar con ninguna de nosotras, ni con Tess tampoco!… ¡El hijo de un caballero, que va a ser un gran labrador o ganadero en el extranjero! ¡Lo más que podría hacer sería admitirnos como obreras a jornal!

Suspiró la una, suspiró la otra, y la rolliza Marian exhaló el suspiro más voluminoso de todos.

Alguien que estaba muy cerca suspiró también en su lecho. Los ojos se le llenaron de lágrimas a Retty Priddle, la linda pelirroja, último vástago de los Paridelles, tan importantes en los anales del condado.

Aún permanecieron largo rato las tres muchachas mirando al jardín con sus caras juntas y revueltas sus cabelleras. Pero Ángel Clare, ajeno a todo aquello, había entrado ya en la casa y no volvieron a verle, y como las sombras empezaban ya a espesarse, se fueron las mozas a sus camas. A los pocos momentos le oyeron subir a su cuarto. No tardó en roncar Marian, pero Izz tardó en caer en el olvido. Retty Priddle se durmió a fuerza de llorar.

Tess, la más apasionada de todas, también permanecía desvelada. La conversación que acababa de oír era otra de las píldoras amargas que tuvo que tragar aquel día. Y no era que sintiese celos, que estaba bien segura de ser la preferida. Mejor formada y educada y más mujer que todas ellas con ser la más joven, después de Retty, sabía de sobra que no necesitaba apelar a grandes recursos para disputarles a sus cándidas compañeras el corazón de Ángel. Pero la cuestión más grave era si debía hacerlo. Mirado con serenidad el asunto, ninguna de las mozas podía abrigar esperanza, pero una u otra tenía aún posibilidad de inspirarle al joven aunque sólo fuera un capricho pasajero, granjeándose así sus preferencias mientras estuviera en la casa. Tales relaciones habían conducido más de una vez al matrimonio, y Tess había oído decir a la mujer del vaquero que el señor Clare había dicho en cierta ocasión que para qué había él de casarse con una mujer distinguida, teniendo cuatro mil hectáreas de pastos que beneficiar en las colonias y mucho ganado que guiar y mucho grano que cosechar. La esposa que más le convenía era una moza aldeana. Pero todo eso estaba muy bien; sólo que, supuesto que Ángel hubiera hablado en serio, ¿a qué conducía que ella, que jamás podría permitir en conciencia que un hombre se casase con ella, habiendo hecho propósito de no caer


nunca en la tentación de consentirlo, cautivara en perjuicio de otra mujer la atención del joven por el deleite fugaz de solearse en sus ojos mientras permaneciera en Talbothays?

XXII

A la siguiente mañana ellas bajaron bostezando la escalera, y tras realizar, como de costumbre, el desnatado y el ordeño, entraron de nuevo para desayunar. El ganadero Crick andaba dando vueltas por la casa de muy mal humor. Acababa de recibir una carta de cierto cliente quejándose de que la manteca sabía mal.

—¡Ya lo creo que sabe mal! —exclamaba el lechero que tenía en la mano una estaca, a guisa de espátula, con cuyo extremo había recogido un poco de manteca—. Ya lo creo. ¡Y si no, pruébenla ustedes!

Se arremolinaron todos en torno a él y probaron la manteca Ángel, Tess y las demás chicas de la casa, luego dos de los mozos, y por último la señora de Crick, que acudió desde la cocina, donde acababa de preparar la mesa. No cabía duda, la manteca estaba picada.

El lechero, que había permanecido absorto para mejor apreciar el gusto y dar con la nociva hierba causante del estropicio, exclamó de repente:

—¡La culpa la ha tenido un ajo! ¡Y yo que creía que ya no quedaba ni uno en el prado!

Entonces recordaron los mozos que también había fermentado la manteca, a raíz de haber entrado las vacas en cierta pradera ya seca, sin que el ganadero adivinara entonces la causa de su mal sabor, atribuyendo esto a brujería.

—Pues hay que darle un repaso a esa pradera —dijo el señor Crick—, esto no puede continuar.

Y salieron todos juntos armados con viejos cuchillos puntiagudos. Como la planta nociva había de ser de proporciones microscópicas cuando no lo habían notado hasta allí, parecía desesperado intento el de hallarla entre tanta frondosa hierba como tenían delante. Pero a pesar de todo se pusieron en fila con mucho entusiasmo, llevando a su cabeza a Crick y a Ángel, que se había prestado gustoso a la tarea, y detrás, correlativamente, Tess, Marian, Izz Huett y Retty, siguiendo luego Bill Lewell, Jonathan Kain y las mujeres casadas: Beck Knibbs, de crespo pelo negro y vivaces ojos, y la rubia Francés, tísica a causa de los húmedos efluvios del invierno en los prados; las cuales vivían en sus respectivas casas.

Con los ojos fijos en el suelo avanzaban pausadamente, cubriendo una zona del campo y volviendo luego a empezar desde un poco más abajo, de suerte que ni un solo centímetro de aquél pudiera escaparse a su mirada. Era aquélla una tarea ímproba, porque apenas si en todo el terreno descubrirían media docena de brotes de ajos, pero era éste de tal acritud que bastaba que una sola vaca lo mordiera para que toda la leche se echara a perder.

Aunque todos diferían mucho en aspecto y modales, formaban allí, agachados en fila, una hilera curiosamente uniforme, automática y silenciosa, hasta el extremo de que a quien de lejos los viera habrían podido parecerle una manada de gansos. Caminando encorvados a los efectos del espulgo, reflejaban en sus rostros sombríos el tenue fulgor amarillento de los ranúnculos que les daban un aspecto fantástico, bañándolos en luz de luna, aunque el sol les caía a raudales por la espalda con todo el vigor del mediodía.

Ángel, que compartía solícito con los demás todas las tareas, levantaba la mirada de vez en cuando. Iba, y no por casualidad, al lado de Tess.

—¿Y qué tal? ¿Cómo vamos? —le preguntó una vez.

—Muy bien, gracias, señor —le replicó la joven un tanto huraña.

Aquel estudiado preámbulo al palique era un tanto superfluo, porque no hacía media hora que habían estado hablando de muchas cuestiones personales. Mas no llegaron a trabar conversación entonces, sino que continuaron avanzando; el vuelo de la falda de Tess le daba en la polaina al muchacho, y sus codos se rozaban a menudo. Hasta que al fin se cansó del espulgo el lechero, que caminaba a su lado.

—¡Por mi vida, que de tanto andar agachado se me va a partir la espalda! —exclamó, estirándose despacio con cara dolorida hasta lograr enderezarse—. Y usted, mocita, que no estaba muy bien hace dos días, menuda jaqueca va a tener. Si se siente mal, déjelo, y éstos continuarán.

Se retiró el lechero y a poco Tess se retiró también. Luego se apartó Ángel de la fila, dedicándose a explorar él solo el terreno. No bien le sintió Tess junto a ella cuando, nerviosa por lo que oyera la noche anterior, fue la primera en hablar.

—¿Verdad que están muy guapas? —dijo.

—¿Quiénes?

—Pues Izz Huett y Retty.

Tess había decidido, tras profundas reflexiones, que cualquiera de las dos muchachas había de ser buena esposa para un agricultor, y que ella debía ponderárselas, tratando de oscurecer sus propios méritos.

—Sí…, no son feas…, tienen mucha lozanía. Ya lo he notado.

—Aunque a las pobrecillas no ha de durarles mucho su hermosura.

—No, por desgracia, no.

—Son muy a propósito para una lechería.

—Sí, pero no mejores que usted.

—Saben desnatar mejor que yo.

—¿Sí?

Se quedó Clare observándolas, no sin que ellas lo notasen.

—Se ha puesto como la grana.

—¿Quién?

—Retty Priddle.

—¿Sí? ¿Y por qué?

—Pues porque la está usted mirando.

No obstante su propósito de sacrificio no pudo Tess llegar a decirle al joven: «Cásese usted con alguna de ellas, si es verdad que prefiere una moza de vaquería a una señora, y no piense en casarse conmigo».

Siguió Tess al ganadero y tuvo la triste satisfacción de ver que Clare se quedaba atrás.

Desde aquel día se impuso la dolorosa obligación de rehuirle, sin permitirse ya, como antes, permanecer en su compañía, aunque se encontrasen juntos por casual coincidencia.

Era Tess bastante mujer para comprender con toda claridad, después de oír las confesiones de las mozas, que todas éstas bebían los vientos por Ángel, y al ver el cuidado con que éste evitaba comprometer lo más mínimo la felicidad de ninguna de ellas, sentía tierno respeto por lo que, acertadamente o no, consideraba su virtuosa continencia, condición que nunca esperara poder apreciar en ningún hombre, y sin la cual algunos de aquellos sencillos corazones que se albergaban bajo un mismo techo hubieran quizá tenido que llorar su mismo infortunio.

XXIII

Había caído inadvertidamente sobre ellos el cálido tiempo de julio y la atmósfera del extenso valle gravitaba pesadamente como un narcótico sobre la gente de la granja, así como sobre las vacas y los árboles. Caían con frecuencia grandes aguaceros calientes y humeantes, enranciando la hierba de los cotos donde pastaban las vacas y retrasando en los demás la campaña forrajera.

Era aquélla una mañana de domingo. Había terminado el ordeño y volvían ya a sus casas las mozas que no dormían en el establecimiento.

Tess y las otras tres estaban vistiéndose a toda prisa para ir juntas a la iglesia de Mellstock, que distaba cinco o seis kilómetros de la granja. Llevaba ya Tess dos meses en Talbothays y era aquélla su primera excursión.

Toda la tarde y noche anteriores no habían cesado de retumbar los truenos sobre los prados, habiéndose llevado la tormenta hasta el río buena porción del heno amontonado. Pero aquella mañana el sol tenía ese fulgor extraordinario que muestra a raíz de un temporal, estando el aire perfumado y transparente.

El tortuoso camino que conducía desde allí a Mellstock hacía buena parte de su recorrido por las cotas más bajas, y al llegar las muchachas a la hondonada se encontraron con que la lluvia había anegado en una extensión de cincuenta metros el camino, de suerte que el agua cubría los pies. En un día de trabajo no hubiera sido aquél un contratiempo serio, pero aquel día de vanidad, un domingo, en que la carne salía a coquetear con la carne, bien que afectando, hipócrita, atender a las cosas del espíritu, en aquella ocasión, repito, por llevar las muchachas medias blancas, zapatos finos e impecables trajes rosas, blancos y color lila, que no podrían disimular la menor mancha de barro, constituía aquel charco un obstáculo insuperable. Cuando oyeron el repique de la iglesia todavía les quedaba a las muchachas más de un kilómetro de camino.

—¡Quién hubiera podido figurarse que el río iba a tener en verano esta crecida! —dijo Marian desde lo alto de la cuneta a que se había encaramado, caminando por ella con paso inseguro, con la esperanza de salvar el charco.

—No vamos a poder pasar de ningún modo como no nos metamos en él, a no ser que demos un rodeo por el portazgo; ¡pero entonces llegaríamos muy tarde! —dijo Retty deteniéndose, perdida ya toda esperanza.

—Y que a mí se me sube el pavo cuando llego tarde a la iglesia y veo que todos me miran —dijo Marian—, y no se me bajan los colores hasta que se llega a lo de «Acéptalo, Señor…[70]».

Hablaban así las muchachas, sosteniéndose a duras penas en la cuneta, cuando oyeron por el camino unas pisadas que hacían salpicar el agua, dejándose ver al momento Ángel Clare que avanzaba hasta ellas por medio del charco.

Los cuatro corazoncitos femeniles dieron un vuelco al mismo tiempo.

No mostraba Ángel aspecto dominguero, sino tan de diario cual correspondía al hijo de un dogmático pastor; componían su indumentaria unos pantalones de faena, botas altas para el agua y una

hoja de col bajo el ala del sombrero para mitigar el rigor del calor. Llevaba en la mano, como remate, una herramienta para arrancar cardos.

—¡No va a la iglesia! —dijo Marian.

—No. ¡Ojalá fuera! —murmuró Tess.

En efecto, con razón o sin ella, Ángel prefería los sermones de la naturaleza a los de las iglesias y capillas en aquellos hermosos días de verano[71]. Además, aquella mañana había salido a reconocer los daños que la riada produjera en el forraje. Camino adelante iba, cuando vio de lejos a las muchachas que, preocupadas con el estado del camino, no habían advertido su proximidad. Sabía el joven que el agua había subido bastante por aquel sitio, y probablemente les habría cortado el paso a las muchachas. Así que se dio prisa, discurriendo ya lo que había de hacer para sacarlas del apuro, sobre todo a una de ellas.

Le pareció tan encantador aquel cuarteto de muchachas, de encendidas mejillas y brillantes ojos, en su ligero atavío estival, posadas en el filo de aquella cuneta cual palomas en un alero, que antes de acercarse a ellas se estuvo un momento contemplándolas. Sus vaporosas faldas habían levantado de entre la hierba numerosas mariposas e insectos que, sin poder escapar, permanecían aprisionados en la leve tela, como en una pajarera. Los ojos de Clare se posaron al fin en Tess, que estaba en último término y que, conteniendo a duras penas la risa por el apuro en que se encontraban, no pudo menos de cruzar con él una radiante mirada.

Se aproximó a ellas caminando por en medio del agua, y se quedó mirando las mariposas e insectos que se les habían prendido en las ropas.

—Pero ¿es que quieren ustedes ir a la iglesia? —dijo a Marian, que era la que tenía más cerca, comprendiendo en la pregunta a las otras dos, pero sin mirar a Tess.

—Sí, y ya se nos está haciendo tarde, y yo me ruborizo tanto…

—Yo les pasaré el charco…, no se apuren… Ya verán cómo puedo con todos esos lindos cuerpos.

Se arrebolaron las cuatro, como si sólo tuvieran un solo corazón.

—Me parece que no va usted a poder, sir —exclamó Marian.

—No pueden ustedes pasar por otro sitio. Esténse quietecitas. ¡Ya verán! No pesan ustedes tanto. Yo soy capaz de cargar con las cuatro juntas. ¡Ea, ande usted, Marian! ¡Écheme los brazos al cuello! Así. ¡Ea! ¡Cójase bien, así!

Se dejó caer Marian en los brazos y hombros del joven, según éste le dijera, y Ángel echó a andar con ella. La delgada figura de él, vista por detrás, parecía el tallo de la flor que semejaba el cuerpo de la muchacha. A poco desaparecieron por el recodo del camino y sólo el chapoteo de las pisadas y la cinta del sombrero de Marian permitían adivinar el sitio donde se encontraban. A los pocos momentos ya estaba de vuelta Ángel. Esta vez le tocaba a Izz Huett, que ocupaba el segundo lugar en el ribazo.

—Ya viene —murmuró, y se le notaba que tenía los labios resecos por efecto de la emoción—. Y no voy a tener más remedio que mirarle frente a frente y echarle los brazos al cuello, como ha hecho Marian.

—¿Y eso qué tiene de particular? —le preguntó Tess.

—De particular nada. «Todo tiene su tiempo y su momento. Su hora el abrazar y su hora el abstenerse de abrazos[72]».

—Pero eso es lo que dice la Biblia, muchacha.

—Ya lo sé. En el templo, cuando la leen, me fijo muy bien.

Ángel, para quien las tres cuartas partes de aquella tarea eran un acto de simple cortesía, se aproximó a Izz. Ésta, tranquila y soñadora, se abandonó a sus brazos, y Ángel, con metódica escrupulosidad, echó a andar con su carga. Al volver por tercera vez casi se podían oír las palpitaciones del corazón de Retty. Se acercó Ángel a la muchacha, y mientras la tomaba en sus brazos miró a Tess. No hubiera dado a entender mejor de palabra lo que con los ojos decía: «Ahora nos toca a nosotros». Y Tess, sin poder evitarlo, expresó con su cara haberlo comprendido. Entre ambos había una inteligencia secreta.

La pobre Retty, aunque la más ligera de las tres, fue la carga más pesada para Clare. Marian le había hecho el efecto de un saco de carne, que materialmente le agobiara. Izz se le había abandonado con ternura y placidez. Pero Retty era un puro manojo de nervios.

Sin embargo, pasó como pudo a la inquieta criaturilla, la dejó en terreno enjuto y volvió por Tess. Ésta podía ver por encima del seto el grupo que formaban las otras, de pie, según el joven las dejara, en el próximo altozano. Le había llegado a ella la vez, y le causó no poco azoramiento advertir que también ella dejaba traslucir la turbación que a las demás les produjo la proximidad de los ojos y el aliento de Ángel, y, como temerosa de traicionar su secreto, se puso a bromear con él llegado el instante decisivo.

—Yo creo que podría pasar gateando por la ladera. Trepo mejor que ellas. Debe usted de estar muy cansado, Ángel.

—Nada de eso, Tess —protestó él con vehemencia.

Y antes de que ella se percatara ya estaba en sus brazos y apoyada en su hombro.

—Tres Lías por una Raquel —murmuró el joven[73].

—Pues valen mucho más que yo —repuso ella magnánima, fiel a su resolución.

—No lo creo yo así —observó Ángel.

Notó el joven la emoción que esto le produjera, y ambos dieron en silencio unos pasos.

—¿No peso mucho, verdad? —preguntó ella con timidez.

—Ya lo creo que no. ¡Si viera usted lo que pesa Marian! ¡Vaya un plomo! Usted es ligera como una ola. Y esta muselina es la espuma.

—Me gusta la comparación…, si es así como usted me ve.

—¿No sabe que he soportado las tres cuartas partes de este trabajo sólo por el gusto de la cuarta?

—No lo sabía.

—No me esperaba yo hoy tamaño acontecimiento.

—Ni yo, ¡vino el agua tan de repente!…

La agitada respiración de la joven desmentía lo que ella quería dar a entender, es decir, que tomaba al pie de la letra las palabras de Ángel, creyendo que lo de tamaño acontecimiento se refería al estado meteorológico. Clare callaba e inclinaba su rostro hacia el de la muchacha.

—¡Oh Tess! —exclamó de pronto.

El rostro de Tess ardía batido por la brisa, y la emoción impedía a la joven mirar a Ángel cara a cara. Ángel recapacitó en que no estaba bien aprovecharse de una situación obra del acaso, y reprimió sus impulsos. Ni una sola palabra de amor habían dejado escapar hasta entonces sus labios, y era lo mejor continuar así. Sin embargo, aflojó el paso todo lo que pudo con objeto de prolongar la duración del gustoso acarreo. Pero, por último, llegaron al repecho del camino, y el resto del trayecto lo hicieron vigilados ya por las curiosas miradas de las otras muchachas. Y al llegar a terreno enjuto Ángel puso en el suelo a Tess.

Las tres muchachas los miraban a ambos con ojos afanosos y escrutadores, y no le fue difícil adivinar a Tess que habían estado hablando de ella. Clare se dio prisa a despedirse de las mozas y volvió a zambullirse en el trozo de terreno anegado.

Echaron a andar de nuevo las cuatro amigas. Y Marian fue la primera que rompió el silencio, diciendo:

—No…, es imposible. ¡No podemos disputárselo!

Y miró tristemente hacia Tess.

—¿Qué quieres decir, mujer? —le preguntó ésta.

—¡Pues que le gustas tú más…, pero mucho más que ninguna! De sobra lo hemos podido notar en el modo como te traía. Seguro que te hubiera dado un beso con sólo que le hubieras animado un poco.

—¡Qué va! —exclamó Tess, sonriendo.

Se había desvanecido la alegría con que emprendieron su excursión, y, sin embargo, ni enemistad ni malquerencia existía entre ellas. Sus tiernas almas eran generosas; se habían criado además en esos pueblos rurales en que predomina el fatalismo y nada se reprochaban.

Tess tenía dolorido el corazón. Era inútil que tratara de ocultarse a sí misma que amaba a Ángel con una pasión que quizá fuera mayor por saber que las demás aspiraban al amor del joven. El sentimiento del amor es contagioso, sobre todo entre mujeres. Y a pesar de que su corazón sufría las mismas ansias, compadecía a sus compañeras. La honrada condición de Tess había combatido aquella inclinación, pero harto débilmente, y la consecuencia no había podido ser otra.

—¡Jamás me atravesaré en tu camino ni en el de ninguna! —le aseguró Tess a Retty con lágrimas en los ojos aquella noche en el dormitorio—. Es cosa decidida. No creo que haya pensado en casarse conmigo, pero si llegara a declarárseme le daría calabazas. Y lo mismo que a él, a cualquier otro.

—¿Que le darías calabazas? ¿Y por qué? —le preguntó atónita Retty.

—¡Pues porque así tiene que ser! Aunque con toda franqueza te digo que no porque yo me fuera os habría de requerir de amores a ninguna de vosotras.

—¡Jamás me he hecho esa ilusión!… ¡Nunca en la vida! —gimió Retty—. ¡Ay! ¡Qué gusto si Dios me llevara!

La pobre niña, desgarrada por un sentimiento que aún no comprendía, se encaró con las otras dos muchachas, que subían en aquel momento.

—Ya podemos ser otra vez amigas suyas —les dijo—. Tampoco cree que se decida por ella.

Desvanecida la desconfianza que entre ellas reinara por un momento, volvieron a su franca y cordial intimidad.

—A mí me tiene ya todo sin cuidado —dijo Marian con voz de bajo profundo—. Estaba para

casarme con un vaquero de Stickleford que me habría requerido ya dos o tres veces, pero ahora antes me mataría que ser su mujer. Y tú, Izz, ¿qué dices?

—Yo confieso —dijo Izz— que hoy estaba segura de que iba a besarme cuando me tenía cogida, y me estaba muy quietecita, muy pegada a su pecho. Pero no lo hizo. Así que he decidido irme de aquí. ¡Y me vuelvo a casa!

Se diría que el aire del dormitorio palpitaba con la desesperada pasión de las jóvenes. Se retorcían febriles con la opresión de un anhelo impuesto por la ley cruel de la naturaleza, de una emoción que ninguna de ellas había esperado ni deseado sentir. El episodio de aquel día había avivado la llama que ardía en sus corazones, y casi no tenían ya fuerzas para resistir a tamaña tortura. Aquella pasión borraba las diferencias individuales que las distinguían, convirtiéndolas en elementos integrantes de un solo organismo llamado sexo. Reinaba entre ellas tanta franqueza y se inspiraban tan pocos celos por no tener ninguna de ellas esperanzas. Prudentes todas ellas, ni se hacían ilusiones engañosas, ni ocultaban su amor, ni se cegaban con la idea de brillar más que las otras. El claro conocimiento que tenían de la inconsistencia de cualquier loca esperanza, fundado en un punto de vista social, su irresponsabilidad ante el surgir de aquel sentimiento, la voluntaria modestia de sus aspiraciones, la ausencia de toda base que justificara la existencia de un amor como aquél a los ojos de la sociedad (aunque la tuviera cumplida y sobrada a los de la naturaleza), el hecho de que existiera y las exaltara con dulce agonía, todo eso les infundía una resolución, una dignidad que hubieran venido a tierra ante la menor esperanza de conquistarle para marido.

Las jóvenes se revolvían inquietas en sus lechos, mientras se oía allá abajo el monótono goteo de la prensa del queso.

—¿Estás despierta, Tess? —murmuró una de las jóvenes al cabo de media hora.

Era la voz de Izz Huett.

Replicó Tess afirmativamente, y a renglón seguido Retty y Marian bajaron sus sábanas y suspiraron:

—¡Y nosotras también!

—Me gustaría saber cómo es esa señorita que dicen que su familia le ha buscado…

—¡Y a mí también me gustaría! —exclamó Izz.

—Pero ¿es que le tienen buscada novia? —murmuró Tess sobresaltada—. Yo no lo sabía.

—Pues sí…, eso dicen, una joven de su clase, hija de un pastor que vive cerca de Emminster, la parroquia de su padre; ahora, que a él parece que no le hace feliz. Aunque acabará por casarse con ella.

Aunque era muy poco lo que las jóvenes sabían acerca de ese particular, fue lo bastante para poblar de sueños dolorosos las sombras de la noche. Se pusieron las mozas a imaginarse todos los pormenores del asunto, el consentimiento del muchacho, los preparativos para la boda, la alegría de la novia, su vestido y su velo blanco y la felicidad de que en su hogar disfrutaría, allá para más adelante, cuando ya se les hubiera pasado a ellas aquel enamoramiento. Y así se estuvieron charlando, condoliéndose y llorando hasta que por fin el sueño ahuyentó su amargura.

Después de aquella revelación perdió Tess toda esperanza de que Clare abrigase alguna intención seria acerca de ella, no obstante las deferencias de que la hacía objeto. Aquello, a juicio de

Tess, era una simple pasión de verano, y nada más. Y lo que sobre todo aquello ponía como una corona de espinas, era el pensar que ella, la más preferida entre todas y la más apasionada, inteligente y hermosa, fuera, de acuerdo con los prejuicios sociales, menos digna de él que aquellas otras en las cuales Ángel no reparaba.

XXIV

En medio de la desbordante exuberancia y las cálidas fermentaciones del valle del Var en aquella época del año en que casi podía oírse el palpitante fluir de la savia en los troncos, era imposible que el más volandero amor dejara de volverse apasionado. Los pechos henchidos de vida que allí alentaban se impregnaban del ambiente.

Pasaba julio por encima de sus cabezas y el tiempo termidoriano que le siguió pareció un esfuerzo que hiciera la naturaleza para abatir los bríos de los corazones en la granja de Talbothays[74]. El aire de aquel lugar, tan fresco en primavera y a los comienzos del verano, resultaba ya abrumador en aquella calma insoportable. La fuerza calcinante del sol tornaba pardas las zonas altas de los prados, pero todavía se mantenía el abigarrado verdor de las praderas allí donde serpenteaban los arroyos. Y así como Clare se sentía abrumado en lo exterior por la ardorosa atmósfera, se sentía también oprimido interiormente por el hervoroso fervor de la pasión que sentía por la dulce y callada Tess.

Pasadas las lluvias, se habían secado ya mesetas y colinas. Las ruedas del carro de la vaquería, cuando corría de vuelta del mercado, removían la polvorienta superficie de la carretera, dejando tras de sí blancas cintas de polvo, cual si los viajeros hubieran vertido a su paso un reguero de pólvora inflamada. Las vacas saltaban desmandadas por los portones del tinado, enloquecidas por los tábanos; el ganadero Crick permanecía en mangas de camisa desde el lunes al sábado; por más que se abrieran las ventanas no se activaba en lo más mínimo la circulación, y en el jardín de la granja mirlos y zorzales se arrastraban por debajo de la maleza rastrera, más como cuadrúpedos que como seres alados. Por todas partes, en la cocina, en las demás habitaciones, por el suelo, las paredes y el techo y hasta por los cajones de las mesas andaban las moscas, tenaces y pesadas, posándose hasta en las manos mismas de las mozas. Todas las conversaciones versaban sobre la insolación, mientras se resentía la elaboración de manteca y todavía más su conservación.

El ordeño se hacía en los prados, buscando la frescura y comodidad y también con objeto de ahorrarse el trabajo de encerrar a las vacas. Durante el día seguían los animales con toda fidelidad la sombra del árbol más pequeño, según iba dando vueltas a su alrededor, con el giro diurno, y cuando iban las mozas a ordeñarlas apenas si podían estarse quietas las pobres vacas ante el asedio de las moscas.

Una de aquellas tardes acertaron a encontrarse separadas de las demás, junto a la esquina del seto, cuatro o cinco vacas todavía no ordeñadas, de cuyo número eran *Escandalosa* y *La Vieja*, que preferían las manos de Tess a las de todas las demás muchachas. Al dejar ella su taburete luego de ordeñar una vaca, Ángel, que llevaba algún tiempo observándola, le preguntó si se proponía ordeñar a renglón seguido a los animales mencionados. Asintió ella en silencio, y llevando el taburete en una mano y sujetando la colodra contra su cadera, se encaminó al lugar donde estaban las vacas. No tardó en oírse el gorgoteo de la leche de *La Vieja* al caer en la colodra, y habiéndolo oído Ángel desde el otro lado del seto, dobló también la esquina a fin de proceder al ordeño de cierta vaca díscola que

por allí vagaba, pues ya era él tan diestro como el propio señor Crick.

Era costumbre casi general de mozos y mozas hincar la frente al ordeñar en el cuerpo de la vaca y mirar al fondo de la colodra. Mas algunas, principalmente las más jóvenes, no pegaban así la cabeza. Tess Durbeyfield apoyaba ligeramente una de las sienes en el vientre del animal y fijaba sus ojos en la verde lejanía del prado con la plácida actitud de quien se entrega a la meditación. Así estaba ordeñando ahora a *La Vieja*, y el sol que llegaba por el lado del ordeño le caía de lleno sobre el cuerpo, vestido de rosa, y la blanca gorra de visera, haciendo que su perfil resaltase con toda precisión, cual un camafeo, recortado sobre el fondo oscuro de la vaca.

No sabía Tess que Clare la había seguido y que estaba allí contemplándola a ella mientras ordeñaba a su vaca. Era notable la inmovilidad de la cabeza y las facciones de la muchacha; se hubiera dicho que estaba privada de conocimiento, con los ojos muy abiertos y sin ver. Nada se movía en aquel cuadro, como no fuera el rabo de *La Vieja* y las sonrosadas manos de Tess, estas últimas con mucha suavidad, como si fueran sólo el ritmo de una pulsación, cual si obedecieran a un impulso reflejo, como un corazón palpitante.

¡Qué adorable le parecía su rostro al joven! Y sin embargo, nada de etéreo había en él, sino que todo era vida verdadera, calor efectivo, realidad corpórea. Y toda esa suma de energías culminaba en la boca de Tess. Ojos tan profundos y expresivos los había visto él alguna vez con cejas igualmente arqueadas, y también había visto barbillas y gargantas no menos perfectas; lo que nunca había visto el joven era una boca como aquélla. Para un joven que sintiese siquiera un poco de fuego en su sangre, aquel respingo del labio superior de Tess tenía que resultar de un enloquecedor hechizo. Nunca viera Ángel labios y dientes de mujer que con tanta persistencia le recordasen aquella metáfora elisabetiana de las rosas llenas de nieve[75]. Con lo enamorado que estaba, podía haberlos encontrado perfectos llevado del entusiasmo. Pero no, no eran perfectos. Y el toque de imperfección en lo casi perfecto era precisamente lo que infundía a aquellos rasgos infinita dulzura, poniéndoles el sello de lo humano.

Tanto había estudiado Ángel las curvas de aquellos labios, que podía reproducirlos mentalmente con toda facilidad. Y al verlos ahora de nuevo, animados de color y de vida, sentía su hechizo con tal fuerza en sus nervios que casi se ponía malo; y efectivamente, quizá por algún misterioso proceso psicológico le acometió al joven un prosaico estornudo.

Entonces fue cuando Tess reparó en que la estaba él mirando, mas no lo demostró con ningún cambio de postura, si bien desapareció la extraña y soñadora serenidad de su actitud. Y aunque quien la hubiera mirado de cerca hubiera podido observar que se acentuaba el rubor de su rostro, apagándose luego en un matiz levísimo, nada dejó traslucir al exterior, aparte eso.

El influjo ejercido en Clare por la joven no fue vano. Prudencias, reflexiones, temores y reservas pasaron a segundo término cual batallón derrotado. Saltó el joven de su asiento, y dejando expuesta su colodra a una coz de la vaca, se lanzó hacia donde le impulsaba su corazón, y arrodillándose junto a Tess, la estrechó en sus brazos.

Tess se quedó sorprendida y se rindió al abrazo con irreflexivo fatalismo. Viendo que era realmente su enamorado quien a ella se dirigía, y no cualquier otro, abrió sus labios y se le abandonó en su alegría momentánea con algo muy parecido a un grito extático.

Estuvo él a punto de besar aquella boca, harto tentadora, mas se contuvo por un sentimiento de tierno escrúpulo.

—¡Perdóneme usted, Tess! —murmuró—. No sé lo que he hecho. ¡No ha sido mi intención tomarme ninguna libertad! ¡Tess del alma, yo la adoro! ¡De verdad!

La Vieja echó a su alrededor una mirada de asombro, y al ver que había casi debajo de ella dos personas, cuando lo corriente es que hubiera una sola, levantó malhumorada una de las patas traseras.

—*La Vieja* se ha enfadado… ¡Va a tirar la leche! —exclamó Tess, procurando suavemente ponerse a salvo, sin quitar la vista de los movimientos del animal y con el corazón enteramente absorto en la mutua pasión que los embargaba.

Se levantó de su asiento y ambos permanecieron juntos, rodeándole Ángel el cuello con su brazo. Los ojos de Tess, perdidos en la lontananza, empezaron a cuajarse de llanto.

—¿Por qué lloras, amor mío? —le preguntó Ángel.

—No lo sé —balbució ella.

Y al comprender la situación en que se hallaba se sintió muy agitada y trató de apartarse.

—Al fin he revelado mis sentimientos, Tess —dijo él con un suspiro de grata desesperación, que revelaba haber triunfado su corazón sobre su cabeza—. No necesito decirte que te quiero con toda mi alma. No hablemos más de esto por ahora. Veo que te has impresionado mucho. Te ha cogido de sorpresa, lo mismo que a mí. No creas que al proceder con ese aturdimiento quise aprovecharme de tu desamparo; que he sido demasiado rápido y sin pensarlo. ¿Verdad que no lo crees así?

—No, ¿cómo voy a creerlo?

Ya la había él soltado y a los dos minutos ya estaban ambos de nuevo ocupándose en sus tareas. Nadie había presenciado aquella fusión de los dos en uno, y cuando al poco rato pasó el ganadero por aquel oculto rincón nada hubiera podido revelarle que aquellos dos seres, tan separados el uno del otro, se hallaban unidos por otra cosa que por una simple amistad. Pero desde que Crick los viera la última vez había sucedido un episodio que cambiaba para ambos jóvenes la faz del mundo y que de haberlo sabido el ganadero le hubiera merecido un juicio despectivo, a fuer de hombre práctico, aunque se fundaba en una tendencia más irresistible que todo ese cúmulo de cosas que se ha dado en llamar prácticas. Se había descorrido un velo, abriendo para ambos jóvenes un nuevo horizonte. Para mucho o para poco tiempo.

Cuarta fase

LA CONSECUENCIA.

XXV

Sintiéndose inquieto Ángel salió de la casa al cerrar la noche, mientras la que le había conquistado se retiraba a su cuarto.

Hacía una noche tan bochornosa como el día. No corría viento ni había frescor alguno más que en la misma hierba. Los caminos, las sendas del jardín y los muros de la casa y del tinado eran otros tantos hornos abrasadores que reflejaban la temperatura del mediodía en el rostro del noctámbulo.

Ángel se sentó junto a la puerta oriental del patio de la granja, y no sabía qué pensar de sí mismo. Su buen sentido había cedido por completo al sentimiento.

Luego de aquel súbito abrazo de tres horas antes, ellos no habían vuelto a estar juntos. Ella parecía sobrecogida, casi asustada de lo ocurrido, en tanto que él estaba inquieto por la novedad, la impremeditación, el dominio de la circunstancia; siendo tan palpitante y contemplativo como era. Apenas podía definir sus relaciones hasta aquel momento, ni acertaba a trazarse la norma de conducta que en adelante habría de seguir con los demás.

Ángel había ido a la granja a imponerse en aquellas labores, pensando que su estancia allí no había de ser sino un mero episodio de su vida, pronto pasado y dado al olvido; había ido allí como a un lugar desde el que pudiera contemplar con todo sosiego el espectáculo absorbente del mundo exterior para exclamar después con Walt Whitman:

Muchedumbres de hombres y mujeres,
con vuestros diarios arreos
¡qué raros me parecéis[76]*!*

y meditar un plan para lanzarse otra vez a ese mundo. Pero ¡ay!, que ese absorbente espectáculo se había acercado demasiado. Lo que para él fuera hasta entonces el mundo de sus afanes se había disuelto en remota lejanía, mientras que aquí, en este lugar al parecer oscuro y desapasionado, se había producido en forma de erupción volcánica la novedad, con fenómenos y caracteres mucho más sorprendentes que cuanto viera en parte alguna.

Como estaban abiertas todas las ventanas de la casa, Ángel podía oír, desde el patio, esos triviales rumores propios de una casa cuando la gente se recoge para descansar. Aquella granja tan humilde e insignificante; aquel lugar, tan propio, a juicio de Ángel, para llevar en él una existencia retraída y transitoria; aquella casa que hasta entonces no pareciera tener personalidad propia en el paisaje, ¡cómo había cambiado ahora! Los viejos ladrillos del alero vestidos de líquenes le decían a Ángel: «¡Quédate aquí!». Las ventanas le sonreían, la puerta le llamaba y le atraía, la enredadera que tapizaba las paredes parecía querer atraparlo. Allí dentro había una criatura de tan poderoso influjo que comunicaba a los ladrillos, a la argamasa y al cielo mismo que los cubría la palpitación de una ardiente sensibilidad. ¿Y cuál era esa personalidad tan poderosa? Pues una moza lechera.

Era en verdad asombrosa la importancia que la vida de la humilde granja había adquirido para él. Y aunque ese nuevo amor influyese en ello, no se reducía a eso todo. No era Ángel el único en descubrir que la magnitud de las vidas estriba, más que en sus cambios y movimientos exteriores, en sus experiencias subjetivas. El aldeano impresionable lleva una vida más amplia, henchida y dramática que un rey de sentidos obtusos. Y pensando de esta suerte dedujo Ángel que la vida tenía allí la misma importancia que en cualquier otra parte.

A despecho de sus defectos y debilidades y heterodoxia, era Ángel un hombre de recta conciencia. No le parecía Tess una criatura insignificante, con la que se pudiera jugar para olvidarla luego, sino una mujer con una preciosa vida, que para ella que la sufría y la gozaba adquiría dimensiones tan grandes como la vida de un potentado. Por sus sensaciones gravitaba sobre Tess el mundo entero; a través de su vida vivían para ella sus semejantes. El universo mismo sólo empezó a existir para Tess el día exacto en que nació.

Aquella conciencia en la que el joven se había entrometido era la única oportunidad de existir que hasta entonces se dignara concederle a Tess la nada comprensiva causa primera; la sola y única oportunidad que le brindara. ¿Cómo, pues, había él de mirarla como si le fuera inferior, como a preciada bagatela que se acaricia y se abandona cuando nos harta? ¿Y cómo no había de tratarla con la mayor seriedad que había logrado despertar en su corazón, siendo Tess tan ardorosa e impresionable, en medio de su recato, sin causarle un daño infinito?

Verse todos los días con ella, siguiendo la costumbre, equivaldría a desarrollar lo ya empezado. Vivir en tan estrecha relación significaría entregarse a una pasión ineludible que no podrían resistir el alma ni el cuerpo; pero habiendo llegado antes a alguna conclusión respecto al designio definitivo de su inclinación a la joven, resolvió apartarse por el momento de aquellas faenas en que ambos coincidían. Hasta ahora el daño no era grande. Mas no era fácil mantener la resolución de estar a distancia de la joven cuando a ella lo impulsaban todos los latidos de su corazón.

Y Ángel pensó en ir a ver a los suyos. Podría sondearles sobre el particular. Antes de cinco meses terminaría su aprendizaje en la granja, y después de pasar algunos meses más en otras, ya estaría completamente al tanto de las faenas agrícolas y en condiciones de establecerse por su cuenta. ¿Acaso un agricultor no necesita casarse? ¿Y ha de ser su esposa una figura de cera para brillar en un salón, o una mujer familiarizada con las tareas de una granja? A pesar de que el silencio dio una respuesta lisonjera, determinó Ángel emprender su viaje.

Al almorzar cierta mañana observó en la mesa una de las muchachas que no había visto en toda la mañana al señor Clare.

—Es natural —dijo Crick—, como que ha ido a Emminster a pasar unos días con su familia.

Para las cuatro enamoradas que se sentaban a la mesa se nubló de pronto el sol y dejaron de cantar los pájaros. Pero ninguna reveló su desconsuelo con gestos ni palabras.

—Ya está terminándose el tiempo que ha de pasar aquí —añadió el ganadero con flemática e inconsciente crueldad—, y me figuro que ya estará echando sus cuentas para irse a otra parte.

—¿Cuánto le queda de estar aquí? —preguntó Izz Huett, que fue la única de aquellas malheridas jóvenes que pudo confiar en su voz.

Aguardaban las demás la respuesta del ganadero, cual si en ella les fuera la vida; Retty,

entornados los labios y la vista fija en el mantel; Marian, más sonrosada que de costumbre, y Tess, palpitante y con los ojos vueltos hacia los prados.

—No puedo decir exactamente el día sin consultar mi cuadernito —repuso Crick con la misma desconsoladora indiferencia—, aunque puede que haya alguna modificación, pues de seguro querrá imponerse un poco en la cría del ganado, y siendo así, hasta el año que viene no podrá marcharse.

Cuatro meses, más o menos, de torturante éxtasis en su compañía, «de gozo ceñido de dolor[77]». Y después, la negrura de una noche inexpresable.

A aquella hora de la mañana, Ángel cabalgaba en tanto por un estrecho camino, a cinco kilómetros de distancia de los comensales, en dirección al curato de su padre en Emminster, llevando, como podía, una cestita con ciertos budines y una botella de hidromiel, que la señora Crick mandaba como obsequio a sus padres. Se extendía ante el joven el blanco camino, sobre el cual resbalaban sus ojos, aunque sin verlo, pues lo que hacían era sondear, indagadores, el futuro. La amaba, ¿debía casarse con ella? ¿Qué dirían su madre y sus hermanos? ¿Qué diría él mismo un par de años después de casado? Todo dependía de que los gérmenes de aquella firme convivencia sobreviviesen a la emoción transitoria o de que solamente se tratase de un capricho de los sentidos sin base perdurable.

Al cabo divisó el joven en la hondonada el pueblecito de su padre rodeado de colinas; la torre de la iglesia Tudor, de roja piedra, y el bosquecillo cercano a la casa parroquial, descendiendo entonces cuesta abajo hacia la conocida puerta. Mirando hacia el templo, antes de entrar en su casa, reparó Ángel en un grupo de muchachas que estaban a la puerta de la sacristía; chicas de doce a dieciséis años, que por las señas parecían esperar a alguien que no tardó en llegar, y que era una señorita de alguna más edad que las muchachas, con sombrero de ala ancha y traje de mañana, llevando un par de libros en la mano.

La conoció al punto Ángel. No pudo cerciorarse de si le habría reconocido ella, y deseó que no fuese así, para no verse en la necesidad de acercarse y hablar a la irreprochable criatura que era ella. Una resistencia invencible a saludarla le movió a dar por cosa segura que ella no le había visto. Era aquella joven Mercy Chant, hija única de un amigo y vecino de su padre y con la cual éste quería casarlo. Era muy versada en antinomianismo[78] e impuesta en la Biblia, y sin duda ahora iba a dar su clase. Y la imaginación de Ángel voló hacia las apasionadas paganas del valle del Var, curtidas por el sol, con los encendidos rostros salpicados de estiércol de vaca, y hacia la más apasionada de todas ellas.

Como su viaje a Emminster había sido una cosa impensada, no había escrito a sus padres avisándoles, por más que hizo todo lo posible por llegar a su casa a la hora del almuerzo, antes que su padre se hubiera ido a sus deberes parroquiales. Era ya algo tarde cuando llegó el joven, y estaba su familia sentada a la mesa. Al entrar él se levantaron todos para recibirle. Allí estaban sus padres, su hermano, el reverendo Félix, párroco de un pueblo del vecino condado, que había ido allí a pasar una temporada, y su otro hermano, el reverendo Cuthbert, el erudito clásico, *fellow* y decano de su Colegio, que había venido de Cambridge a pasar allí las vacaciones. Su madre tenía puesta una cofia y caladas sus gafas de armazón de plata, y su padre aparecía como lo que en realidad era: hombre fervoroso, temeroso de Dios, un tanto macilento, frisando en los sesenta y cinco, y de pálido rostro,

que las cavilaciones y el celo por su profesión le surcaran de arrugas. Presidía la estancia el retrato de la hermana de Ángel, la mayor de todos, que le llevaba a él dieciséis años y que vivía en África casada con un misionero.

Pertenecía el anciano señor Clare a un tipo de pastores que en los últimos veinte años se ha extinguido casi por completo. Descendiente espiritual en línea recta de Wycliff, Huss, Lutero y Calvino, era un evangélico de los evangélicos, un «conversionista», de sencillez apostólica en su vida y sus ideas, sin admitir ninguna discusión sobre las cuestiones serias de la vida, que examinara a fondo en su juventud. Incluso sus compañeros mismos de época y manera de pensar, le consideraban extremoso y sus adversarios no tenían más remedio que admirarle a su pesar, por la austeridad de su conducta y por la notable habilidad que demostraba para rechazar toda objeción en materias de principios, abroquelándose en la energía con que los aplicaba. Era entusiasta de Pablo de Tarso, gustaba mucho de san Juan, odiaba a Santiago tanto cuanto se atrevía y miraba con recelo a Timoteo, Tito y Filemón[79]. El Nuevo Testamento, a su entender, más que una Cristiada, era una Pauliada[80], y más que una discusión, una embriaguez. Su convicción determinista resultaba tan arraigada que constituía un vicio, y, en su faceta negativa, llegaba a ser una filosofía de renunciamiento emparentada con las de Schopenhauer y Leopardi[81]. Desdeñaba los cánones y la rúbrica, se atenía a los artículos y era, sobre todo, sincero[82].

De haber llegado a enterarse directa o indirectamente del placer estético, sensual, pagano de la vida de naturaleza y de la exuberante feminidad que su hijo Ángel acababa de conocer en el valle del Var, hubiera seguramente reaccionado con violenta protesta. Una vez incurrió Ángel en la nefanda osadía de decirle a su padre en un momento de exaltación que más le hubiera valido a la humanidad que el manantial religioso de la civilización moderna hubiera brotado en Grecia y no en Palestina, y no podríamos explicar cuánto indignó aquello al padre, que no podía comprender que en tal afirmación hubiera una milésima de verdad y mucho menos una verdad completa o a medias. Después de aquel episodio le siguió predicando a Ángel austeridad por algún tiempo. Mas la ternura de su corazón era tanta que jamás podía dar pábulo al rencor; y aquel día acogió a su hijo con la sonrisa dulce y cándida de un niño.

Se sentó Ángel a la mesa y pareció ya completo el hogar; sin embargo, no se sentía el joven tan de la familia como antes. Siempre que volvía a su casa comprobaba de nuevo aquella divergencia, pero nunca se había sentido tan ajeno a los suyos como aquella vez. Las trascendentales aspiraciones de su familia, aunque basadas de modo inconsciente en el concepto geocéntrico de las cosas, con un paraíso en el cénit y un infierno en el nadir, eran tan distintas a las suyas que le parecían sueños de gentes de otro planeta. En aquella temporada que acababa de pasar en el valle no había visto Ángel sino la vida, ni sentido otra cosa que el apasionado latir de la existencia, encontrándose libre y desembarazado de todos aquellos credos que fútilmente intentan suprimir lo que la prudencia se contentaría con regular.

La familia, por su parte, advirtió en él un profundo cambio, una notable diferencia comparado con el Ángel Clare de otro tiempo. Se les hizo, sobre todo, sensible tal diferencia en los modales y en su aspecto. Parecía como que llevaba camino de convertirse en un labriego, se le habían vuelto más expresivos los músculos de la cara, eran ahora sus ojos tan elocuentes como sus labios, si no

más; había perdido la distinción, no pareciendo ya un estudiante ni mucho menos un jovencito de salón. Un pedante hubiera dicho que había perdido su cultura, y un dandi, que se había embastecido; tal había sido el contagio que en él había ejercido aquella familiar convivencia con las ninfas y mozos de Talbothays.

Después del almuerzo salió a pasear con sus dos hermanos, jóvenes no evangélicos, muy bien educados, cortados por el patrón social y el colmo de la corrección, pudiendo presentárseles como modelo de la buena crianza. Ambos eran un poco miopes, y cuando se estilaba monóculo con cordón, llevaban monóculo, y cuando era costumbre gastar lentes, lentes gastaban ellos, sin perjuicio de quitárselos para ponerse gafas en cuanto éstas estuviesen de moda, sin atender para nada al alcance de su vista. Cuando hacía furor Wordsworth, llevaban siempre un libro suyo en el bolsillo, y cuando todo el mundo hacía ascos de Shelley, dejaban ellos sus obras empolvarse en los estantes. Si era moda admirar a las Sagradas Familias del Correggio, no dejaban ellos de admirarlas; cuando era Velázquez el que estaba en el candelero, seguían fielmente el gusto dominante, sin ponerle ningún reparo personal.

Pero si ellos advertían la progresiva torpeza social de Ángel, también éste notaba sus progresivas limitaciones mentales. En Félix veía a la personificación de la Iglesia; en Cuthbert, la de la universidad. Para el uno todo se reducía a los sínodos diocesanos y las visitas pastorales; para el otro no había más que Cambridge. Ambos reconocían, sin embargo, que había unos cuantos millones de proscritos de la sociedad civilizada, que no eran ni universitarios ni clérigos, a los cuales se les debía tolerar antes que contar con ellos y respetarles.

Eran tanto el uno como el otro hijos buenos y obedientes y visitaban a sus padres con toda regularidad. Félix, aunque nacido en una etapa más reciente de la evolución teológica que su padre, era menos desinteresado que él y menos propenso al sacrificio. Más tolerante que él para con la opinión ajena por el riesgo que pudiera significar llevar la contra al contrincante, era en cambio más intransigente en cuanto afectaba a su propio criterio. Cuthbert era en conjunto el más liberal, pero, aunque más sutil, tenía menos corazón.

Mientras paseaban por la falda de la colina revivió en Ángel su impresión primera de que aunque le llevasen alguna ventaja en lo físico o en lo espiritual, no conocían la vida como él en su verdadero aspecto. Tal vez, como les ocurre a muchos hombres, no fueran tan excelentes sus ocasiones de observar la vida como sus medios de expresión. Carecían también del concepto preciso de las complejas fuerzas que actúan fuera de la mansa y tranquila corriente en que flotaban ellos y sus cofrades. No veían la diferencia entre la verdad local y la verdad universal, ni comprendían que lo que se pensaba y decía en los círculos eclesiásticos y académicos era muy distinto de lo que pensaba el mundo exterior.

—Creo que para ti ya no hay más que la agricultura —dijo Félix, entre otras cosas, a su hermano menor, en tanto contemplaba a través de sus lentes la lejana campiña con triste austeridad— y por lo tanto es menester que te ayudemos en cuanto podamos. Pero te aconsejo que te esfuerces por mantenerte en el contacto más íntimo posible con los ideales morales. No hay que olvidar que la agricultura embastece el exterior de las personas, pero, no obstante, la alteza de miras es compatible con la vida sencilla[83].

—Claro que lo es… —dijo Ángel—. ¿Es que no está probado eso hace ya diecinueve siglos? Digo, si me dejáis que me meta por un momento en vuestros dominios. ¿Por qué temes tú, Félix, que vaya yo a abandonar mis ideales morales y a pensar por modo más mezquino?

—Bueno, yo imaginaba, por el tono de tus cartas y nuestra conversación…, puede que sea solamente una presunción mía…, que estabas perdiendo capacidad intelectual. ¿No te hizo a ti el mismo efecto, Cuthbert?

—Mira, Félix —dijo Ángel con sequedad—, ya sabes que somos buenos amigos; cada uno de nosotros se mueve en el ambiente que le tocó en suerte, pero viniendo a lo de la capacidad intelectual, te diré que a mí me parece que tú, dogmático satisfecho, en vez de preocuparte de la mía debieras ponerte a averiguar qué ha sido de la tuya.

Bajaron a cenar a la hora en que su padre solía concluir sus tareas en la parroquia. De lo que menos se preocupaban el pastor y su esposa, acreditando así su altruismo, era de controlar las visitas que pudieran llegar por la tarde, aunque hay que reconocer que sus hijos hacían todo lo posible por convencerles de que debían atemperarse más en esto a las prácticas modernas.

El paseo les había abierto el apetito a los jóvenes, especialmente a Ángel, que era ya en cierto modo un hombre de aire libre, estaba acostumbrado a las profusas *dapes inemptas*[84] del ganadero, servidas de modo un poco tosco. Pero los viejos no llegaron sino cuando ya sus hijos estaban hartos de esperar. Los abnegados padres habían estado ocupados en abrirles el apetito a algunos de sus feligreses enfermos, a los que con notoria inconsecuencia se empeñaban en conservarles en la prisión carnal, olvidándose del propio apetito.

Se sentó la familia a la mesa, en la que había servida una comida frugal consistente en fiambres. Ángel miraba con interrogadores ojos a su alrededor, buscando los budines de la señora Crick, que él había mandado pasar por el horno, según era costumbre en la vaquería, y cuyos maravillosos sabores campestres quería el joven que sus padres apreciasen y tuviesen en tan alta estima como él.

—¡Ah! Buscas los budines, ¿no es verdad, hijo mío? —le dijo su madre—. Pero estoy segura de que no te importará pasarte sin ellos. Yo le expuse a tu padre mi parecer de que debíamos llevar el regalo de la señora Crick a los hijos de un hombre que no puede ganarlo por ahora por sus ataques de *delirium tremens*, y tu padre estuvo de acuerdo en que les gustaría mucho, de suerte que así lo hicimos.

—Muy bien hecho —repuso Ángel, buscando con los ojos la botella de hidromiel.

—El hidromiel lo he encontrado demasiado alcohólico —continuó su madre—, y como no me parecía propio para bebida, sino para emplearlo como remedio, lo mismo que el ron o el aguardiente, lo he guardado en el botiquín.

—Nosotros, por principio, no bebemos alcohol a la mesa —agregó el padre.

—Pero entonces, ¿qué voy a decirle después a la mujer del ganadero?

—¿Qué has de decirle sino la verdad?

—Pues yo preferiría decirle que nos habían sabido a gloria el hidromiel y los budines. Es una mujer muy obsequiosa y amable, y con seguridad que será lo primero que me pregunte a mi regreso.

—Como no los hemos probado, no puedes decirle otra cosa —observó el pastor sentencioso.

—¡Claro! ¡Aunque ese hidromiel debía estar… de órdago!

—¿Qué es eso? —exclamaron a coro Cuthbert y Félix.

—Es una expresión que usamos allí —replicó Ángel un poco azorado.

Comprendió que sus padres y hermanos eran tan irreprochables en punto a moral práctica como injustos por su falta de sentimiento y no volvió a insistir.

XXVI

Hasta el anochecer, después de la oración familiar, no halló Ángel oportunidad de exponerle a su padre uno de los dos temas que le embargaban el corazón. Había cobrado ánimos para tal empresa, mientras permanecía arrodillado sobre la alfombra, fija la vista en los clavos de las suelas de las botas de excursionista que gastaban sus hermanos, puestos de hinojos delante de él. Terminado el oficio, salieron ellos con su madre, dejando a Ángel a solas con el venerable pastor.

Al principio discutió el joven con su padre acerca de sus proyectos conducentes a hacerse una posición brillante como ganadero en gran escala en Inglaterra o en las colonias. Su padre le dijo que como no habían gastado nada en él, por no haber ido a estudiar a Cambridge, consideraba deber suyo, desde hacía tiempo, ir ahorrando una suma anual a fin de dársela cuando la necesitara para comprar o arrendar alguna finca, de suerte que no pudiera considerarse peor tratado que sus hermanos.

—Por lo que hace a la riqueza terrenal —continuó su padre—, en pocos años has de encontrarte en posición muy superior a la de tus hermanos. Aquellas consideraciones del anciano le dieron pie a Ángel para tocar el otro tema, mucho más querido de su corazón. Hizo observar a su padre que tenía ya veintiséis años y que al emprender un negocio rural necesitaba por lo menos cuatro ojos para atender a todos los asuntos, alguien que le ayudase en las faenas domésticas del establecimiento mientras él estaba en el campo. ¿No sería, por lo tanto, conveniente que se casase?

No encontró su padre falta de fundamento la idea, y Ángel sometió a su juicio esta cuestión.

—¿Y qué clase de esposa le parecería más adecuada para un agricultor laborioso y económico?

—Una buena cristiana, que sería un consuelo y una ayuda para ti en tus ideas y venidas[85]. Lo demás, poco importa. Y no creo que sea difícil encontrar una mujer así. Precisamente mi buen amigo y vecino el señor Chant…

—¿Pero no cree usted, padre, que convendría que la mujer en cuestión supiera ante todo ordeñar vacas, hacer buena manteca y buen queso, cuidar gallinas y pavos, criar pollos, gobernar a una cáfila de trabajadores, si llega el caso, y apreciar el valor de los rebaños y ganados?

—Hombre, sí, no estaría mal, no estaría mal —dijo el pastor, que nunca había pensado en ello—. Pero he de advertirte que puesto a buscar una mujer decente y buena, no encontrarás otra mejor ni que esté más en consonancia con las ideas de tu madre y mías que tu amiga Mercy, que antes parecía inspirarte alguna simpatía… Cierto que la hija de mi vecino el doctor Chant ha dado últimamente en la moda de este clero moderno de decorar la mesa de la comunión (el altar, creo que le oí llamarlo un día con la consiguiente extrañeza) con flores y demás adornos, los días de fiesta. Pero su padre, que es tan enemigo de semejantes trivialidades como yo, confía en que podrá curarse de esa manía. Se trata de un capricho enteramente pueril y que no ha de durarle mucho.

—Sí, sí, Mercy es buena y piadosa, ya lo sé. Pero ¿no cree usted, padre, que una joven igualmente pura y virtuosa que la señorita Chant, pero que en vez de dominar las funciones eclesiásticas femeninas conociese las obligaciones de la mujer de un agricultor tan bien como él,

habría de serme mucho más conveniente?

Insistió su padre en su convicción de que el conocimiento de las obligaciones de la mujer de un agricultor era cuestión secundaria al lado de un modo de ver la humanidad según san Pablo, y el impulsivo de Ángel, deseando al mismo tiempo halagar a su padre y abogar por el pleito de su corazón, se puso sutil. Y le dijo al anciano que la suerte, o, mejor dicho, la providencia, había puesto en su camino a una joven dotada de cuantas condiciones podían desearse en la compañera de un agricultor, siendo además inteligente y seria en sumo grado. No podía decir el joven si pertenecía o no a la Iglesia evangélica como su padre, pero sí que era susceptible de dejarse convencer sobre el particular, iba todos los domingos a la iglesia y era una criatura llena de sencilla fe, buena, discreta, casta como una vestal y de excepcional hermosura.

—¿Y es de familia digna de entroncar con nosotros? ¿Es una señorita, en una palabra? —preguntó, sobresaltada, su madre, que se había colado en el cuarto sin hacer ruido.

—No es lo que en el lenguaje vulgar y corriente se llama una señorita —repuso Ángel sin titubear—, porque es hija de un lugareño, con orgullo tengo que decirlo. Pero, no obstante, es una señorita por su manera de ser y su manera de sentir y de obrar.

—Mercy Chant es de muy buena familia.

—¿Y eso qué importa, madre? —se apresuró a decir el joven—. ¿En qué puede aprovecharle eso a la esposa de un hombre que como yo se ha embastecido ya y tiene que embastecerse más todavía?

—Mercy es muy instruida. Y la instrucción y la cultura no dejan de tener su encanto —repuso su madre, mirándole a través de sus lentes de plata.

—Para la vida que yo he de hacer, ¿qué importan los requilorios exteriores? Y por lo que se refiere a la cultura, ya me cuidaré yo de eso… La joven a que me refiero ha de ser una discípula aventajadísima, como vosotros mismos podríais ver si la conocierais. Está saturada de poesía, de poesía hecha realidad, si me permitís la expresión… Vive lo que los poetas no hacen más que describir… Y es cristiana a machamartillo y quizá de la misma tribu, categoría y especie que vosotros deseáis propagar.

—¿Lo dices en son de burla, Ángel?

—¡Perdóneme usted, madre! Pero como va a la iglesia casi todos los domingos y es una buena cristiana, estoy seguro de que habríais de tolerarle alguna deficiencia social a cambio de eso y que no pondríais reparo a mi elección.

Ángel hacía resaltar casi en serio aquella ortodoxia, un tanto automática, de Tess, de la que —sin haber pensado jamás que pudiera favorecerle en un caso como el presente— había hecho burla allá en la granja, por el contraste de absoluta falta de realidad que formaba con otras creencias francamente naturalistas de Tess y las demás mozas.

Los señores Clare, en el desconocimiento en que estaban acerca de si aquello que su hijo decía de la desconocida joven era favor o justicia, hubieron de reconocer, sin embargo, que era una ventaja, después de todo, el que Ángel no pasase por alto ni menospreciase el hecho de ser aquélla una mujer de sanas creencias, llegando hasta pensar que acaso en aquello andaría de por medio la providencia, ya que a Ángel nunca se le hubiera ocurrido exigirle ortodoxia a su mujer. Después de escuchar el panegírico de la joven decidieron a una que no había que precipitar las cosas y que no

tenían inconveniente en conocerla.

Visto lo cual se abstuvo Ángel de insistir. Comprendía que, aun siendo sus padres muy sencillos y muy abnegados, abrigaban ciertos prejuicios latentes en la clase media, para dominar los cuales había que proceder con sumo tacto. Porque aunque legalmente nadie le impedía hacer su santa voluntad y la nuera no había de tener que vivir con sus padres, ya que él pensaba establecerse lejos, no deseaba Ángel contrariar los sentimientos de aquéllos en la determinación más importante de cuantas pudiera tomar en su vida.

Recapacitó luego en la inconsecuencia en que incurría él mismo al fijarse con excesiva atención en ciertas circunstancias de la vida de Tess, cual si fueran rasgos vitales de la muchacha. Él la quería por ella misma, por su alma, por su corazón, por su esencia humana, no por su destreza en los menesteres de la vaquería ni por sus aptitudes de discípula, y mucho menos todavía por sus sencillas creencias, puramente formales. La diáfana y franca existencia de la joven, exenta de todo sofisma, no requería el barniz del convencionalismo para resultar grata y amable. Él opinaba que la educación afectaba muy poco a los latidos de la emoción y a los impulsos en que se basa la ventura doméstica. Era probable que en el transcurso de los tiempos surgieran sistemas morales perfeccionados y una educación intelectual más eficaz que disciplinasen los resortes involuntarios y hasta los instintos subconscientes de la naturaleza humana; pero hasta el momento presente podía asegurarse, a su juicio, que el estado de la cultura sólo había afectado a la epidermis mental de las vidas desarrolladas bajo su influjo. Tal creencia la veía confirmada por su experiencia de las mujeres, que, habiéndose extendido últimamente de la clase media culta a la gente del campo, le había enseñado que era mucho menor la diferencia entre la mujer buena y discreta de una y otra clase social que entre la buena y la mala, la discreta y la necia de una misma clase.

Llegó la mañana de su partida. Sus hermanos se habían ido ya de casa en una excursión a pie por la parte del norte, terminada la cual regresarían el uno a su universidad y el otro a su curato. Podía haberles acompañado Ángel, pero prefirió ir a unirse con su amada en Talbothays. Hubiera constituido entre sus hermanos un elemento discordante, en punto a manera de pensar, y además no hubiera estado a su altura; porque aunque más perspicaz humanista que ellos, más penetrado de ideal religiosidad e incluso el más versado en cristología, sabía que nunca podría adaptarse a lo que de él esperaban. Ni a Félix ni a Cuthbert les habló el joven de Tess.

Su madre le preparó unos emparedados, y su padre, montado en su yegua, le acompañó un rato en su camino. Como ya habían tratado ampliamente de sus asuntos, escuchó el joven a su padre con reverente silencio en tanto recorrían los caminos cubiertos de sombra, y aquél le hablaba de sus apuros parroquiales y de la frialdad con que le trataban sus colegas, a pesar de lo mucho que él los estimaba, sólo por la estricta interpretación que él le daba al Nuevo Testamento, por efecto de lo que los otros llamaban pernicioso influjo calvinista.

—¡Pernicioso! —exclamó el reverendo Clare con vehemente desdén.

Y siguió contándole a su hijo experiencias y casos que demostraban lo absurdo de semejante opinión. Le relató las maravillosas conversiones de gentes encallecidas en el mal que había conseguido llevar a cabo no sólo entre los miserables, sino entre las personas pudientes; aunque, en honor a la verdad, no ocultaba los fracasos que también sufriera.

Como ejemplo de estos últimos citó el caso de un joven de buena posición, súbitamente encumbrado, llamado d'Urberville, que vivía a unas cuarenta leguas de allí, en las inmediaciones de Trantridge.

—¿No será de los antiguos d'Urberville, de Kingsbere y de otros lugares? —le preguntó su hijo—. ¿Esa famosa familia que ya se extinguió y de la que se cuenta esa peregrina leyenda de la carroza con cuatro caballos?

—No. Los d'Urbervilles auténticos vinieron a menos y desaparecieron hace sesenta u ochenta años, por lo menos, según mis noticias. Ésta que te digo parece ser una familia advenediza que ha tomado el apellido de la antigua, porque yo creo que son completamente espurios estos d'Urberville con respecto a la primitiva línea caballeresca. Pero me extraña ver que te interesan las familias antiguas. Yo pensaba que les concedías todavía menos importancia que yo.

—No me ha comprendido usted bien, padre, como le ocurre a usted con frecuencia —dijo Ángel un poco impaciente—. Desde el punto de vista político soy escéptico respecto al mérito de la antigüedad. Los mismos aristócratas, cuando son discretos, «claman contra su propia sucesión», como dice Hamlet[86], pero lírica, dramática y hasta históricamente me inspira interés la nobleza.

Aquel distingo, aunque no muy sutil, lo era en demasía para el anciano Clare, el cual continuó su historia por donde la dejara, refiriendo que al morir el llamado d'Urberville padre, se había entregado su hijo a los más culpables excesos, no obstante tener la madre ciega, circunstancia que hubiera debido servirle de freno. Habiendo llegado a oídas del pastor sus fechorías, cuando se hallaba de misiones por aquella parte del país, tuvo el atrevimiento de amonestar al joven, y aunque extraño al lugar y no obstante hablar desde el púlpito de un compañero, no tuvo reparo en hacerlo, eligiendo por tema las palabras de san Lucas: «¡Loco, esta noche será llamada tu alma al juicio![87]». Resentido el joven por comprender la singularidad del ataque, no tuvo escrúpulo de insultar públicamente al reverendo en la disputa que siguió, sin respeto a sus canas. Ángel se sonrojó, lleno de pesadumbre.

—Padre —dijo con tristeza—, ¿por qué se expone usted a ese sufrimiento?

—¡Sufrimiento! —exclamó el padre con el rostro radiante por el ardor de su entusiasmo—. El único sufrimiento que me produjo ese episodio fue por ese pobre joven atolondrado. ¿Crees tú que sus coléricas palabras, ni aun sus golpes, podían producirme algún dolor? «Insultados, bendecimos; perseguidos, sufrimos; difamados, oramos; somos hechos de la inmundicia de la tierra y de la escoria de todas las cosas, hasta este día[88]». Aquellas antiguas y hermosas palabras a los corintios vienen muy bien a este caso.

—Pero supongo que eso de los golpes será un decir, padre. ¿Los hubo realmente?

—No, en esa ocasión no. Pero más de una he tenido que aguantarlos de hombres enloquecidos por la embriaguez.

—¡Es posible!

—Sí, hijo mío. ¡Muchas veces he tenido que aguantarlos! Pero ¿qué importa eso? ¡Si a costa de ellos he logrado salvarlos de la perdición y conservarles la vida para que me lo agradeciesen y alabasen a Dios!

—¡Ojalá que ese hombre haga lo mismo! —dijo Ángel con fervor—. Aunque por lo que me dice

usted, no lo espero de él.

—No hay que desesperar nunca, hijo mío —le dijo el pastor—. Yo sigo rezando por él, aunque lo más probable es que no volvamos a encontrarnos en esta vida. Pero, después de todo, es posible que alguna de aquellas pobres palabras mías fructifiquen algún día en su corazón como una buena semilla.

El anciano reverendo mostraba ahora el vehemente entusiasmo de un niño; y aunque el joven no admitía su estrecho dogmatismo, reverenciaba su manera de ser, admirando al héroe a pesar del fanático. Tal vez venerase ahora más que nunca la conducta de su padre, por ver que éste no le había preguntado siquiera si Tess, la que iba a ser su mujer, era rica o pobre. Aquel mismo desprecio del mundo había sido la causa de que Ángel tuviera que ganarse la vida como agricultor, y probablemente lo sería también de que sus hermanos no pasasen nunca de ser unos párrocos pobres, mas no por ello admiraba menos Ángel el paterno desinterés. La verdad era que, a despecho de su heterodoxia, se sentía Ángel más cerca de su padre, desde el punto de vista humano, que de ninguno de sus hermanos.

XXVII

Después de subir y bajar los treinta kilómetros largos de ambas vertientes de una cañada, con el bochorno de aquel mediodía estival, llegó Ángel por la tarde a una colina distante un par de kilómetros al oeste de Talbothays, desde la cual volvió a ver el verde y húmedo recinto del valle de Var o de Froom. En cuanto empezó a bajar, y según se acercaba a la despejada cuenca de aluvión, iba haciéndose más pesada la atmósfera; el lánguido aroma de los frutos del verano, las brumas, el heno y las flores, formaban un extenso lago de perfumes que a aquella hora parecía rendir a los animales, mostrándose adormecidas incluso las abejas y mariposas. Tan familiarizado estaba Ángel con aquellos parajes, que desde lejos conocía a las vacas que pacían desparramadas por el prado. Con gran alegría se reconoció Ángel capacitado para estimar la vida, aquí, en su íntimo misterio, de un modo extraño para él en su época de estudiante; y aunque queriendo mucho a sus padres, no pudo menos de confesarse que no le costaba gran trabajo desprenderse de su hogar como de un superficial aditamento. Y eso que en Talbothays faltaba hasta ese freno que suele cohibir la espontaneidad entre la buena sociedad rural de Inglaterra, por no residir allí ningún gran propietario rural.

No se veía a nadie por los alrededores de la vaquería. Todos sus moradores se hallaban disfrutando de la siesta de una o dos horas que imponía el forzoso madrugón de la campaña de verano. A la puerta, las bruñidas colodras, relucientes de tan fregadas, colgaban cual sombreros en la percha del dentado y pelado tronco de encina allí hincado a tal objeto; estaban todas secas y listas ya para el ordeño de la tarde. Entró Ángel en la casa y, cruzando los silenciosos pasillos, se dirigió a los patios traseros, donde permaneció un momento escuchando. De la cochera llegaban pesados y recios ronquidos, que denotaban el profundo sueño en que yacían los hombres que allí tenían su dormitorio. Desde más lejos llegaban gañidos de cerdos jadeantes. Las anchas hojas del ruibarbo y las coles dormitaban también, dejando colgar al sol sus amplios haces, como sombrillas a medio cerrar.

Desensilló y echó pienso al caballo, y al entrar de nuevo en la casa eran ya las tres de la tarde. Era aquélla la hora del desnatado, y al mismo tiempo que las campanadas del reloj oyó Ángel crujir las maderas del piso alto y luego el ruido de alguien que bajaba las escaleras. Era Tess, que a los pocos instantes estaba delante de sus ojos.

No había oído entrar al joven, y a lo primero no daba crédito a sus ojos. Bostezaba la muchacha y Clare podía verle hasta el cielo de su boca, rojo como el de una serpiente. Había extendido Tess el brazo tan arriba, a la altura de su cabello, que podía apreciarse su satinada suavidad. Tenía el rostro arrebolado por el sueño y los párpados le caían pesadamente sobre los ojos. Desbordaba en ella la plenitud exuberante de su naturaleza. Era aquél el momento en que la hermosura de la mujer se encarna más profundamente, en que la más espiritual belleza se hace carne y el sexo adquiere supremacía en la presentación.

Luego, sus ojos brillaron refulgentes por entre sus párpados entornados, antes de que se hubiera despertado del todo el resto del semblante. Y con expresión de alborozo, timidez y sorpresa,

exclamó:

—¡Usted, señor Clare! ¡Me ha dado un susto!

No había tenido tiempo de pensar en el cambio que la declaración del joven había introducido en sus relaciones, mas la conciencia de su nueva situación asomó a su rostro al encontrarse con la tierna mirada de Clare, que había subido el primer escalón.

—¡Tess, amor mío! —murmuró Ángel, ciñéndola con sus brazos y pegando su cara a la suya—. No me llames más señor Clare. ¡Que si me he dado tanta prisa en volver ha sido sólo por verte!

Por toda respuesta el corazón apasionado de Tess palpitó contra el suyo, y ambos permanecieron allí de pie, cayéndole el sol oblicuo al muchacho por la espalda, mientras estrechaba contra su pecho a la joven, por cuyo rostro inclinado, azules venas del cuello, garganta y cabellera, se vertía también la lumbrarada solar. Tess, a lo primero, no osaba mirarle a los ojos, por temor a que él la encontrase fea recién levantada de la siesta. Pero luego alzó los ojos, y los de Ángel buscaron hasta el fondo de sus cambiantes pupilas, contemplándole entonces Tess como Eva debió de mirar a Adán en su segundo despertar.

—Tengo que ir a desnatar —exclamó luego de pronto la muchacha—, y en esa operación sólo puede ayudarme la vieja Deborah… La señora Crick ha ido al mercado con su marido, Retty no se siente bien, y las demás han salido y no hay que contar con ellas hasta la hora del ordeño.

Pero al encaminarse hacia la lechería encontraron en la escalera a Deborah Fyander.

—Ya estoy de vuelta, Deborah —le dijo Ángel, alzando la cabeza—. Así que puedo ayudar a Tess a desnatar, y como estará usted algo cansada, no tiene que bajar hasta la hora del ordeño.

Quizá la leche de Talbothays no quedara muy bien desnatada aquella tarde. Tess creía soñar, y en su ensueño veía objetos familiares con su color natural y en el sitio de costumbre, pero sin forma definida. Cada vez que ponía la espumadera bajo la bomba para enfriarla y reanudar el trabajo le temblaba la mano; saltaba tanto a la vista la ardiente pasión del muchacho, que ella parecía sucumbir, rendida, como la planta bajo el sol abrasador.

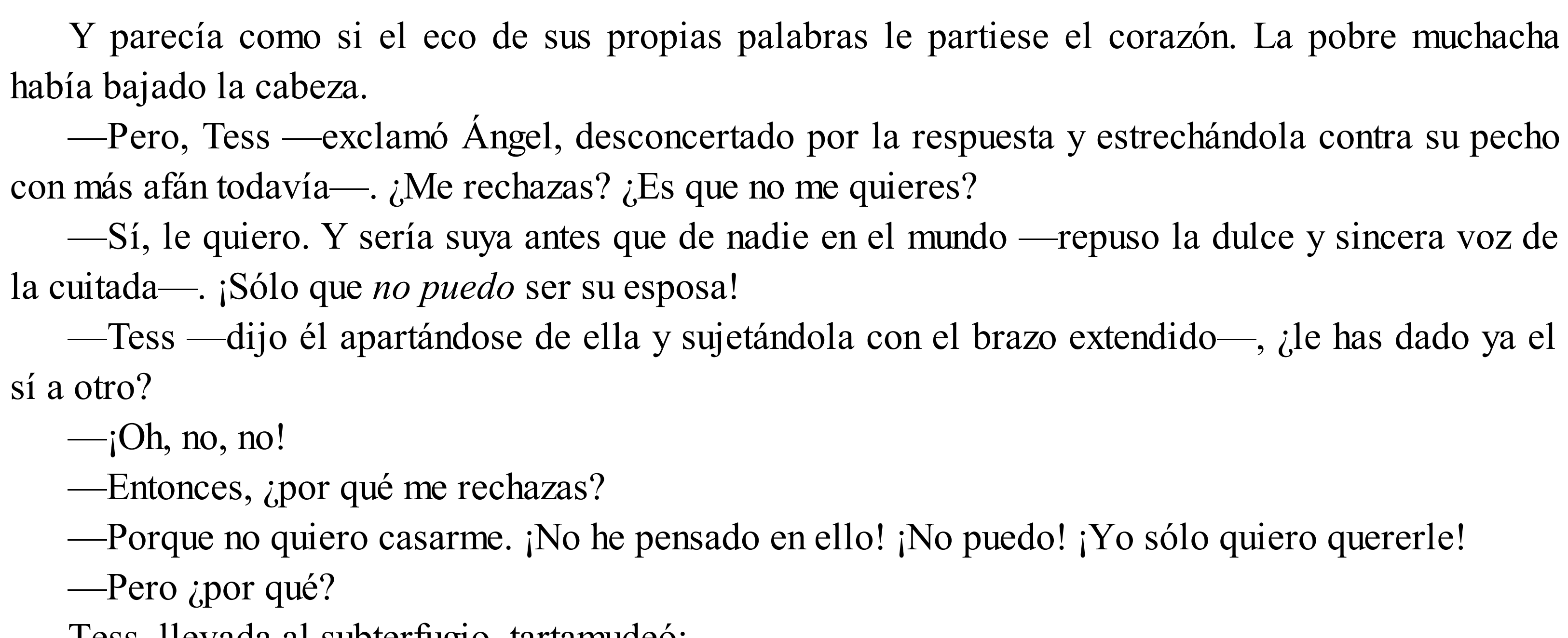
Ángel la estrechó nuevamente contra su pecho, y al terminar ella de pasar el dedo índice alrededor de las vasijas para recoger la nata desbordante, se lo limpió del modo más natural y primitivo, que no podían ser más adecuadas al caso las libres maneras que allí se estilaban.

—Lo mismo me da decírtelo ahora que más tarde, vida mía —continuó diciendo el joven—. Hace mucho tiempo, desde aquel día que estuvimos en los prados, quería preguntarte una cosa. Quiero casarme pronto, y como habré de gobernar una granja necesito una mujer que conozca todo el tejemaneje de una granja lechera. ¿Quieres tú ser esa mujer, Tess?

Lo dijo de esa manera para que la muchacha no pudiera pensar que lo hacía siguiendo un impulso del corazón que su razón no aprobara.

Ella quedó sobrecogida. Había cedido a las consecuencias inevitables de la proximidad, a la necesidad de amor que sentía su alma, pero no había previsto aquel repentino corolario que, a decir verdad, Ángel le había puesto delante sin tener propiamente intención de hacerlo tan pronto. Con un dolor de muerte murmuró la joven las palabras de la ineludible respuesta jurada como mujer de honor.

—¡Señor Clare, no puedo ser su esposa…, no puedo!



Y parecía como si el eco de sus propias palabras le partiese el corazón. La pobre muchacha había bajado la cabeza.

—Pero, Tess —exclamó Ángel, desconcertado por la respuesta y estrechándola contra su pecho con más afán todavía—. ¿Me rechazas? ¿Es que no me quieres?

—Sí, le quiero. Y sería suya antes que de nadie en el mundo —repuso la dulce y sincera voz de la cuitada—. ¡Sólo que *no puedo* ser su esposa!

—Tess —dijo él apartándose de ella y sujetándola con el brazo extendido—, ¿le has dado ya el sí a otro?

—¡Oh, no, no!

—Entonces, ¿por qué me rechazas?

—Porque no quiero casarme. ¡No he pensado en ello! ¡No puedo! ¡Yo sólo quiero quererle!

—Pero ¿por qué?

Tess, llevada al subterfugio, tartamudeó:

—Porque su padre es pastor y de seguro a su madre no ha de parecerle bien que se case con una como yo. Querrá que se case con una señorita.

—¡Qué ocurrencia!… ¡Pero si ya lo saben los dos, porque yo se lo he dicho! ¡Precisamente ése fue uno de los motivos de mi viaje!

—No podré… Nunca, nunca…

—¿Es que acaso te he hablado de eso con demasiada brusquedad, di?

—Sí… ¡Me ha cogido de sorpresa!

—Pues si quieres que demos tiempo al tiempo lo haremos así, Tess —repuso Ángel—. No debí decírtelo tan de sopetón. En una temporada no te volveré a hablar del asunto. Tomó ella otra vez la reluciente espumadera, la puso debajo de la bomba y continuó su faena. Mas no podía atinar, como otras veces, con la capa inferior de la nata, falta por el momento de la destreza que tal operación requería, ahondando unas veces demasiado en la leche y cortando otras en el aire. Apenas veía, pues le nublaban los ojos dos cegadoras lágrimas, producidas por un dolor que jamás podría confesarle a su mejor amigo y más amado protector.

—¡No puedo desnatar…, no puedo! —dijo desviando su cara de la del joven. Ángel, con mucha delicadeza, por no azorarla ni inquietarla más, se puso a hablarle de cosas más generales.

—No sabes cómo son mis padres. Lo más llano del mundo y sin pizca de ambición. Los dos son de los pocos que quedan de la escuela evangélica. Tess, ¿eres evangélica tú?

—No lo sé, Ángel.

—Tú vas a la iglesia con mucha regularidad, y este párroco nuestro es algo evangélico, según me han dicho.

Las ideas que Tess tenía acerca del párroco, al que oía predicar todos los domingos, resultaban mucho más confusas que las de Ángel, que no le oyera en su vida.

—Yo quisiera —dijo la joven— retener mejor en la memoria lo que oigo en la iglesia. Muchas veces me causa gran tristeza ver que no es así.

Se expresaba con tal naturalidad, que Ángel se decía a sí mismo que su padre no habría de tener reparo que ponerle a la muchacha en punto a religión, aunque ella ignorase si sus principios eran de

la alta Iglesia anglicana, o de la baja, o de la amplia. Infería el joven, por lo que decía Tess, que sus creencias, al parecer absorbidas en su infancia, tenían, si acaso, algo de tractarianismo en la fraseología y de panteísmo en la esencia[89]. Confusas o no, él estaba decidido a no combatirlas.

Deja a tu hermana orar en su inocencia
a su infantil cielo de optimismo;
no ensombrezca tu negro escepticismo
la armoniosa paz de su existencia[90].

Alguna vez le había parecido a Ángel tal consejo más musical que honrado, pero ahora lo aprobó plenamente.

Habló después a Tess de todos los episodios de su visita, de la vida que hacía su padre, del celo con que desempeñaba sus funciones, y la joven se serenó y pudo dar remate feliz y sin tropiezos a las operaciones del desnatado. Conforme ella pasaba de cubeta en cubeta, él la seguía vaciándolas.

—Me pareció verle algo desanimado cuando llegó —se aventuró a observar Tess, que procuraba a todo trance desviar la conversación de ella misma.

—Sí, es verdad. Mi padre me habló de sus dificultades e inquietudes, y siempre me desazona oírlo. Es tan celoso, que siempre está recibiendo sofiones y bofetadas de gente que no piensa como él, y no puedo oír que sufra tales humillaciones un hombre de su edad, tanto más cuanto que de nada sirve tal exceso de celo. Me ha contado una escena reciente que me ha apenado mucho. Había ido como delegado de una sociedad misionera a predicar en las cercanías de Trantridge, un lugar que dista sesenta kilómetros de aquí, y le dio la ocurrencia de ponerse a discutir con un joven cínico y disoluto que había por allí (el hijo de un propietario de aquella comarca), cuya madre es ciega. Mi padre le atacó a quemarropa, sobreviniendo una disputa entre los dos. Hay que reconocer que no estuvo bien en mi padre ponerse a discutir con un desconocido, cuando lo más probable era que no condujese a nada. Sólo que cuando él cree que debe hacer una cosa la hace, con oportunidad o sin ella, y la consecuencia de todo ello es que se crea enemigos, no sólo entre los francamente viciosos, sino también entre los sujetos de mediana conducta que no aguantan reconvenciones. Pero él dice que no se apura por lo ocurrido, y que hay formas indirectas de hacer el bien. Yo, sin embargo, quisiera que no se metiese en tales aventuras, ahora que ya está viejo, y que dejase a esos cerdos que se encenaguen cuanto quieran.

La mirada de Tess se había vuelto dura y fatigada, y su fresca boca expresó una mueca trágica, pero cesó el temblor que recorría su cuerpo. Mientras pensaba Ángel en su padre, no reparaba en ella. Y así fueron pasando por la blanca hilera de líquidos rectángulos, hasta que hubieron concluido de vaciarlos todos. Entonces volvieron ya las otras mozas y recogieron las colodras, mientras Deborah escaldaba las cubetas que habían de recibir la nueva leche.

—¿Y qué contestas ahora a mi pregunta, Tess?

—¡No, no! —replicó ella con lúgubre desesperanza, cual si aquella alusión a Alec d'Urberville le hubiera hecho oír de nuevo el torbellino de su pasado—. ¡No puede ser!

Salió hacia el prado, uniéndose a sus compañeras de un salto, como si esperase que el aire libre

aventase la tristeza que la oprimía. Las mozas se encaminaron al otro prado más lejano en que estaban pastando las vacas. Avanzaba el grupo con la gracia atrevida de los animalejos que retozan en la selva, con esa movilidad alocada propia de mujeres habituadas al espacio ilimitado, que les hacía abandonarse al aire como el nadador a la ola. Y al ver de nuevo a Tess le pareció a Ángel que era muy natural elegir compañera entre las hijas de la libre naturaleza y no entre las que habitaban la morada del arte.

XXVIII

Aquel rechazo, aunque inesperado, no abatió definitivamente a Ángel. Su experiencia con las mujeres era lo bastante rica para no comprender que la negativa es muchas veces el prólogo del consentimiento, aunque ignoraba que la presente negativa constituía una excepción a la estrategia de la coquetería. Consideraba él como una seguridad el que ella le hubiera permitido cortejarla, sin pararse a pensar en que en los campos y pastizales «suspirar gratis[91]» es cosa indiferente y vana, pues el simple escarceo amoroso se practica allí desinteresadamente, sólo por la grata delicia que procura, no como en los salones ambiciosos donde el ansia de las muchachas por casarse cohibe el saludable impulso de la pasión sencilla y única.

—Tess, ¿por qué me dijiste no de esa manera tan decidida? —le preguntó Ángel unos días después.

Ella se sobresaltó.

—No me pregunte el porqué…, en parte ya lo dije. No soy lo bastante digna de usted… —¿Cómo? ¿No eres una dama bastante refinada?

—Bueno, algo así —murmuró la joven—. Los suyos me despreciarían.

—¡Cómo se ve que no los conoces! Los que podrían decir algo serían mis hermanos, y ésos no me importan… —Y enlazando sus manos a la espalda de ella para que no pudiera escapar, añadió—: Pero, anda, dime la verdad, dime que eso otro lo dijiste sin sentirlo. ¿A que estoy en lo cierto? Mira, Tess, me tienes tan nervioso que no puedo ni fijar la vista en un libro… Y no es que me corra tanta prisa, ¿sabes?, sino que quisiera oír de tus labios que has de ser mía algún día, cuando a ti te plazca, pero algún día…

Tess no pudo hacer otra cosa que mover la cabeza y desviar sus ojos de los del joven. Escudriñó éste las facciones de su semblante y las descifró como si fueran jeroglíficos. La negativa era en ellas patente.

—Según eso, no debo mirarte como a mi futura esposa, ¿verdad? No tengo derecho, ningún derecho a buscarte ni a pasear contigo… Dímelo sinceramente, Tess. ¿Es que quieres a otro?

—¿Cómo puede preguntarme tal cosa? —dijo la joven, sin dejar de dominarse.

—Casi estoy seguro de que no. Pero entonces ¿por qué me rechazas?

—No le rechazo. Me gusta que me diga que me quiere, y puede seguir diciéndomelo, sin que yo me dé por ofendida.

—Pero, en resumidas cuentas, ¿es que no me quieres para marido?

—¡Eso es diferente! Pero conste que lo hago por su bien. No puedo permitirme la enorme felicidad de prometerle que seré suya porque estoy *segura* de que no debo hacerlo.

—Pero ¡me harás muy feliz!

—Eso es lo que usted cree, pero no sabe…

En tales ocasiones, atribuyendo la negativa de la muchacha a su pretendida ignorancia de las normas sociales, le aseguraba Ángel que se hallaba muy al tanto de ellas, lo que era verdad, pues su

natural desparpajo, y la ciega admiración que él le inspiraba, la habían familiarizado ya con su vocabulario y modales hasta un extremo inconcebible.

Después de estas tiernas discusiones y de triunfar en ellas Tess, se alejaba ésta hacia la vaca más distante, si era la hora del ordeño, o se adentraba por las espadañas, si no se recluía en su habitación, triste y silenciosa, después de haber formulado una negativa, muy serena en apariencia. Era tan ruda la batalla, se le iba de tal modo hacia Ángel el corazón —eran dos corazones a luchar contra una pobre conciencia—, que Tess procuraba fortalecer su resolución por cuantos medios tenía a su alcance. Había venido hasta Talbothays con su idea ya formada. Por nada del mundo debía dar aquel paso, para que luego su marido pudiera, andando el tiempo, deplorar amargamente el haberse casado con ella. Y comprendía la joven que no debía faltar ahora a lo que había jurado su conciencia.

«¿Por qué no habrá alguien que le hable de mí?», pensaba. «¡Si fue a poco más de sesenta kilómetros de aquí! ¿Por qué no ha llegado aquí? ¡Alguien tiene que estar enterado!».

Pero nadie daba muestras de saberlo, nadie se lo contaba a él.

En dos o tres días no volvió a hablarle aquél del asunto. De las caras largas que ponían sus compañeras de dormitorio infería Tess que todas daban por descontado que era no sólo la favorita de Ángel, sino su elegida, pero se tranquilizaban pensando que ellas no tenían motivo ninguno para decir que hiciera nada por engatusarle.

Nunca hasta entonces había podido pensar Tess que el hilo de su vida estaba trenzado en dos ramales, el del goce verdadero y el del dolor verdadero. Al llegar la época de elaboración del queso, les dejaron otra vez a los dos solos. El amo iba de vez en cuando a echarles una mano, pero tanto el señor Crick como su mujer habían advertido el mutuo amor que los unía, a pesar de proceder ellos con tal circunspección que apenas si daban pábulo a la sospecha. Y el ganadero, muy discreto, les dejaba a sus anchas, entregados el uno al otro.

Estaban a la sazón desmenuzando las masas de cuajo antes de echarlas en la quesera. Parecía como que desmigajaban pan en gran escala, y en la inmaculada albura de los témpanos de cuajo hacía resaltar Tess el rosado color de sus manos. Ángel, que estaba llenando a puñados los cangilones, interrumpió de pronto su tarea y pasó sus manos abiertas sobre las de la joven, que estaba remangada hasta los codos, e inclinándose más, dejó un beso sobre la vena interna de su suave brazo.

Aunque eran todavía muy calurosos aquellos primeros días de septiembre, sintió el joven en su boca tan frío y húmedo el brazo de Tess, a causa de su inmersión en el cuajo, que le supo a suero. Pero era la muchacha tan nerviosa, que al contacto de los labios del galán se le alteró el pulso, afluyéndole la sangre hasta las puntas de los dedos y tornándosele encendidos y ardientes aquellos brazos tan fríos. Y como si en aquel momento le dijera su corazón: «¿A qué más remilgos? La verdad es la verdad entre hombre y mujer, lo mismo que entre hombre y hombre», levantó los ojos que le centelleaban de amor, en tanto que sus labios se plegaban en tierna sonrisa.

—¿Sabes por qué he hecho eso, Tess? —le preguntó él.

—¡Pues porque me quiere mucho!

—Sí, y además, como preparación para otra nueva súplica.

—¡Otra vez! ¡No!

Y sintió temor la muchacha de que su deseo pudiera más que su resistencia.

—Tess —suspiró Ángel—, no puedo comprender cómo me sometes a este suplicio de Tántalo. ¿Por qué me decepcionas así? Casi diría que pareces una coqueta. ¡Sí, sí, una coqueta como las de la ciudad que tan pronto están ardientes como gélidas! Y esto nunca me lo hubiera podido figurar en este rincón de Talbothays, donde se respira naturaleza… Y sin embargo, vida mía —añadió al advertir cuánto le habían dolido a la joven sus palabras—, a mí me consta que eres la mujer más discreta y sin mancha que existe en este mundo. Así que ¿cómo puedo creer que seas coqueta? Tess, ¿cómo es que no quieres ser mi mujer, queriéndome como me quieres?

—Nunca he dicho que no quiera ser su mujer, ni podría decirlo, porque… no es verdad. Y a Tess se le hizo insufrible ya la congoja que la torturaba; le temblaron los labios y se vio obligada a echar a correr en loca huida. Y tan perplejo y dolido se sintió Ángel que echó a correr tras ella y le dio alcance en el pasillo.

—¡Dime, dime! —exclamó estrechándola apasionadamente contra su pecho, sin reparar en que tenía las manos llenas de cuajo—. ¡Dime que no has de ser de nadie, sino mía!

—Sí, eso sí, se lo juro —repuso ella—. Y le prometo darle una contestación definitiva, si me suelta ahora. ¡Se lo contaré todo…, todo lo que me ha pasado!

—¡Lo que te ha pasado, Tess! ¡Claro! Te habrán pasado muchas cosas. —Y el joven asintió con amorosa broma, mirándola hasta el fondo de los ojos—. Te han pasado sin duda tantas cosas como a ese cardo del seto del jardín, que se abrió esta mañana. Sí, me lo contarás todo, pero no digas más esa frase tan solemne de que no eres digna de mí.

—¡Bueno! Lo procuraré… Y le expondré mis razones mañana mismo…, o si no la semana que viene.

—¿No te parece bien el domingo?

—Sí, el domingo.

Logró desasirse al fin Tess y no paró en su fuga hasta llegar al bosquecillo de sauces podados, próximo al fondo del tinado. Ya allí, se tendió en el crujiente lecho de césped y se quedó anonadada en palpitante angustia, entrecortada por momentáneos espasmos de alegría que ni sus más negros presentimientos sobre el final bastaban para cohibir.

La verdad era que se iba sintiendo cada vez más dispuesta a acceder a los deseos del galán. Los hálitos de su pecho, las oleadas de su sangre, las pulsaciones que zumbaban en sus oídos eran voces que se sumaban a su vida toda, declarada en franca rebeldía contra sus escrúpulos. Aceptar su mano sin meterse en honduras, unirse a él ante el altar, sin haberle hecho ninguna revelación, aunque se expusiera así a que luego se enterara, arrancar el fruto sabroso del goce antes de que las férreas garras del dolor tuvieran tiempo de hincársele en el alma, esto era lo que su amor le aconsejaba; y casi transida de pavoroso éxtasis, presentía Tess que, a pesar de los pasados meses de penitencia, luchas íntimas y proyectos de llevar en lo sucesivo una vida de austero retraimiento, acabaría por ceder a los imperativos de su amor.

Adelantaba la tarde y aún estaba Tess entre los sauces. Oyó el ruido que se producía al bajar las colodras de los postes dentados, el *¡uau!…, ¡uau*!… que acompañaba a la recogida de las vacas, y no acudió al ordeño. Pues le habían notado su agitación, y el amo, presumiendo que el amor era su

causa, no hubiera dejado de gastarle alguna bromita, que en el estado en que se encontraba no hubiera podido sufrir.

Era lógico que Ángel hubiera adivinado su tribulación, y en vista de eso ideó una excusa para justificar su ausencia, de modo que nadie hiciera preguntas ni la llamaran. A las seis y media se escondió el sol tras los collados, dando al cielo el aspecto de una fragua, y al punto surgió por el otro lado la monstruosa calabaza lunar. Los sauces, desfigurados por la incesante poda, semejaban frente a la luna monstruos de erizada cabellera.

Tess entró en la casa y subió las escaleras a oscuras. Era miércoles. Llegó el jueves, y Ángel la miró pensativo y desde lejos, pero sin importunarla con preguntas. Marian y las demás operarias de la lechería dejaban traslucir que estaban al tanto de estarse tramitando algún asunto secreto entre los dos, pero no le hicieron a Tess insinuación alguna en el dormitorio. Pasó el viernes, amaneció el sábado. El siguiente era el día decisivo.

—¡No resisto más, voy a decirle que sí…, me casaré con él! ¡No puedo sufrir más! —jadeaba Tess, llena el alma de zozobra, con la cara ardorosa pegada a la almohada, al oír que una de las chicas murmuraba en sueños el nombre de Ángel—. ¡No puedo avenirme a la idea de que sea de otra y no mío! Pero eso sería también una traición, que quizá le costara la vida. ¡Ay, mi pobre corazón!

XXIX

—¿A que no sabéis de quién he tenido noticias esta mañana? —dijo el señor Crick al sentarse a almorzar la mañana siguiente, tendiendo una enigmática mirada por el corro de mozas y mozos que engullían ya su almuerzo—. ¿A que no lo adivináis?

Todos se pusieron a hacer conjeturas, excepto la mujer del lechero, que sabía a qué atenerse.

—Pues nada menos que del tunante de Jack Dollop. Acaba de casarse con una viuda.

—¡Jack Dollop! Pero ¿es posible? Ese sinvergüenza… ¡Quién lo creyera! —dijo una moza.

Tess Durbeyfield se sobresaltó al oír aquel nombre, porque el tal Jack Dollop era aquel mozo que engañó a su novia y que luego llevó tan grotesco castigo de manos de la madre de la burlada en la mantequera.

—¿Y no se casó con la hija de aquella vieja tan valiente, según le prometiera? —preguntó con tono indiferente Ángel, mirando por encima del periódico desde la mesita donde siempre le servía aparte la señora Crick, en atención a su jerarquía.

—¡Ca! Nunca pensó seriamente en ello —replicó el señor Crick—. Ya os he dicho que se ha casado con una viuda, la cual, según parece, andaba bien de dineros…, unas cincuenta libras de renta, que era lo que él iba buscando… Pues sí señor, se casaron a toda prisa, pero de vuelta de la iglesia fue ella y le dijo que al casarse con él había perdido su pensión. ¡Figuraos cómo se pondría el hombre! ¡Desde entonces se llevan como el perro y el gato! Y le está muy bien empleado; lo malo es que la pobre mujer lo va a pagar con creces…

—Yo creo que ella debió decírselo antes de casarse —dijo la señora Crick.

—¡Bah! —replicó el lechero—. La viudita tenía ganas de volver a casarse y no quiso correr el riesgo de quedarse sin novio si le decía la verdad. ¿No os parece, muchachas?

Y se quedó mirándolas.

—Debió habérselo dicho antes de ir a la iglesia, como dice su señora, que quizá él no se hubiera atrevido ya a volverse atrás —exclamó Marian.

—¡Claro! ¡Eso fue lo que debió haber hecho! —asintió Izz.

—Lo que debió haber hecho fue rechazarlo puesto que sólo buscaba su dinero —protestó Retty espasmódicamente.

—¿Y tú qué dices, niña? —le preguntó el lechero a Tess.

—Pues yo creo que ella… debió haberle dicho la verdad antes de casarse…, o si no darle calabazas…, no sé —replicó Tess, casi ahogándose al tragar un bocado de pan con manteca.

—Pues yo no hubiera hecho ni lo uno ni lo otro —terció Beck Knibbs, una mujer casada, que tenía a su cargo uno de los pabellones—. En la guerra y en amores todo está permitido. Yo me hubiera casado con él, y si luego me sale él diciendo que por qué no le advertí antes el estado de mi bolsillo, le hubiera dado en la cabeza con el rodillo. ¡Por tunante! Cualquier mujer podría hacerlo.

Tales palabras provocaron general hilaridad en la mesa, sonriendo tristemente Tess también por no ser una excepción. Pero en el fondo, lo que para las demás no pasaba de ser una comedia, a ella

se le antojaba una tragedia, haciéndosele imposible soportar las generales risotadas de los comensales. Así que se levantó de la mesa en cuanto pudo, y pensando que Ángel saldría tras ella se puso a pasear por un sinuoso sendero que corría del uno al otro lado de los canales de riego, hasta que llegó al brazo principal del Var. Los hierbajos ribereños que fueran descuajados aguas arriba pasaban flotando por delante de ella, como móviles islas de grama que hubieran podido brindársele para conducirla, siguiendo la corriente.

«Sí», pensaba Tess. «Eso es lo más triste. El que a las demás mujeres sirva de diversión la dolorosa historia de una de ellas. Se diría que hacen befa del martirio».

—¡Tessy! —se oyó en aquel instante a sus espaldas, y Ángel, saltando un barranquillo, fue a caer a sus pies—. Mi mujer…, ¡pronto!

—¡No puedo! ¡No puedo!… ¡Lo hago por su bien, señor Clare!

—¡Tess!

—¡No, le digo que no!

Como no se esperaba él semejante actitud, le había ceñido a Tess el talle con el brazo, por debajo de la melena. (Las mozas de la lechería, y entre ellas Tess, almorzaban con el pelo suelto los domingos por la mañana, antes de levantar el complicado edificio de su peinado para ir a la iglesia, pues hubiera sido imprudente hacerlo antes de ordeñar, ya que en esta operación tenían que tener la cabeza pegada contra el animal). Si Tess hubiera dicho que sí, en vez de que no, él le hubiera dado un beso, que tal parecía ser su intención manifiesta, mas la resuelta negativa cortó los vuelos a su escrupuloso corazón. La íntima convivencia en que pasaban los días constituía tal desventaja para ella, a fuer de mujer, que él no juzgó lícito asediarla con los halagos que honradamente se hubiera permitido de haber estado ella en libertad de mantenerse a distancia. Soltó la cintura que le ceñía, y contuvo el beso.

Todo cambió al soltarla. Lo que le diera fuerzas a Tess para rechazarlo aquella vez fue el cuento que acababa de oír referente a la viuda; así y todo, no hubiera podido durar mucho su resistencia. Pero Ángel no insistió, y con expresión de perplejidad en el semblante, se alejó de ella.

Volvieron a encontrarse varias veces en los días sucesivos, aunque con menos frecuencia que antes, y así transcurrieron dos o tres semanas. Tocaba septiembre a su fin y ella pudo leer en las miradas del joven que estaba dispuesto a insistir en su demanda.

Pero la táctica de Ángel era ya distinta, como si se hubiera hecho a la idea de que las negativas de la muchacha sólo eran debidas a su modestia y su juventud, sobreexcitadas por la novedad de sus proposiciones. Las caprichosas evasivas de Tess, siempre que él sacaba a relucir aquel asunto, venían a fortalecer su presunción. Visto lo cual, planteó Ángel un doble juego, y sin ir nunca más allá de las palabras ni propasarse a nuevas caricias, hizo todo lo posible de palabra.

Con arreglo a esta nueva táctica, empezó Ángel a cortejarla con cuchicheos y murmullos, cual los que produce la leche al manar de la ubre. Galanteábala así junto a la vaca, durante la operación del desnatado, o la elaboración del queso y la manteca, entre los polluelos del gallinero y mientras cuidaba a los lechones, resultando Tess cortejada como jamás lechera alguna.

Sabía Tess que era inminente su caída. Ni el sentido religioso de la validez moral de su anterior unión ni el escrupuloso anhelo de franqueza podrían resistir más. Amaba con locura a Ángel, le

miraba como a un dios, y teniendo un espíritu fino, aunque le faltara educación, se le iban hacia el joven todos sus impulsos. Y así, por más que sin cesar se repetía a sí misma «jamás seré su mujer», comprendía que eran vanas tales palabras. La prueba de su debilidad estaba en el hecho de serle imposible pronunciar lo que en otras circunstancias de más calma y serenidad ningún trabajo le hubiera costado. El eco de su misma voz, al comenzar su antiguo tema, la conmovía con transportes de una dicha aterradora y anhelaba aquella misma explicación que temía. Eran tales las maneras de Ángel —como las de tantos otros—, denotaban con tanta claridad y vehemencia su amor, su firme resolución de defenderla, de amarla, aceptando de antemano cualquier circunstancia desagradable, que al cálido influjo de tan ardoroso rendimiento, se disipaba la sombría tristeza de la joven. A todo esto, se iba acercando el equinoccio, y aunque los días eran todavía largos, empezaban ya a menguar. De nuevo había que trabajar con luz artificial en las madrugadas, y una de ellas, entre tres y cuatro de la mañana, volvió Ángel otra vez a la carga.

Tess se había levantado de la cama, dirigiéndose a la puerta del joven para llamarle, según su costumbre, después de lo cual volvió a su cuarto a vestirse y despertar a las otras mozas. A los diez minutos ya estaba en el rellano superior de la escalera, con la palmatoria en la mano. En aquel momento Ángel, que bajaba en mangas de camisa, se le atravesó en su camino, interceptándole el paso.

—Escúcheme un momento, señorita coqueta —le dijo con tono apremiante—. Hace ya quince días que no echamos un párrafo y esto no puede ser. O me dice usted qué es lo que ha resuelto, o me voy enseguida de esta casa. Tenía entornada la puerta y te he visto salir, Tess. Y me he dado prisa a hablarte, porque hay que decidirse. ¿Qué es lo que has pensado? ¿Que sí?

—Acabo de levantarme ahora mismo, señor Clare, y no tenemos tiempo para ponernos de palique —contestó Tess—. Hace mal en llamarme coqueta. Eso es cruel y además no es cierto. No sea tan impaciente. Ya lo pensaré yo con toda calma, cuando tenga tiempo. Y ahora, ¡déjeme bajar!

Le miró Tess de un modo que parecía conformar el dictado que él le diera, interponiendo entre los dos la luz de la vela, y trató de atenuar con una sonrisa la severidad de sus palabras.

—Llámame, por lo menos, Ángel… no Clare.

—Ángel.

—Ángel querido, ¿por qué no?

—Eso sería tanto como darle el sí para lo que quiere…

—Eso no significaría más sino que me quieres aunque no puedas ser mi esposa, y eso ya me lo dijiste hace tiempo…

—Bueno, pues entonces, Ángel mío, si no tengo más remedio.

Murmuró, mirando a la luz y frunciendo traviesamente la boca, a pesar de su profunda agitación.

Se había jurado Ángel no volver a darle un beso hasta no haber obtenido de ella una promesa formal, pero al verla allí, con su traje de faena abrochado hasta arriba y el pelo provisionalmente recogido al desgaire hasta que pudiera peinárselo con más tranquilidad, después de terminado el ordeño, quebrantó su propósito y posó un momento sus labios en la cara de Tess, la cual echó a correr escaleras abajo, sin volver la cabeza ni proferir palabra. Ya estaban abajo los demás y el episodio no pasó adelante. Todos les miraban a los dos con malicia, salvo Marian, en aquella triste

penumbra amarilla que despedían las velas, contrastando con los primeros indicios de la fría alborada.

Concluido el desnatado, operación que por ir ya disminuyendo la leche con la cercanía del otoño cada día resultaba más breve, salieron Retty y los demás. Nuestros enamorados les siguieron.

—¿Verdad que nuestras vidas son más intensas que las suyas? —le dijo Ángel a Tess en voz baja, viendo caminar por delante de ellos a los otros, a la fría palidez del día naciente.

—Pues a mí no me parecen tan distintas —repuso la joven.

—¿Porqué?

—Porque hay pocas mujeres que no tengan una vida intensa —replicó Tess, recalcando la última palabra cual si le hubiera hecho gran impresión—. En su interior albergan más cosas de lo que usted cree.

—¿A qué te refieres?

—Quiero decir que cualquiera de ellas —balbució Tess— sería… quizá mejor esposa que yo. Sin contar con que acaso le quieran tanto como yo… o poco menos.

—¡Oh Tess!

Dejó traslucir ella muestras inequívocas del contento que le produjera aquella exclamación impaciente, a pesar de estar tan decidida a sacrificar generosamente su ventura. Ya lo había hecho en otras ocasiones y no se sentía con ánimo bastante para inmolarse otra vez. En aquel momento se les unió una moza y los jóvenes no pudieron seguir hablando de lo que tanto les interesaba. Pero Tess comprendió que el día aquél había de ser decisivo.

Por la tarde bajaron algunas de la mozas a los prados como de costumbre, dirigiéndose a un paraje alejado de la lechería, donde se ordeñaban muchas vacas sin llevarlas al caserío. A medida que avanzaban en su preñez iba disminuyendo el rendimiento de los animales, y ya el lechero había despedido a las mozas extraordinarias que tomaba durante la estación pródiga.

La tarea avanzaba con calma. El contenido de cada colodra se trasegaba a unas grandes cubas que había en un carretón de ballestas, allí a tal efecto conducido, y después de ordeñar las vacas las llevaban otra vez al sitio en que pastaban.

El lechero, que estaba allí con los demás y cuya ropa de una blancura milagrosa resaltaba con fuerza contra el plomizo cielo de la tarde, consultó de pronto su descomunal reloj.

—¡Vaya! —exclamó—. Es más tarde de lo que yo creía. Si nos descuidamos llegamos tarde con la leche a la estación. Hoy no podemos llevarla ya a casa para mezclarla en el tanque y enviarla después. Tenemos que llevarla a la estación desde aquí mismo. ¿Pero quién va a llevarla?

Se ofreció a hacerlo Ángel, aunque no le incumbía, pidiéndole a Tess que le acompañara. La tarde, aunque nublada, había resultado calurosa para el tiempo que corría, y la joven había salido de la casa solamente con su capucha de ordeñar, al aire los brazos y sin blusa, así que resultaba su atavío poco a propósito para una excursión en coche, por lo cual hubo de excusarse, aunque Ángel insistió tanto que al fin accedió, entregándole al lechero la colodra y el trípode para que lo llevase a la casa y montando en el carro, donde tomó asiento al lado de Ángel.

XXX

Caía la tarde cuando los jóvenes avanzaban por la carretera que atraviesa los prados y se extiende a lo largo de varias leguas de paisaje gris, dejando a sus espaldas en la lejanía las frondosas y abruptas praderas del bosque de Egdon. En las cumbres de aquellas alturas se veían bosques de abetos, cuyas erguidas copas semejaban artilladas torres coronando los oscuros frentes de encantados castillos.

Tan absortos iban ambos en la emoción de su mutua compañía que tardaron en hablarse y sólo rompía el silencio el gorgoteo de la leche en las grandes cubas que llevaban detrás. Tan solitario era aquel camino que las avellanas de los árboles permanecían pegadas a los pedúnculos hasta que se salían de sus vainas, y las zarzamoras de los setos colgaban en pesados racimos. De cuando en cuando restallaba Ángel su tralla; y enlazando con ella alguno, tiraba de él y se lo brindaba a su compañera.

A poco empezó el encapotado cielo a descubrir sus intenciones dejando caer como heraldos pesados goterones de lluvia, y el aire encalmado se trocó en ligera brisa que acariciaba las caras de los viajeros. El azogado brillo de arroyos y charcas se borró por completo, cambiándose sus grandes espejos luminosos en deslucidas sábanas de plomo de áspera superficie. Pero tal espectáculo no distraía de su preocupación a los jóvenes. El rostro de Tess, de sanos colores, ligeramente tostado por el ardor estival, se había apagado un poco con el bataneo de la lluvia, y sus cabellos, que de restregarse con las vacas en el ordeño se le habían despeinado como de costumbre, saliéndose del sombrero de crudillo, reblandecido por la humedad, apenas si parecían otra cosa que un alga marina.

—Por supuesto que yo no debía haber venido —murmuró Tess mirando al cielo.

—Lo siento por la lluvia —dijo Ángel—, pero estoy muy contento de tenerte a mi lado.

Poco a poco iba cubriendo la líquida gasa los lejanos montes de Egdon. La oscuridad de la tarde se acentuaba y como los caminos estaban interceptados por setos y portones, era necesario marchar al paso. El aire era cada vez más frío.

—Tengo miedo a que cojas un catarro con los brazos y los hombros al aire —le dijo Ángel a su compañera—. Arrímate a mí y así quizá no te haga daño el frío de la lluvia.

Ella se le fue acercando más imperceptiblemente, y el joven echó sobre ambos un gran trozo de tela impermeable que servía para resguardar del sol las cubas de la leche. Como Ángel tenía las manos ocupadas con las riendas, se encargó Tess de sujetar la tela.

—Así estamos ya muy bien. Aunque no, que a mí me está entrando un poco el agua por el cuello y a ti te ocurrirá lo mismo. Tienes los brazos fríos como el mármol, Tess. Sécatelos en la tela. Ahora, si no te mueves, no te caerá ninguna gota. ¡Así! Ahora ya estamos bien… Y dime, ¿no tienes ya pensada la respuesta a mi pregunta?

La única respuesta que pudo percibir el joven durante breve rato fue el chapoteo de las herraduras del caballo en el mojado camino y el gorgoteo de la leche en las cubas.

—¿No te acuerdas de lo que me dijiste?

—Sí que me acuerdo —replicó Tess.

—Pues antes de que volvamos a casa piénsalo.

—Lo intentaré.

No insistió Ángel más. A poco vieron surgir sobre el fondo del cielo la ruinosa silueta de una casa señorial de la época del rey Carlos, no tardando en pasar junto a ella y dejarla atrás.

—Ésa —dijo Ángel por distraer a su compañera— es una mansión antigua muy interesante, una de aquéllas que pertenecieron a una rancia familia normanda que tuvo gran influjo en el país: la de los d'Urberville. No puedo pasar por ninguna de ellas sin dedicarle un pensamiento a esa familia. Por más que los nobles hayan sido orgullosos y dominantes, causa siempre pena la extinción de una familia famosa.

—Sí —dijo Tess.

Avanzaron paulatinamente hacia la oscura lejanía, en cuyo fondo empezaba a vislumbrarse una débil claridad; era aquél un paraje en el que durante el día un penacho de humo, surgiendo a intervalos sobre el verde paisaje, denotaba los intermitentes momentos de contacto entre el apartado mundo en que vivían sus moradores y la vida moderna. Ésta extendía tres o cuatro veces al día hasta este lugar sus tentáculos de vapor, poniendo su mano sobre aquella existencia primitiva y retirándola al punto cual si hubiera tocado algo desagradable.

Al fin llegaron nuestros jóvenes a aquella claridad que procedía del farol de una estación de ferrocarril; era la tal luz una pobre estrella de la tierra, pero más interesante para la lechería de Talbothays y para la humanidad que los luceros celestes, a cuyo lado hacía tan triste papel. Bajo la lluvia descargó Ángel las cubas de fresca leche, mientras Tess se guarecía junto al tronco de un árbol cercano.

Luego se oyó el silbido del tren que se deslizó casi calladamente por los húmedos carriles, procediéndose al traslado de la leche al coche batea. El resplandor de la máquina iluminó un segundo la figura de Tess Durbeyfield, que permanecía inmóvil junto al árbol. Nada más antitético que la reluciente y complicada máquina del tren y aquella ingenua y sencilla muchacha con los brazos desnudos, el rostro y el cabello calados de lluvia, con la quietud de un manso leopardo en reposo, vestida con ropas estampadas que no se ajustaban a la moda y el sombrero de crudillo chorreándole agua por la frente.

Montó de nuevo al carro junto a su enamorado con esa obediencia muda que a veces domina a los temperamentos apasionados, y cubriéndose ambos hasta la cabeza con la tela impermeable, volvieron a sumirse en la densa noche. Era Tess tan impresionable que los breves minutos de contacto que pasara con el torbellino del progreso material hicieron honda mella en su ánimo, sugiriéndole reflexiones adecuadas al caso.

—Mañana se la beberán en el desayuno los londinenses, ¿verdad? —preguntó—. Gente desconocida que no hemos visto nunca.

—Sí…, me figuro que así será. Aunque no como se la enviamos, sino un poquito aguada para que no se les suba a la cabeza.

—Caballeros y damas, diplomáticos y militares, artesanos, comerciantes y niños que jamás vieron una vaca.

—Eso es.

—Gentes que no saben nada de nosotros ni de dónde viene la leche, que ni siquiera llegarán a enterarse de que hemos atravesado el bosque de noche y lloviendo para que no les falte.

—No ha sido sólo por eso por lo que hemos hecho esta caminata, sino por nuestro propio interés…, por poder hablar de este interesantísimo asunto que tú, querida Tess, tienes que resolver de una vez. Y a propósito, dime, ¿lo has decidido ya? ¿No es verdad que eres mía, quiero decir, tu corazón?

—Eso ya lo sabes tan bien como yo.

—Pues si es mío tu corazón, ¿por qué no me das tu mano?

—Pues por una sola razón…, por algo que tengo que contarte…

—Pero ten presente que en ello me va la felicidad y hasta la conveniencia material.

—Sí, claro que sí, pero es que mi vida antes de conocernos… Verás, tengo que…

—Bueno, pero no olvides que tanto mi dicha como mi conveniencia material se cifran en ti, porque el día que tenga que gobernar una granja importante, en Inglaterra o en las colonias, tú serás para mí una esposa insustituible, mejor que la señora más encopetada del reino. Así que te suplico, Tess, que alejes de tu alma esa idea tuya de que debes contrariar mi deseo.

—Pero ¿y mi historia? Yo quiero que tú la conozcas. Tienes que dejarme que te la cuente… Cuando la conozcas, ya verás como no me quieres tanto.

—Si tanto te empeñas en que conozca yo esa historia, cuéntamela, mujer… Anda, vamos, empieza… Sí, vine al mundo el día tantos de tantos…, etc.

—Nací en Marlott —dijo Tess, acogiéndose a aquellas palabras como a un punto de apoyo, a pesar del tono de broma en que las dijo el joven—, y allí me crié. Estaba ya en la clase superior cuando dejé la escuela, y decían que mostraba grandes disposiciones para el estudio. Y que hubiera podido llegar a ser una buena maestra, que era lo que yo pensaba ser. Sólo que mi familia no andaba muy bien de dinero, mi padre no era muy trabajador y además bebía un poco.

—¡Sí, sí! ¡Pobrecita! Lo de siempre. —Y estrechó más a Tess.

—Además…, hay algo muy extraño…; yo… yo era…

Y la respiración de Tess se volvió afanosa.

—Habla, Tess. No temas.

—Es que… yo no me llamo Durbeyfield, sino d'Urberville. Desciendo de esa familia a la que perteneció la casa antigua por delante de la cual hemos pasado. Sino que mi familia vino muy a menos.

—¡Conque d'Urberville! ¡Caramba! ¿Y ése era todo el obstáculo, Tess?

—Sí —respondió la joven con desánimo.

—¿Y por qué había de quererte menos por eso?

—Me había dicho el amo que odiabas las familias de la nobleza…

Ángel se echó a reír.

—Sí, hasta cierto punto tenía razón. Odio los privilegios aristocráticos de la sangre y creo que, como seres racionales que somos, los únicos abolengos que debemos respetar son los espirituales de la inteligencia y la virtud, prescindiendo de la descendencia… Pero, a pesar de eso, me interesan

extraordinariamente todas esas cosas relacionadas con la antigüedad. ¡No puedes figurarte cuánto me interesan! ¿Y tú no tienes a gala venir de tal linaje?

—No, a mí lo que me da eso es tristeza. Especialmente desde que vine aquí y tuve ocasión de ver que muchos de los montes y campos que pertenecieron en otro tiempo a la familia de mi padre están hoy en otras manos. Aunque después de todo también a las familias de Retty y Marian les habrá ocurrido lo mismo, así que, después de todo…

—Sí, es verdaderamente notable eso de que muchos de los que ahora trabajan la tierra fueran antaño dueños de ella, y a veces me asombra el que cierta línea política no fije la atención en la importancia que tiene el asunto. Me choca no haber advertido la semejanza que tiene tu apellido con el de d'Urberville, ni haber reparado en que representa una corrupción de él… Pero ¡era ése el secreto que tanto te afligía!

Tess no se había atrevido todavía a revelárselo. En el último instante le faltaron las fuerzas. Temió que el joven le reprochara no habérselo confesado antes, y pudo más el instinto de conservación que su inocencia.

—Es cierto —continuó Ángel— que yo debía desear que descendieras exclusivamente de la sufrida, callada y anónima clase media, y no de esa laya egoísta, formada por unos cuantos que se hicieron poderosos a expensas de los demás. Pero en este caso, mi convicción cede el puesto al amor que te tengo —y el joven sonreía— y me dejo vencer por mi egoísmo. Por tu bien, Tess, me complace tu alcurnia. La sociedad padece de un esnobismo que no tiene cura, y tu elevado origen ha de influir no poco para que esa sociedad no encuentre mal que yo te haga mi esposa, luego que yo te haya dado la educación intelectual que me propongo darte. A mi madre, la pobre, tu origen ha de hacerle formar mejor concepto de ti. Tess, es menester que desde hoy en adelante uses tu verdadero apellido d'Urberville.

—¡Pues yo prefiero el otro!

—Has de emplear éste que te digo. ¡Con lo que desearían poseer un apellido así tantos millonarios de ocasión! Por cierto que no anda muy lejos de aquí uno que se ha apropiado bonitamente ese nombre. No recuerdo bien dónde tiene su casa, pero creo que es cerca del Chase… Me refiero a ése de quien te dije que había tenido aquella disputa con mi padre. ¡Qué extraña coincidencia!

—Ángel, yo pienso que sería mejor que no usase ese nombre, ¡puede que tenga mala sombra!

Tess daba muestras de viva agitación.

—De manera, señorita Teresa d'Urberville, que va usted a ser mía. Porque después de haberme descubierto el secreto, ¿a qué seguir rechazándome?

—Si es cierto que has de ser feliz casándote conmigo, y lo deseas mucho, mucho…

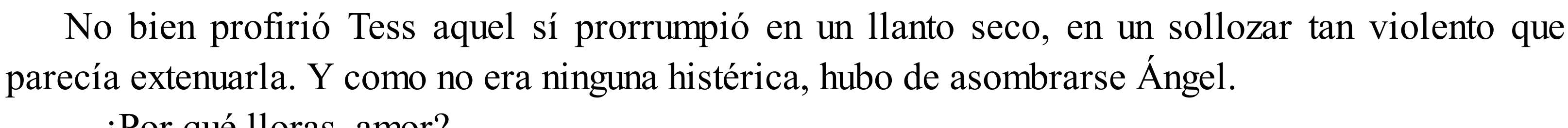
—¡Claro que sí, amor mío!

—Quiero decirte que lo único que me induciría a consentir en lo que tú deseas sería saber que no podías pasarte sin mí, cualesquiera que fueren mis errores…

—Ya te lo he dicho. De suerte que eres mía para siempre…

Y la estrechó contra su corazón y le dio un beso.

—¡Sí!


No bien profirió Tess aquel sí prorrumpió en un llanto seco, en un sollozar tan violento que parecía extenuarla. Y como no era ninguna histérica, hubo de asombrarse Ángel.

—¿Por qué lloras, amor?

—No puedo decir… ¡Estoy tan contenta de pensar que soy tuya y que tú eres feliz!

—Pero ese llanto no parece indicio de alegría, Tess.

—Es que lloro porque he quebrantado mi voto; dije que moriría soltera…

—Pero si me quieres, ¿querrías que fuera tu marido?

—¡Sí, sí! Pero a veces quisiera no haber venido al mundo.

—Vaya, Tess, si no supiera que estás muy agitada, diría que esas palabras no son muy halagüeñas para mí. ¿Cómo, queriéndome, puedes desear no haber nacido? Porque, ¿tú tienes ilusión de verdad por mí? Me gustaría que me lo dieses a entender de algún modo.

—¿Y qué mejor prueba que la que acabo de darte? —exclamó Tess con tierno abandono—. ¿Lo probará esto más?

Se abrazó Tess al cuello de Ángel y entonces supo éste por primera vez lo que son los besos de una mujer apasionada en los labios del ser a quien ama.

—¿Y ahora lo crees? —le dijo encendida y enjugándose las lágrimas.

—Sí. Nunca dudé de ello.

Y continuaron camino adelante en la oscuridad de la noche, formando un solo cuerpo bajo la capota impermeable, y dejando al caballo marchar a su arbitrio, sin preocuparse de la abundante lluvia. Tess le había dado el sí al joven, cosa que hubiera podido hacer desde el principio. El afán de goce que posee a toda criatura, esa fuerza tremenda que impele a la humanidad toda en la dirección de su destino, lo mismo que arrastra la marea al alga impotente, no podía quedar contrarrestada por vagas lucubraciones sociales.

—Tengo que escribir a mi madre —dijo Tess—. ¿No te parecerá mal que lo haga?

—¡Claro que no, mujer! Das muestras de ser una niña al no comprender cuan natural es que escribas a tu madre participándole la novedad, y cuan injusto sería yo oponiéndome a ello. ¿Dónde viven tus padres?

—Pues en Marlott… Al otro lado del valle de Blackmoor.

—¡Ah! Entonces ya te había visto yo antes de ahora…

—Sí, en aquel baile del prado… Sólo que no tuviste a bien bailar conmigo. ¡Ay, quiera Dios que no fuera aquello un mal presagio para nosotros ahora!

XXXI

Al día siguiente escribió Tess a su madre una carta apremiante y conmovedora, recibiendo a fin de semana la contestación, que venía escrita con la letra insegura y arcaica de Joan Durbeyfield, y decía así:

> Querida hija:
>
> Te escribo estas líneas deseando que te encuentres bien, nosotros estamos bien por ahora, a Dios gracias. Tess, todos nos alegramos de saber que vas a casarte pronto de verdad. Pero tocante a tu pregunta, te diré de ti para mí, con el mayor secreto, pero con toda energía, que no le digas nada de tu pasado percance a tu futuro. Muchas mozas, y de las mejores familias del pueblo, han tenido en sus tiempos deslices semejantes, ¿y por qué habías tú de pregonar el tuyo a los cuatro vientos, cuando las demás se tienen el suyo tan callado? Ninguna mujer del mundo cometería esa simpleza, sobre todo haciendo de la cosa tanto tiempo como hace y no habiendo sido culpa tuya. Cincuenta veces que me lo preguntes te diré lo mismo. Además, ya que eres tan inocentona que te crees obligada a desembuchar todo lo que tienes dentro, te recordaré que me prometiste no decir nada a nadie de tal asunto, dejándome a mí el cuidado de velar por tu porvenir; muy solemnemente me lo prometiste al salir por esta puerta. Yo no le he dicho nada tampoco a tu padre de tu próximo casamiento, porque con lo necio que es le faltaría tiempo para contárselo a todo el mundo. Hija mía, ten ánimos, que te pensamos mandar un tonelillo de sidra para tu boda, que no abunda mucho por ese terreno, porque ahí se da agrio. Y sin más por hoy, con recuerdos para tu novio, te abraza tu madre que te quiere,
>
> J. Duberyfield.

—¡Madre, madre! —murmuró Tess.

Recapacitaba la joven en la poca mella que hacían en el ánimo desenfadado de su madre las cosas más serias. No veía la vida como su hija. El tremendo episodio no era para ella sino un acontecimiento de poca importancia. Pero tal vez acertara en la conducta que le aconsejaba seguir, cualesquiera que fueran las razones en que se inspirase. El silencio, considerado objetivamente el asunto, parecía lo mejor para la felicidad de su adorado; así que ¡silencio!

Afianzada de esta suerte la convicción de Tess por el mandato de la única persona que tenía en el mundo una sombra de derecho para dirigir su conducta, logró tranquilizarse. Había desplazado así su responsabilidad y sentía en su corazón una holgura no experimentada desde hacía mucho tiempo. Los días del feneciente otoño que siguieron a aquél en que dio su consentimiento, primeros del mes de octubre, constituyeron una temporada durante la cual vivió en alturas espirituales, más cercanas al éxtasis que en época alguna de su vida.

Apenas si había un punto terrenal en su amor a Ángel. En el sublime abandono que le hacía de todas sus potencias, él era la suprema bondad; sabía Ángel cuanto debe saber el guía, el filósofo y el amigo[92]. Las líneas y contornos de su persona representaban para Tess la perfección de la hermosura masculina; su alma era la de un santo; su intelecto, el de un profeta. Cifraba la joven su dignidad en la conciencia del amor que le tenía; le parecía que por ello llevaba una corona. La piedad con que, a su juicio, la amaba Ángel, era causa de que ella lo mirase con conmovedora devoción. A veces sorprendía Ángel los inmensos e insondables ojos de Tess mirándole desde su misteriosa profundidad, cual si contemplasen algo inmortal.

Ella se olvidó del pasado, lo pisoteó y lo apartó de sí, como se pisotea un ascua incandescente y peligrosa. No sabía Tess que los hombres pudieran ser, en su amor a las mujeres, tan caballerosos, leales y protectores como lo era Ángel. Distaba éste mucho de ser lo que ella se creía en tal respecto, pero era, sin duda, más espiritual que carnal; sabía reprimirse y estaba singularmente a cubierto de los desmanes explosivos de la impremeditación, siendo más brillante que apasionado, menos byroniano que shelleyano; podía amar desesperadamente, pero con un amor que propendía a lo etéreo e imaginario; era su pasión una emoción torturadora capaz de preservar a la amada de él mismo. Esto arrebataba y desconcertaba a Tess, cuyas breves experiencias habían sido hasta allí tan desdichadas, y en su reacción contra su mal juicio sobre el sexo masculino, hubo de formarse de Ángel un concepto sublime, excesivo.

Se buscaban ahora el uno al otro sin tratar de disimularlo; en su inocencia, no se preocupaba ella de encubrir su deseo de estar a su lado. Vagamente, sin duda, pero de modo certero, comprendía Tess que esa afectación de que se valen las mujeres para engatusar a los hombres había de serle enojosa a un hombre tan perfecto como Ángel, después de una declaración de amor, puesto que tendría que llevar una sospecha de artificio.

Ella no conocía otra costumbre que esa familiaridad sin reserva que los novios guardan entre sí en los pueblos mientras dura el noviazgo, y a ella se atenía sin que en modo alguno le chocara; y aunque al pronto hubo de chocarle algo a Ángel, acabó por encontrarla natural, ya que a nadie le llamaba la atención. Así pues, en aquellas tardes maravillosas del mes de octubre vagaban por los prados, recorriendo las sendas que seguían fielmente los juguetones arroyuelos tributarios, pasándolos por puentecillos de madera. No dejaban de oír el rumor de alguna esclusa acompañando el de su palique, en tanto los rayos del sol, casi tan horizontales como el prado mismo, extendían sobre el paisaje dorados reflejos de polen. Tenues brumas azules se levantaban por entre las sombras de árboles y setos, mientras que en otros lugares todavía imperaba el sol. Tan bajo estaba sobre el horizonte el astro del día que las sombras de Tess y Ángel caminaban cuatrocientos metros por delante de ellos, como dos dedos que señalasen a lo lejos la línea en que las verdes extensiones aluviales iban a morir en la vertiente del valle.

Por todas partes se veían trabajadores, pues aquélla era la época en que «se levantaban» los prados, se abrían las pequeñas acequias para los riegos del invierno y se rehacían los bancales derrumbados por las vacas.

Ángel ceñía a Tess el talle con su mano, afrontando con decisión las miradas de aquellos hombres, con la actitud de quien está acostumbrado a exhibirse en público con desenvoltura, aunque

en aquel momento pareciese tan encogido y tímido como ella, que entornados los labios y mirando de soslayo a los trabajadores, tenía todo el aire de un animal cansado.

—¿No te da vergüenza que esa gente vea que soy tu novia? —le decía Tess halagada.

—No —repuso el joven.

—Piensa que podría llegar a oídos de tus amigos de Emminster la noticia de que te paseas por todas partes conmigo…, ¡con la moza de una vaquería!

—Con la moza más bonita que jamás se vio.

—Tal vez se sientan heridos en su dignidad.

—¿Cómo podría una d'Urberville causarle desdoro a un Clare? Eso de que tú desciendas de tal familia es un factor muy importante, y que yo haré valer como es debido a los ojos de mi familia luego que nos hayamos casado y hayamos obtenido del párroco Tringham las pruebas de tu abolengo. Aparte esto, mi familia no ha de tener que meterse para nada en lo tocante a mi porvenir. Ni siquiera hemos de tener ocasión del más ligero roce. Nos iremos a vivir a otra región de Inglaterra y quizá lejos de ella. Así que, ¿qué nos importa lo que piense la gente de nosotros? A ti te gustará viajar, ¿no?

Tal fue la emoción que a ella hubo de causarle la idea de correr mundo con él en íntima y familiar compañía, que sólo pudo asentir en silencio. Los sentimientos que enseñoreaban su alma le zumbaban en los oídos con el rumor de las ondas y afluían a sus ojos, nublándoselos. Abandonó su mano a la de Ángel, y así se encaminaron ambos hacia un paraje en que el sol se reflejaba en el río, bajo un puente, con un fulgor de metal fundido que les deslumbraba los ojos, a pesar de ocultar el puente la imagen luminosa. Al detenerse ellos allí asomaron unas cabecitas cubiertas de pelo y pluma a la tersa y bruñida superficie del agua, pero al ver que los molestos visitantes se detenían allí, sin seguir su camino, se zambulleron de nuevo en el agua. Estuvieron Tess y Ángel en aquella orilla hasta que cerró sobre ellos la niebla —lo que en aquella época del año ocurría temprano—, que se condensaba en sus pestañas, quedándoseles prendida allí como cristales, lo mismo que en las cejas y el pelo.

Los domingos prolongaban su paseo hasta después de oscurecido. Ciertos inquilinos de la granja que estaban también paseando el domingo siguiente a su amoroso pacto les oyeron hablar con vehemente acento, aunque no les fue posible entender lo que se decían; advirtieron el anhelo espasmódico de las frases de ella, entrecortadas por los brincos que le daba el corazón, en tanto caminaba apoyada en el brazo de Ángel, sus alegres paradas, las breves risas en que daba expansión a veces a su alma alborozada, esa risa inconfundible de la mujer que se halla en compañía del hombre a quien ama, después de habérselo disputado y ganado a las demás mujeres; y observaron la alegre presteza de su andar, parecido al vuelo rastrero del pájaro que no acaba de posarse.

El amor a Ángel era el aliento y la vida de Tess; la envolvía como una fotosfera, desplazando hacia el olvido sus pasadas amarguras, teniendo a raya a los sombríos espectros que pugnaban por acercarse a ella y herirla: duda, pavor, desaliento, sonrojo. Sabía la joven que la estaban acechando en el límite de aquella claridad que la circundaba, pero poseía inagotables y poderosos talismanes para tenerlos allí a distancia, en famélica sujeción.

Un olvido espiritual coexistía en ella con la persistencia de un recuerdo intelectual. Caminaba

por entre luminosas irradiaciones, pero no se le borraba del pensamiento la idea de que aquellas tenebrosas figuras la estaban siempre acechando en el confín del horizonte. Cada día alguna de ellas se acercaba o retrocedía.

Cierta tarde, por haber salido los demás, tuvieron que quedarse Tess y Ángel al cuidado de la casa. Hablando estaban los dos cuando de pronto se le quedó ella mirando pensativa y se encontró con los ojos inquisitivos del joven.

—¡No soy digna de ti! ¡No, no lo soy! —exclamó, levantándose bruscamente de su taburete como espantada por la ardorosa lisonja de Ángel y el desbordante gozo que a ella le infundía.

Pensando el joven que aquella agitación de Tess no nacía del halago de sus palabras, sino en parte muy pequeña, le dijo:

—No me gusta oírte hablar así, Tess. ¡La distinción de las personas no consiste en saber emplear con maña un despreciable arsenal de convencionalismos, sino en figurar y ser contados entre las personas honradas, justas y veraces; entre las criaturas de buen corazón, puras y de buena fama[93]… como tú, Tess mía!

Le ahogaba la voz a Tess un sollozo. ¡Cuántas veces había martirizado su tierno corazón en la iglesia, durante los últimos años, el recuerdo de aquella letanía de excelencias inmerecidas, y cuán extraño le pareció que él la sacara a relucir en aquel momento!

—¿Por qué no te quedaste aquella tarde en el baile, y no me quisiste cuando yo tenía dieciséis años viviendo con mis hermanas y hermanos, y bailaste en el prado? ¿Por qué no fue así? —exclamó con vehemencia, retorciéndose las manos.

Ángel procuró animarla y consolarla, admirado de su escrupulosidad y delicadeza, y pensando que debía tratarla con mucho mimo, ya que en sus manos tenía la felicidad de la muchacha.

—¡Tienes razón, por qué no me quedaría! —exclamó Ángel—. Eso es lo que siento. ¡Si lo hubiera sabido! Pero, Tess, no es justo que te abandones de ese modo al pesar. ¿A qué tanta pena?

El femenil instinto del disimulo hizo que Tess desviara la conversación.

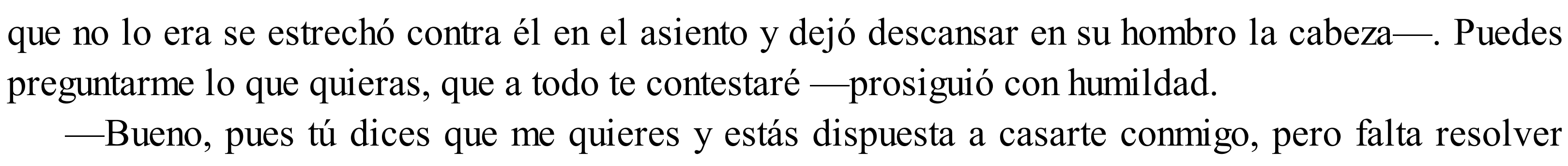
—Es que entonces hubiera sido dueña de tu corazón todos estos años. No hubiera perdido el tiempo, como lo he perdido…, y mi felicidad hubiera sido más larga.

No era una mujer madura, amenazada de una perspectiva de desencanto, la que así se expresaba, sino una joven de vida sencilla, cogida por el amor en sus verdes años, cual pajarillo en la trampa. A fin de recobrar por completo la calma, se levantó Tess del taburete en que estaba sentada y salió de la estancia, derribando aquél en su premura con las faldas.

Ángel continuó sentado a la alegre lumbre, en la que cruzadas sobre los morillos ardían unas ramas verdes cuyos vástagos crepitaban con grato rumor, chirriando al destilar por sus extremos goterones de savia. Al volver la cara el joven se encontró con que ya estaba allí Tess otra vez.

—¿No te parece, Tess, que eres un poco rara? —le dijo risueño, mientras acomodaba un almohadón para ella en el banco y se sentaba a su lado—. Iba a preguntarte una cosa cuando te fuiste.

—Sí, tal vez sea yo rara —murmuró ella, y acercándosele de pronto le puso las manos en los brazos—, aunque no, no lo soy, Ángel…, es decir, ¡por naturaleza! —Y para mejor convencerle de


que no lo era se estrechó contra él en el asiento y dejó descansar en su hombro la cabeza—. Puedes preguntarme lo que quieras, que a todo te contestaré —prosiguió con humildad.

—Bueno, pues tú dices que me quieres y estás dispuesta a casarte conmigo, pero falta resolver otra cuestión: ¿cuándo va a serla boda?

—Me gusta vivir como ahora.

—Pero es que yo para primeros de año, o poco más, tengo que empezar a trabajar por mi cuenta. Y antes de meterme de lleno en los detalles y preparativos de mi nueva posición quisiera tener segura a mi asociada.

—Pero —repuso ella tímidamente—, mirando a lo práctico, ¿no sería mejor dejar la boda para después? ¡Aunque no puedo hacerme a la idea de que pudieras marcharte dejándome aquí!

—Y es muy natural. Además no sería lo más práctico. Yo necesito que me ayudes de muchas maneras en mis comienzos. Conque, ¿cuándo va a ser? ¿Por qué no de aquí a quince días?

—No —repuso ella con gravedad—, tengo que pensar muchas cosas antes.

—Pero…

Y Ángel la estrechó dulcemente contra su pecho.

Le asustaba a Tess la realidad del casamiento cuando la veía inminente. Pero antes de enredarse en discusión doblaron la esquina de la casa y entraron en la zona iluminada por la lumbre de la estancia el lechero, su mujer y dos de las muchachas.

Se levantó Tess de un salto, con la faz encendida y brillantes los ojos a la luz del hogar.

—¡Ya sabía yo lo que iba a suceder si me sentaba tan cerca de ti! —exclamó contrariada Tess—. Ya me decía yo en mi interior: ¡a que vienen y nos cogen! ¡Aunque no vayan a creer que me tenía sentada en sus rodillas, aunque lo pareciese!

—¡Vaya, pues si no lo dice usted maldito si hubiéramos notado lo más mínimo! —repuso el ganadero. Y dirigiéndose a su mujer añadió, con la necedad de un hombre indiferente a las sutiles emociones del amor—: Esto quiere decir que no hay nunca que figurarse que los demás se figuran cosas que no se figuran. Lo que es yo, jamás me hubiera preocupado de cómo estaba sentada si ella no me lo dice.

—Es que vamos a casarnos muy pronto —dijo Ángel con forzada tranquilidad.

—¡Vamos! ¡Pues lo celebro mucho! Ya me lo sospechaba yo hace tiempo. Es demasiado Tess para moza de vaquería. Desde el punto y hora que lo vi lo dije. Y no ha de ser grano de anís para quien se case con ella. Y además, que ni pintada para un ganadero.

Tess se quitó de en medio como pudo. Y más la impresionaron las miradas de las mozas que seguían a Crick que la burda lisonja del ganadero.

Todas estaban ya en el dormitorio al subir ella después de cenar. Ardía una vela, y las blancas muchachas que sentadas en sus camas esperaban a Tess semejaban a los ojos de esta última una fila de vengadores espectros.

Mas no tardó en comprender que no había en su actitud la menor malquerencia. No era lógico que llevasen a mal la pérdida de lo que nunca pensaron poseer. En aquel momento estaban únicamente animadas de un interés objetivo, de espectadoras.

—¡Va a casarse con ella! —murmuraba Retty sin quitar ojo de Tess—. ¡Cómo se le conoce en la

cara!

—¿Vas a casarte con él? —le preguntó Marian.

—Sí —respondió Tess.

—¿Cuándo?

—Algún día.

Las demás juzgaron su respuesta una evasiva.

—¡Va a casarse con él! ¡Con un caballero! —repitió Izz.

Y obedeciendo a una suerte de fascinación, las tres muchachas saltaron de sus lechos una a una y rodearon descalzas a Tess. Retty le puso las manos en los hombros, cual si quisiera cerciorarse de la realidad corpórea de su amiga, después del milagroso acontecimiento, mientras las otras le ceñían la cintura, sin dejar de mirarla embelesadas.

—¡Si parece milagroso! ¡Increíble! —exclamó Izz.

Y Marian le dio un beso a Tess, murmurando al retirar sus labios:

—Sí.

—Ese beso, ¿se lo has dado por ella o porque la han besado ya otros labios? —le dijo con sequedad Izz.

—No se me ha ocurrido pensar tal cosa —repuso Marian con sencillez—, pensaba únicamente en lo maravilloso de que vaya a ser su mujer, ella y no otra. Y no lo digo por nosotras, que nunca nos hicimos esa ilusión porque no hemos hecho más que quererle. Pero el caso es que él no va a casarse con una señorita de esas que visten de seda y raso, sino con una moza de vaquería como nosotras.

—¿Y no me guardaréis rencor por ello? —dijo Tess con voz débil.

Todas se le colgaron del cuello antes de contestar, como si dieran por sabido que en los ojos podía vérseles la respuesta.

—No sé…, no sé… —murmuró Retty—. ¡Yo quisiera odiarte, mas no puedo!

—¡Y lo mismo me pasa a mí! —corroboraron Izz y Manan—. ¡No puedo odiarla! ¡Hay algo que me lo impide!

—Debía casarse con una de vosotras —exclamó Tess.

—¿Por qué?

—¡Pues porque valéis más que yo!

—¡Más que tú! —exclamaron las chicas en lento y quedo cuchicheo—. ¡No digas eso, querida Tess!

—¡Sí que lo digo! —contestó la joven impetuosamente. Y zafándose con brusquedad de los brazos de sus amigas rompió en histérico lloro, reclinándose desesperadamente en la cómoda y repitiendo sin cesar—: ¡Sí, sí! ¡Debiera haber elegido a una de vosotras! —insistió llorando—. ¡Y hasta creo que yo debía influir para que lo hiciera! ¡Vosotras le haríais más feliz que yo! ¡Ay, no sé lo que me digo!

Se agruparon las otras en torno a ella y la rodearon cariñosamente, pero los sollozos seguían ahogando la voz de Tess.

—Démosle un poco de agua —dijo Marian—. ¡La pobre sufre por nosotras!

La llevaron dulcemente a su lecho y la colmaron de besos cariñosos.

—Tú eres la mejor de nosotras y la más digna de él —dijo Marian—, más señora y más instruida que nosotras, sobre todo con las lecciones que él te ha dado. ¡Pero, mujer, debieras estar orgullosa! ¡Y claro que lo estás!

—¡Sí que lo estoy! —dijo Tess—. Y me da bochorno de ponerme así.

Luego que todas se hubieron acostado, apagando la luz, dijo por lo bajo Marian:

—Oye, ¿te acordarás de nosotras cuando estés casada con él, y de que te decíamos que le queríamos, y de cómo procurábamos no odiarte, y de que no te odiábamos porque él te hubiese preferido a nosotras, que nunca nos habíamos forjado esa ilusión?

Mientras así hablaban ignoraban las pobres que un raudal de saladas lágrimas caía copioso otra vez en la almohada de Tess y que ésta formaba propósito, llena de congoja, de contarle a Ángel su historia entera, contraviniendo el mandato de su madre; sufrir que él, que era su vida y su alma, la despreciase, si tal era su ánimo, y que su madre la tuviese por una necia, antes que guardar un silencio que podía parecer una traición, y en cierto modo una villanía para con aquellas muchachas.

XXXII

Aquella actitud penitente la cohibía para fijar el día de la boda. Y llegaron los primeros días de noviembre sin que aún hubiera resuelto nada, a pesar de las instancias de Ángel. Parecía ser el vivo deseo de Tess prolongar indefinidamente el noviazgo y que todas las cosas siguiesen como estaban.

Empezaba a cambiar el aspecto de los prados, pero todavía era la temperatura lo bastante templada en las primeras horas de la tarde, antes del ordeño, para dar un paseo por los campos, aprovechando el ocio que en aquella época del año dejaban las tareas de la lechería. Tendiendo la vista por el húmedo césped en dirección al sol vislumbraban los jóvenes una brillante estela formada por los filamentos de las orugas, semejante al rielar de la luna sobre el mar. Los cínifes, ignorantes de su gloria fugaz, cruzaban la franja luminosa de la senda y lanzaban el mismo fulgor que si estuvieran ardiendo, aunque al trasponer la línea de la sombra se extinguían por completo. En presencia de aquel espectáculo recordaba Ángel que aún no había resuelto la fecha de la boda.

Otras veces le planteaba la cuestión por la noche, mientras la acompañaba a algún recado, urdido por la señora Crick a fin de brindarles esa oportunidad. Las más de las veces servía de pretexto una excursión a las dependencias de la montaña, con objeto de inquirir cómo iban las vacas preñadas en el establo de paja en que tenían su encierro. Porque en aquella época del año sobrevenían grandes cambios entre la población vacuna. Todos los días tenían que enviar no pocas vacas a aquel aparejo, donde vivían sobre la paja hasta que nacían los ternerillos, después de lo cual, y tan pronto como podían andar las crías, volvían éstas y sus madres a la lechería. Mientras no se vendían las terneras, había muy poco que ordeñar, pero una vez separadas las crías reanudaban las mozas su faena habitual.

A la vuelta de uno de aquellos paseos nocturnos llegaron una vez los jóvenes a una meseta suspendida sobre los torrentes, donde se entretuvieron escuchando. El agua alcanzaba allí su máximo nivel, rebosando de las esclusas y mugiendo bajo las rústicas atarjeas; los más insignificantes arroyuelos corrían desbordados; no había atajo posible ni vado practicable, teniendo los peatones que seguir los caminos ya trazados. De toda la extensión del invisible valle llegaban hasta los jóvenes profusión de rumores, sugiriéndoles la impresión de tener a sus pies una gran ciudad, cuyos habitantes con su vocerío levantasen aquel fragor.

—Parece como si hubiera ahí cientos de miles de personas —dijo Tess—, mucha gente en los mercados, discusiones, disputas, discursos, llantos, rugidos, plegarias y maldiciones.

Ángel no puso atención en sus palabras.

—¿Te ha dicho hoy Crick que durante el invierno le va a sobrar gente?

—No.

—Las vacas se le están secando.

—Sí, ayer fueron a la paja seis o siete y tres anteayer, de modo que ya hay allí más de veinte… Pero ¿quieres decir con eso que el amo ya no me necesita? ¡Dios mío! ¡Ya no hago falta aquí! ¡Con tanto como he trabajado!

—No ha dicho Crick, precisamente, que no te necesite, pero teniendo en cuenta nuestras relaciones me hizo presente de la manera más respetuosa y amable que él suponía que al partir yo para Navidad te llevaría conmigo, y al preguntarle yo si no le harías tú falta, me manifestó que, en realidad, para esa época del año no necesitaría mucha ayuda femenina. Y te confieso mi pecado; me alegré de que no le hicieras falta.

—Pues yo creo que no debías haberte alegrado, Ángel. Siempre es triste el ver que no la necesitan a una, por más que le convenga.

—Que es lo que ocurre en este caso…, tú misma lo has dicho. —Y le puso un dedo en la mejilla—. ¡Ah! —exclamó.

—¿Qué?

—Que ya siento que se te sube el pavo por lo que te he dicho. Pero no es ésta ocasión de bromear. ¡Dejémonos de chanzas…, la vida es muy seria!

—Es verdad. Y puede que lo supiera yo antes que tú.

Harto lo veía ella en aquel instante. Renunciar a casarse con él, obedeciendo a su emoción de la noche pasada, y dejar la vaquería, significaba trasladarse a algún lugar extraño que no fuese una granja como aquélla, ya que por aquella época no hacían falta lecheras; de suerte que tendría que ir a una granja de labor, donde no encontraría ningún ser divino como Ángel. Aquella idea le resultaba odiosa, más todavía que la de volverse a su casa.

—Así es que hablando seriamente, Tess —continuó Ángel—, puesto que para Navidad tendrás que marcharte de todos modos, lo mejor es que nos casemos para esa fecha. Además, si no fueses la criatura de menos seso del mundo comprenderías que no podemos estarnos aquí toda la vida.

—¡Ojalá pudiera ser! ¡Que fuera siempre verano y otoño! ¡Y que estuviéramos aquí toda la vida y que tú me quisieras siempre como ahora!

—¡De que te he de querer siempre puedes estar segura!

—¡Oh, eso ya lo sé! —exclamó ella en un arrebato de fervor—. ¡Ángel, voy a señalar el día en que he de ser tuya para siempre!

De esta suerte quedó todo convenido entre ellos en aquel nocturno regreso, entre las miríadas de líquidas voces que a derecha e izquierda oían.

Al llegar a la lechería pusieron en autos de todo al vaquero y su esposa, suplicándoles el secreto, porque ambos deseaban que acerca de su matrimonio se guardase la mayor reserva. Aunque el lechero tenía pensado despedir pronto a Tess, mostró gran contrariedad al saber que la muchacha se iba de su casa. ¿Cómo se las iba a arreglar ahora para el desnatado? ¿Quién iba a hacerle aquellos artísticos panes de mantequilla que las señoras de Anglebury y Sandbourne estimaban tanto? La señora Crick felicitó a Tess por el venturoso desenlace de aquel episodio de amor, y declaró que desde el punto y hora que vio por primera vez a la muchacha le dio el corazón que había de casarse con persona de calidad y no con un rústico cualquiera; que harto revelaba la joven ser de alta condición y ella hubiera jurado que descendía de una gran familia. Claro que la señora Crick recordaba que Tess le había causado verdaderamente muy buena impresión la primera vez que la viera, pero aquellos extremos que añadía podían muy bien ser producto de su fantasía excitada por el acontecimiento de aquella buena boda.

Se abandonaba Tess al correr de las horas con una grata sensación de inercia. Ya había empeñado su palabra, señalado el día de la boda y dispuesto todo a ese fin; su inteligencia, brillante de suyo, empezaba a rendirse al fatalismo de los pueblos y a esas supersticiones que atienden más a los fenómenos naturales que a los demás seres; así que cayó en la conformidad sistemática con todas las cosas que su novio, por dar paz a su alma, le sugería.

Pero escribió de nuevo a su madre con pretexto de anunciarle el día de la boda, mas con el verdadero objeto de pedirle nuevamente consejo. Le rogaba Tess que se fijara en que su futuro marido era un señorito, y que acaso éste no acogiese bien una confesión, después de la boda, que otro hombre más tosco pudiera aceptar. Pero la madre de Tess no contestó a esa carta.

No obstante los satisfactorios argumentos que Ángel se formulaba mentalmente acerca de la conveniencia práctica de su matrimonio inmediato, procedía en verdad con algo de precipitación, según, andando el tiempo, pudo comprobar. Quería él a Tess, pero acaso de un modo más ideal e imaginativo que con el apasionado abandono que ella sentía por él. Juzgándose el joven condenado a una existencia bucólica desprovista de matices intelectuales, no se había parado a pensar en si fuera de aquel escenario rústico persistirían los encantos de aquella idílica criatura. Hasta que no se fue a vivir a aquel paraje no había él sabido hasta qué punto hace mella en el ánimo una sencillez tan absoluta como la que allí se observaba. Sin embargo, aún distaba mucho de ver con claridad la senda de su porvenir y todavía habían de pasar un año o dos antes de que pudiera considerarse firmemente arraigado en la vida. El secreto del engaño del joven estaba en su convicción de que los prejuicios de su familia le habían hecho errar su verdadera vocación.

—¿No te parece que nos convendría más aguardar a que ya estuvieras bien establecido en tu granja? —le dijo ella una vez.

—Si te he de decir la verdad, Tess, no me avengo a la idea de tener que dejarte sola, falta de mi protección y cariño.

Aquel argumento era, al parecer, irrefutable. Había ejercido sobre ella tan marcado influjo, que Tess había asimilado sus hábitos y modales, su manera de hablar, sus aversiones y sus simpatías. Y dejarla en aquellos campos hubiera sido tanto como condenarla a retroceder en su progreso y a que perdiera, poco a poco, todas las afinidades que con él había contraído. Había, además, otra razón para que Ángel deseara retenerla bajo su custodia. Sus padres habían manifestado su deseo de verla por lo menos una vez antes que él se la llevara a lejanas tierras, y como tenía la intención de mantener su propósito, cualquiera que fuera la opinión de sus padres, pensó que un par de meses que Tess pasara en un alojamiento alquilado con él, en espera de una proporción ventajosa, significaría para la joven una iniciación social conveniente para sufrir la especie de prueba que implicaba su presentación a sus padres en la casa parroquial.

Ángel, además, se proponía imponerse un poco en la molienda del trigo, pues acariciaba la idea de combinar el negocio de la leche con el de la elaboración de harinas. El propietario de un gran molino viejo de Wellbridge —que antaño fuera una abadía— le había dado facilidades para que visitara su anticuada instalación y presenciara las operaciones durante algunos días, siempre que le viniera en gana. Así que un día se encaminó Ángel a dicho lugar, que estaba a algunos kilómetros de distancia de allí, a fin de enterarse de algunos pormenores, regresando a Talbothays anochecido. Le

manifestó el joven a Tess que estaba decidido a pasar unos cuantos días en el molino harinero de Wellbridge. Pero ¿qué razón era la que le impulsaba a ello? No tanto la oportunidad de adquirir alguna práctica en las cuestiones de la molienda, como la coyuntura que se le ofrecía para alquilar unas habitaciones en la misma casa del molino que había sido antaño residencia de una de las ramas de la familia d'Urberville. De esta suerte arreglaba Ángel las cuestiones prácticas, guiándose por un sentimiento que no guardaba con ellas la menor relación. Decidieron los novios ir a pasar allí un par de semanas después de casados, en vez de echarse a viajar por ciudades y pueblos.

—Después iremos a ver algunas fincas de que he oído hablar al otro lado de Londres —dijo—, y para marzo o abril visitaremos a mis padres.

Procedieron los novios a realizar los preparativos de la boda y ya era inminente el día de la ceremonia nupcial. Habían fijado la fecha del 31 de diciembre, víspera de Año Nuevo. «¡Su esposa!», se dijo Tess. ¿Era aquello posible? Los dos unidos, compartiendo todos los azares e incidentes de la vida, sin que nada pudiera separarlos. ¿Por qué no? Y sin embargo, también cabía decir, ¿por qué?

Un domingo, al volver de la iglesia, le dijo Izz a Tess con sigilo:

—No se ha leído tu amonestación esta mañana.

—¿Qué dices?

—Pues que hoy debía haber sido tu primera amonestación. ¿No piensas casarte para el treinta y uno?

Tess le contestó afirmativamente.

—Pues ya ves. Tres son las amonestaciones. Y como no faltan más que dos domingos…

Tess notó que sus mejillas palidecían; Izz decía bien. ¿Se le habría olvidado a él? En ese caso habría que retrasar el asunto una semana, y quizá fuese aquello un mal presagio. ¿Y cómo recordárselo a Ángel, para que subsanara el olvido? Ella, que tan reacia anduviera para dar su consentimiento, ardía ahora en impaciencia y alarma, temiendo perder su codiciada presa.

Un incidente muy natural vino a sacarla oportunamente de la ansiedad en que se encontraba. Izz le contó a la vaquera lo sucedido y ésta hizo uso de sus privilegios de mujer casada para hablarle a Ángel del asunto.

—¿Es que se le ha olvidado a usted, señor Clare? Me refiero a las amonestaciones.

—No, no se me han olvidado, señora —replicó el joven.

Tan pronto como se vio a solas con Tess se dio prisa a tranquilizarla.

—No te apures por eso de las amonestaciones. Vale más sacar una licencia, y eso es lo que he hecho, sin consultarte. Así que si vas a la iglesia el domingo que viene no tendrás que oír tu nombre, tal como lo deseabas.

—Así es, en efecto, Ángel —le dijo Tess.

Y fue no poca alegría para la muchacha ver que las cosas seguían su curso después de haberla asaltado por un momento el temor de que alguien se hubiera atravesado en el camino de su felicidad, aguándole la fiesta de su boda, al referirse su pasado. ¡Cómo la favorecían los acontecimientos!

«Aunque no estoy del todo tranquila», se decía a sí misma. «Porque toda esta buena suerte puede estropearse luego, a lo mejor. Que muchas veces lo dispone así el cielo. Me hubiera gustado correr

las amonestaciones, lo mismo que todas».

Pero todo salió a pedir de boca. Se preguntaba Tess si querría Ángel que fuese a la boda con el vestido blanco que tenía o que se comprase otro nuevo. Pero tal dilema vino a resolverlo la previsión de Ángel, la cual se manifestó mediante la llegada de unos paquetes que venían a nombre de la joven. En ellos encontró aquélla un equipo completo, desde el sombrero hasta las medias, más un traje de novia perfectamente adecuado a la sencillez con que ellos deseaban que se celebrase la ceremonia. A poco de eso entró Ángel en la casa y la oyó pugnar allá arriba por deshacer los paquetes.

Al poco rato bajó Tess con las mejillas encendidas y los ojos llenos de lágrimas.

—¡Qué bueno eres, Ángel! —murmuró, posando la mejilla en uno de sus hombros—. ¡Hasta los guantes y el pañuelo! ¡Qué bueno eres!

—Pero si eso no me ha costado la menor molestia; mandárselos pedir a un almacenista de Londres, y pare usted de contar.

Y para evitar que ella siguiera poniéndolo por las nubes, le dijo que subiera y con toda tranquilidad se cerciorara de si no faltaba ninguna prenda, para en caso necesario avisar a la costurera del pueblo, a fin de que supliera la falta.

Subió Tess de nuevo y se puso el vestido. Sola como estaba, permaneció un momento contemplándose en el espejo con su traje de seda; y entonces se le vino a la memoria aquella tonadilla que cantaba su madre y en que se hablaba de cierto traje mágico,

que nunca sentaba bien a la novia
que había tenido un desliz[94].

¡Si le haría traición a ella aquel vestido, como traicionó el suyo a la reina Ginebra, según la canción de su madre! Desde que estaba en la granja, hasta aquel instante no se había acordado Tess de aquellos versos.

XXXIII

Ángel sintió el deseo de pasar un día con ella antes de la boda en alguna parte, fuera de la vaquería, como última correría con ella dentro del noviazgo; un día romántico en circunstancias que nunca más habían de repetirse, teniendo por delante aquel otro, más luminoso y solemne. Durante la semana anterior a éste, le propuso, pues, a Tess la idea de ir a efectuar ciertas compras a la ciudad vecina, para lo cual habían de ir los dos juntos.

Había hecho Ángel en la vaquería la vida de un recluso, completamente apartado de las personas de su condición social. Hacía varios meses que no iba a la ciudad, y, no necesitando vehículo, no había pensado en proveerse de él, alquilándole el jaco o el calesín al ganadero siempre que tenía que hacer alguna excursión larga. Y en el calesín fueron aquel día.

Y por primera vez entraron en las tiendas, como si ya fueran marido y mujer. Era la Nochebuena, con sus cargas de muérdago y acebo. La ciudad estaba atestada de forasteros llegados de todas partes con motivo de la festividad. Tess, que iba del brazo de Ángel, muy oronda y radiante de puro feliz, llamaba la atención de todos.

Al anochecer volvieron a la fonda en que se hospedaban, y Tess esperó en el vestíbulo, mientras Ángel daba orden de que trajeran a la puerta el caballo y el calesín. El salón estaba lleno de huéspedes que no cesaban de entrar y salir, y cada vez que se abría la puerta para dar paso a alguno, la luz del salón daba de lleno a Tess en el rostro. Dos hombres, al salir, pasaron rozándola. Uno de ellos se la quedó mirando como sorprendido, y Tess creyó reconocer en él a un patán enriquecido, a quien conocía de haberle visto alguna vez en Trantridge.

—Guapa doncella —dijo el otro.

—Sí, guapísima. Pero o mucho me equivoco o… —Y no llegó a expresar todo su pensamiento, pero sí negó el resto de la definición.

En aquella sazón volvió Ángel de la cochera, y al trasponer el umbral vio el gesto del hombre, oyó sus palabras y notó el encogimiento de Tess. Aquella impertinencia le hirió en lo vivo, y sin pensar lo que hacía le pegó al hombre un puñetazo en la barbilla con toda la fuerza de su brazo, haciéndole vacilar y retroceder hasta el pasillo.

Se recobró el patán e hizo ademán de responder a la agresión, por lo que Ángel se colocó delante de la puerta en actitud defensiva. Pero su adversario lo pensó mejor. Miró de nuevo a Tess al pasar junto a ella, y dijo a Ángel:

—Usted dispense. Fue una equivocación. Creí que se trataba de otra mujer que vive a sesenta kilómetros de aquí.

Recapacitando Ángel en que se había dejado llevar de un ciego impulso y en que además merecía reproche él también por haber abandonado a Tess en el pasillo, extendió su mano al hombre y ambos se separaron dándose las buenas noches en el tono más pacífico del mundo.

—Pero ¿fue equivocación? —preguntó al vapuleado su acompañante.

—¡No!… ¡Lo dije por no ofenderle a él!

En aquel momento se alejaban ya los novios.

—¿No podríamos aplazar un poco el día de la boda? —preguntó Tess con voz velada—. Quiero decir, si quisiéramos.

—No, amor mío. Cálmate. ¿Lo dices para que ese hombre tenga tiempo de denunciarme? —le preguntó a su vez Ángel, risueño.

—No…, sólo lo decía por si tuviéramos que aplazarla.

No aparecía muy clara la intención de Tess y su novio la exhortó a alejar de su mente aquellas preocupaciones, lo que ella hizo en cuanto le fue posible. Pero en el viaje de vuelta estuvo todo el tiempo muy triste, hasta que por último pensó: «Gracias que nos hemos de ir a vivir muy lejos de aquí, a cientos de kilómetros de estas tierras, donde no podrá sucedemos nada por ese estilo, ni se nos atravesará en el camino ningún fantasma del pasado».

Al llegar a la vaquería se despidieron los novios con grandes extremos de cariño, y Ángel subió a su desván. Tess se sentó para ultimar algunos detalles, temiendo que los días que le quedaban fueran pocos para terminar todos los preparativos. Pero estando sentada oyó ruido en la habitación de Ángel como de lucha. Y como todos los de la casa estaban ya dormidos, recelando no fuera que Ángel se hubiera puesto enfermo, llamó a su puerta y le preguntó qué era lo que le sucedía.

—Nada pasa de particular —dijo él desde dentro—. ¿Por qué te has molestado? Lo ocurrido es más bien motivo de risa. Me quedé dormido, y soñé que me estaba peleando otra vez con ese hombre que te insultó, y el ruido que oíste fue el de los puñetazos que le estaba yo sacudiendo a mi maleta, que había sacado para meter en ella unas cosas. Soy un poco sonámbulo y de cuando en cuando me ocurren estas cosas. Pero vete a la cama y no te preocupes más.

Aquello era lo único que ya se necesitaba para poner término a las indecisiones de Tess. Declararle el pasado a Angel de palabra no podía; pero había otro medio. Se sentó y le escribió una carta de cuatro carillas en las hojas de un cuadernito, haciéndole sucinta narración de lo ocurrido hacía tres o cuatro años, la metió en un sobre y puso el nombre de Clare. Luego, en previsión de cualquier flaqueza de la carne, subió furtivamente la escalera, descalza, y echó la misiva por debajo de la puerta.

Pasó la noche agitadísima, como era natural, y desde muy temprano se puso a escuchar a fin de que no se le escapara el primer ruido que allá arriba hicieran. Y ocurrió lo de siempre: que él bajó como todos los días. Y ella bajó también, se encontraron los dos en la escalera y Ángel le dio un beso. No había duda. ¡Estaba tan cariñoso como siempre!

Ella creyó notarle algo de inquietud y cansancio. Pero él no le dijo nada a propósito de la revelación, ni siquiera cuando se quedaron solos. ¿Habría llegado a sus manos la carta? Comprendía Tess que ella no podía decirle nada sobre el particular, a menos que él iniciara el tema. Así transcurrió el día y era evidente que el joven no tenía intención de manifestar sus sentimientos. Con Tess estuvo tan franco y mimoso como siempre. ¿Serían pueriles sus dudas? ¿Era que la perdonaba? ¿Era que la quería por ser ella y se reía de su tribulación como de absurda pesadilla? ¿Habría recibido de veras la carta? Reconoció el cuarto de Ángel y no pudo descubrir ningún indicio. Indudablemente era que la perdonaba. Y aunque no hubiera llegado a recibir la carta, a ella le entró de pronto una gran esperanza de que la perdonaría.

Así pasaron otras noches y otras mañanas, y llegó por fin la víspera de Año Nuevo, el día de la boda.

No se levantaron los novios a la hora del ordeño, pues su última semana la habían pasado en la vaquería más bien en concepto de huéspedes que de otra cosa, habiéndose visto favorecida Tess con una habitación para ella sola. Al bajar para tomar el desayuno, les sorprendió el cambio que en honor suyo había sufrido la amplia cocina. El lechero, a cierta hora de la madrugada, había mandado blanquear el rincón de la chimenea, pintar de colorado los ladrillos del hogar y sustituir por una cortina de damasco, de un amarillo rabioso, el viejo y renegrido cortinón de lana de rameado dibujo que colgaba del medio punto. Aquella innovación en lo que constituía el foco de la estancia en las tristes mañanas de invierno comunicaba a toda ella un aspecto festivo.

—Yo deseaba hacer algo en su honor —dijo el ganadero—, y como no querían ustedes ni oír mentar a la orquesta de violines y violones que se acostumbraba traer en otro tiempo para la ceremonia, pues se me ocurrió esta idea que, como ven, no mete bulla.

Vivían tan lejos de allí los parientes de Tess que aunque los hubiera invitado no hubiera podido asistir ninguno de ellos a la ceremonia. En cuanto a los padres de Ángel, éste les había escrito a su tiempo, asegurándoles que le darían mucho gusto viniendo alguno por lo menos para el día de su boda. Escribió también a sus hermanos, que sin duda estaban enojados con él, pues no le contestaron. Pero sus padres le escribieron en términos de cierta tristeza, deplorando la precipitación con que iba al matrimonio, aunque se conformaban con lo irremediable, diciéndole que, si bien no habían pensado nunca que hubiera de casarse con la moza de una lechería, ya tenía una edad en la que cada cual está capacitado para ser el mejor juez de sus actos.

La frialdad de sus parientes no afligió tanto a Ángel como seguramente le hubiera sucedido de no contar con una valiosa carta que le iba a permitir darles de allí a poco una sorpresa. Presentarles a Tess recién salida de la granja como una d'Urberville, como una señorita, era temerario y arriesgado, a juicio suyo, por lo cual había tenido en secreto el abolengo de su novia hasta que, familiarizada con las maneras sociales, gracias a unos meses de viajes y lecturas a su lado, pudiera llevarla sin temor a casa de sus padres y comunicarles entonces la gran noticia, presentándoles al mismo tiempo triunfalmente a una mujer digna de su ilustre alcurnia. Tal vez fuera él mismo quien más estimaba el rancio abolengo de Tess.

Observando que Ángel no había cambiado de actitud para con ella después de la revelación, asaltó a Tess la torturante duda de si no la habría recibido. Cuando todavía continuaba en la mesa Ángel desayunando, se levantó la joven y se lanzó escaleras arriba. Se le había ocurrido la idea de mirar otra vez en la destartalada estancia que por tanto tiempo fuera guarida o, mejor dicho, nido de su novio, y trepando por la escalerilla de mano se detuvo ante la puerta del aposento fisgando escrutadora. Se inclinó hacia el umbral, por donde dos o tres días antes metiera la esquela, presa de intensa emoción. Llegaba la alfombrilla hasta el mismo umbral, y por debajo de ella pudo ver Tess el blanco canto del sobre que contenía su carta, la cual no había sido advertida por Ángel, pues en la precipitación con que ella había procedido, quedó la carta debajo de la alfombrilla.

La sacó de allí Tess, casi desfallecida. Estaba cerrada, tal y como ella la había dejado. La montaña, pues, seguía en su sitio. No podía ya Tess dársela a leer al joven, porque ya la casa entera

andaba revuelta con los preparativos para la boda; así que lo que hizo fue bajar a su cuarto y romper la carta.

Estaba tan pálida cuando volvió Ángel a verla, que sintió el joven profunda inquietud. Tess interpretó como de mal agüero el incidente de no haber colocado bien la carta, mas comprendía, en conciencia, que no debía dejar de revelarle su secreto; aún era tiempo; pero la casa andaba ya, como hemos dicho, toda revuelta; sus moradores iban y venían sin cesar de un lado para otro, acabando de vestirse. El lechero y su esposa habían de ser los padrinos de la ceremonia, y ya no era posible hablar a solas y detenidamente con Ángel. El único momento en que logró quedarse a solas con él fue inmediatamente antes de subir al coche.

—No tendré tranquilidad hasta que te diga una cosa… Necesito confesarte todas mis faltas y desaciertos —le dijo con afectada naturalidad.

—¡No me hables ahora de faltas! ¡Hoy tienes que ser perfecta, mi vida! —exclamó Ángel—. Tiempo tendremos después de confesarnos nuestras culpas. Que yo también las tengo.

—Es que yo querría decírtelo ahora todo, para que no puedas luego decir…

—Bueno, mi quijotesca, ya me lo contarás pero cuando estemos en nuestra habitación; ahora no es ocasión. Yo también confesaré mis faltas. Pero ahora no nos agüemos la fiesta, dejémoslo para cuando estemos aburridos.

—¿De modo que no quieres oírme?

—No, Tess. Me niego totalmente.

No tuvieron tiempo para más. Aquellas palabras de Ángel parecieron infundirle confianza a la joven, evitándole más prolijas reflexiones. Desde aquel momento se entregó ya por completo a su amor, no pensando en otra cosa. Su gran anhelo tanto tiempo reprimido de hacerlo suyo, de llamarle su dueño, de morir por él, si era preciso, pudo más en su espíritu que toda otra consideración. Camino de la iglesia se sentía Tess arrebatada en una nube de polícromas idealidades, que eclipsaban con su brillo toda siniestra preocupación.

Distaba mucho la iglesia, y, como además era invierno, hicieron el trayecto en coche. En la venta de la carretera tomaron un carruaje cerrado que estaba allí arrumbado desde los tiempos de las diligencias. Tenía unas ruedas enormes, amplio y panzudo fondo, inmensas ballestas y una lanza como un ariete. El postillón era un venerable «muchacho» de sesenta años —un mártir de la gota, a consecuencia de las largas intemperies sufridas en su juventud y combatidas por él con el auxilio de licores fuertes— que se había pasado sin hacer nada, a la puerta de la venta, veinticinco años, desde que dejó de actuar de cochero de profesión, cual si esperara que volviesen los antiguos tiempos. Tenía una herida abierta en la cara exterior de la pierna derecha, debida al constante roce con las lanzas de las carrozas aristocráticas durante los muchos años que sirviera en El Blasón del Rey, en Casterbridge.

En el interior del descomunal y rechinante armatoste y a espaldas del maltrecho conductor ocuparon sus asientos los novios y los padrinos. Hubiera deseado Ángel que uno de sus hermanos, por lo menos, le hubiera apadrinado, mas los dos con su silencio le habían dado a entender que no querían venir. Desaprobaban el matrimonio y no querían prestarse a presenciarlo. Aunque tal vez fuera mejor, pues aparte de no mirar con buenos ojos aquella unión, eran muy estirados y no hubieran

estado a gusto entre la sencilla gente de la granja.

Absorta en la solemnidad del momento, en nada de aquello reparaba Tess. No veía nada; ni siquiera el camino que les llevaba a la iglesia. Sólo sabía que llevaba a su lado a Ángel; todo lo demás era para ella como una niebla luminosa. Se consideraba la joven como un ser celestial, que se debía por completo a la poesía; una de aquellas deidades clásicas de que Ángel solía hablarle cuando paseaban juntos.

Como el matrimonio había de celebrarse con licencia especial, tan sólo había en la iglesia una docena de personas, pero aunque hubiera habido mil, para Tess hubiera sido igual. Todos estaban a infinita distancia de ella. En la extática solemnidad con que dio el sí desapareció la vana petulancia de su sexo. En un intervalo de la ceremonia, mientras estaban arrodillados juntos, sin darse cuenta, se inclinó hacia el joven hasta darle en el brazo con su hombro; la había llenado de espanto un fugaz pensamiento y automáticamente hizo aquel ademán, para cerciorarse de que él estaba allí de veras y confirmarse en su creencia de que había de serle siempre fiel.

Sabía Ángel que ella le amaba —cada gesto de la joven lo demostraba— mas desconocía aún la verdadera profundidad, integridad absoluta y docilidad de su amor, y de cuánta abnegación, lealtad y sacrificio sería capaz.

Al salir de la iglesia, los campaneros echaron al vuelo las campanas y un modesto tañido de tres notas resonó en el aire, pues tal manifestación de alegría creyeron suficiente los que edificaron la iglesia para solemnizar las faustas ceremonias de la reducida parroquia. Al pasar junto a la torre con su marido, camino hacia la verja, oyó Tess el vibrante zumbido que difundía en torno el campanario en círculo sonoro, muy en consonancia con la intensa emoción que a ella la poseía.

Aquel estado espiritual en que la joven se sentía glorificada por ajena irradiación como el ángel que san Juan viera bajo el sol[95], duró hasta extinguirse el eco de las campanas y cesaron las emociones de la ceremonia nupcial. Pudo entonces Tess fijarse mejor en los detalles, y habiendo dispuesto el lechero que allí les aguardara a él y a su mujer el calesín para dejarles a los novios el coche, observó por vez primera la hechura y carácter del vehículo. Sentada en silencio, lo miró largo rato.

—Pareces triste, Tess —le dijo Ángel.

—Sí —respondió ella, pasándose la mano por la frente—, tiemblo por muchas razones. Todo esto es muy serio, Ángel. Ya ves, ahora me parece que no es la primera vez que veo este coche; creo conocerlo de hace mucho tiempo. ¡Qué raro! Habrá sido en sueños.

—Eso es que has oído la leyenda del coche de los d’Urberville; esa superstición famosa que corre por este condado acerca de tu familia y que data de la época en que eran aquí muy populares; y este armatoste viejo te la ha recordado.

—Nunca oí esa leyenda —respondió Tess—. ¿Qué dice? ¿Me lo quieres contar?

—Te la contaré en compendio. Cierto d’Urberville del siglo dieciséis o diecisiete dicen que cometió un espantoso crimen en el coche de su familia, y que desde entonces los de ese linaje ven o sienten pasar el coche siempre que…, pero ya te contaré el resto otro día, que es una historia muy lúgubre. Sin duda, al ver este venerable armatoste algún recuerdo atávico te vino a la memoria.

—No recuerdo haber oído hablar nunca de eso —murmuró Tess—. ¿Es que cuando vamos a

morir los de esa familia o hemos cometido algún crimen vemos el coche?

—¡Vamos, Tess, no digas esas cosas!

Y la hizo callar con un beso.

Al llegar a la casa estaba Tess desalentada y arrepentida. Era la señora de Ángel Clare, sí, pero ¿tenía derecho moral a llevar tal nombre? ¿No era más bien la señora de Alexander d'Urberville? ¿Podía la intensidad del amor justificar lo que las almas íntegras habrían de considerar culpable subterfugio? No sabía ella lo que deben hacer en tales trances las mujeres y no tenía a quién pedir consejo.

Mas cuando se halló sola en su cuarto un breve rato —el último día que había de entrar en él— se arrodilló y oró. Trató de implorar a Dios, pero en realidad era a su marido a quien dirigía la plegaria. Su idolatría por aquel hombre era tal que casi la miraba con espanto, como de mal agüero. Comprendía el sentido de la ascética frase de fray Lorenzo: «Los transportes violentos tienen un fin violento[96]». Tal vez fuera aquella pasión demasiado grande para las condiciones humanas, demasiado demente, salvaje y destructora.

—¡Amor mío, por qué te quiero tanto! —murmuraba Tess en su soledad—. ¡Porque la que tú amas no soy yo, sino una imagen mía, la imagen de lo que yo debía haber sido!

Llegó la tarde y con ella la hora de partir. Habían acordado pasar unos días en la antigua casa de campo lindante con el molino de Wellbridge, donde se proponían residir el tiempo que Ángel necesitase para estudiar los procesos harineros. Al dar las dos, todo estaba dispuesto para la marcha. Los trabajadores de la lechería se habían colocado a la puerta para verlos salir, con los amos a la cabeza. Tess vio a sus tres compañeras en fila, pensativas y cabizbajas. Había dudado alguna vez de que salieran a despedirla, pero allí estaban, estoicas, amantes y adictas hasta el fin. Comprendía Tess por qué estaba tan abatida la delicada Retty, tan trágicamente triste Izz y tan pálida Marian, y por un momento olvidó sus sombrías cavilaciones para pensar en las de aquellas pobres muchachas.

En un arranque generoso le dijo al oído a Ángel:

—¿Por qué no les das un beso a las pobres, por primera y última vez?

Clare no opuso la objeción más leve a aquella forma de despedida, que no era otra cosa para él, y al pasar las fue besando y diciéndoles a cada una: «Adiós». Al trasponer la puerta echó Tess una femenil ojeada atrás para observar el efecto de aquel beso de caridad, y no había nada de orgullo en su mirada. Aunque de haberlo habido se hubiera desvanecido al ver lo conmovidas que estaban las tres muchachas. Aquel beso sin duda les había despertado sentimientos que intentaban dominar.

Nada de aquello notó Clare. Al cruzar el postigo estrechó las manos de los ganaderos y les dio por última vez las gracias por sus atenciones. Entre la despedida y el momento de partir hubo un silencio, interrumpido por el canto de un gallo. El blanco y de rosada cresta se había posado en la valla frontera de la casa, a pocos metros de ellos, y sus notas ensordecedoras atronaron los aires, extinguiéndose en la lejanía cual los ecos de rocoso valle.

—¡Cómo! —exclamó la señora Crick—. ¡Un gallo cantando por la tarde!

En la verja había dos hombres que la mantenían abierta de par en par.

—Mala señal —dijo el uno al otro, sin pensar que podían oírle desde el postigo.

Volvió a cantar el gallo hacia Clare.

—¡Vaya! —dijo el ganadero.

—¡No me gusta oírlo! —dijo Tess a su esposo—. Dile al hombre que lo espante. ¡Adiós, adiós!

El gallo volvió a cantar.

—¡Chitón! ¡Largo de aquí o te retuerzo el gañote! —le gritó el ganadero al animal, espantándolo con cierto enojo. Y al entrar en la casa le dijo a su mujer—: ¡Vaya una ocurrencia; en todo el año no lo he oído cantar ni una vez a estas horas, y hoy le ha dado por hacerlo!

—Eso no quiere decir más sino que vamos a tener cambio de tiempo —respondió la vaquera—, no lo que tú piensas. ¡Eso es imposible!

XXXIV

Recorrieron unos cuantos kilómetros del camino llano que atraviesa el valle, llegaron a Wellbridge, torcieron a la izquierda y pasaron el gran puente isabelino que da al lugar la mitad de su nombre[97]. Inmediatamente detrás de él estaba la casa donde iban a parar, y cuyo aspecto exterior conocen tan bien los viajeros que cruzan el valle del Froom, casa que había sido en otros tiempos parte de la mansión solariega de uno de los d'Urberville y que ahora, medio demolida, había sido convertida en granja.

—¡Bienvenida seas a esta mansión de tus antepasados! —le dijo Ángel ayudándola a bajar del coche.

Aunque al punto se arrepintió de aquella broma, que parecía una burla.

Al entrar se encontraron con que, a pesar de no haber encargado más que dos habitaciones, el labriego había aprovechado su esperada estancia para ir a visitar a unos amigos con motivo del Año Nuevo, encargando a la mujer de una casa vecina de atender a sus pocas necesidades. No les agradó poco a los novios el tener a su disposición toda la casa, cuyo rústico techo sólo a ellos cobijaba.

Pero Ángel notó que a su mujer no le hacía mucha gracia aquella enmohecida mansión. Luego que partió el carruaje subieron a lavarse las manos, guiados por la mandadera. Al llegar al rellano de la escalera se detuvo sobresaltada Tess.

—¿Qué pasa? —dijo él.

—¡Esas mujeres tan horribles! —contestó ella sonriendo—. ¡Qué susto me han dado!

Miró él hacia arriba y vio dos retratos de tamaño natural empotrados en los entrepaños del muro. Tales retratos representaban sendas señoras de edad madura que habían vivido dos siglos antes, y cuyas facciones se quedaban grabadas en la memoria de quien las veía. Una de ellas tenía la cara entre larga y angulosa, los ojos pequeños y burlones, indicios de implacable traición; la otra, nariz aguileña, dientes anchos y un mirar desenfadado, con expresión de arrogancia, rayana en ferocidad.

—¿De quién son esos retratos? —preguntó Clare a la mandadera.

—A algunos viejos les he oído decir que son los de unas señoras de la familia d'Urberville, los antiguos dueños de esta casa… Como están metidos en la pared no se pueden quitar.

Lo más desagradable del caso, aparte la impresión que hiciera en Tess, era que aquellas facciones no eran sino las mismas de la muchacha, sólo que deformadas. Se guardó Ángel de decírselo, y deplorando haber elegido aquella casa para pasar la luna de miel, se dirigió con su esposa a la estancia contigua. Como habían hecho muy a la carrera los preparativos para su alojamiento, tuvieron que lavarse las manos en un solo lebrillo. Por debajo del agua tocó Ángel con las suyas las manos de Tess.

—¿Cuáles son mis dedos y cuáles los tuyos? —dijo, alzando la cabeza—. Mira cómo se confunden.

—Todos son tuyos —le dijo ella con tierna donosura, esforzándose por parecer alegre.

No le disgustaba del todo a Ángel verla pensativa en aquella circunstancia, como debía estarlo

toda mujer sensible, mas Tess comprendía que daba muestras de demasiada preocupación y procuraba aparentar todo lo contrario.

Iba tan bajo el sol aquella breve tarde invernal que, lanzando sus destellos por entre las nubes, formaba una franja de dorado fulgor que, extendiéndose por el aposento, llegaba hasta la falda de Tess y en ella dibujaba un arrebol que parecía pintado. Pasaron al antiguo comedor para tomar el té, y allí fue donde mano a mano comieron algo juntos por primera vez. Tal era su infantil entusiasmo, o más bien el de Ángel, que éste encontró interesante que ambos se sirvieran el pan y la mantequilla en el mismo plato, quitándole él a ella las migas de los labios con los suyos. Por cierto que le extrañó un poco que a Tess no le hicieran tanta gracia aquellas cosas como a él.

Después de contemplarla largo rato se dijo a sí mismo como aquél que ha logrado comprender un pasaje difícil: «Esta Tess es un encanto. ¿Me doy yo debida cuenta de que esta efusiva y abnegada criatura es una creación de mi buena o mala fe, de mi buena o mala fortuna? Me parece que no. No podría comprenderlo, a menos de ser mujer. Lo que yo sea en el mundo, eso lo es también ella. Lo que yo llegue a ser llegará a serlo ella. ¿Y habré de desatenderla, causarle daño y faltarle a la consideración que merece? No consienta Dios semejante crimen».

Estaban sentados juntos a la mesa del té aguardando su equipaje, que el ganadero había prometido enviarles antes que oscureciera. Mas comenzaba a cerrar la noche y el equipaje no llegaba, y ellos no se habían llevado más que lo puesto. Al caer la tarde se alteró la calma de aquel día de invierno. Se oyeron fuera rumores como de seda suavemente restregada; las hojas muertas del pasado otoño que yacían en el suelo se agitaban en desesperada resurrección, arremolinadas en giros involuntarios e iban a estrellarse contra las ventanas. No tardó en romper a llover.

—No se equivocó el gallo al anunciar cambio de tiempo —dijo Clare.

La mandadera se había despedido hasta el día siguiente, dejando en la mesa unas velas que ellos encendieron. Las llamas de las velas se alargaban en dirección a la chimenea.

—Estas casas viejas son muy desabrigadas —dijo Ángel, mirando las llamas de las velas y su gotear por los lados—. ¿Dónde estará ese equipaje? No tenemos ni un cepillo ni un peine.

—No lo sé —respondió Tess ensimismada.

—Tess, estás poco alegre esta noche, no como de costumbre. Esas vejestorias de los retratos que has visto arriba te han trastornado. Siento haberte traído aquí. Empiezo a dudar un poco de que me quieras.

De sobra sabía él que ella le quería, y no dijo en serio esas palabras, pero Tess, que estaba tan agitada, dio un respingo de animal herido. Y aunque procuró no verter lágrimas no pudo evitar que una o dos brillaran en sus ojos.

—¡Pero si hablaba en broma! —dijo él con acento arrepentido—. Ya sé que estás contrariada por no tener aquí tus cosas. No me explico cómo no está aquí ya el viejo Jonathan. ¡Son ya las siete! Pero escucha, ya está ahí.

Había sonado un golpe en la puerta, y como no había nadie más que ellos en la casa, salió Clare a abrir, volviendo a poco con un paquete en las manos.

—¡Pues no era Jonathan! —dijo.

—¡Qué rabia! —exclamó Tess.

El paquete lo había traído un mensajero especial que procedente de Emminster llegara a Talbothays momentos después de marcharse los novios, siguiéndolos hasta el molino, pues tenía orden de no entregarlo sino en propia mano. Clare lo acercó a la luz. No tenía el paquete ni treinta centímetros de largo e iba envuelto en un lienzo cosido, sellado con el rojo sello de cera de su padre, y dirigido de puño y letra de éste a la «Señora de Ángel Clare».

—Es un regalito de boda para ti, Tess —dijo él alargándoselo—. ¡Qué atentos son mis padres!

Tess se sofocó un poco al tomarlo.

—Creo que sería mejor que lo abrieses tú, querido mío —dijo ella devolviéndole el envoltorio—. No me gusta romper esos sellos tan grandes. ¡Tienen un aire tan serio! Hazme el favor de abrirlo tú…

Deshizo Ángel el paquete. Dentro venía una cajita forrada de cuero marroquí, en cuya tapa había una esquela y una llave.

La esquela era para Clare y decía así:

Querido hijo:

Es posible que hayas olvidado que al morir tu madrina, la señora Pitney, siendo tú un niño todavía, la pobre, que era un poco dada a vanidades, me dejó una parte del contenido de su joyero en depósito para que en su día se lo entregara a la que fuera tu mujer, si llegabas a casarte, en prueba del cariño que por ti sentía, y que hacía extensivo a la que tú eligieses para compañera de tu vida. Cumplí su encargo y deposité los brillantes en una joyería. Aunque me parezca algo impropio en estas circunstancias, estoy obligado, como comprenderás, a entregar esas alhajas a la mujer a quien con todo derecho le corresponde usarlas de por vida, así que me apresuro a enviártelas. Puedes considerarlas como herencia de tu madrina. Te acompaño copia de la cláusula del testamento a ellas referente…

—Ahora recuerdo —dijo Clare—, aunque ya se me había olvidado.

Abrió la caja y en encontraron ella un collar con colgante, pulseras, pendientes y otras alhajas pequeñas.

Tess pareció asustarse al tocarlas por primera vez, pero por un momento brillaron sus ojos tanto como las joyas cuando Clare las extendió.

—¿Son para mí? —preguntó incrédula.

—¡Claro que sí, mujer! —contestó él.

Luego se quedó éste abstraído, con la vista fija en la lumbre de la chimenea. Recordó cómo, teniendo él quince años, la esposa del propietario local —la única persona rica que conociera en toda su vida— se forjó grandes ilusiones acerca de los éxitos que en este mundo le aguardaban, profetizándole un brillante porvenir. No parecía haber correspondido muy bien a tal profecía con aquellos ostentosos adornos para su mujer y las mujeres de sus descendientes, que ahora brillaban como irónicamente ante los ojos del joven. Pero ¿por qué?, se preguntó a sí mismo Ángel. No había

en todo ello sino una cuestión de vanidad, y si ésta era admisible en un lado de la ecuación, había de admitirlo también en el otro. Su mujer era una d'Urberville. ¿Quién podría lucir aquellas joyas más dignamente que ella?

Y enseguida dijo con súbito entusiasmo:

—¡Tess, ponte esas alhajas! —Y se apartó de la chimenea a fin de ayudarla.

Mas ella ya se había prendido, como si mágicamente hubiera adivinado su deseo, collar, pendientes, pulseras y todo.

—Pero esa blusa no es adecuada, Tess —dijo Ángel—. Unos brillantes como ésos requieren escote.

—¿Sí? —exclamó ella.

—Sí —corroboró él.

Le indicó Ángel cómo debía recogerse el cuello de la blusa para imitar, aunque imperfectamente, el corte de un vestido de noche, y luego que ella hubo seguido sus instrucciones y el colgante del collar lució aislado en la blancura de su garganta como era debido, retrocedió unos pasos para juzgar el efecto.

—¡Dios mío! —exclamó Clare—. ¡Qué hermosa estás!

Sabido es que, aunque se diga lo contrario, el hábito hace al monje; la moza aldeana que pasa inadvertida en la sencillez de su indumento resultará de una belleza deslumbradora si se viste a la moda, usando de los recursos del arte, en tanto que una belleza de salón hará las más de las veces un triste papel si, aderezada a usanza campesina, se la traslada a un monótono terreno de nabos en un día nublado. Hasta aquel instante no había apreciado Ángel el valor artístico del cuerpo y la cara de su esposa.

—¡Si te presentaras así como estás en un salón! —le dijo—. Pero no… No, vida mía, que a mí me gustas más con el sombrero de alas grandes y el traje de algodón. Sí, mejor que así, aunque lleves muy bien estas joyas…

Se animó tanto Tess al verse engalanada con aquellas alhajas, que parecía feliz, aunque en realidad no lo era.

—Voy a quitarme todo esto —dijo al poco—, no sea que me lo vea puesto Jonathan. ¿Verdad que no me sienta bien? Lo mejor que haríamos sería venderlo.

—No te lo quites todavía, mujer… ¿Qué dices de vender estas alhajas? Nunca. ¿No ves que sería corresponder mal al recuerdo de la pobre madrina?

Influida por otro pensamiento, se apresuró ella a obedecer. Tenía algo que decir y aquella circunstancia podía favorecerla. Se sentó sin quitarse las joyas, y de nuevo se pusieron ambos a hacer conjeturas acerca de dónde podría encontrarse Jonathan con el equipaje. La cerveza que tenían escanciada a prevención para cuando él llegara había perdido ya toda la espuma, por efecto de su larga permanencia al aire. Luego se pusieron a cenar las viandas que tenían ya preparadas en una mesita arrimada a la pared. Antes de que terminaran se produjo en el humo de la chimenea un raro retroceso, invadiendo la estancia una bocanada tumultuosa, cual si algún gigante hubiera tapado con su mano la chimenea por la parte de fuera. La causa del fenómeno había sido el haberse abierto la puerta exterior. Se oyeron recias pisadas en la galería y Ángel salió a ver quién era.

—Me he hartado de llamar sin que nadie saliera a abrirme —le dijo Jonathan Kail, que por fin había llegado—, y como está lloviendo, le di un empujón a la puerta. Aquí traigo el equipaje, señor.

—Muy bien. Pero se ha retrasado usted mucho.

—Es cierto, señor.

Resultaba algo cohibido el tono con que Jonathan hablaba y en su frente alternaban surcos de preocupación con las arrugas de los años.

—En la lechería —siguió diciendo— hemos andado muy revueltos por una cosa que podía haber sido terrible, después que se marcharon esta tarde usted y la… la señora (que así habrá que llamarla desde ahora). ¿Se acuerdan ustedes del canto del gallo esta tarde?

—Sí, ¿y qué?

—Pues que unos días anuncia una cosa y otros días otra, pero lo que ha pasado hoy ha sido que Retty Priddle ha intentado ahogarse.

—¡Cómo! ¿Es posible? ¡Pero si se despidió de nosotros con las demás!

—Pues así ha sido, señor. Como le iba diciendo, cuando usted y la señorita se marcharon, Retty y Marian se pusieron los sombreros y se fueron al campo. Como ahora no hay mayormente que hacer con el Año Nuevo, y cada cual sólo piensa en sus cosas, nadie notó la ausencia de las muchachas. Éstas se dirigieron a Everard, donde bebieron algo, y de allí a la encrucijada, donde se separaron; Retty se volvió de regreso por los pantanos y Marian siguió hasta el pueblo, donde hay otra taberna. De Retty no se volvió a saber nada más hasta que al retirarse a su casa el barquero hubo de chocarle algo que vio a la orilla de la laguna. Eran el sombrero y el chai de la muchacha que estaban tirados allí hechos un lío. Entre él y otro sacaron a la chica del agua y la llevaron a su casa, dándola por muerta. Pero, gracias a Dios, poco a poco fue la pobre volviendo en sí.

Ángel, dándose cuenta de repente de que Tess podía oír desde dentro el relato de Jonathan, se apresuró a cerrar la puerta que comunicaba la galería con el aposento contiguo al salón interior en que aquélla se encontraba. Pero Tess, cubriéndose con un chai, había salido a la estancia inmediata y desde allí escuchaba el relato del hombre, con los ojos fijos en el equipaje y en las relucientes gotas de lluvia de que estaba salpicado.

—Pues con Marian hemos tenido otra: se la han encontrado completamente borracha al pie de la cama, una chica que jamás había probado la bebida como no fuera la cerveza floja… Lo único que le gustaba era comer de lo lindo. ¡Cualquiera diría que las chicas se han vuelto locas esta tarde!

—¿Y qué ha sido de Izz? —preguntó Tess.

—Ésa está en casa como siempre, pero yo no sé qué le habrá sucedido que la pobre parece muy triste. Y ya ve usted, señor; como todo esto que le digo ocurrió cuando estábamos recogiendo su equipaje y subiéndolo al carro, pues por eso he llegado tan tarde.

—Está bien, Jonathan. Haga el favor de subir estos bultos, bébase un vaso de cerveza y dése toda la prisa que pueda a volver, no sea que le necesiten allá.

Había vuelto Tess al salón, y sentada junto al fuego, distraía sus pensativos ojos mirando la lumbre. Oyó las recias pisadas de Jonathan al subir y bajar la escalera para acomodar el equipaje, y también le oyó darle las gracias a Ángel por la cerveza y la propina. Luego se apagaron las pisadas de Jonathan y empezaron a oírse los chirridos de su carro.

Aseguró Ángel la fuerte tranca de encina que atravesaba la puerta, y volviendo a la estancia donde estaba sentada su mujer, le ciñó por detrás las mejillas con las manos. Esperaba que la joven diese un salto de contenta y se diera prisa a subir para desempaquetar el equipaje por el que antes pareciera tan interesada, pero viendo que no se levantaba, se sentó junto a ella al amor de la lumbre, pues las luces que ardían en la mesita eran harto débiles para competir en fulgor con la llama.

—Siento mucho que hayas oído esa lamentable historia de las muchachas —le dijo—. De todos modos, no te aflijas. Retty fue siempre, como sabes, muy rara.

—Y sin que tuvieran fundamento sus rarezas —observó Tess—, que hay otras que, por el contrario, teniendo fundamento para parecerlo, se esfuerzan por disimular.

Bastó aquel incidente para inclinar la balanza en su pensamiento.

Aquéllas eran unas pobres muchachas ingenuas y sencillas, merecedoras de mejor suerte. Ella merecía algo peor, pero era la elegida. No estaba bien que se llevase ella todo gratuitamente, por la bondad del destino, y poseída de ese pensamiento, formó propósito de pagar hasta el último penique, es decir, de contárselo todo a su marido, sin más tardar, en aquel mismo instante. Así lo decidió en tanto miraba al fuego, teniéndole Ángel oprimida una de sus manos.

El deslumbrante resplandor de las ascuas al rojo vivo teñía de un matiz encarnado los paramentos y el fondo del hogar, así como los relucientes morillos y las viejas tenazas de bronce que se mantenían en divergencia perenne. La cara inferior del ábaco reflejaba intensa claridad, y lo mismo las patas de la cercana mesa. En el rostro y la garganta de Tess reverberaba el mismo ardor fulgurante a cuyo favor resultaban aquellas gemas Sirios y Aldebaranes; una constelación de rojos, verdes y blancos destellos que cambiaban entre sí sus tonos a cada cambio de postura de Tess[98].

—¿Te acuerdas de lo que dijimos esta mañana de confesarnos nuestras culpas? —le preguntó él bruscamente, visto que ella permanecía inmóvil—. Parecía que tú bromeabas al decirlo, y quizá fuera así. Pero yo sí te lo dije en serio. Y quiero hacerte mi confesión, Tess.

Al oír aquella proposición inesperada creyó ella en una intervención providencial.

—Pero ¿tienes algo que confesarme? —dijo denotando contento y alivio.

—¿Te crees que no? Tienes formada de mí mejor opinión de la que merezco. Pero escucha. Atiende aquí, porque necesito que me perdones y no tengas a mal el que no te lo haya dicho antes.

¡Era asombroso! ¡Aquel hombre parecía su doble! Guardó Tess silencio y Clare continuó:

—Si no te lo dije antes fue por miedo a perder tu cariño, que era el gran anhelo de mi vida. Mi beca, como yo te llamo. Mis hermanos se ganaron su beca en el colegio y yo logré la mía en la vaquería de Talbothays. Y, claro, no quería quedarme sin ella. Estuve a punto de decírtelo hace un mes, cuando me prometiste ser mía, pero no me atreví; pensé que me ibas a tomar horror, y lo aplacé. Ayer también pensé decírtelo, a fin de darte margen a que te deshicieras de mí. Y tampoco lo hice. Esta mañana, cuando al bajar me propusiste que nos confesáramos mutuamente nuestras culpas me pareció inoportuno… Pero ahora ya no hay más remedio; ya que te veo ahí sentada tan solemnemente, dime, ¿me perdonarás?

—¡Claro! Estoy segura de que…

—Bueno, así lo espero. Pero aguarda un momento. Tú no tienes idea. Te lo contaré todo desde el principio. Aunque me parece que mi pobre padre me tiene ya por condenado sin remisión a causa de

mis ideas, no por eso dejo de ser creyente acérrimo en los buenos principios de moral, tanto como tú misma, Tess. Durante muchos años abrigué el deseo de adoctrinar a los hombres, costándome amargo desencanto el saber que no podía entrar en el sacerdocio. Admiraba yo la pureza inmaculada, aunque no tuviera derecho a creerme que la poseía, y execraba la impureza, lo mismo que ahora. Sean las que fueren las opiniones de cada cual acerca de la inspiración divina[99], no hay más remedio que suscribir de todo corazón aquellas palabras de san Pablo: «Sé un ejemplo —en palabras, en caridad, ánimo, fe y pureza—. Ésa es la única salvaguardia que tenemos los pobres mortales[100]». *Integer vitae* dice un poeta latino que no hace buenas migas con san Pablo:

El hombre recto y sin flaquezas
no necesita lanza ni moruna aljaba[101].

»Pero el camino del infierno está empedrado de buenas intenciones, y sintiendo yo todo esto con tanta intensidad comprenderás, Tess, cuál sería mi remordimiento cuando, preconizando yo normas tan puras para los demás, vine a caer en el pecado.

Y le contó a Tess aquel pasaje de su vida a que ya antes aludimos, cuando, excitado por las dudas y dificultades que le acuciaron en Londres, se enredó en un amorío de cuarenta y ocho horas con una cualquiera.

—Gracias que no tardé en tener conciencia de mi extravío —continuó—. Y sin decirle a ella nada regresé a mi casa, no volviendo nunca más a las andadas. Pero quería proceder contigo con toda honradez y franqueza, y para eso no tenía más remedio que contártelo todo. ¿Me perdonas ahora?

Ella le oprimió fuertemente la mano por vía de respuesta.

—¡Entonces olvidémoslo todo para siempre! Dejemos este desagradable tema y pensemos en cosas más alegres.

—Ángel, casi me siento contenta, porque ahora veo que tú puedes perdonarme a mí. Yo no te he hecho todavía mi confesión. Y tengo también que hacértela. Ya recordarás que te lo dije.

—Es verdad, pues anda y habla, mala persona.

—Te advierto que, aunque sonrías, lo mío es tan serio como lo tuyo, si no más.

—¡Más serio que lo mío no puede ser!

—¿Que no? ¡Es verdad, tienes razón! —Y Tess se incorporó llena de júbilo y esperanza—. No puede ser más serio, porque es lo mismo. Ya verás.

Y se sentó de nuevo.

Seguían con las manos juntas. El fuego iluminaba por debajo de la rejilla las cenizas como un despojo tórrido. La imaginación pudiera haber vislumbrado un día del Juicio espeluznante en aquel resplandor del carbón al rojo vivo que bañaba el rostro y la mano de Ángel, así como la cara de Tess, penetrando en los sueltos cabellos de esta última por la frente y encendiendo por debajo la delicada tez. Su sombra se proyectaba inmensa sobre la pared y el techo. Estaba inclinada hacia delante y cada una de las gemas de su cuello producía un guiño siniestro, como el del sapo. Y apoyando su hermosa frente sobre la sien de Ángel empezó a contarle su encuentro con Alec


d'Urberville así como las consecuencias de aquél, profiriendo las palabras sin vacilación alguna y con los párpados caídos.

Quinta fase

LA MUJER PAGA.

XXXV

Concluyó la narración con toda clase de explicaciones y datos secundarios. Durante toda ella mantuvo Tess el mismo tono de voz con que la empezara sin pronunciar ni una sola frase de disculpa ni derramar una sola lágrima.

Mas incluso el cariz de los objetos exteriores pareció sufrir a su alrededor mutación profunda, según iba avanzando en su relato. La lumbre adquirió una expresión malévola, demoníacamente zumbona, cual denotando que no le importaba lo más mínimo su apurado trance. El guardafuego gesticulaba malicioso, marcando también su indiferencia. La luz, refractada por la botella del agua, parecía dedicada exclusivamente a resolver un problema cromático. Los objetos todos que la rodeaban se mostraban indiferentes a las cuitas de Tess. Y sin embargo, todo seguía igual que cuando él la besó, o mejor dicho, nada había cambiado en las cosas, sino su esencia.

Al terminar la joven, parecieron retirarse las sensaciones acústicas de sus anteriores ternuras a lo más intrincado de sus circunvoluciones cerebrales, repitiéndose como ecos remotos de un tiempo de suprema inconsciencia ciega.

Clare realizó la trivial faena de atizar el fuego; todavía no había llegado a lo más hondo de su ser la revelación. Después de remover las ascuas se puso en pie; ahora había recibido toda la fuerza de su revelación. Palideció el joven. Y movido por la fuerza de su reconcentrado sufrimiento, golpeó el suelo con los pies. Por más que lo intentaba, no conseguía polarizar su pensamiento, y esto explicaba su perplejidad. Cuando por fin rompió el silencio, lo hizo con la voz más impropia y corriente de los variados tonos que ella le oyera nunca.

—¡Tess!

—Di, amor mío.

—¿Debo creer lo que me dices? Por la forma como te expresas parece que sí. ¡No es posible que hayas perdido el juicio! ¡Aunque ojalá fuera así! Pero no lo es… ¡Tess, mi esposa! ¡Quién hubiera sospechado semejante cosa!

—No he perdido el juicio, no —repuso ella.

—Y sin embargo… —se la quedó mirando espantado y continuó, todavía indeciso—: ¿Por qué no me lo dijiste antes? ¡Ah, sí, ahora recuerdo que querías decírmelo… y que yo me opuse!

Éstas y otras palabras que iba pronunciando no eran sino el tumultuoso borboteo de la superficie de su alma, que no llegaba a sus zonas profundas. Se volvió y se apoyó en una silla. Tess le siguió hasta el centro de la estancia, y allí permaneció mirándole con ojos que no lloraban. De pronto se arrodilló a sus pies y, vencida por su íntima pesadumbre, quedó allí hecha un ovillo.

—¡En nombre de nuestro amor, perdóname! —murmuró con la boca reseca—. La misma culpa te he perdonado yo.

Y como él no respondiera, repitió:

—¡Perdóname como te he perdonado! ¡Yo te perdono, Ángel!

—Sí, tú me perdonas.

—¿Y tú a mí no?

—¡Tess, perdonar en este caso no tiene sentido! Tú eras antes una y ahora eres otra. ¡Dios mío! ¿Cómo es posible que pueda aplicarse el perdón a una mixtificación tan grotesca?

Hizo una pausa para recapacitar en aquel pensamiento, y luego prorrumpió en súbita y estridente carcajada, tan espantable y antinatural como una risa de infierno.

—No, no, no te rías así. ¡Me matas con esa risa! —gritó Tess—. ¡Ten piedad de mí, ten piedad de mí!

No respondió Ángel, y ella, con el rostro lívido, se levantó de un salto.

—Ángel, Ángel, ¿a qué viene esa risa? ¿No comprendes lo que significa para mí?

Ángel movió la cabeza.

—Yo siempre —continuó Tess— esperé, deseé, recé por hacerte feliz. Nunca pensé sino en el medio de conseguirlo y en lo indigna que sería si no lo procuraba. ¡Ésa fue mi única intención, Ángel!

—Lo sé.

—Yo pensaba, Ángel, que me querías por mí misma. Y si en verdad me quieres, ¿por qué me tratas de este modo? ¡Me das miedo! Mi único afán es el de compartir contigo todas las cosas buenas y malas de la vida. Nada más pido. Y siendo así, ¿es posible que tú no me quieras?

—Repito que la mujer que yo quería no eres tú.

—¿Pues quién entonces?

—Otra que tiene tu figura.

En aquellas palabras vio cumplirse Tess sus presentimientos de los primeros días. Él la miraba como impostora, como una culpable disfrazada de inocente. Al comprenderlo, sintió terror profundo, perdieron sus mejillas la tensión muscular y su boca tomó el aspecto de un agujerito redondo. Tanto efecto hizo en ella cómo la veía él, que le flaquearon las piernas y él se acercó, pensando que iba a caerse.

—Siéntate, siéntate —le dijo con dulzura—. Estás enferma, y es natural que lo estés.

Se sentó Tess sin saber dónde estaba, con ese aire tenso aún en la cara, y los ojos tales que a él se le puso carne de gallina.

—¿Ya no te pertenezco, Ángel? —preguntó Tess con voz desfallecida—. No soy yo, sino otra mujer parecida a la que él quería; dice él.

La imagen así suscitada le hizo compadecerse de sí misma, como injustamente vejada; y al contemplar su porvenir se le llenaron los ojos de lágrimas, y volviéndose de espaldas, rompió en copioso llanto de piedad por sí misma.

Clare se sintió más aliviado con aquella crisis, pues comenzaba a estar intranquilo por el efecto que en Tess habían producido sus palabras, más todavía que por el golpe horrible de la revelación. Esperó, paciente, a que se le calmase la violencia del dolor, hasta que aquel llanto fue convirtiéndose en una serie de intermitentes espasmos.

—Ángel —dijo ella de pronto, con su voz natural, dejando la seca y loca voz del terror—, Ángel, ¿soy demasiado mala para que podamos vivir juntos?

—Todavía no he podido pensar qué podemos hacer.

—Yo no pido que me dejes vivir a tu lado, Ángel, porque no tengo derecho a ello. No les escribiré a mis padres diciéndoles que nos hemos casado, como dije que haría; ni terminaré la labor que ya tenía cortada con intención de hacerla mientras viviéramos en alquiler.

—¿No?

—No, no haré nada como tú no me lo ordenes; y si te vas de mi lado, no te he de seguir. Si no vuelves a hablarme, no te preguntaré el porqué, a no ser que digas que puedo.

—¿Y si yo te ordenara que hicieses algo?

—Te obedecería como mísera esclava, aunque me mandases morir.

—Eres muy buena, pero me sorprende esa falta de armonía entre tu actual espíritu de sacrificio y tu actitud anterior de conservarte a ti misma.

Aquéllas fueron sus primeras palabras duras. Pero lanzar sobre Tess sarcasmos complicados equivalía a dirigirlos a un perro o un gato. Incapaz de fijarse en su sutil sentido, ella los tomaba solamente como indicio de hostilidad, demostrativos de que Ángel se dejaba llevar por la ira. Guardaba silencio Tess, ignorando que el joven trataba de dominar el cariño que le inspiraba. Apenas reparó en que una lágrima corría pausadamente por la mejilla de Ángel, tan gruesa que dilataba los poros de la tez al resbalar por ellos, como el objetivo de un microscopio. El pobre muchacho hacía por adaptarse a la tremenda y absoluta mudanza que la confesión de su esposa había operado en su vida, esforzándose por descubrir un nuevo derrotero. Habría que adoptar con urgencia una determinación, ¿pero cuál?

—Tess —dijo con toda la suavidad que le fue posible dar a sus palabras—, no puedo permanecer, por ahora, en esta habitación. Necesito salir a respirar el aire.

Abandonó silenciosamente la estancia, y los dos vasos de vino que escanciara para la cena —uno para ella y otro para él— quedaron intactos sobre la mesa. Y en eso fue en lo que vino a parar su *ágape*[102]. Al tomar el té tres horas antes estaban tan mimosos que bebían de una taza.

El ruido que hizo Ángel al cerrar la puerta, aunque muy leve, sacó a Tess de su estupor. Se había ido. Ella no podía quedarse allí sola. Se envolvió en el chai, abrió la puerta y le siguió, apagando las velas como si nunca hubiera de volver. Había escampado y hacía ahora una noche clara y estrellada.

No tardó en alcanzarlo, porque Clare paseaba despacio y sin rumbo. Su silueta junto a la de ella, delicada y gris, parecía negra, siniestra, temible; y sintió Tess una impresión de sarcasmo al contacto de las joyas que por un momento la habían llenado de tan intenso orgullo. Al oír sus pisadas, Clare volvió la cabeza, mas la presencia de ella no pareció hacerle impresión alguna y siguió paseando sobre el gran puente de cinco arcos frontero de la casa.

La lluvia había colmado las huellas de vacas y caballos, sin borrarlas. Al pasar los minúsculos charcos, las estrellas allí reflejadas parpadeaban, presurosas. Ella no hubiera advertido que centelleaban sobre su cabeza de no haberlas visto reflejadas allí, las cosas más vastas del universo en objetos tan bajos.

El paraje en que se hallaban quedaba en el mismo valle que Talbothays, aunque a algunos kilómetros de distancia a lo largo del río, y siendo aquél un campo abierto y despejado, pudo Tess fácilmente no perderle de vista. Desde la casa serpenteaba el camino entre los prados, y por ellos seguía a Clare, sin tratar de acercársele ni de atraérselo, sino con muda y vacía fidelidad.

Al cabo, sin embargo, su nervioso caminar le puso al lado de él, sin que él dijera una sola palabra. La crueldad de la honradez defraudada suele ser grande cuando por fin descubre el engaño, y esa crueldad dominaba por completo entonces a Clare. El aire libre parecía haberle serenado. Sabía Tess que para él había ya perdido toda su aureola, mostrándosele en su desnuda realidad, y el tiempo cantaba en sus oídos su satírico salmo:

Mira que cuando se te marchite el rostro te odiará quien te amó; perderá tu casa su belleza al golpe del destino,
pues tu vida caerá como una hoja y será barrida cual la lluvia por el viento;
será el dolor el velo de tu cara y su corona el sufrimiento[103].

Él seguía abstraído en sus ideas, sin que la compañía de Tess fuera parte a interrumpir o desviar el hilo de sus meditaciones. ¡Qué insignificante había llegado a ser para él su presencia! Y la joven no pudo menos de exclamar:

—¡Qué he hecho yo! ¡Qué he hecho yo! Nada te he dicho que desmienta el amor que te tengo. No puedes pensar que procedí con cálculo, ¿verdad? Tu indignación es obra sólo de tu mente, Ángel; yo no te he dado motivo para ella. ¡No soy esa mujer embaucadora que tú crees!

—Hmm…, bueno, no embaucadora, esposa mía, pero no eres la misma que yo quería. No eres la misma, no. Y no des motivo a que te haga ningún reproche, que he jurado no hacértelos y lo evitaré como sea.

Pero ella persistió en defenderse, y dijo cosas que acaso hubiera sido mejor callar.

—Ángel, Ángel. ¡Yo era una niña… cuando eso sucedió! ¿Qué sabía yo de los hombres?

—Eres más víctima de pecado que pecadora[104], lo reconozco.

—Entonces ¿me perdonarás?

—Te perdono, sí, sólo que no basta el perdón.

—¿Y me quieres?

Él no respondió a la pregunta.

—¡Ángel…, dice mi madre que no soy la primera a quien eso le ocurre! ¡Otras ha habido en peores circunstancias que yo, y sus maridos las perdonaron! ¡Y eso que no les querían ellas como te quiero yo a ti!

—Tess, no discutas. Vas a obligarme a que te diga que eres una lugareña que no entiende, que no tienes sentido de las relaciones sociales. No sabes lo que dices.

—Soy una lugareña, es verdad, pero de condición, no por naturaleza.

Habló con tono airado, pero su ira se desvaneció con la rapidez con que había surgido.

—Peor para ti. Creo que el pastor aquel que desenterró tu alcurnia hubiera hecho mejor callándose. Porque vuestra ruina como familia me parece ahora que guarda relación con este otro hecho que confirma vuestra falta de firmeza. Familia decrépita equivale a voluntad decrépita y conducta vacilante. ¡Dios mío! ¿Por qué me diste un motivo más para despreciarte, revelándome tu verdadero origen? Yo te creía un fuerte y lozano retoño de la naturaleza y eras el fruto tardío y

contrahecho de una degenerada aristocracia.

—¡No es mi familia la única así! Los antepasados de Retty fueron en otro tiempo grandes propietarios, como los del ganadero Billett. Y los Debbyhouses, que ahora son carreteros, proceden de la antigua familia De Bayeux. Y lo mismo que ésas hay muchas familias en todo este condado; no tengo yo la culpa.

—Peor para el condado.

Tess tomaba esas recriminaciones en sentido general, sin pararse a analizar sus intenciones concretas. De todo resultaba que el joven no la amaba cual la amara hasta entonces, y siendo así, todo lo demás le era a Tess por completo indiferente.

Siguieron paseando en silencio. Después se dijo que cierto aldeano de Wellbridge que salió aquella noche, ya muy tarde, en busca de un médico, encontró a los novios en los prados, paseando lentamente, sin hablar, uno detrás de otro, cual en funeral procesión, y que por la ojeada que echó a sus rostros pudo inferir que estaban preocupados y tristes. Al volver más tarde volvió a encontrárselos en el mismo sitio, caminando con la misma lentitud y tan indiferentes como antes a lo avanzado de la hora y a la lobreguez de la noche. Y preocupado el lugareño con la enfermedad que dejara en su casa, se olvidó luego del curioso episodio, no recordándolo hasta mucho después.

Entre la ida y la vuelta de aquel lugareño le había dicho Tess a su marido:

—No sé cómo voy a resistir a la idea de hacerte desgraciado por toda la vida. Allá abajo está el río. En él puedo hallar el fin a mis pesares. No tengo miedo.

—No quiero añadir un crimen a mis otros desatinos —dijo él.

—Yo dejaré escrita una carta diciendo que me suicido… impulsada por el bochorno. Así no te echarán la culpa de mi muerte.

—No digas absurdos, que no quiero oírtelos. Es insensato abrigar tales pensamientos en un caso como éste, más propio de la sátira que de la tragedia. Tú no comprendes la calidad de nuestro infortunio. Al noventa por ciento de los mortales les haría reír. Hazme el favor de volverte a casa y acostarte.

—Así lo haré —dijo ella con absoluta docilidad.

Habían ido a salir a un camino que conducía a las famosas ruinas de la abadía cisterciense, sita a espaldas del molino, que durante siglos estuviera adscrito a la residencia monástica. El molino seguía laborando, que el alimento es necesario siempre; la abadía había perecido; todas las creencias son efímeras, y siempre se ve que el cuidado de lo temporal dura más que el de lo eterno. Por haber paseado en círculo, no se hallaban muy lejos de la casa, y siguiendo las indicaciones de Ángel, no tuvo ella que hacer más que atravesar el gran puente de piedra que cruza el río por lo más ancho de su caudal y recorrer unos cuantos metros de camino. Todo lo encontró al volver según lo había dejado, y aún ardía el fuego. Sólo unos minutos permaneció en la planta baja, subiendo luego a su habitación, donde ya estaba el equipaje. Tess se sentó al borde de la cama, abstraída y con la vista en el vacío, procediendo a desnudarse. Al acercar a su cama la luz, fueron a caer sus rayos sobre el baldaquino de damasco blanco; reparó la joven en que por debajo de él colgaba una cosa y alzó la bujía para ver lo que fuese. Era una ramita de muérdago. Ángel la había puesto allí sin decirle nada. Ésta era la explicación de aquel paquete misterioso que el joven arreglara y trajera con tanto

cuidado, sin quererle decir lo que contenía, prometiéndole que pronto lo sabría. Allí lo había colgado Ángel, muy alegre y entusiasta, y ¡qué inoportuno y sarcástico resultaba ahora el muérdago!

No teniendo ya nada que temer ni apenas que esperar, pues no abrigaba la menor ilusión de que él depusiera su actitud, se tendió en el lecho aturdida. Las preocupaciones del dolor, una vez apuradas, ceden su puesto al sueño, de igual manera que hay muchas situaciones felices que estorban el reposo. A los pocos minutos perdió Tess la noción de la realidad, envuelta en la aromada placidez de aquella estancia que tal vez en otro tiempo fue cámara nupcial de sus ascendientes.

Más tarde regresó también Ángel a la casa. Entrando suavemente en el salón, cogió una vela, y como quien ha tomado ya una resolución, extendió su manta de viaje en el viejo sofá de crin que allí había, y mal que bien se hizo un lecho provisional. Antes de acostarse se deslizó descalzo por la escalera y se puso a escuchar a la puerta del cuarto de su esposa. Su acompasada respiración demostraba que dormía profundamente.

—¡Gracias a Dios! —murmuró Ángel.

Mas sentía intensificadas sus amarguras con el pensamiento, no más que a medias atinado, de que ella reposaba en aquel momento descuidada y tranquila por haber echado sobre sus hombros la carga de su vida.

Se volvió con propósito de bajar, pero, perplejo, al ir a fijar los ojos otra vez en la puerta hubo de posarlos en una de aquellas señoras d'Urberville, cuyo retrato caía precisamente a la entrada de la estancia que ocupaba Tess. A la luz de la bujía resultaba el tal retrato más que repulsivo. Siniestros designios se traslucían en las facciones de aquella dama, un enconado anhelo de vengarse del otro sexo, o, por lo menos, tal le parecía a Ángel. El corpiño del retrato, cortado a la moda Carolina, tenía el escote bajo, según él se lo arreglara a Tess para que luciera el collar, y otra vez hubo de asaltarle la idea de que ambas mujeres se parecían.

Permaneció tranquilo y sereno, pero la compresión de su boca denotaba el fuerte imperio con que se dominaba y su rostro mostraba todavía aquella terrible expresión apática que tomara al escuchar la fatal revelación. Era aquélla la cara de un hombre que ya no era esclavo de la pasión[105], sin vislumbrar la menor ventaja en su emancipación. Él recapacitaba únicamente sobre las torturantes contingencias de la experiencia humana y lo inesperadamente que sobrevenían los acontecimientos. Mientras la hubo adorado, es decir, hasta hacía una hora, nada había para él tan puro, dulce y virginal como Tess, pero, en un momento, «¡Poco menos, y a mundos de distancia[106]!».

Argumentaba erróneamente al decirse a sí mismo que el corazón de la muchacha no se manifestaba en la honesta lozanía de su rostro, pero Tess no tenía un abogado que le corrigiera. «¿Es posible», pensaba Ángel, «que esos ojos, al mirar no discreparon nunca de lo que publicara su lengua, hubieran estado viendo siempre, tras el mundo real y ostensible en que vivía, otro mundo discordante y contradictorio?».

Se reclinó en el sofá del salón y apagó la luz. Llegó la noche, y plantó allí sus reales indiferente y descuidada; la noche que se había tragado ya su felicidad y ahora la estaba digiriendo lentamente; la noche que se disponía igualmente a tragar la felicidad de otros miles de seres con la misma despreocupación e indiferencia.

XXXVI

Clare se despertó a la luz de una alborada cenicienta y furtiva que se diría muy propia para iluminar un ambiente de crimen. Ante sí tenía el hogar con sus ascuas apagadas; la cena servida en la mesa, con los dos vasos intactos, llenos de un vino sin probar y turbio; los vacíos asientos de los dos, y el resto del moblaje con un aspecto de cosas fatalmente eternas; y en todo eso veía esta terrible interrogación: «¿Qué hacer?». No llegaba de arriba ruido alguno, pero a los pocos minutos llamaron a la puerta. Recordó que acaso fuera la vecina encargada de servirlos mientras estuvieran allí.

La presencia en la casa de una tercera persona se le hacía muy violenta, y como se encontraba ya vestido, él abrió la ventana y le dijo que por aquella mañana no necesitaban sus servicios y que podía dejar a la puerta del cuarto el jarro de leche que les llevaba. Luego que se hubo ido la mujer, rebuscó él en las habitaciones interiores de la casa combustible y procedió a encender la lumbre. Había allí en abundancia huevos, manteca, pan y otras cosas en una alacena, y Ángel no tardó en preparar el desayuno, que ya en la vaquería se había familiarizado con las faenas domésticas. El humo de la chimenea se elevó a poco como una columna rematada por flores de loto; y los vecinos de aquellos alrededores que por allí pasaban pensaban al verla en los recién casados y les envidiaban su felicidad.

Echó Ángel una postrer mirada a su alrededor, y dirigiéndose al arranque de la escalera, exclamó con voz de circunstancias:

—¡El desayuno está servido!

Abrió la puerta de la casa y salió a tomar el aire mañanero. Al volver, pasados unos minutos, ya estaba ella en el salón, preparando maquinalmente las cosas del desayuno. Al verla completamente arreglada, y haciendo cuenta del poquísimo tiempo transcurrido desde que él la llamara, dedujo Ángel que cuando él la avisó, ya debía de estar a medio vestir, si no vestida del todo. Tenía el pelo recogido en una gran masa redonda en la parte de atrás de la cabeza y se había puesto una de las blusas nuevas: una azul pálido con blancos arrequives en el cuello. Parecían frías sus manos y su rostro, de donde podía inferirse que había permanecido largo tiempo sin fuego, sentada en su dormitorio. La ostensible amabilidad con que la llamó Ángel le hizo concebir un destello de esperanza, que se extinguió instantáneamente al mirarle.

No eran ya uno y otro más que las cenizas de sus respectivos fuegos. Al dolor ardiente de la noche anterior había sucedido la pesadumbre y parecía como si ya no hubiera en el mundo nada capaz de volver a despertar en ellos ardores semejantes.

Él le habló con suavidad y ella le respondió como una ausente. Luego se le acercó mirándole al afilado semblante, cual si estuviera convencida de que no era visible para él.

—¡Ángel! —exclamó, y se detuvo, tocándole con sus dedos tan suavemente como una brisa, cual si le costara trabajo creer que estuviera allí en carne el hombre que la había amado.

Brillaban los ojos de Tess, y su pálida faz mostraba su delicada redondez, aunque las lágrimas todavía mal enjutas marcaran en ella surcos relucientes; la boca, de un rojo vivo por lo general, la

tenía ahora casi tan pálida como las mejillas. Aunque viva y palpitante en medio de la opresión de su congoja, alentaba en ella la vida por modo tan desordenado, que un pequeño empujón más hubiera podido ocasionarle una verdadera enfermedad, apagar el brillo de sus ojos y afinarle los labios.

Ella parecía absolutamente pura. En sus fantásticos juegos de ilusión había impreso la naturaleza en el semblante de aquella muchacha tan genuino sello de virginidad, que él se la quedó mirando estupefacto.

—¡Tess! Di que no es verdad lo de anoche. ¡Di que no es verdad!

—Es verdad.

—¿Todo lo que me dijiste?

—Todo.

La miró él implorante como anhelando sorprender una mentira en sus labios, aun a sabiendas, para convertirla, mediante cualquier sofisma, en una negativa de fuerza.

—Es verdad, Ángel.

—¿Y vive? —le preguntó él afanoso.

—Pero ¿y el hombre?

—Vive.

Un último celaje de desesperación pasó por el rostro de Clare.

—¿En Inglaterra?

—Sí.

Él dio unos pasos indecisos.

—No he tenido fortuna —exclamó de pronto—. Yo creí, como pudiera haberlo creído cualquiera, que al renunciar a toda ambición de casarme con una señorita de posición acomodada, conocedora del mundo, podría asegurarme la inocencia rústica de igual modo que unas mejillas lozanas, pero… no soy quién para reprocharte nada, y no lo haré.

Comprendió Tess tan claramente su situación, que no le hacía ya falta escuchar más. Esto era precisamente lo más grave del caso: que todo lo había perdido.

—Ángel, yo no hubiera llegado a casarme contigo de no haber sabido que, después de todo, siempre te quedaría una salida; aunque esperaba que tú nunca…

Su voz se hizo más severa y bronca.

—¿Una salida?

—Quiero decir que puedes verte libre de mí si lo deseas.

—¿Y cómo?

—Pidiendo el divorcio.

—Pero ¡por Dios!… ¿Cómo puedes ser tan inocente? ¡Cómo voy a poder divorciarme de ti!

—¿Que no puedes, después de lo que te he confesado? ¡Yo creí que mi revelación te daría fundamento para solicitar el divorcio!

—Tess, eres demasiado infantil e ingenua, si no demasiado cruel… No sé qué pensar. Tú no entiendes de leyes. Te equivocas.

—De forma que… ¿no puedes?

—No.

Y el joven dejó ver en su rostro una súbita vergüenza, mezclada de dolor.

—Yo pensaba…, yo creía… —murmuró ella—. ¡Ahora veo lo malvada que debo parecerte! Créeme, Ángel, créeme por mi alma que creía que podrías separarte de mí. ¡Me hacía la ilusión de que no querrías, pero no tenía duda de que, si lo deseabas, podrías hacerlo!

—Pues te equivocabas —respondió él.

—¡Ah! Entonces debía haber hecho yo esta noche lo que pensé… Sólo que me faltó el valor.

—¿Valor para qué?

Y como ella no respondiese le cogió Ángel la mano.

—¿Qué fue lo que pensaste hacer?

—Poner fin a mi vida.

—¿Cuándo?

Tess se angustiaba bajo la mirada escrutadora de su marido.

—Anoche —contestó.

—¿Dónde?

—¡Al pie del muérdago que trajiste!

—¡Dios mío! ¿Cómo? —le preguntó él con severidad.

—Te lo contaré si no te enfadas conmigo —dijo ella retrocediendo un poco—. Lo intenté con la correa de la maleta, pero no pude…, no pude rematar la cosa. Temí el escándalo que caería sobre tu nombre.

La inesperada calidad de aquella confesión, arrancada tan contra la voluntad de Tess, conmovió un tanto al joven.

Pero disimuló, y bajando la mirada que tenía fija en el rostro de su esposa, le dijo:

—Óyeme bien. ¡No vuelvas a pensar en esas cosas tan tremendas! ¿Cómo pudo ocurrírsete tal pensamiento? Has de prometerme, como a tu marido que soy, no volver más a las andadas.

—Te lo prometo. ¡No tardé en comprender que estaba muy mal!

—Eso, Tess, no era digno de ti.

—Pero, Ángel —argüyó ella ensanchando sus ojos—, fue un pensamiento que se me ocurrió por tu bien, para dejarte libre sin el escándalo del divorcio, que yo creía posible. Por mí sola nunca hubiera pensado en hacerlo. Aunque matarme yo por mi propia mano sería mucha blandura. Eres tú, mi pobre marido, quien debe darme el golpe de gracia. Me parece que te querría más de lo que te quiero (supuesto que fuera posible) si te prestaras a hacerlo, ya que no hay para mí otra solución. ¡Me siento tan indigna! ¡Soy un obstáculo tan grande en tu camino!

—¡Calla!

—Bueno; puesto que no quieres, yo tampoco quiero. No tengo otra voluntad que la tuya.

Bien sabía él que aquello era verdad. Desde el paroxismo de desesperación de la pasada noche se había quedado como inerte y no había que temer arrebato alguno.

Se entretuvo Tess de nuevo en arreglar los cacharros del desayuno que había encima de la mesa, y se sentaron ambos del mismo lado, de suerte que no se cruzaban sus miradas. Al principio les resultó a los dos algo azorante tener que oír el ruido que cada uno producía al comer y beber, pero era inevitable. Aunque después de todo era bien poco lo que uno y otro comían. Terminado el

desayuno se levantó él de la mesa, y advirtiéndole a Tess la hora a que pensaba volver para comer, salió en dirección al molino, siguiendo maquinalmente su anterior proyecto de estudiar aquella industria, único motivo que les había llevado al lugar en que estaban.

Luego que hubo salido se asomó Tess a la ventana y le vio cruzar el gran puente de piedra que conducía al caserío del molino. Él se perdió detrás del puente, atravesó las vías de hierro que pasaban un poco más allá y desapareció por completo. Tess, sin exhalar un suspiro, volvió a la habitación y se puso a recoger la mesa y a arreglar las cosas.

Luego vino la demandadera. Su presencia, que al principio contrarió a Tess, le produjo después cierto consuelo. A las doce y media dejó a la asistenta en la cocina y entró en el salón con ánimo de atisbar la aparición de Ángel por detrás del puente.

A la una se dejó ver el joven. Y por más que aún estuviera a medio kilómetro de distancia se le encendió el rostro a Tess. Corrió a la cocina con objeto de tenerle lista la comida para cuando él llegara. Ángel se dirigió primero al aposento donde el día anterior se habían lavado las manos juntos, y al entrar en el salón se destaparon las fuentes como por efecto de sus propias pisadas.

—¡Cuánta puntualidad! —exclamó él.

—Sí. Te vi venir por el puente —repuso ella.

Transcurrió la comida en conversación vulgar acerca de lo que hiciera el joven aquella mañana en el molino, sobre los métodos del cribado y la anticuada maquinaria que él presumía habían de darle mucha luz acerca de los modernos sistemas perfeccionados, pues algunos de los elementos de la instalación que acababa de ver parecían ser los mismos que antaño molieran para los monjes del convento inmediato, que era a la sazón un montón de ruinas.

Al cabo de una hora volvió a salir Ángel, regresando al anochecer.

Durante la velada estuvo repasando sus papeles. Ella, temiendo molestarle, luego que se hubo retirado la asistenta, se recluyó en la cocina, donde invirtió como pudo más de una hora.

A la puerta de la cocina se asomó luego la silueta de Ángel.

—No hay necesidad de que trabajes así. No eres mi criada, sino mi mujer.

Alzó ella los ojos, por los que pasó un fugaz relámpago de gozo.

—¿Puedo considerarme tu esposa? ¿Lo dices de verdad? —murmuró con sonrisa contrita—. ¡Querrás decir de nombre! ¡Pero con eso me conformo!

—Así debe ser, Tess. ¡Claro que eres mi esposa! ¿Qué quieres decir?

—No lo sé —se apresuró ella a responder con lacrimoso acento—. Creí que yo… como no merezco ningún respeto… Quería decirte que hace mucho tiempo que no me tengo por mujer decente; por eso era por lo que no quería casarme contigo…, ¡pero como tú te empeñaste!…

Rompió Tess en sollozos y se volvió de espaldas. Su actitud hubiera dulcificado la adustez de cualquier otro hombre. Pero allá en el fondo de su ser tenía Ángel, con ser de suyo tierno y afectuoso, un arcano repuesto de inflexible lógica, semejante a un filón mineral encajado en una capa de blanda arcilla, que embotaba el filo de cuanto quería traspasarlo. Ése había sido su obstáculo para ser pastor; y ahora le impedía aceptar a Tess tal y como era. Su cariño, además, no era tanto fuego como luz, y respecto al otro sexo, el joven, al perder la fe, perdía también el amor, formando en esto fuerte contraste con otros hombres que siguen sensualmente dominados por aquello mismo que

intelectualmente desprecian.

Ángel aguardó a que su esposa dejara de llorar.

—Ya quisiera yo que la mitad de las mujeres de Inglaterra fueran tan respetables como tú… —le dijo, poseído de amargura para con las mujeres en general—. ¡Pero aquí no se trata de respetabilidad, sino de principios!

Le dijo aquello y otras cosas más por el estilo, impulsado por esa corriente de antipatía que desvía de su dirección a las almas rectas cuando se ven burladas por las apariencias. Cierto que había por debajo de todo eso otra corriente de simpatía que una mujer de mundo hubiera aprovechado para volver a conquistarle. Pero Tess no pensaba en esto último, sino que, creyendo tener bien merecido cuanto él le decía, apenas si abría la boca. Resultaba en verdad digna de compasión la firmeza de su cariño a Ángel; espontánea y vehemente por naturaleza, nada de cuanto él pudiera decirle le parecía injusto; prescindía en absoluto de sí misma, no le argüía, no veía maldad alguna en su modo de tratarla. Podía haber sido entonces la caridad apostólica regresada a un egoísta mundo moderno. Pasaron para ellos la tarde, la noche y la mañana de igual modo que las precedentes. Sólo en una ocasión la independiente y libre Tess de antes se atrevió a adelantarse a algo. Ocurrió esto la tercera vez que él salió después de comer para ir al molino. Al levantarse de la mesa diciendo: «Hasta luego», le contestó ella con las mismas palabras, ofreciéndole al mismo tiempo la boca en demanda de un beso. Pero él rehuyó la invitación, diciéndole a tiempo que se volvía precipitadamente:

—Estaré de vuelta a la hora que te he dicho, en punto.

Se encogió Tess en sí misma cual si le hubieran dado un golpe. ¡Cuántas veces no se había afanado él antes por alcanzar aquellos labios contra su voluntad! ¡Cuántas no le había dicho, radiante de alegría, que su boca y su aliento sabían a manteca y huevos, a leche y a miel, que eran los manjares de que ella principalmente se alimentaba! ¡Que de ellos se mantenía él, y otras ternezas por el estilo! ¡Y ahora ya los desdeñaba!

Notó él el súbito abatimiento de Tess y con dulzura le dijo:

—Ya comprenderás que tengo que trazarme un plan de vida. Era necesario que pasáramos juntos unos días a fin de evitar el escándalo que hubiéramos dado de habernos separado inmediatamente, y que hubiera redundado sobre todo en tu desprestigio. Pero has de hacer cuenta que todo esto es pura fórmula.

—Sí —dijo Tess abstraída.

Salió Ángel, y más de una vez se detuvo camino del molino, lamentándose interiormente de no haberle hablado a su mujer con más cariño, no besándola ni una vez siquiera.

Pasaron así un par de días, bajo el mismo techo, sí, pero más apartados uno de otro que antes de ser novios. Comprendía Tess que era verdad lo que dijo él de que estaba pensando un plan de vida y que eso absorbía todas sus fuerzas. Y se sobrecogió al descubrir tal inflexibilidad en el carácter del joven bajo su aparente blandura. La pertinacia de Ángel resultaba harto cruel. Ya no esperaba ella el perdón. Más de una vez le dieron tentaciones de huir, mientras él estaba en el molino, pero temió que aquello, en vez de favorecerle, le perjudicase más todavía al hacerse público.

A todo esto Clare meditaba verdaderamente. No cesaba de laborar su pensamiento, llegando casi

a ponerse enfermo de tanto cavilar; se sentía cansado, rendido de tanto devanarse los sesos, desalentado y fuera de su centro… Iba de un lado a otro preguntándose en su fuero interno: «¿Qué debo hacer? ¿Qué debo hacer?», con tal ansiedad, que una vez casi le oyó ella. Y quebrantando la reserva que hasta entonces guardara, le dijo:

—Supongo que… no has de vivir mucho tiempo… conmigo…, ¿verdad, Ángel?

Y las hundidas comisuras de sus labios denotaban el esfuerzo mecánico que hacía para conservar aquella expresión de afectada calma.

—No podría hacerlo —respondió— sin despreciarme a mí mismo y despreciarte a ti también. Claro que quiero decir que no puedo vivir contigo en el sentido corriente de la palabra. Yo por ahora, sienta lo que sienta en mi interior, no te desprecio. Y déjame hablar con toda claridad, para que comprendas todas las dificultades que se me ocurren. ¿Cómo vamos a poder vivir juntos mientras viva ese hombre? ¡Siendo él tu marido por la ley de la naturaleza y no yo! Si él hubiera muerto, ya sería otra cosa… Aunque no se reduce a eso toda la dificultad, sino que estriba en otra consideración que ha de pesar sobre el porvenir de otros seres que no nosotros… Figúrate que andando el tiempo tenemos hijos y llega a saberse tu pasado, porque no tiene más remedio que saberse algún día. No hay rincón tan apartado en la tierra que no salga de él alguien o vaya alguien a él. Así que figúrate que esos desventurados hijos nuestros crecieran bajo ese oprobio cuyo peso habrían de sentir cada vez más, a medida que pasaran los años. ¡Qué despertar para ellos! ¡Qué perspectiva! ¿Podrías honradamente decirme: «Quédate», después de considerar tal contingencia? ¿No crees que será mejor que nos aguantemos con el mal que tenemos encima sin buscarnos otros nuevos[107]?

Seguía con los ojos entornados, los párpados cargados de pesadumbre.

—No, no puedo decirte: «¡Quédate!» —respondió ella—. No había pensado en eso.

Hay que confesar que Tess había conservado hasta allí una femenina esperanza, tan obstinadamente recuperativa como para revivir en ella visiones furtivas de una intimidad doméstica bastante larga como para vencer la frialdad de él aun contra su juicio. No obstante su falta de ilustración, no era nada lerda, y no hubiera sido mujer de no haber presentido instintivamente la eficacia de ese argumento de la vida en común. Sabía muy bien que, fallándole este recurso, ya no le quedaba ninguno. No había que esperar en el éxito de nada que semejase estrategia —pensaba la joven—, pero no podía sofocar su esperanza en el influjo de la convivencia. Pero el último razonamiento de Ángel era a sus ojos una orientación nueva. Jamás había pensado en semejante cosa, y la viva pintura del deshonor que pudiera recaer en sus hijos era de gran fuerza a los ojos de quien, como ella, tenía un corazón honrado y sensible. Crueles experiencias le habían enseñado ya que hay circunstancias en que mejor que llevar una vida honesta era no llevar ninguna. Como cuantos se han educado en el dolor, podía ella, como Sully-Prudhomme, interpretar cual una sentencia penal ese mandato de «nacerás», especialmente si se aplicaba a las vidas en potencia que llevaba en sus entrañas.

Pero es tal la astucia de zorro de la señora naturaleza, que Tess, ciega hasta entonces por su amor a Clare, no había pensado en la contingencia de que pudiera pesar sobre sus hijos el mismo infortunio que ella lamentaba.

No podía, por lo tanto, rebatir su argumento. Pero, con la proclividad, en combate consigo

mismo, de los supersensitivos, una respuesta a eso surgió en la propia mente de Clare, que casi le dio miedo. Se basaba en el excepcional temple físico de Tess, que era extraordinariamente fuerte y saludable. Y ella misma podía haber esgrimido el mismo argumento con probabilidades de triunfo. Y hasta podía haber añadido: «En las montañas de Australia o en las llanuras de Texas, ¿quién ha de saber ni preocuparse de mi vida pasada, ni dirigirnos ningún reproche?». Mas ella, como la mayoría de las mujeres, aceptaba a título de inevitable y fatal el presentimiento del instante. Y puede que tuviera razón. El corazón intuitivo de la mujer conoce no sólo sus propias amarguras[108], sino también las del marido, y aunque ni él ni ningún extraño hubiera de echarle en cara su oprobio, no era imposible que siguiera, a pesar de ello, atormentando en silencio al delicado cerebro de él.

Era el tercer día de extrañamiento. Pudiera tal vez aventurarse la extraña paradoja de que, con una mayor intensidad del instinto animal, Clare quizá se hubiera conducido más noblemente con Tess. Nosotros no lo afirmamos. El amor de Clare era, sin duda, etéreo hasta la hipérbole y de un carácter tan imaginativo que se hacía incompatible con la práctica. En tales naturalezas, la presencia corporal influye a veces menos que la ausencia, pues ésta crea una presencia ideal que encubre los defectos de la realidad. Tess hubo de convencerse de que su persona no abogaba en su pro tan decisivamente como presumiera. Era exacta la metáfora; no era ya la mujer que había excitado el deseo de Clare.

—He pensado en lo que dices —exclamó la joven trazando rayas fantásticas con el índice en el mantel y apoyando su frente en la otra mano que lucía aquel anillo que para ambos resultaba sarcástico y burlón—, es verdad, no hay más remedio. Tienes que separarte de mí.

—Pero ¿qué vas a hacer tú?

—Irme a mi casa.

A Clare no se le había ocurrido tal cosa.

—Pero ¿podrás hacerlo? —le preguntó él.

—Sí. Debemos separarnos, y como si nada hubiera pasado entre nosotros. Tú me dijiste una vez que yo era capaz de conquistar a los hombres contra su buen juicio, y si sigo a tu lado pudiera suceder que contra tu razón y tu deseo mudaras de conducta; y luego tu arrepentimiento y mi dolor serían terribles.

—Pero ¿a ti te gustaría volver a tu casa? —le preguntó él.

—Quiero dejarte y volver a casa.

—Entonces, sea.

Aunque no le miró a la cara al decirlo, se conmovió Tess. Había gran diferencia entre decirlo y que le contestaran que sí, y la joven no lo había meditado.

—Ya temía yo que habíamos de parar en esto —murmuró con cara humilde—; no me quejo, Ángel. Creo que es lo mejor. Lo que acabas de decir me ha convencido del todo. Sí; aunque nadie nos echara nada en cara, andando el tiempo pudiera ser que te enojaras conmigo por cualquiera cosa y, sabiendo lo que sabes de mi pasado, quizá se te escapara alguna palabra que oyeran nuestros hijos…, y lo que ahora sólo me lastima y duele, entonces me atormentaría y me daría la muerte. Así, que me iré… mañana mismo.

—Yo tampoco me quedaré aquí. Aunque contra mi deseo, he comprendido que convenía separarnos, por lo menos durante algún tiempo, hasta que yo vea el cariz que toman las cosas y pueda

escribirte.

Miró Tess de reojo a su marido. Estaba pálido, incluso trémulo. Como antes, le abrumó la firmeza que revelaba aquel ser aparentemente tierno con quien se había casado y la fuerza de voluntad con que sometía los impulsos más bajos a la emoción sutil, la sustancia a la idea y la carne al espíritu. Tendencias, propensiones, hábitos eran como hojarascas entregadas al tiránico vendaval de su imaginativo dominio.

Debió él observar su mirada, porque se apresuró a decirle:

—Yo pienso con más cariño en las personas cuando las tengo lejos —y añadió cínicamente—: Sabe Dios si algún día nos hundamos juntos por cansancio; no es la primera vez que ocurre así.

Aquel mismo día empezó Ángel a preparar su equipaje, y ella también procedió a hacer el suyo. Sabían ambos que a la mañana siguiente habían de separarse para siempre, a despecho de las falaces conjeturas que por dulcificar la situación habían hecho sobre el porvenir. Sabían también que aunque la mutua fascinación que entre ellos había existido —sin premeditación por parte de ella— había de resultar al principio de estar separados más poderosa que nunca, ya iría el tiempo quebrantando su fuerza, y además, los argumentos prácticos aducidos por Ángel contra la posibilidad de una existencia en común habían de cobrar mayor eficacia a la luz boreal de la lejanía. Sin contar con que después que se han separado dos personas abandonando un domicilio y un ambiente comunes sobrevienen, sin sentir, nuevos brotes que llenan pronto el espacio vacante, accidentes imprevistos se atraviesan ante las intenciones y quedan relegados al olvido los antiguos planes.

XXXVII

Llegó la medianoche y pasó en silencio, porque en el valle del Froom no había nada que anunciara su paso. Poco después de la una se produjo un leve crujido en la oscura casa de labor que fuera un tiempo mansión de los d'Urberville. Lo oyó Tess, que ocupaba la habitación de arriba, y se despertó. Procedía el ruido de un peldaño del rincón de la escalera que estaba medio desclavado. Oyó luego abrirse la puerta del cuarto y vio a su marido cruzar la franja de claridad lunar con paso extrañamente cuidadoso. Sólo llevaba puestos la camisa y los pantalones, y la primera alegría de Tess se extinguió al notar que tenía los ojos fijos en una extraña y espantosa contemplación. Al llegar al medio de la estancia se detuvo y murmuró con tono de tristeza inefable:

—¡Muerta! ¡Muerta! ¡Muerta!

Bajo el influjo de alguna honda e intermitente perturbación nerviosa solía Ángel levantarse dormido y hacer cosas raras, como la noche aquella que volvieron del mercado pocos días antes de casarse, cuando reprodujo en su lecho la lucha con el hombre que insultara a Tess. Ésta comprobó que aquella continua serie de contrariedades morales le había provocado un nuevo ataque de sonambulismo.

Era tan profunda la confianza leal que en él tenía, que ni dormido ni despierto le inspiraba temor alguno. Aunque le hubiera visto entrar con una pistola en la mano no se hubiera inquietado lo más mínimo.

Clare se acercó y se inclinó hacia ella, murmurando:

—¡Muerta! ¡Muerta! ¡Muerta!

Después de contemplarla fijamente un rato, con la misma expresión de dolor indecible, se inclinó hacia ella, la cogió en sus brazos y la envolvió en la sábana, como en su sudario. Alzándola luego de la cama con el respeto que inspira un difunto, cruzó con ella la estancia, murmurando:

—¡Pobre Tess! ¡Mi amor, mi bien! ¡Tan dulce, tan leal, tan sincera!

Aquellas palabras entrañables, que tan severamente callaba en las horas de vigilia, llenaron de inefable dulzura el desamparado y hambriento corazón de Tess. Aunque le hubiera ido en ello la vida, no habría hecho el menor movimiento por zafarse de los brazos de él. Permaneció, pues, completamente inmóvil, sin atreverse casi a respirar, y preguntándose lo que iría a hacer con ella, se dejó llevar fuera de la estancia.

—Mi mujer… ¡Muerta! ¡Muerta! —decía él. Se detuvo un momento el sonámbulo, apoyándose con ella en la baranda. ¿Iría a arrojarla por la escalera? El abandono de Tess rayaba en lo inconsciente, y dominada por la idea de que él había de dejarla al otro día, quizá para siempre, yacía en sus brazos en aquella postura inestable, sintiendo más voluptuosidad que terror. ¡Qué final tan deseado, si ambos cayeran juntos, despeñándose!

Mas Ángel no la dejó caer, sino que aprovechó el apoyo del barandal para estampar un beso en sus labios —aquellos labios que de día desdeñara—; luego la apretó contra sí con más firmeza y bajó la escalera. No le despertó el crujido de los desvencijados peldaños y llegaron sin contratiempo

a la planta baja. Librando un instante una de sus manos del esfuerzo de sujetarla, desatrancó la puerta y salió al campo, no sin sufrir un ligero golpe en el pie contra el quicio. Pero no pareció importarle, y ya fuera, la levantó sobre el hombro para transportarla mejor, lo que facilitaba el ir ligero de ropa. Y en esa forma se encaminó al río que corría a pocos metros de allí.

No podía Tess adivinar el designio de Ángel, si es que alguno tenía, y se entregaba a conjeturas con la misma indiferencia que si no se hubiera tratado de ella. Tan plácidamente le había abandonado su ser que se gozaba en la idea de que él la mirase como cosa suya, con la que podía conducirse a su antojo. Bajo la amenaza torturante de la separación, era un consuelo sentir que en aquel momento él la consideraba como su mujer y no la repudiaba, aunque al hacerlo así llegara a arrogarse la potestad de inferirle daño.

De pronto comprendió Tess qué era lo que él soñaba. Soñaba con el episodio de aquella mañana de domingo en que la pasó entre el terreno encharcado, así como a las otras muchachas que le habían querido casi tanto como ella, si tal cosa era posible, lo cual se negaba ella a creer. Clare no cruzó el puente con ella, y continuando unos pasos más por la misma orilla, con dirección al molino inmediato, se detuvo al fin al borde mismo del río.

Al correr las aguas por aquellos prados, se bifurcaban a trechos, serpenteando en caprichosas curvas que ceñían unas islitas sin nombre, para unirse de nuevo más abajo en pleno caudal. Frente al sitio en que se habían detenido volvían a unirse las aguas, resultando el río por allí relativamente caudaloso y profundo. Lo cruzaba por aquel punto un angosto puente rústico, del cual, por haberse llevado la baranda los torrentes del invierno, sólo quedaba el suelo, que casi a ras del agua constituía un paso peligroso, capaz de infundir vértigo a la cabeza más segura; tanto, que Tess, al mirar de día por la ventana, había visto cruzarlo a los jóvenes haciendo alarde de equilibrio. También su marido debía de haber observado el arriesgado tránsito de los mozos, mas ahora no vaciló, subió al puentecillo y adelantando un pie avanzó sobre las tablas.

¿Sería que pensaba ahogarla en el río? Tal parecía. El paraje estaba desierto y el río, por allí bastante ancho y profundo, facilitaba la realización del designio. Podía ahogarla si quería, lo cual era mejor que separarse al día siguiente para llevar en adelante una vida de dolor.

Corría presurosa el agua y se arremolinaba debajo de ellos, sacudiendo, retorciendo y hundiendo la imagen de la luna. Manchones de espuma desfilaban en rápida carrera y, por detrás de los pilares ondeaban los adheridos hierbajos. Si ambos caían en aquel momento, con sus brazos tan entrelazados como los tenían, no había salvación posible y nadie podría reprocharle el haberse casado. Su última hora de vida hubiera sido una hora de amor, mientras que si vivían hasta dar tiempo a que él despertara, volvería a sentir aversión por ella y todo esto de ahora no sería más que un sueño.

Sintió ella el impulso de hacer un movimiento que los hubiera precipitado en el torbellino, mas no llegó a hacerlo. No le importaba gran cosa su vida. Pero ¡y la de él! No tenía derecho a sacrificarla también. Al fin llegaron los dos a salvo a la otra orilla.

Penetraron en una arboleda perteneciente a la antigua abadía, y afianzando Ángel de nuevo su carga avanzó unos pasos hasta llegar al ruinoso coro de la abadía. Junto al muro norte estaba el sarcófago vacío de un abad en el que los turistas solían tener la macabra humorada de tenderse. En él depositó Clare a Tess con mucho cuidado. Después de besarla en los labios por segunda vez, suspiró

profundamente como quien tras mucho desearlo consigue su objeto. Luego Clare se tendió en el suelo, junto a la tumba, sumiéndose en un profundo sueño de cansancio y quedándose inerte como un tronco. El acceso de mental excitación que hiciera posible aquel esfuerzo era pasado ya.

Tess se incorporó en el sarcófago. La noche, aunque seca y templada para el tiempo que era, resultaba harto fría para que Ángel pudiera permanecer allí medio desnudo, sin peligro para la salud. De estar solo allí se hubiera quedado hasta el otro día y seguramente habría muerto de frío. Sabía Tess que más de un sonámbulo había muerto así en el curso de una escapada nocturna. Pero ¿cómo atreverse ella a despertarlo, para que al enterarse de lo que había hecho sufriera la mortificación de comprobar la flaqueza que por ella demostrara? Sin embargo, Tess, saliendo de su encierro de piedra, le sacudió suavemente, pero era inútil querer despertarlo sin emplear la violencia. Y había que hacer algo, porque ella también estaba tiritando bajo el ligero abrigo de la sábana. También a ella le había preservado del frío la excitación a lo primero, pero ahora empezaba a sentir sus efectos.

De pronto se le ocurrió apelar a la persuasión, y acercando los labios a su oído le murmuró con cuanta entereza y resolución le fue posible:

—Vamos a andar un poco, ¡amor mío!

Y al mismo tiempo le cogió de un brazo con sugestivo ademán. Con gran contento por parte de Tess, obedeció él sin resistir. Las palabras de ella le habían vuelto a su sueño, que desde aquel instante debió de entrar en una nueva fase, en la que sin duda imaginaba el joven que Tess se le había aparecido en espíritu para llevarle al cielo. Cogido, pues, del brazo, le condujo ella al puente de piedra, cercano a su morada, donde se hallaron después de cruzarlo. Iba ella descalza y se hería los pies con los guijarros, calándole además el frío los huesos; pero Clare llevaba puestas sus recias medias de lana y parecía no sentir el frío.

No se le ofreció a Tess ya ninguna otra dificultad. Le indujo a tenderse en su canapé y lo tapó con mucho cuidado, encendiendo fuego en la chimenea para que se calentase si había cogido humedad. Pensaba que al ruido que ella armaba con todo aquello se despertaría, y en sus adentros así lo deseaba. Mas Clare estaba tan rendido física y mentalmente que permaneció insensible.

Cuando volvieron a verse a la mañana siguiente, comprendió Tess que Ángel no conservaba el menor recuerdo de la nocturna excursión, por más que debiera de tener alguna vaga idea de no haber pasado la noche acostado. Y en efecto, al despertarse el joven de su profundo sueño, durante esos momentos primeros en que el cerebro, cual Sansón al desperezarse ensayaba sus fuerzas[109], tuvo la vaga impresión de haberle ocurrido algo anormal durante la noche. Pero la realidad de su situación desplazó pronto todas sus conjeturas.

Esperaba atentamente a ver si discernía alguna orientación mental y sabía que si su decisión de la noche anterior no se había disipado con la luz de la mañana era porque tenía un fundamento racional y podía fiar en él, aunque fuese fruto de la sensación o el impulso. Así que, a la pálida luz matinal, consideraba ahora serenamente su resolución de separarse de Tess, no como ardoroso y turbio movimiento del instinto, sino despojado de todo aquel apasionamiento que le torturara y abrasara, de pie en sus huesos, como un esqueleto, pero ahí, de todos modos. Clare ya no vaciló.

Durante el desayuno y luego, mientras empaquetaban los pocos enseres restantes, mostró Ángel tan inconfundiblemente su fatiga por el esfuerzo de la noche, que Tess estuvo a punto de revelarle lo

ocurrido, aunque se contuvo al pensar que habría de mortificarle el saber que le había demostrado una ternura que no aprobaba su conciencia, comprometiendo su dignidad durante el sueño de su razón. Aquello era tanto como reírse ante un hombre en estado normal de las extravagancias que hiciera estando ebrio.

Y pensó también la joven que acaso él tuviese alguna vaga idea de su tierno extravío de la noche pasada, sino que no quería aludir a él, por temor a que ella se aprovechara del incidente para intentar inducirle a quebrantar su propósito de separación.

A poco de terminado el desayuno llegó el coche que él había encargado por carta a la ciudad. Vio en esto Tess el principio del fin, del fin temporal por lo menos, ya que ahora, después de haberle revelado aquel sueño nocturno de Ángel la ternura que por ella seguía sintiendo, abrigaba esperanzas de volver a reunirse con su esposo. Después de colocar el equipaje en el techo del vehículo partieron, no sin que el molinero y la vieja asistenta mostraran cierta sorpresa por verlos marchar con aquella precipitación, que Clare procuró justificar diciendo que el sistema que seguían en aquel molino era todo lo moderno que él necesitaba para sus experiencias. Por otra parte, ningún detalle dejaba traslucir que no fuera verdad lo que decía de ir a visitar a unos amigos.

Pasaba su camino no lejos de la vaquería de que pocos días antes partieran, poseídos de tan solemne alegría, y como Clare deseaba arreglar sus asuntos con Crick, no tuvo Tess más remedio que hablar con su señora para no excitar sospechas acerca de su desventurada situación.

Para que la visita fuera lo menos importuna posible dejaron el coche en el portillo de la carretera y anduvieron a pie el camino uno al lado del otro. Segada la maleza de mimbres, pudieron ver, mirando por entre los tallos, el lugar en que Clare la instara con tanto ardor a que consintiera en ser su esposa; a la izquierda, el paraje en que ella se sintiera fascinada por los ecos de su violín, y a lo lejos, más allá de los establos, el prado que fue testigo de su primer beso. El oro del estival panorama se había vuelto gris, empalidecido los matices y humedecido el suelo.

Por encima de la verja del tinado los divisó Crick y les salió al encuentro, con aquella cara maliciosa y alegre con que los de Talbothays solían acoger a los recién casados a la vuelta de su luna de miel. Luego salió de la casa la señora Crick, acompañada de varias mozas, aunque no de Marian ni de Retty.

Tess afrontó con denuedo las maliciosas bromas y amistosos donaires, que hacían en ella un efecto muy distinto del que los otros pensaban. En el tácito acuerdo de no revelarle a nadie el secreto de su separación, se condujeron uno y otro con toda discreción. Y aunque hubiera deseado Tess no oír hablar del asunto, tuvo que escuchar luego con todo lujo de pormenores la lamentable historia de Marian y Retty. Esta última se había ido con sus padres y la otra a buscar trabajo lejos de allí. Temían que Marian acabara mal.

A fin de atenuar la tristeza de aquel relato fue Tess a despedirse de sus vacas favoritas, acariciándolas a todas con su mano, y cuando Clare y ella se volvieron a reunir para retirarse no hubiera sido difícil, para quien conociera su verdadera situación, advertir en su aspecto algo sumamente triste; los dos, marido y mujer para los demás, el brazo de Clare rozando el de Tess, la falda de ésta dando en la ropa del marido, y, sin embargo, ¡iban a separarse acaso para siempre! Hablaban en plural al despedirse, diciendo nosotros, y estaban tan alejados entre sí como dos polos.

Mas tal vez cierto azoramiento y confusión en su actitud, cierta afectación enfática en el modo de hablar para dar a entender que estaban muy unidos diera pie para que luego que se hubieron ido le dijera al ganadero su mujer:

—¡Qué brillo tan raro el de los ojos de ella! Además, ¿te fijaste en que parecían dos figuras de cera y hablaban como sonámbulos? ¿No te ha chocado a ti también? Tess parecía como si tuviese algo callado y no se comporta como novia orgullosa de haber hecho buen casamiento.

El vehículo les llevó a Weatherbury y Stagfoot Lañe, hasta la venta de este último nombre, donde Clare despidió el coche y al cochero. Permanecieron allí un rato, y al entrar en el valle, otro cochero que ignoraba su relación los condujo a casa de Tess. Pasado Nuttlebury, en un punto intermedio, en el que se cruzaban dos caminos, Clare dijo a Tess que si tenía intención de marchar a casa de sus padres allí era donde se debían separar. No pudiendo hablarse libremente en presencia del cochero, él le pidió que le acompañara un trecho por uno de los caminos que allí se bifurcaban; accedió ella, y diciéndole al hombre que aguardara un momento, echaron a andar.

—Ahora hablemos claro —le dijo él dulcemente—. Entre nosotros, al menos por mi parte, no hay rencor, aunque sí media una cosa que por ahora no puedo soportar. Haré cuanto pueda por llegar a poder soportarlo. Y en cuanto lo sepa yo mismo, te escribiré diciendo dónde estoy. Y si llego a hacerme a esa idea, en cuanto lo vea posible, iré a buscarte. Pero hasta que yo no vaya a ti, será mejor que te abstengas tú de buscarme.

La severidad de aquel decreto fue mortal para Tess; vio con toda claridad el concepto en que el joven la tenía. La miraba como a una embaucadora y nada más. Pero ¿merecía realmente aquello una mujer, aunque hubiera hecho lo que ella? Mas no podía discutir ya con él acerca de ese punto, y hubo de limitarse a repetir sus palabras.

—¿De modo que mientras tú no vengas por mí, no he de pensar yo en buscarte?

—Eso es.

—¿Y escribirte no puedo tampoco?

—Eso sí; si caes enferma o necesitas algo… Espero que nada de esto te ocurra; así es que presumo que he de ser yo quien primero te escriba.

—Acepto las condiciones, Ángel, puesto que tú sabes mejor que yo el castigo que merezco. Ahora que no me lo impongas tan duro que no lo pueda resistir.

Y no dijo más sobre el asunto. De haber sido Tess más lista le hubiera armado una escena, se hubiera desmayado o prorrumpido en histérico llanto en aquel solitario camino, y Ángel, a pesar de todo su enojo, no hubiera podido resistirla. Pero con su actitud doliente y sumisa le allanó el camino a él, de suerte que fue ella su mejor abogado en ese pleito. Aunque también tuvo su parte el orgullo en aquella conformidad, síntoma quizá de ese ciego abandono al destino, peculiar a todos los d'Urberville; y las pocas fibras que ella hubiera podido conmoverle con una más dramática actitud permanecieron intactas.

El resto del diálogo versó ya sobre cuestiones prácticas. Ángel le entregó un paquete que contenía una importante suma de libras, que para el caso había pedido a sus banqueros. Los brillantes, que sólo eran propiedad vitalicia de Tess, si había de atenerse estrictamente a los términos de la cláusula testamentaria, él le aconsejó que los depositara en un banco, a lo cual asintió

Tess.

Zanjados estos asuntos volvieron al coche y él la ayudó a subir. Pagó luego al cochero y le indicó el itinerario que había de seguir con ella. Y cogiendo su maleta y su paraguas, único equipaje que llevaba, se despidió Ángel de ella. Y así fue como se separaron.

Remontó el coche una cuesta y Ángel lo veía alejarse con la esperanza instintiva de que Tess asomase una vez siquiera la cabeza a la ventanilla. Mas no se le ocurrió a ella hacerlo, ni aunque se le hubiera ocurrido se habría atrevido a hacerlo; yacía en el interior del coche hundida en una congoja moral. Así vio Ángel cómo se alejaba ella, y presa de inefable angustia repitió el verso de un poeta con variantes de su propia cosecha: «Dios no está en su cielo; ¡todo es maldad en el mundo[110]!».

Cuando Tess doblaba la cuesta del cerro, Ángel emprendió su camino sin advertir que todavía la quería.

XXXVIII

Cuando Tess se vio en el valle de Blackmoor y se le mostró ante los ojos el paisaje de su niñez despertó de su estupor. Su primer cuidado fue pensar cómo habría de presentarse a sus padres.

Llegó a la barrera del pueblo, que le fue franqueada por un desconocido y no por el anciano que tantos años la sirviera y que la conocía a ella. Debía de haber dejado su puesto a primero de año, que es la fecha en que tales cambios suelen efectuarse. Tess, que carecía de noticias ciertas de sus padres, se las pidió al guardabarrera.

—Marlott está como estaba, señorita —le dijo aquél—. Aunque algunos faltan por haberse ido al otro barrio. A Joan Durbeyfield se le casó una hija la semana pasada con un caballero labrador. Pero no salió la chica de casa de sus padres para la iglesia, ¿sabe usted? Se casó fuera de aquí. El marido es orgulloso y no creyó oportuno que asistiera a la boda nadie de la familia de la novia, y es porque el muy tonto no sabe que se ha puesto en claro que John es de sangre azul y que tiene entre sus antepasados unos esqueletos que todavía yacen en panteones propios, que se los hicieron a ellos en tiempos de los romanos. Pero sir John, como aquí le llamamos todos, celebró el día de la boda lo mejor que pudo, y convidó a todo el pueblo; y Joan, su mujer, estuvo cantando coplas en La Gota Pura hasta después de las once de la noche.

Sintió Tess al oír aquello tan profunda desazón que no se atrevió a presentarse en su casa con el coche y con su equipaje. Preguntó al guardabarrera si podría tenerle un rato en su casa aquellos bultos, y habiéndole dicho aquél que sí, despidió el coche y se encaminó a su casa ella sola por una callejuela extraviada.

Al divisar la chimenea de la morada paterna se preguntó a sí misma si tendría ánimos para entrar en ella. Allá dentro estarían los suyos, pensando que ella andaría a la sazón de viaje en compañía de su marido, hombre relativamente acomodado, que habría de darle una vida regalada, cuando era así que se volvía a su casa, sola y abandonada, por no tener otra parte adonde dirigirse en el mundo.

Mas no llegó a su casa inadvertida, que al llegar a las bardas del huerto le salió al encuentro una muchacha que la conoció —una de las dos o tres íntimas amigas suyas de la escuela—, la cual hubo de hacerle algunas preguntas referentes a su ida al pueblo, sin reparar en su trágico aspecto. Aunque de pronto, sin escuchar a Tess, le preguntó la muchacha:

—Pero y tu marido, ¿dónde está?

Le contestó Tess apresuradamente que no había podido acompañarla por tener que atender a un negocio, y separándose de su interlocutora pasó de largo el bardal y entró en su casa.

Al atravesar el huerto oyó a su madre que cantaba junto a la puerta falsa, y al verla observó que estaba de pie, en el escalón de la puerta, ocupada en retorcer una sábana. Terminada la operación, la señora Durbeyfield, sin reparar en su hija, entró en la casa, seguida de aquélla.

Estaba la artesa en el sitio de siempre, sobre el mismo barril, y la madre, tras apartar la sábana, se disponía a hundir en el agua nuevamente sus manos.

—Pero ¡cómo, Tess, hija mía! —exclamó de pronto al verla—. ¡Pero si yo creía que te habías

casado! Que te habías casado de veras esta vez. ¿No recibiste la sidra que te mandamos?

—Sí, madre.

—Pero qué, ¿vas a casarte? ¿No te has casado todavía?

—Me he casado ya.

—Pero entonces, ¿dónde está tu marido?

—Pues viajando por cuestiones de negocios.

—¡Viajando! Pues ¿cuándo os casasteis? ¿No fue el día que me dijiste?

—Sí, el martes, madre.

—¿Y no siendo hoy más que sábado ya se ha ido?

—Sí, se ha ido.

—Pero ¿quieres decirme qué significa todo esto? ¡Vaya unos maridos que te salen, hija!

—¡Madre! —exclamó Tess, y acercándose a su madre y hundiendo la cabeza en su pecho, prorrumpió en sollozos.

—¡No sé cómo decírselo a usted, madre! Usted me aconsejó que no le dijera nada, pero se lo dije…, no pude por menos…, ¡y por eso se ha ido!

—¡Qué tonta eres, hija mía! —exclamó Joan, salpicando en su agitación a Tess y salpicándose ella también del agua del lavado—. ¡Dios santo! ¡Que tenga yo que decirte que eres una boba!

Tess se deshacía en llanto convulsivo dando rienda suelta a toda su contenida amargura.

—¡Ya lo sé, madre, ya lo sé! —repetía entre sollozos—. Pero no pude hacer otra cosa. ¡Era él tan bueno y me parecía tal infamia andarme con tapujos! Si cien veces me encontrara en ese caso, cien veces haría lo mismo. ¡No podía…, no tenía valor para pecar contra él!

—¡Bastante pecaste casándote con él sin decírselo!

—Sí, sí, y eso es lo que más me pesa. Lo que me pasó fue que yo estaba muy creída en que podría divorciarse de mí si no quería perdonarme. ¡Ay, si supiera usted, madre, si supiera usted formarse idea de cómo le quería y con qué ansias deseaba casarme con él y cuánto he batallado entre mi cariño y el deseo de no serle desleal!

Tan conmovida estaba Tess que no pudo continuar y se dejó caer en una silla.

—Bueno, mujer, ¡a lo hecho, pecho! Yo no sé por qué estos hijos míos han de ser más simples y bobos que los de los demás… ¿De modo que no se te ocurrió nada mejor que lo que hiciste, en vez de habértelas arreglado de forma que cuando él se hubiera enterado ya no hubiera tenido escape?

Y Joan rompió a su vez en llanto, lamentándose de la mala suerte que tenía con sus hijos.

—No sé lo que va a decir tu padre —continuó—, porque desde el día que te casaste no hace más que hablar de la boda en Rolliver y en La Gota Pura, y de que por ti va a recobrar la familia su lugar debido. ¡Qué estúpido es el pobre! ¡Y venir tú ahora con esto! ¡Dios de Dios!

Como para agravar lo enojoso de la situación se oyó en aquel momento llegar al padre de Tess. Pero no entró enseguida y la señora Durbeyfield dijo a su hija que ella se encargaba de comunicarle la mala noticia y que se quitara de en medio para que no la viera su padre. Pasado el primer estallido de contrariedad, miraba ya la mujer el infortunio de su hija como miró su primer desliz, lo mismo que si se tratara de un día de lluvia o de un contratiempo en la cosecha; como cosa que les sucedía sin haberlo merecido lo más mínimo, como males que soportar y no como una lección.

Subió Tess al piso alto, y pudo observar que habían cambiado las camas e introducido ciertas modificaciones en la distribución de los cuartos. Su antigua cama servía ahora para los dos pequeños. No quedaba ya sitio para ella.

Sin dificultad alguna pudo oír lo que abajo pasaba. Su padre había entrado, al parecer, llevando en la mano una gallina viva. Por haberse visto obligado a vender su segundo caballo, no era ya más que regatón de a pie, caminaba con la cesta colgada del brazo. Había sacado aquella gallina por la mañana, como de costumbre, para hacer creer a la gente que iba de negocios, aunque en realidad no se había movido de la taberna de Rolliver, donde estuvo más de una hora.

—Menuda se ha armado —empezó diciendo Durbeyfield, y le contó a su mujer con todo lujo de pormenores la discusión que en la taberna había surgido a propósito del clero, por haberse casado Tess con el hijo de un pastor—. Antiguamente tenían tratamiento de caballeros lo mismo que mis antepasados —decía John—, pero hoy ya nadie les llama más que *curas*.

Como Tess se había opuesto a que se le diera publicidad al asunto, no había él entrado en ciertos particulares. Aunque esperaba que pronto se le levantaría el veto. Era de opinión —añadía— que el matrimonio adoptara el apellido de Tess, d'Urberville, tal y como en realidad era, más ilustre que el de su marido. Terminó preguntando si había habido carta de su hija.

Su mujer le participó entonces que carta no había venido ninguna, pero que, por desgracia, quien había llegado era la propia Tess.

Luego que se hubo enterado del desastre, le ocurrió a John una cosa notable, y fue que la impresión de enojo pudo en él más que el influjo optimista y conciliador de la bebida. Aunque no le irritaba tanto lo ocurrido en sí mismo como las repercusiones que pudiera tener en la opinión de las gentes.

—¡Pensar que todo se ha venido abajo! —decía—. Con un panteón de familia en la cripta de la iglesia de Kingsbere, tan grande como la bodega de Folard, y allí mis esqueletos a docenas, con los huesos más puros que recuerda la historia del condado. ¡Habrá que ver lo que salen ahora diciéndome en Rolliver y en La Gota Pura! ¡Cómo van a tomarme el pelo, diciendo: «¡Anda, ah tienes el gran casamiento! ¿Y así es como te vas a poner a la altura de tus antepasados de los tiempos del rey normando?» ¡Esto es demasiado, Joan! Yo me mato con título y todo, ¡no puedo sufrir esto! Pero si están casados como Dios manda, se le puede obligar a que cargue con ella.

—Claro que sí. Sólo que ella no quiere.

—Pero ¿tú crees que ha sido una boda de verdad? ¿O será por el estilo de la primera?

No pudo escuchar más la pobre Tess. Al ver que dudaban de sus palabras, allí, en la misma casa paterna, sintió una definitiva aversión a su hogar. ¡Qué inesperados ataques le deparaba el destino! ¡Y si su propio padre dudaba un poco de ella, cuánto no dudarían los amigos y vecinos! ¡No tenía más remedio que irse enseguida de casa de sus padres!

Sólo unos cuantos días entonces, se permitió Tess permanecer allí, pasados los cuales recibió una breve carta de Clare diciéndole que se había trasladado al norte de Inglaterra con objeto de visitar una granja. Movida del afán de probar a las claras que era la esposa de aquel hombre, así como para ocultarles a sus padres el abismo que los separaba a ambos, aprovechó aquella carta para justificar su partida, dejándolos bajo la impresión de que iba a reunirse con él. Y para poner a

cubierto a su marido de toda sospecha de desafecto hacia ella, cogió veinticinco libras de las cincuenta que él le entregara al despedirse y se las dio a su madre, a título de dádiva que podía permitirse la esposa de Ángel Clare, diciéndole que era una pequeña compensación por los disgustos y humillaciones que años atrás pasara por su culpa.

Con este alarde de dignidad se despidió Tess de sus padres. Éstos se dieron buena vida durante unos días a costa de la esplendidez de su hija, y su madre decía, muy creída en ello, que el disgusto que existía entre ambos cónyuges había terminado al comprender los dos que no podían vivir el uno sin el otro.

XXXIX

Tres semanas después de su boda bajaba Clare la cuesta que conducía a la parroquia de su padre. Según iba descendiendo veía el joven la torre de la iglesia, que se erguía sobre el cielo de la tarde, como preguntándole que a qué iba. Ningún alma viviente parecía advertir su presencia en aquel pueblo sumido en plácido crepúsculo, y mucho menos esperarla. Llegaba como un fantasma y a él mismo le asustaba el ruido de sus pasos.

Había cambiado para él el panorama de la vida. Hasta entonces sólo la había conocido especulativamente; ahora creía verla con los ojos del hombre práctico, aunque quizá todavía no pudiera reputársele tal. Sin embargo, no se representaba ya a la humanidad con la imaginaria dulzura del arte italiano, sino en la actitud vigilante y espectral con que la representa Wiertz y el aire malicioso de un estudio de Van Beers[111].

Su conducta durante las últimas semanas había sido sobremanera desordenada. Después de intentar maquinalmente proseguir sus proyectos agrícolas como si nada anormal le hubiere sucedido, es decir, ajustándose a los consejos de los sabios de todos los tiempos, acabó por convencerse de que ninguno de esos sabios había sabido nunca lo bastante de sí mismo para comprobar si sus consejos eran viables. «Lo más importante», dijo el moralista pagano, «es no turbarse[112]». Y lo mismo exactamente opinaba Ángel. Sólo que, a pesar de ello, estaba turbado. «No consientas que nada altere la paz de tu corazón ni te dejes atemorizar por nada», había dicho el Nazareno[113]. Y Ángel se hacía eco con todo su ser de tan sublimes palabras, pero no por eso dejaba de sentir angustia en su corazón. ¡Cuánto hubiera dado por poder tener delante a esos dos grandes pensadores para suplicarles rendidamente de hombre a hombre que le enseñaran qué método siguieron para lograr la paz!

Su actitud de abatimiento se trocó en una terca indiferencia, hasta casi llegar a hacerse la ilusión de que contemplaba su vida con la pasividad de un extraño.

Le acariciaba el alma la idea de que acaso fuera debido todo su infortunio a ser Tess una d'Urberville. Al saber que descendía la joven de esa rancia familia y no de la gente del pueblo según él soñara, ¿por qué no la abandonó estoicamente, por fidelidad a sus principios? Lo que le había sucedido no era sino el justo castigo a su apostasía. Luego se sintió rendido y lleno de inquietud, de una inquietud que crecía por momentos. Se preguntaba si no habría tratado injustamente a la joven. Comía sin enterarse de lo que comía, y bebía sin notar el sabor. Conforme iban pasando las horas, al presentarse a su vista el motivo de cada acto en la larga serie de los días pasados, se daba cuenta de que íntimamente se mezclaba la idea de tener a Tess como posesión querida, con todos sus proyectos, palabras y maneras.

Yendo de acá para allá hubo de observar en los aledaños de un pueblecillo cierto rótulo en el que se ponderaban las grandes ventajas que ofrecía el imperio brasileño a los agricultores emigrantes. Daban allí la tierra en condiciones excepcionalmente ventajosas. El Brasil le atrajo a Ángel como una nueva idea; tal vez pudiera reunirse Tess allí con él, y quizá en aquel país, donde

conviven razas diversas, cada una con sus costumbres peculiares, no existieran aquellos convencionalismos que le hacían imposible en Inglaterra la vida con su mujer. En una palabra: que se decidió por el Brasil, tanto más cuanto que ya se iba acercando la época del año más adecuada para emigrar allá.

Animado por ese propósito, regresaba a Emminster para comunicarles a sus padres su nuevo designio y explicarles lo mejor que pudiera el hecho de no acompañarle Tess, ocultándoles, desde luego, la verdadera causa de su separación. Al llegar a la puerta de casa de sus padres le dio de lleno en el rostro la claridad de la luna llena, de igual modo que cuando llevara aquella noche a su mujer en brazos, pasando el puente, al camposanto de los monjes; pero en su cara se advertían ahora más señales evidentes de preocupación.

No había prevenido a sus padres de su visita; así que su llegada puso en conmoción toda la casa, de igual modo que la zambullida del martín pescador agita la superficie de un charco tranquilo. Sus padres estaban a la sazón en el gabinete, pero de sus hermanos no había ninguno en la casa. Ángel entró cerrando tras de sí cuidadosamente la puerta.

—Pero ¿dónde has dejado a tu mujer, hijo mío? —le preguntó su madre—. ¡Qué sorpresa, Ángel!

—La he dejado con su madre por una temporada. Y me he venido a escape a veros, porque tengo decidido emigrar al Brasil.

—¡Al Brasil! ¡Pero si allí no hay más que católicos!

—¿Sí? Pues no se me había ocurrido pensar en eso.

Pero ni la novedad ni la tristeza de saber que su hijo se marchaba a un país papista lograban distraer a los padres de Ángel del natural interés que sentían por conocer los pormenores de su matrimonio.

—Recibimos hace tres semanas tu lacónica esquela anunciándonos tu matrimonio —le dijo su madre— y ya recibirías tú también, por conducto de tu padre, el regalo póstumo de tu madrina. Por supuesto, que ha sido mejor que ninguno de nosotros se hallase presente, sobre todo teniendo en cuenta que preferiste sacar a tu novia para la iglesia directamente de la misma vaquería y no de donde debiera haber salido, es decir, de su casa. Nuestra presencia allí nos hubiera cohibido a todos. Tus hermanos han llevado muy mal el asunto. Pero, en fin, ahora que ya no tiene remedio, y que tu mujer, según dices, es que ni pintada para la profesión que has resuelto ejercer en vez del sacerdocio, no te hemos de hacer ningún reproche… Sin embargo, Ángel, a mí me hubiera gustado verla, o por lo menos tener noticias más concretas acerca de su persona… No le enviamos ningún regalo por ignorar sus gustos, aunque nos reconocemos en deuda. Ángel, ni tu padre ni yo abrigamos contra ti ningún resentimiento por haber hecho esa boda, pero creímos oportuno aplazar nuestro regalo a tu mujer hasta tener ocasión de verla. Y ahora resulta que no la traes contigo. No me negarás que es todo muy raro. ¿Qué ha pasado?

Les contestó Ángel que de común acuerdo habían decidido los dos ir cada uno por separado a visitar a sus padres.

—No he de ocultarte, sin embargo, madre —dijo—, que tenía el propósito y sigo teniéndolo de no traer a mi mujer a esta casa hasta no estar yo convencido por mí mismo de que podría presentarse ante vosotros con la debida dignidad y de suerte que no tuvierais nada que reprocharle. Esta idea de

emigrar al Brasil ha sido una inspiración del momento. De emprender yo ese viaje, no sería prudente que la llevara conmigo hasta ver qué tal estaba aquello. Por eso me pareció mejor que se quedara con su madre, hasta que yo explore el país y vuelva a Inglaterra por ella.

—¿Y no he de verla yo antes de que te embarques?

Respondió él que así tendría que ser, aun sintiéndolo mucho. Siempre había tenido el propósito, según dijera, de no llevarla allí durante algún tiempo, a fin de no herir sus prejuicios, ni sus sentimientos por ningún concepto; y otras razones además le habían confirmado en esa idea. Si él se iba por fin al Brasil, estaría de vuelta allí para dentro de un año, y entonces antes de embarcarse los dos para América podría ser que se la presentase. Le sirvieron una cena aderezada a toda prisa, y Ángel continuó exponiendo sus proyectos. No acababa de consolarse su madre de la contrariedad que le producía no ver a su nuera. El entusiasmo por Tess que mostrara Ángel en su anterior visita había contagiado las simpatías maternales, hasta el punto de hacerse la ilusión de que, si podía salir algo bueno de Nazaret[114], también podía salir una mujer encantadora de la vaquería de Talbothays. Y mientras el hijo comía no dejaba de mirarle.

—Pero ¿no puedes describírmela? Segura estoy de que será muy guapa.

—¡Desde luego que lo es! —dijo él con un énfasis que encubrió su amargura.

—¿Y no menos honesta y virtuosa que guapa, verdad?

—¡Claro que sí, madre!

—¡Me parece enteramente que la estoy viendo! —exclamó la madre—. El otro día nos dijiste que era esbelta y fina, bien formada, con labios rojos gruesos como el arco de Cupido, cejas y pestañas negras, una mata de pelo gruesa como la maroma de un barco y unos ojazos muy grandes, entre negros, azules y violetas.

—Es verdad, madre.

—¡Parece que la estoy viendo! Y habiéndose criado tan retraída, seguro que no ha conocido más novio que tú.

—Naturalmente.

—¿A que has sido su primer amor?

—¡Claro!

—Hay aldeanas de ésas, robustas y con buenos colores, que resultan mucho mejores para esposas que no una señoritinga de ciudad. Claro que yo hubiera deseado…, pero puesto que mi hijo ha de ser agricultor, le conviene más una mujer acostumbrada a las faenas del campo.

Su padre no le hizo a Ángel tantas preguntas, pero llegado el momento de leer, antes del oficio vespertino, un capítulo de la Biblia, dijo el pastor a su esposa:

—Yo creo, puesto que ha venido Ángel, que ha de estar muy en su punto leer el trigesimoprimero del libro de los Proverbios en vez del capítulo que hoy nos toca.

—Tienes razón —le respondió su mujer—. Las palabras del rey Lemuel. —Ella podía citar la Biblia por capítulo y versículo lo mismo que su esposo—. Hijo mío —añadió dirigiéndose a Ángel—, tu padre ha elegido el capítulo de los Proverbios en que se alaba a la mujer virtuosa. No tendremos que hacernos fuerza para aplicárselos a tu mujer. ¡Que Dios la proteja en todo instante!

A Ángel se le hizo un nudo en la garganta. Trajeron el atril del rincón de la estancia y lo

colocaron frente a la chimenea, acudieron los dos viejos criados del pastor y éste empezó a leer el versículo décimo del capítulo mencionado[115]:

—«Mujer virtuosa, ¿quién la hallará? Su precio es superior al de los rubíes. Se levanta cuando todavía es de noche y prepara comida a los suyos. Ciñe de fortaleza sus robustas caderas y sus brazos. Comprende que es buena su mercancía; su vela no se apaga por la noche. Vigila hasta el último rincón de su casa y no come el pan ociosa. Se levantan sus hijos y la bendicen; se levanta su marido y la colma de alabanzas. Muchas fueron las hijas que practicaron la virtud, pero tú descuellas entre todas».

Acabada la lectura, dijo a Ángel su madre:

—No puedo menos de pensar en lo apropiado al caso que resulta este capítulo que acaba de leer tu padre, por muchos conceptos, a la mujer que has elegido. La mujer perfecta, como ves, era una mujer laboriosa, no se dejaba vencer de la pereza; no era una damisela fina y distinguida, sino una mujer que empleaba en bien de los demás sus manos, su cabeza y su corazón. «Se levantan sus hijos y la bendicen; se levanta su marido y la colma de alabanzas. Muchas fueron las hijas que practicaron la virtud, pero tú descuellas entre todas». ¡Cuánto me gustaría verla, Ángel! Siendo pura y honesta, ya es para mí bastante distinguida.

No pudo más Ángel. Tenía los ojos llenos de lágrimas, que parecían gotas de plomo fundido. Se apresuró a dar las buenas noches a aquellos sinceros y nobles seres que tanto amaba; seres que en sus sencillos corazones nada sabían del mundo, de la carne ni del demonio[116], viendo únicamente todas esas cosas como algo ajeno y vago. Luego, se retiró Ángel a su aposento.

Su madre le siguió hasta allí y llamó, golpeando suavemente la puerta. Abrió Ángel y la miró con ojos llenos de ansiedad.

—Ángel —le dijo ella—, ¿te ha sucedido algo desagradable para que quieras irte tan pronto? No me cabe duda de que no estás en tu ser.

—Y estás en lo cierto, madre.

—¿Es por culpa de ella? —le preguntó la madre—. Hijo mío, si te he de decir la verdad, eso me estoy figurando. Me parece que se trata de algo relacionado con ella. ¿Habéis tenido algún disgusto en estas tres semanas?

—No se trata precisamente de eso…, no hemos llegado a reñir —contestó Ángel—, aunque sí hemos tenido una pequeña discrepancia…

—Ángel, ¿es una joven cuya historia soporte una investigación?

Con su instinto maternal, la señora Clare había puesto el dedo en la llaga, atinando con la índole del pesar que traía a su hijo tan agitado e inquieto.

—Es completamente pura —replicó Ángel, sintiendo que aunque tal mentira le hubiera arrojado al infierno, la habría dicho igualmente.

—Siendo eso así, lo demás nada importa —dijo su madre—. Después de todo, lo más puro que hay en el mundo son estas campesinas limpias y honradas. Segura estoy de que con la mutua convivencia y cariño desaparecerá pronto cualquier extrañeza que al principio te produzcan sus modales, por haber recibido tú una educación más fina y esmerada.

El horrible sarcasmo de aquella ciega bondad maternal le hizo pensar a Ángel, como en segundo

término, que con su matrimonio había malogrado su porvenir, pensamiento que hasta entonces no se le había ocurrido, después de la amarga revelación.

Cierto que por él mismo le importaba muy poco el porvenir, pero había abrigado el propósito de granjearse una posición respetable, aunque no fuera más que por consideración a sus padres y sus hermanos.

Y al fijar ahora la vista en la débil llama de la vela parecía ésta darle a entender que le repugnaba alumbrar la faz de un incauto y un fracasado.

Luego que se hubo calmado un tanto su agitación, se sintió algo indignado contra su pobre mujer por haberle puesto en el trance de engañar a sus padres. De puro colérico hablaba a solas, como si ella estuviera allí delante. Y hasta parecía oír la sumisa voz de la muchacha, dolorida y modulada en un tono de justificación, y sentir que le rozaba la frente el contacto de sus aterciopelados labios y percibir casi en el aire el calor de su aliento.

Aquella noche, entretanto, la mujer que tales torturantes quejas inspiraba a su marido estaba pensando en lo bueno y magnánimo que éste era. Mas sobre ambos se cernía una sombra mucho más impenetrable y densa que la que en la oscuridad de su aposento envolvía a Ángel Clare y era la sombra de las limitaciones de éste. Con toda su pretendida independencia de juicio, aquel inteligente joven, producto ejemplar de los últimos veinticinco años, seguía siendo esclavo del hábito y los convencionalismos siempre que tropezaba con algo que formaba duro contraste con las enseñanzas que había recibido. Ningún profeta le había dicho, ni él era lo bastante profeta para decírselo a sí mismo, que aquella mujer suya era tan merecedora de los elogios del rey Lemuel como otra cualquiera, dotada de igual aversión al mal, y que no había de juzgarse su valor moral por sus actos, sino por sus inclinaciones y tendencias. Además, la criatura que está cerca padece en tales ocasiones porque nos muestra al desnudo sus flacos y defectos, en tanto que la distancia favorece a las figuras ajenas, convirtiendo sus manchas en artísticas virtudes. Al considerar Ángel lo que no era Tess, perdía de vista lo que era y olvidaba que a veces lo defectuoso puede valer más que lo perfecto.

XL

Durante el almuerzo la conversación versó acerca del Brasil, y todos se afanaron por ver con esperanza los planes de Ángel, a pesar de las desconsoladoras referencias que hacían de aquel país algunos labradores que, habiendo emigrado allá, tuvieron que volverse a su tierra antes de un año. Acabado el almuerzo marchó el joven a la ciudad con objeto de ventilar ciertos asuntos pendientes que en ella tenía y retirar del banco su dinero. A la vuelta se encontró con la señorita Mercy Chant, junto a la iglesia, de cuyos muros parecía formar parte. Llevaba la muchacha un puñado de biblias para su clase y tenía tal concepto de la vida, que lo que a otras les causaba pesar en el corazón a ella más bien le provocaba a alegre sonrisa —cosa envidiable, aunque en opinión de Ángel tal resultado era debido a un curioso y antinatural sacrificio del sentimiento de humanidad en aras del misticismo.

Se había enterado la joven de que Ángel estaba en vísperas de dejar Inglaterra, y le auguró éxito en sus proyectos.

—Sí, es una buena idea, desde el punto de vista material —replicó él—, sólo que viene a romper la continuidad de la existencia. Quizá fuera preferible un claustro.

—¿Un claustro? ¡Oh no, Ángel Clare!

—¿Por qué no?

—Pues, hombre perverso, porque el claustro significa un monje y un monje, catolicismo.

—¡Ah! Y el catolicismo es pecado, y el pecado trae consigo la condenación. Estás en una situación peligrosa[117].

—Yo estoy orgullosa de ser protestante —dijo ella severamente.

Entonces Ángel, lanzado por puro dolor a una de esas actitudes demoníacas en que el hombre menosprecia sus verdaderos principios, se acercó a la muchacha y diabólicamente le murmuró al oído las ideas más heterodoxas que se le ocurrieron. La carcajada que hubo de producirle la vista del aterrorizado semblante de la joven cesó, sin embargo, al notar que se mezclaba con el dolor y la inquietud que Mercy sentía por su propio destino en la otra vida.

—Querida Mercy —exclamó—, perdóneme. Creo que voy a volverme loco.

Ella pensó para sí que ya lo estaba, y de esta suerte concluyó la entrevista, volviendo él a casa de sus padres. Ángel había depositado en el banco local las joyas de Tess hasta que vinieran mejores días, ingresando allí también treinta libras, para que se las fueran entregando a la joven cuando las pidiera. Además, le escribió a casa de sus padres, en el valle de Blackmoor, informándola de todo. Aquella suma, unida a la que ya le había entregado personalmente, bastaría, a juicio del joven, para subvenir a sus necesidades, habiéndola autorizado además a recurrir a su propio padre si se veía en apuro.

Juzgó más conveniente no poner en relación directa a Tess y a sus padres y optó por no dar a estos últimos su dirección, que tampoco se la habían pedido por ignorar las causas de la separación de ambos cónyuges.

Consideró Ángel su último deber visitar la casa de Wellbridge donde pasara con Tess los tres

días siguientes al de su boda, a fin de pagar el modesto alquiler de la vivienda, entregar la llave de la misma y recoger algunos efectos que allí había dejado. Bajo aquel techo había sido donde desplegara sobre él sus lúgubres alas la sombra más negra de su vida. Y sin embargo, al abrir la puerta del salón y recorrerlo con su mirada, el primer recuerdo que hubo de asaltarle fue el de su feliz llegada, en una tarde semejante; la gozosa sensación de compartir una casa a solas con la mujer amada, la primera comida que hacían juntos, la dulce charla junto al fuego con las manos unidas.

Por estar en el campo el labrador y su mujer al llegar Clare, pudo éste permanecer algún tiempo a solas en aquellos aposentos. Henchido el pecho por imprevistos sentimientos, subió a la habitación de Tess, que nunca fuera la suya. El lecho estaba intacto, según ella lo dejara con sus propias manos la mañana de su partida. Aún colgaba el muérdago bajo el baldaquino, como él lo pusiera, aunque por llevar allí cuatro semanas tenía perdido el color y secas y marchitas las flores y las hojas. Lo arrancó Ángel y lo tiró a la chimenea. Al encontrarse allí por vez primera dudó de si habría procedido bien en aquella ocasión y todavía más dudó de la generosidad de su conducta. Pero ¿no le habían cegado cruelmente? En el desordenado tumulto de sus emociones se arrodilló junto al lecho, con los ojos húmedos:

—¡Oh Tess, si me lo hubieras dicho antes yo te hubiera perdonado! —murmuró dolido.

Se levantó al oír allá abajo ruido de pisadas y se dirigió al rellano de la escalera. En el arranque de la misma vio a una mujer, de pie, inmóvil; al alzar la mujer su cara pudo comprobar Ángel que era aquella pálida moza de ojos profundos que se llamaba Izz Huett.

—¡Señor Clare! —exclamó la joven—. He venido a ver a usted y a su señora para saber cómo seguían. Me figuraba que habrían de volver.

Aquélla era la muchacha cuyo secreto había él adivinado, aunque ella no hubiera adivinado aún el suyo; una ingenua muchacha que le quería, y que hubiera podido ser tan buena esposa para un labrador como Tess.

—He venido yo solo —le dijo Ángel—; no vivimos ya aquí. —Le explicó el objeto de su viaje y luego añadió—: Usted perdone, Izz, ¿pero va a la lechería?

—Ya no vivo allí —respondió aquélla.

—¿Pues cómo es eso?

Izz bajó los ojos.

—Porque se quedó aquello tan triste, que me marché. Ahora estoy por aquí. —Y señaló en dirección opuesta, que era la que Ángel seguía en su viaje.

—¿Y va usted allá ahora? Si es así puedo llevarla en coche un trecho.

Se encendió la pálida tez de la joven, adquiriendo un matiz más pronunciado.

—Gracias, señor Clare —contestó.

No tardó Ángel en hallar al labrador, ventilando sus cuentas con él debidamente. Al volver al sitio en que dejara su coche, Izz montó en el asiento a su lado.

—Me voy de Inglaterra —dijo Ángel cuando ya iban de camino—. Me marcho al Brasil.

—¿Y ese viaje, señor Clare, es a gusto de su esposa? —le preguntó la muchacha.

—Por ahora voy yo solo por un año o cosa así. Voy primero yo a estudiar, a ver cómo está allí la vida…

Caminaron velozmente hacia el este, haciendo un largo trecho sin que Izz dijera palabra.

—¿Cómo están las demás? —preguntó Ángel—. ¿Y Retty?

—La última vez que la vi tenía un ataque de fuerte excitación nerviosa, y está tan flaca y tiene las mejillas tan chupadas, que parece tísica. No habrá ya quien se enamore de ella —dijo Izz con aire distraído.

—¿Y Marian?

—Marian se ha dado a la bebida —dijo Izz bajando la voz.

—¡Es posible!

—Sí, el señor Crick la despidió.

—¿Y usted qué hace?

—Yo ni me doy a la bebida ni me consumo, sólo que ya no canto tan alegre como antes…

—¿Y cómo es eso? ¿Se acuerda de lo bien que le salía aquello de *Fue en los jardines de Cupido* y *Los pantalones del sastre*, durante el ordeño de la madrugada?

—Eso era a lo primero de llegar usted. Pero luego, cuando ya llevaba usted allí tiempo, no cantaba tanto…

—¿Y por qué le entró ese desánimo?

Los negros ojos de Izz centellearon un instante a modo de respuesta.

—¡Izz! ¡Qué tontuna!… ¡Por un hombre como yo! —exclamó Ángel, y se sumió después en hondas meditaciones—. De modo que supongamos que yo le hubiera pedido relaciones para casarnos.

—¡Le hubiera dado el sí con toda mi alma y usted se hubiera casado con una mujer que le quería de veras!

—¿Es cierto eso?

—¡Ya lo creo! ¡Con toda mi alma! —exclamó ella con vehemencia—. ¡Dios mío! ¡Cómo no lo habrá adivinado hasta ahora!

En aquel instante llegaban al arranque del sendero que conducía a un pueblo.

—Aquí tengo que apearme —dijo Izz rompiendo súbitamente el silencio que guardara desde su confesión—. Ése es mi pueblo.

Ángel refrenó el andar del caballo. Se sentía encolerizado contra su destino, amargamente sublevado contra las pragmáticas sociales, porque le habían acorralado en un rincón, para el cual no había salida legítima. ¿Por qué no vengarse de la sociedad, emancipando para el porvenir su existencia, en vez de besar, como fascinado, la palmeta pedagógica del convencionalismo?

—Me voy al Brasil solo, Izz —exclamó—. Me he separado de mi mujer por razones personales no pasajeras. Nunca he de volver a hacer vida con ella. Quizá no pueda amarte a ti nunca, pero ¿querrías venirte conmigo en vez de ella?

—¿Lo desea usted de verdad?

—Ya lo creo que sí. Hasta ahora me ha tratado la suerte con bastante crueldad para que no sienta el ansia de un lenitivo. Tú por lo menos me quieres desinteresadamente.

—Sí…, estoy dispuesta a irme con usted —dijo Izz después de una pausa.

—¡De veras! Pero ¿sabes tú bien lo que eso significa?

—Significa que hemos de vivir por allá los dos juntos algún tiempo. Con eso me doy por satisfecha…

—No soy quien para hablar ahora de moral, pero debo recordarte que la sociedad ha de mirarnos con malos ojos… La sociedad occidental, se entiende.

—¡Y a mí eso qué me importa! ¡Cuando está una a dos dedos de la muerte, como lo estoy yo! ¡Qué remedio queda!

—Pues entonces no te bajes del coche, sigue conmigo.

Recorrieron un kilómetro más allá del cruce del camino sin cambiar ninguna demostración de afecto.

—¿Me quieres mucho, Izz?

—¿No lo sabe ya? Desde que fue a la lechería por vez primera.

—¿Más que Tess?

Izz movió la cabeza en señal negativa.

—No —murmuró—, más que ella no.

—¿Y cómo es eso?

—Pues porque quererle más que ella es imposible. «¡Ella hubiera dado su vida por usted, y más que eso no podría hacer yo!».

Como el profeta en la cumbre de Peor[118], Izz Huett sintió tentaciones de difamar en aquel instante, mas se sobrepuso a todo la fascinación que en ella ejercía la delicada y noble condición de Tess.

Guardó silencio Ángel; su corazón se había conmovido al impulso de aquellas honradas palabras de origen tan inequívoco. Sentía en su garganta algo así como un sollozo solidificado. Sus oídos repetían: ¡Ella hubiera dado su vida por usted, y más que eso no podría hacer yo!

—Olvida lo que hemos hablado, Izz —dijo Ángel volviendo de repente el coche—. No supe lo que me decía. Te volveré a dejar a la entrada del camino de tu pueblo.

—Me está bien empleado por haberle dicho la verdad. ¡Cómo podré sufrir este golpe! ¡De dónde sacaré fuerzas!

Y la muchacha rompió en llanto desgarrador, golpeándose la frente, desesperada.

—¡No lamentes ese acto insignificante de justicia tributado a una ausente! Izz, no lo eches a perder ahora con remordimientos.

Se serenó ella un poco.

—Tiene razón. Yo tampoco sabía lo que me decía. Comprendo muy bien que entre nosotros no puede haber nada… Usted ya tiene su mujer…

—Es verdad… Una mujer que me quiere…

—Sí, que le quiere. ¡No se puede negar!

Llegados al cruce de los caminos por el que pasaran media hora antes, se apeó Izz.

—Izz, te ruego que olvides mi momentánea ligereza… —exclamó él—. ¡Fue un desatino!

—¡Olvidarla, jamás! Para mí no ha sido ligereza.

Comprendió Ángel cuan cumplidamente merecía el reproche que entrañaba aquella amarga exclamación, y con angustia indescriptible saltó del coche y le cogió la mano a la muchacha.

—Bueno, pero de todos modos, Izz, debemos separarnos como buenos amigos. ¡No sabes cuánto he tenido que sufrir!

Era aquélla una buena muchacha y no volvió a dirigirle al joven ninguna recriminación que hubiera amargado la despedida.

—¡Le perdono! —dijo.

—Ahora, Izz —dijo él, de pie a su lado, asumiendo un papel de mentor que estaba muy lejos de sentir—, quiero que le digas a Marian cuando la veas cuánto vale ser una mujer honrada y cuánto importa no entregarse a ciegos y locos desvaríos. Prométélo y prométeme decirle también a Retty que hay por el mundo hombres que valen mucho más que yo y que si quiere darme gusto que proceda en todo digna y correctamente; no olvides estas palabras. Este mensaje mío deben recibirlo como el de un moribundo, ya que no han de volver a verme más. Tú, Izz, con esa noble declaración que me hiciste respecto a mi mujer, me has salvado de incurrir en traición para con ella. Serán muy malas las mujeres, pero lo que es en estas cosas no son tan malas como los hombres. ¡Nunca podré olvidar tu noble comportamiento! Sé siempre tan sincera y buena como hasta aquí y acuérdate de mí como de un amante indigno, pero también como de un amigo leal. ¡Prométemelo!

Ella se lo prometió solemnemente.

—¡Que Dios le bendiga y le guarde, señor! ¡Adiós!

Siguió él su camino, pero no Izz; no bien lo hubo perdido de vista se dejó caer en el suelo, presa de angustia infinita, y ya muy avanzada la noche entró en su casa con el semblante profundamente demudado. Nadie pudo saber nunca en qué empleara las horas que mediaron entre su despedida de Ángel y la llegada a su casa.

También Ángel, después de separarse de la muchacha, se sintió acometido de crueles pensamientos que le hacían temblar los labios. Pero la causa de su dolor no era Izz. Aquella tarde estuvo a punto de desistir de su itinerario con dirección a la próxima estación ferroviaria, para cruzar la elevada columna vertebral del Wessex que le separaba del hogar de Tess. Y si no llegó a hacerlo no fue ciertamente por desprecio a la condición de su mujer ni al presumible estado de su corazón.

No, lo hizo por la clara conciencia de que, a despecho del amor que ella le tenía, corroborado por la sincera declaración de Izz, no habían cambiado lo más mínimo las circunstancias. Y el impulso que le lanzara a aquella determinación persistía en él, manteniéndole en el rumbo emprendido, a menos que viniera a desviarle de él una fuerza más eficaz e ineludible que la que aquella tarde le atacara. Aquella noche tomó el tren que le llevaría a Londres, y cinco días después estrechaba las manos a sus hermanos, que habían ido a despedirle al puerto de embarque.

XLI

Desde los precedentes acontecimientos del invierno volemos ahora a un día de octubre, distanciado en más de ocho meses de aquél en que se separaron Ángel y Tess. Esta última se encuentra ahora rodeada de circunstancias ajenas a su condición. En vez de ir acompañada de copioso equipaje de bolsas y maletas, como otras mujeres casadas, la vemos cargada únicamente de un cesto y un paquete, como en sus tiempos de soltera, y en vez de los holgados medios de que su marido la proveyera para aquella etapa de prueba, sólo puede mostrarnos un bolso casi vacío.

Después de abandonar Marlott, es decir, su casa, pasó la primavera y el verano sin desplegar grandes esfuerzos materiales, por haber invertido el tiempo en varias e irregulares faenas en una lechería inmediata a Port-Bredy, al oeste del valle de Blackmoor, distante por igual de su pueblo y de Talbothays. Prefirió aquello a vivir a expensas de su marido; vivía en casi absoluta inercia mental, estado que lejos de dificultarle facilitaba sus tareas mecánicas. Sus pensamientos volaban a la otra lechería, hacia la otra estación del año, sintiéndose la joven en presencia del rendido galán que allí la cortejara: de aquél que no bien ella lograra conquistarle se había desvanecido cual imaginaria visión.

El trabajo de la lechería sólo duró hasta que empezó a disminuir la leche, pues no había conseguido una ocupación regular y continua como en Talbothays, sino simplemente una plaza de temporera. Pero hallándose a punto de recomenzar la recolección, le bastó pasar de la pradera a los trigales para encontrar ocupación sobrada, que podía durar hasta rematada la cosecha.

De las veinticinco libras que del dinero de Ángel le quedaban, descontadas las veinticinco que entregara a sus padres para compensarles de los gastos y molestias que les causara, no había gastado apenas nada. Pero luego sobrevino un desdichado intervalo de lluvias, durante el cual se vio obligada a echar mano de sus ahorros.

Mucho le dolía ver cómo se le iban marchando. Ángel había puesto en sus manos aquellas monedas nuevas y flamantes, y el hecho de haberlas tocado él se las hacía sagradas como reliquias del ausente; parecían haber compartido hasta ahora sus vicisitudes, y desparramarlas era lo mismo que privarse de preciados recuerdos. Sólo que no tuvo más remedio que desprenderse de ellas, y una a una se le fueron yendo.

Se había visto obligada a tener a su madre al corriente de todas sus andanzas, aunque ocultándole siempre las verdaderas circunstancias en que se hallaba. Cuando ya casi se le había acabado el dinero, recibió carta de su madre. Le participaba Joan que atravesaba a la sazón una crisis difícil; las lluvias del otoño habían calado la techumbre de bálago, que era menester renovar por completo, lo que no podían hacer por no haber pagado todavía el importe de la última reparación que hicieran.

Era también indispensable remudar las vigas y arreglar el techo del piso alto, lo cual, sumado a lo anterior, representaba una cantidad de veinte libras. Y como su marido era hombre de recursos, y ya estaría seguramente de regreso, esperaban que ella podría enviarles la cantidad que necesitaban.

Recibió, por entonces, Tess las treinta libras que Ángel depositara a su nombre en el banco, y

visto lo apurado del trance, envió a su madre las veinte libras que le pedía. Parte del resto tuvo que gastarlo en equiparse de ropa de invierno, dejando en reserva una insignificante suma para hacer frente con ella a la inclemente estación que se avecinaba. Para cuando se le acabase la última libra todavía contaba con un recurso supremo, basado en la autorización que Ángel le concediera para recurrir a su padre caso de verse apurada.

Pero cuanto más meditaba Tess acerca de este paso, mayor aversión le inspiraba. La misma delicadeza, orgullo, falsa vergüenza o como quiera llamarse, que habían sido causa de que Tess les ocultara a sus padres que seguía separada de su esposo, le impedían revelar a los padres de aquél que ya se le habían acabado los holgados recursos que Ángel le dejara al partir. Segura de que debían ya sentir por ella cierto desprecio, pensaba que la despreciarían más todavía cuando vieran que acudía a ellos en actitud mendicante. Y a consecuencia de estas reflexiones formó la firme resolución de no darles a conocer la apurada situación en que se encontraba.

Su repugnancia a ponerse en comunicación con sus suegros pensaba ella que se le iría atenuando con el tiempo; no así por lo que se refería a volver a su casa paterna. Al salir de allí la última vez, después de su breve estancia, a raíz de su boda, quedaron sus padres muy convencidos de que no tardaría en reunirse de nuevo con su esposo, y desde entonces no había hecho Tess tampoco nada para darles a entender otra cosa, ya que esperaba, contra toda esperanza, que su viaje al Brasil sólo había de ser una breve ausencia, tras la cual vendría a buscarla o le escribiría, llamándola a su lado; de suerte que no tardarían en presentarse los dos unidos ante sus familias y ante el mundo. Todavía abrigaba esta ilusión. Y dar a conocer a sus padres su verdadera situación de esposa abandonada, atenida a los recursos de sus propios brazos, después del relumbrón de un matrimonio llamado a borrar la mancha de su primer desliz, era una empresa superior a sus fuerzas.

Hubo de pensar entonces Tess en las joyas. Ignoraba dónde las dejara Ángel depositadas, aunque después de todo nada le importaba tampoco, ya que sólo las poseía en usufructo. Y aunque en verdad le pertenecían, le parecía mezquino apoderarse de ellas alegando un título de propiedad que no era realmente suyo.

A todo esto no era nada fácil la situación por la que atravesaba Ángel. A la sazón estaba enfermo de fiebres en las arcillosas tierras brasileñas de Curitiba, después de haber corrido innumerables aventuras y sufrido penalidades sin cuento, junto a los demás agricultores y braceros ingleses que allí emigraban engañados por las promesas del gobierno brasileño y por la infundada convicción de que, habiendo resistido las inclemencias propias del país natal, también podrían soportar las que les aguardaban en las llanuras brasileñas.

Pero volvamos a Tess. Le ocurrió a ésta que después de gastar el último céntimo se vio en la imposibilidad de procurarse con su trabajo nuevos recursos. Ignorando la escasez de habilidad, energía, salud y capacidad de trabajo que suele darse en todas las esferas de la vida, se abstuvo de buscar una de esas ocupaciones que se ejercen bajo techado; temerosa de las ciudades, de las casas grandes y las personas mezquinas maleadas por el trato social, ajenas a las costumbres de los campos en que se criara, no se atrevía a dar un paso. De esa dirección de lo gentil había llegado el negro cuidado[119]. Era posible que la sociedad no fuera tan mala como ella se figuraba en su poca experiencia, pero no estaba segura de que así fuera, y su instinto le aconsejaba que, por si acaso, se

mantuviera alejada a prudente distancia de ella.

Las modestas lecherías del oeste, además de la de Port-Bredy, donde estuviera de supernumeraria durante la primavera y el verano, no ofrecían ya ocupación. Quizá le hubieran dado trabajo en Talbothays, aunque sólo hubiera sido por lástima, pero Tess no quería volver por allá, donde tan feliz había sido. El contraste con su situación actual habría de serle intolerable, y además, su retorno podría implicar un reproche para su idolatrado esposo. No hubiera podido sufrir la compasión de aquella gente ni lo que seguramente hubieran hablado por lo bajo, comentando su extraña situación; aunque aisladamente a cada uno ella no hubiera tenido reparo en contarle su historia, se resistía a la idea de que se hiciese pública. Lo que soliviantaba su sensibilidad eran los comentarios de la gente. No acertaba Tess a explicarse la razón de ese distingo, pero lo cierto era que lo sentía así.

En el momento en que volvemos a hallarla se encamina a una tierra de labor de la montaña en el centro del condado, donde iba recomendada por una carta de Marian. Ésta, no sabemos cómo, aunque probablemente por conducto de Izz Huett, había sabido que Tess estaba separada de su marido, y la pobre muchacha, que era muy buena, por más que ahora se hubiera dado a la bebida, pensando que su amiga había de andar apuradilla, se apresuró a escribirle diciéndole que, al salirse de la lechería, había ido a trabajar a cierto lugar de la montaña, y que le gustaría verla por allí, donde hacían falta manos, si era cierto, como decían, que había vuelto a ponerse a trabajar.

Con el acortamiento de los días empezó a perder Tess toda esperanza de obtener el perdón de su marido y había algo de huraño y feroz en el irreflexivo instinto con que ahora caminaba a la ventura, desprendiéndose poco a poco de su accidentado pasado, despreocupándose de todo accidente o contingencia que pudiera facilitar el descubrimiento de su paradero, aunque fuera esto importante para su propia felicidad, ya que no para la de los demás.

De los apuros por los que pasaba no era el menor la atención y curiosidad que despertaba su aspecto, por el aire de distinción que se le había pegado de Clare, unido a sus otros atractivos. Mientras estuvieron presentables los trajes hechos para la boda no le hizo sufrir tal curiosidad de la gente, pero luego que se vio obligada a ponerse sus ropas de lugareña, hubo de oír más de una vez palabras inconvenientes, aunque, a decir verdad, no le ocurrió nada que pudiera causarle temor hasta cierta tarde de noviembre.

Hubiera preferido Tess trabajar en la orilla occidental del río Brit a hacerlo en la granja montañesa adonde se dirigía, por la sencilla razón de hallarse más próxima a la casa de sus suegros y poder rondar de incógnito aquellos alrededores, acariciando la idea de que algún día podía decidirse a ver al pastor. Pero una vez resuelta a probar fortuna en las tierras altas y secas se apresuró hacia el este, caminando a pie con rumbo a la aldea de Chalk-Newton, donde se proponía pernoctar.

Era larga y llana la senda, y debido a la brevedad de los días la sorprendió en ella la noche. Había llegado a lo alto de una cuesta a cuyos pies se extendía la vereda serpenteando hasta perderse de vista en fugaces revueltas, cuando oyó tras de sí el ruido de unos pasos y a los pocos momentos le dio alcance un hombre que, poniéndose a su lado, le dijo:

—Buenas noches, guapa moza —a lo cual respondió ella cortésmente.

La poca luz que todavía quedaba del día le iluminó el rostro, aunque ya el paisaje estaba casi a

oscuras. Se volvió el hombre y se la quedó mirando fijamente:

—Caramba, no hay duda, usted es la criadita que estuvo en Trantridge… ¿No es usted la amiga del señor d'Urberville? Yo vivía cerca de allí por aquel entonces, aunque después me marché a otro lugar.

Reconoció Tess en aquel hombre al patán acomodado a quien Ángel abofeteara en la fonda por haberla ofendido. Corrió por todo su ser un espasmo de angustia y no le dio respuesta alguna.

—Confiéselo usted honradamente y reconozca que lo que yo dije en la ciudad era cierto, aunque a su novio le sentara mal, ¿verdad que sí, briboncilla? Debería usted pedirme perdón por la bofetada que me dio su novio…

No le contestó tampoco Tess. Su atemorizado espíritu vislumbró una sola probabilidad de escape. Echó a correr con la celeridad del viento, y sin volver la cabeza siguió corriendo vertiginosamente hasta llegar a una verja que daba acceso a una arboleda. Se metió por allí y no paró hasta encontrarse lo bastante internada en la espesura como para no temer que la descubrieran.

Pisaban sus pies las hojas secas, y el follaje de algunos acebos que crecían entre los añosos árboles era lo bastante denso para protegerla. Acumuló gran cantidad de hojarasca y haciendo luego en ella una suerte de nido, se acomodó en su interior. Se durmió después con un sueño intranquilo; creía oír ruidos extraños, que luego tuvo ocasión de comprobar eran causados por la brisa. Pensó en su marido, que debía de hallarse al otro lado del mundo, en un clima cálido, mientras que ella se hallaba expuesta al frío. «¿Habrá en el mundo entero una criatura más desgraciada que yo?», se preguntaba Tess, y pensando en lo fracasado de su vida dijo: «Todo es vanidad[120]», repitiendo luego maquinalmente esas palabras hasta que hubo de reflexionar y ver que aquél era un pensamiento impropio de los tiempos modernos. Salomón había pensado aquello dos mil años atrás; y ella, aunque no figuraba en las filas de los pensadores, había ido mucho más allá. Si fuera todo vanidad, ¿qué importaría nada? Pero todo era peor que vanidad: injusticia, penalidades, abusos y muertes. La mujer de Ángel Clare se pasó la mano por la frente, palpó su curva y los bordes de las órbitas perceptibles bajo la suave piel y pensó que día llegaría en que aquel hueso estaría pelado. «¿Por qué no será ya?», pensó.

Asaltada de tan lúgubres meditaciones, oyó un extraño chasquido entre las hojas. Quizá fuera el viento, pero apenas si se movía el aire. A veces el rumor, que se repetía, semejaba un alentar afanoso, otras un aleteo, y en ocasiones se percibía como un estertor o gorgoteo angustioso. Pero no tardó Tess en cerciorarse de que tales ruidos los emitían algunos animales, afirmándose en esa presunción al observar que procedían del ramaje e iban seguidos de la caída de cuerpos pesados. De haberse encontrado en situación más agradable se hubiera alarmado, pero, excepto a la humanidad, no temía ahora a nada.

Por fin amaneció allá en el cielo. Y luego que se hizo día en toda la amplitud de aquellos alrededores, penetró la luz en la espesura.

No bien hubo cobrado fuerzas la prosaica claridad de las horas laborables, se salió Tess de su hojoso montículo y miró a su alrededor con temeridad. Entonces pudo ver con toda evidencia la causa de su inquietud durante la noche. Era aquél el punto culminante de la arboleda en que penetrara, el lugar en que terminaba el bosque, rodeado luego de terrenos de labrantío. Bajo los

árboles se veían tendidos varios faisanes, con el fino plumaje salpicado de sangre, muertos los unos, aleteando difícilmente otros, retorciéndose, estirándose todos en palpitante agonía, con excepción de aquellos otros más venturosos cuyas torturas terminaran ya durante la noche, por haber apurado el dolor todas las energías de la vida.

Al punto comprendió Tess el significado de todo aquello. Las pobres aves se habían refugiado allí el día anterior huyendo de una partida de caza; y mientras a los unos, muertos a tiros antes del anochecer, se los habían llevado, estos otros habían tenido tiempo de refugiarse entre el ramaje de los árboles, malheridos como estaban, cayéndose luego de allí al suelo, a medida que se les habían ido acabando las fuerzas.

Había visto alguna vez en su infancia a esos hombres, extrañamente vestidos, mirando por encima de los setos, escudriñando el secreto de la maleza y apuntando sus carabinas con ojos sedientos de sangre. Sabía Tess que, aunque parecieran en tales ocasiones rudos y brutales, no eran así todo el año, sino que se comportaban por lo general como personas civilizadas, salvo unas temporadas del otoño y el invierno en que, como los habitantes de la península malaya, se lanzaban como ciegos, animados del propósito de destruir la vida de unos inofensivos seres —alados en este caso y criados artificialmente al único objeto de que pudieran satisfacer esas sus inclinaciones—, guiados de unos sentimientos despiadados y nada caballerescos para con sus más débiles hermanos en la gran familia de la naturaleza.

Obedeciendo al impulso de un alma capaz de dolerse por sus hermanos de especie tanto como por ella misma, el primer pensamiento de Tess fue poner término a los tormentos de las aves que aún estaban con vida, y a este objeto retorció el pescuezo a cuantas pudo encontrar por allí, dejándolas tendidas en el suelo para que cuando los cazadores volvieran —lo que probablemente harían— las encontraran en aquel lugar.

«¡Pobres seres!… ¡Y pensar que me creía yo la criatura más desgraciada de la tierra teniendo ante mi vista vuestra mísera suerte!», reflexionaba Tess mientras los remataba, vertiendo copiosas lágrimas de compasión. «¡Sin haber sufrido yo ni una sola punzada de dolor material, ni perdido ningún miembro, ni vertido mi sangre, y teniendo como tengo dos manos para buscarme el sustento y vestirme!». Y Tess se avergonzó de sí misma por su abatimiento de la noche anterior, fundado en algo tan intangible y vago como la sensación de verse condenada por una ley arbitraria de la sociedad desprovista de toda base natural.

XLII

Ya entrado el día, se puso Tess nuevamente en camino y cautelosamente salió a la carretera. Resultaba innecesaria tal cautela, porque no se divisaba por allí alma viva, y ella siguió camino adelante, animosa, confortada por el recuerdo del mudo padecer de las aves durante aquella noche de agonía, que le había hecho pensar en lo relativo de sus dolores, haciéndole ver la tolerable naturaleza de los mismos, para vencer los cuales bastaba con despreciar la opinión pública. Sólo que esto no podía hacerlo mientras no contase con la salvaguardia de Clare.

Llegó a Chalk-Newton y almorzó en una venta donde había algunos jóvenes que hicieron observaciones lisonjeras sobre su buen parecer. De algún modo eso la hizo sentir bien, pues pensó que acaso su marido volviera a decirle cosas semejantes. A pesar de lo cual hizo por mantener a raya a aquellos circunstanciales adoradores y a los que pudieran presentarse en lo sucesivo. A este fin resolvió Tess suprimir de una vez los peligros que pudiera acarrearle su aspecto. Tan pronto como salió del pueblo se internó en una espesura y sacó de su cesta uno de los trajes de lugareña más viejos, que ni siquiera había llegado a ponerse en la lechería y que databa de cuando estuvo trabajando la tierra en Marlott. Tuvo además la feliz ocurrencia de sacar un pañuelo y atárselo a la cabeza, por debajo de la capota, cubriéndose con él la barbilla, las sienes y buena parte de la cara, como si le dolieran las muelas. Luego, con sus tijeritas, y mirándose en un espejito de bolsillo, se recortó sin piedad las cejas, y asegurada así contra toda admiración agresiva, reanudó la joven su accidentado camino.

—¡Vaya una momia de muchacha! —le dijo el primer hombre con quien se tropezó en el camino a otro que le acompañaba.

A los ojos de Tess, compadecida de sí misma, afluyeron las lágrimas.

«Pero ¡qué importa!», se dijo al punto. «Yo ahora quiero parecer fea, porque no está aquí Ángel y no tengo a nadie que mire por mí. ¡El que es mi marido me dejó y ya no me quiere, pero yo le sigo queriendo a él y aborrezco a todos los demás hombres, y no deseo otra cosa sino que me miren con malos ojos!».

Y así prosiguió su jornada. Su figura resultaba muy a tono con el paisaje; era una campesina legítima en traje de invierno; esclavina gris de sarga, bufanda de lana roja, falda burda y guantes de cuero. Cada filamento de aquel traje tan viejo había sufrido el chorrear de cien lluvias y estaba además requemado del sol y desgarrado por la furia de los vientos. Ya no se advertía en Tess indicio alguno de apasionada juventud.

Tiene la doncella la boquita fría.

....

Paños y más paños
le envuelven la cabeza[121].

Bajo aquella apariencia que a la vista parecía la de una cosa apenas animada de sensibilidad, casi inorgánica, yacía la historia de una vida palpitante que, para sus pocos años, conocía harto bien la fragilidad de todo lo humano, la crueldad de la lascivia y la vanidad del amor.

Al día siguiente empeoró el tiempo, pero Tess siguió adelante, sin arredrarse ante las demostraciones de compasión, indiferencia u hostilidad que hallaba en su camino. Siendo su anhelo encontrar trabajo y albergue para el invierno, no tenía tiempo que perder. Tenía tan amarga experiencia de las colocaciones transitorias, que había resuelto no aceptar ninguna.

Así fue pasando de granja en granja, en dirección al sitio adonde la encaminara Marian, con la intención de solicitar allí trabajo en última instancia, pues no eran nada tentadoras las duras condiciones que al parecer regían en aquel lugar. Solicitó a lo primero las ocupaciones más llevaderas, y perdida la esperanza de hallar acomodo, fue luego resignándose a la fatalidad y pretendiendo otras más penosas, de suerte que empezando por ofrecerse para las faenas de lechería y cría de aves, que eran las que más le agradaban, acabó por brindarse para aquellas otras que menos le placían: las labores del campo, trabajo tan rudo que jamás hubiera hecho de buena gana.

La segunda tarde de su caminata se encontró Tess en una accidentada meseta cretácea, muy abultada por protuberancias hemisféricas, cual si una Cibeles de múltiples mamas se hubiera tendido allí en posición supina[122], que se extendía entre su valle nativo y el valle de sus amores.

Soplaba un aire seco y frío, y los caminos rodados, oreados por el fuerte viento, se ponían blancos de polvo a las pocas horas de haber llovido. Por allí había pocos árboles, o más bien ninguno, pues los que hubieran podido desarrollarse en los setos los descuajaban los terratenientes, enemigos naturales de árboles, arbustos y malezas. A no muy larga distancia se divisaban las alturas de Bulbarrow y Nettlecombe Tout, y a Tess le pareció que la saludaban afectuosamente. Parecían hundidas y modestas desde aquella eminente meseta, aunque al verlas en su infancia desde el otro lado de Blackmoor, las comparara con gigantescos castillos recortados sobre el cielo. Hacia el sur, a muchos kilómetros y más allá de las cumbres y cordilleras de la costa, pudo columbrar Tess una extensión lisa como de bruñido acero y que era una zona del Canal de la Mancha, inmediata a tierra francesa.

Frente a ella, en una leve hondonada, se veían los vestigios de un pueblo. Aquél era, en efecto, Flintcomb-Ash, el lugar donde vivía Marian. No había más remedio; estaba fatalmente condenada a ir a parar allí. El duro suelo que la rodeaba mostraba harto claro que el trabajo había de ser allí de los más rudos y penosos; mas Tess se consolaba pensando que por lo pronto podría descansar y continuar luego buscando un trabajo más llevadero, tanto más cuanto que ya empezaba a llover. A la entrada del pueblo había una casucha de alero muy saliente, y Tess, antes de ponerse a buscar alojamiento, se guareció allí y vio llegar la noche.

«¡Cualquiera diría que soy la mujer de Ángel Clare!», pensó.

La pared despedía un calor que le daba a ella en la espalda, dejándole adivinar que al otro lado estaba el hogar de la casa, y Tess se calentó en el muro las manos, arrimando también a él la cara, húmeda y enrojecida por la intemperie. Aquella pared parecía ser el único amigo que le quedaba en este mundo. Se encontraba allí tan a su gusto que de buena gana no se hubiera movido de aquel sitio en toda la noche.

Oía el eco de las voces de los moradores de la vivienda, congregados apaciblemente en torno a la mesa, tras la ruda jornada, llegando a percibir el chocar de los platos en que estaban comiendo. Pero por aquella calle no pasaba un alma. Durante largo tiempo permaneció en absoluta soledad hasta que al cabo vio llegar un bulto de mujer que, a pesar del frío de la noche, llevaba traje de entretiempo y sombrero de alas, propio del verano. Instintivamente presumió que sería Marian, y cuando la tuvo bastante cerca para poder verla bien en la penumbra, comprobó que era ella. Marian estaba más gorda y rubicunda que antes, notándosele mayor descuido y desaliño en el vestir. En cualquier otro período de su vida le hubiera disgustado a Tess que Marian la viera así; pero en aquella soledad en que se hallaba, se apresuró a contestar a su saludo.

Marian estuvo muy discreta en sus preguntas, pareciendo conmoverse mucho al verla en tan lastimoso estado, aunque ya le habían llegado rumores de que se había separado de su marido.

—¡Tess…, señora Clare! ¡Tan mal te encuentras, mujer! ¿Por qué tienes la cara tan entrapajada? ¿Te ha pegado alguien? ¿Supongo no habrá sido *él*?

—¡No, no, no! Lo hice solamente para que nadie se metiera conmigo, Marian.

Y se arrancó indignada un vendaje que podía sugerir tan crueles pensamientos.

—¿No llevas cuello?

Tess acostumbraba a ponerse en la lechería un cuello blanco.

—No, Marian.

—¿Lo perdiste en el camino?

—No. Sino que ya no me importa parecer bien o mal y he dejado de ponérmelo.

—¿Y no llevas tampoco el anillo de boda?

—Sí que lo llevo, pero por dentro, atado de un cordoncito al cuello. No quiero que la gente sepa siquiera que estoy casada mientras llevo esta vida.

Guardó silencio Marian.

—¡Y, sin embargo, eres la esposa de un caballero! ¡Es natural que no parezca bien que vivas de este modo!

—Nadie, después de todo, tiene de ello la culpa, aunque soy muy desgraciada.

—Pero ¿cómo puedes serlo habiéndote casado con él?…

—Las mujeres casadas somos desgraciadas a veces, no por culpa de nuestros maridos, sino de nosotras mismas.

—Lo que es tú, Tess, estoy segura de que eres inocente. Y él tampoco puede haber hecho nada malo. Sin duda se trata de algo extraño a vosotros.

—Marian, te agradecería no me hicieras pregunta alguna. Mi marido se fue al extranjero y a mí se me han acabado los recursos, por lo cual he tenido que volver al trabajo. No me llames señora Clare nunca, sino Tess simplemente. ¿No habrá aquí trabajo para mí?

—De sobra, mujer; aquí admiten a todo el que se presenta, porque son pocos los que quieren venir. Esto es un yermo. No hay más que cereales y nabos. Y, francamente, me da lástima que venga a cargar con este trabajo, aun siendo el mío, una criatura como tú.

—Pero ¿por qué dejaste la lechería?

—No tuve más remedio que marcharme de allí desde que me di a la bebida. ¡Qué iba a hacerle!

¡Es el único consuelo que me queda! Si te colocas aquí te pondrán a pelar nabos, que es lo que hago yo; pero a ti temo ahora que no va a convenirte.

—A mí me da todo igual, ¿puedes tú recomendarme?

—Mejor será que te presentes tú sola.

—Bueno, Marian. Ahora fíjate bien. Si me coloco no digas a nadie una palabra de mi historia. No quiero que el nombre de él ruede por el fango.

Marian, que era verdaderamente una buena muchacha, aunque más basta que su amiga, prometió a ésta hacer lo que le pedía.

—Ésta es noche de paga —dijo—, y si vinieras ahora mismo conmigo saldrías de dudas. Me duele en el alma que no seas feliz, pero ya veo que la culpa de todo la tiene el no estar él aquí… Que si estuviera, serías feliz, aunque no te diera dinero y te tratara con la punta del pie.

—¡Es verdad que lo sería!

Echaron a andar juntas y no tardaron en llegar a la granja, que parecía casi sublime en su desolación. No se veía un árbol en cuanto alcanzaba la vista, ni un palmo de verdor; sólo barbechos y nabares por todas partes, en grandes parcelas separadas por descuidados setos.

Aguardó Tess a la puerta de la casa hasta que hubieron cobrado los trabajadores todos. Luego la presentó Marian. Por lo visto no estaba en casa el amo, pero su mujer, que aquella noche hacía sus veces, no tuvo inconveniente en admitirla, con la condición de que había de estar allí hasta la Anunciación. No había entonces gran oferta de mujeres para las faenas del campo, y como cobraban menos que los hombres, resultaban muy convenientes para reemplazarlos en aquellas labores que podían hacer tan bien como ellos.

Firmado el contrato, sólo le faltaba a Tess buscar alojamiento, y lo encontró en la misma casa en cuya pared se había calentado. Humilde era la vida que le aguardaba, pero cuando menos ya tenía cobijo para el invierno.

Aquella noche misma escribió a sus padres dándoles sus señas por si llegaba carta de su marido, aunque por respeto a éste les ocultó su mísera situación.

XLIII

No había exagerado Marian al describir Flintcomb-Ash como un lugar miserable. Lo único que allí había un poco lozano era la propia Marian, y no era de esas tierras. De las tres categorías de aldeas: la aldea atendida por el señor, la aldea atendida por sí misma y la aldea no atendida por nadie (en otras palabras, la aldea del terrateniente que reside en ella, la aldea libre o en régimen de arrendamiento y la aldea del propietario absentista), Flintcomb-Ash pertenecía a la tercera.

Tess se puso a trabajar con ahínco. La paciencia, ese compuesto de valor moral y timidez física, era todavía rasgo preeminente de su carácter y bastaba para sostenerla en sus vicisitudes.

El nabar en que ella y su amiga se ocupaban era una extensión de terreno de unas cuarenta hectáreas, bajo una linde, sita en lo más alto del predio, sobresaliendo entre lajas y cantos, producto de los filones cuarzosos engastados en la formación cretácea, compuestos de miríadas de sueltos pedernales de formas mamelonares, colmilludas y fálicas. Arrasada por el ganado la parte alta de los nabos, competía a ambas muchachas desarraigar con un almocafre la parte de la raíz que también servía de pasto al ganado. Quitándole el follaje de la planta, ofrecía el campo un desolado tono parduzco. Semejaba una cara sin facciones. El cielo ostentaba, con otro color, la misma apariencia de un semblante en el que las facciones se han borrado, y aquellas dos caras, la una arriba y la otra abajo, estaban mirándose todo el día, sin que hubiera entre ambas otra cosa que las dos muchachas, arrastrándose como moscas por la superficie de la cara inferior.

Nadie se les acercaba y sus movimientos eran de automática regularidad; vestían largos ropones, pardos mandiles con mangas atados por abajo para que no se les volaran las faldas con el viento; unas faldas cortas que les llegaban apenas al tobillo, dejando ver sus altas botas; llevaban además guantes amarillos de piel, reforzados con guanteletes. El aire pensativo que prestaba a sus inclinadas cabezas la capucha del ropón les daba cierta semejanza con una pintura de primitivo italiano de las dos Marías.

Trabajaban hora tras hora, ajenas al desolado aspecto que asumían en el paisaje, sin pensar en la justicia o injusticia de su suerte. Y hasta en aquella triste situación tenían tiempo para soñar.

Aquella tarde volvió a llover y Marian dijo que no tenían obligación de trabajar, pero como si no trabajaban no cobraban, siguieron trabajando. Tan alto estaba aquel trozo de campo que la lluvia no les caía verdaderamente en sentido vertical, sino que corría horizontalmente, impelida por el viento gemebundo, azotándolas como con astillas de vidrio hasta calarlas por completo. Hasta entonces no había sabido Tess lo que era calarse, pues lo que se llama mojarse en términos corrientes era muy poca cosa, mientras que trabajar casi sin moverse en el campo y sentirse empapar en lluvia primero las piernas y los hombros, luego las caderas y la cabeza, y por último la espalda, la frente y los costados hasta que falta la luz, exige un grado especial de estoicismo y puede decirse que de valor.

Pero no sentían la humedad tanto como pudiera suponerse. Eran jóvenes y hablaban de aquel tiempo que vivieron juntas en la lechería de Talbothays, aquel dichoso pedazo de tierra verde, donde el verano era tan pródigo para todos, y además tan lleno de emociones para ellas. Tess hubiera

deseado no hablar con Marian del hombre que era su marido de derecho, sino de hecho; mas la venció la irresistible fascinación del tema. Y así, aunque las empapadas capuchas se les pegaban a la cara y los pesados ropones colgaban fatigosamente de sus cuerpos, pasaron toda la tarde entretenidas en evocar los recuerdos de aquel verde, soleado y romántico Talbothays.

—Cuando hace bueno —dijo Marian— se ve desde aquí el viso de un monte a pocos kilómetros del valle de Froom.

—¡Ah! ¿Lo distingues tú? —dijo Tess, concibiendo nuevo interés por el sitio en que se hallaban.

De esta suerte luchaban aquí como en todas partes el innato anhelo de goces con la fatal oposición de las circunstancias. Marian tenía un medio de ayudar a su fantasía, que consistía en sacar del bolsillo, a la caída de la tarde, una botella como de medio litro de cabida, taponada con un trapo blanco, de la que invitó a beber a Tess. Pero ésta tenía de sobra con su soñadora imaginación para remontarse a la cumbre de lo sublime, y así, se limitó a probar la bebida, de la que Marian se echó un buen trago.

—Me he acostumbrado ya —dijo— y no puedo dejarlo. Es mi único consuelo… Tú puedes pasarte sin esto, porque le tienes a él, mientras que yo lo he perdido.

Recapacitó Tess en que tan perdido lo tenía ella como Marian, pero conservó la dignidad que le imponía el hecho de ser su esposa, aunque sólo de nombre, y no hizo ningún reparo a la distinción marcada por su amiga.

En aquel escenario trabajaban en las mañanas llenas de escarcha y las lluviosas tardes. Cuando no descuajaban raíces, las desbrozaban limpiándolas de tierra y de hierbajos con un escardillo antes de almacenarlas para su uso ulterior. En aquella faena podían guarecerse, si llovía, bajo un tejadillo cubierto de zarzos; pero cuando helaba, ni sus tupidos guantes de cuero podían impedir que las rígidas pulpas que manejaban les hiriesen los dedos. Tess seguía esperando. Abrigaba la convicción de que más tarde o más temprano, Ángel, que era tan bueno, a pesar de todo, vendría en su busca.

Marian, propensa a la broma, se divertía con chocarreras alusiones a la caprichosa forma de los mencionados pedernales, prorrumpiendo en ruidosas carcajadas, que no hacían reír a Tess por no comprender ésta el sentido de aquellas malicias. Miraban con frecuencia hacia el lado donde sabían que estaba el valle del Froom, aunque no pudieran divisarlo. Y fijando sus ojos en la grisácea bruma añoraban los tiempos que en él habían pasado.

—¡Ah! —exclamó en cierta ocasión Marian—. ¡Cuánto me gustaría tener aquí con nosotras a una o dos de nuestras antiguas compañeras! ¡Entonces nos parecería que se había trasladado aquí Talbothays!

Y los ojos se le nublaban de llanto a Marian y la voz se le tomaba al evocar tales venturas.

—Voy a escribir a Izz Huett —dijo—. Ahora está en su casa sin hacer nada; le escribiré diciéndole que estamos aquí y la convenceré para que se venga con nosotras; y quizá también Retty esté recuperada ya y quiera venirse también.

No tuvo nada Tess que objetarle a aquel proyecto; y dos o tres días después le anunció Marian que Izz le había escrito diciéndole que estaba dispuesta a ir allá y que haría todo lo posible por lograrlo.

Años hacía que no se daba un invierno semejante. Aquél llegó poco a poco, avanzando como los

peones del ajedrez. Cierta mañana los espinos de los setos y los escasos árboles parecieron haber cambiado su vegetal epidermis por otra animal. Todas las ramas y troncos aparecían cubiertos de blanco vello, como de una piel que le hubiera nacido a la corteza durante la noche y que cuadruplicaba su habitual volumen, de suerte que aquel conjunto de árboles y arbustos formaba un chillón esquema de anchas líneas sobre el gris melancólico del cielo y el horizonte. Las telarañas, inadvertidas hasta entonces, se dejaban ver ahora en muros y cobertizos, por efecto de la cristalizadora atmósfera, colgando como ondulaciones de blanco estambre en los puntos salientes de edificios, postes y verjas.

Después de aquella época de humedad congelada, vino una serie de secas heladas en que extrañas aves, de más allá del Polo Norte, llegaban silenciosas a la altiplanicie de Flintcomb-Ash flacas y espectrales avecillas de trágicos ojos, que habían presenciado escenas de horrorosos cataclismos en inaccesibles regiones polares, de unas proporciones desconocidas para el ser humano, bajo glaciales temperaturas, incompatibles con la vida del hombre; que habían contemplado el resquebrajarse de los monstruosos témpanos y el deslizarse de aludes inmensos a la fugaz claridad de la aurora y sufrido el deslumbramiento del torbellino de colosales borrascas y contorsiones terráqueas, y que en su gesto y expresión mostraban como el recuerdo de haber asistido a tales escenas. Aquellos pájaros sin nombre pasaban muy cerca de Tess y Marian, pero no contaban nada de aquello que habían visto y que nunca había de ver la humanidad. No sentían el afán narrativo del viajero y con muda impasibilidad olvidaban sus experiencias, a las que no daban valor alguno, para fijar toda su atención en los menudos incidentes de aquella meseta, en los triviales gestos que hacían las muchachas al remover la tierra con el escardillo, hasta descubrir algo que a ellos pudiera servirles de alimento.

Cierto día, el aire de aquella despejada llanura hubo de mostrar inusitado aspecto. Sobrevino una humedad que no era debida a la lluvia, y un frío que no procedía de la escarcha. A ambas muchachas les entró un gran dolor en los ojos, en la frente y hasta en la médula de los huesos. Sabían ellas que aquello era anuncio de nieve; y efectivamente, aquella misma noche nevó. Tess, que continuaba viviendo en la casa del muro caliente que atemperaba a los solitarios viandantes que se detenían junto a él, despertó a medianoche y oyó encima del techo ciertos ruidos como si el tejado se hubiese convertido en gimnasio y palestra de todos los vientos. Cuando a la mañana encendió su lámpara para levantarse, encontró que la nieve había entrado en el cuarto por una rendija de la puerta-ventana, amontonándose en un blanco cono de finísimo polvo en el interior de la estancia, al mismo tiempo que otro ramalazo de nieve que penetrara por la chimenea cubría el suelo de candida alfombra, en la que se marcaron las huellas de sus pisadas. Fuera arreciaba de tal suerte la borrasca que en la cocina formaba la nieve una verdadera niebla; pero todavía era muy de noche para poder apreciar los efectos de la nevada en el exterior.

Sabía Tess que en tales circunstancias no había de ser posible trabajar en el nabar, y cuando hubo concluido de desayunarse, ella sola, con la lámpara encendida a su lado, llegó Marian para avisarla de que tenían que reunirse con las demás mujeres para proceder a la monda en el granero hasta que el tiempo abonanzase. Así que tan pronto como la cerrada oscuridad del exterior empezó a descomponerse en una desordenada mezcla de tonos grises, apagaron las muchachas la luz, se

envolvieron en sus más espesas toquillas, se liaron al cuello, terciándoselas al pecho, sus bufandas de lana, y se encaminaron al granero. La nieve había venido en seguimiento de las aves desde la zona polar como una blanca columna de nube, en el que no podían distinguirse individualmente los copos. Hablaba de témpanos, mares árticos, ballenas y osos blancos, y su manto lamía la tierra sin llegar a penetrar en ella. Las muchachas caminaban con los cuerpos encogidos por los algodonosos campos, guareciéndose como podían con los setos, que más bien hacían de coladores que de pantallas. El aire, descolorido por las blancas multitudes que lo infestaban, las retorcía en excéntricos giros, como en un caos de objetos incoloros. Pero las jóvenes seguían adelante, animosas y alegres; un tiempo así no causa tristeza en un país seco.

—Estos ladinos pájaros del norte ya sabían lo que venía detrás —dijo Marian—. Puedes estar segura de que no lo han perdido de vista en todo el camino desde la estrella polar. Y a todo esto, tu marido estará tostándose… ¡Si pudiera ver ahora cómo las está pasando su mujercita! Y no es que este tiempo te siente mal a la cara, porque, a decir verdad, te agracia…

—¡No me hables de él, Marian! —exclamó Tess poniéndose seria.

—¡Vamos! Eso indica que tú le quieres todavía, ¿verdad?

En vez de contestar, Tess, con los ojos llenos de lágrimas, volvió la cara en la dirección en que ella imaginaba estaría Sudamérica, y juntando sus labios, lanzó un beso apasionado al nevoso viento.

—Ya, ya sé que le quieres. ¡Pero, a la verdad, que es rara vida la que lleváis, estando casados! Está bien, no diré una palabra más… Por lo que toca al viento, no ha de molestarnos mucho en el granero; sólo que el despajado es una faena bastante ruda, peor todavía que la de descuajar los nabos. Yo puedo con ella porque estoy gorda, pero tú estás más delgada. No me explico cómo al amo se le ha ocurrido ponerte a esa labor.

Llegaron al granero y entraron en él. Un extremo del vasto recinto estaba lleno de grano.

En el medio era donde se efectuaba la operación del despajado, y ya habían puesto en la prensa la tarde anterior porción suficiente de gavillas para dar abasto a las mujeres durante todo el día.

—¡Anda! ¡Pero si está aquí Izz! —exclamó Marian.

Allí estaba, en efecto, Izz, que se les acercó enseguida. Había venido a pie desde la casa de su madre, de donde saliera la tarde anterior, y aunque, no creyendo tan larga la distancia, se había entretenido en el trayecto, había llegado antes de caer la nevada, alojándose por aquella noche en la venta. Había convenido el amo con su madre admitirla si llegaba para aquel día, y la chica, con el temor de desplacerle, se había dado prisa por llegar.

Además de Tess, Marian e Izz, había allí otras dos mozas de una aldea vecina, dos hermanas en quienes Tess reconoció con sobresalto a la morena Car, la Sota de Espadas, y su hermana menor, la Sota de Diamantes, las mismas que intentaran luchar con ella en la nocturna trifulca de Trantridge. No dieron muestra alguna de conocer a Tess, y era probable que no se acordaran ya de ella, pues la noche de marras estaban las dos bajo los efectos de la bebida, y además, lo mismo allí que aquí ahora, eran forasteras. Se dedicaban las dos hermanas preferentemente a toda clase de faenas masculinas, incluso a la apertura de pozos, construcción de setos y excavaciones de zanjas, sin experimentar la menor fatiga. Eran también famosas despajadoras y miraban a las otras tres por encima del hombro.

Luego de calzarse los guantes, se pusieron todas a trabajar, colocadas en fila delante de la prensa, un artefacto formado por dos postes unidos por una viga horizontal, bajo la cual estaban colocadas las gavillas con las espigas hacia fuera, descendiendo paulatinamente la viga transversal a medida que iba disminuyendo el espesor de la mies prensada, sin más que desplazar las clavijas que afianzaban el travesaño a los machones verticales.

Se acentuaba el color del día, y la luz que entraba por las puertas del granero procedía más bien de la nieve que cubría los campos que del cielo. Iban sacando las mozas manojos y más manojos de la prensa; y a lo primero, debido a la presencia de las dos hermanitas, que no dejaban meter baza a nadie contando anécdotas escandalosas, no pudieron las tres amigas hablar, como era su deseo, de sus tiempos de Talbothays. A poco oyeron las pisadas de un caballo a la puerta del granero, entrando a continuación en él el amo. No bien penetró en el recinto se fue derecho hacia Tess y se quedó un rato mirándola en silencio. No volvió ella enseguida la cabeza para mirarle, pero a lo último no tuvo más remedio que hacerlo, visto la insistencia con que él la miraba. Y entonces pudo ver que el amo no era otro que aquel hombre de Trantridge del cual huyera en plena carretera, por haberle hecho alusión a su historia.

Esperó el hombre a que Tess depositara la mies despajada en la pila de afuera, y luego le dijo:

—¿De manera que es usted la joven que tan a mal tomó mi requiebro? Que me ahorquen si no caí en que tenía que ser usted, en cuanto me dijeron que había venido a pedir trabajo una moza. Bueno, la primera vez abusó usted de mí en la fonda cuando estaba con su novio, y la segunda cuando se me escapó en el camino para esconderse, pero lo que es ahora la tengo cogida.

Y se echó a reír con bestial carcajada.

Tess, que se veía entre las forasteras y el colono cual pájaro caído en la red, no replicó y siguió despajando. Se daba cuenta suficientemente de la manera de ser de aquel hombre para no comprender que en aquella ocasión no tenía que temer ninguna galantería de su parte, sino que hablaba así movido de un impulso de tiranía, despertado por el recuerdo de la humillación que Ángel le impusiera. Después de todo prefería que así fuese, y se sintió con ánimos bastantes para capear la situación.

—¿Acaso se creyó usted que me gustaba? Las hay tan tontas que todo se les figura amor. Pero no hay cosa mejor que un invierno en el campo para quitarles a las chicas esas cosas de la cabeza; y usted se ha comprometido hasta la Anunciación. ¡Vamos, supongo que no tendrá usted reparo en pedirme perdón!

—Yo creo que es usted quien debía pedírmelo a mí.

—Bueno…, lo mismo da. Pero ya hemos de ver quién es aquí el amo. ¿Son ésas todas las gavillas que lleva usted hechas hoy?

—Sí, señor.

—La verdad es que no es usted muy larga. Mire usted lo que han hecho ésas —y señaló a las dos fornidas hermanas—. Es usted la que menos ha hecho.

—Es que ellas están prácticas y yo no. Además, para usted es lo mismo, porque estamos a destajo y sólo cobramos lo que hacemos.

—Sí, pero es que tengo que verle el fin al granero pronto.

Las miró malhumorado y se marchó. Comprendió Tess que no podía haber encontrado peor colocación, pero todo lo prefería a las galanterías y enojosos cortejos.

Al dar las dos, se tomaron su última media pinta las despajadoras profesionales, soltaron las hoces, ataron las últimas gavillas y se fueron. Izz y Marian se disponían a hacer lo mismo, pero al saber que Tess pensaba quedarse para desquitar a fuerza de tiempo su falta de maña, no quisieron dejarla sola. Mirando hacia la nieve que aún seguía cayendo, exclamó Marian:

—Vaya, ya estamos solas.

Y por fin la conversación se concentró en evocar los tiempos de la lechería y ni que decir tiene que también los incidentes relativos a su amor por Ángel.

—Muchachas —dijo Tess con una dignidad altamente conmovedora, si bien se mira, atendido lo poco que tenía de esposa—. No puedo unirme a vosotras como antes en vuestra conversación acerca de mi marido; supongo que lo comprenderéis. Al fin y al cabo soy su mujer.

Izz era la más irónica, por temperamento, de las cuatro muchachas que habían estado enamoradas de Ángel.

—Mira, Tess, de novio me parecía un dechado, pero lo que es de marido debe de ser otra cosa, cuando tan pronto se ha separado de ti.

—Es que tenía que irse. No tuvo más remedio que emigrar en busca de una posición —arguyó Tess.

—Sí, pero bien podía haberte ayudado siquiera durante el invierno.

—Bueno, no hablemos más de ese asunto. Sólo puedo deciros que no estamos separados por ningún disgusto —contestó Tess, reprimiendo a duras penas el llanto—. No se fue de mi lado sin decírmelo, como hacen otros, y yo tengo medios de saber siempre dónde está.

Después de este diálogo prosiguieron largo rato su faena en soñadora abstracción, cogiendo la mies, arrancándole la paja que sujetaban por debajo de sus brazos y separando las espigas con sus hoces, sin que se oyera en el granero otro rumor que el de la paja y la hoz. De pronto Tess se desvaneció y se desplomó sobre el montón de mazorcas que tenía a sus pies.

—¡Ya sabía yo que no ibas a resistirlo! —exclamó Marian—. Hay que ser más dura para este trabajo.

En aquel momento entró el colono.

—¿Ésa es la manera de trabajar en cuanto vuelvo yo la espalda? —le dijo a Tess.

—Yo soy la única que sale perdiendo —le objetó la joven—, que usted no pierde nada.

—¡Es que ya he dicho que quiero ver pronto vacío el granero! —dijo con ceño adusto el hombre, atravesando el granero y saliendo por la otra puerta.

—No lo tomes en serio, que es un bendito —le dijo Marian—. Yo llevo aquí ya algún tiempo. Échate ahí, y entre Izz y yo te haremos la tarea.

—No quiero que por mí os toméis ese trabajo.

Pero se sentía tan cansada, que consintió en reposar tendiéndose en un montón de despojos del grano. Su desfallecimiento era debido tanto a lo rudo de aquel trabajo como a la emoción que le causara la conversación que acababa de tener con sus compañeras. Estaba Tess en un estado de consciente abandono, en el que podía enterarse de todo; sólo que le faltaba voluntad para moverse, y

el roce de la paja y el ruido que hacían las otras al tajar las espigas tenían para ella el peso de un tacto corporal.

Además de esos ruidos podía oír desde su rincón el murmullo de las voces de sus compañeras. Le constaba que seguían hablando del mismo tema, sólo que en voz tan queda que no le era posible a Tess distinguir bien las palabras. Pero hubo de sentir tal curiosidad por enterarse de lo que decían, que acabó por levantarse y, como se sentía ya mejor, reanudar el trabajo.

Entonces fue Izz Huett la que se sintió falta de fuerzas. Había andado la noche anterior más de veinte kilómetros, acostándose a medianoche para levantarse a las cinco de la mañana. Sólo Marian, gracias a su robustez y a la bebida, lo soportaba todo sin sentir cansancio. Tess instó a Izz para que se marchara, asegurándole que se encontraba ya mejor y podría acabar sin su ayuda la tarea que le correspondía.

Aceptó su amiga agradecida y desapareció por la puerta grande, encaminándose a su alojamiento por la nevada senda. Marian, según le ocurría todas las tardes al llegar aquella hora, por efecto de la bebida, empezó a sentirse romántica.

—¡Nunca le hubiera creído capaz de eso…, nunca! —dijo en tono soñador—. ¡Y yo que le quise tanto! ¡No me chocó que se decidiera por ti…, pero eso de Izz es el colmo!

Tess, de sobresaltada que aquellas palabras la pusieron, estuvo a punto de llevarse un dedo con la hoz.

—Pero ¿hablas de mi marido? —preguntó anhelante.

—De tu marido hablo, sí señora. Izz me encargó mucho que no te lo dijera, pero a mí ya no me cabe en el cuerpo el secreto… Para que lo sepas, hija mía, tu marido le propuso que se fuera con él al Brasil…

Tess palideció hasta ponerse tan blanca como el panorama exterior, borrándose de su rostro la expresión.

—¿Y ella no aceptó? —le preguntó a Marian.

—No lo sé. Aunque de todos modos, él cambió luego de intención.

—¡Bah!… No tendría mucho interés entonces… ¡Sería una broma de esas que hacen los hombres!

—Lo cierto es que la llevó en su coche largo trecho, camino de la estación.

—Bueno, ¡pero no se la llevó con él!

Siguieron trabajando en silencio, hasta que Tess, de pronto, rompió en llanto.

—¿Lo ves? —exclamó Marian—. Ahora me pesa habértelo dicho.

—No. Has hecho muy bien en decírmelo, mujer. He sido hasta aquí una tonta. Debía haberle escrito con más frecuencia. Él me dijo que no podía ir en su busca, pero no me prohibió escribirle cuando quisiera. Y lo que es de ahora en adelante he de hacerlo. ¡He sido culpable al dejar que fuera él quien hiciera todo!

Aumentó la oscuridad en el granero y se vieron en la imposibilidad de seguir trabajando.

Al llegar Tess aquella tarde a su casa, no bien se halló sola en su habitación, se puso a escribir una carta a Ángel. Sólo que a poco empezó a titubear, y no llegó a terminarla. Luego se quitó el anillo de boda que llevaba al cuello y se lo puso en el dedo, teniéndolo allí toda la noche, a fin de confirmarse en la idea de que era realmente la mujer de aquel voluble galán capaz de proponerle a



Izz que se fuera con él, cuando tan poco tiempo hacía que se separara de ella. Sabiendo esto, ¿cómo había de escribirle en términos apasionados ni de darle a entender el cariño que aún le tenía?

XLIV

La revelación del granero hizo que los pensamientos de Tess volvieran a tomar una vez más el derrotero del lejano pueblecito de Emminster. Le había dicho Ángel antes de irse que por conducto de sus padres había de escribirle cuando fuera preciso, y también que podía recurrir a ellos cuando se encontrara en apuro. Hasta entonces no se había atrevido a hacer uso de esas autorizaciones, cohibida por la impresión de no tener título moral alguno sobre Ángel, habiendo además dejado virtualmente de existir, tanto para sus suegros como para sus padres desde que se casó. Entraba también por mucho en la abstención de la joven la independencia de su carácter, que no se avenía a aceptar por compasión o favor nada que no le correspondiera en derecho y por sus propios méritos. Estaba decidida a valerse únicamente de sus medios personales, renunciando a los derechos no más que nominales que pudiera alegar para con una familia extraña por el solo hecho de que un miembro de dicha familia, en un arrebato sentimental, hubiera escrito su nombre con el de ella en el libro de una parroquia.

Mas la febril excitación que sufriera al escuchar el punzante relato de Izz puso un límite a su facultad de resignación. ¿Por qué no le había escrito todavía su marido, siendo así que le había prometido comunicarle al menos el lugar en que residiese? ¿Era aquello indiferencia? ¿O sería que estaba enfermo? ¿No debía ella dar el primer paso hacia él? Seguramente podría dirigirse sin reparo a su suegro, pidiéndole noticias de su marido y expresándole la zozobra que su silencio le causaba. Si el padre de Ángel era tan bueno como ella presumía, no dejaría de interesarse por su apurada situación. Aunque Tess se proponía ocultarle sus vicisitudes y trabajos.

No podía dejar la labor entre semana, disponiendo tan sólo del domingo. Y hallándose Flintcomb-Ash en medio de la meseta cretácea, no cruzada todavía por ningún ferrocarril, no tenía más remedio que hacer a pie la jornada. Y como entre la ida y la vuelta resultaba el trayecto de cincuenta kilómetros, se necesitaba todo un día para la excursión, y eso madrugando.

Quince días después, cuando ya había desaparecido la nieve, a la que siguieron fuertes heladas, aprovechó Tess el buen estado de los caminos, y un domingo, a las dos de la madrugada, bajó la escalera y emprendió su camino a la luz de los astros. El tiempo seguía siendo benigno y la tierra resonaba bajo sus pisadas como una bigornia.

Marian e Izz estaban las dos interesadas en la empresa de su amiga, por saber que se trataba de algo concerniente a su marido. No obstante vivir a alguna distancia de Tess, fueron a ayudarla en su partida, animándola a ponerse guapa para cautivar los corazones de sus suegros, aunque ella, conociendo la austeridad calvinista del pastor Clare, considerara indiferente eso del atavío y hasta pusiera en duda su eficacia. No se había cumplido todavía un año desde su triste boda y conservaba prendas bastantes, entre los restos de su equipo, para vestirse con sencillez aldeana, primorosamente, pero sin ostentación; un fino traje de lana gris, con aplicaciones de plegado crespón que contrastaba con el carmín de su cara y cuello, chaquetilla de negro veludillo y sombrero.

—¡Es una lástima que tu marido no esté aquí para verte…, porque estás guapísima! —dijo Izz

contemplando la erguida figura de Tess en el umbral, al efecto combinado de la acerada luz estelar de fuera y la débil claridad amarillenta de la vela—. Hablaba la muchacha con magnánima sinceridad; no podía ella —como cualquiera que tuviese tanto así de corazón— sentir animosidad en presencia de Tess, pues el ardoroso y decisivo influjo que ésta ejercía en las de su sexo se sobreponía por modo notable a los otros sentimientos más mezquinos de despecho y rivalidad.

Después de darle los últimos toques al adorno personal de su amiga, la dejaron partir, perdiéndose pronto Tess en el aire perlado del crepúsculo matutino. Se oyeron sus firmes pisadas por el duro sendero que resuelta y animosa empezaba a recorrer. Hasta Izz confiaba en su triunfo, y sin echárselas de virtuosa, se alegraba sobremanera de no haber hecho traición a su amiga cuando la momentánea tentación de Ángel.

Un año menos un día hacía que Ángel se casara con Tess y pocos días faltaban para que se cumpliera el año de su separación. Sin embargo, no era a propósito para predisponer a la melancolía aquella mañana clara y seca de invierno, y es seguro que al ponerse en marcha Tess iba soñando con ganarse el corazón de sus suegros, contarle toda su historia a la madre de Ángel, conmoverla en su favor y con su ayuda recobrar al fugitivo.

No tardó en llegar a la falda del vasto acantilado bajo el cual se extendía el margoso valle de Blackmoor, aún sumido en la brumosa quietud del alba. En vez del aire incoloro de la meseta, mostraba allá abajo la atmósfera un matiz azul profundo. En lugar de las grandes parcelas de más de cuarenta hectáreas en que estaba acostumbrada a trabajar, veía Tess a sus pies diminutos predios, de dos a tres hectáreas, tan numerosos que, contemplados desde aquella altura, semejaban las mallas de una red. Era arriba el paisaje blanco parduzco, mientras que abajo, en el valle de Froom, siempre era verde. Y no obstante, había perdido Tess el cariño a aquel valle, donde se engendrara su infortunio. La belleza, para ella, como para cuantos han sufrido, no residía en la cosa misma, sino en lo que simbolizaba.

Dejando el valle a su derecha, se encaminó resuelta hacia el oeste, pasando por los Hintocks, cruzando en ángulo recto la carretera de Sherton-Abbas a Casterbridge y costeando el monte Dogbury y High-Stoy, entre los que se hundía la cañada llamada Cocina del Diablo. Siguiendo todavía aquel pino sendero, llegó a Cross-in-Hand, donde se alzaba una columna triste y silenciosa, que marcaba el sitio de un milagro, un asesinato, o ambas cosas a la vez. A cinco kilómetros de allí atravesó Tess la angosta y abandonada calzada romana de Long-Ash, internándose, después de bajar un cerro, por un camino de través, hasta llegar al pueblo o aldea de Evershead, que marcaba la mitad de la distancia. Hizo allí un alto para tomar un segundo refrigerio, con bastante apetito, no en La Cerda y la Bellota porque huía de las ventas, sino en una casa inmediata a la iglesia.

La segunda mitad de su jornada transcurrió por un terreno más suave, por la calzada de Benvill. Mas según disminuía la distancia que la separaba de la meta, decaía la confianza de Tess y la empresa en que se había metido resultaba formidable a sus ojos. Más de una vez estuvo a punto de extraviarse, pero a pesar de todo, cerca ya de mediodía, se encontró en la barrera de la linde del distrito en que se hallaba enclavado el curato de Emminster.

La ancha torre bajo la cual sabía Tess que a aquellas horas estaría el pastor reunido con sus feligreses, le mostró luego su severo aspecto. Lamentó no haberse arreglado de forma que hubiera

podido ir allí en día de trabajo. Un hombre tan bueno como el pastor podría mirar mal el que hubiera elegido el domingo para su viaje, ignorando, como ignoraba, las exigencias de su situación. Pero ya no había más remedio que dar cima a la empresa. Se quitó las recias botas que llevara puestas durante el camino, se calzó las otras de fino cuero que llevaba y escondió las primeras en un seto junto al poste de la barrera con objeto de recuperarlas al volver. Luego echó a correr cerro abajo, pero a su pesar, según se iba acercando a la parroquia, iba perdiendo su rostro el encendido color que tomara con el fresco aire mañanero. Esperaba que la casualidad la favoreciese, pero no acudía en su auxilio. El follaje de la casa parroquial susurraba inquietante, agitado por la fría brisa; Tess no podía convencerse, ni aun poniendo en tortura su imaginación, y a pesar de ir vestida con sus mejores galas, de que los moradores de aquella casa fuesen parientes suyos; y sin embargo les unía con ellos todo lo esencial de la vida: penas, placeres, pensamientos, nacimiento, muerte y eternidad eran los mismos para unos y para otros.

Hizo un esfuerzo para cobrar ánimos, cruzó la verja y tiró de la campanilla de la puerta. Ya estaba hecho, no había retirada posible. Pero no, que no estaba hecho, porque nadie respondió a su llamada. Tuvo que repetir el esfuerzo. Llamó por segunda vez, y la energía desplegada en aquel movimiento, unida al cansancio de los veinticinco kilómetros que había recorrido, la obligó a apoyar la mano en la cadera y el codo en la pared del zaguán. Soplaba un viento tan seco y penetrante, que el follaje de la hiedra estaba reseco y descolorido de tanto chocar unas con otras sus hojas. Tess tenía los nervios de punta. Por el camino, más allá de la verja, revoloteaba un papelucho manchado de sangre procedente quizá de alguna carnicería; demasiado ligero para quedarse adherido a la tierra y harto pesado para volar por lo alto, voloteaba rastrero, en compañía de unas cuantas aristas de paja.

A pesar de haber sido más enérgico el segundo campanillazo, no respondió nadie. Tess entonces salió del zaguán y volvió a trasponer la verja. Y aunque miró titubeando a la fachada, como pensando volver, al cerrar la verja sintió un gran respiro. Por un momento pensó si la habrían visto, aunque no supiera por dónde ni cómo, y acordado no recibirla.

Llegó hasta la esquina. Había hecho cuanto estaba en su mano; mas decidida a no escatimar molestia alguna ahora para evitarse futuros contratiempos, desanduvo lo andado y se puso a rondar la casa, fijando la vista en sus balcones.

Lo ocurrido se explicaba por hallarse todos en la iglesia. Recordó Tess haberle oído decir a su marido que su padre acostumbraba a obligar a sus criados a que asistieran al oficio matinal, por lo que comían luego fiambre al volver a casa. Había que aguardar, por lo tanto, a que terminara el oficio. Para no llamar la atención, se alejó de allí, alargándose hasta más allá de la iglesia, por el camino. Pero al pasar por la verja de la iglesia empezaba a salir la gente y se encontró en medio de la muchedumbre.

Los feligreses de Emminster la miraron como puede mirar la gente de un pueblo, que torna ociosa y descuidada a su casa, a una mujer nada vulgar y de aire forastero. Apretó Tess el paso y ascendió por el camino por el que había llegado, con objeto de buscar un escondite entre los setos hasta que la familia del pastor acabara de almorzar y pudiera recibirla. A poco se separó aquélla de los feligreses, excepto de dos jóvenes que seguían del brazo su mismo camino con vivo andar.

Al pasar por cerca de ella pudo oír sus voces empeñadas en seria discusión, y con la natural

agudeza de una mujer que se encuentra en su caso, reconoció fácilmente en aquellas voces el mismo timbre y tono que tenía la de su marido. Eran los referidos jóvenes, efectivamente, los dos hermanos de Ángel. Dando Tess al olvido todos sus proyectos, sintió cierta inquietud al pensar que pudieran reparar en ella en aquel momento en que no estaba preparada para una entrevista, y así, cuanto más apretaban ellos el paso, tanto más avivaba ella el suyo. Al parecer, se proponían los jóvenes dar un corto paseo antes de almorzar, para estirar sus piernas entumecidas por la larga sentada del oficio.

Sólo una persona iba delante de Tess, una joven de rostro interesante, aunque algo tiesa y remilgada. Casi la había alcanzado ya, cuando sus cuñados llegaron a tan corta distancia de ella, que pudo oír su conversación. Nada dijeron, sin embargo, los jóvenes que pudiera interesarla hasta que, fijándose en la señorita que delante de ellos caminaba, observó uno de los dos:

—Ahí va Mercy Chant. Alcancémosla.

Conocía Tess aquel nombre como el de la mujer con quien sus padres querían casar a Ángel, y que probablemente, de no haberse interpuesto ella, hubiera sido su esposa. Mas aunque nada hubiera sabido lo habría entonces descubierto todo, porque uno de los hermanos continuó diciendo:

—¡Pobre Ángel! ¡No puedo ver a esa linda joven sin lamentar la precipitación con que obró nuestro hermano casándose con esa moza de lechería, o lo que sea! Muy raro es lo que le sucede, según parece al menos. No sé si ella habrá ido ya a unirse con él, pero hace unos meses, cuando supe de él, no lo había hecho todavía.

—Yo tampoco lo sé. Ahora no me cuenta nunca sus cosas. Ese disparatado casamiento parece haber colmado sus diferencias conmigo, que ya empezaron a hacerse notar a propósito de sus extravagantes opiniones.

Apretó más el paso Tess, pero no podía hacerlo demasiado sin llamar la atención, y, por último, los jóvenes pasaron por delante de ella, dejándola atrás. La señorita en cuestión oyó detrás de sí los pasos de los jóvenes y volvió la cabeza. Hubo los consiguientes saludos y apretones de mano y ya siguieron paseando los tres juntos.

No tardaron en ganar la cima de la cuesta que formaba el terreno, y no queriendo, al parecer, pasar de allí, moderaron el paso y volvieron los tres a la barrera en que se había detenido una hora antes Tess para explorar el pueblo antes de bajar a él. En el curso de la conversación, uno de los dos hermanos hurgó en el seto con su paraguas y sacó a relucir una cosa.

—¡Un par de botas viejas! —dijo—. ¡Las habrá tirado aquí algún vagabundo!

—Algún impostor que habrá querido entrar en el pueblo descalzo para movernos a lástima —dijo Mercy Chant—. Sí, eso debe de haber sido, porque son unas magníficas botas de campo y no están muy usadas. ¡Qué villanía! Voy a llevármelas para algún pobre.

Cuthbert Clare, que era quien las había encontrado, las recogió con la cayada del bastón para dárselas; y de ahí cómo cambiaron de dueño las botas de Tess.

Ésta, que lo había oído todo, pasó junto a los jóvenes escondiendo el semblante, y volviendo luego la cabeza pudo ver que el grupo eclesiástico se había apartado de la barrera y seguido cuesta abajo. Nuestra heroína continuó su camino. Lágrimas, lágrimas cegadoras corrían por su rostro. Comprendía ella que todo aquello era puro sentimentalismo, que no pasaba de un infundado acceso de sensibilidad lo que le había inducido a interpretar aquella escena cual su condenación; pero, a

pesar de todo, no lograba vencer su amargura ni dejar de arredrarse ante aquellos funestos presagios. No había ni que pensar en volver por casa del pastor. La mujer de Ángel creía sentirse perseguida, como cosa despreciable, por aquellos finísimos clérigos, que por tales los tenía. Aunque aquella ofensa se la hubieran hecho inconscientemente, fue una lástima que Tess se encontrase con los hermanos y no con el padre de Ángel, que, a despecho de su rigidez, era menos estirado y severo que ellos, llevándoles de ventaja el don de la caridad. Al recordar de nuevo la joven sus empolvadas botas, sintió piedad de ellas por la chacota de que habían sido víctimas, pensando una vez más en la mísera vida que a su dueña le tocara en suerte.

—¡Ah —dijo suspirando de piedad hacia sí misma—, no sabían ellos que me puse esas botas para andar la parte más dura del camino, a fin de resguardar estas otras más bonitas que él me compró! ¡No lo sabían! Ni tampoco saben que él fue quien eligió el color de este vestido tan lindo. ¿Cómo iban a saberlo? ¡Aunque si lo hubieran sabido habría sido igual, porque bien poca estima le tienen al pobre!

Y se compadeció del hombre adorado, cuyos juicios convencionales le habían acarreado a ella todas aquellas recientes amarguras; y prosiguió su camino, sin haber llegado a comprender que el mayor infortunio de su vida fue precisamente aquel desaliento suyo en el momento crítico y aquel su error de juzgar a su suegro por sus hijos. Porque la situación en que se hallaba era en verdad la más indicada para mover a compasión a los padres de Ángel. El corazón de éstos iba derecho hacia los seres afligidos, hacia las criaturas que se encontraban en casos extremos, mientras que las sutiles tribulaciones mentales de los mortales menos apurados de la necesidad no lograban conmoverles gran cosa. Por entregarse a los publicanos y pecadores llegaban hasta a olvidarse de que los escribas y fariseos merecían también alguna palabra de piedad[123]. Pero ese defecto o limitación les hubiera seguramente inclinado en favor de Tess, como de un raro dechado de criaturas desventuradas.

Procedió la muchacha a desandar el camino que antes recorriera, si no llena de esperanza, por lo menos plenamente convencida de hallarse en vísperas de producirse una crisis en su vida. Ahora ya tal esperanza estaba de más, no quedándole otro recurso que seguir trabajando en aquella mísera labor hasta cobrar otra vez ánimos para emprender la misma excursión. Sin embargo, a su regreso se descubrió la cara para que viera todo el mundo que era mucho más guapa que Mercy Chant. Sólo que lo hizo moviendo tristemente la cabeza y diciendo: «¡Después de todo, qué más da! Nadie me quiere ni me mira. ¡Nadie se fija en una repudiada como yo!».

Más que un itinerario regular y directo fue su regreso un zigzagueo. Caminaba sin prisa ni objeto. Al llegar a la interminable calzada de Benvill la acometió el cansancio, teniendo que reclinarse en los portales y en los hitos.

No entró bajo techado hasta después de haber recorrido doce o trece kilómetros; entonces descendió por la empinada cuesta a cuyo pie se extiende el caserío de Evershead, donde por la mañana almorzara, poseída de tan distintos sentimientos. La casa inmediata a la iglesia en que hubo de entrar de nuevo era la primera casi de aquel extremo del lugar, y mientras la mujer iba a la despensa por leche, Tess, al mirar calle abajo, pudo comprobar que ésta se hallaba completamente desierta.

—¿Habrá ido la gente al oficio de la tarde, verdad? —preguntó.

—No, hija mía —dijo la mujer, que era ya una viejecita—. Es muy temprano todavía. Aún no sonó la campana. Adonde se han ido todos ha sido a oír el sermón al granero, donde parece que predica hoy un santo varón, según dicen. Yo no voy a oírle. Con lo que oigo en la iglesia, me basta y me sobra.

Se internó Tess por el pueblo, donde sus pisadas resonaban tan a hueco como si anduviera por la mansión de la muerte. Al llegar al centro se confundieron sus pisadas con otros ruidos, y reparando la joven en que la era no estaba lejos de allí, dedujo que aquellos rumores debían de ser los ecos del sermón.

La voz del predicador sonaba tan clara en el aire diáfano y sereno, que no tardó Tess en poder distinguir sus palabras, a pesar de hallarse fuera del granero. El sermón, como podía preverse, era en extremo antinomianista, y versaba acerca de la justificación por la fe, inspirándose en la teología de san Pablo. El hombre hablaba con tono declamatorio y arrebatado, pues carecía de facultades oratorias.

Aunque Tess no había oído el exordio, pudo enterarse muy bien del texto que le servía de tema al predicador, pues éste lo repetía a cada paso:

—«¡Oh gálatas incautos! ¿Quién os ha hechizado para que no obedezcáis a la verdad, siendo así que habéis presenciado el suplicio de Cristo[124]?».

Situada a espaldas del predicador, le escuchaba Tess con tanta mayor atención cuanto que su doctrina era expresión vehemente de las ideas del padre de Ángel, y todavía subió de punto su interés cuando el orador pasó a detallar sus propias experiencias espirituales refiriendo cómo aquellos principios le había iluminado el alma. Había sido, según decían, un terrible pecador. Había hecho burla de la religión y se había reunido con la gente más perversa. Sólo que al cabo hubo de abrir los ojos y volver al camino recto, gracias al influjo de cierto sacerdote, al que antes injuriara atrozmente. Las palabras de aquel justo habían penetrado en su corazón y permanecido en él, hasta que al fin la gracia del cielo se le había comunicado, cambiándole en el hombre que ahora veían.

Pero lo que más hubo de sorprender a Tess no fue la doctrina, sino la voz del orador, que hubiera jurado no era otra que la de Alec d'Urberville. Con el semblante pasmado de penoso asombro dio la vuelta al granero hasta ponerse de frente al predicador, delante de la puerta de entrada. El sol de invierno daba de plano sobre la gran puerta, una de cuyas hojas estaba abierta, de suerte que los destellos solares se extendían por el piso de la trilla, llegando hasta el predicador y su auditorio, agradablemente guarecidos de la brisa del norte. El auditorio se componía exclusivamente de campesinos, y entre ellos se hallaba el hombre aquel del bote de bermellón que ella se encontrara en la ocasión que se recordará. Pero la atención de Tess se concentró en la figura principal que, de pie, encima de unos sacos de grano, estaba de cara al público y a la puerta. El sol de las tres de la tarde le daba de lleno, y Tess hubo de reconocer como un hecho inconcuso, no bien le hubo mirado con alguna atención, que aquel predicador tan austero no era otro que su seductor.

Sexta fase

EL PENITENTE.

XLV

Hasta aquel momento no había sabido nada de d'Urberville desde su marcha de Trantridge.

El encuentro con él ahora ocurría en un penoso instante que parecía preparado adrede para que el choque emocional resultara más benigno. Pero era tal la irracional persistencia del recuerdo, que hasta viéndole allí con aquella actitud de franco penitente, deplorando sus pasados extravíos, se sentía Tess tan sobrecogida de espanto que no se atrevía a avanzar ni a retroceder.

¡Pensar lo que reflejaba aquel rostro la última vez que ella lo viera y lo que ahora era! Conservaba aún el mismo linaje de repulsiva belleza, sólo que ahora iba afeitado, habiéndose desprendido de aquel bigote negro que antes gastara a la moda antigua; y su medio clerical indumento, que modificaba lo bastante su fisonomía para borrar el elegante atildamiento de sus facciones, impedía reconocerle al primer golpe de vista.

La primera impresión de Tess fue de una extrañeza inquietante y una horrible desorientación al oír salir aquellas solemnes palabras de las Sagradas Escrituras de labios de aquel hombre. El eco de aquella voz familiar para ella cuatro años antes despertó en sus oídos ecos de otras expresiones tan distintas, que la ironía del contraste le hería dolorosamente en el corazón.

No parecía aquello una reforma, sino una transfiguración. Las primitivas líneas sensuales resultaban modificadas ahora en el sentido de la pasión devota. Los labios, que antes fueran instrumento del instinto seductor, mostraban ahora una expresión suplicante. El vivo rubor de las mejillas, que ayer dejaban traslucir la fanfarronería, era hoy algo evangélico, como producido por el ardor de su piadosa retórica; la animalidad se había trocado en fanatismo, el paganismo en paulinismo. Los osados ojos que en otro tiempo centellearan sobre ella con tiranía, fulguraban ahora con la ruda fuerza de la teolatría, fuerza que rayaba casi en ferocidad. Aquellas negras contorsiones angulares que antaño hacía su cara cuando la menor cosa contrariaba sus deseos, se empleaban ahora en dibujar la efigie del irredimible apóstata que pugnaba por revolcarse otra vez en el fango.

En aquellas facciones se diseñaba la tristeza, pues se las había desviado de su significación hereditaria para aplicarlas a denotar impresiones distintas de aquéllas a cuyo servicio las puso la naturaleza. Al ennoblecerse el sentimiento que las animaba, parecían haber recibido una aplicación inadecuada. Se diría que, al sublimarse, se habían mixtificado. Pero ¿era posible? No quería la joven interpretar el fenómeno con malevolencia. No era d'Urberville el primer pecador que abjuraba de sus errores pasados para salvar su alma; ¿por qué, pues, había de considerar ella como falsa su actitud? Un vicio mental tenía la culpa seguramente de que se estremeciera al escuchar las buenas palabras nuevas dichas en el mal tono antiguo. Cuanto más pecador, más santo; no había que ahondar mucho en la historia del cristianismo para hallar confirmación a esa sentencia.

Tales impresiones la embargaban, sugiriéndole vagos anhelos contradictorios. Tan pronto como pudo recobrarse de la estupefacción de la sorpresa, concibió el propósito de pasar de largo, sin que él la viese. Él no la había reconocido todavía por estar ella a contraluz.

Pero no bien echó a andar la joven la reconoció. El efecto que la presencia de Tess hizo en su

antiguo amante fue como el de una descarga eléctrica y mucho más intenso que el que la suya produjera en la joven. Su ardor oratorio, el tumultuoso eco de su elocuencia parecieron abandonarle. Le temblaba la lengua y no acertaba a pronunciar las palabras, en tanto la miraba de frente. Sus ojos, después de fijarse por un instante en el rostro de Tess, vagaron confusamente en todas direcciones, rehuyendo su vista, pero sin poder evitar volver a clavarse en el semblante de la muchacha. No fue muy duradera, sin embargo, aquella paralizante emoción, pues, en tanto él se atascaba en su sermón, Tess reunió todas sus energías y se dio prisa en abandonar la era.

Tan pronto como le fue posible recapacitar un poco le entró espanto al considerar cómo habían cambiado sus situaciones respectivas. Él, el culpable de su desventura, se remontaba ahora a las alturas espirituales, en tanto ella permanecía irredenta. Y había pasado lo mismo que en la leyenda: que al surgir la imagen de ella se había apagado casi por completo en el altar del penitente el fervor sacerdotal.

Siguió Tess andando, sin volver la cabeza. Parecía hallarse dotada su espalda de sensibilidad para los destellos visuales —y hasta su ropa— según se sentía de vulnerable a la mirada que, dirigida a ella, creía percibir desde el exterior de la era. Hasta aquel momento había tenido el corazón embargado por la congoja de un dolor pasivo, pero ahora se operaba una crisis en la naturaleza de su pesadumbre. Aquella fruición afectiva tan largamente cohibida cedía paso a la sensación casi física de un pasado implacable que todavía le tenía echada la zarpa. La conciencia de su yerro se hacía tan intensa que rayaba en desesperación; el abismo que había entre su vida pasada y su vida actual seguía sin colmarse, después de padecer tan prolongado. Empezaba a recelar Tess que el pasado no sería tal hasta que ella no fuese también pasado.

Absorta en estos pensamientos, cruzó en ángulo recto la parte norte de la calzada de Long-Ash. Ante sus ojos surgió de pronto el blanco camino ascendente hacia la montaña, por cuyo margen corría el itinerario de su jornada. La seca y pálida superficie se extendía por la severa lejanía, sin que bulto alguno de criatura humana o cualquier otra cosa alterase su monotonía, salvo los montones de estiércol caballar que tachonaba acá y allá la fría aridez de la blanca cinta. Mientras subía con pausado afán aquella cuesta percibió rumor de pasos a su espalda, y al volverse vio que se acercaba a ella aquella figura tan conocida —aunque tan extrañamente vestido como los metodistas[125]—, la única persona de este mundo con la que no deseaba encontrarse la joven.

Pero no había tiempo ya para detenerse a pensar ni intentar la evasión, y Tess hubo de resignarse lo más serenamente que pudo a la necesidad de dejarse alcanzar por su seguidor. Éste parecía excitado, no tanto por la rapidez de su andar como por el anhelo que le dominaba.

—¡Tess! —exclamó.

Ella moderó el paso, sin volver la cara.

—¡Tess! —repitió él—. Soy yo. Alec d’Urberville.

Se volvió entonces Tess y le aguardó a pie firme.

—Ya lo veo —repuso con frialdad.

—¿Y eso es todo lo que se te ocurre decirme? Aunque es cierto que no merezco más. Es lógico que te parezca ridículo vestido de este modo. Pero yo quiero pasar por alto esa impresión. Tess, ¿te extraña que te haya seguido?

—Sí, y de veras desearía que no lo hubiera hecho.

—Claro, es natural que hables así —respondió él lúgubremente, en tanto ambos caminaban juntos, ella con andar casi desfallecido—. Pero no me interpretes mal. Te hablo así porque de seguro me habrás juzgado erróneamente al notar cuánto me sobrecogió tu aparición inesperada. Pero fue únicamente un desfallecimiento momentáneo y explicable dado lo que tú has sido para mí… La voluntad me sostuvo, sin embargo, aunque me consideres un farsante al decirlo, e inmediatamente comprendí que de cuantas criaturas era mi deber salvar de la cólera que vendrá[126] eras tú la primera, tú a la que yo he ultrajado tan gravemente. Y con ese objeto he venido a hablarte…, nada más.

En la réplica de Tess asomó ligero desdén.

—¿Y usted se ha salvado? La caridad bien ordenada empieza por uno mismo, según dicen.

—Yo no he tenido que poner nada de mi parte. El cielo, como les decía a mis oyentes, es quien todo lo ha hecho. Por grande que sea el oprobio de que quieras cubrirme, nunca igualará al que he echado yo mismo sobre ese Adán de mis años juveniles. Es una historia muy notable, pero puedo referirte por qué medios hubo de obrarse mi conversión, y espero que el relato habrá de interesarte cuando menos. ¿Has oído mentar alguna vez el nombre del párroco de Emminster? Seguramente que sí; me refiero al anciano pastor Clare, uno de los más íntegros varones de su escuela y de lo poco bueno que en la Iglesia tenemos; no tan intenso como los que forman en el ala extrema de la fe cristiana a que yo pertenezco, pero sí una excepción hoy dentro del clero regular, donde la gente joven va desfigurando ya la verdad a fuerza de sofismas, hasta dejarla convertida en su sombra. Yo sólo discrepo de él en lo tocante a la cuestión de la Iglesia y el Estado, en la interpretación de aquel texto que dice: «Salte de entre ellos y sepárate, dijo el Señor[127]»; en esto sólo. Pero creo firmemente que es el hombre que con sus humildes medios ha salvado más almas. ¿No has oído hablar nunca de él?

—Sí —contestó ella.

—Pues hace dos o tres años estuvo en Trantridge predicando por encargo de una sociedad de misiones y yo, infame de mí, me puse a discutir con él y le insulté por ver que se empeñaba en inculcarme la buena doctrina. Pero él no se resintió por mi conducta y no me dijo más sino que algún día recibiría los primeros frutos del Espíritu, añadiendo que algunos que vinieron en son de mofa se quedaron a orar[128]. Destilaban sus palabras una mágica esencia que penetró hondamente en mi alma. A poco de eso hizo profunda impresión en mi ánimo la muerte de mi madre, y poco a poco se me fueron abriendo los ojos a la verdadera luz, aunque no hace todavía mucho tiempo que ando predicando por aquí. Los primeros meses de mi ministerio los pasé en el norte, que juzgué más a propósito para hacer mis primeras armas, a fin de cobrar ánimos antes de someter a la prueba más severa mi sinceridad, hablándoles a los que me han conocido de atrás y fueron mis compañeros en los días de sombra y ceguera. ¡Si tú supieras, Tess, el goce que ocasiona el azotarse a sí mismo, estoy seguro de que…!

—¡No siga! —exclamó Tess encolerizada al tiempo que se volvía hacia un pontón del camino en el que hubo de detenerse y apoyarse—. ¡No puedo creer en tan repentina mudanza! Me subleva oírle hablar de ese modo cuando usted sabe bien… todo el daño que me ha hecho. ¡Usted y otros de su

calaña cifran todo su placer en amargarles la vida a criaturas como yo, y es muy bonito eso de, luego que ya están hartos, pensar en asegurarse también los goces del cielo, convirtiéndose! ¡Mentira todo! ¡Yo no creo nada de lo que dice!

—Tess —insistió él—, no hables así. Mi conversión ha sido cosa de milagro y me ha abierto los ojos a la verdadera vida. ¿Que no me crees, dices? Pero ¿qué es lo que no crees?

—No creo en su conversión.

—¿Porqué?

Ella bajó la voz:

—Pues porque hay un hombre mejor que usted que no cree esas cosas.

—¡Vaya un razonamiento de mujer! ¿Qué hombre mejor que yo es ése que dices?

—No puedo decírselo.

—Bueno —repuso él, y en sus palabras alentaba un rencor latente que parecía ir a estallar a cada instante—. No permita Dios que yo diga que soy ningún santo, ni muchísimo menos… De sobra sabes que no quise decir semejante cosa… Soy novicio en la bondad, sólo que los novicios ven claro a veces.

—Sí —replicó Tess—. Pero no paso a creer en su conversión. ¡No creo que sean duraderos sus fervores!

Hablando así se incorporó la joven y se le quedó mirando de frente; él, posando la vista en aquel rostro y aquellas formas que tan conocidas le eran, estuvo largo rato contemplándolos. El hombre malo estaba en él como mortecino, pero no extirpado del todo, ni siquiera sojuzgado por completo.

—¡No me mires así! —exclamó bruscamente.

Tess, que no se había percatado de lo que hacía, retiró al punto la profunda mirada de sus negros ojos y, ruborizándose, dijo:

—¡Usted perdone!

Y volvió a sentir la joven la desdichada impresión que ya otras veces experimentara de que su hermosura era un mal.

—No, no me pidas perdón, mujer. Pero ya que llevas un velo para ocultar las facciones de tu cara, ¿por qué no te lo echas?

Se echó Tess el velo a la cara y dijo con precipitación:

—¡Lo llevo para resguardarme del viento!

—Tal vez te parezca duro que yo te obligue a echártelo —continuó él—, pero más vale que no te mire mucho. Pudiera ser peligroso.

—¡Bah! —protestó Tess.

—Sí, las caras de las mujeres han tenido harto poder sobre mí para que no les tema. Un evangelista no debe reparar en ellas. Y la tuya me recuerda unos tiempos que quisiera olvidar.

La conversación derivó luego hacia las observaciones que le sugerían su distraído caminar por aquellos parajes. Se preguntaba Tess cuándo se despediría de ella, sin atreverse a despedirlo francamente. Cuando pasaban junto a un portillo o una verja veían pintadas en ellos en rojo o azul sentencias breves tomadas de las Sagradas Escrituras, y ella le preguntó si sabía quién había puesto allí aquellas advertencias. Le dijo Alec que era un hombre que lo hacía por encargo suyo y de otros

que con él trabajaban en aquella comarca, con objeto de conmover los corazones de una generación depravada.

Andando, andando, llegaron al sitio denominado Cross-in-Hand. Era aquél el lugar más solitario de toda la blanca y desolada meseta. Tan distante se hallaba del encanto que en el paisaje buscan los artistas y aficionados a panoramas pintorescos, que tomaba como una suerte de belleza negativa de trágico matiz. Debía el paraje su nombre a un pilar de roca que allí se alzaba; extraño monolito, procedente de una cantera de los alrededores, en el que se veía una mano humana toscamente esculpida. Acerca de su origen y significado corrían distintas versiones, afirmando algunas que en otro tiempo el monolito estaba entero, formando una cruz, de la que ahora sólo quedaba el tronco, mientras otras aseguraban que la piedra se conservaba en su condición y forma primitivas, habiendo sido colocada allí para marcar un límite o señalar un punto de reunión. Pero sea cual fuere el origen de la reliquia, era y es algo siniestra o solemne, en relación con el carácter del panorama que la circunda y bastante a conmover al más templado transeúnte.

—Tengo que dejarte ya, Tess —observó, Alec, al llegar al mencionado sitio—. He de predicar en Abbot's-Cernel a las seis, y mi camino tuerce aquí a la derecha. Además, que me alteras un poquito…, no puedo decir por qué. Tengo que separarme de ti y ver de cobrar ánimos. Pero antes dime, ¿cómo es que ahora te expresas tan bien? ¿Quién te ha enseñado a hablar con tanta corrección?

—En las vicisitudes que me han ocurrido he aprendido muchas cosas —replicó ella con acento evasivo.

—¿Y qué vicisitudes han sido ésas?

Ella le refirió la primera, la única que con él se relacionaba. Quedó d'Urberville atónito unos instantes al saber la noticia. Luego murmuró:

—Nada supe hasta ahora, ¿por qué no me escribiste cuando sentiste cercano el trance?

No replicó Tess, y Alec rompió el silencio, diciéndole:

—Bueno, ya haré por verte en otra ocasión.

—No —exclamó ella—, ¡no vuelva usted a acercarse a mí!

—Bueno. Pero antes de separarnos, ven acá. —Y Alec se acercó a la piedra—. Ésta que ves fue una cruz santa. En mi credo no tienen cabida las reliquias, pero hay momentos en que te temo mucho más a ti de lo que tú debieras temerme ahora, y para calmar este temor mío, pon tu mano en esta mano de piedra y jura que jamás has de tentarme con tus encantos y gracia.

—Pero ¡Dios mío!, ¿para qué pedirme una cosa tan innecesaria? ¡No hay nada más lejos de mi pensamiento!

—¡De todos modos, júralo!

Tess, un poco asustada, accedió a su vehemente ruego, puso la mano en la piedra y juró.

—Siento que no seas creyente —dijo—, que algún incrédulo te haya sugestionado y vuelto el juicio. Mas por ahora, basta. En casa pediré por ti, y quién sabe lo que dispondrá Dios. ¡Ahora separémonos! ¡Adiós, Tess!

Se dirigió hacia un portillo del seto, y sin mirarla más, saltó la valla y cruzó el barranco en dirección a Abbot's-Cernel. Su inquieto paso denotaba gran perturbación espiritual, y a poco, como instigado por un pensamiento anterior, sacó del bolsillo un librito entre cuyas hojas había una carta

doblada, muy resobada y sucia de lo muy leída. D'Urberville desdobló la carta. Estaba fechada unos meses atrás y la firmaba el pastor Clare.

Empezaba la carta expresando la sincera alegría del firmante por la conversión de d'Urberville y agradeciéndole su atención al participarle la gratísima nueva. Expresaba el pastor la viva esperanza que abrigaba de que había de serle perdonada a d'Urberville su antigua conducta, y el interés que le inspiraban los planes del joven para lo futuro. Añadía el pastor que con mucho gusto hubiera deseado ver a d'Urberville formar parte de la Iglesia a cuyo ministerio había él consagrado tantos años de su vida, y que a tal efecto le hubiera ayudado a ingresar en algún seminario teológico, pero que, no teniendo el joven tal propósito, por no avenirse a la demora que aquello implicaría, no quería insistir más. Cada cual ha de laborar como pueda y según el camino por que el espíritu le lleve.

Leyó y releyó d'Urberville esta carta y pareció dibujarse en su rostro una mueca de burlón cinismo. Leyó también varios pasajes de su cuaderno mientras caminaba, hasta que al fin recobró la serenidad, logrando, al parecer, ahuyentar de su mente la turbadora imagen de Tess.

Ésta, entretanto, había seguido su camino por la falda del monte, buscando el más corto para volver a su casa. Cuando ya llevaba andado más de un kilómetro se encontró con un pastor solitario.

—¿Qué representa ese pilar de piedra que hay allá abajo? —le preguntó—. ¿Fue alguna vez una cruz santa?

—¡Ca!, no, señora; no fue nunca una cruz. Es de mal agüero. La plantaron allí en tiempos antiguos los parientes de un malhechor que en aquel lugar atormentaron, clavándole las manos en un madero y ahorcándolo después. Debajo de la columna están enterrados sus huesos. Dicen que el difunto vendió su alma al diablo y que a veces ronda por los alrededores del lugar.

Sintió Tess desfallecimiento al oír la inesperada y espeluznante relación, y se alejó de allí. Anochecía ya cuando llegó a Flintcomb-Ash, y a la entrada de la aldea se encontró en el camino con una muchacha que estaba conversando con su novio sin que ninguno de los dos reparase en ella. No hablaban en secreto, y la voz confiada y franca con que la joven contestaba a las más ardorosas instancias del mozo se difundían por el frío ambiente como única nota delicada y grata en el sombrío horizonte, inundado de inerte oscuridad, con ninguna otra cosa turbada. Aquellas voces reanimaron un instante el corazón de Tess, hasta que luego recapacitó en que aquella conversación de novios venía a ser resultado de la misma atracción que constituyera el preludio de su desventura. Al pasar junto a ellos, se volvió la joven sin azorarse y la reconoció, en tanto él se apartaba cohibido. La muchacha no era otra que Izz, la cual, curiosa por saber el resultado de la excursión de Tess, se olvidó un momento de su galán. No le descubrió ésta del todo el fracaso de su jornada, e Izz, que era discreta, pasó a hablarle de lo suyo, que en parte ya había presenciado Tess.

—Es Amby Seedling, aquel chico que solía venir a echarnos una mano a Talbothays —le explicó con aire indiferente—. Preguntando por mí, se enteró de dónde estaba y vino a buscarme. Dice que lleva ya dos años queriéndome. Pero yo todavía no le he dicho nada definitivo.

XLVI

Varios días habían transcurrido desde la infructuosa excursión de Tess y la joven se hallaba de nuevo en el campo. Soplaba todavía el viento del seco invierno, pero un abrigo de ramaje y paja, levantado contra la corriente del aire, la resguardaba de su azote. En la parte del campo así defendida había una máquina mondadora de nabos, cuyo viso azul de pintura reciente parecía lanzar gritos en el por lo demás tranquilo escenario. Frente a dicho artefacto se extendía una trinchera o foso donde permanecían resguardadas las raíces desde el principio del invierno. De pie, junto al extremo descubierto, se ocupaba Tess en desbrozar con su almocafre las fibras y la tierra adheridas a las raíces, arrojándolas seguidamente a la mondadora. De poner en movimiento la máquina se encargaba un hombre, viéndose a poco salir las mondadas pulpas, cuyo rumor iba acompañado del que hacían el viento y el roce de las tajantes hojas y del escardillo en la enguantada mano de la muchacha.

El dilatado horizonte, vestido del suave matiz parduzco de la tierra en los trechos donde se habían arrancado las raíces, comenzaba a listarse de rayas más oscuras que iban poco a poco ensanchándose hasta semejar cintas de un color siena vivo. Por sus bordes se deslizaba una cosa movida por diez patas que avanzaba lenta, pero continuamente, recorriendo los trozos de terreno de arriba abajo; eran dos caballos y un hombre, entre los cuales se arrastraba el arado, removiendo el terreno segado que había de recibir la siembra primaveral.

Durante algunas horas no vino nada a animar aquella monotonía. Luego, más allá del punto en que se movía el arado, se divisó una mota negra. Había entrado por la esquina del seto, donde había un portillo, y a juzgar por su rumbo, se dirigía hacia el alto en que trabajaban los cortadores.

Semejante a lo primero a un puntito negro, fue agrandándose después, hasta que por fin pudo verse que era un hombre vestido de negro que marchaba en dirección a Flintcomb-Ash.

El maquinista, no teniendo otra cosa en que fijar la mirada, no cesaba de observar al caminante, pero Tess, que estaba ocupada, no reparó en él hasta que su compañero le llamó la atención.

No era el recién llegado el adusto patrono, el labrador Groby, sino un hombre de indumento semiclerical cuya figura correspondía al desenvuelto y osado Alec d’Urberville de otros tiempos. Sin el ardor que la predicación le infundía resultaba ahora más frío y sereno, pareciendo cohibirle la presencia del maquinista. Palideció Tess y se echó más sobre los ojos el sombrero.

D’Urberville se le acercó y con mucha suavidad le dijo:

—Tengo que hablarte, Tess.

—No ha hecho usted caso de mi último ruego. Le pedí que no volviera a acercarse a mí —replicó la joven.

—Es que tengo para ello un motivo muy serio.

—Bueno, pues hable pronto.

—Es más serio de lo que imaginas.

Miró a su alrededor, como temeroso de que alguien pudiera oírlo. Estaban a alguna distancia del maquinista y el ruido que armaba el artefacto era bastante para impedir que nadie oyera las palabras

de Alec. Éste se interpuso entre Tess y el maquinista, vuelto de espaldas al último.

—Mira —continuó él con afectada compunción—. Preocupado únicamente con tu alma y la mía la última vez que nos vimos, me olvidé de preguntarte por tu situación material. El verte bien vestida tuvo la culpa. Pero ahora veo que arrastras una vida penosa, más penosa que cuando yo te conocí, más penosa de la que tú mereces. ¡Y quizá de ello sea yo en gran parte culpable!

No replicó Tess, y Alec la miró interrogante, mientras ella con la cabeza baja, completamente oculta por el ala del sombrero, reanudaba su tarea de desbrozar raíces. Absorta en su labor pensaba la joven que podría disimular sus emociones.

—¡Tess —añadió Alec con un suspiro de contrariedad—, lo que hice contigo fue la peor de mis hazañas! ¡De sus consecuencias no tuve noticia hasta que tú me lo contaste! ¡Fui un malvado al mancillar tu vida inocente! ¡De mi abusivo comportamiento contigo en Trantridge sólo yo soy el culpable! Pero también tú, que llevas en tus venas la verdadera sangre, de la que no es la mía sino una mala imitación, estuviste muy ciega respecto a sus consecuencias. Pienso muy seriamente ahora que es una vergüenza que los padres tengan a sus hijas en tan peligrosa ignorancia de las redes y artificios que pueden tenderle los malvados, aunque los motivos que para ello tengan sean buenos.

Tess no hacía más que escuchar dejando una raíz para coger otra, con automática regularidad, dando la impresión únicamente de una trabajadora celosa y activa.

—Pero no creas que te he buscado para decirte sólo esto —prosiguió d’Urberville—, sino para exponerte mi situación, que es ésta. Después de dejar tú Trantridge murió mi madre, de suerte que todo aquello es mío. Pero me propongo venderlo y dedicarme a las misiones en África. Mal negocio voy a hacer sin duda en esa venta. Pero me interesa saber si tú estás dispuesta a dejarme que cumpla con mi deber que es reparar en la única forma posible la mala partida que te jugué. En una palabra: ¿quieres ser mi mujer y venirte conmigo? Ya tengo en mi poder este preciado documento. Fue el último deseo de mi madre al morir.

Sacó del bolsillo un trozo de pergamino, después de rebuscar con leve azoramiento.

—¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Una licencia de matrimonio.

—¡Déjeme usted! —dijo ella con vehemencia, mirando a otra parte.

—Pero ¿cómo? ¿No quieres ser mi esposa?

Y al formular esa pregunta cruzó por su rostro una mueca de contrariedad, que indicaba algo más que el natural disgusto por ver que le dificultaban el cumplimiento de su deber. Fue aquél síntoma inequívoco de que aún alentaba en él algo de su antigua pasión por Tess; deber y deseo marchaban de la mano.

—¿Quizá…? —insinuó en tono más vehemente y mirando de reojo al maquinista.

Comprendió Tess que la cosa no podía quedar así. Informando al hombre de que había venido a verla un caballero, con quien quería apartarse andando un poco, se alejó en compañía de d’Urberville por el campo, listado como la piel de una cebra. Al llegar al trozo de terreno arado él le tendió la mano para ayudarla a andar, pero ella siguió caminando por las lomeras de los surcos, sin darse por entendida de aquel ademán.

—Tess, ¿no quieres casarte conmigo y ayudarme a hacerme un hombre de bien? —repitió Alec

cuando pasaron los surcos.

—No puedo.

—Pero ¿por qué?

—Ya sabe usted que no le quiero.

—Pero tal vez pudieras llegar a tomarme cariño con el tiempo…, tan pronto como me perdones…

—Nunca.

—¿Por qué lo dices de un modo tan terminante?

—Porque quiero a otro hombre.

Aquellas palabras le produjeron a d'Urberville intenso asombro.

—¿De veras? —exclamó—. ¿Que quieres a otro? ¿Pero es que no tiene peso en ti el sentido de lo que es moralmente bueno y lícito?

—No hable usted así…

—Ese amor tuyo, ese amor a otro hombre no puede ser más que una afición pasajera que no te costará trabajo olvidar…

—No, no es eso.

—¿Pues cómo? ¿Por qué no es lo que digo?

—No puedo decírselo.

—Pues debes hacerlo, por tu honor.

—Está bien, se lo diré. ¡Porque estoy casada con él!

—¡Ah! —exclamó él estupefacto, y parándose de pronto, se quedó mirándola fijamente.

—No quería decírselo…, no pensaba decírselo —repuso ella disculpándose—. Es un secreto para esta gente, o por lo menos pocos son los que lo saben. Así que le ruego no me haga más preguntas. Tenga usted presente que ahora somos extraños el uno para el otro.

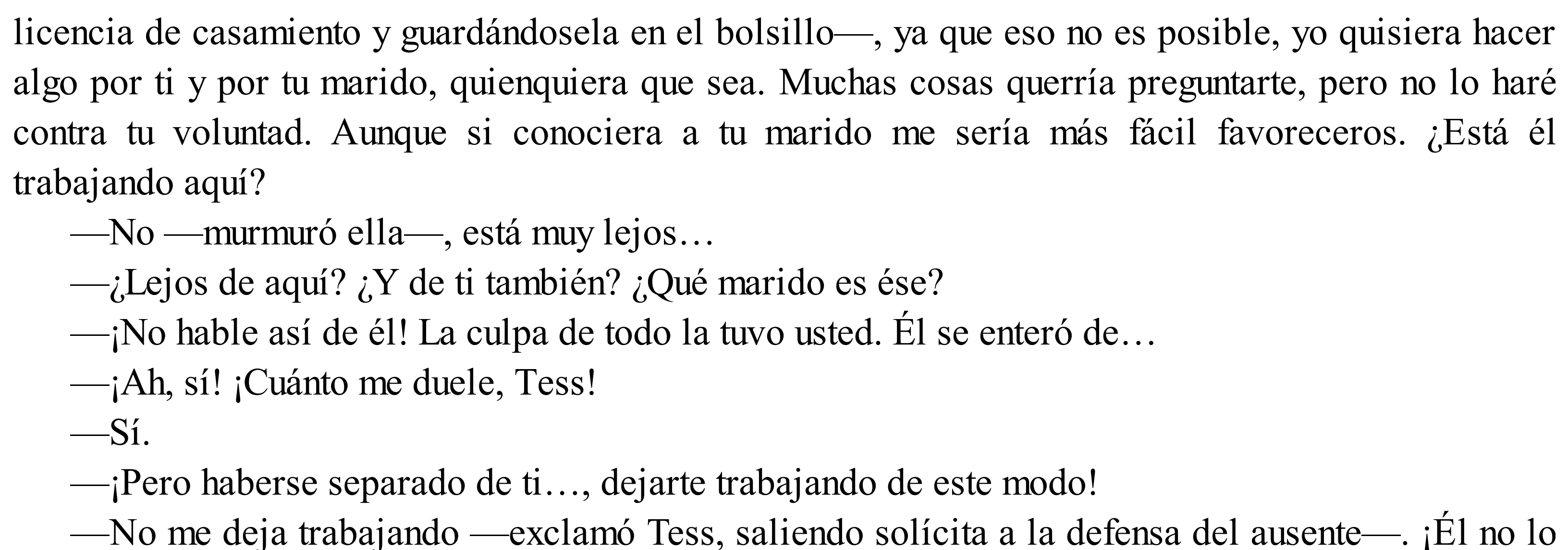
—¡Extraños! ¡Que somos extraños! ¡Extraños!… —Por un momento asomó a su rostro un relámpago de su antigua ironía, pero la refrenó decididamente—. ¿Es ese hombre tu marido? —le preguntó señalando al obrero encargado de la mondadora.

—¿Ese hombre? —protestó ella orgullosa—. ¡Claro que no!

—Entonces, ¿quién?

—No me pregunte usted lo que no quiero decirle —imploró ella, echando atrás la cara y entornando los ojos. D'Urberville estaba turbado.

—Conste —exclamó acalorado— que si te propuse ese casamiento fue mirando por tu bien. ¡Por los ángeles del cielo! Dios me perdone la expresión…, te juro que vine por lo que yo estimaba que era tu bien. No me mires así, Tess, que no puedo resistir tu mirada. No ha habido otros ojos como ésos desde que el mundo es mundo. No, no quiero perder el juicio… Confieso que al verte de nuevo se despertó en mí aquel amor que yo creía extinguido, con todas esas sensaciones creí que nuestra boda podía ser una santificación para los dos. «El marido incrédulo sea santificado por la esposa, y la mujer incrédula, por el marido[129]». Esto fue lo que a mí mismo me dije, ¡pero mi plan me es arrebatado, y tengo que soportar la decepción! —Y se quedó reflexionando con la vista fija en el suelo—. ¡Casada! ¡Casada! Bueno, siendo así —añadió ya con calma, partiendo en dos pedazos la



licencia de casamiento y guardándosela en el bolsillo—, ya que eso no es posible, yo quisiera hacer algo por ti y por tu marido, quienquiera que sea. Muchas cosas querría preguntarte, pero no lo haré contra tu voluntad. Aunque si conociera a tu marido me sería más fácil favoreceros. ¿Está él trabajando aquí?

—No —murmuró ella—, está muy lejos…

—¿Lejos de aquí? ¿Y de ti también? ¿Qué marido es ése?

—¡No hable así de él! La culpa de todo la tuvo usted. Él se enteró de…

—¡Ah, sí! ¡Cuánto me duele, Tess!

—Sí.

—¡Pero haberse separado de ti…, dejarte trabajando de este modo!

—No me deja trabajando —exclamó Tess, saliendo solícita a la defensa del ausente—. ¡Él no lo sabe! Es por mi voluntad…

—¿Pero no te escribe?

—No puedo…, no puedo ser más explícita. Éstas son cuestiones de carácter íntimo.

—Eso quiere decir que no te escribe. ¡De modo que eres una esposa abandonada, mi bella Tess!

Se volvió Alec súbitamente para cogerle una mano, pero como Tess tenía las dos enguantadas, sólo apresó aquél los ásperos dedos de cuero, que no tenían la forma ni la vida de los de dentro.

—¡No me toque…, no me toque! —gritó con espanto la joven, y sacando del guante la mano se lo dejó en las suyas—. ¡Váyase de aquí por mi bien y el de mi marido! ¡Vayase en nombre de su cristianismo!

—Sí, sí, me iré —dijo Alec, y devolviéndole a Tess el guante hizo ademán de partir. Pero antes, mirando a su alrededor, dijo—: ¡Como Dios ha de juzgarme, que no tenía intención de nada malo al quererte coger la mano!

Un ruido de cascos que ellos no advirtieran, embebecidos como estaban en su conversación, fue a extinguirse a muy poca distancia de donde estaban.

Y Tess oyó una voz:

—¿Qué diablos hace usted a esta hora desatendiendo su trabajo?

El labrador Groby les había observado desde lejos y se acercó para inquirir qué hacían en su campo, pues los había tomado por gente extraña.

—¡No hable usted de ese modo! —le interrumpió d’Urberville, expresando en el semblante algo que no era muy cristiano.

—¡Vaya, hombre! ¿Qué tendrá que ver en todo esto un cura metodista?

—¿Quién es este hombre? —preguntó d’Urberville volviéndose a Tess.

Ella se acercó a Alec y le dijo:

—¡Vayase, se lo ruego!

—¡Cómo! ¿Que me vaya y te deje aquí con este tirano? Tiene trazas de patán.

—No ha de hacerme ningún daño. Éste no está enamorado de mí. Yo puedo salir de aquí para el día de la Virgen.

—Bueno, supongo que no me queda otro recurso que obedecerte. Así que ¡adiós!

Luego que hubo desaparecido su defensor, que era a quien Tess temía más, el labrador reanudó

su reprimenda, que la joven aguantó con la mayor indiferencia, por tratarse de una acometida de todo punto ajena al sexo. El hecho de tener por amo a aquel hombre de piedra, que sería capaz de cruzarle la cara, si le parecía, era para ella un alivio después de todo lo que había padecido. Así que volvió en silencio al altozano donde estaba trabajando, tan absorta en el recuerdo de la entrevista que acababa de celebrar con d'Urberville, que apenas si se percataba de que el hocico del caballo de Groby casi le daba en el hombro.

—¿Y de esa forma va usted a trabajar para mí hasta el día de la Virgen? Pero descuide usted, que ya tendré yo cuidado de que cumpla mejor —refunfuñó el hombre—. ¡Qué asco de mujeres! ¡Un día salen con una cosa, y otro con otra! ¡Pero no lo toleraré por más tiempo!

Sabiendo muy bien que no hostigaba a las demás mujeres de la labor con el encono que a ella, movido del despecho que hubo de causarle el rechazo que le diera tiempos atrás, se figuró Tess el cuadro tan distinto que pudiera haber resultado de haberse ella encontrado en condiciones de poder casarse con Alec d'Urberville. Éste la hubiera emancipado de toda sujeción, no sólo de la férula de su actual patrono, sino también de todo un mundo que parecía despreciarla.

«¡Pero no, no!», se decía la joven desalentada. «No hubiera podido casarme con él ahora. Me inspira repugnancia».

Aquella misma noche comenzó una conmovedora carta para Ángel, ocultándole sus penalidades y reiterándole su inquebrantable amor. Quien leyera entre líneas hubiera podido descubrir que en el fondo de su gran amor se dejaba traslucir un monstruoso espanto, casi una desesperación ante la idea de ciertas contingencias secretas que no especificaba la misiva. Pero no llegó Tess a concluir su efusivo alegato; Ángel había requerido a Izz para que se fuera con él, y eso quizá fuera indicio de que ya no quería a su mujer legítima. Tess guardó la carta en un baúl y se preguntó a sí misma si llegaría alguna vez a las manos de Ángel.

Continuó haciendo sus penosas tareas diarias, hasta que llegó por fin el día más importante para los labradores: la feria de la Candelaria. Era en esta feria donde se concertaban los nuevos empleos para el año de labor que empezaba a contarse desde el día de la Anunciación, y los trabajadores que pensaban cambiar de granja acudían puntualmente a la ciudad en que se celebraba la feria. Casi todos los braceros de Flintcomb-Ash pensaban despedirse, y ya en la madrugada de aquel día comenzó el éxodo rural a la ciudad, que distaba unos veinte kilómetros de allí, por un camino accidentado y monstruoso. Aunque también Tess tenía intención de despedirse para el día señalado, fue una de las pocas que no acudieron a la feria por tener la vaga esperanza de que acaso le ocurriera algo impensado que hiciese innecesario el que siguiese trabajando en las faenas agrícolas.

Era un día apacible de febrero, tan desacostumbradamente benigno que casi parecía que ya se había ido el invierno. No bien hubo concluido Tess de desayunarse cuando la presencia de d'Urberville ensombreció la ventana de la casa en que ella se alojaba y donde aquel día estaba completamente sola. Se levantó súbitamente la muchacha, pero ya había llamado su visitante y no encontró pretexto para huir. La manera de llamar y acercarse a la puerta que tuvo el converso distaban muchísimo de las que empleara en su anterior visita. Parecía que él mismo se avergonzaba de sus propias acciones. Tess pensó no abrirle, pero comprendiendo luego lo insensato de semejante expediente, se decidió a hacerlo, y descorriendo el cerrojo retrocedió con brusco respingo. Entró él,

y lo mismo fue verla que dejarse caer en una silla sin decir una palabra.

—Tess —exclamó luego con acentos de desesperación, en tanto se enjugaba el sofocado rostro, cubierto por arreboles de sobrexcitación—. Yo sentía que era mi deber venir por lo menos a enterarme de tu situación. Te aseguro que no había vuelto a pensar en ti ni una sola vez hasta que te vi aquel domingo, pero desde ese día me persigue tu imagen, y haga lo que haga no puedo librarme de ella. Es incomprensible que una mujer buena pueda resultar nociva para un hombre malo, pero así es. ¡Si siquiera le pidieses a Dios por mí!

El reprimido descontento que acusaban sus palabras y modales casi movía a compasión, pero Tess no la tuvo de él.

—¿Cómo he de pedirle a Dios por usted —le dijo— si se me prohíbe creer que el gran poder que mueve el mundo pueda alterar sus planes por mí?

—Pero ¿de veras piensas eso?

—Sí, estoy ya curada del engaño de pensar de otro modo.

—¿Curada? ¿Quién te curó, mujer?

—Pues mi marido, ya que se empeña usted en saberlo.

—¡Ah, tu marido, tu marido! ¡Qué raro! Recuerdo que ya me dijiste algo de eso el otro día. Perc ¿en qué crees realmente, Tess? Parece que en nada, quizá por culpa mía…

—Tengo creencias. Aunque no en nada sobrenatural.

D'Urberville la miró con recelo.

—Entonces ¿te parece equivocado el rumbo que sigo en la vida?

—¡Y tanto que me lo parece!

—¡Y, sin embargo, a mí se me antojó tan seguro! —suspiró Alec con inquietud.

—Yo creo en el *espíritu* del Sermón de la Montaña y también creía mi marido… Pero no crec en…

Y expuso entonces las cosas en que no creía.

—El hecho es —la atajó secamente d'Urberville— que cualquiera que sea la creencia de tu marido, tú la aceptas, y lo que él rechaza, tú lo rechazas también, sin meterte en más averiguaciones, ¿no es eso? Así sois las mujeres. Tú tienes tu pensamiento esclavizado al suyo.

—¡Sí, porque él lo sabía todo! —exclamó Tess con sencillez triunfal de una fe en Ángel Clare de la que no hubiera sido digno ni el hombre más perfecto, mucho menos su marido.

—¡Bueno! Pero tú no debes aceptar a ojos cerrados las opiniones negativas de nadie. Buen hombre debe ser el que te ha inculcado tal escepticismo.

—Nunca me ha impuesto su modo de pensar. Jamás quiso discutir conmigo sobre esas cuestiones. Sólo que yo me digo: lo que él cree después de haber penetrado hasta el fondo de las cosas, ha de tener más probabilidades de ser cierto que lo que pueda creer yo por mí misma, sin tener instrucción.

—¿Qué decía él? Porque algún razonamiento te haría…

Reflexionó Tess unos instantes y con aquella su felicísima memoria que retenía al pie de la letra todas las observaciones de Ángel, aunque no comprendiera su esencia, recordó un despiadado silogismo polémico que le oyera una de las muchas veces en que, hallándose a su lado, se había entregado él a una suerte de raciocinio en voz alta. Y al reproducir las frases de Ángel, les daba su

mismo acento y énfasis.

—Repítelo otra vez —le dijo d'Urberville, después de escucharla con atención profunda.

Repitió ella el argumento, y d'Urberville, pensativo, fue murmurando las palabras a medida que las pronunciaba la joven.

—¿Recuerdas algo más? —le preguntó luego.

—Otra vez me dijo algo parecido a esto.

Y citó otro argumento que pudiera haber pretendido cierto paralelismo y concomitancia de linaje con obras desde el *Diccionario filosófico* a los *Ensayos* de Huxley[130].

—Pero ¿cómo los recuerdas tan bien?

—Porque yo quería creer lo que él creía, aunque él no lo quería, y hacía por sonsacarle, a fin que me dijera algunos pensamientos suyos. No puedo decir que entienda bien éste, pero sé que es verdad.

—Es curioso que puedas enseñarme lo que no entiendes.

Y d'Urberville se quedó pensativo.

—Uní mi suerte espiritual a la suya —concluyó Tess—; no quería que fueran diferentes. Lo que es bueno para él, es bueno para mí.

—¿Y sabe él que tú eres una incrédula tan grande como él?

—No, eso nunca se lo dije…, si es que de verdad soy incrédula.

—Sí que lo eres; hoy, Tess, estás en mejor situación que yo. Tú no crees que debas predicar mi doctrina, y por lo tanto no puede repugnar a tu conciencia el que no lo hagas. Mientras que yo creo que debo predicarla y, como el diablo, creo y tiemblo[131], porque de repente me dejo de predicaciones y me abandono a la pasión que me inspiras.

—¿Cómo?

—Nada. ¡Que me he dado toda esta caminata sólo por verte hoy! —dijo él con sequedad—. Salí de casa con la intención de dirigirme a la feria de Casterbridge, donde tengo que predicar a las dos y media desde lo alto de un carro y donde ya me estarán esperando todos los fieles. Mira el anuncio.

Y sacó del bolsillo un cartel, en el que se indicaba el día, hora y lugar de reunión donde d'Urberville había de predicar el Evangelio.

—Pero ¿cómo va usted a llegar a tiempo? —le dijo Tess mirando el reloj.

—Ya no puedo ir allá. ¿No ves que me he venido aquí?

—¿De modo que se compromete usted a predicar y…?

—Sí, y no estaré en el sitio designado… por la única razón de mi ardiente deseo de ver a una mujer a la que desprecié en otra ocasión… Aunque no, te doy mi palabra de que nunca te desprecié. Si te hubiera despreciado entonces no podría amarte ahora. A pesar de todo fuiste siempre para mí una mujer inmaculada. Tú te apresuraste a apartarte de mí en cuanto te percataste de la situación; no te sometiste a mis caprichos, de suerte que por lo menos hay en este mundo una mujer a la cual no desdeño, y esa mujer eres tú… ¡Tú sí que puedes despreciarme a mí ahora! Yo pensaba adorar en las montañas, pero ahora veo que sigo amando en los bosques[132]. ¡Ja, ja!

—¡Alec d'Urberville! ¿Qué significa esto? ¿Qué significa? ¿Qué he hecho yo?

—¿Que qué has hecho? —exclamó él con despiadado acento de zumba—. Adrede, nada. Pero has tenido, inocentemente, la culpa de mi «vuelta a las andadas», como llaman a esto por ahí. Me

pregunto a mí mismo si seré, por ventura, uno de esos «siervos de la corrupción», que después de haber escapado del lodazal mundano vuelven a hundirse en él, y «cuyo fin es peor que su comienzo». —Posó una mano en el hombro de la joven—. ¡Tess, hermosa mía, yo estaba en el camino de mi salvación, al menos de mi salvación social, hasta que te volví a encontrar! —dijo enardecido, zarandeándola como si fuera un niño—. ¿Por qué me tentaste? ¡Yo era el más entero de los hombres, hasta que volví a ver esos ojos y esa boca…, esa boca que es la más enloquecedora que se ha visto en el mundo desde los tiempos de nuestra madre Eva! —Bajó la voz y asomó a sus ojos un maligno fuego—. ¡Tentadora Tess, condenada hechicera de Babilonia[133], en cuanto volví a verte flaqueó mi entereza!

—¡Yo no pude impedir que usted me volviera a ver! —dijo Tess, retrocediendo.

—Ya lo sé, y te repito que no te culpo. Pero ahí está el hecho. ¡Cuando vi que aquel hombre te trataba tan mal en el trabajo, estuve a punto de volverme loco, pensando que no tenía derecho a salir en tu defensa, que nunca podré tenerlo, mientras que el que lo tiene te deja abandonada!

—¡No le ofenda usted, que no está delante para defenderse! —exclamó ella muy excitada—. Trátele con respeto, que no le ha hecho nada malo. ¡Y apártese de mí antes de que el escándalo llene de oprobio mi honrado nombre!

—Te dejaré, sí —dijo él como hombre que despierta de un sueño espantoso—. Ya he faltado a mi promesa de echarles un sermón a esos borrachines de la feria, es la primera vez que me tomo tal libertad… Hace un mes, me hubiera horrorizado de sólo pensarlo. ¡Me iré, sí, lo juro, me iré, digo, si es que puedo! —Y a renglón seguido añadió—: ¡Un abrazo, Tess, uno solo! ¡Aunque no sea más que por nuestro antiguo amor!

—¡Estoy indefensa, Alec! ¡Piense usted que en mí está el honor de un hombre bueno…, piénselo y avergüéncese!

—Sí, sí, es verdad.

Frunció rápidamente los labios, enojado consigo mismo por su flaqueza. Sus ojos estaban igualmente vacíos de fe mundana y fe religiosa. Los cadáveres de aquellas desenfrenadas pasiones que yacían entre las facciones de su rostro parecían resucitar, apiñándose. Por fin salió de la casa, alejándose de allí sin rumbo fijo.

No obstante haber declarado d’Urberville que su falta al sermón de aquel día era la sencilla recaída de un creyente, las palabras de Tess, eco de las de Ángel Clare, habían hecho en su ánimo impresión profunda y continuaron haciéndola después de haberse separado de Tess. Anduvo en silencio como si sus energías se le hubiesen entumecido por efecto de la posibilidad, que no sospechaba hasta entonces, de que su situación fuera insostenible. No había tenido parte la razón en su conversión caprichosa, que acaso fuera tan sólo humorada de hombre inconsistente que anda a la busca de sensaciones nuevas y consecuencia también de la impresión temporal que en él causara la muerte de su madre.

Aquellas gotitas de lógica que Tess dejara caer en el mar de su entusiasmo dieron por resultado apagar su efervescencia. En tanto se alejaba, repasaba en su mente una y otra vez las frases cristalizadas que la muchacha le transmitiera. «¡Qué poco sabía», se decía, «ese inteligente muchacho que al decirle esas cosas a Tess contribuía a allanarme el camino para volver a ella!».

XLVII

Va a dar principio en Flintcomb-Ash la última trilla del trigo. El alba de la mañana de marzo está muy nublada y por parte alguna se vislumbra el sol. Sobre el cielo crepuscular se alza el ápice trapezoidal de la niara que estuvo abandonada allí todo el invierno, aguantando las lluvias y temporales.

Al llegar Izz y Tess, sólo un crujiente rumor les dio a entender que las otras se les habían adelantado, pero al clarear más el día pudieron ver las siluetas de dos hombres que trabajaban en lo más alto de la hacina. Se ocupaban éstos en desmontar la techumbre de paja de la pila, antes de proceder a demoler el macizo, echando las gavillas al suelo; y en tanto que adelantaba esa operación, las dos jóvenes aguardaban tiritando, junto a las otras mujeres arrebujadas en sus pardos ropones, pues el colono Groby les había mandado que estuvieran allí tempranito con objeto de que al anochecer hubiera ya concluido la faena. Al socaire de la pila y apenas visible, estaba el rojo tirano que las mujeres habían venido a servir —un artefacto de madera con ruedas y correas anejas—, la trilladora, que mientras funcionaba no dejaba de poner a prueba un momento la resistencia de los nervios y músculos de los trabajadores.

Poco más allá se veía un bulto negro, el cual dejaba oír un persistente silbido, indicador de una inmensa reserva de energías.

La larga chimenea que se alzaba paralela a un fresno y el calor que despedía el artefacto daban a entender, sin que fuera precisa la luz del día, que aquello era la máquina que iba a hacer de *primum mobile* en aquel pequeño mundo.

Junto a la máquina estaba un ser sombrío e inmóvil, un bulto muy alto, tiznado y mugriento, con un montón de carbón a su lado; era el maquinista. El aislamiento en que parecía considerarse y su negro color le daban el aspecto de una criatura del averno que se hubiera extraviado hasta ir a parar en la diafanidad limpia de humos de aquella región de amarillo grano y pálido suelo, con la que nada tenía de común, asombrando y empavoreciendo a sus habitantes.

Y lo que su apariencia sugería era lo que él sentía. Estaba en el mundo agrícola, sin formar parte de él. Era un servidor del fuego y el humo, mientras que aquellos ciudadanos de los campos lo eran de la vegetación, el tiempo, el sol y las heladas. Viajaba con su artefacto de finca en finca y de condado en condado, porque todavía la trilladora de vapor era trashumante en aquella parte del Wessex. Hablaba con marcado acento del norte, concentrado en sus pensamientos, atento únicamente a su obligación; apenas si reparaba lo más mínimo en las escenas que le rodeaban. Sólo mantenía con los demás el trato estrictamente necesario, cual si estuviera condenado a vagar por allí contra su voluntad al servicio de su plutónico señor[134]. La larga correa que iba desde la rueda motora del artefacto a la roja trilladora colocada bajo el cobertizo era el único lazo que le unía con el mundo agrícola.

Mientras descargaban las gavillas, permaneció él como ausente, junto a su portátil almacén de fuerza, en torno a cuya caliente negrura tiritaba el aire mañanero. Él no tenía nada que ver con los

preparativos. Tenía encendido el fuego y comprimido el vapor, y en pocos segundos podía poner en movimiento la larga correa, imprimiéndole una invisible velocidad. Más allá de su esfera profesional, todo le resultaba indiferente. Cuando algún labriego le preguntaba cómo se llamaba, contestaba él, lacónico: «Maquinista».

Era ya pleno día cuando quedó desmontada la techumbre de paja, ocupando entonces sus puestos los trabajadores de ambos sexos y dando comienzo a la labor. Ya estaba allí Groby —o «él», como todos le llamaban—, y cumpliendo sus órdenes, se colocó Tess en la plataforma de la máquina, junto al hombre que la alimentaba de combustible, con el cometido de desatar las gavillas de grano que le fuera entregando Izz, la cual estaba a su lado, pero sobre la hacina, de suerte que el hombre pudiera coger las gavillas y extenderlas sobre el tambor giratorio, que al punto esparcía en un momento todo el grano.

Pronto, después de una o dos sacudidas iniciales, que regocijaron a los enemigos de la mecánica, empezó ya la máquina a marchar normalmente, siguiendo, rápida, la faena hasta la hora del desayuno, en que se suspendió por media hora el trabajo, empleándose luego la fuerza complementaria de la finca en la labor de construir la niara que fue creciendo junto a la hacina de mies. Comieron aprisa los braceros sin dejar sus puestos, y continuaron trabajando dos horas más hasta la otra comida; las ruedas inexorables giraban sin parar y el zumbido penetrante de la trilladora les ponía los nervios de punta a cuantos se hallaban próximos a aquel veloz torbellino.

Los viejos que amontonaban la paja sobre el almiar recordaban aquellos tiempos en que se trillaba con mayales sobre el suelo de la era y hasta se ahechaba a brazo, procedimiento que, a juicio suyo, aunque lento, producía mejores resultados. También los de la hacina de mies le daban a la lengua, mas los que sudaban junto a la máquina, Tess entre ellos, no podían entregarse a la conversación mientras hacían su penosa faena. La continuidad de la labor llegó a fatigarla de tal modo que hubo de arrepentirse de haber ido allí. Las mujeres del almiar, Marian entre ellas, podían detenerse de cuando en cuando para beber cerveza o té frío, y cambiar unas palabras mientras se enjugaban los rostros o se sacudían de sus ropas las aristas de paja; mas para Tess no había ningún respiro, pues como el tambor no paraba nunca, tampoco podía parar el hombre que lo alimentaba ni ella, que tenía que proveerle de gavillas sueltas, a no ser que la reemplazara Marian, según lo hizo varias veces contra la voluntad de Groby, que decía era demasiado pesada y lenta para aquello.

Probablemente había alguna razón económica para que eligiesen a una mujer para aquella faena especial, y Groby justificó la designación de Tess diciendo que era una mujer en la que se combinaban de modo raro la energía y la presteza para desatar, y ambas cualidades con la resistencia, lo cual puede que fuera cierto. El zumbido de la trilladora, que impedía toda charla, subía desaforadamente de punto cuando la provisión de mies no se hacía con la debida regularidad. Como Tess y el maquinista no podían volver la cabeza, no notó la joven que poco antes de la hora de comer había entrado en el predio silenciosamente un hombre que permanecía de pie bajo un segundo cobertizo, contemplando la escena y a Tess especialmente. Vestía un traje de mezclilla a la moda y daba vueltas en la mano a un vistoso bastón.

—¿Quién será? —le dijo Izz a Marian después de preguntárselo primero a Tess, que no llegó a oírla.

—El pretendiente de alguna, supongo —dijo lacónicamente Marian.

—¡Apuesto una guinea a que viene por Tess!

—¡Ca! El que ahora anda bebiendo los vientos por ella es un clérigo que habla por los codos, no un elegantón como ése.

—Pues yo te digo que es el mismo.

—¿Quién? ¿El predicador? ¡Pero si no se le parece en nada!

—Eso es que se ha quitado el traje negro y el alzacuello blanco y se ha cortado las patillas, pero a pesar de todo te digo que es el mismo.

—¿De veras? Pues entonces voy a decírselo a Tess —dijo Marian.

—No te molestes, que ya lo verá ella.

—Es que no me parece muy bien que al mismo tiempo que anda por ahí predicando se ponga a hacerle la corte a una mujer casada, aunque su marido la haya dejado y pueda considerársela viuda.

—¡Bah!, no ha de conseguir nada —dijo secamente Izz—; no hay quien la saque de sus trece. Cuando una mujer no quiere, no sirven de nada galanteos ni sermones.

Llegó la hora de la comida y paró la máquina, pudiendo Tess dejar su puesto, aunque con las piernas tan temblorosas de la trepidación del artefacto que apenas podía andar.

—¡Deberías echar un trago, como he hecho yo! —le dijo Marian—. ¡Y no estarías tan pálida! Que tienes la cara como si te hubieran dado un susto.

Juzgó la pobre Marian que con lo cansada que estaba Tess pudiera quitársele el apetito al ver al rondador, y se disponía a ayudarla a bajar por una escalera de mano apoyada al otro extremo de la hacina, cuando el caballero se acercó y alzó la vista arriba.

Dejó escapar Tess una leve exclamación y al instante se apresuró a decir:

—Voy a comer aquí mismo…, sobre la hacina.

A veces, cuando se hallaban lejos de sus casas, lo hacían así todos, pero aquel día, como soplaba un viento muy fino, Marian y los demás bajaron y se sentaron al abrigo del almiar.

El recién llegado era, en efecto, Alec d'Urberville, el evangelista de marras, a pesar de la metamorfosis que sufriera en su atavío y porte.

A primera vista se advertía que le había vuelto el gusto por el mundo y se había restaurado cuanto materialmente puede restaurarse un hombre con tres o cuatro años más encima, volviendo a aquella vida licenciosa y desenfadada que llevara cuando Tess le conoció. Decidida ésta a no bajar de la hacina, se sentó allí entre las gavillas, invisible para los que estaban en el suelo, y empezó a comer. Hasta que oyó pisadas en las escalerillas y a poco vio asomar la cara de Alec sobre la hacina, que era ya una plataforma de mies, lisa y alargada. Alec cruzó por entre los demás y, sin decir palabra, se sentó junto a ella.

Tess continuó consumiendo su modesta comida, una torta que a prevención llevara. Los demás se habían congregado en torno al almiar, donde la paja suelta ofrecía confortable cobijo.

—Ya estoy aquí otra vez —dijo d'Urberville.

—¿Por qué me molesta usted de este modo? —exclamó ella despidiendo reproche hasta por las puntas de los dedos.

—¿Te molesto? ¡Eres tú la que me molesta a mí!

—¡Yo no le molesto a usted!

—Eso dices tú, pero no me dejas ni a sol ni a sombra. Esos ojos llenos de amargura con que me flechabas ahora mismo no se me quitan de delante ni de día ni de noche. ¡Tess, desde que me dijiste aquello de nuestro hijo, noto que mis sentimientos, que ya iban camino del puritanismo, convergen ahora todos hacia ti! El cauce religioso se ha quedado en seco, ¡y todo por culpa tuya!

Tess le miró en silencio.

—Pero ¿ha dejado usted por completo la predicación? —le preguntó.

Se había contagiado por Ángel de la incredulidad del pensamiento moderno lo bastante para desdeñar los entusiasmos fogosos, mas, como mujer, se sentía un tanto horrorizada.

D'Urberville continuó con fingida serenidad:

—Sí, del todo. He roto todo compromiso desde aquella tarde que no fui a predicarles a los borrachínes de la feria de Casterbridge. El diablo sabrá lo que piensan de mí esos queridos hermanos. ¡Hermanos! Sin duda estarán rezando por mí… y llorando, porque son buena gente en el fondo. Pero a mí ¿qué me importa? ¿A qué continuar, si he perdido la fe? ¡Hubiera sido una vil hipocresía! Me hubiera pasado lo que a Himeneo y Alejandro[135], que fueron entregados a Satanás, en castigo por sus blasfemias. ¡Qué bien te has vengado de mí, Tess! Te conocí inocente y te engañé. Y al cabo de cuatro años me encuentras hecho todo un cristiano ferviente y entonces eres tú la causante de mi perdición. ¡Pero, Tess, prima mía, como acostumbraba a llamarte antes, yo no puedo ser de otro modo y es menester que dejes ese aire compungido! Claro que no has hecho más que conservar tu cara bonita y tu buena figura. Te vi en la hacina antes que tú me vieras, medio oculta con ese largo ropón y el sombrerón de alas; no debíais las campesinas llevar esos sombreros, para evitaros peligros. —La contempló en silencio un instante y luego prosiguió con cínica sonrisa—: ¡Creo que si el apóstol célibe, cuyo delegado me creía yo, hubiera visto esa cara tan preciosa, hubiera quitado la mano del arado por ella, como yo[136]!

Intentó replicarle Tess, mas le faltaron palabras y Alec, prescindiendo ya de todo miramiento, le dijo:

—Después de todo, el paraíso que ofreces quizá no vale menos que el otro. Pero hablemos en serio, Tess. —Y d'Urberville se levantó y se acercó más a la joven, apoyando un codo en las gavillas—. Desde la última vez que nos vimos no he parado de pensar en lo que me contaste que *él* te dijo, llegando a la conclusión de que aquellas apolilladas máximas están faltas de buen sentido. No me explico cómo pude contagiarme del entusiasmo del pobre pastor Clare y ponerme, insensato, a predicar, hasta el punto de aventajarle a él. En cuanto a lo que tú me dijiste la última vez que nos vimos, entusiasmada con el talento de tu marido (cuyo nombre no me has dicho todavía), referente a que se puede fundar un sistema ético sin base de dogma, no acabo tampoco de comprenderlo.

—¿Pero es que no puede usted profesar la religión del amor y la pureza como no medie lo que usted llama dogma?

—¡Oh, no! Yo no soy así, como tú dices que es tu marido; yo, como no me digan que si soy bueno en esta vida he de recibir el premio en la otra, y si soy malo, el castigo, no puedo encontrar estímulo para mis acciones. No me es posible sentirme responsable de mis actos y pasiones como no haya nadie ante quien sentirme responsable, y yo que tú pensaría lo mismo.

Trató ella de argumentarle, diciéndole que en su romo cerebro andaban mezclados dos principios, el teológico y el moral, que en los albores de la humanidad habían sido dos cosas totalmente distintas. Mas recordando que Ángel Clare le reprochara alguna vez su absoluta falta de dialéctica, diciéndole que era un recipiente de sentimientos más que de razones, no acertó a seguir adelante.

—Bueno, no importa —prosiguió él—. ¡Aquí me tienes, amor mío, como en aquellos tiempos!

—No, como entonces, no… ¡Ahora han cambiado completamente las cosas! —objetó ella—. Además, yo nunca sentí pasión. ¡Por qué no habrá conservado usted su fe!

—¡La fe, tú has sido quien me la ha quitado! ¡Así que la culpa debe caer sobre tu linda cabecita! ¡No se figuraría tu marido que sus predicaciones se habían de volver contra él! Estoy, sin embargo, muy satisfecho de que me hayas hecho apostatar. Tess, estoy más enamorado que nunca de ti, y además me inspiras mucha lástima. ¡A pesar de toda tu reserva, veo que el hombre que debiera adorarte te tiene abandonada!

No podía Tess tragar apenas bocado; tenía los labios secos y estaba a punto de ahogarse. Las voces y risas de los braceros que comían y bebían en el cobertizo llegaban a sus oídos como si se hallasen a medio kilómetro de distancia.

—¡Ésa es demasiada crueldad! —exclamó Tess—. ¡Cómo puede usted hablarme en esa forma, después de haberse cuidado tan poco de mí!

—Es cierto, es cierto —asintió él, haciendo un leve movimiento de contrariedad—. No he venido a dirigirte reproches, sino para decirte que no quiero verte trabajar de ese modo. Tú dices que estás casada, que tienes a tu marido. Bueno, todo eso será verdad, pero yo no lo he visto todavía ni tú me has dicho siquiera su nombre, de suerte que, en resumidas cuentas, parece un personaje mitológico. Pero aun suponiendo que sea verdad que exista ese marido, yo creo que estoy más cerca de ti que él. Yo, por lo menos, procuro sacarte de apuros, mientras que él no hace nada por librarte de ellos, ¡aunque bendita sea su cara invisible! Las palabras del austero profeta Oseas que yo acostumbraba a leer se me vienen ahora a la memoria. ¿No las sabes tú, Tess?: «Y seguirá ella a su amante, pero no le alcanzará, y le buscará y no habrá de encontrarlo, y entonces dirá ella: ¡Iré y me volveré con mi primer marido, porque entonces me iba mejor que ahora[137]!». Tess, mi tílburi nos aguarda en la falda del cerro; no el suyo, querida mía… ¡Ya sabes lo demás!

La cara de la muchacha se había cubierto de encendido rubor mientras él le hablaba, pero al terminar no le contestó.

—Tú has sido la causa de mi apostasía —continuó él alargando el brazo hacia la cintura de Tess —. ¡Y ahora deberías tú compartirla conmigo, dejando plantado a ese burro que llamas tu marido!

Tenía ella en su falda uno de los guantes de cuero que se había quitado para comer, y sin previo aviso, cogiéndolo por el extremo, se lo tiró con rabia a la cara. Era pesado y tupido el tal guante como el de un guerrero, y le dio de lleno en la boca al galán. Se hubiera podido considerar aquel acto como un atavismo, que confirmaba la ascendencia de Tess, vástago de una familia de guerreros. Alec abandonó la postura en la que estaba. En el lugar en que el guante le diera apareció un rosetón escarlata, y al momento empezó a gotear la sangre de los labios del joven a la paja. Pero se contuvo y, sacando del bolsillo el pañuelo, se enjugó con mucha calma los sangrantes labios.

También Tess se había levantado, pero se volvió a sentar.

—¡Ahora, castígueme usted! —dijo ella mirándole con el desesperado aire de reto con que el pajarillo mira a su cazador antes de que éste le retuerza el pescuezo—. Pégueme, hágame pedazos, proceda como si no hubiera nadie. ¡No tema que lance un grito! ¡Quien ha nacido para víctima tiene que serlo siempre! ¡Ésa es la ley!

—No, no, Tess —le dijo él suavemente—. Yo te lo perdono todo. Serías injusta si olvidaras que yo te he ofrecido casarme contigo, y que lo hubiera hecho si no fuera ya imposible. ¿No te propuse francamente si querías ser mi esposa? ¡Respóndeme!

—Es verdad.

—Tú ya no lo puedes ser. Pero ten presente una cosa —y su voz sonaba ahora más enérgica, como si aquella evocación de su sinceridad al ofrecerle su nombre le hubiere envalentonado, al par que la presente ingratitud de Tess; se le acercó y, sujetándola por los hombros, le dijo—: Recuerde usted, señora, que en otro tiempo fui su amo. ¡Y sepa que he de serlo otra vez! ¡Si es usted mujer de algún hombre, lo es mía!

En aquel momento empezaron a rebullirse abajo los trilladores.

—¡Y basta ya de pelea! —dijo él, soltándola—. Ahora voy a dejarte y a la tarde volveré a saber tu contestación. ¡Todavía no me conoces, pero yo sí te conozco a ti!

Ella no replicó, pues se había quedado como petrificada. Se retiró d'Urberville pisando en las gavillas y bajó por la escalerilla de mano; en tanto los trabajadores de abajo se incorporaban, estiraban los brazos y descargaban la cerveza que habían bebido. De nuevo se puso a girar la máquina, y entre el renovado crujir de la paja ocupó Tess su puesto junto al tambor, desatando gavilla tras gavilla en sucesión interminable.

XLVIII

Por la tarde anunció el colono que era preciso darle remate a la troje aquella noche misma, aprovechando la claridad de la luna, pues el hombre de la máquina tenía que estar a la mañana siguiente en otra finca. De suerte que los chirridos, zumbidos y crujidos continuaron sin interrupción.

Hasta eso de las tres no levantó Tess los ojos para echar a su alrededor una rápida ojeada. No le chocó ver allí otra vez a d'Urberville, que estaba junto a la verja del seto. Advirtió él su mirada y le envió un beso con la mano. Aquello significaba que no le guardaba rencor por lo sucedido. Tess bajó otra vez los ojos y en adelante se abstuvo ya de mirar en aquella dirección.

Así transcurrió la tarde. Bajaba la mies de la troje, subía la paja del almiar y no cesaba en ningún momento el acarreo de los sacos de grano. A las seis de la tarde la hacina del trigo no pasaba de la altura del hombro de una persona. Pero las gavillas no trilladas e intactas parecían todavía innumerables, a pesar de las muchísimas que ya se había tragado la insondable boca de la máquina, cebada por el hombre y por Tess, por cuyas tiernas manos había pasado la mayor parte de ellas. Y el inmenso almiar de paja, en el que por la mañana no había nada, parecía como el despojo fecal del rojo y zumbador tragaldabas. De occidente había surgido al cabo del nuboso día un fulgor colérico —cuanto el fiero marzo podía dar de sí en punto a crepúsculo— que bañaba los pegajosos y cansados rostros de los trabajadores, tiñéndoles de una luz cobriza, así como a las sueltas y ondeantes ropas femeniles, que colgaban de sus cuerpos cual desvaídas llamas.

Un doloroso anhelo reinaba en la troje. El hombre de la máquina estaba ya rendido y Tess le veía el encendido cogote, lleno de polvo y cascabillo. Ella seguía firme en su puesto, sudorosa la cara enrojecida y cubierta de polvo, lo mismo que el sombrero, que parecía más pardo. Era la única mujer que había encima de la máquina, así que su cuerpo aguantaba toda la trepidación de aquel girar incesante, y separada ahora de Izz y Marian por el descenso de la mies, no podían aquéllas echarle una mano como antes. El continuo temblor de que participaban todas las fibras de su cuerpo la habían hecho caer en soñadora meditación, de suerte que trabajaban sus brazos con absoluta independencia de su mente. Apenas si sabía dónde estaba y ni siquiera oyó a Izz cuando ésta desde abajo le dijo que se le estaba deshaciendo el peinado.

Poco a poco comenzaron los más firmes a tomar aspecto de cadáveres. Cuando alzaba Tess la cabeza miraba al almiar, siempre en aumento, en lo alto del cual estaba un bracero en mangas de camisa, resaltando sobre el cielo gris del norte, teniendo enfrente el rojo elevador cual la bíblica escala de Jacob[138], por la que ascendía en incesante corriente la paja trillada, un río que corría cuesta arriba hasta verterse en la cima del almiar.

Sabía Tess que d'Urberville seguía allí, observándola desde algún sitio que ella no alcanzaba a distinguir. Era excusable que no se hubiera movido, pues siendo costumbre que al terminarse la trilla se les diese una batida a las ratas, mucha gente que no tenía nada que ver con ella solía acudir a la era para tomar parte en la referida diversión: hombres deportivos de toda clase, que llevaban perros y elegantes pipas, amén de gran número de rústicos con palos y piedras.

Pero todavía transcurrió una hora entera de trabajo hasta llegar a las últimas gavillas bajo las cuales estaban guarecidas las ratas. Al extinguirse el fulgor vespertino allá por Giant's Hill, junto a Abbot's-Cernel, asomó en el horizonte la blanca faz de la luna, por el cuadrante opuesto, sobre la abadía de Middleton y Shottsford. Marian llegó a inquietarse por Tess, durante la última media hora, pues no había podido acercarse a ella lo bastante como para hablarle, y las demás mujeres habían espoleado sus energías bebiendo cerveza, mientras que ella no lo hacía nunca por el horror que desde niña le tenía a la bebida, por haber tocado en su casa las consecuencias.

Pero Tess seguía firme en su puesto; le constaba que, si no desempeñaba bien su cometido, la despedirían, y aquella contingencia que un par de horas antes le hubiera parecido quizá hasta lisonjera, ahora que d'Urberville andaba rondándola, la aterraba.

Había bajado ya tanto la troje, que los de abajo podían por fin hablar a Tess y al hombre de la máquina. Con gran sorpresa de la joven, Groby subió a la plataforma y le dijo que si deseaba hablar con su amigo él se ofrecía a reemplazarla. Ya sabía ella que el *amigo*, o enemigo, era d'Urberville y que era éste quien había solicitado al granjero que la dejara ir a hablar con él. Así que movió la cabeza en señal negativa y continuó en su puesto.

Pero llegó al fin el momento de que desalojaran las ratas su guarida, dando principio la batida. Los bichos habían ido reconcentrándose hacia abajo, a medida que bajaba el nivel de la hacina, hasta encontrarse al fin todos juntos en el suelo, y al descubrírseles su último refugio, se produjo la natural desbandada en todas direcciones, oyéndose en aquel instante un alarido de la medio achispada Marian, la cual se puso a gritar diciendo que uno de los animales se le había subido por las faldas, eventualidad que habían previsto las demás mujeres apelando al recurso de apartarse de allí o atarse las faldas por los tobillos. Despejaron, pues, el campo las ratas, y entre ladridos de perros, gritos de hombres, chillidos femeniles, juramentos, golpes y una confusión de todos los demonios, desató Tess su última gavilla, refrenó su giro el tambor, cesó el resoplar de la máquina y bajó la moza del artefacto.

No tardó en unírsele d'Urberville, que había estado curioseando la cacería.

—¡Vaya! ¡Ya veo que el golpe no ha servido para nada! —dijo ella suspirando.

Estaba tan rendida, que no tenía aliento para alzar la voz.

—Bien tonto sería yo en tomar a ofensa nada de lo que hicieras o dijeras —respondió él con su voz seductora de los tiempos de Trantridge—. ¡Pero cómo tiembla ese cuerpecito! Estás tan débil como una corderilla herida, y sin embargo podías haber descansado desde que yo llegué. ¿Por qué has sido tan terca? Conste que yo le hice presente a Groby que no tenía derecho a emplear mujeres en la trilla mecánica. Ese trabajo, como él sabe muy bien, no es propio de mujeres ni lo hacen ya éstas en ninguna finca medio regular. Pero, en fin, te acompañaré ahora hasta tu casa.

—Bueno —respondió ella emprendiendo una marcha fatigosa—. Acompáñeme si quiere. No olvido que vino usted dispuesto a casarse antes de conocer mi actual estado. Quizá…, quizá sea usted más bueno y cariñoso de lo que yo creía. Lo que haga usted por bondad y por cariño se lo agradezco, pero lo que haga por otra cosa, eso no lo quiero. A veces dudo de las intenciones de usted.

—Tess, si no puedo ya legitimar nuestras primeras relaciones, puedo por lo menos ayudarte, y he

de hacerlo, respetando tus sentimientos mucho más de lo que lo hice hasta aquí. Mi manía religiosa, o lo que fuera, pasó ya, pero algo me queda de lo bueno que esa manía encerraba. Te ruego, pues, Tess, que confíes en mí. Poseo más que suficiente para ponerte a ti y a tu familia a cubierto de todo apuro. Estoy en condiciones de proporcionaros a todos el bienestar con sólo que confíes en mí un poco.

—¿Ha visto usted últimamente a mi familia? —se apresuró ella a preguntarle.

—Sí. No supieron decirme dónde estabas. Te encontré por pura casualidad.

La fría luna miraba de través el fatigado semblante de Tess, filtrándose por entre el ramaje de la huerta, cuando se detuvo al llegar a su alojamiento; también d'Urberville se detuvo.

—¡No me hable usted de mis hermanos y hermanas! —exclamó Tess—. No me dé usted esa ocasión de sufrir más. Si desea usted ayudarles, y bien sabe Dios cuánto lo necesitan, hágalo sin decírmelo. ¡Aunque, no, no! —añadió de pronto—. ¡No he de aceptar nada suyo ni para ellos ni para mí!

Alec no la acompañó más, porque, viviendo Tess en compañía, no era discreto dar que hablar a la gente. No bien hubo entrado la muchacha en su alojamiento, se lavó en una tina y luego se sentó a cenar con sus huéspedes, absorta en sus pensamientos. Después, apartándose a una mesa que había adosada a la pared, le escribió a su marido la siguiente apasionada misiva:

Esposo mío:

Déjame que te dé ese nombre, que lo necesito, aunque en verdad sea una esposa tan indigna. Tengo que acudir a ti en mi atribulación, pues no tengo a nadie más a quien recurrir. Estoy expuesta a caer en la tentación, Ángel. No me atrevo a decirte quién es el tentador, ni quiero en modo alguno darte más detalles. Pero necesito tu ayuda hasta un punto que no puedes figurarte. ¿No puedes venir enseguida, antes de que ocurra algo irreparable? De sobra sé que no, puesto que estás tan lejos. Pero creo que me moriré si no vienes pronto o no me dices que vaya a reunirme contigo. El castigo que me has impuesto bien merecido lo tengo, ya lo sé —¡y tan merecido!—; tienes mucha razón para guardarme enojo. Pero, Ángel, por favor, no seas justo; no seas más que bueno para mí, aunque no lo merezca, y ven a buscarme. ¡Si vinieras, podría siquiera morir en tus brazos! ¡Y perdonándome tú, moriría contenta!

Ángel, sólo vivo para ti. Te quiero demasiado para quejarme de tu partida; sé además que no tenías más remedio que ir allá en busca de tu porvenir. No temas que vaya a decirte ninguna palabra dura o amarga. Sólo ansío que vuelvas a mi lado. ¡Sin ti no vivo, amor mío, no vivo! No me duele trabajar. Pero si me enviaras nada más que una línea, diciéndome: «Voy para allá pronto», Ángel, ¡qué feliz sería yo! ¡Qué feliz sería!

Mi religión desde que nos casamos fue la de serte fiel en todos mis pensamientos y todas mis miradas; tanto, que cuando algún hombre me echa flores, cogiéndome desprevenida, me parece que te estoy faltando. ¿No has vuelto a sentir nunca nada, ni pizca de lo que sentías por mí cuando estábamos en la lechería? Pero si lo has sentido, ¿cómo puedes vivir lejos de mí? Yo, Ángel, soy la misma que aquélla de la cual te enamoraste; sí, la misma. No la que te desagradó y que tú no llegaste a conocer. ¿Qué fue para mí el pasado en cuanto te vi a ti?

Como si no hubiera existido. Me volví otra mujer, dotada de una nueva vida que tú me infundiste. ¿Cómo podía ser yo la de antes? ¿Por qué no recapacitas en todo esto? Ángel mío, si pudieras ser un poco más presumido y tener más fe en ti mismo y en tu poder para obrar en mí ese cambio, tal vez te diera la idea de venir a reunirte con tu pobre esposa.

¡Qué necia fui en medio de mi felicidad al creer que podía confiar siempre en tu amor! Debía haberme dado cuenta de que había yo nacido con muy mala estrella para eso. Pero la pena que me mata no es sólo por lo de entonces, sino por lo de ahora. ¡Piensa cuánto sufre mi corazón, privada como estoy de tu compañía! Si pudiera hacer que tu corazón padeciera sólo un minuto cada día lo que el mío sufre todo el día y todos los días, seguramente que te compadecerías de tu pobre mujercita abandonada.

Dice la gente que todavía soy bonita, Ángel. Dicen que soy hermosa, Ángel, para no ocultarte nada. Quizá tengan razón. Pero yo no me ufano de esas buenas prendas sino porque son tuyas, que eres mi alma, y porque aún hay en mí algo digno de ofrecérsete. De tal manera es cierto lo que te digo, Ángel, que cuando el otro día alguien me importunó con sus piropos me tapé la cara con un trapo y así me estuve mientras pude mantener la ficción. Ángel, te aseguro que nada de esto es vanidad, bien sabes tú que no, sino que sólo te lo digo para que vengas a reunirte conmigo.

Si realmente no puedes venir, déjame que vaya yo a buscarte. ¡Me encuentro, como te digo, acosada, atormentada para que haga lo que no quiero hacer! Estoy dispuesta a no ceder ni en tanto así, pero me asusta pensar adonde puede conducirme cualquier contingencia, hallándome tan indefensa, a causa de mi primer error. No puedo darte más pormenores sobre este particular… Me causa inmensa tristeza. Pero si llego a caer en alguna horrible trampa, mi situación habrá de ser todavía peor que antes… ¡Dios mío, no quiero ni pensarlo! ¡Déjame que vaya yo a buscarte enseguida, o ven tú a reunirte conmigo!

¡Ojalá pudiera vivir a tu lado, como criada siquiera, ya que no como esposa! ¡Poder estar junto a ti, verte, aunque sólo fuera alguna que otra vez, y considerarte mío! Nada veo a la luz del día no estando tú aquí, y no me agrada ya ver a los cuervos y los estorninos volando por los campos, porque me acuerdo de cuando los veíamos los dos juntos, y me da mucha pena, una gran pena. Sólo una cosa ansío con toda mi alma, en el cielo, en la tierra o debajo de ella: unirme a ti, ¡alma de mi alma! ¡Ven a mi lado, Ángel, ven en mi ayuda y sálvame de lo que me amenaza!

Tu fiel y desesperada

Tess.

XLIX

La imploración de Tess llegó puntualmente a la mesa del comedor de la apacible casa parroquial, siguiendo su accidentado derrotero por aquel valle en que el aire es tan suave y tan rico el suelo, que el trabajo de la tierra requiere simplemente una somera ayuda, comparado con la activa labor de Flintcomb-Ash; aquel valle cuyos moradores se les antojaban a Tess tan particulares cuando eran como todo el mundo. Para más seguridad le había dicho Ángel que le enviara las cartas por conducto de su padre, al que tenía al tanto de todos sus cambios de residencia en el país a que se había trasladado, lleno de congoja, con la mirada de crearse un porvenir.

—Creo —dijo a su esposa el anciano pastor, luego de leer el sobre— que si Ángel se propone salir de Río para venir a vernos a fines del mes que viene, como nos dijo, puede que esta carta le haga apresurar la ejecución de sus planes, porque me parece que es de su mujer.

Suspiró profundamente el reverendo al pensar en ello, y se dio prisa a reexpedir la carta a la dirección de Ángel.

—¡Hijo de mi alma, Dios quiera que llegue con bien a casa! —murmuró la señora Clare—. Me he de morir con el remordimiento de no haberle atendido bien. Debías haberle enviado a Cambridge, no obstante su falta de fe, proporcionándole las mismas facilidades que a sus hermanos. Quizá allí hubiera desechado sus ideas y quién sabe si hasta se hubiera ordenado. ¡Pero con Iglesia o sin Iglesia, eso era lo más justo!

Era aquél el único reproche con que la señora Clare se permitía alterarle a su marido la paz de la conciencia en lo referente a sus hijos. No se consentía ese desahogo con demasiada frecuencia, porque era tan mirada como buena, y sabía que su marido no dejaba de sentir algún escozor en su conciencia respecto a su proceder en aquel particular. Más de una vez le había oído despertarse a medianoche y estarse desvelado largo rato ahogando entre plegarias amargos suspiros por el recuerdo del hijo ausente. Aunque, a pesar de todo, el austero evangelista no acababa de convencerse de que hubiera sido justo darle a aquel hijo incrédulo las mismas preeminencias académicas que a los otros dos, siendo posible, ya que no probable, que se hubiera valido de ellas para desprestigiar las doctrinas cuya propagación constituía el cometido expreso de su vida y de la de sus otros dos hijos pastores. Poner con la misma mano un pedestal bajo los pies de los dos creyentes y encumbrar al incrédulo le parecía al reverendo incompatible con sus convicciones, su posición y sus esperanzas. Sin embargo, le tenía cariño a su mal llamado Ángel y deploraba secretamente haberle dado aquel trato, lo mismo que debió llorar Abraham por su pobre hijo Isaac, condenado al sacrificio, cuando ambos subían al monte[139]. Sus mudos y espontáneos remordimientos le producían mayor amargura que los tímidos reproches de su esposa.

Ambos se echaban mutuamente la culpa de aquel desdichado matrimonio. Si Ángel no se hubiera tenido que orientar hacia la agricultura, no hubiera ido a caer en brazos de una campesina. No sabían a punto fijo la causa ni la fecha de la separación de los cónyuges. A lo primero pensaron que la causa de todo sería que no congeniaban. Pero Ángel en sus cartas expresaba su intención de volver a buscar

a su esposa, de lo cual inferían que el motivo de su separación no tenía nada de irrevocable y duradero. Les había dicho su hijo que Tess vivía con sus padres, y ellos, perplejos, no habían querido entrometerse en una situación que no veían manera de mejorar.

Los ojos de aquél a quien iba dirigida la carta de Tess contemplaban a la sazón una infinita extensión de tierra desde los lomos de una mula que le llevaba desde el interior del continente sudamericano hacia la costa. Sus experiencias de aquella extraña tierra habían sido desastrosas. La gran enfermedad que a poco de llegar le acometiera no le había dejado del todo, habiéndose resuelto casi por completo el joven a desistir de establecerse en ella, por más que no se lo anunciara a sus padres sino en último extremo.

Las muchedumbres de braceros del campo que habían emigrado a aquellas tierras casi vírgenes, deslumbrados por ilusiones de fácil triunfo, habían padecido, muerto y desaparecido. Ángel veía a las emigrantes inglesas caminar miserablemente llevando en los brazos niños tomados de fiebre, que morían en el camino, siendo la propia madre quien con sus solas manos tenía que detenerse a cavar un hoyo en la tierra y enterrar allí al niño, verter una lágrima y proseguir su dolorosa ruta.

No fue la primera intención de Ángel emigrar al Brasil, sino establecerse en una granja del norte o el este de su patria. Y si luego fue a parar allí, se debió a un arrebato de desesperación, por haber coincidido el éxodo de los agricultores ingleses al Brasil con su anhelo de huir del pasado.

Durante su ausencia había envejecido su mente una docena de años. Ahora estimaba más en la vida el sentimiento que la belleza. Habiendo desconfiado siempre de las viejas normas del misticismo empezaba ahora a desconfiar de las viejas exaltaciones de la moral. Pensaba que estaban necesitadas de una revisión. ¿Quién era el hombre moral? O por mejor decir, ¿quién era la mujer moral? La belleza o fealdad de una persona radica no sólo en sus acciones, sino también en sus impulsos y designios; la verdad de su historia no estriba en las cosas que hace, sino en sus objetivos e impulsos. ¿Qué pensar, pues, de Tess?

Y al mirarla a esa luz, comenzó a sentir remordimientos por haberla hecho víctima de un fallo apresurado. ¿La rechazaría para siempre o no? Ya no podía decir que la rechazara incondicionalmente, ni tampoco que estuviera dispuesto a aceptarla sin más ni más.

Aquella creciente ternura por el recuerdo de su mujer coincidió con la estancia de ésta en Flintcomb-Ash, pero con anterioridad al momento en que aquélla se tomó la libertad de molestarle exponiéndole las circunstancias en que se hallaba y el estado de sus sentimientos. Estaba Ángel en gran perplejidad, y en sus conjeturas sobre los motivos que ella pudiera tener para abstenerse de escribirle, no se atrevía a preguntar la causa. De esta suerte hubo de interpretar mal aquel silencio de su mujer, que no era sino docilidad. ¡Cuan elocuente hubiera sido para él aquel silencio de haber tenido presente que ella no hacía otra cosa sino obedecer al pie de la letra sus órdenes, sin alegar derecho alguno en contra, doblegando en silencio humildemente su cabeza!

En su mencionado viaje a lomos de una mula por el interior del país, le acompañaba otro hombre. Su acompañante era también inglés, aunque de otra parte de la isla y con el mismo propósito. Igualmente desalentados los dos, iban hablando de cosas de la patria durante el trayecto. Llevados de esa curiosa propensión de los hombres, sobre todo cuando están en tierra extraña, a contarles a los demás pormenores de su vida que no revelarían a un amigo ni a un pariente, le refirió Ángel a su

compañero todos los desventurados detalles de su matrimonio.

Era su confidente hombre más corrido que él, y había viajado por otros países y tenía mucha más experiencia de la vida, resultando ante su criterio cosmopolita aquellas desviaciones que parecen inmensas en los círculos restringidos algo así como los accidentes de un valle o una cordillera comparados con la magnitud de la curva terrestre. Veía la cuestión desde un punto de mira muy diferente al de Ángel; pensaba que lo que había sido Tess no tenía importancia alguna al lado de lo que aspiraba a ser, y así le dijo con toda franqueza a Ángel que, a su juicio, había hecho mal en separarse de ella.

Al día siguiente les caló los huesos la lluvia de un tremendo temporal. El compañero de Ángel cayó con fiebre y no salió de la semana. Ángel se detuvo unas horas para darle sepultura, prosiguiendo luego su camino.

Las ligeras observaciones de su liberal compañero, del que sólo conocía su nombre, harto vulgar, resultaron sublimadas por su muerte e influyeron más en Ángel que todas las razones éticas de los filósofos. Se avergonzó el joven al contrastar aquellas amplias ideas con las suyas, tan pueblerinas. Cayeron sobre él en desconcertante torbellino sus propias contradicciones. Había dejado que a expensas del cristianismo prosperara en su vida un paganismo helénico, y, sin embargo, en aquella civilización griega una infracción legal no implicaba deshonra irreparable. Era lo lógico que al reflexionar ahora considerase Ángel como digno de rectificación aquel culto a la virginidad que heredara con el credo del misticismo, sobre todo cuando la mujer mancillada había sido víctima de una traición. Le entraron remordimientos. Recordó las palabras de Izz cuando, al preguntarle él que si le quería más que Tess, le contestó aquélla que no, porque Tess hubiera dado la vida por él y más que eso no podía hacer nadie.

Evocó la imagen de su esposa tal y como la vio el día de la boda. Con qué ojos le miraba, cómo estaba pendiente de sus palabras como de las de un dios, y la terrible noche en que, junto al hogar, le descubrió su alma sencilla. ¡Cuan digno de compasión resultaba su rostro a los destellos de la lumbre, en su incapacidad de convencerse de que él no pudiera amarla!

De esta suerte dejó de ser su fiscal para ser su abogado. Muchas cosas llenas de cinismo había pensado de ella, pero al fin las dio de lado, achacando el pensarlas al influjo de los principios generales que habían prevalecido en él con detrimento del caso particular.

Pero el razonamiento está algo mohoso[140]: amantes y maridos han pasado por ello antes de hoy. Clare había sido duro con ellas: no hay duda. Y no era el primer marido que trataba así a la mujer amada, ocurriéndoles a ellas lo mismo con los hombres. Y, sin embargo, tales asperezas resultan ternuras si se las compara con la universal hostilidad de que proceden: de la pugna entre la posición social y el temperamento, entre los medios y los fines, entre el hoy y el ayer, el mañana y el hoy.

El interés histórico de la familia de Tess, la dominante casta de los d’Urberville, que antes le movía a desprecio como fuerza extinguida, conmovía ahora sus sentimientos. ¿Cómo no había advertido antes la diferencia entre el valor político y el valor imaginativo de esas cosas? En el último aspecto, el descender de los d’Urberville era un hecho de gran importancia, que, aunque liviano desde el punto de vista económico, resultaba de gran bulto para el hombre soñador y para el moralista versado en caídas y decadencias. Era un hecho que no tardaría en olvidarse aquel resabio

de distinción en el nombre y en la sangre de la pobre Tess, yendo a caer en el olvido su heredado parentesco con los sepultados esqueletos de Kingsbere, pues el tiempo destruye sus propias leyendas. Al recordar ahora Ángel la cara de Tess, encontraba en ella destellos de la majestad que debió de haber animado antaño a las grandes damas de la familia, y esa visión le hacía sentir aquel escalofrío que ya otras veces sintiera y que le dejaba después una sensación de angustia.

A despecho de su averiado pasado, lo que persistía en una mujer como Tess valía mucho más que la lozanía y primicias de sus semejantes. ¿No valían más, por ventura, que toda la vendimia de Abiecer las uvas selectas de Efraín[141]?

Así hablaba el amor revivido, preparando el camino para que tuviera buena acogida la efusiva carta de Tess, que entonces le remitía su padre, aunque por hallarse todavía Ángel en lo más hondo del Brasil hubiera de tardar mucho en llegar a sus manos.

Entretanto las esperanzas de la joven respecto a ver de retorno a Ángel, traído por sus apasionadas instancias, crecían y menguaban alternativamente. Menguaban cuando la joven recapacitaba en que no se habían modificado ni podrían modificarse nunca las circunstancias que motivaron su separación. Pero luego orientaba su mente hacia la tierna cuestión de lo que habría de hacer para agradarle, si a pesar de todo volvía. Mucho sintió no haberse fijado más en las melodías que él arrancaba a su violín, ni haber hecho por enterarse de qué canciones le gustaban más de las que entonaban las campesinas. Y directamente procuró ahora averiguarlo por medio de Amby Seedling, que había venido con Izz de Talbothays. Amby recordaba que de las canciones que las mozas de la lechería entonaban para fomentar el rendimiento de leche de las vacas, las que más parecían haberle gustado a Ángel eran las tituladas *Jardines de Cupido, Tengo parques, tengo galgos* y *Al clarear el día*, mientras que *Los pantalones del sastre* y *Qué linda se ha puesto*, a pesar de ser tan hermosas, no le hacían mucha gracia.

Perfeccionarse en aquellas canciones era ahora todo el afán de Tess. Las ensayaba a solas y a ratos perdidos, especialmente *Al clarear el día*:

Levántate, levántate, levántate
y haz un ramillete, para tu amor,
de las más lindas flores
que produce el jardín.
Tórtolas y avecillas
anidan en las ramas
al clarear el día,
¡el día de mayo!

Un corazón de piedra se hubiera ablandado al oír entonar a Tess esas canciones, siempre que trabajaba separada de sus compañeras en aquel tiempo seco y frío, con las mejillas bañadas en lágrimas por efecto de la idea de que quizá no viniera él nunca a oírselas, lo que hacía que la sencilla letra de las tales baladas resonaran en su dolorido corazón como una burla.

Tan embebecida se hallaba Tess en sus caprichosos desvaríos que parecía no advertir cómo iba

adelantando el buen tiempo, que ya los días habían alargado, era inminente el de la Candelaria y después de él vendría enseguida el de la Anunciación, o sea el final de su compromiso en aquella finca.

Pero antes de ese día sucedió algo que hubo de imprimir otro rumbo a los pensamientos de Tess. Estaba en su alojamiento la joven un anochecer, como de costumbre, sentada en la planta baja con las demás mujeres, cuando llamó a la puerta alguien preguntando por ella. Al través del quicio pudo ver ésta, a la moribunda luz del día, a un ser de formas y estatura de mujer que alentaba como una niña; una criatura alta, espigada, pero de aspecto infantil, a la que no reconoció en la tenue claridad crepuscular hasta que no la saludó la muchacha diciéndole:

—¡Tess!

—Pero ¡cómo! ¡Si es Liza-Lu! —exclamó Tess con sobresaltado acento.

Su hermana, a la que dejara en casa de sus padres, una niña todavía, había dado tal estirón que era ya casi una mujercita, aunque aún conservase su aniñado aspecto en su cuerpo e indumento. Sus delgadas piernas, visibles bajo el vestido que, si antes le venía largo ahora le resultaba corto, y el no saber qué hacer con las manos, revelaban su tierna mocedad e inexperiencia.

—Sí, yo soy, Tess. He caminado durante todo el día —dijo su hermana con indiferente seriedad — para venir a verte, y vengo rendida.

—¿Pues qué sucede en casa?

—Que mamá ha caído muy enferma y el médico dice que se muere, y como papá tampoco anda muy bien, y dice que no es decente el que un hombre de su alcurnia tenga que atender a las faenas de la casa, no sabemos qué hacer.

Permaneció Tess largo rato en muda cavilación antes de acordarse de decirle a su hermana que entrara y tomara asiento. Luego le brindó una taza de té, mientras ella resolvía lo que había de hacer en semejante trance. No tenía más remedio que trasladarse a su casa. Cierto que hasta el día de la Anunciación no caducaba su compromiso en la granja, pero no faltaba ya mucho para eso; resolvió afrontar el riesgo y partir enseguida.

Ponerse en camino aquella misma noche equivalía a ganar doce horas; pero su hermana estaba tan rendida que hasta la mañana siguiente no podría emprender la jornada. Salió Tess en busca de Izz y Marian y las puso al tanto de lo que sucedía, suplicándoles que arreglasen su asunto con el señor Groby. Volvió a casa, dio de cenar a su hermana, y después de acostarla en su propio lecho, empaquetó aquéllos de sus efectos que cabían en su cesta de mimbre y partió, diciéndole a Liza-Lu que al día siguiente se pusiese también en camino para volver a casa.

L

A las diez en punto se hundió Tess en la fría sombra equinoccial, emprendiendo su jornada de veinticinco kilómetros bajo la acerada claridad de las estrellas. En las comarcas solitarias la noche es un amparo más que un peligro para el caminante silencioso, y Tess, que lo sabía, siguió el camino más corto, metiéndose por sendas y veredas que en pleno día no se hubiera atrevido a cruzar; no había malhechores por aquellos campos, y además iba ella únicamente preocupada con la idea de ver a su madre enferma y no pensaba en otra cosa. Así anduvo kilómetro tras kilómetro, subiendo y bajando hasta llegar a Bulbarrow, siendo ya medianoche cuando pudo contemplar desde lo alto el caótico abismo de sombra, que tal parecía en aquel momento a sus ojos el valle en cuyo lejano confín naciera. Después de haber recorrido ya unos ocho kilómetros por la montaña tenía que andar ahora diecinueve o veinte por la hondonada antes de dar por terminado su viaje. Según iba recorriendo veía más claramente a la lívida luz del estrellado cielo el tortuoso camino, no tardando en pisar una tierra tan distinta de la montaña que el contraste resultaba apreciable para el olfato y el tacto. Era aquél el duro terreno arcilloso de Blackmoor, por la parte del mismo aún no invadida por barreras y portazgos. Llenas de supersticiosas leyendas estaban aquellas tierras que, habiendo sido antaño inextricables bosques, parecían volver a asumir en la hora nocturna algo de su antiguo carácter, hundiéndose cercanías y lontananzas y resaltando con marcado perfil árboles y setos. Asediaban a la imaginación las cacerías de ciervos allí celebradas, las pruebas a que antaño se sometiera a las brujas, y las consejas de duendes y hadas, cubiertos de verdes lentejuelas, que gemían al paso del caminante. El paisaje entero parecía como hechizado.

En Nuttlebury pasó Tess por delante de la posada del pueblo, cuya muestra crujió en respuesta al ruido de sus pisadas, que sólo ella oía. Bajo las techumbres de las casas contemplaba mentalmente Tess cuerpos desmadejados, hundidos en lo oscuro, mal cubiertos con colchas remendadas, entregados al reparador descanso del sueño hasta el día siguiente, en que no bien se insinuara el arrebol de la aurora sobre Hambledon Hill habrían de volver al trabajo.

A las tres de la madrugada dobló el último recodo de aquel laberinto de veredas por donde caminara y entró en Marlott, atravesando el prado donde por vez primera viera a Ángel Clare, en aquella ocasión en que el joven no la sacó a bailar. Todavía perduraba en Tess la sensación de desencanto de aquella tarde. Una luz encendida en casa de su madre hirió sus ojos. Procedía de la ventana del dormitorio, y una ondulante rama de un árbol que había delante de la casa hacía oscilar el leve destello. La vista de la casa paterna, techada de nuevo a sus expensas, produjo en la mente de Tess todo su antiguo efecto. Parecía formar parte de su cuerpo y de su vida; sus tejados, el remate de sus aleros, las interrumpidas hileras de ladrillo que formaban la chimenea, todo aquello resultaba muy en consonancia con su propio carácter. La casa toda tenía algo de estupefacto a los ojos de Tess, como por efecto de la enfermedad de su madre.

Abrió quedamente la puerta para no hacer ruido. En la planta baja no había nadie, pero la vecina que en el piso alto se hallaba cuidando de su madre salió al rellano de la escalera y por lo bajo le

dijo que Joan seguía lo mismo, aunque a la sazón dormía. Tomó la joven un bocado a toda prisa y enseguida se puso de enfermera a la cabecera de su madre.

Cuando a la mañana siguiente vio a sus hermanos pudo observar que habían dado un gran estirón en sólo poco más de un año que ella estuviera ausente, y la necesidad de consagrarse a ellos en cuerpo y alma se impuso en la mente de Tess con exclusión de todo otro pensamiento.

Su padre continuaba en el mismo estado de enfermo crónico, y, como siempre, permanecía sentado en su sillón. Pero aquel día la vista de Tess pareció animarle. Había concebido un luminoso plan para ganarse la vida que expuso a la joven, a sus instancias:

—Se me ha ocurrido escribirle a todos los aficionados a las antigüedades de esta parte de Inglaterra —le dijo— proponiéndoles que contribuyan para reunir fondos con objeto de mantenerme entre todos. Seguro estoy que ha de parecerles la idea romántica, artística y naturalísima. ¿No gastan tanto dinero en conservar las antiguas ruinas y descubrir esqueletos, objetos antiguos y otras cosas por el estilo? Pues las ruinas vivas tienen que ser para ellos mucho más interesantes. Bastará que se enteren de que vivo para que se interesen por mí. Si alguien les dijese quién soy yo y lo que represento, de seguro que sentirían gran curiosidad e interés por conocerme. Si el pastor Tringham, que fue quien me descubrió, viviera todavía, me hubiera tomado por su cuenta, estoy convencido.

Tess aplazó la discusión del proyecto para cuando hubiera arreglado las mil cosas urgentes que se le ofrecían, y luego que lo hubo hecho, mal que bien, volvió su atención a las cosas exteriores. Era la época de la siembra; en muchas huertas y tierras de labor ya habían sembrado; no así en las de los Durbeyfield. Se enteró Tess, con la natural pesadumbre, de que aquello se debía a haberse comido su familia todas las patatas de simiente, último yerro de la imprevisión. Hizo ella por reunir unas cuantas y a los pocos días ya pudo su padre ponerse a cuidar la huerta, mientras la joven se aplicó a la empresa de trabajar la parcela de terreno que tenían arrendada a unos doscientos metros del pueblo.

Ya se había aliviado su madre y Tess, que no resultaba ya indispensable a su lado, trabajaba con gusto en las faenas agrícolas, después del confinamiento en la habitación de la enferma. La actividad violenta le serenaba el alma. Estaba emplazada la parcela en un terreno alto, despejado y seco, donde había cuarenta o cincuenta más, trabajando allí con afán vertiginoso. Después de terminadas las faenas a jornal, se ponían los campesinos a trabajar en lo suyo, generalmente a las seis de la tarde, prolongando indefinidamente la tarea en la oscuridad y a la luz de la luna. Quemaban la mala hierba y lo seco del tiempo favorecía su combustión.

Un hermoso día trabajaron Tess y Liza-Lu, lo mismo que sus vecinos, hasta que los rayos del sol empezaron a caer horizontales sobre las blancas empalizadas que marcaban las lindes de las parcelas. Tan pronto como el crepúsculo sucedió al ocaso, empezó la llama de la hierba hacinada a iluminar fantásticamente las parcelas, apareciendo y ocultándose sus siluetas bajo la densa humareda, cual si las zarandease el viento. Cuando una hoguera se encendía, se iluminaban los trabajadores con un opaco resplandor, haciéndose invisibles unos a otros. La imagen bíblica de la «columna de nube[142]», que representaba un muro de día y la luz de noche, se podía comprender.

Al oscurecer por completo, se retiraron algunos de los labriegos, quedándose allí la mayoría para terminar la plantación. Tess mandó a casa a su hermana y se quedó también. Trabajaba la joven

en uno de los montones ardientes, removiéndolo con su rastrillo, y los cuatro brillantes dientes sonaban con leve tintineo al chocar con las piedras. A veces la envolvía el humo de su hoguera, mas al punto resaltaba libre su figura, iluminada por la roja lumbre. Llevaba puesto aquella noche un traje descolorido por los muchos lavados y una chaqueta negra, produciendo un efecto muy raro, como el de una persona que hubiese combinado en su indumentaria atavíos fúnebres y nupciales. Las demás mujeres llevaban mandiles blancos que con sus pálidos rostros eran lo único que podía verse en la densa sombra, salvo en los momentos en que les alcanzaba el resplandor de las llamas.

Hacia occidente, el ramaje de los desnudos setos espinosos que formaban la cerca de la parcela resaltaba sobre la pálida opalescencia del rastrero horizonte. Arriba pendía Júpiter, que de tanto como brillaba casi llegaba a producir la impresión de sombra. Acá y allá se veían unas cuantas estrellas sin nombre. A lo lejos ladraba un perro y de vez en cuando se oía chirriar una carreta a lo largo del camino.

Todavía tintineaban los dientes del rastrillo sobre el suelo, porque no era tarde, y aunque el aire era fresco y penetrante, se percibía en él un primaveral susurro que alegraba a los trabajadores. Algo inmanente, propio del lugar, la hora, el crepitar de las hogueras, los fantásticos misterios de luz y sombra les hacía grata la estancia allí, así a Tess como a los demás. La noche, que en el helado invierno cae sobre la tierra como un enemigo, y cual un amante en el ardor del verano, tenía en aquel mes de marzo una suavidad deleitosa.

No se miraban unos a otros los trabajadores. Tenían todos fija la vista en el suelo, cuya revuelta superficie resaltaba a la luz de las hogueras. Así que, ocupada Tess en remover los terrones y canturrear sus ingenuas coplillas con muy poca esperanza de que Ángel llegara alguna vez a oírlas, tardó mucho tiempo en reparar en la persona que trabajaba a su lado: un hombre con larga blusa de obrero, que rastrillaba el mismo montón que ella y que la joven supuso fuera alguien que su padre hubiera mandado para adelantar la labor. En el transcurso de la faena se le acercó más el hombre, y entonces se fijó Tess en él. Algunas veces los separaba el humo, pero luego se disipaba y ambos podían verse, aunque separados de los demás. Ni Tess le hablaba a él, ni el hombre tampoco le dirigía la palabra. Le chocó a Tess no haberlo visto durante el día ni conocerlo tampoco, siendo al parecer de Marlott, aunque se explicaba esto por haber estado ella tantas veces ausente del pueblo en los últimos años. A veces se le acercaba tanto el hombre en su faena que los destellos de la lumbre se reflejaban por igual en los dientes de acero de sus sendos rastrillos. Pero al acercarse Tess a la hoguera para echar en ella un brazado de hierba hizo lo mismo el hombre por el otro lado. Se levantó una gran llamarada y pudo entonces la joven ver la cara de d’Urberville.

Lo inesperado de su presencia y lo grotesco de su aspecto, con aquella blusa larga que sólo gastaban ya los trabajadores chapados a la antigua, resultaban de una comicidad espectral que estremeció a la joven de pies a cabeza. D’Urberville soltó una larga carcajada, aunque procurando que no lo oyesen los demás.

—Si tuviera gana de broma diría que esto es el paraíso —observó Alec, inclinando la cabeza para mirarla.

—¿Qué dice usted? —le preguntó Tess con voz débil.

—Pues que cualquier gracioso pudiera decir que esto se parece al paraíso. Tú eres Eva y yo ese

Otro que viene a tentarla bajo el disfraz de un animal inferior. Yo solía complacerme cuando era teólogo en ese pasaje de Milton que dice:

—Emperatriz, el camino te aguarda, que no es largo,
más allá de los mirtos…
…Si aceptas,
pronto te llevaré allá.
—Guíame entonces —respondió Eva[143].

»Etcétera, etc. Tess, digo esto anticipándome a lo que tú pudieras pensar con la mala opinión en que me tienes.

—Nunca dije ni pensé que usted fuera Satán. No es ése el concepto en que le tengo. Lo cierto es que no pienso en usted como no se me presente delante. ¿Ha venido usted aquí a cavar exclusivamente por mí?

—Nada más que por verte. Esto de la blusa se me ocurrió para pasar inadvertido, porque la vi colgada en una tienda al venir para acá. Vengo a decirte que no deberías trabajar de este modo.

—Pero a mí me agrada hacerlo, porque lo hago por mi padre.

—¿Terminaste ya tu compromiso en el otro sitio?

—Sí.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Unirte con tu querido esposo?

No pudo Tess soportar la humillante alusión.

—¡Ah, no lo sé! —exclamó con amargura—. ¡Yo no tengo marido!

—Eso sí que es verdad, en el sentido que lo dices. Pero tienes en mí un amigo y yo estoy decidido a que te lleves buena vida, aun contra tu voluntad. Cuando vayas a casa esta noche ya verás lo que he mandado allí.

—¡Alec, yo no quiero nada suyo! ¡No puedo aceptar nada de usted! ¡No quiero! ¡No está bien!

—¡Ya lo creo que está bien! —exclamó él con ligereza—. No estoy dispuesto a ver a una mujer a la que quiero tanto en tan mala situación sin hacer nada por ayudarla.

—Pero si a mí no me hace falta nada. La causa de mi tristeza no tiene nada que ver con la escasez de recursos.

Se volvió Tess y continuó cavando desesperadamente, y vertiendo lágrimas sobre el astil del rastrillo y sobre la tierra.

—Hay que mirar por los niños…, por tus hermanos —siguió diciendo Alec—, yo ya he pensado en ellos.

Le dio el corazón un vuelco a Tess. D'Urberville la había herido en su punto débil. Desde su vuelta a casa no había dejado de pensar en aquellos niños con afecto apasionado.

—Si tu madre no se pone buena, alguien tendrá que atenderlos, ya que con tu padre no hay que contar. ¿No es eso?

—Para eso estoy yo.

—Y yo también.

—No, usted no.

—Qué terquedad tan necia —exclamó d'Urberville—. ¡Si tu padre cree que somos de la misma familia!

—¡No, que yo ya lo he desengañado!

—¡Ésa ha sido mayor necedad todavía!

Enojado d'Urberville, se apartó de la joven dirigiéndose a la cerca, donde se quitó la blusa y, haciéndola un lío, la tiró a la hoguera y se fue.

No pudo Tess seguir trabajando de lo inquieta que estaba; se preguntaba si d'Urberville habría vuelto a casa de sus padres, y con el rastrillo en la mano se encaminó allá.

A veinte metros de la vivienda le salió al encuentro una de sus hermanas.

—Tess, ¿no sabes lo que pasa? ¡Liza-Lu está llorando, y la casa se ha llenado de gente, y madre dicen que está mejor, pero todos creen que padre ha muerto!

La niña comprendía la magnitud de la noticia, aunque todavía no del todo, y se quedó mirando a Tess con ojos muy abiertos, hasta que, observando el efecto producido en su hermana, dijo:

—Tess, ¿y no podremos hablar nunca más con padre?

—¡Pero si padre no estaba tan malo! —exclamó Tess aturdida.

En esto salió Liza-Lu.

—Se cayó de repente hace un momento, y el médico que había venido a ver a madre dijo que no se le podía hacer nada porque se le había encogido el corazón.

En efecto, marido y mujer habían trocado los papeles: la moribunda estaba fuera de peligro, habiendo muerto el que estaba indispuesto solamente. El acontecimiento era más grave de lo que parecía. La vida de su padre tenía un valor grande, aunque no resultara muy beneficioso para la familia. Era la última de las tres vidas a cuya duración se hallaba vinculado el arriendo de la vivienda y de la parcela de labor; y tiempo hacía que el arrendador codiciaba los inmuebles para sus jornaleros, que vivían muy mal acomodados en chozas. Además, los inquilinos y colonos no eran santos de la devoción de los propietarios, de suerte que cuando caducaba un contrato de alquiler rara vez se renovaba.

Y he aquí cómo los d'Urberville hubieron de ser víctimas de la misma fatalidad que en tiempos de su opulencia hicieran caer sobre sus inquilinos y colonos de poco pelo, cual ellos lo eran ahora. Que tal es, en perpetuo flujo y reflujo, el ritmo a que se ajustan las cosas todas de la tierra.

LI

Llegó por fin el día de la Anunciación y el mundo agrícola se agitaba con esa fiebre de inquietud que sólo le acomete en tal fecha del año. Es éste un día de general cancelación de cuentas; en esta fecha empiezan a cumplirse los contratos de trabajo para el año siguiente, convenidos el día de la Candelaria. Los braceros que desean despedirse marchan en busca de nuevos lugares.

Estas emigraciones anuales de finca en finca eran más numerosas allí que en parte alguna. Cuando la madre de Tess era niña, la mayoría de los braceros de Marlott venían trabajando de padres a hijos en las mismas tierras, pero en los últimos tiempos se había exacerbado el afán por cambiar de parajes. En las familias jóvenes era aquél un grato movimiento de animación que podía constituir una ventaja. El Egipto de una familia era una tierra de promisión para la que desde lejos lo veía sin tener experiencia de él, convirtiéndose luego también para ella en otro Egipto en cuanto lo veía de cerca; y entonces lo dejaba y se iba en busca de otra nueva tierra de promisión, y así cambiaban y cambiaban.

Sin embargo, las mutaciones que cada vez más se hacían sentir en la vida campesina no tenían por causa exclusiva la inquietud agrícola. Aquel movimiento emigratorio tenía también caracteres de despoblación. En otro tiempo los pueblos, además de los labriegos, contenían otra clase social más interesante y culta, notoriamente distinta y superior a la primera, a la que habían pertenecido el padre y la madre de Tess y en que entraban los hombres de oficio y los demás trabajadores ajenos a la agricultura; una casta que debía cierta estabilidad en sus ocupaciones y género de vida al hecho de ser renteros vitalicios, como el padre de Tess, enfiteutas y hasta pequeños terratenientes. Pero ahora, cuando caducaban los arriendos antiguos, rara vez se les renovaba, sino que los propietarios echaban abajo los edificios, a no ser que los destinasen a albergar a sus propios braceros. Los inquilinos de esas fincas que no se aplicaban a las labores agrícolas eran mal mirados, y la desaparición de unos cuantos perjudicaba notablemente al trabajo de los demás, que se veían obligados a seguirlos. Aquellas familias que habían formado la médula de la vida local en el pasado y habían sido depositarias de las tradiciones del pueblo, tenían que ir a buscar refugio en las poblaciones grandes; ese proceso, que los estadísticos definen caprichosamente como «tendencia de la población rural a emigrar a las grandes urbes», es en realidad la tendencia que muestra el agua a fluir hacia arriba cuando se la impele por medio de un mecanismo. Habiendo disminuido considerablemente en Marlott el número de las viviendas disponibles a causa de los derribos, los agricultores acaparaban para sus braceros todas las casas que aún quedaban en pie. Desde aquel acontecimiento que tanto ensombreciera la vida de Tess, la familia Durbeyfield —cuya linajuda prosapia nadie tomaba en serio— era mirada por todos como una de aquéllas que, luego de caducado el arrendamiento, tendría que emigrar del país, aunque sólo fuera por consideraciones de moralidad. Era lo cierto que la tal familia no había sido un modelo, ni mucho menos, de templanza, sobriedad o castidad. El padre y hasta la madre habían sido dados a la bebida, los chicos rara vez iban a la iglesia y la hija mayor había contraído uniones sospechosas. El pueblo debía velar por la moral; y así, el primer día de la Anunciación, después de caducado el contrato de arrendamiento, la casa, siendo espaciosa, fue

requerida para un carretero con una amplia familia, y la viuda Joan, Tess y Liza-Lu, el muchacho Abraham y los chicos pequeños tuvieron que ir a otra parte.

La víspera de su partida oscureció temprano a causa de la intensa lluvia que ensombrecía el cielo. Por ser la última noche que habían de pasar en el pueblo que fuera su hogar y cuna, la señora Durbeyfield, con Liza-Lu y Abraham, fue a despedirse de sus amistades, dejando a Tess al cuidado de la casa.

Estaba aquélla arrodillada en el poyo de la ventana, con el rostro pegado a los cristales, por cuya cara exterior resbalaba otro cristal de lluvia. Los ojos de la joven hubieron de fijarse en la tela de araña urdida por un insecto, muerto probablemente de inanición hacía tiempo, y que por equivocación, sin duda, hubo de plantar sus reales en un rincón donde nunca iba a parar una mosca. Meditaba Tess acerca de la situación de su hogar, en la que percibía los efectos de su maléfico influjo. De no haber vuelto ella a su casa, probablemente no se verían ahora en la calle su madre y los niños. Algunos vecinos de escrupuloso carácter y mucha influencia se habían fijado en ella en cuanto llegó la segunda vez, después de casada, y notado cómo había estado en el camposanto para restaurar como Dios le dio a entender, con una llana, la casi borrada tumba de su hijo. Amonestaron los referidos vecinos a la madre de Tess por haber permitido a ésta que fuera a vivir con ella, y Joan les dijo, con malos modos, que si les molestaba su presencia que se irían todos del pueblo. Le tomaron ellos la palabra, y ahí estaban las consecuencias.

«No debí volver a casa», pensaba Tess amargamente.

Tan embebecida se hallaba en sus cavilaciones, que apenas se fijó a lo primero en un hombre que, envuelto en un impermeable claro, pasaba a caballo por la calle. Quizá por tener ella la cara pegada a los cristales la vio él enseguida, acercándose de tal modo a la fachada de la casa, que casi metía el caballo los cascos por el arriate que había junto al muro. Tess no reparó en él hasta que dio un golpecito con la fusta en los cristales.

Había escampado ya y, obedeciendo al gesto del hombre, abrió ella la ventana.

—Pero ¿no me habías visto? —le preguntó d’Urberville.

—Estaba distraída —dijo ella—. Me parece haberle oído, sólo que creí que era un coche el que pasaba. Estaba como adormilada.

—Quizá lo que tú oías era el coche de los D’Urberville. ¿No sabes la leyenda?

—Sí, es decir, empezaron a contármela una vez, pero no acabaron.

—Pues si eres una d’Urberville auténtica no debería contártela. A mí, como soy un d’Urberville postizo, me tiene sin cuidado. Es una historia lúgubre… Es que el ruido de ese coche imaginario, sólo lo puede oír uno de la sangre de d’Urberville, y es señal de que va a ocurrirle una desgracia. La leyenda habla de un asesinato cometido por uno de la familia hace varios siglos.

—Ahora que ha empezado, tiene que acabar.

—Bueno. Pues cuentan que un d’Urberville raptó a una hermosa joven, que trató de escaparse del coche en que él la llevaba, y que en la lucha…, ya no me acuerdo si fue él quien la mató a ella o ella quien lo mató a él…, se me ha olvidado… Pero por lo que veo estáis de mudanza…

—Sí, nos vamos del pueblo mañana, día de la Anunciación.

—Me lo habían dicho, pero no había llegado a creerlo. Me parece muy precipitado, pero ¿por

qué os vais?

—Pues porque en mi padre concluía el contrato de arrendamiento, y muerto él, ya no tenemos derecho a seguir aquí. Aunque quizá hubiéramos podido quedarnos como simples inquilinos de no haber sido por mí.

—¿Por ti? ¿Y cómo?

—Pues porque no soy una mujer honrada.

D'Urberville se sonrojó.

—¡Malditos escrúpulos! ¡Qué gente tan gazmoña! ¡Así se les vuelvan ceniza sus sucias almas! —exclamó Alec con irónica vehemencia—. ¿Y ésta es la causa de que os vayáis? ¿De modo que os echan?

—Echarnos precisamente no, pero como nos dijeron que teníamos que desalojar la casa enseguida, pensamos que sería mejor hacerlo ahora que todo el mundo hace su arreglo para el nuevo año.

—¿Y adonde pensáis ir?

—A Kingsbere. Hemos tomado allí unas habitaciones. Madre está tan tonta con la parentela de mi padre, que se empeña en ir allá.

—Pero la familia de tu madre no está para alquileres, y en un poblacho como ése. Vamos a ver, ¿por qué no os venís a mi finca de Trantridge? Apenas si queda ya allí una gallina desde que murió mi madre, pero ya sabes que hay casa y huerta. En un día puede quedar limpia, y no tenéis que hacer sino acomodaros allí tú y tu madre. A los chicos los pondremos en un buen colegio. Realmente yo estoy obligado a hacer algo por ti.

—¡Pero si ya hemos tomado alojamiento en Kingsbere, y allí podemos esperar a que…!

—¿Esperar a qué? ¿A que vuelva tu bonito marido? Mira, Tess, conozco a los hombres y, sabiendo los motivos de la separación, estoy convencido de que no volverá nunca a buscarte. Yo soy ahora un buen amigo tuyo, aunque tú creas lo contrario. Venid a mi finca. Allí criaremos una buena colonia de aves, de la que tu madre cuidará a maravilla, y a los niños, como te he dicho, los meteremos en un buen colegio.

Después de una pausa, durante la cual respiró afanosa, dijo Tess:

—Pero ¿es verdad que está usted dispuesto a hacer todo eso? ¡Y si cambia usted luego de idea… y nos encontramos… otra vez sin hogar!

—Desecha esos pensamientos, mujer. Yo estoy dispuesto a garantizártelo por escrito si fuera necesario. ¡Piénsalo bien!

Tess negó con la cabeza. Pero d'Urberville insistió. Nunca le había visto ella tan decidido; no admitía réplica.

—Haz el favor de decírselo a tu madre —le dijo con tono enfático—. Ella es quien debe resolver sus asuntos, no tú. Mañana por la mañana he de hacer que esté la casa como los chorros del oro, y mandaré encender una buena lumbre; para el anochecer estará ya oreada y podréis ir a instalaros en ella sin temor. De suerte que allí te espero.

Tess movió otra vez la cabeza con aire de duda; tantas emociones le quitaban el aliento. No podía alzar los ojos hasta d'Urberville.

—Yo te debo una reparación por lo pasado, ya lo sabes —continuó él—. Además, tú me curaste de la chifladura de la santidad y te estoy muy agradecido.

—Ojalá hubiera usted seguido con esa chifladura. ¡Siquiera haría usted vida más ordenada!

—Estoy muy contento de esta oportunidad que se me ofrece de brindarte una compensación. Conque mañana espero oír descargar los muebles. Ahora venga esa mano para sellar el compromiso, mi querida y hermosa Tess.

Al pronunciar la última frase apagó la voz hasta no ser ésta más que un murmullo y apoyó la mano en la ventana. Con la mirada centelleante tiró ella bruscamente de la barra de seguridad, y al hacerlo le cogió a Alec el brazo entre la ventana y la jamba de piedra.

—¡Demonios! ¡Eres terrible! —dijo él sacando el brazo—. ¡No, ya sé que no lo hiciste aposta! ¡Bueno, pues quedamos en que te espero mañana, o por lo menos a tu madre y los chicos!

—¡Lo que es a mí no me espere! —dijo ella de pronto—. Porque me sobra el dinero.

—¿Cómo?

—Puedo pedírselo a mis suegros.

—Sí, sólo que no te decidirás a hacerlo, te conozco; no eres capaz de ello. ¡Antes te morirías de hambre!

Y con estas palabras se alejó Alec. Al doblar la esquina de la calle se topó con el hombre del bote de pintura que le preguntó si había abandonado a sus hermanos.

—¡Déjeme usted en paz! —replicó d'Urberville.

Largo rato se quedó Tess según él la dejara, hasta que un sentimiento de rebeldía contra la injusticia le llenó súbitamente los ojos de ardientes lágrimas. ¡Su marido la había tratado con rigor cruel, lo mismo que todos! Nunca se le había ocurrido a ella pensar de aquel modo, pero aquello era lo cierto. ¡Nunca en su vida —estaba dispuesta a jurarlo por lo más sagrado— había pecado ella de intención, y sin embargo, la habían juzgado con la mayor severidad! Cualesquiera que fueran sus pecados, no lo eran de intención, sino de inadvertencia, y siendo esto así, ¿por qué la habían castigado con aquel rigor?

Inflamada de cólera, cogió el primer papel que halló a mano y garrapateó en él los siguientes renglones:

> ¿Por qué me has tratado tan cruelmente, Ángel? No era acreedora de ello. Lo he pensado todo muy bien, y no podré nunca perdonarte. ¡Ya sabes de sobra que jamás te hice ningún mal adrede! ¿Por qué me lo has hecho tú a mí? ¡Eres cruel, sí, muy cruel! Procuraré olvidarte. ¡De ti no he recibido más que injusticia!
>
> *T.*

Aguardó el paso del cartero, salió a entregarle la carta y se volvió luego junto a la ventana.

Lo mismo daba escribirle así que escribirle con cariño. ¿Cómo iba él a hacerle caso? Los hechos seguían siendo los mismos que cuando él se marchó; no había ocurrido nada nuevo que pudiera inducirle a modificar su juicio.

Aumentaron las sombras y la lumbre extendió su fulgor por la estancia. Los dos niños mayores habían salido con su madre. Los cuatro pequeños, de tres y medio a once años, todos con ropas negras, charlaban de sus cosas en torno al hogar. Al cabo de un rato se les unió Tess sin encender ninguna vela.

—Ésta es la última noche que dormimos aquí, en la casa donde nacimos, niños —dijo ella—. Deberíamos pensar en ello, ¿no os parece?

Callaron todos, y con esa impresionabilidad de sus pocos años estuvieron a punto de prorrumpir en llanto al escuchar aquellas palabras de postrimerías que Tess pronunciara, por más que durante todo el día la idea de la mudanza los hubiese tenido locos de contento.

La joven cambió de tema.

—¡A ver —dijo—, cantad algo, niños!

—¿Qué vamos a cantar?

—Cualquier cosa, lo que sepáis.

Reinó breve silencio, que fue primero interrumpido por un conato de canto; luego, una segunda voz vino en ayuda de la primera, y después otra tercera y otra cuarta, hasta que por último se formalizó el coro, entonando una estrofa aprendida en el colegio:

Aquí sufrimos dolor y pena
y nos encontramos para separarnos después,
en tanto allá arriba siempre estaremos juntos.

Cantaban los cuatro niños con la flemática placidez de quienes hubieran resuelto de tiempo atrás la gran cuestión y estuvieran segurísimos, sin ningún linaje de duda, de que no había que devanarse más los sesos. Haciendo muchos mohínes con la cara para emitir las notas y con la vista fija en la llama siguieron cantando los cuatro hermanitos, prolongando los más pequeñines sus notas cuando callaban los demás.

Tess los dejó con su canción y volvió junto a la ventana. Estaba ya todo oscuro también allá fuera, y la joven pegó la cara a los cristales para sondear la negrura. Aunque, en realidad, lo hacía para ocultar sus lágrimas. ¡Si ella tuviera fe en aquello que los niños cantaban, si pudiera abrigar esa seguridad, de cuan distinto modo miraría su situación! ¡Con qué abandono y confianza se entregaría a la providencia y a su futuro reinado! Pero a falta de aquello, no tenía más remedio que hacer algo, ver el modo de ser su propia providencia; porque para Tess, como para tantas otras criaturas, encerraban una terrible sátira aquellos versos del poeta: No venimos en completa desnudez sino arrastrando nubes de gloria[144]…

Para ella y sus semejantes, el nacimiento mismo era una prueba de coacción personal, un sino gratuito, cuyas consecuencias podían mitigarse a lo sumo, pero nunca justificarse por completo.

No tardó en distinguir entre las sombras del húmedo camino a su madre, acompañada de Liza-Lu y Abraham. Los zuecos de la señora Durbeyfield resonaron hasta la puerta y Tess salió a abrir.

—Junto a la ventana veo huellas de herraduras —dijo la madre—. ¿Ha estado aquí alguien a caballo?

—No —dijo Tess.

Los niños la miraron severamente desde el hogar, y uno de ellos murmuró:

—Tess, ¿y el señor que estuvo hablando contigo?

—Sí, es verdad, pero no entró, me habló al pasar.

—¿Qué señor era ése? —le preguntó la madre—. ¿Acaso tu marido?

—No, ése no vendrá nunca ya —respondió Tess con serena desesperanza.

—Entonces ¿quién era?

—¿Para qué me lo pregunta usted, madre? Ya hace tiempo que le conoce.

—¡Ah! ¿Y qué ha dicho? —tornó a preguntar Joan, curiosa.

—Ya se lo diré todo mañana cuando estemos instaladas en nuestra casa de Kingsbere. Allí se lo diré todo.

Había dicho que no había estado allí su marido. Y, sin embargo, cada día sentía con más fuerza que aquel hombre era su verdadero marido.

LII

Durante las primeras horas de la madrugada siguiente, antes de que amaneciera, los vecinos de las casas inmediatas a la carretera vieron perturbado su nocturno reposo por un tráfago estruendoso e intermitente que se prolongó hasta la alborada. Era tal barahúnda tan inseparable de aquella primera semana del mes como el canto del cuco de la tercera del mismo.

Aquéllos eran los preliminares del general desplazamiento, el paso de los carromatos vacíos que iban a recoger los ajuares de las familias trashumantes; porque era siempre el vehículo del contratante el que trasladaba al bracero al lugar donde se había comprometido para trabajar. El madrugón se imponía para que todo quedara terminado en el día, explicándose así que todo aquel trajín empezase al filo de la medianoche, pues los carreteros se proponían estar a las seis de la mañana a la puerta de las familias salientes y proceder seguidamente a la carga de los trastos y chismes.

Pero a Tess y su madre ningún hacendado solícito les mandaba transporte. No eran braceros, sino simples mujeres a las que nadie necesitaba; y de aquí que tuvieran que ajustar por su cuenta un carro, pagando por el transporte hasta del último trasto.

Se tranquilizó Tess cuando, al mirar por la ventana a la mañana siguiente, se encontró con que el tiempo, aunque ventoso y revuelto, no estaba de llover, y con que el carro aguardaba ya a la puerta. Un día de la Anunciación lluvioso era un fantasma que nunca olvidaban las familias viajeras, pues significaba calarse el mobiliario y empaparse colchones, sábanas y ropas, a más de dejar un largo rastro de dolencias y calamidades.

Ya estaban despiertos la madre, Liza y Abraham; pero los pequeños seguían durmiendo a pierna suelta. Desayunaron los cuatro casi a oscuras y empezaron a levantar la casa.

Ejecutaron la faena con cierta alegre vivacidad, ayudados por una o dos vecinas serviciales. Luego de haber embalado y cargado en el carro los muebles más voluminosos, hicieron un nido circular con las camas y colchones para que en él fueran sentados durante el trayecto Joan Durbeyfield y sus niños pequeños. Terminada al fin la carga, tardaron todavía algo en traer los caballos, pero a eso de las dos ya el carro iba camino adelante, llevando el caldero oscilante pendiente del eje y en todo lo alto a Joan y su familia, conduciendo aquélla en su regazo, por miedo a que la máquina sufriera alguna avería, la caja del reloj que, zarandeado a veces por algún vaivén, daba de pronto la una o la una y media con tono lastimero. Tess y su hermana mayor fueron a pie al lado del carro hasta salir del pueblo.

La noche anterior y aquella mañana habían ido a despedirse de algunos vecinos, que acudieron luego a decirles adiós y desearles felicidades para lo futuro, aunque allá para sus adentros no formularan muy risueños augurios acerca del futuro bienestar de la familia Durbeyfield, por mucho que a nadie hicieran el menor daño si no era a ellos mismos. No tardó en trepar el grupo por la montaña, haciéndose el viento más fino y penetrante con el cambio de altura y de terreno.

Como era aquél día de éxodo general, se encontró el carro de los Durbeyfield con otros muchos

que llevaban familias encaramadas en lo alto de la carga, acomodada en todos ellos con arreglo al mismo principio, tan peculiar quizá para el labrador como el hexágono lo es para la abeja. La clave de toda aquella fábrica era la gran alacena familiar que ostentaba relucientes manillas, señales de dedos y evidentes huellas del uso doméstico, campeando al frente encima de las colas mismas de los caballos, erguida en su posición natural, cual si fuera un Arca de la Alianza que se vieran obligados a transportar con solemnidad reverente.

Iban unas familias muy alegres y muy mustias otras; algunas hacían alto en las ventas del camino, en una de las cuales se detuvo también el carro de los Durbeyfield para dar pienso a las caballerías y que los viajeros pudiesen tomar un bocado.

Durante la parada los ojos de Tess fueron a posarse en un pichel azul de litro y medio que subía y bajaba por el aire, pasando de mano en mano entre las mujeres de una familia, encaramadas en lo alto de un carro que se había detenido a corta distancia de la misma venta. Siguiendo la dirección ascendente del pichel, observó Tess que iba a dar en unas manos pertenecientes a una persona muy de su conocimiento y amistad. La joven fue hacia el carro y gritó:

—¡Marian! ¡Izz! ¿También vosotras os mudáis?

Las muchachas le respondieron afirmativamente. Era una vida muy dura la que llevaban en Flintcomb-Ash, y ambas se habían escapado, arrostrando el riesgo de que Groby las persiguiese, si le daba por ahí. Le informaron a Tess de su nueva residencia y la joven les dijo también la suya.

Marian, inclinándose por encima de la carga, dijo en voz baja:

—¿No sabes que aquel señor que te rondaba, ya sabes quién digo, estuvo a preguntar por ti en Flintcomb-Ash? Nosotras no le dijimos dónde estabas, porque como no querías verle…

—¡A pesar de todo, ha dado conmigo! —murmuró Tess.

—¿Sabe adónde vas?

—Creo que sí.

—¿Y tu marido volvió?

—No.

Tess se despidió de sus amigas, pues ya partían ambos carros y llevaban direcciones opuestas; el vehículo que conducía a Marian, Izz y la familia del labrador con quien se habían acomodado iba muy repintado y flamante, tirado por tres fogosos caballos cuyos arneses lucían brillantes guarniciones de bronce, en tanto el carromato en que viajaban Tess y su familia era un desvencijado armatoste que apenas soportaba aquella carga excesiva, y había perdido ya casi toda huella de pintura, yendo tirado por dos caballos solamente. Aquel contraste marcaba muy bien la diferencia que iba de viajar a expensas de un labrador acomodado a hacerlo en un vehículo costeado de bolsillo propio y en dirección a un punto donde no aguardaba ningún patrono.

La distancia era grande —demasiada para ser recorrida en sólo un día— y los caballos cumplieron con harta dificultad su cometido. A pesar de haberse puesto en marcha muy temprano, iba ya muy avanzada la tarde cuando doblaron el costado de una loma que formaba parte del monte llamado Greenhill. Mientras descansaban los caballos un poco para tomar resuello, miró Tess a su alrededor. Al pie de un monte y delante de ellos se extendía el mortecino villorrio, meta de su peregrinación, Kingsbere, donde yacían aquellos antepasados que su padre sacaba a relucir con tanta

insistencia machacona: Kingsbere, el lugar que podía considerarse como hogar y cuna de los d'Urberville, ya que allí habían residido por espacio de más de cinco siglos.

A lo lejos vieron venir a un hombre que se dirigía a ellos subiendo por la falda de una loma y que al ver la carga que llevaban apresuró el paso.

—¿Es usted la señora Durbeyfield? —preguntó a la madre de Tess, que se había apeado con intención de hacer a pie el resto del camino.

Asintió ella con la cabeza.

—Sí, señor; la viuda del difunto sir John d'Urberville, noble arruinado, que vuelve a la tierra de sus abuelos.

—Bueno, yo de eso no sé nada, pero si es usted la señora Durbeyfield, tengo encargado decirle que las habitaciones que usted quería están ya tomadas. No sabíamos que fuera usted a venir, hasta que recibimos su carta esta mañana, cuando ya era tarde. Pero no le será difícil encontrar otro alojamiento.

Reparó el hombre en lo pálida que Tess se puso al recibir la noticia. Su madre dio muestras de gran desaliento.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Tess? —exclamó con amargura—. ¡Qué bien nos recibe la tierra de tus mayores! Sin embargo, no tendremos más remedio que buscar otro alojamiento.

Entraron en el pueblo, quedándose Tess junto al carro, al cuidado de los niños, mientras su madre y Liza hacían averiguaciones. A poco volvió Joan sin haber encontrado alojamiento, y el carrero le hizo presente que tenía que descargar los muebles porque los caballos estaban medio reventados y él había de hacer aquella noche misma la mitad, por lo menos, del camino de vuelta.

—Bueno, pues descargue usted aquí los trastos —dijo Joan con desesperada indiferencia—, y nosotras buscaremos dónde pasar la noche.

Arrimó el carrero el carro al muro del cementerio, en un lugar oculto, y muy diligente procedió a descargar el pobre ajuar. Luego que hubo terminado, le pagó la mujer, quedándose casi sin un céntimo, y yéndose entonces el carrero muy contento de haber dado remate al asunto. Hacía una tarde seca y el hombre se dijo que aquella pobre gente no había de pasar del todo mal la noche a la intemperie.

Contempló Tess con amargura el montón que formaban los trastos apilados. El frío sol de aquel primaveral ocaso se entremetía curioso por entre las cazuelas y peroles, los hacecillos de hierba seca que temblaban agitados por la brisa, las bronceadas asas de la alacena, la cuna de mimbre que a todos los había mecido y la bruñida caja del reloj, objetos todos que mostraban el lamentable aspecto de enseres y cachivaches de uso doméstico, abandonados a las vicisitudes de la intemperie. Alrededor de los viajeros se alzaban cerros y laderas inhospitalarios, fraccionados ahora en reducidas parcelas, y los reverdecidos vestigios que marcaban el sitio donde en otro tiempo se irguiera la mansión de los d'Urberville, viéndose a lo lejos un trecho del bosque de Egdon que formara parte de la propiedad. Al lado, la parte de la iglesia llamada la nave de los d'Urberville lo contemplaba impasible todo.

—¿No es propiedad nuestra el panteón de nuestra familia? —dijo la madre de Tess, después de explorar la iglesia y el cementerio—. Pues aquí acamparemos, hijos míos, hasta que el pueblo de

vuestros antepasados nos ofrezca un asilo. Haré un cobijo para los niños y luego seguiremos buscando.

Ayudó Tess maquinalmente a su madre y al cuarto de hora ya habían sacado de entre los muebles la cama de cuatro columnas armándola junto a la pared sur de la iglesia, es decir, al resguardo de aquella parte del edificio llamada la nave de los d'Urberville, bajo la cual yacían los grandes sepulcros. Sobre la cabecera de la cama se abría un hermoso ventanal, profusamente calado y de primorosa tracería, que databa del siglo XV. La llamaban la ventana de los d'Urberville y en su dintel mostraba los heráldicos emblemas de la familia.

Corrió Joan la cortina de los cuatro lados del lecho, formando como una tienda de campaña, en cuyo interior acomodó a los niños pequeños.

—A falta de otro sitio mejor, podremos pasar aquí esta noche —dijo—, pero ahora tenemos que buscar algo que darles de comer a estas criaturas. ¡Ya ves, Tess, de qué nos ha servido el que te casaras con caballeros!

Acompañada de Liza-Lu y del hijo mayor, volvió Joan a subir la cuesta que conducía al pueblo. Al desembocar en la primera calle vieron a un hombre a caballo que miraba a un lado y a otro.

—¡Ah! —exclamó al ver a Joan, dirigiéndose a ella—, la andaba buscando a usted. ¿Es que se han dado ustedes cita en la residencia histórica de la familia?

Aquel jinete no era otro que Alec d'Urberville.

—¿Dónde está Tess? —preguntó.

No sentía Joan ninguna simpatía por él, pero le indicó la dirección de la iglesia y siguió su camino, diciéndole d'Urberville que si no encontraba casa él los proveería de todo. Se encaminó Alec luego a la posada, de donde a poco volvía a salir a pie.

Tess, entretanto, hacía lo posible por animar a sus hermanos, hasta que viendo que no lo conseguía, salió a dar una vuelta en torno al camposanto, que ya empezaba a sumirse en las tinieblas de la noche. La puerta de la iglesia estaba abierta y en ella entró Tess por primera vez en su vida.

Al pie de la ventana bajo la cual estaba el lecho se hallaban las tumbas de la familia, cuyas fechas comprendían varios siglos. Tenían forma de sencillos altares, rematados por doseles; mostraban medio borrados sus relieves y arrancados los bronces de sus moldes, semejando sus alvéolos las cavidades de las rocas en que suele hacer su nido el martín pescador. Ninguna señal tan clara como aquélla de haberse extinguido totalmente el linaje de los d'Urberville.

Se acercó Tess a una piedra oscura en la que campeaba esta inscripción:

OSTIUM SEPULCHRI ANTIQUAE FAMILIAE
D'URBERVILLE

No leía Tess como un cardenal el latín eclesiástico, pero comprendió que aquélla era la puerta del sepulcro de sus antepasados y que allí yacían los altos proceres que su padre evocara en sus libaciones.

Se apartó meditabunda y pasó delante de un altar sepulcral, el más antiguo de todos y sobre el

que descansaba una figura recostada en la losa. Con lo oscuro que aquello estaba, no reparó antes en ella la joven, ni ahora la hubiera advertido a no ser porque le pareció que la estatua se movía. No bien se acercó a ella, pudo comprobar en efecto que la tal estatua era una persona viva, y la impresión que aquello le produjo fue tan violenta que se hubiera desmayado si Alec d'Urberville no hubiera acudido a sostenerla, saltando deprisa del nicho, que él y no otro era la supuesta estatua.

—Te vi entrar —le dijo sonriendo— y me subí ahí para no interrumpir tus meditaciones. ¿Es que vais a celebrar reunión de familia con vuestros antepasados? Escucha. —Dio Alec un fuerte taconazo en el suelo, que sonó a hueco—. ¡A ver si así se despiertan! —continuó—. ¡De modo que te creías que yo era la estatua de uno de ellos! Pues ya ves que no. El viejo orden cambia[145]. Ahora el dedo meñique de un d'Urberville postizo puede hacer más por ti que toda esa dinastía de d'Urberville auténticos que se pudren ahí abajo… Habla, dime, ¿qué quieres que haga?

—¡Vayase! —murmuró Tess.

—Sí, me iré…, tengo que mirar por tu madre —le dijo él con suavidad, pero al irse murmuró—: Pero, escúchame lo que te digo: serás amable, a pesar de todo.

Cuando se hubo alejado, se inclinó Tess sobre la entrada del panteón y dijo:

—¡Por qué no estaré yo al otro lado de la puerta!

A todo esto Marian e Izz seguían caminando con los enseres del patrono en dirección a su tierra de promisión —el Egipto de alguna otra familia que aquella mañana la habría dejado—. Pero las muchachas no se preocupaban del lugar adonde se dirigían. Su conversación recaía en Ángel y Tess, así como también en aquel tozudo enamorado de la última, cuya relación con su pasado habían oído contar antes de ahora y adivinado a medias.

—No es lo mismo que si no le hubiera conocido antes. Ahí está toda la diferencia —dijo Marian—. Sería una lástima que volviera a echarla la zarpa otra vez. Ángel no ha de ser nunca para nosotras, y siendo así, ¿por qué no hacemos por que vuelva al lado de Tess? Si él supiera los trances en que la ha puesto y lo que la amenaza, sin duda cuidaría más de ella.

—¿Y no podríamos avisarle de lo que ocurre?

Así fueron discurriendo ambas amigas hasta llegar a su destino. Pero allí no tuvieron ya tiempo para atender a otra cosa que a su nueva instalación. Pasado un mes sin tener noticias de Tess, llegó a sus oídos la de que Clare estaba próximo a regresar. Y al saber aquello, movidas otra vez de su cariño a Ángel, aunque leales para con su amiga, aprontaron el barato tintero de que ambas se servían, y entre las dos pergeñaron la siguiente carta:

Respetable señor:

Mire usted por su esposa, si la quiere tanto como ella le quiere a usted, porque un enemigo en forma de amigo la ha puesto en situación muy apurada. Anda a su lado alguien que debía estar muy lejos. No se puede probar a una mujer más allá de lo que puede resistir, y la gota, cayendo sin cesar, horada la piedra aunque sea un diamante.

Dos que le quieren bien.

Dirigieron la breve misiva a las únicas señas que conocían de Ángel Clare, es decir, a casa de su padre en Emminster, después de lo cual, muy exaltadas por aquel rasgo generoso, se pusieron a cantar y llorar al mismo tiempo en espasmódicos arrebatos.

Séptima fase

EL CUMPLIMIENTO.

LIII

Atardecía en la casa parroquial de Emminster. En el despacho del pastor ardían las dos velas de costumbre bajo sus verdes pantallas; pero el reverendo no estaba allí, pues entraba de cuando en cuando, atizaba la lumbre, escasa ya por lo avanzado de la primavera, y volvía a salir; se detenía un momento en la parte de afuera, entraba otra vez y volvía a asomarse a la puerta. Miraba ésta a occidente, y aunque dentro todo estaba ya oscuro, fuera había aún luz bastante para distinguir los objetos. La señora Clare, que estaba en su gabinete, salió una de las veces al encuentro de su marido.

—Todavía falta —dijo el pastor—; hasta lo menos las seis no llegará a Chalk-Newton, aun contando con que el tren no traiga retraso, y nuestro viejo rocín no ha de recorrer en un vuelo los dieciséis kilómetros de camino que hay hasta aquí, y de los cuales ocho son por el camino de Crimmercrock.

—Pues con nosotros los ha recorrido en una hora.

—Sí, pero ya hace años de eso.

Así pasaban los minutos ambos viejos, aunque harto comprendían que tales comentarios no conducían a nada, no quedándoles más recurso que armarse de paciencia y esperar.

Por fin se oyó un leve ruido en el camino y el derrengado carricoche se dejó ver tras de la verja. Se apeó de él una figura a la que fingieron reconocer, pero que de haberla encontrado por la calle no hubieran sabido quién era, si no hubiera salido de ese vehículo en ese momento en que se esperaba a cierta persona.

La señora Clare se precipitó por el oscuro pasillo hacia la puerta, seguida de su marido, que caminaba más despacio.

El recién llegado, que ya entraba en la casa, vio sus inquietos semblantes a la puerta y el fulgor del ocaso reverberando en sus lentes, que reflejaban los últimos destellos del día; pero los ancianos veían sólo su figura a contraluz.

—¡Hijo mío, hijo de mi alma…, al fin te tenemos en casa otra vez! —exclamó la señora Clare, olvidada tanto de las máculas heterodoxas que habían ocasionado la separación del joven como del polvo que cubrían sus ropas.

¿Qué mujer, aun la más fanática, cree en las promesas y amenazas del Verbo con la misma fe que en sus hijos, ni cuál de ellas no daría toda su teología a cambio de la felicidad del hijo amado? Tan pronto como pasaron a la habitación en que ardían las dos velas miró con ansia la cara del viajero.

—¡Pero éste no es nuestro Ángel…, no es nuestro hijo! ¡No es el Ángel que se fue! —exclamó dolorida, volviendo a otro lado el semblante.

También el pastor sufrió una impresión dolorosa al ver lo desmejorado que venía el joven de aquel país remoto adonde emigrara, huyendo de los enojosos acontecimientos que le sucedieran. Se adivinaba el esqueleto tras el rostro y casi el espíritu tras éste. Semejaba un trasunto del Cristo en la expiración, de Crivelli[146]. Tenía los ojos hundidos y había huido de sus pupilas la luz. Las concavidades faciales y angulosas líneas de sus ancianos antepasados habían llegado a marcarse en

su rostro con veinte años de anticipación.

—Es que estuve allí enfermo —dijo Ángel—, pero ya estoy completamente restablecido.

Sólo que como si se propusieran desmentir sus palabras, sus piernas parecieron abandonarle y tuvo que darse prisa a sentarse para no caerse. Sólo fue aquello un pasajero desvanecimiento, consiguiente a la fatigosa jornada y la emoción de ver de nuevo a sus padres.

—¿No ha venido otra carta para mí? —preguntó—. Recibí la última por pura casualidad, por haber retrasado mi embarque; si no, hubiera venido antes.

—Sería de tu mujer, ¿verdad?

—Sí.

Efectivamente; había allí otra carta para él que no le habían reexpedido, esperando su pronta llegada.

Se apresuró Ángel a rasgar el sobre, y experimentó profunda impresión al leer lo que en ella le decía Tess:

> ¿Por qué me has tratado tan cruelmente, Ángel? No era acreedora de ello. Lo he pensado todo muy bien, y no podré nunca perdonarte. ¡Ya sabes de sobra que jamás te hice ningún mal adrede! ¿Por qué me lo has hecho tú a mí? ¡Eres cruel, sí, muy cruel! Procuraré olvidarte. ¡De ti no he recibido más que injusticia!

—¡Es verdad! —murmuró Ángel, arrojando al suelo la carta—. ¡Tal vez no vuelva a reconciliarse nunca conmigo!

—¡No sufras, Ángel, por una simple hija de la tierra! —le dijo su madre.

—¡Una hija de la tierra! —exclamó el joven—. Todos somos hijos de la tierra. Ojalá lo fuera ella en el sentido que lo dice usted, porque les quiero revelar ahora a ustedes lo que nunca les dije, que mi esposa desciende en línea directa de una de las más antiguas familias normandas, aunque como tantos otros que se hallan en su caso lleve una vida oscura y se les llame *hijos de la tierra*.

Se retiró Ángel luego a descansar, y no sintiéndose muy bien a la mañana siguiente, se quedó en su cuarto, reflexionando. Eran tales las circunstancias en que había dejado a Tess, que aunque al recibir hallándose al sur del Ecuador la tierna misiva de su esposa consideró su deber regresar inmediatamente a su lado resuelto ya a perdonarla, ahora que había vuelto por fin, no le parecía tan fácil la reconciliación ni se decidía del todo a intentarla. Era Tess de carácter apasionado y los términos de su última carta mostraban claramente cuánto había perdido él en su estimación, debido a su demora, y con mucha razón —según reconocía él—, por lo que hubo de preguntarse a sí mismo si no convendría, antes de presentarse a ella, avisarla de su llegada. Si el amor de Tess se había trocado en desvío durante las últimas semanas, una entrevista inesperada y brusca podía dar motivo a que surgieran palabras amargas.

Decidió Ángel que era lo más prudente avisar a Tess y preparar a su familia, poniéndole unas letras a Marlott, anunciándole su regreso y manifestándole su esperanza de que ella aún viviera con sus padres, según convinieran antes de emprender él su viaje. Aquel mismo día le mandó la carta, y

antes de finalizar la semana recibió una lacónica esquela de la señora Durbeyfield, la cual no disipó las inquietudes de Ángel, por no traer remite alguno y ver el joven por el sello que no procedía de Marlott. La carta decía así:

> Muy señor mío:
>
> Le escribo estas breves líneas para decirle que mi hija no vive ya conmigo y no puedo decirle a punto fijo cuándo volverá. Aunque tan pronto como vuelva se lo comunicaré. No me creo autorizada para decirle dónde se encuentra ahora. Debo manifestarle que nosotros hemos dejado Marlott hace algún tiempo.
>
> De usted afectísima.
>
> *J. Durbeyfield.*

A pesar de la extraña redacción de aquella carta, fue tal la satisfacción que experimentó Ángel al saber que, por lo menos, según parecía, se encontraba Tess bien de salud, que no le preocupó gran cosa aquel misterio con que la madre le hablaba del paradero de su hija. Saltaba a la vista que todos estaban enojados con él. Pues esperaría a que la viuda le anunciara el regreso de la muchacha que, a juzgar por lo que decía la carta, no había de retrasarse mucho. No merecía él más después de todo. Había sido su amor un amor «que se altera cuando encuentra alteración[147]». Durante su ausencia había tenido ocasión de ver muchas rarezas; había visto a la virtual Faustina convertida en la literal Cornelia; a la espiritual Lucrecia encarnada en el cuerpo de Friné; había pensado en la mujer acusada y a punto de ser puesta en la picota, y en la esposa de Urías convertida en reina[148] y se había preguntado por qué no había de juzgar a Tess por su condición más que por su biografía, por su intención y no por sus actos.

Permaneció un par de días en casa de sus padres, aguardando la respuesta de la viuda y haciendo por recobrar las energías perdidas. Volviéronle éstas, pero no recibió la anhelada misiva. Entonces buscó Ángel la carta de Tess que recibiera en el Brasil y la releyó, conmoviéndole ahora sus palabras tanto como la vez primera:

Tengo que acudir a ti en mi atribulación, pues no tengo a nadie más a quien recurrir… Creo que me moriré si no vienes pronto o no me dices que vaya a reunirme contigo… Por favor, no seas justo; no seas más que bueno para mí… ¡Si vinieras, podría siquiera morir en tus brazos! ¡Y perdonándome tú, moriría contenta!… Si me enviaras nada más que una línea, diciéndome: «Voy para allá pronto», Ángel, ¡qué feliz sería yo! ¡Qué feliz sería!… ¡Piensa cuánto sufre mi corazón, privada como estoy de tu compañía! Si pudiera hacer que tu corazón padeciera sólo un minuto cada día lo que el mío sufre todo el día y todos los días, seguramente que te compadecerías de tu pobre mujercita abandonada… ¡Ojalá pudiera vivir a tu lado, como criada siquiera, ya que no como esposa! ¡Poder estar junto a ti, verte, aunque sólo fuera alguna que otra vez, y considerarte mío!… Sólo una cosa ansio con toda mi alma, en el cielo, en la tierra o debajo de ella: unirme a ti, ¡alma de mi alma! ¡Ven a mi lado, Ángel, ven en mi ayuda y sálvame de lo que me amenaza!

Ángel tomó el partido de no dar crédito a la severidad de la última carta de Tess, determinando correr inmediatamente en busca de su esposa. Preguntó a su padre si ésta le había pedido algún dinero durante su ausencia, y al contestarle aquél negativamente, le asaltó al joven por primera vez la idea de que sólo por orgullo no lo habría hecho la joven, la cual por fuerza habría tenido que pasar sus apuros.

De deducción en deducción vinieron al fin los padres en conocimiento de cuál había sido la causa de la separación de los cónyuges, y hasta tal punto tenía arraigo en sus almas la creencia evangélica, que Tess, que hasta entonces no despertara su interés ni por su abolengo, ni por el cariño que a su hijo le demostrara, ni siquiera por su pobreza, hubo de despertárselo, y vivísimo, por su pecado.

Mientras Ángel hacía su equipaje para el viaje que emprendía, hubo de posar la mirada en una breve e ingenua esquela que últimamente había recibido, la de Marian e Izz, que empezaba de esta suerte: «Respetable señor: Mire usted por su esposa, si la quiere tanto como ella le quiere a usted», e iba firmada por *Dos que le quieren bien*.

LIV

Un cuarto de hora más tarde salía Ángel de casa de sus padres, seguido hasta volver la esquina por la amorosa mirada de su madre. No había querido el joven servirse de la caduca yegua del pastor, en atención a la falta que a éste le hacía. Así que fue a la posada y alquiló un tílburi, aguardando con impaciencia a que acabaran de enganchárselo. A los pocos minutos salía del pueblo, remontando la cuesta por la que tres o cuatro meses antes bajara Tess llena de esperanzas, para volver a subirla luego con sus ilusiones marchitas.

Pronto vio extenderse ante sus ojos la calzada de Benvill con sus setos y sus árboles cuajados de brotes púrpura, pero el joven iba harto embebecido en sus pensamientos, y sólo veía del terreno circundante el trecho suficiente para no errar el camino. A la media hora de marcha había costeado por el sur las tierras de King's Hintock y llegado al punto en que se alzaba aquella solitaria piedra de Cross-in-Hand, el malhadado monolito sobre el cual Tess, a instancias de Alec d'Urberville, prestara aquel día el extraño juramento de no hacer nada por seducirle.

Las pálidas y ajadas ortigas del año anterior se veían desmedradas en las laderas del camino, y nuevos retoños brotaban de sus raíces en la incipiente primavera.

Siguió Ángel orillando la meseta que domina el resto de las tierras de Hintock, y torciendo a la izquierda, se internó en la aridez calcárea de Flintcomb-Ash, en dirección al lugar donde Tess fechara una de sus cartas y donde pensaba él que se encontraría a la sazón, a juzgar por la carta de su madre. Ni que decir tiene que no la encontró allí, subiendo de punto la contrariedad del joven al ver que ni en todo aquel caserío ni en la granja misma conocía nadie a la señora Clare, aunque sí recordaban perfectamente a Tess por su nombre de pila. Era evidente que desde su separación había renunciado aquélla a usar el nombre de su marido, detalle que indicaba la dignidad de carácter de la joven, no menos que aquel otro de haber preferido ponerse a trabajar en una labor ruda antes que recurrir a su suegro en demanda de ayuda.

Le dijeron allí a Ángel que Tess, aunque nada dejara dicho, se había trasladado desde aquel sitio a casa de sus padres, al otro lado del valle de Blackmoor, siendo por tanto en dicho punto donde debía buscarla. Su madre le había dicho que no estaba con ella Tess, pero las reticencias tan extrañas de su misiva indujeron a Clare a dirigirse a Marlott para salir de dudas de una vez. El hacendado, tan rudo con Tess, estuvo amable con Ángel y le proporcionó un cochecillo y un hombre para que lo llevara a Marlott, visto que el joven había tenido que devolver su tílburi a Emminster, por haber caducado el tiempo de su alquiler.

No quiso Clare utilizar el coche del hacendado más que hasta la entrada del valle de Blackmoor y, devolviéndoselo con el hombre que le sirviera de guía, se hospedó en una posada, y a la mañana siguiente se dispuso a recorrer a pie la región en que estaba enclavado el pueblo natal de su mujer. No iba lo bastante avanzado el año para que se pudieran apreciar los colores de sus huertas y arboledas; la llamada primavera no era más que un invierno cubierto de leve ropaje de verdor, resultando muy a tono con el estado de ánimo del viajero.

La casa en que Tess naciera y se criara estaba habitada a la sazón por otra familia extraña en ella. Los nuevos inquilinos se hallaban en aquel momento en el huerto, tan entretenidos en sus quehaceres como si la casa nunca hubiera estado unida a las historias de otros, a cuyo lado las historias de éstos no eran más que «un cuento contado por un idiota[149]». Paseaban por las sendas del huerto, absortos en sus propias intenciones, sin sospechar que a sus espaldas se alzaban espectros. Y hasta los pájaros de la flamante primavera cantaban por encima de sus cabezas, cual si a nadie echaran de menos.

Preguntándoles a los nuevos moradores de la finca, que ignoraban hasta el nombre de sus antecesores, sacó Ángel en claro que había muerto John Durbeyfield, y que su viuda e hijos habían tenido que irse de Marlott, diciendo que se mudaban a Kingsbere; sólo que en vez de eso, se habían ido a vivir a otro lugar que le indicaron. Entonces Ángel, lleno de odio contra la casa por no estar allí Tess, se alejó del aborrecible espectáculo sin volver ni una sola vez siquiera la cabeza.

Su itinerario pasaba por el sitio aquel donde por vez primera la había visto en el baile. Su vista resultó a Ángel tan dolorosa como la de la casa. Atravesó luego el joven el camposanto donde, entre las tumbas recientes, vio una algo más ostentosa que las demás. Llevaba la inscripción siguiente:

En memoria de John Durbeyfield, propiamente d'Urberville, de la poderosa y antigua familia de este apellido y descendiente por línea directa del muy ilustre sir Pagan d'Urberville, uno de los caballeros que vinieron con el Conquistador. Fallecido el 10 de marzo de 18…

ASÍ CAEN LOS PODEROSOS[150].

Un hombre que debía de ser el sepulturero se había fijado en Ángel y se le acercó diciéndole:

—Mire usted, ese difunto no quería que lo enterrasen aquí, sino que lo llevasen a Kingsbere, donde están sus antepasados.

—¿Y por qué no respetaron su última voluntad?

—Pues porque no dejó ni un céntimo… Así Dios le tenga en su gloria, y quizá esté mal que yo lo diga, pero lo cierto es que su familia todavía no ha pagado el importe de esta lápida.

—¿Pues quién la puso?

El sepulturero le dio el nombre de un albañil del pueblo a cuya casa se dirigió Ángel desde el cementerio. Después de cerciorarse de la existencia de la deuda, pagó al obrero la cuenta. Luego se puso de nuevo tras la pista de los emigrantes.

Era mucha la distancia para hacerla a pie, pero tanta ansia sentía Ángel de estar solo que al principio ni quiso alquilar un coche, ni tomar el ferrocarril que, aunque con un gran rodeo, podía llevarle a donde deseaba. Sin embargo, ya en Shaston se convenció de que no tenía más remedio que tomar un coche, como en efecto lo hizo, aunque era tan largo el trayecto, que hasta las siete dadas no llegó al lugar donde vivía Joan, después de recorrer más de treinta kilómetros desde Marlott.

Como el pueblo era pequeño, no le costó gran trabajo dar con el albergue de Joan, que era una casita rodeada de un jardín tapiado, bastante apartada de la carretera. Saltaba a la vista que, fuera por lo que fuese, no le hacía mucha gracia la visita de Ángel, pues éste pudo notar que lo recibía

como a un intruso. Salió a la puerta a ver qué quería, dándole en la cara la luz del cielo vespertino.

Era aquélla la primera vez que Ángel la veía, pero estaba harto preocupado para fijarse en otra cosa sino en que era todavía una mujer hermosa y llena de decoro en su luto de viuda. Tuvo el joven que explicarle que era el marido de Tess, así como el motivo de su visita, que le expuso con visibles muestras de azoramiento.

—Necesito ver enseguida a Tess —añadió—. Usted dijo que volvería a escribirme pero no lo hizo.

—No lo hice porque todavía no ha vuelto a casa —repuso la viuda.

—Pero ¿usted sabe si está bien de salud?

—Yo no lo sé, pero usted sí debería saberlo.

—Es verdad, lo reconozco —respondió Ángel—. ¿Y puede usted decirme dónde se encuentra?

Desde el comienzo de la entrevista había manifestado Joan su turbación poniéndose la mano en la mejilla.

—Yo…, no lo sé a punto fijo —respondió—. Estuvo…, pero…

—¿Dónde dice usted que estuvo?

—Pero no, ya no está allí.

Hizo otra pausa en sus evasivas, y habiendo acudido a la puerta los niños, el menor murmuró, tirándole a su madre de la falda:

—¿Es éste el caballero que se va a casar con Tess?

—¡Si se ha casado ya con ella! —le dijo por lo bajo Joan—. Anda para adentro, hijo.

Advirtió Ángel los apuros que pasaba la mujer para no decir la verdad, y le preguntó:

—¿Usted cree que Tess verá con gusto que yo vaya a buscarla? Porque si así no fuera, claro está… que…

—Pues, hablándole a usted con franqueza, no creo que le haga mucha gracia…

—¿Está usted segura?

—Tan segura como lo estoy.

Ángel ya se volvía, pero recordando aquella otra carta tan cariñosa de Tess, replicó con vehemencia:

—Pues yo estoy seguro de que desea que yo vaya a buscarla. ¡Conozco a su hija mejor que usted!

—Muy posible es que así sea, porque lo que es yo nunca la he podido entender.

—Hágame el favor de decirme sus señas. Señora, ¡tenga compasión de un hombre que está solo y destrozado!

La madre de Tess volvió a restregarse verticalmente la mejilla con la mano, y al ver lo que sufría Ángel, le dijo por fin con voz débil:

—Tess está en Sandbourne.

—¿Dónde exactamente? Porque creo que ese pueblo está hoy hecho una gran ciudad.

—Yo no sé más sino lo que le he dicho… Sandbourne. Nunca he puesto allí los pies.

Convencido Ángel de que Joan hablaba verdad, renunció a seguir molestándola con sus preguntas.

—¿Puedo servirla en algo? —le dijo dulcemente.

—Muchas gracias, señor —le respondió ella—, pero tenemos más de cuanto pudiéramos apetecer.

Ángel se despidió sin entrar en la casa. A cinco kilómetros de allí había una estación ferroviaria, y Ángel, pagando antes el coche, se dirigió a pie a ella. Poco después partía en el tren de Sandbourne.

LV

Aquella misma noche, a las once, luego de tomar habitación en un hotel y de telegrafiar a sus padres comunicándoles sus señas, se echó a andar por las calles de Sandbourne. Era ya tarde para visitar a nadie ni hacer indagación alguna, por lo que, aunque mal de su grado, aplazó Ángel hasta el día siguiente sus pesquisas. Pero no tenía aún dispuesto el ánimo al reposo.

Aquella concurrida ciudad-balneario, con sus dos estaciones del este y el oeste y sus verdes jardines, se le figuraba a Ángel un paraje fantástico, súbitamente creado por una varita mágica, por más que se mostrase un tanto polvoriento. Cerca de él se veía un ramalazo occidental del infinito páramo de Egdon, pero al borde mismo de ese atezado jirón de antigüedad había tenido esta ciudad de placer la humorada de erguir su novedad flamante. A un kilómetro no más de los suburbios todo accidente del suelo era prehistórico; desde el tiempo de los romanos no se había removido allí ni un terrón de tierra, y, sin embargo, eso no había sido obstáculo para que lo exótico germinase allí bruscamente como la famosa calabaza del profeta[151]. Y ahora Tess estaba allí.

A la luz de los faroles de la medianoche anduvo Ángel por los tortuosos caminos de aquel nuevo mundo, enclavado dentro de otro viejo, y pudo distinguir por entre los árboles, resaltando sobre el tachonado cielo, los altos tejados, chimeneas y torreones de las caprichosas viviendas que formaban la ciudad. Era aquel pueblo como una ociosa residencia mediterránea emplazada en el Canal de la Mancha, y contemplada de noche parecía todavía más imponente de lo que en realidad era.

Inmediato a ella estaba el mar, aunque sin hacerse notar demasiado, pues sus aguas murmuraban con el mismo rumor casi que los pinos, y Ángel pensaba que el susurro de éstos era el de aquél.

¿Dónde podría estar Tess, una lugareña, entre todo aquel esplendor de riqueza y de lujo? Cuanto más pensaba en eso, Ángel más se desconcertaba. ¿Acaso había por allí vacas que ordeñar? Seguramente que no, ni tampoco fincas en sus inmediaciones. Lo más probable era que la joven se hubiera puesto a servir en alguna de aquellas casas tan señoriles. Y Ángel anduvo dando vueltas por las calles largo rato, mirando a las ventanas iluminadas que poco a poco se iban oscureciendo, preguntándose cuál de ellas sería la de su mujer.

Vano resultaba el devanarse los sesos de aquel modo, y a eso de las doce volvió Ángel al hotel y se acostó. Antes de apagar la luz volvió a leer la apasionada carta de Tess. No podía conciliar el sueño, sintiéndose tan cerca de ella y tan lejos a la par, y cada momento descorría el visillo del balcón y miraba a las fachadas de las casas fronteras preguntándose en cuál de ellas dormiría en aquel momento su esposa.

Lo mismo le hubiera valido pasarse la noche en pie. A las siete de la mañana se levantó y salió enseguida con dirección a la central de correos. En la puerta se encontró con un cartero que salía a hacer el reparto de la mañana.

—¿No podría usted decirme las señas de la señora Clare? —le preguntó Ángel.

El cartero movió la cabeza negativamente.

Pero recordando Ángel que tal vez siguiera Tess usando su nombre de soltera, aclaró:

—O de la señorita Durbeyfield.

—¿Durbeyfield?

Tampoco conocía el cartero aquel nombre.

—Como todos los días entran y salen forasteros es imposible retener sus nombres. Se fue aquel cartero y Ángel le repitió la pregunta a otro que en aquel momento salía.

—No conozco ese nombre de Durbeyfield, pero aquí en La Garza hay un d'Urberville —dijo el segundo cartero.

—¡Entonces será ella! —exclamó Ángel, pensando alborozado que Tess habría adoptado su verdadero nombre—. ¿Qué es eso de La Garza?

—Una casa de huéspedes por todo lo alto. Aquí todo se vuelven casas de huéspedes y fondas.

Se enteró Ángel por el cartero de la dirección de la tal casa de huéspedes y se encaminó a ella enseguida, llegando al mismo tiempo que el lechero. No obstante ser La Garza una «villa» corriente, estaba aislada y tenía tal aspecto de casa particular que nadie podía pensar que fuera una pensión. Si la pobre Tess estaba allí, según pensaba Ángel, saldría a la puerta de servicio para atender al lechero, y el joven estuvo a punto de ir a llamar a aquella puerta. Pero luego mudó de parecer y llamó en la principal.

Como era todavía muy temprano, le salió a abrir la misma patrona. Ángel le preguntó por Tess d'Urberville o Durbeyfield.

—¿La señora d'Urberville?

—Sí.

Por lo visto Tess figuraba como casada, y eso le halagó, aunque no hubiera adoptado su apellido.

—¿Tiene usted la bondad de decirle que un pariente suyo desea hablarle enseguida?

—Algo temprano es. Pero, dígame, ¿a quién le anuncio?

—Dígale usted que está aquí Ángel.

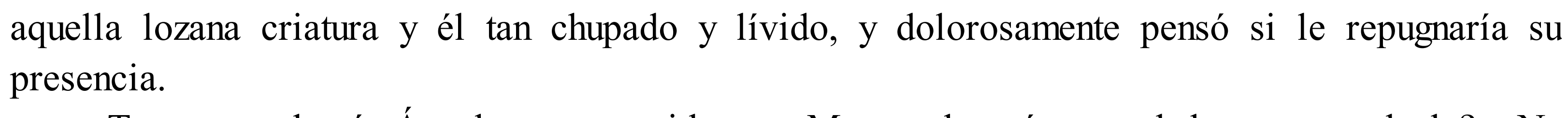
—¿El señor Ángel?

—No, señora; Ángel simplemente. ¡Es mi nombre de pila! Ya sabe ella quién soy.

Le hizo pasar a la habitación de enfrente —el comedor—, donde Ángel, mientras aguardaba, se puso a mirar por los visillos el jardín de la casa, plantado de rododendros y arbustos. No era por lo visto tan mala como él temiera la situación de su mujer, y Ángel pensó que quizá hubiera reclamado y vendido las joyas, aunque sin dirigirle mentalmente ningún reproche por ello. Mas no tardó en percibir el joven tenue ruido de pasos en el piso de arriba, palpitándole el corazón con tal violencia que le costó un gran esfuerzo mantenerse de pie. «¡Ay! ¡Qué pensará de mí, tan cambiado como estoy!», se dijo a sí mismo, al tiempo que se abría la puerta y Tess aparecía en el umbral.

No se presentó la joven en la forma que él esperaba, sino en otra totalmente distinta. Más hermosa que nunca, con una belleza realzada por el tocado; iba envuelta en holgada bata de cachemira gris perla, recamada en tonos de alivio de luto y calzaba chinelas del mismo color. Lucía su blanco escote y la mata de negros cabellos la llevaba dividida por detrás de la cabeza, colgando en parte sobre sus hombros por efecto sin duda de la prisa que se diera a bajar.

Al verla, el joven le tendió los brazos, aunque no llegó a estrecharla, desconcertado por la actitud de ella, que permanecía inmóvil en el umbral. Advirtió Ángel el contraste que formaban


aquella lozana criatura y él tan chupado y lívido, y dolorosamente pensó si le repugnaría su presencia.

—Tess —exclamó Ángel enronquecido—. ¿Me perdonarás por haberme marchado? ¿No podrás… venir a mis brazos? ¿Cómo te encuentro así?…

—Es ya tarde —dijo ella con voz que sonaba dura en el silencio de la estancia y un siniestro fulgor en los ojos.

—¡No supe comprenderte… y te juzgué mal! —contestó él sincerándose—. ¡Pero luego sí, pude conocerte a fondo, Tess mía!

—¡Es tarde, es tarde! —repitió ella accionando como quien sufre una de esas torturas que convierten los minutos en siglos—. ¡No te acerques a mí, Ángel! ¡No puedes acercarte! ¡Vete!

—¿Pero es que no me quieres, esposa mía, por haberme desfigurado la enfermedad? No te creía tan voluble. Vine por ti…, a llevarte a mi casa, donde mis padres te han de recibir con los brazos abiertos.

—¡Sí…, sí…, pero ya te he dicho que es tarde! —Denotaba Tess esa zozobra de quien hace esfuerzos por huir sin conseguirlo—. Tú no sabes lo que pasa…, no lo sabes… ¿Cómo diste conmigo, si no lo saben?

—Preguntándole a todo el mundo por ti.

—Yo te esperé —continuó ella, recobrando su voz la antigua dulzura apasionada—, pero no llegaste. Te escribí y no me contestaste. ¡Él me decía que no habías de volver y que era una tonta en esperarte! Al morir mi padre, nos amparó a todos. Y…

—¡Acaba!

—Logró que me fuera con él otra vez.

La miró Ángel fijamente, comprendiéndolo por fin todo, y de pronto, abatido, como atacado de fulminante morbo, bajó su mirada, que fue a dar en aquellas manos que, rosadas un tiempo, eran ahora todavía más blancas y suaves.

Tess continuó:

—Ahora está arriba. ¡Le aborrezco porque me engañó… al asegurarme que *no* volverías y has vuelto! ¡Este traje, todo lo que tengo, él me lo regaló; no me importaba lo que pudiera hacer conmigo! ¡Vete, Ángel, te lo suplico, y no vuelvas jamás!

Permanecieron estáticos, asomándoseles a los ojos el atribulado corazón con tal tristeza que movía a piedad.

Ambos parecían implorar algo que los llevase lejos de la realidad terrible.

—¡Toda la culpa es mía! —exclamó Ángel.

Mas no pudo continuar. En aquel momento las palabras resultaban tan inexpresivas como el silencio. Tuvo, sin embargo, vaga conciencia de una cosa, que hasta más tarde no advirtió claramente: que su Tess auténtica había dejado de morar espiritualmente en el cuerpo que el otro poseía, un cuerpo que ella abandonara cual un cadáver, y que seguía un rumbo distinto al que anhelara su voluntad.

A los pocos instantes había desaparecido Tess, y Ángel, con el rostro más frío y pálido que al entrar, se encontró en la calle sin saber cómo, y echó a andar sin saber adonde.

LVI

La señora Brooks, patrona de La Garza, no era muy curiosa de suyo. La pobre mujer estaba harto esclavizada por el demonio de las cuentas de pérdidas y ganancias para atender a otra cosa que no fuera a cobrarles el pupilaje a sus huéspedes. Pero aquella extraña visita de Ángel a Tess, a quien ella tenía por esposa legítima del señor d'Urberville, hubo de despertarle la femenil curiosidad que en ella latía mortecina. Tess había sostenido todo aquel diálogo con su marido desde la puerta, sin entrar en el comedor, y la hospedera, que estaba en su gabinete, situado al fondo de la galería, con la puerta entornada, pudo oír fragmentos del diálogo, si es que puede llamarse así a las palabras cruzadas entre aquellos dos desventurados. Oyó luego subir a la joven, salir a Ángel y cerrarse la puerta principal. Después oyó el portazo del piso de arriba y comprendió que Tess había vuelto a sus habitaciones. Y como había visto que estaba a medio vestir calculó la señora Brooks que no saldría en un buen rato.

En consecuencia, subió despacito la escalera y se detuvo en la puerta de la habitación que daba a la fachada principal: un gabinete que comunicaba con una alcoba por unas puertas plegables. Aquel primer piso, donde estaban las habitaciones mejores, lo habían alquilado por toda la temporada los señores d'Urberville. La alcoba estaba en silencio, pero del gabinete llegaba algún ruido.

Al principio sólo pudo percibir una sola sílaba, continuamente repetida en sordo gemido, cual si la pronunciara alguien atado a una rueda de Ixión[152]. —¡Ay, ay, ay!

Luego un silencio, un largo suspiro y otra vez: —¡Ay, ay, ay!

Miró la patrona por el agujero de la cerradura y sólo pudo ver un breve trecho de la habitación, por el que asomaba una esquina de la mesa con el servicio del desayuno, y al lado una silla, en cuyo asiento apoyaba Tess la cara. La joven estaba arrodillada con las manos cruzadas sobre la cabeza; sobre el suelo, a sus espaldas, ondeaban los picos de la bata y sus pies descalzos golpeaban la alfombra con violencia. Era de sus labios de donde salía aquel murmullo de indescriptible desesperación. Luego, desde la alcoba contigua, dijo una voz: —¿Pero qué pasa?

No respondió Tess, sino que continuó en un tono de soliloquio más que de exclamación y más de lamento fúnebre que de soliloquio. La señora Brooks sólo pudo coger cabos sueltos.

—¡Mi marido ha vuelto a buscarme… y yo sin saberlo! Y tú siempre diciéndome cruelmente lo mismo, que nunca volvería. ¡Te valías para conmoverme de los apuros de mi familia… y te burlabas de mí diciéndome… que era una tonta en esperarlo!… ¡Hasta que te hice caso y me di por vencida… y ahora ha vuelto! ¡Ha vuelto para irse por segunda vez!… ¡Lo he perdido para siempre…, ya no me querrá más…, me odiará!… ¡Sí, lo he perdido por ti otra vez!

Sin dejar de retorcerse ni levantar la cabeza de la silla, volvió el rostro a la puerta y en él pudo ver la hostelera la imagen viva del dolor, notando además que sangraban sus labios por la mordedura de sus dientes y que por entre las largas pestañas de sus cerrados ojos le caían las lágrimas sobre las mejillas. Siguió lamentándose.

—¡Y con lo enfermo que ha vuelto…, que parece un moribundo!… ¡Mis culpas van a darle la

muerte y a mí no!… ¡Has destrozado mi vida…, no has hecho caso de mis súplicas…, mi verdadero marido no volverá a quererme!… ¡Ay Dios mío!… ¡No puedo más! ¡No puedo más!

Se oyeron algunas palabras del hombre, más agudas que vehementes, y luego un ruido súbito. Tess se había puesto de pie. Y temiendo la hospedera que la joven fuera a salir precipitadamente de la habitación, se dio prisa en bajar la escalera.

Inútil alarma, pues la puerta del gabinete no llegó a abrirse. Pero la señora Brooks consideró arriesgado seguir observando y se retiró a su gabinete del piso inferior.

Ya abajo no pudo oír nada la patrona a través del piso, aunque escuchaba con mucha atención, visto lo cual se fue a la cocina a proseguir su interrumpido desayuno. Luego subió al salón de la planta baja y se puso a coser, esperando a que sus huéspedes la llamaran para recoger el servicio del desayuno, menester que ella se proponía desempeñar por sí misma por ver si lograba averiguar algo de lo que ocurría. Por encima de ella oyó crujir ligeramente el entarimado como si alguien anduviera por la habitación; a poco sintió el roce de un vestido en la barandilla de la escalera y el abrirse y cerrarse de la puerta exterior, viendo luego a Tess franquear la verja y salir a la calle. Llevaba puesto la joven aquel mismo traje de dama distinguida con que llegara la vez primera a la casa, con el solo aditamento de un velo por encima de las negras plumas de su sombrero.

No había podido la hostelera coger palabra alguna de la despedida temporal o definitiva de sus huéspedes. Acaso no se hubiera despertado todavía el señor d’Urberville, pues no era nada madrugador.

Se retiró a la habitación de adentro, que era propiamente su cuarto de trabajo, y siguió dándole a la aguja. Ni volvía la ausente ni llamaba el señor. Hasta que la hospedera, extrañando todo aquello, recostó la cabeza en su silla y se puso a hacer cábalas sobre la relación que pudiera existir entre el madrugador visitante y el supuesto matrimonio d’Urberville.

Haciendo conjeturas de esta suerte hubo de fijar casualmente la vista en el techo, llamándole la atención entonces una manchita que había en el centro de su blanca superficie y que hasta allí no notara. No era más grande que una oblea al principio, mas luego se hizo tan ancha como la palma de la mano, observando la hospedera que era roja. El blanco techo oblongo, con la mancha escarlata en el centro, parecía un as de corazones de la baraja francesa.

La señora Brooks fue presa al punto de inquietantes presentimientos. Se subió a la mesa y tocó con sus dedos la mancha bermeja. Estaba húmeda y a ella le pareció notar que era sangre.

Bajó de la mesa, salió del cuarto y subió la escalera con intención de entrar en la alcoba del gabinete mencionado. Pero a pesar del dominio que ejercía sobre sus nervios, no tuvo valor para tirar del picaporte. El profundo silencio que dentro reinaba sólo lo interrumpía una serie de leves golpecitos isócronos: tic, tic, tic.

Bajó a escape la escalera la patrona, abrió la puerta y salió a la calle. A la sazón pasaba por allí un hombre que trabajaba en la contigua villa, y la mujer le rogó que entrara con ella en la casa y subiera al piso de arriba, pues temía que a uno de sus huéspedes le hubiera pasado algo.

Ya arriba, abrió la puerta del gabinete y cedió el paso a su acompañante, quedándose ella detrás. La habitación estaba desierta; el desayuno —muy suculento a la verdad, consistente en huevos, jamón y café— seguía sobre la mesa, intacto, según lo dejara allí la patrona; sólo faltaba el cuchillo. La

señora Brooks rogó al hombre que pasara a la alcoba.

Abrió el hombre la puerta plegable, dio un paso hacia dentro y casi al instante retrocedió, con la faz lívida:

—¡Dios mío! ¡El señor está muerto en la cama! Deben de haberle dado una puñalada…; en el suelo hay un charco de sangre.

No tardó en cundir la alarma, y aquella casa, hasta entonces tan tranquila, se alborotó con el estruendo de muchas pisadas, entre ellas las del médico. Era pequeño el orificio de la herida, mas la punta del cuchillo había penetrado en el corazón de la víctima, que yacía en posición de decúbito, pálida, rígida, cual si no se hubiera movido después de recibir el golpe. Al cuarto de hora ya se había extendido por todas las calles y villas de aquel famoso lugar balneario la noticia de que un caballero, visitante de temporada, había sido apuñalado en la cama.

LVII

Ángel entretanto había desandado automáticamente el camino y vuelto a su hotel, donde se sentó para desayunar, completamente extenuado. Comió y bebió inconscientemente hasta que, con súbito impulsó, pidió la cuenta, la pagó, y cogiendo el saco de mano, que era todo su equipaje, se fue.

Al salir le entregaron un telegrama de su madre, unas pocas palabras participándole la alegría y tranquilidad que le había proporcionado conocer sus actuales señas y poniéndole al tanto de que su hermano Cuthbert había pedido y obtenido la mano de Mercy Chant.

Estrujó Ángel el telegrama entre sus manos, y continuó camino de la estación, donde al llegar le dijeron que faltaba todavía una hora para la salida del primer tren. Se sentó Ángel a esperar, y a la media hora ya le devoraba la impaciencia. Tenía el corazón destrozado, y en el profundo desconcierto de su alma, su inerme voluntad no atinaba con objetivo alguno; todo su afán se reducía a querer salir de una ciudad que había sido escenario de tan amarga escena, así que se encaminó a la primera estación anterior para allí tomar el tren.

La carretera que seguía estaba despejada, y poco más allá se internaba en un valle, por entre cuyas laderas se veía serpentear su blanca cinta. Llevaba recorrida ya casi toda la hondonada y remontaba el declive occidental, cuando, al detenerse para descansar un poco, volvió maquinalmente la cabeza, movido de un raro impulso, como consciente de hallarse bajo el influjo de alguna voluntad extraña. La cinta del camino se estrechaba a sus espaldas hasta perderse de vista y al contemplar Ángel la lejanía reparó en un punto móvil que avanzaba en la blanca vacuidad de la perspectiva.

Era una figura humana que corría. Y Ángel esperó con la vaga sensación de que alguien trataba de alcanzarle.

Era de mujer la figura, pero tan lejos estaba de la mente de Ángel que su mujer pudiera seguirle, que cuando ya la tuvo cerca no pudo reconocerla con aquel traje tan distinto del de otros tiempos. Hasta que al fin, al tenerla junto a él, se cercioró de que era Tess.

—Te vi salir de la estación… momentos antes de llegar yo… y te he venido siguiendo todo el camino.

Estaba tan pálida y jadeante, y le temblaban de tal modo todos sus músculos, que Ángel no le hizo ninguna pregunta, y cogiéndole la mano y poniéndosela bajo el brazo, siguió adelante en su compañía. Con objeto de eludir todo posible encuentro, se apartó de la carretera y tomó por una senda que se internaba en un bosquecillo de abetos. Luego que hubieron penetrado un poco en la susurrante espesura, se detuvo y miró a la joven con aire interrogante:

—¡Ángel! —exclamó ella, anticipándose a sus preguntas—. ¿No sabes por qué he venido corriendo tras de ti? ¡Pues para decirte que le he matado!

Y una amarga sonrisa descolorida asomaba a la faz de Tess.

—¡Cómo! —dijo él, presumiendo por lo insólito de sus maneras que fuera víctima de algún delirio.

—¡Sí, le he matado…, no sé cómo! —prosiguió ella—. Tenía que hacerlo por ti, y por mí

también. Una vez que le di en la boca con un guante tuve el presentimiento de que quizá algún día tuviera que hacer con él lo que he hecho hoy, por la trampa que me tendió, aprovechándose de mi poca experiencia y el ultraje que te infirió a ti en mi persona. Él, interponiéndose entre nosotros, labró nuestra ruina, pero yo no he podido hacer más que lo que he hecho. Nunca le quise, Ángel, como te quise a ti. Tú lo sabes bien, ¿verdad? ¿No dudas de ello? Yo me entregué a él desesperada, porque tú no volvías. ¿Por qué te fuiste tan lejos, Ángel? ¡Con lo que yo te quería! ¡No puedo comprender cómo pudiste hacer eso! ¡Aunque no te lo echo en cara, sino que únicamente te pido me perdones la ofensa que te hice, ahora que le he matado! Al correr tras de ti por esta carretera me alentaba el pensar que seguramente me perdonarías, después de lo que acabo de hacer. No me avenía a la idea de perderte para siempre. ¡No puedes figurarte lo desgraciada que era sin tu amor! ¡Esposo mío, dime que me perdonas, ahora que lo he matado!…

—¡Te quiero, Tess —exclamó Ángel—, te quiero lo mismo que antes! —Y la estrechaba en sus brazos con férvida presión—. Pero ¿qué es lo que dices? ¿Que le has matado?

—Sí, le he matado —murmuró ella como en sueños.

—Pero ¿materialmente? ¿Está muerto?

—Sí, me oyó llorar por ti y se puso a hacer befa de mi llanto y a insultarte a ti, y entonces le maté. No pude contenerme. Estaba ya harta de oírle burlarse de ti y de mí, de los dos. Luego me vestí y salí a la calle, en tu busca.

Poco a poco fue Ángel haciéndose a la idea de que Tess había intentado hacer por lo menos lo que decía haber llevado a cabo, y el horror que aquello le produjo se unió al asombro que experimentaba al sentir la fuerza arrolladora del amor que le tenía, el cual había borrado de su alma, aparentemente, toda noción de moral. Tess, incapaz de apreciar la gravedad de su acto, se mostraba muy alborozada; y al mirarla Ángel, reclinada en su hombro, llorando de puro feliz, se preguntaba Ángel qué extraño fermento de la sangre de los d’Urberville la habría llevado a tal aberración, si es que lo era en efecto. Por un momento pensó el joven si toda aquella leyenda del coche de los d’Urberville y el asesinato cometido en su interior por uno de ellos no debería su origen al concepto en que la gente los tenía como capaces de realizar actos truculentos. Luego que pudo coordinar un poco sus ideas, concibió la hipótesis de que Tess habría obrado así por haber perdido temporalmente el juicio, soliviantada por su dolorosa situación.

Si era cierto, era terrible; pero aunque sólo se tratase de una alucinación pasajera, era lamentable. De todas suertes, el caso era que allí tenía a su esposa, a aquella mujer tiernamente apasionada, entregada a él por entero, sin pensar ni por un momento que él se negase a ampararla con todas sus fuerzas. Comprendía asimismo Ángel que en la situación actual no podía hacer otra cosa sino defenderla. Al fin, se apoderaba el amor del ser entero de Ángel. Le dio un beso interminable con sus pálidos labios, le cogió una mano y le dijo:

—¡No temas que te abandone nunca! ¡Te defenderé por cuantos medios estén a mi alcance, sea lo que quiera lo que hayas hecho!

Siguieron caminando bajo los árboles, y Tess se volvía a cada paso para mirar a su esposo. Aunque estaba tan desmedrado que no parecía el mismo, ella no daba muestras de encontrarlo menos hermoso. Seguía representando para ella como en otro tiempo la suma de perfecciones físicas y

morales. Era todavía su Antínoo, su Apolo[153]; su enfermizo rostro resplandecía bello como la mañana para sus ojos apasionados, porque era la cara del único hombre del mundo que ella había amado puramente y en cuya pureza había tenido fe.

Apreciando las circunstancias con instinto práctico, en vez de encaminarse a la estación, según a lo primero pensaran, se internaron más por el bosque de abetos que por allí se extendía durante leguas y leguas. Estrechamente abrazados por la cintura hollaron el enjuto lecho de follaje, arrobados en la dicha de hallarse por fin juntos, sin que nadie pudiera separarlos, cual si ignorasen que había entre ambos un cadáver. Así continuaron por espacio de varios kilómetros, hasta que, por último, despertando Tess de su muda abstracción, dijo con timidez:

—¿Adonde vamos, Ángel?

—No lo sé, amor mío. ¿Por qué me lo preguntas?

—Por nada.

—Podríamos adelantar unos cuantos kilómetros más y cuando cerrara la noche buscar cobijo en cualquier parte, quizá en alguna casa abandonada. ¿Estás muy cansada, Tess?

—¡Oh, no! Abrazada a ti podría andar hasta el fin del mundo.

Después de todo, era aquello lo mejor que podían hacer. Apresuraron, pues, el paso, evitando las carreteras y siguiendo hacia el norte las sendas más ocultas. Pero durante todo el día anduvieron divagando sin rumbo fijo, sin que parecieran abrigar ninguna intención clara de escapar a sus posibles perseguidores. Sus ideas todas convergían en el momento presente, y eran de todo punto ajenas al espíritu de previsión, como los planes que urden los niños.

A eso del mediodía llegaron a una venta y Tess quiso entrar allí con su marido a tomar un bocado; pero Ángel la convenció de que debía estarse escondida entre los árboles hasta que él volviera, y así lo hizo la joven. Las ropas de la muchacha resultaban harto elegantes y a la moda, y hasta el paraguas que llevaba, con el puño de marfil, harto lujoso para aquellos lugares por donde a la sazón pasaban, y hubiera llamado la atención a los pobres dueños de la venta. No tardó en volver Ángel con viandas suficientes para media docena de personas y dos botellas de vino, con todo lo cual tendrían más que sobrado para uno o más días, si las circunstancias los obligaban a no acercarse a poblado en ese tiempo.

Se sentaron en unas ramas secas y compartieron parte de los alimentos. A eso de la una y media guardaron los restos y reanudaron la marcha.

—Me siento con fuerzas para andar cuanto sea necesario —dijo Tess.

—Yo creo que lo mejor es que nos metamos tierra adentro, donde podamos estar algún tiempo ocultos, que por allí no habrán de buscarnos tanto como por la costa —observó Ángel—. Más adelante, cuando se hayan olvidado de nosotros, podremos dirigirnos a algún puerto.

Por toda respuesta ella se estrechó más contra su pecho y siguieron andando con rumbo al interior. Aunque el tiempo era el correspondiente a un mayo inglés, estaba la atmósfera serena y clara y hasta se dejaba sentir algo de calor por las tardes. Los últimos kilómetros de su itinerario los recorrieron por una senda que penetraba hasta el corazón de New Forest, y al oscurecer, al doblar un puente, vieron un gran cartelón que en letras tamañas decía: «Preciosa mansión amueblada, se alquila», añadiendo que para más detalles había que dirigirse a ciertos agentes de Londres.

Trasponiendo la verja vieron la casa, que era un antiguo edificio de ladrillo de regular diseño y sobradamente espacioso.

—Lo conozco —dijo Ángel—. Es la mansión Bramshurst. Ya ves que está cerrada y que la hierba crece en las avenidas.

—Algunas ventanas están abiertas —observó Tess.

—Será para que se oreen las habitaciones.

—¡Tantas habitaciones vacías y nosotros sin techo!

—¡Estás cansada, Tess! —dijo él—. Pronto haremos una parada.

Y besando su triste boca, la ayudó a proseguir.

También él se iba cansando, porque llevaban andadas de veinte a veinticinco kilómetros y era preciso ver lo que hacían para buscar reposo. Miraban de lejos las viviendas aisladas y las pequeñas posadas, pero cuando el anhelo de descanso hacía que se acercasen a uno de estos últimos, les entraba temor y se alejaban. Hasta que al fin, rendidos, se detuvieron.

—¿No podríamos echarnos a dormir bajo los árboles? —preguntó ella.

Él argüyó que todavía no iba la estación lo bastante avanzada.

—Yo no hago más que pensar en esa casa vacía que hemos dejado atrás —dijo Ángel—. Volvamos a ella.

Retrocedieron hasta allí, pero tardaron media hora en llegar a la verja que traspusieran antes.

Tess se sentó entre el follaje, ya dentro de la verja, y Ángel se deslizó con cautela hacia el interior de la casa. Tardó bastante en volver, y cuando lo hizo la joven estaba intranquila por si le hubiera sucedido algo. Se había enterado Ángel por un muchacho que la casa estaba al cuidado de una vieja que sólo venía del inmediato villorrio los días que hacía bueno para abrir y cerrar las ventanas. Al anochecer vendría a cerrarlas.

—Podríamos entrar por una de las ventanas de la planta baja y descansar allí —propuso Ángel.

Tess se encaminó, con fatigado andar, escoltada por su esposo, hacia la fachada principal, cuyas cerradas ventanas, semejantes a ciegas pupilas, excluían toda posibilidad de que los viera nadie. Unos pasos más y llegaron a la puerta, que tenía abierta una de sus ventanas laterales. La escaló Ángel y luego subió a Tess en sus brazos.

Excepto el vestíbulo, la casa toda estaba a oscuras. Ambos jóvenes subieron la escalera. También arriba estaban cerradas las ventanas; por lo visto, la ventilación se limitaba aquel día a la ventana del vestíbulo y a otra ventana frontera. Abrió Ángel la puerta de una amplia estancia, la atravesó y abrió las maderas uno o dos centímetros. Penetró en el aposento al punto una franja de cegadora claridad, dejando ver un moblaje anticuado y macizo, con cortinajes de rojo damasco y un enorme lecho de madera con colgaduras en el retablo, donde había talladas unas figuras corriendo, al parecer de la raza de Atalanta[154].

—¡Al fin podemos descansar! —dijo Ángel desprendiéndose de la bolsa de mano y el envoltorio de las viandas.

Permanecieron en cauteloso silencio hasta que la guardiana de la finca llegó a cerrar todas las ventanas, teniendo buen cuidado de cerrar también las maderas del aposento donde se encontraban, dejándolo según estaba al entrar ellos. Entre seis y siete llegó la mujer, pero ni siquiera se acercó al

ala del edificio que ellos ocupaban. Con la consiguiente inquietud la oyeron cerrar las ventanas, asegurarlas bien, echar la llave a la puerta y marcharse. Entonces dejó Ángel entrar por la ventana una rendija de luz, y ambos jóvenes cenaron, permaneciendo luego en la misma disposición, hasta que poco a poco los fue envolviendo la noche con sus sombras, que ellos no podían disipar con ninguna luz.

LVIII

Fue aquella noche extrañamente solemne y callada. A la madrugada Tess susurró a Ángel la ocasión en que, cogiéndola en sus brazos, la hizo pasar el riachuelo de Froom con riesgo inminente de sus vidas, depositándola luego en el sarcófago vacío de la ruinosa abadía: cosa que él había ignorado hasta entonces.

—¿Por qué no me lo dijiste al día siguiente? —exclamó el joven—. Acaso todos estos horrores y tristezas se hubieran evitado.

—¡No te acuerdes más de lo pasado! —le dijo ella—. Yo sólo quiero pensar en el presente. ¿Quién sabe lo que nos tiene preparado el mañana?

Mas por lo visto, nada funesto les tenía preparado. Al otro día la mañana era húmeda y nebulosa, y Ángel, perfectamente informado de que la guardesa sólo venía a abrir las ventanas los días buenos, se aventuró a salir de la habitación y explorar la casa, mientras Tess todavía dormía. No había por allí nada de comer, pero sí agua, y Ángel aprovechó la niebla para salir de la mansión y procurarse té, pan y manteca en la tienda de un villorrio situado a un par de kilómetros de allí, así como un cacillo de estaño y una lámpara de alcohol, con la que pudieran hacer fuego sin humo.

Al volver él despertó Tess y ambos desayunaron con aquellas provisiones.

No tenían ánimos para salir y dejaron transcurrir allí refugiados uno, dos y hasta cinco días, sin que la vista ni el ruido de alma viviente turbara su tranquilidad, es decir, la relativa tranquilidad de que podían gozar. Los cambios de tiempo fueron los únicos sucesos que advirtieron en todos aquellos días, y las aves de New Forest su única compañía. Por acuerdo tácito apenas si volvieron a hablar de los incidentes ocurridos después de su boda. Aquel lúgubre intervalo pareció sumirse en un caos, y ellos, echándole encima el tiempo anterior y el presente, lo suprimieron de su memoria. Siempre que Ángel insinuaba la idea de abandonar aquella guarida para dirigirse a Southampton o a Londres, mostraba ella una extraña resistencia a ponerse en camino.

—¡Para qué irnos si estamos aquí tan bien! —suplicó—. ¡Lo que haya de ser será! —Y mirando por la rendija de la ventana, añadió—: Fuera de aquí todo es triste; sólo entre estos muros anida la felicidad.

Él también se asomó. Decía verdad Tess; dentro había cariño, compenetración perfecta, olvido absoluto de todo lo pasado; fuera aguardaba lo inexorable.

—Yo —le dijo ella apretando su mejilla contra la de Angel— temo que no siempre pienses lo que ahora piensas de mí. No quiero sobrevivir a lo que sientes por mí estos días. Desearía estar debajo de tierra cuando llegue el día que hayas de despreciarme, a fin de no llegarme a enterar.

—No podré despreciarte nunca.

—Eso creo yo. Pero teniendo presente lo que fue mi vida, no me explico cómo puede haber un hombre que tarde o temprano no llegue a despreciarme. ¡Qué desdichada locura la mía! ¡El caso es que nunca pude hacerle daño a un gusano ni a una mosca, y sólo de ver a un pájaro encerrado en una jaula me echaba a llorar!

Dejaron pasar otro día. Por la noche se despejó el cielo, resultando de ahí que la guardesa madrugara al día siguiente. Animada al ver el buen día que hacía, la mujer decidió ir enseguida a ventilar la finca. Y sucedió que, habiendo llegado y abierto de par en par las habitaciones de la planta baja antes de las seis, subió a los dormitorios y se dispuso a levantar el picaporte de aquél en que se hallaban nuestros enamorados consortes. A la mujer le pareció que allí dentro alentaban personas. Como iba en chanclas, había llegado hasta allí sin armar ruido, por lo que no se habían despertado los jóvenes. La mujer se echó atrás al pronto, sobrecogida; luego pensó si no habría oído mal, y acercándose de nuevo a la puerta, levantó suavemente el picaporte. Estaba desarreglada la cerradura, pero habían arrimado a la puerta un mueble, que no dejaba que aquélla se abriese más de uno o dos centímetros. Una rendija de luz que se filtraba por las maderas de la ventana caía sobre los rostros de la pareja hundida en profundo sopor, los labios de Tess entreabiertos como una flor. Le chocó tanto a la guardesa el inocente aspecto de los durmientes, la elegancia del traje de Tess, que estaba colocado encima de una silla, junto a las medias de seda, y el lindo paraguas, que la primera indignación de la vieja ante la osadía de los vagabundos se trocó luego en una racha de sentimentalismo, pensando que acaso fueran novios que se habían escapado juntos. Y cerrando la puerta, se retiró tan suavemente como había entrado, a fin de comunicarles a sus vecinos el extraño descubrimiento que acababa de hacer.

No habría pasado un segundo cuando se despertó Tess y después de ella Ángel. Ambos experimentaban la sensación confusa de haber pasado allí algo que no podían precisar; y la desagradable impresión en ellos producida por el misterioso suceso fue subiendo de punto. Tan pronto como estuvo vestido, escudriñó Ángel cautelosamente el jardín, mirando por la rendija del postigo.

—Me parece que no tenemos más remedio que despejar el campo enseguida —dijo Ángel—. Hace un día hermosísimo. Y no me cabe duda de que alguien anda por la casa. Cuando menos, la guardesa no puede faltar hoy.

Asintió Tess pasivamente, y después de poner en orden la habitación, cargaron con su reducido equipaje y se fueron con el mayor silencio posible. Ya en el bosque, se volvieron a echarle una última ojeada a la casa.

—¡Casa feliz! ¡Adiós! —exclamó Tess—. Sólo unas cuantas semanas me quedan ya de vida… ¿Por qué no hemos seguido ahí?

—No digas eso, Tess. No tardaremos en alejarnos de esta comarca. Seguiremos nuestro camino según lo empezamos, siempre hacia el norte. Nadie pensará en buscarnos por allá, sino por los puertos del Wessex, si es que nos buscan. Ya en el norte, nos embarcaremos en algún puerto y nos pondremos en franquía.

Logró convencerla Ángel y pusieron por obra el plan convenido, siguiendo hacia el norte en línea quebrada. Su prolongado descanso en la mansión les había proveído de energías para andar; así que a mediodía se encontraron en las inmediaciones de Melchester, que se cruzaba en su camino. Decidieron descansar bajo una arboleda toda la tarde, para proseguir luego la jornada a favor de la oscuridad. Al anochecer compró Ángel vituallas como de costumbre, y comenzaron ambos su caminata nocturna, trasponiendo a eso de las ocho la frontera que separa al Wessex medio del

septentrional.

No le cogía de nuevas a Tess aquel andar a campo traviesa, apartándose de las carreteras, de suerte que desplegaba su antigua agilidad. No tuvieron más remedio que cruzar la antigua Melchester para atravesar el puente de la ciudad, pues de otro modo no hubieran podido atravesar el ancho río. Era ya medianoche cuando se internaron por las desiertas calles desigualmente alumbradas por escasos faroles, evitando los empedrados para que no sonaran recio sus pisadas. La airosa mole de la catedral se erguía confusa a su izquierda, pero no tardaron en perderla de vista. Fuera ya de la ciudad, siguieron la carretera, que a los pocos kilómetros se extendía por una despejada llanura.

A pesar de hallarse encapotado el cielo, la difusa claridad del cuarto de luna les había favorecido hasta allí un tanto. Pero luego se ocultó la luna, las nubes parecían cernerse sobre sus cabezas y la noche estaba como boca de lobo. Siguieron, sin embargo, camino adelante, procurando en todo lo posible pisar en el césped para amortiguar el eco de sus pasos. Todo alrededor de ellos era soledad despejada y negro abandono, sobre los que soplaba delicada brisa.

Ya habían recorrido a tientas cuatro o cinco kilómetros más, cuando de pronto observó Ángel frente a ellos una vasta construcción que bruscamente se alzaba sobre la hierba. En poco estuvo que no tropezaran con ella.

—¿Qué será esto? —exclamó Ángel.

—Mira cómo zumba, Ángel —observó Tess.

Escuchó Ángel.

El aire, al rozar la mole, producía un zumbido semejante a la nota de un arpa gigantesca de una sola cuerda. No se oía ningún otro sonido, y levantando Ángel la mano y adelantándose unos pasos, palpó la superficie vertical de aquello que parecía ser un monolito enterizo, sin junturas. Paseando por él sus dedos, pudo comprobar Ángel que se trataba de un colosal pilar rectangular; y extendiendo la mano izquierda, se cercioró de que a su lado había también otro semejante. A inmensa altura sobre sus cabezas, había algo que parecía ser el amplio arquitrabe que unía horizontalmente a uno y otro pilar. Entraron cautelosamente los jóvenes en el espacio intermedio, y los paramentos reprodujeron el leve rumor que habían provocado, pero aún seguían teniendo la sensación de hallarse a la intemperie. No había techumbre. Suspiró Tess amedrentada, y Ángel, perplejo, dijo:

—¿Qué será esto?

Caminando lateralmente dieron con otro pilar en forma de torre, tan cuadrado y masivo como el primero. Más allá había otros dos. Todo se volvían puertas y pilares, algunos de estos últimos unidos por arquitrabes continuos.

—Un verdadero templo de los vientos —dijo Ángel.

El pilar inmediato estaba completamente aislado. Otros componían un trilito, y algunos estaban caídos formando una calzada lo bastante ancha para permitir el paso de un carruaje. No tardaron en comprobar los fugitivos que aquello era un verdadero bosque de monolitos, agrupados en la verde extensión de la llanura. Se internaron más en aquel pabellón de la noche y allí hicieron alto.

—Esto es Stonehenge —exclamó Ángel.

—¿El templo pagano?

—Sí. Más viejo que el tiempo; más antiguo que los d’Urberville. Pero ¿qué vamos a hacer?

Tenemos que buscar albergue en otra parte.

Pero Tess, que estaba rendida, se tendió en una losa oblonga y se guareció del viento detrás de una columna. Por haberle dado el sol durante todo el día estaba la piedra caliente y seca, formando grato contraste con la áspera y helada hierba que a la joven le había empapado la falda y los zapatos.

—No puedo seguir adelante, Ángel —dijo, tendiendo su mano en demanda de la del marido—. ¿Por qué no nos quedamos aquí?

—No lo creo prudente. Ahora es de noche y no nos verían, pero de día se ve esto desde muchos kilómetros de distancia.

—Ahora recuerdo que un pariente mío por parte de madre fue pastor de ganado por estas tierras. Y tú solías decirme en Talbothays que yo era una pagana. De modo que no puedo estar más en mi casa entre estas piedras.

Ángel se arrodilló junto a Tess, que estaba tendida en el suelo, y la besó en los labios.

—¿Tienes sueño, amor mío? Me parece como si estuvieras en un altar.

—Estoy aquí muy a gusto —murmuró ella—. ¡Está esto tan solemne y solitario! Con lo feliz que soy… a tu lado…, sin nada más que el cielo sobre mi frente. Me parece como si en el mundo no hubiera más criaturas que nosotros dos, ¡y ojalá fuera así!… Bueno, que también Liza-Lu estuviera con nosotros.

Pensó Ángel que no había inconveniente en que su esposa descansara allí hasta recobrar un tanto las fuerzas, y cubriéndola con su abrigo se sentó a su lado.

—Ángel, si me sucediera algo malo, ¿te encargarías de velar por Liza-Lu? —le preguntó ella, después de escuchar en silencio breve rato el rumor del viento por entre las columnas.

—De mil amores.

—¡Es tan buena, tan sencilla, tan inocente! ¡Oye, Ángel…, yo quisiera que te casaras con ella si te quedas sin mí, como ha de ocurrir muy pronto! ¡Cuánto te lo agradecería!

—Si te pierdo a ti lo pierdo todo. ¡Y además somos cuñados!

—¿Y eso qué importa? En Marlott se casan muchos con sus cuñadas, y Liza-Lu es muy cariñosa y buena y se está poniendo muy hermosa. ¡Yo compartiría con ella tu amor de muy buen grado cuando fuera ya un espíritu! ¡Si tú la educaras y elevaras hasta ti! Ella tiene de mí todo lo bueno y nada de lo malo, y si llegara a ser tu mujer sería como si yo viviera…; de modo que es cosa hecha, ¿verdad? No te volveré a hablar más de ello.

Calló Tess, y Ángel se abismó en sus meditaciones.

Por el confín noreste del horizonte se divisó a poco una franja de luz. La negra y uniforme concavidad de la noche se levantaba íntegra cual la losa de un sarcófago, dejando entrar por el borde de la tierra al día naciente, sobre el cual empezaba a resaltar la negrura de aquellos colosales monolitos.

—Aquí se hacían sacrificios a Dios, ¿verdad? —preguntó Tess.

—No —repuso él.

—¿Pues a quién?

—Creo que al sol. Esa gran piedra separada está en la dirección del sol, que no tardará en salir por detrás de ella.

—Esto despierta en mí muchos recuerdos —continuó Tess—. ¿No te acuerdas que antes de casarnos solías convertirme a tus ideas? Pero yo sabía muy bien lo que tú pensabas, y pensaba lo mismo que tú…, no por nada, sino porque lo pensabas tú. Y dime ahora, Ángel, ¿crees tú que nos reuniremos después de la muerte? Quiero que me lo digas.

Ángel le dio un beso para eludir toda respuesta.

—¡Ángel, me temo que eso quiere decir que no! —dijo ella ahogando un sollozo—. Yo ansiaba verte otra vez… allá arriba…, pero ¿ni siquiera nos hemos de volver a ver nosotros que nos queremos tanto?

Como Aquel otro mayor que él, no dio Ángel respuesta a la crítica pregunta, y ambos quedaron otra vez en silencio[155]. Al poco rato se hizo acompasada la respiración de Tess, que soltó la mano de Ángel y se quedó dormida. La cinta de argentina lividez que marcaba el horizonte acercaba y empañaba hasta los detalles más remotos de la gran llanura y todo el inmenso panorama asumía el semblante reservado, indeciso y taciturno, propio del momento inicial del día. Las columnas del este resaltaban negras con sus arquitrabes sobre la claridad de la aurora, descollando entre ellas la gran piedra del sol, semejante a una llama, y la lápida del sacrificio en el centro. Cesó el viento de la noche y con él el temblar de los charcos de agua llovediza que aún quedaban en las oquedades de la piedra. Por el definido confín del saliente parecía moverse una cosa, no más que un puntito. Era la cabeza de un hombre que se aproximaba por el barranco que se extendía más allá de la piedra del sol. Hubiera deseado Ángel moverse de allí, pero las circunstancias en que se hallaba le aconsejaban permanecer inmóvil. La figura aquella venía derechamente hacia el círculo de columnas en que ambos jóvenes estaban.

Oyó Ángel a su espalda un rumor de pasos. Y al volverse vio a un hombre que atisbaba por encima de unas columnas derribadas, y al momento otro que surgió a la derecha por debajo de un trilito, y otro más a la izquierda. La luz de la aurora daba de lleno al hombre que llegaba por el oeste, pudiendo observar Ángel que era muy corpulento y que venía seguido de otro. Todos ellos se dirigían hacia un mismo punto, lo que denotaba que tenían intención de rodearlo. Poniéndose en pie bruscamente buscó Ángel un arma cualquiera, una piedra, algo. Pero todo fue inútil, pues ya uno de los hombres le había dado alcance.

—Es inútil toda resistencia —le dijo—; hay dieciséis hombres apostados en la llanura y está vigilada toda la comarca.

—Aguarden a que se despierte —rogó Ángel en voz queda a los hombres.

Cuando vieron éstos dónde estaba echada —cosa en que no habían reparado hasta allí—, accedieron a su ruego y se quedaron contemplándola, tan quietos como las columnas que los rodeaban. Ángel se dirigió a la piedra y se inclinó sobre Tess, cogiéndole una de sus delicadas manos; respiraba la durmiente ahora con aliento frecuente y entrecortado como el de un niño. Todos aguardaban bajo la luz creciente, con sus rostros y manos bañados en argentada claridad, y el resto del cuerpo en la sombra; las piedras despedían reflejos verdes y grises, y la llanura no era todavía más que una masa oscura. Pero pronto se hizo más intensa la luz, y sobre la dormida Tess resplandeció un destello que penetró por entre sus párpados, despertándola.

—¿Qué ocurre, Ángel? —exclamó incorporándose—. ¿Han venido por mí?

—Sí, amor mío —respondió él—. Ya están aquí.

—No podía ser de otro modo —contestó ella—. Ángel, después de todo, me alegro. Sí, estoy muy contenta… Esta felicidad no podía durar mucho…, ya ha durado demasiado… He gozado bastante; ya no quiero vivir más, no sea que vayas a despreciarme…

Se puso en pie, se sacudió el vestido y echó a andar, sin que ninguno de los hombres hubiera hecho el menor movimiento.

—¡Estoy lista! —les dijo ella con sereno acento.

LIX

Wintoncester, la hermosa y arcaica ciudad que fue otro tiempo capital de Wessex, se extendía por las colinas y barrancos de la inacabable hondonada, bajo el caliginoso esplendor de una mañana de julio. Las tejas, ladrillos y sillares de las casas se habían despojado hasta el otoño de su verdoso tegumento de liquen; los arroyos y regatos serpenteaban por los calcinados prados, y en la inclinada calle principal, desde la puerta de occidente hasta la cruz medieval, y desde ésta hasta el puente, se notaba el perezoso barrido de las calles, tradicional anuncio de un día de mercado.

Desde la mencionada puerta occidental, como saben todos los vecinos de la población, sube la carretera en uniforme cuesta de un kilómetro justo, dejando poco a poco atrás las últimas casas. Por aquella puerta, pasado el fielato, caminaban con vivo andar dos personas, que, llenas de preocupación y no por cierto de optimismo, no reparaban en lo abrupto de aquel repecho. Acababan de salir de un estrecho postigo enrejado que sobre el camino se abría en el alto muro de un edificio situado poco más abajo. Su continente daba a entender que tenían prisa por alejarse de la ciudad y que a tal fin seguían aquel camino. Aunque eran jóvenes marchaban cabizbajos, mientras los rayos del sol sonreían crueles ante su infortunio.

Era uno de los dos Ángel Clare, y su acompañante era una muchachita linda y espigada, entre niña y mujer, retrato espiritualizado de Tess, más delgada que ésta, pero con sus mismos ojos: Liza-Lu, la cuñada de Ángel. Los pálidos semblantes de los dos parecían haberse encogido hasta quedar en su mitad. Iban de la mano, sin cambiar palabra, con las cabezas inclinadas, como «los dos Apóstoles» del Giotto[156].

Al llegar a la cima del gran cerro occidental daban las ocho en los relojes de la población. Ambos se estremecieron al sentir aquel tañido, y a los pocos pasos llegaron a la primera piedra miliar. Pálidos, se pararon en la cuneta, vueltos de espaldas al hondón, que desde allí se descubría por entero. Luego se internaron por la espesura, impelidos de una fuerza que parecía superior a su voluntad, y se detuvieron; de pronto, retrocedieron y aguardaron inmóviles junto a la piedra.

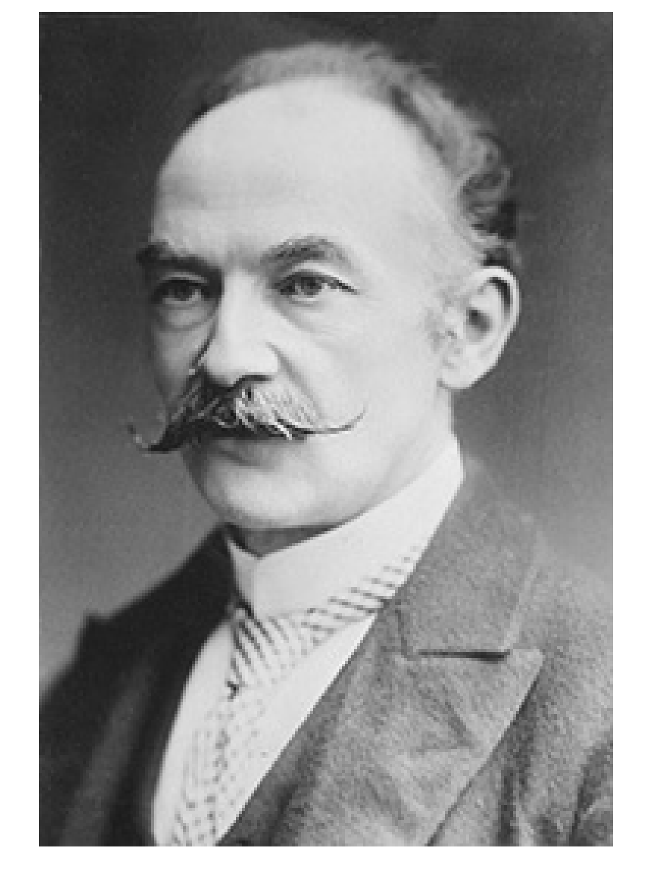
Desde aquella altura se divisaba una perspectiva infinita. Allá abajo, en el valle, quedaba la ciudad, cuyos edificios más prominentes se mostraban cual en dibujo isométrico, entre ellos la ancha torre de la catedral, y ésta con sus ventanales normandos y sus naves dilatadas, las agujas de Santo Tomás, los pináculos de la universidad, y más a la derecha, las torres y techumbre del hospicio, donde todavía hoy se da al peregrino su limosna de pan y cerveza. Por detrás de la ciudad se erguía la rotunda eminencia del cerro de Santa Catalina, y más allá el campo, hasta perderse de vista bajo los rayos del sol dominador.

Sobre el fondo de la agreste lejanía resaltaba al frente de los demás edificios un vasto caserón, de rojo ladrillo y grisácea techumbre aplanada, guarnecido de largas filas de angostas ventanas enrejadas que hablaban de cautiverio. Su estructura y diseño contrastaban por su severa uniformidad con la irregularidad pintoresca de los circundantes edificios góticos. Los tejos y las encinas perennes le ocultaban un tanto a la vista de los caminantes, pero desde aquel sitio resultaba perfectamente

visible. En el muro de aquel edificio era donde se abría el estrecho postigo por el que salieran los dos jóvenes de que hemos hablado. En el centro del edificio se alzaba a poniente sobre el horizonte una torre octogonal achatada que, vista desde aquel lugar, parecía el único borrón que afeaba la belleza de la urbe. Pero a nuestros jóvenes lo que les interesaba era, no la belleza del panorama urbano, sino precisamente aquel borrón.

En la cornisa de la torre había hincada una larga asta, a la cual convergían las miradas afanosas de ambos caminantes. Pocos minutos después de sonar las campanadas de las ocho se vio subir por el asta pausadamente y abrir sus alas al aire una forma vaga. Era una bandera negra.

Se había hecho «justicia», y el presidente de los inmortales, según frase de Esquilo[157], había terminado su juego con Tess. Y los caballeros y damas de la familia d'Urberville seguían durmiendo en sus tumbas, ajenos al suceso. Los mudos espectadores de aquella aparición se arrodillaron silenciosamente en tierra en actitud de plegaria, y así permanecieron largo rato en inmovilidad completa. La bandera seguía ondeando en silencio. Tan pronto como tuvieron fuerzas para levantarse, se volvieron a coger de la mano y continuaron su camino.



THOMAS HARDY. Nació el 2 de junio de 1840 en la localidad inglesa de Higher Bockhampton Dorset, hijo de un cantero y constructor. Fue de su madre, cocinera gustosa de las artes y la literatura, de quien el pequeño Thomas heredó su querencia por el mundo de la escritura.

Trabajó como asistente de diversos arquitectos dedicados a la restauración de edificios religiosos al mismo tiempo que escribía sus primeros textos.

Debutó como novelista con *«Remedios Desesperados (Desperate Remedies*)» (1871), un título que apareció de forma anónima. Tres años después de la aparición de este libro se casó con su prima Emma Lavinia Gifford.

Con posterioridad, dentro de un naturalismo de tono pesimista y con notorio talento para el retrato psicológico y costumbrista de ambientes rurales y personajes complejos ubicados en Wessex, publicó *«Bajo El Árbol (Under The Greenwood Tree*)» (1872), *«Unos Ojos Azules (A Pair of Blue Eyes*)» (1873), *«Lejos Del Mundanal Ruido (Far From the Madding Crowd*)» (1874), libro cuyo éxito provocó que Hardy se dedicara en exclusiva a la literatura, «*El Regreso Del Nativo (The Return of the Native*)» (1878), «*El Alcalde De Casterbridge (The Mayor of Casterbridge*)» (1886), «*Los Woodlander (The Woodlanders*)» (1887), «*Tess De Los Urbervilles (Tess of the D'Urbervilles*») (1891) o «*Jude El Oscuro (Jude the Obscure*)» (1895).

Además de novelas, Thomas Hardy escribió cuentos, obras teatrales y poesías, como «*Poemas de Wessex*» (1898), «*Poemas Del Pasado y Presente*» (1901) o «*Lo Que Queda De Una Vieja Llama*» (1912), libro dedicado a su mujer Emma, fallecida en el año 1912. Dos años más tarde, en 1914, Hardy se casó con Florence Dugdale, su secretaria personal.

Murió a los 87 años de edad el 11 de enero de 1928.

Notas

[1] *Solos en la ciudad. La novela inglesa de Dickens a D. H. Lawrence*, Madrid, Debate, 1997, y *El campo y la ciudad, Barcelona*, Paidós, 2002. <<

[2] *Poemas*, selección y traducción de Joan Margarit y Sam Abrams, Granada, La Veleta, 2001. <<

[3] *Los dos caballeros de Verona*, I, 2, 115-116. <<

[4] Carta de I de marzo de 1795. <<

[5] Se refiere a Andrew Lang, cuya recensión apareció en New Review, en febrero de 1892. <<

[6] *El rey Lear*, IV, I, 37-38. <<

[7] Alusión a los mandamientos en el Nuevo Testamento, Éxodo 20. <<

[8] *Hamlet, V, I, 130.* <<

[9] Salmos 115:17. <<

[10] Se refiere al episodio del baile en Chaseborough; un investigador (Laird) ha demostrado que esa omisión debió ser deliberada. <<

[11] «Mejor habría sido no escribir». El mencionado Laird ha señalado que, en la versión definitiva en libro, a pesar de resultar más escandalosa que la publicada primero en forma serial, Hardy introdujo modificaciones que refuerzan esa designación de Tess como «una mujer pura». <<



[12] Un manuscrito que se suponía enumeraba a todos los llegados con Guillermo de Normandía a Hastings en 1066, derribando el poder sajón en Inglaterra. <<

[13] Esteban, rey de Inglaterra (¿1097?-1154), nieto de Guillermo de Normandía, el Conquistador. Los *censos* son literalmente los *Pipe Rolls*, los registros del canciller del Exchequer que anotaban los datos anuales de los condados. <<

[14] Samuel I: 19-25. <<

[15] El nombre de las festividades de la Antigüedad clásica en honor de Ceres, diosa de la agricultura. <<



[16] En sentido de corresponder a la época de los reyes llamados Jorge, el último de los cuales, Jorge IV, murió en 1830. <<

[17] Eclesiastés 12:I. <<

[18] Se supone que sería una obra, *A Counterblast to Agnosticism*, dirigida contra la publicación *Essays and Reviews* (1860), de carácter teológico liberal. <<

[19] La Escuela Nacional, con subvenciones del Gobierno, la dirigía la Sociedad Nacional para Promover la Educación de los Pobres bajo los Principios de la Iglesia Establecida: en aque momento, el sexto grado era el nivel más alto en ese tipo de escuela. <<



[20] *Grumble*, literalmente «gruñir», es la versión que da la ignorante mujer al apellido Cromwell, del «protector de Inglaterra, soberano sin corona», que vivió de 1599 a 1658. <<

[21] Todos los años, el Departamento de Educación daba unos nuevos códigos con las condiciones mínimas para que las escuelas recibieran subvenciones. El código revisado de 1862 relacionaba la cuantía de la subvención con el número de alumnos y su rendimiento en unos exámenes establecidos en forma muy esquemática. <<

[22] William Wordsworth, en *Lines Written in Early Spring*, v. 22. <<



[23] Alusión a Proverbios 21:9, «Más vale vivir en rincón de azotea, que compartir la casa con mujer pendenciera». <<



[24] En el original, *Don’t get green malt in floor*, frase hecha campesina; literalmente «No derrames la cerveza en el suelo». <<

[25] Las murallas de Rawlsbury Camp, una antiquísima fortaleza. <<

[26] Alusión a las ideas de T. R. Malthus (1766-1834), que afirmaba que la población tendía a crecer más que los alimentos, por lo que propugnaba restringir la natalidad. Naturalmente, Tess no habría leído a ese autor. <<

[27] Capillas para atender zonas muy alejadas de la parroquia en cuya área estaban. <<



[28] William Shakespeare, *Mucho ruido y pocas nueces*, III, 3: «Ser un nombre bien parecido es un don de la fortuna, pero saber leer y escribir depende de la naturaleza». <<

[29] Colonos: en el original *copyholders*, arrendatarios con un contrato escrito, del que conservaban una copia, a lo que alude su nombre. <<

[30] Se vuelve del revés una cita shakespeariana de *Noche de Reyes* (o *Duodécima noche*), II, 4: «Estaba sentada como la Paciencia en un monumento, / sonriendo al dolor». <<

[31] De una canción shakespeariana de *Medida por medida*, IV, I, I. <<

[32] Pan, dios griego de pastores y cazadores. Siringa era una ninfa que se arrojó al río para escapar de Pan y se convirtió en una caña. La ninfa Lotis se transformó en flor de loto para escapar de Príapo, el dios fálico de la virilidad. <<



[33] silenos: «*sátiros viejos*», por alusión al Sileno mitológico; esto es, campesinos que no tomaban parte en el baile debido a su edad. <<

[34] Escultor griego del siglo IV a. C. <<

[35] En *I Reyes* 18:27, se cuenta que Elias el Tisbita se burló de los sacerdotes de Baal porque no lograron obtener respuesta de su dios: «¡Gritad más fuerte! Baal es dios, pero estará meditando, o bien ocupado, o estará de viaje. ¡A lo mejor está durmiendo y se despierta!». <<

[36] *Éxodo* 20:5, «Castigo la culpa de los padres en los hijos, nietos y bisnietos cuando me aborrecen»; como se ve, hay cierta diferencia de sentido entre esta versión y la tradicional seguida por Hardy. <<

[37] William Shakespeare, *La violación de Lucrecia*, II, V. 871. <<

[38] *Génesis* 18:27. <<

[39] Teólogo inglés, 1634-1716. <<

[40] Versión musical del *Salmo 102*, por Richard Langdon (1730-1803). <<

[41] En *Ezequiel 23*, dos mujeres fueron castigadas como famosas prostitutas. <<

[42] Puede aludir a *Génesis* 3:16, «Parirás hijos con dolor»; otros sugieren la referencia a *Génesis* 35:18, donde Raquel llama a su hijo Benoni, «hijo del dolor», Ben-Oni, pero Tess no podía pensar en tal texto, porque ese nombre no se traduce en la Biblia que ella habría leído. A continuación del nombre, viene la fórmula sacramental del bautismo. <<

[43] *The Scholemaster* (1570). <<

[44] *Confesiones*, libro X, capítulo 29. <<

[45] Teólogo inglés, 1613-1667. <<

[46] *Isaías* 21:9. <<



[47] Denis van Alsloot (1570-1626) y Anthonis Sallaert (1590-1658), pintores flamencos de paisajes y costumbres campesinas. <<

[48] Apocalipsis 22:1; el *Evangelista*: este libro se atribuye a Juan, autor del cuarto evangelio. <<



[49] El día de su caída, comparado aquí al de la caída de Eva —y Adán— en el Paraíso terrenal, al comer el fruto prohibido del árbol de la sabiduría. <<

[50] Del cántico *Benedicite* en las oraciones de la mañana del *Book of Common Prayer* de la Iglesia anglicana. <<

[51] Personaje de la novela *Under the Greenwood Tree del propio Hardy*. <<

[52] El propio Hardy convirtió esa tradición en un bello poema, «*The oxen*» («Los bueyes»). <<

[53] En términos más sencillos, la adoración a un Dios redentor. <<

[54] Robert Browning, *Día de Pascua*, VIII, luego «resucitó». <<

[55] *Hebreos* 12:27. <<

[56] *Hodge* era el nombre convencional dado a un personaje imaginario que sería el arquetipo del paleto según la prensa humorística de entonces. <<

[57] *Pensées*, I, 7 («Cuanto más ingenio se tiene, más originales parecen los demás. Las criaturas vulgares no encuentran diferencias entre los hombres»). <<

[58] Alusión a unos versos de Thomas Gray en su «*Elegía escrita en un cementerio campesino*», II, 59-60: «Aquí puede reposar algún mudo Milton sin gloria, / algún Cromwell sin culpa de la sangre de su país». <<

[59] *Macbeth*, V, 5, 23: «… el camino hacia el polvo de la muerte». <<

[60] Referencias a John Bunyan, *Pilgrim’s Progress*, libro I. <<

[61] Pedro I de Rusia trabajó y estudió de incógnito en astilleros holandeses e ingleses antes de reinar. <<

[62] En *Génesis* 30:25-43, se cuenta la distribución de los ganados de Labán, al marcharse Jacob, separando las reses manchadas de las listadas. <<

[63] I *Reyes* 10:4-5, «cuando la reina de Saba vio la sabiduría de Salomón, la casa que había construido […] se quedó asombrada», pero el texto tradicional inglés dice «there was no more spirit in her» («ya no hubo espíritu en ella»). <<

[64] *Mateo* 5:45. <<

[65] Esta frase luego se transformaría en un poema de Hardy, «Proud Songsters» («Orgullosos cantores»). <<

[66] Según *Marcos* 16:9, María Magdalena fue la primera persona que vio a Jesús resucitado. <<

[67] Las diosas griegas de la castidad y de la fertilidad de la tierra. <<

[68] Personaje de un relato de Hardy, *The Withered Arm («El brazo desecado*»). <<

[69] Personaje de la novela de Hardy *El alcalde de Casterbridge*. <<



[70] Ya muy avanzado el servicio dominical de la Iglesia anglicana, hay una letanía en que se repite la invocación «That it may please thee…». <<

[71] Literalmente, «sermones en las piedras», por alusión al shakespeariano *Como gustéis*, II, I, 17: «Esta vida nuestra, exenta de público acoso, encuentra lenguas en los árboles, libros en los arroyos que corren, sermones en las piedras, y bien en todas las cosas». <<

[72] *Eclesiastés* 3:I-5. <<

[73] *Génesis* 29: después de trabajar siete años para conseguir casarse con la bella Raquel, Jacob fue engañado para unirle a su hermana Lía, fea y legañosa, y tuvo que trabajar otros siete años para poder unirse a Raquel. <<



[74] *termidoriano*: correspondiente al mes de Termidor, del calendario establecido por la Revolución francesa, esto es, del 19 de julio al 17 de agosto. <<



[75] Se alude especialmente al poema de Thomas Campion «*There is a Garden in her Face*» («Hay un jardín en su cara»), cuyo verso 10 dice: «como capullos de rosa llenos de nieve». <<



[76] Del poema «*Cruzando el transbordador de Brooklyn*»; estos versos sustituyeron en la edición en libro a otros de Algernon Charles Swinburne que iban en la edición señalizada. <<

[77] Alusión a un verso de A. C. Swinburne, de *Atalanta en Calidón*. <<

[78] La doctrina —difundida en la Inglaterra victoriana— de que la moral no tiene ninguna importancia al lado de la gracia; aquí, Mercy Chant la considera herética. <<

[79] Se refiere a las epístolas de esos autores, que no son canónicas para los no católicos. <<

[80] Esto es, más que un poema épico con Jesucristo como protagonista, era un poema épico con san Pablo como protagonista. <<

[81] Aquí elegidos como los mayores pesimistas del siglo XIX. <<



[82] Los artículos son la base doctrinal de la Iglesia anglicana, su contenido de fe, mientras que los cánones son sus leyes, su forma jurídica, y la rúbrica es su formulario litúrgico, ritual. <<

[83] Se alude a un verso de William Wordsworth, del soneto *O Friend*!…: «Ya no hay vida sencilla y pensar elevado». <<

[84] «Víveres no comprados», Horacio, *Epodos*, II, V. 48. <<

[85] *Salmos I* 21:8, «El Señor preservará tus idas y venidas». <<

[86] *Hamlet*, II, 2, 335. <<

[87] *Lucas* I2:20. <<

[88] *I Corintios* 4:I2-I3. <<



[89] Tractarianismo fue la designación doctrinal dada al movimiento de Oxford que representó cierta aproximación al catolicismo. <<

[90] Alfred Tennyson, *Inmemoriam*, XXXII, 5-8. <<

[91] *Hamlet*, II, 2, 309: «… el enamorado no suspirará gratis». <<

[92] Alexander Pope, *Ensayo sobre el hombre*, IV, V. 390. <<

[93] *Filipenses* 4:8. <<

[94] De una versión de la balada *The Boy and the Mantle* («El muchacho y el manto»). <<

[95] *Apocalipsis* 19:17. <<

[96] *Romeo y Julieta*, II, 6, 9. <<

[97] *Wellbridge* es, literalmente, «puente del pozo». <<

[98] Dos estrellas que lanzan fulgores de colores; Sirio se consideraba estrella de mal signo. <<

[99] Esto es, sobre la inspiración que ha asistido a los redactores de las Escrituras bíblicas. <<

[100] *Timoteo* 4:I2. <<

[101] Horacio, *Odas*, I, 2.2, I: «íntegro de vida, puro de crimen», parafraseado aquí en una versión elisabetiana. <<

[102] Aquí se da al término *ágape* su sentido en griego, «amor», que se concretó en la cena eucarística de los cristianos, dando lugar al significado hoy usual. <<

[103] De Algernon Charles Swinburne, en el Coro «Not as with sundering of the earth», de *Atalanta en Calidón*. <<

[104] *El rey Lear*, III, 2, 58. <<

[105] *Hamlet*, III, 2, 64. <<

[106] Roben Browning, *By the Fireside*, XXIX, V. 2. <<

[107] *Hamlet*, III, I, 81-82. <<

[108] *Proverbios* 14:I0, «Conoce el corazón su propia amargura». <<

[109] *Jueces I*, 6:20. <<

[110] Aquí se varía el original de Robert Browning, en *Pippa Passes*, parte I, «Mañana», VV. 227-228, que sería: «Dios está en su cielo / ¡todo está bien en el mundo!». <<

[111] Anton Wiertz (1806-1865) tiene un museo propio en Bruselas; Jan van Beers (1852-1917) también era un pintor belga. <<

[112] Se refiere a Marco Aurelio. <<

[113] Alusión, un poco vaga, a *Juan* I4:27. <<

[114] *Juan* I: 46. <<

[115] Se sigue aquí la versión de la Biblia inglesa usada, no las posteriores —y mejores— de que se dispone ahora en nuestra lengua. <<



[116] En el Catecismo católico tradicional, «mundo, demonio y carne» son los tres enemigos del alma; en este contexto anglicano, formaban parte de la letanía en el servicio dominical. <<

[117] Este pasaje hace pensar en lo que dice Piedra-de-Toque en *Como gustéis*, III, 2, 39-43: «Si nunca has estado en la Corte, nunca has visto buenas maneras; si nunca has visto buenas maneras, entonces tus maneras han de ser malas, y la maldad es pecado, y el pecado es condenación. Estás en un situación peligrosa». <<

[118] En *Números* 22-24, Balak, rey de Moab, envió al profeta Balaam a maldecir al pueblo de Israel que amenazaba a su país, pero la burra en que montaba Balaam le habló milagrosamente para que bendijera a los israelitas en vez de maldecirlos. La referencia, como se ve, es un tanto remota. <<

[119] Horacio, *Odas*, III, I, 40: «post equitem sedet atra Cura» («detrás del jinete se sienta el negro cuidado»). <<

[120] *Eclesiastés* I: 2. <<

[121] Algernon Charles Swinburne, «Fragoletta», VV. 41-45, en *Poems and Ballads*. <<

[122] La diosa madre de los frigios, representada con múltiples pechos. <<

[123] *Marcos* 2:I6. <<

[124] *Gálatas* 3:I. <<

[125] Los clérigos de esa religión, al margen del anglicanismo, fundada por John Wesley. <<

[126] *Mateo* 3:7. <<

[127] *II Corintios* 6:17 <<

[128] Frase proverbial en inglés: «He came to scoff and he stayed to pray» <<

[129] *I Corintios* 7:I4. <<

[130] El *Dictionnaire philosophique* de Voltaire era famoso como obra escéptica. Thomas H. Huxley, en sus *Essays upon some Controversial Questions* (1892), difundió la idea del «agnosticismo», término inventado por él. <<

[131] *Santiago* 2:I9. <<



[132] En el Antiguo Testamento se habla de bosquecillos sagrados dedicados al culto de Baal. Véase *2. Reyes* I7-23. <<

[133] En *Apocalipsis* I7:5, más que «hechicera» era «prostituta», «ramera», pero términos así no se podían imprimir entonces en una novela, y, por otra parte, difícilmente podría llegar a tanto el lenguaje de Alec. <<

[134] Plutón era el dios del fuego y de los infiernos. <<

[135] *I Timoteo* 1:I9-20. <<

[136] *Lucas* 9:62. <<

[137] *Mateo* 43-45 y *Lucas* 24-I6. <<

[138] *Génesis* 28:I2. <<

[139] *Génesis* 22:I-I3. <<

[140] *Hamlet*, III, 2, 320. <<

[141] *Jueces* 8:2. <<

[142] *Éxodo* I3:2I-22. <<

[143] John Milton, *Paraíso Perdido*, IX, VV. 626-63I. <<

[144] William Wordsworth, *Intimations of lmmortality*…, VV. 63-64. <<

[145] Alfred Tennyson, *Morte d’Arthur*, V. 239. <<

[146] Probablemente alude a la *Pietá* de Crivelli que hay en la National Gallery de Londres. <<

[147] William Shakespeare, soneto II6: «no es amor el amor que se altera cuando encuentra alteración». <<

[148] La emperatriz Faustina tuvo fama de depravada; la virtuosa Lucrecia se suicidó al ser violada por un hijo del rey romano Tarquino; Friné fue una famosa cortesana griega absuelta ante un tribunal gracias a que compareció casi desnuda; la mujer acusada alude a Juan 8:3-9; la esposa de Urías es Betsabé, de quien se enamoró David y, tras acostarse con ella, envió a morir en la guerra a Urías. <<

[149] *Macbeth*, V, 5, 26-27. <<

[150] *2 Samuel* I: I9-25. <<

[151] En *Jonás* 4:6, esa calabaza («ricino» en otra versión) creció dando sombra al profeta decepcionado. <<

[152] En la mitología, Ixión fue condenado a girar eternamente en los infiernos, atado a una rueda que daba vueltas. <<

[153] Modelos clásicos de belleza masculina: no muy oportunamente mencionado Antínoo en cuanto que era el favorito del emperador Adriano. <<

[154] Atalanta, gran cazadora, no queriendo contraer matrimonio, dijo que sólo se casaría con quien la aventajara corriendo. <<

[155] Alusión a Jesús, silencioso cuando le acusaron; véase *Mateo* 26:62-63 y 27:I2-14. <<

[156] Hardy alude a un fragmento del fresco, en la National Gallery, que ahora no se atribuye a Giotto. <<

[157] El autor traduce con cierta libertad la expresión de Esquilo en *Prometeo*, V. I69, «makáron prytanis». <<